Sergio Vega

LAS PIEDRAS DE CHIHAYA

El hilo del karma

13

Japón, 1331. Tras dos intentos de invasión mongola, la nación decide instaurar un estado militar permanente. Hasta ese momento la máxima autoridad política y espiritual era el emperador, pero ahora los poderosos samuráis le han relegado a un segundo plano.

El emperador Go-Daigo planea continuar con los intentos de sus antecesores por deponer al shōgun y restablecer el antiguo orden social. Para ello debe reclutar de entre los nuevos y poderosos terratenientes provinciales a aquellos que estén dispuestos a luchar por él.

Un niño oculto, dotado de unos poderes que aún no comprende, se verá arrastrado por los acontecimientos hacia el mundo convulso de los hombres y los espíritus. Un viaje enigmático que le mostrará las costumbres y los ritos del Japón de la era Kamakura, la consolidación del zen japonés, le llevará por las recónditas montañas donde viven los antiguos maestros espirituales y le revelará al asesino más famoso de la historia: el ninja.

Pero además de una apasionante aventura histórica, existe otro libro dentro de esta novela, una conmovedora guía hacia el despertar, porque todo lo que necesitamos ya está dentro de nosotros…

Sergio Vega Esteban

世留比男

Las piedras de Chihaya

千早十石

El hilo del karma

Título original: *Las piedras de Chihaya - El hilo del karma*
Sergio Vega Esteban, 2013

Ilustraciones: Elena Díaz Laza
Diseño de cubierta: Manuel Dombidau Rodríguez

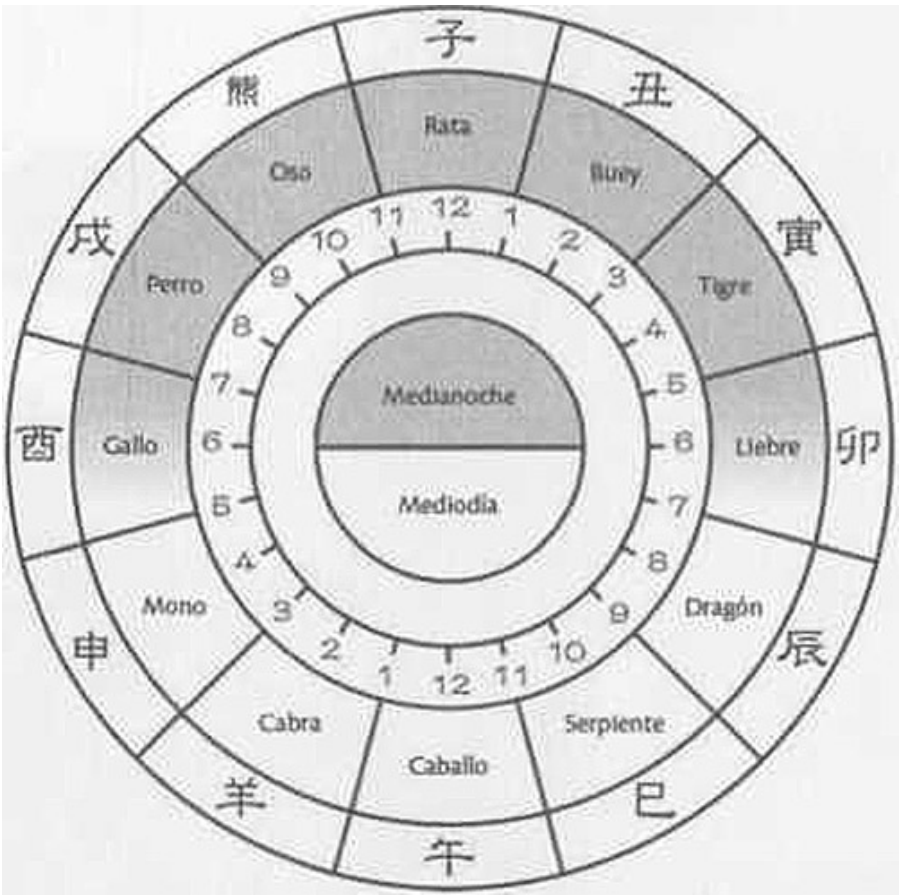
–

Revisión: 1.0
07/06/2021

A Elena.
Por soportar siete largos años de obsesión.

MEDIDAS DE TIEMPO EN EL JAPÓN MEDIEVAL

RELOJ TRADICIONAL JAPONÉS DE DOCE HORAS



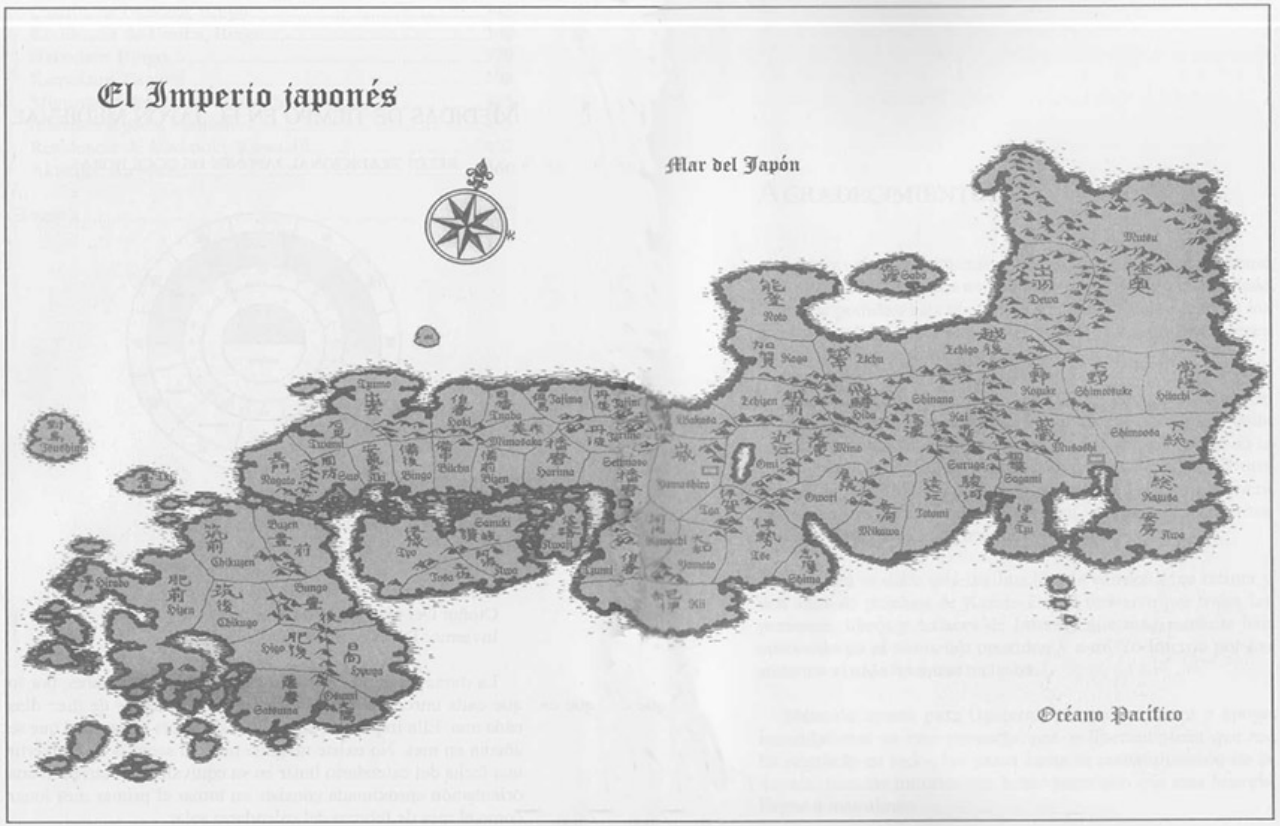
CALENDARIO DE LA ÉPOCA

Primavera: Del primer al tercer mes
Verano: Del cuarto al sexto mes

Otoño: Del séptimo al noveno mes
Invierno: Del décimo al duodécimo mes

La duración de los meses atendía a las fases lunares, por lo que cada uno de ellos constaba de tres semanas de diez días cada uno. Ello implicaba un reajuste cada tres años, en el que se añadía un mes. No existe ninguna manera sencilla de convertir una fecha del calendario lunar en su equivalente solar, pero una orientación aproximada consiste en tomar el primer mes lunar como el mes de febrero del calendario solar.

El Imperio japonés



Agradecimientos

Lo que existe está íntimamente unido, de forma permanente y profunda. Todos somos uno y uno es todo. Por eso he aportado lo que he podido a esta obra, pero sin duda han sido muchos los aliados que han dictado las letras. Aunque mi nombre aparezca en la portada, este libro no es solo mío.

Agradezco al maestro Antonio Oliva haberme mostrado el lazo que une el zen y las artes marciales, a Yoko Doi cada una de las invitaciones para disfrutar de su innegable arte en la ceremonia del té, a Shinko Kataoka su perenne amistad, a Norie Adachi la soberbia caligrafía de portada, a Isabel su primera revisión de la novela cuando aún era un sueño y al escritor Esteban Navarro por sus preciados consejos.

También le debo una inclinación de cabeza a los treinta y dos años de práctica de Karate-Do, al universo por todas las personas, libros y enlaces de Internet que mágicamente han aparecido en el momento oportuno y a mi Yo Interno por los susurros al oído mientras tecleaba.

Mención aparte para Quaterni, por su confianza y apoyo incondicional en este proyecto, por la libertad plena que me ha regalado en todos los pasos hasta la materialización de la novela. Gracias infinitas por haber permitido que esta historia llegue a más almas.

Todo el amor para mi esposa Elena, por tantos sacrificios, sin los cuales no hubiera encontrado ni el tiempo ni el ánimo suficiente para seguir trabajando.

Y también te agradezco a ti, lector, haber hecho posible la terminación de este proyecto, pues esta obra no ha cobrado vida hasta que no has puesto tus ojos sobre ella. Tu propia esencia forma parte ya de sus hojas y sin ti nunca se hubiera completado. De todo corazón,

GRACIAS.
Sergio Vega Esteban

Personajes

Abe: *Samurái* al servicio de la familia Higa al que le falta un ojo.
Aiko: Madre de Tadakuni.
Akako: Joven esposa de Tadakuni.
Akane: Hija mayor de Kiku.
Cho: Dama de honor de Aiko.
Danjuro: *Samurái* caído en desgracia.
Eno: Anciano monje.
Go-Daigo: Emperador del Japón.
Iwakura Yamagata: Terrateniente y *jitō* representante del *shōgun*.
Jo: Sirviente y escudero de Danjuro.
Kazuo: Padre de Tadakuni.
Kenji: Capitán de Kusonoki.
Kiku: Viuda de *samurái*. Habitante de Hakodate.
Kusonoki Masashigue: Terrateniente leal al emperador. Kwaian: Jefe ninja al servicio de Kusonoki.
Kyodo Kisho: Suegro de Tadakuni.
Matsuoka Mitsuko: Noble dama, primera esposa del gobernador de Harima.
Midori: Hija menor de Kiku, de tres años.
Minako: Hermana menor de Tadakuni.
Morinaga: Príncipe hijo del emperador Go-Daigo. Nangadu: Asceta y curandero extranjero.
Nasen: *Ashigaru* pequeño y bromista.
Natsuko: Joven dama al servicio de la casa de Yamamoto.
Novo: Caballo de Tadakuni.
Oda Onobo: *Samurái* de alto rango.
Ryokan: Monje adelantado de la comunidad del monte Timul.
Sadaaki: *Shiken* retirado.
Sato: Hermano mayor de Tadakuni, asesinado en lejanas tierras.
Shinju: Madre de Kiku.
Shiro: Monje *zen* del monte Timul.

Shoko: Niño pecoso y travieso.
Sumiko: Hermana mayor de Tadakuni.
Suzu: *Samurái* al servicio de Yami.
Tadakuni: Joven *bushi* y excelente arquero.
Takeshi: *Samurái* que renuncia a su vida anterior.
Tani: *Katana*, legado de la familia de Danjuro.
Tanzan: Abad del templo *zen* del monte Timul.
Taro: *Bushi* amigo de Tadakuni.
Tetsu: Escolta personal de Kazuo.
Tomayuki: Escudero de Danjuro. Hombre fuerte.
Umiko: Mujer de Danjuro, consorte.
Yamamoto Takeshi: General de Iwakura.
Yami: Joven *samurái*, sobrino de Kazuo.
Yushijin: Trovador.

Es al final del camino cuando
contemplas lo recorrido.

¿Cuál es el propósito al dictar estas letras?
No guardo ninguno.
¿Cuál es, entonces, su sentido?
El capricho de un viejo.

El hilo del karma

業の糸

Bingo, Islas Sagradas

Cuando cierro los ojos aún puedo ver las escarpadas montañas verdes, el cielo iluminado, las hojas meciéndose con la suave brisa. Puedo sentir la humedad fría de la mañana latiendo sobre mi piel, escuchar las risas de mis hermanos, los ecos de las reprimendas de Padre.

Si me esfuerzo un poco más alcanzo a contar los pasos silenciosos que me llevan hasta Madre mientras se peina. Acaricio con las yemas de mis dedos las suaves puntas oscuras de su pelo liberado de cuerdas y moños tras un largo día de trabajo. Ella se percata de mi llegada y se gira para sonreírme.

Y recuerdo, como si fuera ayer, que este mundo terrenal llegaba al tercer año de Genko.

Subsistíamos en nuestro campo de arroz a las afueras del pueblo de Kono trabajando desde que salía el Sol hasta que se retiraba, como la mayoría de los campesinos de la nación. En realidad yo no sabía que malvivíamos en aquel pedazo de tierra de cultivo rodeados de montañas y espesa vegetación, simplemente era todo lo que había conocido y todo lo que esperaba ver el resto de mi vida, por lo que podía considerarme feliz.

Por un tiempo habíamos sido uno más. La vieja abuela permanecía siempre en una esquina de nuestra pequeña choza, con la inmovilidad de una piedra. Solo la abandonaba para dormir, evacuar y comer, y lo hacía tan despacio que no acertaba a imaginar a dónde se dirigía hasta que no completaba su trayecto. Así deduje que de las cosas que me rodeaban las más lentas eran las más viejas: como el Sol, los árboles o las montañas.

Cuando nos sentábamos a cenar todos juntos al final del día no podía dejar de mirarla, esperando que en algún momento perdiera su exasperante quietud, pero al final era yo el que perdía la paciencia y volvía a mis quehaceres.

Hablaba solo cuando se dirigían a ella y se las ingeniaba para introducir de una forma u otra la frase «el tiempo pasa», algo que llamaba poderosamente mi atención, pues para mí parecía todo lo contrario. No creía que hubiera nadie más viejo que la abuela en todo el mundo.

Un día, al regresar del trabajo, no estaba. Mis padres me dijeron que «se había ido» y ni mis dos hermanos mayores ni yo hicimos más preguntas,

aunque no se nos escapara que Madre luchaba por retener las lágrimas, incapaz de hablamos.

Sabía que los dioses habían creado las Islas Sagradas y que el emperador era su hijo en la tierra, guardián de nuestras vidas y espíritus. Vivía en Kyoto, la capital, pero Padre decía que en realidad todos obedecían al *shōgun*, que vivía en Kamakura. No era capaz de precisar qué o quién era, pero temía que fuera un ser venido del mundo de los muertos o un demonio con forma humana nacido de las profundidades de la tierra. Alguien a quien los millones de habitantes de la nación rendían sumisión debía de ser el hombre más fuerte del mundo, tal vez de la altura de nuestra montaña o con el poder de hacer caer rayos del cielo.

Pero ninguno de ellos había pasado jamás por nuestro arrozal. Lo único que nos sustentaba eran las estaciones y el esfuerzo de nuestras manos.

Nuestra fortuna era ser dueños de la tierra que trabajábamos, en lugar de estar arrendados o pertenecer a una cuadrilla en campo ajeno, malviviendo por un puñado de arroz al día. Sin embargo, esto nos colocaba directamente en manos del *jitō*, el representante del gobierno, nuestro verdadero señor y dueño. Él mantenía la paz y administraba justicia y a cambio estábamos obligados a pagarle grandes impuestos.

La vida, pues, se desarrollaba entre nuestra choza humilde, el campo de arroz y el pueblo de Kono, a solo cinco *ri* de distancia y límite de mi mundo. Nuestra montaña y el cerrado bosque a nuestro alrededor nos mantenían alejados de todo lo demás, aunque los recaudadores del *jitō* mancillaban nuestro santuario cada luna nueva, siempre soberbios y mezquinos, perturbando la armonía con sus exigentes formas y con la velada amenaza de arrebatárnoslo todo si no los contentábamos. Eran los integrantes de la nueva casta militar, que parecía haberse adueñado del país en los últimos tiempos. Antes de ellos la nobleza había sostenido los arcos y las lanzas, reclutando a campesinos cuando se declaraban la guerra y reponiendo a estos a sus quehaceres acabada la confrontación. Pero ahora muchos de esos campesinos se habían especializado y convertido en luchadores profesionales, en *bushis*, y todo había cambiado. Desde la capital se temía un nuevo intento de invasión extranjera y eso les daba un papel preponderante, nunca antes imaginado, mientras la relegada nobleza soñaba con recuperar de alguna forma su antiguo poder.

El *jitō* nos exigía dos sacos de arroz de cada tres y, aunque la tierra era nuestra, el resto de lo que nos rodeaba, cada árbol y cada piedra, eran suyos. Vivíamos con el temor de no lograr la cantidad suficiente para contentarle o de que encontrara cualquier otra excusa para arrebatamos nuestra plantación. Y por si no fuera ya difícil cubrir su demanda de arroz, en ocasiones mis dos hermanos tenían que marcharse para prestar cualquier servicio que demandara y por el tiempo que creyera preciso.

Por dicha razón, Padre consideró que era mejor mantener mi existencia en secreto y así poder seguir trabajando en el arrozal todo el año. Por eso, en cuanto escuchábamos un relincho o veíamos a lo lejos la silueta del carro corría a esconderme tras alguna enorme piedra o simplemente me introducía en el agua de nuestra plantación si el tiempo era ya escaso. Por supuesto, no me estaba permitido verme con nadie. El secreto de mi existencia era el seguro de nuestras vidas. Si averiguaban que me habían ocultado, las consecuencias podrían ser desastrosas.

Para asegurarse de que no cometiera algún desliz, Padre me contaba que los *bushis* que se acercaban en demanda del tributo eran demonios que necesitaban de sus corazas para ocultar sus cuerpos deformes y que si me atrapaban me raptarían para llevarme a su tierra de espanto. Desde que tenía memoria había permanecido atento a los recodos de mi vista buscando la menor señal o indicio de alguien acercándose o esperando el aviso de alguno de mis hermanos.

Con el tiempo comencé a temer a cualquier persona que se aproximara a nosotros, huyendo a la carrera pese a los gritos de Padre declarando que no tenía nada que temer. Ni amigos ni parientes eran capaces de verme y los años habían pasado sin que nadie conociera mi rostro.

No sabía del porqué de las cosas, del mundo fuera de aquella cumbre, pero conocía nuestro arrozal y no necesitaba nada más. Desde siempre lo había considerado un ser vivo, como uno más de la familia. Era feliz cuando lo veía verde y fuerte y sufría lo indecible cuando alguna plaga de pequeños insectos o algún tifón lo asolaban. Era entonces cuando me acercaba hasta él solemne para doblar mis rodillas y sentarme sobre los talones, sintiendo en mis pies descalzos la tierra húmeda. Bajaba mi cabeza hasta tocar el suelo, como hacía Padre con el pequeño Buda de barro de nuestro altar, y no dejaba de pedir perdón con lágrimas en los ojos.

Muchas noches, mientras mis padres y hermanos dormían, salía afuera para correr hacia él. Era nuestro momento mágico. Me sentaba perdido en su mar de hojas verdes y cerraba los ojos. Podía sentir cómo el viento lo mecía, cómo se agarraba con fuerza a la tierra y al mismo tiempo se ofrecía dócil al agua y al viento. Así aprendí que con fuerza interior, era posible ser blando por fuera.

Este sentimiento de apego a nuestro pedazo de tierra no pasó inadvertido a mi familia. Desde muy temprana edad les resulté diferente a mis hermanos mayores. Era capaz de percibir cosas que nadie más sentía.

Si me quedaba quieto notaba cómo crecía la hierba, cómo las nubes se movían vivas jugando con el viento, cómo las montañas zarandeadas por el movimiento de la tierra guardaban el equilibrio para no caer.

Y a un nivel más sutil aparecía una voluntad que parecía abarcarlo todo. Al mirar a cualquier cosa podía percibir su vibración. Nada era ajeno a él, ni

siquiera lo supuestamente «muerto». Por eso no podía entender ese concepto, por más que Padre me explicaba que morir significaba dejar este lugar para ir a otra parte, inalcanzable para los que aún respirábamos.

Padre insistía en que la muerte era sucia, desagradable y que hasta el dios *Izanagi*, al regresar de una visita a la morada de los muertos, había tenido que purificarse con agua. Si los mismos dioses evitaban acercarse a ella, no podíamos nosotros, pobres humanos, aventurarnos más allá de nombrarla entre cuchicheos.

Yo, sin embargo, me preguntaba cómo algo por lo que todos debíamos pasar podía ser tan malo. No había asistido nunca a la muerte de una persona, por lo que tal vez fuera diferente del resto de los seres vivos. Solo así podría explicarme que Padre pudiera tener razón al explicarme «la marcha» a ese lejano país.

En el mundo jamás sentía que algo se fuera a algún sitio fuera de mis sentidos. Cuando un pájaro dejaba de respirar, podía sentir cómo su aliento vital se abría en un abanico que impregnaba todo lo que le rodeaba, extendiéndose gradualmente a su alrededor cada vez más lejos, hasta perderse con el todo. Al mismo tiempo, de su cuerpo físico brotaban nuevas formas de vida que pugnaban por seguir moviéndose.

Igual ocurría con las plantas que accidentalmente se cortaban. Inmediatamente su energía se expandía sutilmente y el cuerpo cambiaba de color, se arrugaba, se transformaba en polvo que el viento extendía aún más lejos. Nada permanecía quieto, absorto en una forma o color determinado, todo vibraba y yo sabía que el movimiento era vida. No era capaz de explicar estas percepciones, solo las sabía ciertas y no sufría la tentación de buscarlas una explicación.

Aún no había crecido lo suficiente para sentirme tentado a creer que mis pensamientos eran la única forma de definir el mundo y alcanzar la verdad, que todo lo que escapaba a ellos simplemente no existía. Aún no cuestionaba el porqué de las cosas y me entregaba sin restricciones a lo que sentía. No trataba de medir o definir mi realidad en términos abstractos.

Feliz por mis sensaciones trataba de hacer partícipes a mis seres queridos. Les contaba cuando permanecía junto a una piedra y notaba que empezaba a erosionarse vibrando con todo lo que se encontraba a su alrededor, de la alegre estela que dejaba en el cielo el vuelo de un pájaro, de cómo temblaba cada fibra de mi ser al recibir los últimos rayos del Sol desde el horizonte del atardecer…

Pero ellos no entendían. No podía soportar sus ojos perplejos cuando hablaba a las montañas y les deseaba un buen día, cuando les decía que el arroz gruñía por las tardes y necesitaba que le hablara para tranquilizarle con la promesa de un nuevo día o que nuestro viejo pino en mitad del campo poseyera voluntad y que le encantara que le abrazara.

Sufría con cada mirada asombrada, con cada mueca de incomprensión, con cada gesto de preocupación. El miedo fue acallándome. No quería que nada me alejara de su reconocimiento, de su amor. El deseo de ser aceptado era mayor que la felicidad que sentía formando parte del todo y quise ser como ellos.

Di la espalda a mis sensaciones, olvidé mis juegos, mi curiosidad, mis sueños y poco a poco fui desterrándolo todo. El mundo perdió su maravilla, su valor. Los días se convirtieron en repetición de acontecimientos insustanciales carentes de significado, pero a cambio recibí el amor y la seguridad perdidos, volviendo a ser uno más de mi familia.

Ese día comprendí que cuando el resto del mundo no ve, abrir los ojos requiere un enorme valor.

Se sucedieron muchos días de intenso y húmedo calor. Por el mundo corría un aire débil que no renovaba la tierra y fue por esto por lo que los seres maléficos que habitaban en las profundidades de la tierra se atrevieron a acercarse a su superficie. Los vapores del suelo subieron por los pies de Madre y siguieron hacia su cuerpo, aprovechando algún momento en el que se encontrara más cansada de lo normal o con alguna debilidad pasajera. Cuando pudimos darnos cuenta ya era tarde. Una persistente tos le acompañaba todo el día.

Por las noches aún era peor. En mitad de mi sueño me despertaban sus fuertes convulsiones y en los amaneceres atisbaba a mi madre salir apresuradamente seguida por Padre, llevándose el calor y la seguridad del hogar tras ellos. Le escuchaba vomitar entre jadeos y sollozos mientras me hacía el dormido. No me atrevía a decir o hacer nada, como si el hecho de retirar mi atención pudiera eliminar aquello que no deseaba. Era mejor intentar negar lo que pasaba, tapándome los oídos con la manta.

Tampoco mis padres querían ver lo que ocurría y al levantamos por la mañana actuaban como si nada anormal estuviera sucediendo. Repetían en voz alta palabras que en realidad estaban destinadas a ellos mismos.

—Madre pronto estará bien —nos decían—. Solo es algo de frío.

Pero mientras trabajábamos en nuestro campo, Madre paraba a descansar con mayor frecuencia cada día. Algunas veces porque un incontrolable ataque de tos se lo impedía, otras veces porque le sobrevenía un agotamiento demoledor y tenía que arrodillarse con el agua hasta la cintura. No osábamos miramos, continuando con el trabajo con un nudo en el estómago, simulando no percatamos de nada, mientras la sombra de un fatal desenlace seguía permanentemente a nuestro lado.

Finalmente, la situación fue tan preocupante que Padre reconoció que estaba muy enferma. Si hubiéramos tenido suficiente arroz, Padre habría

encargado a los monjes que rezaran por ella y alejaran a los espíritus que la habían poseído. Eso es lo que hacían los señores y los grandes apellidos, siempre acompañados en su enfermedad por las oraciones y los *mantras* de un par de monjes junto a sus lechos día y noche, mientras que en los templos barras de incienso y ofrendas se colocaban a los pies de las representaciones de *Amida*. Nosotros nos contentábamos con nuestros rezos y las simbólicas ofrendas a los pies de nuestro pequeño Buda de barro.

Una mañana no vino al arrozal. Se quedó sola en casa, demasiado agotada para seguimos.

—Solo es por el cansancio de una mala noche —nos decía Padre mientras caminábamos hacia la plantación—. Cuando regresemos estará bien. No os preocupéis.

Comenzamos la tarea sin decir nada, reteniendo las palabras de Padre en nuestras mentes y deseando que fueran ciertas. Él apenas hablaba y su mirada perdida solo despertaba al percatarse de las nuestras posadas en él. En ese momento parecía volver a ser el mismo de siempre.

—Vamos perezosos. No podemos dejar que el Sol nos gane.

En el descanso de mediodía pareció que las cosas volvían a enmendarse. Mis hermanos comían con glotonería y Padre gastaba bromas y me salpicaba con sus manos llenas de agua. Luego el cansancio y el trabajo monótono de la tarde hicieron que apartara mis miedos por unas horas.

Cuando regresamos Madre había barrido la tierra del suelo, como todos los días, pero no estaba el puchero en la lumbre, ni había encendido el pequeño farol. Padre se arrimó al lecho mientras nos quedábamos en el resquicio de la entrada, sin atrevemos a entrar. Estaba allí tumbada, aún con su *kimono* deslucido perfectamente colocado, sin una arruga, el *obi* perfectamente anudado, el pelo recogido con su única pinza.

—Estoy descansando un momento. No pasa nada —nos susurraba mientras trataba de incorporarse.

Pero ninguno la creímos. Padre colocó las manos sobre su piel y descubrió que todo el cuerpo ardía. En ese momento se olvidó de nosotros y la cogió en brazos con la desesperación pintada en su rostro, balbuciendo palabras ininteligibles. Cuando cruzó nuestra choza hacia la entrada tuvimos que echamos a un lado para no ser arrollados. Ni siquiera nos dedicó una mirada antes de alejarse trastabillando en dirección al pueblo, con su silueta perfilada sobre el Sol poniente.

En cuanto le perdimos de vista mis hermanos mayores salieron a la carrera tras su estela, con la velocidad que les permitían sus corazones, dejándome solo, perdido en ese mar de negación de la realidad. No quería aceptar ningún cambio en mi predecible vida, no podía siquiera sospechar que tal cosa pudiera ser posible. El cielo pareció desmoronarse mientras yo también iniciaba la carrera tras mi familia.

Esa noche nos olvidamos de mi secreto y fuimos todos en dirección a Kono. Debido a que la luz faltaba en el camino y que la excitación y el miedo ocupaban toda mi mente, apenas fui consciente de que me acercaba a la gente que había evitado durante toda mi vida.

A *La Hora del Perro* la mayoría de las familias cenaban refugiadas en el calor de sus hogares y solo nos cruzamos con un par de rostros curiosos que se detenían para contemplar a tan extraña comitiva.

No me fijaba en la rápida sucesión de casas a mi alrededor, ni la dirección que seguíamos. Toda mi atención se repartía entre no quedarme atrás y evitar quedarme atrapado en el barro de las angostas e irregulares calles.

Finalmente llegamos hasta una cancela de juncos tras la que se perfilaba una casa alumbrada por faroles colgantes, de planta baja y con un alto y adornado tejado de pizarra. Nada más podía verse desde el otro lado.

—Esperad aquí —nos ordenó Padre mientras entraba apresuradamente al interior.

Permanecimos sin aliento, sentados en el suelo de tierra frente a la entrada, casi ocultos en la oscuridad de la noche recién llegada, incapaces de pronunciar palabra. No sabíamos qué o quién habría en aquella casa que pudiera ayudar a Madre, pero nos esforzábamos en creer que habíamos llegado a tiempo.

La soledad de aquel rincón en sombras acentuó la fragilidad que parecía haberse adueñado de mi existencia y me dejó tan indefenso que comencé a llorar en silencio. De mi memoria rescaté el contacto de las manos de Madre sobre mi cabeza, jugando con mi pelo, como hacía cuando era pequeño, y me aferré a ese momento buscando consuelo.

Cuando la última lágrima hubo sido derramada, llegó algo peor que la agitación y el nerviosismo que nos había poseído durante todo el trayecto hasta allí. El corazón dejó de latir en mi pecho y fui consciente del tiempo que había pasado sin que la puerta por la que Padre había entrado se hubiera movido. Ni el más mínimo ruido llegaba hasta nuestros oídos y la espera se tomó de pronto angustiosa.

De vez en cuando alguna silueta entre las casas me sobresaltaba, o el ruido de algún animal doméstico en un cercado próximo. Estaba en Kono, rodeado de gente extraña, expuesto a su escrutinio y sin saber qué pasaba con Madre. En un momento dado no pude soportarlo más y me incorporé.

Lo siguiente fue verme franqueando la cancela ante el asombro de mis hermanos, que solo se atrevieron a mirarme, sin moverse de donde estaban ni intentar persuadirme. Nunca antes habíamos desobedecido a Padre.

Penetré en un jardín en penumbra a través de un camino de pequeñas piedras blancas que reflejaban la luz de la luna. Apenas serpenteaba hasta llegar a una construcción de sólida madera, perfilada con la luz de tres farolillos distribuidos por la fachada. No dudé ni un momento en seguir el

recorrido marcado hasta la galería cubierta que rodeaba toda la casa. Observé un grupo de sandalias en el suelo, dos de ellas de Padre, y continué recorriendo el pasillo exterior en busca de la luz que emanaba del interior, muy cerca de uno de los farolillos.

No podía ver nada de lo que pudiera estar sucediendo dentro, pero no había marcha atrás y el miedo me impedía tomar cualquier otra alternativa que no fuera la de seguir adelante. La fortuna me había preparado el camino y el sirviente que un momento antes se encontraba al otro lado para recibir a los enfermos había ido corriendo al almacén para atender una petición de su dueño, por lo que nadie me impidió correr con descaro el *shoji*, la puerta corredera de papel, y entrar directamente al interior, con la licencia que me permitían mi dolor y mi ignorancia.

Ante mí se abrió una habitación mayor que toda nuestra choza, con el suelo cubierto de esteras y una mesa baja. Sobre ella había algunos frascos de hierbas y una jarra de agua. El ambiente era seco, muy alejado de la humedad de nuestra choza, con un ligero y agradable aroma que llegaba desde un incensario suspendido de un gancho en la esquina más alejada a la entrada. Junto a este, otro *shoji* de papel conducía al interior de la vivienda, si bien permanecía cerrado. En el centro un hombre de pelo cano y de diminuto tamaño se sentaba sobre sus rodillas, completamente inmóvil. Junto a él yacía Madre tumbada boca arriba, con los ojos cerrados y la expresión serena, recuperada al fin la quietud que la había abandonado a lo largo del último mes.

Padre no estaba allí. Había sido conducido a otra sala, con el fin de que nada importunara al doctor, ni que tampoco enjuiciara u observara el más mínimo detalle del celoso arte de sanar. Sin saberlo, había cometido una falta grave para el amo de la casa. No solo entraba en un lugar que me era prohibido, también lo hacía sin anunciarme, en pie y con las sandalias llenas de barro.

El hombre me miró ceñudo y al mismo tiempo intrigado, aunque algo en su rostro en principio hosco cambió al comprender quién era y el motivo de mi escandalosa intromisión. No llamó a gritos al personal de la casa para echarme a patadas, ni tampoco me reprendió por mi falta de compostura. Por mi parte no albergué la menor duda de estar ante el cadáver de mi madre.

Inmóvil, permanecía de pie, sin atreverme a manchar con mis sandalias aquel lugar inmaculado e incapaz de romper el cuadro que se presentaba ante mí. Miré a aquel hombre directamente a la cara y escruté sus facciones ahora inmóviles. Reconocí sabiduría y voluntad, sabía que había hecho todo lo posible por Madre, que era ya tarde cuando llegamos a su puerta. No experimenté frustración, ni dolor, solo un inmenso vacío.

El médico se asomó a mis ojos y vio reflejado en ellos su propia indefensión ante lo inevitable, la misma aceptación muda de la fragilidad

humana. Después bajó ligeramente su cabeza para invitarme a llegar hasta ellos.

Me deshice del calzado y avancé despacio hasta arrodillarme imitando su postura junto a Madre. En ese momento olvidé su presencia y concentré toda mi atención en ella. Por fin era testigo de la muerte de un ser humano, del que menos hubiera esperado o deseado. Había intentado negarme mi facultad de percibir, procurando no volver escuchar lo que algo ajeno a mis sentidos me comunicaba, pero ahora la seguridad perseguida con su renuncia me había sido arrebatada y todo lo que me quedaba era mi intuición.

Recordé todo aquello que había hecho en infinidad de ocasiones para sentir la vida que me rodeaba y cogí su mano. Con ese contacto empecé a buscar dentro de mí aquel poder secreto, aquella facultad innata que tanta maravilla me había reportado en el pasado y que ahora necesitaba con desesperación.

Encontré su espíritu y pude seguir la hebra que lo unía con todo lo anterior a él. Observé los recuerdos de sus antepasados en un instante, el legado de lo vivido por todos ellos que Madre había recibido. Sentí que todo lo que su ser había experimentado en esta vida pasaría de la misma forma a todos los seres venideros, en especial a través de sus hijos. Descubrí la experiencia maravillosa de esa conexión, una red invisible que contenía a todos los seres vivos.

Pero cuando quise retener a Madre en aquel cuerpo descubrí que era como tratar de atrapar agua con una red. Su esencia se derramaba alejándose en todas direcciones, primero empapando la habitación y luego extendiéndose por el pueblo hasta los bosques para perderse más allá en una rápida sucesión de caudal vital, cada vez más débil, cada vez más difícil de percibir al fundirse con el todo en un único espíritu.

Llegado el momento no pude sentirla, pues su cuerpo había sido llenado de otros alientos, otras vidas, otros sentimientos, otras vitalidades. Sabía que Madre estaba allí, pero la enorme diversidad de la vida no me dejaba ya reconocerla como el ser único que había sido.

De pronto su mano se volvió extremadamente fría, con una intensidad mayor que cualquier otro episodio que hubiera experimentado jamás. Ni el río de montaña, ni el hielo del invierno podían compararse y me vi obligado a soltarla asustado.

Levanté la mirada y encontré la del hombre pequeño.

—Tu padre no tiene modo de pagarme.

—Yo tampoco tengo nada de valor —contesté.

Se quedó unos instantes pensativo, mirándome fijamente.

—Tal vez haya una forma de hacerlo después de todo. Dime, ¿qué has visto al coger su mano?

—Pérdida —contesté yo.

Ese día aprendí el significado de la muerte de alguien amado.

Hogar. Provincia de Bingo

Llegó la primavera de mi décimo año en este mundo. Durante todas las anteriores había disfrutado de mi época preferida del año, cuando la vida se renovaba y brotaba con luminosidad y energía por todos los lugares hacia donde miraba. Pero en esta ocasión solo me traía recuerdos de Madre y de la experiencia que había tenido en aquella casa del pueblo. Deseaba volver a buscar su rastro, retenerla junto a mí de alguna forma, y no había dudado en volver a acudir a mi talento olvidado, pese a todos los miedos que me habían obligado a negarlo tanto tiempo. Sin embargo, no había podido fundirme con ese aliento universal que impregnaba todas las cosas, era incapaz de rastrear en el mundo su presencia.

Llegué a plantearme que el terrible desenlace de nuestra peregrinación nocturna me había sugestionado hasta el punto de imaginar muchas cosas. Dudaba de que realmente hubiera sido arrastrado por el torbellino de su contacto, de lo que había pasado en un solo instante por mi espíritu. Entonces aparecía dolorosamente el sentimiento de que esa unión vital entre Madre y yo no era como madre e hijo, sino como seres en relación más diluida, con la misma fuerza que la unía a aquel pequeño hombre o a la estera *tatami* bajo mi cuerpo. Había seguido el contacto de Madre con mis hermanos como si de un cordón umbilical se tratara, pero el que la entrelazaba a mi espíritu era mucho más sutil, mucho más tenue.

Intentaba negarme esa certeza. Reconocerlo significaría aceptar la diferencia excluyente con las personas que me rodeaban. Yo quería agarrarme fervientemente a mi familia, al resto de los seres humanos, encontrar mi sitio y mi identidad. No quería ser diferente, solo uno más.

Mi regreso a la gratificante seguridad de la rutina diaria logró apaciguar mis temores. De nuevo el duro trabajo de sol a sol, los escondites apresurados ante la llegada de extraños, el dolor en las manos llagadas al final de la jornada, hicieron que el tiempo pasara más aprisa y que la intensidad del recuerdo fuera decreciendo. Solo en la noche regresaban mis inquietudes. Me despertaba en ocasiones creyendo haber escuchado una tos en la penumbra o soñaba que corría tras ella hacia el pueblo, sin lograr alcanzarla.

Jamás mencioné nada de aquella noche. Mis hermanos no me preguntaron qué había estado haciendo en aquella casa o pusieron a Padre al corriente de mi desobediente comportamiento. Ninguno mencionaba a Madre, cosa que no me extrañó, pues Padre siempre había fomentado el miedo a la muerte. Era como si se hubiera borrado de nuestra existencia en un instante.

En ocasiones veía llorar a Padre mientras trabajaba, enfundado en el silencio y en su dolor. No sabía cómo alejarse del sufrimiento.

Parecía que este año la cosecha sería buena, pues el invierno no había sido tan aciago como el anterior, y aunque acababa de comenzar la primavera, el Sol brillaba con una intensidad exultante.

Cuando los tallos verdes asomaron tres palmos sobre el agua, trasplantamos uno a uno del campo mojado al seco, para que la última etapa de crecimiento de nuestro preciado arroz continuara.

Estábamos contentos, testigos agradecidos de que la floración hubiera llegado en su momento justo. En tan solo quince días habían crecido las espigas hasta su máximo desarrollo. Ese era el momento más delicado, pues cualquier cambio en las condiciones externas o la aparición de una de las múltiples plagas, que siempre nos acechaban, podía retrasar el crecimiento o incluso anularlo. Pero todo había ido bien, a la mañana del día dieciséis, y en lo que tardaban en arder dos barras de incienso, había florecido completamente.

El mágico momento de la polinización había comenzado y durante las últimas noches frías, los nutrientes recogidos durante las horas de sol habían conseguido engordar el grano. Quizá fuera esta nuestra mejor cosecha y la sonrisa regresó tímidamente hasta nuestros rostros. Padre, cubierto tan solo el cuerpo y recogido el *kimono* con el taparrabos, andaba triunfal entre las espigas, admirando su fuerza.

Acababa de amanecer y aún no habíamos empezado a trabajar. Mis hermanos y yo mirábamos a la orilla del mar verde, esperando la orden de Padre para empezar la rutina, pero hoy parecía no haber prisa. Los últimos días nos habíamos dedicado a quitar las malas hierbas, que podían ahogar la planta, y seguir buscando todo insecto que corriera por el tallo, esperando este momento.

Cuando los tallos alcanzaban esta altura y las hojas llegaban casi a cubrirme, disfrutaba caminando entre el espesor verde, en el que me sumergía como en un sueño. Me arropaba su fresco aroma y permanecía oculto a la vista disfrutando aún más de ese encuentro íntimo con nuestro arrozal. Jugaba a perderme, aunque en realidad fuera imposible, pues conocía cada paso que daba en él desde niño. A Padre le inquietaba perderme de vista y me amenazaba con fuertes castigos si le desobedecía penetrando durante tanto

tiempo en el campo, pero eso a mí me daba igual y regresaba siempre que podía.

Hoy podía ser un día especial y esperábamos ansiosos el dictamen de Padre. Si lo creía posible, comenzaríamos a recoger el grano. Esta tarea era tediosa, pero supondría un cambio en nuestra rutina y esta vez alegre, pues el magnífico estado de la siembra prometía colmar nuestros deseos más optimistas.

Mis hermanos y yo seguíamos anhelantes el recorrido de inspección e intercambiábamos miradas nerviosas cada vez que Padre asentía dichoso antes de continuar. Seguro que esta vez podríamos pagar a los recaudadores del *jitō* y aún nos sobraría lo suficiente para pasar la estación cómodamente.

Tan pendientes estábamos que no nos percatamos de lo que sucedía a nuestro alrededor, la emoción nos mantenía en vilo y nos alejaba del resto del mundo. Por eso dimos un respingo cuando un relincho de caballo penetró en nuestros oídos. Al instante giré la cabeza hacia nuestra choza. No sabíamos cómo se había acercado tanto sin delatarse, pero un *bushi* esperaba junto a ella, mirando de un lado u otro, sin duda intentando averiguar nuestro paradero. Gracias a la poca luz de aquella hora aún no nos había visto pero una inspección más concienzuda daría con nuestra situación muy pronto.

Movido por un resorte, me tumbé rápidamente en el suelo, quedando inmóvil como la roca a la que intentaba imitar. Respiraba lo más bajo y lentamente posible, aunque fuera imposible que a aquella distancia pudiera escuchar mi aliento. Padre salió al instante del campo, corriendo atropelladamente entre la muralla de tallos y hojas mientras mis hermanos le esperaban de pie con los ojos fijos en el hombre.

El *bushi* pudo al fin localizamos y dejó de cabecear, inmóvil sobre su montura. No necesitaba hablar, su sola presencia era una orden imperiosa que obligaba a correr a su lado.

Antes de acudir junto a él actuaron como si no me vieran y Padre casi me pisó al pasar por mi lado. La misma situación se había producido muchas veces y la menor señal de reconocimiento de mi situación nos ponía en peligro a todos.

Pese a que el miedo me oprimía el corazón me atreví, al cabo de un momento que juzgué conveniente, a alzar la cabeza ligeramente, suficiente para ver la puerta de nuestra choza y mi familia postrada sumisa frente al visitante. Nadie se atrevía a despegar del suelo su cabeza o mover un músculo y, como tampoco la figura sobre el caballo cambiaba de posición, tuve la extraña sensación de que el tiempo se hubiera detenido en ese mismo instante. No había viento y no alcanzaba a escuchar lo que se pudiera estar diciendo, tan solo el sonido de algún pájaro saludando a la mañana recordaba a mis oídos que el mundo continuaba su ritmo.

Por fin el *bushi* giró sobre el caballo y empezó a alejarse lentamente. Todos

entraron en la choza muy nerviosos y Padre fue el primero en salir para seguirlo a una distancia respetuosa. Mientras lo hacía no dejaba de mirar hacia atrás nervioso, caminando inseguro y tropezando con cada una de las imperfecciones del camino. El *bushi* continuaba cabalgando tranquilo, muy estirado sobre la silla, aparentemente ajeno a todo lo que le rodeaba. Justo cuando el caballo emitió un relincho mis hermanos salieron como centellas del interior con unas bolsas de tela donde seguramente estarían todas sus ropas.

Con gestos imperiosos Padre reclamaba que se unieran a él tras el caballero y cuando lo hicieron abrieron los hatillos y comenzaron a cubrir sus piernas desnudas y a colocarse tiras de tela sobre la cabeza para paliar la dureza del Sol, por lo que deduje que se preparaban para una larga marcha. Parecía que al menos ese día lo pasaría solo. Era claro que habían sido reclamados por el *jitō* para alguna tarea, tal vez reparar alguna empalizada, ayudar en los campos del señor o prestar sus músculos para despejar algún camino tras un derrumbe de la montaña.

En esas estaba cuando vi aparecer un carro tirado por un buey fuerte y robusto, sin duda propiedad del *jitō* pues el valor que podía tener un animal así era desorbitado. Llegaba en sentido contrario al de la comitiva y esta vez no había ningún *bushi* sobre él.

Dos campesinos lo condujeron tranqueando hasta la choza y pararon a su lado. El *bushi*, Padre y mis hermanos se perdieron en una vuelta del terreno. Algo me decía que aquella separación sería más dolorosa de lo habitual, de una u otra forma, y la aprensión sustituyó mi miedo inicial.

Los dos hombres continuaban allí, no muy lejos de mi escondite, rodeando y mirando nuestra choza sin parar de hacer comentarios airados, como si discutieran sobre un tedioso problema. En un momento dado sacaron unas mazas del interior del carro y caminaron con ellas firmemente agarradas. Para mi sorpresa y terror, comenzaron a descargarlas sobre los precarios paneles de madera y papel que formaban las paredes. No necesitaron mucho para que cedieran y que el techo se viniera abajo con estrépito.

Mis ojos no podían separarse de la terrible imagen, incapaz de hacer otra cosa pese al dolor que me producía. Mi espíritu se había derrumbado entre aquellas tablas que tanto sudor habían costado conseguir y que formaban nuestra casa.

Una vez en el suelo, los dos campesinos se afanaron en cargarlas en el carro. No podía explicarme cómo todo nuestro hogar pudiera entrar en un espacio tan pequeño. Nuestro Buda de barro, los cuencos y la olla, así como mi ropa y la manta para dormir era todo lo que quedaba. No había nada más sobre el suelo de tierra allanada.

Contemplé impotente cómo el carro deshacía el camino tranqueando, sin duda a la búsqueda de la comitiva precedente, entre nuevos comentarios ociosos de los dos hombres, ofensivamente ajenos a la destrucción que dejaban

tras de sí.

Después de que se hubieran ido, permanecí allí tumbado, en la misma posición inmóvil, esperando que de alguna forma Padre reapareciera al final del recodo para asegurarme que todo estaba bien, que había sido todo un nuevo y extraño manejo de los *bushis* del *jitō* pero que el problema estaría resuelto de alguna forma en seguida. Pero nadie volvía a asomarse de regreso.

En el silencio que ahora se adueñaba de todo percibí una quietud anormal y perturbadora. El mundo había cambiado demasiado rápido y no era capaz de asimilar todo lo que había provocado. Hasta que el Sol no empezó a quemar mi piel desnuda no me moví.

Me levanté y caminé con paso lento hasta mi ropa, que me había quitado para conservarla seca. Cubrí mi cuerpo con el descolorido *kimono* y lo fijé a mi cintura con la cuerda. Después avancé hasta los restos de la choza con pasos lentos. Tan solo se percibían sus límites por la diferencia de color del terreno, no quedaba el menor rastro de la calidez de aquel rincón del mundo y tan solo el Buda sobre su pequeño altar parecía vincular aquel espacio vacío con el recuerdo de lo que había sido un hogar. Sin pensar en ello me postré ante él y lo miré directamente. A la luz del Sol pude apreciar su color difuminado, la multitud de pequeñas muescas en su piedra, la cara mal perfilada, los brazos demasiado largos para un ser humano. También él había sido despojado de su vitalidad y su sitio.

Lo miré largamente, incapaz de hacer otra cosa mientras el día seguía avanzando, ajeno a los acontecimientos. Recorrí cada tosco trazo de cincel, estudié cada poro de la piedra, seguí cada curva perfilada de su contorno, observé esa sonrisa en su cuerpo orondo. No estaba seguro de lo que esperaba, pero permanecía allí plantado.

Nada cambió, el viento seguía recorriendo el día. El Buda había perdido su augusto aspecto y de pronto no era más que una piedra moldeada. Esta constatación me devolvió como un mazazo la conciencia de lo que había ocurrido.

Ese día comprendí la fragilidad de nuestra existencia.

Por la noche soñé con mi familia. Volví al momento de su partida, solo que esta vez no era un hombre sobre un caballo quien los apartaba de mi lado, sino una especie de fuerza oscura y siniestra que llegaba escondida entre los árboles mientras trabajábamos en el campo de arroz. Podía notar su aliento, cómo se extendía cada vez más, justo al límite del cercano bosque, siempre oculta para el resto de mi familia pero clara y precisa para mí.

Sin embargo, el miedo impedía que avisara de su llegada. Solo pensaba en esconderme, como siempre que llegaba alguien cerca de nuestra choza, con la esperanza de que podría huir de esa forma aterradora si escapaba de su

atención.

Hurtaba mi cuerpo entre los altos tallos, procurando que mi hermano mayor, el más cercano a mí, no pudiera percatarse de ello. Cerraba los ojos y me apretaba fuertemente al suelo, llegando a semienterrarme en la tierra húmeda. La vergüenza de abandonarlos cobardemente no era tan fuerte como mi miedo, que me hundía más y más en el suelo.

La forma se regocijaba de mi terror, gracias a él crecía más y más mientras Padre y mis hermanos continuaban, ajenos a todo, su trabajo. En mi interior luchaba por gritar, por avisar del peligro inminente, pero nada salía de mi garganta. La sombra dejaba ya los árboles y avanzaba rápidamente hacia nosotros. Sabía que los atraparía, que estaban indefensos, pero solo deseaba sobrevivir.

Me desperté en el suelo, con el estómago contraído. Lloraba por mi pérdida, oculto en mi vergüenza.

En algún momento volví a dormirme y no me desperté hasta el amanecer. La luminiscencia tras las montañas recortadas anunciaba la venida del Sol. La multitud de pájaros que se agolpaban sobre las ramas del árbol encima de mi cabeza animaban con sus trinos el aire.

Aún con los recuerdos de mi sueño intenté tranquilizarme recordando las veces que se habían marchado para volver al cabo de un par de días.

Me desperecé estirando todo el cuerpo, aún tumbado sobre el duro suelo al pie del gigantesco pino. No tenía techo donde cobijarme, pero tampoco quería alejarme de las ruinas de nuestra choza. Estaba más seguro allí, aunque el frío de la noche me hubiera dejado aterido, con un dolor intenso en el lado del cuerpo que había apoyado sobre el suelo húmedo.

Me incorporé incómodo y observé con desconsuelo que todo seguía igual. Allí seguía la pequeña zona de tierra removida, con el Buda de piedra y nuestra plantación a la espera de ser atendida.

El miedo a la soledad y a la incertidumbre sobre el futuro rondaba incansable por mi mente, retenida por mi cada vez más débil voluntad. Decidí entonces entregarme a las tareas diarias con empeño, buscando en mi anhelada monotonía una forma de dirigir mi creciente ansiedad.

Oriné detrás del mismo árbol y me dirigí a nuestra pequeña despensa en la parte trasera de lo que fuera nuestra choza. No se trataba más que de un agujero en el suelo impermeabilizado con aceite de pescado. En su interior una cubeta de mimbre con diferentes alimentos.

Elegí un poco de *miso*, la pasta de soja fermentada, que me proporcionó el alimento para empezar el día. Eché de menos a mis hermanos tratando entre risas de quitarme la comida de las manos y a Padre regañándonos.

Hacía mucho tiempo que los *bushis* no se llevaban a Padre y hermanos al mismo tiempo. Solían dejar a Padre para que siguiera administrando la plantación, salvo en las ocasiones en que se requería trabajos de mucha fuerza

o quizá más delicados, y en las que nos quedábamos mis hermanos y yo. A la extraña situación había que añadir la destrucción de nuestro hogar. ¿Qué había impulsado a aquellos hombres a hacer algo así? ¿Cómo era posible que necesitaran nuestra choza? El *jitō* tenía enormes posesiones y un gran castillo donde cobijarse con sus *bushis* y vasallos.

Aun no había aprendido que la ambición humana exige más cuanto más tiene y que jamás se sacia.

Intenté recuperar algo de serenidad concentrándome en el presente inmediato. Lo que sí sabía a ciencia cierta era que podrían estar fuera varios días, pues habían partido con sus ropas y la esterilla para dormir, así que tendría que apañármelas solo mientras tanto.

Frente a mí se extendían las dos partes de nuestras tierras. La primera sumergida en el agua con las nuevas semillas y la segunda húmeda, donde se trasladaban pacientemente los tallos cuando estaban maduros a fin de que estos realizaran la última parte de su crecimiento y dieran nacimiento al preciado grano. El arroz estaba listo para ser recolectado, pero Padre aún no había dado su aprobación. ¿Debía comenzar a cortar los tallos sin su consentimiento?

Quizá sería más sensato seguir vigilando las nuevas semillas plantadas en el arrozal. No podía evitar sentir aprensión al imaginarme de nuevo metido en el agua todo el día, pero no era capaz de encontrar el valor suficiente para tomar una decisión que correspondía a Padre.

Así pues, me dirigí resignado a la parte de nuestra tierra inundada permanentemente de agua, dedicando toda la mañana a recorrer con mis manos el fondo del agua negra, sintiendo la humedad hasta los huesos. Pese al dolor comencé a sentirme más calmado, arrullado por la actividad a la que había dedicado todas las mañanas de mi vida. Pronto se borró de mi mente el miedo y la soledad y caí en un dulce abandono.

Continué trabajando hasta la hora de comer. En ese momento caí en la cuenta de que en la choza quedaba muy poca comida, apenas un tazón de arroz hervido, un poco de algas secas y algo más de *miso*. Esperaba que el regreso de Padre fuera inminente, pero ignoraba el tiempo que transcurriría hasta entonces, así que no tenía mas remedio que comer algo menos y guardar para mañana. Así que solo di cuenta de casi la mitad del cuenco de arroz y me dirigí de nuevo al trabajo.

Era ya media tarde cuando escuché el ruido de gente muy cerca de los tupidos árboles donde terminaba la plantación. De nuevo corrí a esconderme saliendo del agua en dirección al pino, encaramándome rápidamente por él. Abracé el tronco y permanecí oculto entre sus ramas.

Justo en el límite de la línea de árboles escuchaba el arrastrar de cientos de pies y el relincho de algún caballo. Nunca había ocurrido nada igual. Nuestras tierras estaban apartadas de los caminos principales, así como del pueblo, por

lo que nadie que no fuera expresamente a nuestro hogar caminaba cerca.

Pese a que no dejaba de escuchar las voces y el pisar de numerosos pies, no llegaba a ver nunca a nadie. Mi árbol me brindaba una vista de toda nuestra plantación, justo en el centro del enorme claro rodeado del frondoso bosque que siempre nos había ocultado a la vista y me sentía seguro, sin imaginar qué más podía ocurrir. Como en tantas otras ocasiones, esperé que pasaran de largo sin ni siquiera ver nuestra plantación.

Pero al poco mi ilusoria seguridad se vino abajo. Una cabeza redonda bajo una especie de cono de acero asomó entre la maleza. Miró durante un breve espacio y volvió a desaparecer. Mi corazón empezó a latir más deprisa. Otra vez me sentí agarrotado, recordando mi pesadilla que, como ahora, me traía un peligro indefinido desde el bosque.

El tiempo parecía pasar muy despacio y nada más ocurría, pero finalmente aparecieron tres hombres más, incluido el primero, que como este llevaban el extraño sombrero cónico brillante mientras caminaban a pie. Pude fijarme en que les cubría el cuerpo un peto de mimbre trenzado y una especie de falda corta del mismo material. En los brazos y piernas otras piezas de cuero cubrían los antebrazos, los nudillos y las tibias. Todos portaban*yaris* de grandes dimensiones, cuya hoja al final del largo palo estaba tapada con una caperuza de tela negra para protegerla de la humedad.

Mientras caminaban hacia los restos de la choza un jinete apareció entre la masa verde tras ellos. Esta vez no pude evitar lanzar un suspiro de asombro ante la imponente figura. Cubría su cuerpo con múltiples escamas de hierro lacado, unidas con un intrincado entramado de seda y tiras finísimas de cuero, asegurados por nudos bellamente realizados. Unos faldones como los de los hombres de a pie nacían de la cintura rodeada por un *obi* de tela del color rojo más intenso que había visto en mi vida y que mantenía pegada al cuerpo una *katana* alojada dentro de una vaina lacada en negro con finos dibujos en blanco. Sus manos se cubrían con guantes de cuero y los brazos hasta el codo por un panel del mismo entramado de escamas de hierro que el peto. En sus piernas brillaban en negro las protecciones de las espinillas sobre unas botas de piel de oso de pelaje oscuro. Una enorme multitud de flechas sobresalían a su espalda de un carcaj abierto junto a un enorme arco y su cabeza se protegía con un imponente casco atado al mentón por un grueso cordón encarnado. En su brazo izquierdo descansaban las riendas de un poderoso caballo de batalla de color pardo, que se mostraba increíblemente sereno, con un brillo de malévola inteligencia en los ojos. En la mano derecha una terrible *naginata*, el largo bastón rematado en una afilada hoja curva.

Me quedé tan ensimismado con la increíble presencia del *samurái* que no me percaté que los tres *bushis* de a pie habían llegado hasta los restos de la choza y la revisaban de manera rápida y descuidada. Rompieron nuestras escudillas y arrojaron el arroz al suelo. Cuando uno de ellos se disponía a tocar

el pequeño Buda familiar, el *samurái* alzó su voz con un cortante «no», que alejó la mano como si hubiera sido tocada por un rayo.

Mientras seguía escondido en mi árbol, totalmente inmóvil, descubrí con espanto que el *samurái* se dirigía precisamente hacia mí. Quizá solo buscaba la única sombra cercana, pero no pude dejar de agarrarme aún más fuerte al tronco, deseando con desesperación fundirme en él. De repente las hojas me parecían muy pequeñas y me lamentaba de no haber trepado más alto.

Cuando llegó hasta el pie del pino, a tan solo la altura de tres hombres de mis pies, giró su montura sin mover el cuerpo, como si el caballo entendiera telepáticamente la orden. Inmóvil, parecía observar cómo las tres figuras recorrían ahora la extensión de la plantación a punto de recolectar.

Decidí cerrar los ojos y respirar lo más lentamente posible. Mi esperanza consistía en que ninguno me hubiera visto y en silencio recé al pequeño Buda aún en pie sobre los restos de la choza.

La voz del *samurái* me sobresaltó y casi caigo sobre él pese a la fuerza con la que me agarraba.

—Veo que estáis solo —comenzó—. No tenéis nada que comer y vuestra familia no volverá en mucho tiempo. La guerra es un acto terrible, una acción que llena de honor a los *samuráis* pero que ahoga al pueblo. El ejército tiene hambre y ahora conoce tu plantación. No tardará en expoliarla. No esperes ayuda de tu *jitō*. Este es su ejército y ahora tiene otros asuntos más urgentes que atender, como defender su posición. Debes irte cuando caiga la noche o de lo contrario engrosarás las filas de los que marchan a la lucha que está por venir. Escóndete al otro lado del pequeño camino, en la ladera de la montaña. Cuando pasen tres días vuelve a bajar. Todo habrá terminado entonces.

Los hombres voceaban desde el otro lado del lago de tallos verdes, y aunque no entendía lo que decían, en su cara alegre adivinaba júbilo. Sin esperar a que replicara o que reconociera que efectivamente le había entendido, el *samurái* abandonó su sitio con un trote suave, directo a la fila de árboles de donde había llegado. En ese momento me percaté de que de la parte trasera de su casco pendía un papel con el dibujo de cuatro círculos rojos. En ningún momento volvió la cabeza o miró a los *bushis* antes de acercar su *naginata* al cuerpo y perderse al otro lado de la pared verde.

Uno de los hombres siguió sus pasos en la espesura. Los otros dos se sentaron muy cerca de los restos de la choza y empezaron a charlar en voz baja. Desde donde estaban veían perfectamente el solitario pino donde me escondía, por lo que no podía moverme. Hasta ahora siempre había buscado refugio por un breve espacio de tiempo. Nunca había tenido que improvisar un refugio para un largo periodo, así que me había encaramado allí sin la menor previsión.

Al igual que los *bushis*, solo podía esperar. Busqué una posición más cómoda, dejando de abrazar el tronco y separando los pies sobre la rama

donde me sustentaba. Finalmente el cansancio pudo más que mi temor y acabé sentado en ella. Ni el peligro o el hambre fueron capaces de retenerme y fui cayendo lentamente en un sueño inquieto.

Desperté sobresaltado en medio de la oscuridad. No podía creer que me hubiera dormido. Milagrosamente no había caído de la rama, pese a que apenas encontraba el espacio para mis nalgas. La cara me dolía por haber estado apoyada en la nudosa corteza, pero me encontraba descansado y alerta.

Busqué a los hombres y los encontré en el mismo lugar, esta vez rodeando un pequeño fuego donde calentaban algo de comida sobre uno de los cascos *jingasa*. Los ruidos de la marcha del numeroso ejército habían desaparecido y me pregunté dónde estaría ahora refugiada tanta gente. Era imposible que las casas del pueblo pudieran albergar al numeroso contingente que imaginaba había pasado por el linde de nuestras tierras.

En mi imaginación volvió a brotar la imagen del *samurái* de negro y rojo y me pregunté si todos los demás serían como él, con sus formidables corceles, las armaduras fabulosas y las estremecedoras armas.

Me había dicho que huyera porque mi familia no llegaría a tiempo, pero no podía dejar de albergar la esperanza de su regreso. Si lo hacían al día siguiente, Padre podría reclamar lo que era nuestro, que siempre habíamos cumplido religiosamente con el pago a nuestro *jitō* y contábamos con su beneplácito. Los *bushis* tendrían que irse de allí y todo volvería a ser como antes. Mientras eso ocurría debía evitar ser descubierto.

Aunque las piernas estaban ateridas por el largo periodo de inmovilidad, pude deslizarme sin hacer ruido hasta el suelo. Una vez allí anduve agachado hasta la línea de árboles opuesta a la que habían utilizado los hombres para llegar, justo al otro extremo de las dos plantaciones que conformaban nuestras tierras. Allí procuré no pensar en el hambre e intenté dormir de nuevo.

Sin embargo, esta vez mi cabeza impedía que lo consiguiera. La incertidumbre del día siguiente me perseguía sin descanso. ¿Podría llegar a tiempo Padre? Y si era así, ¿qué podía hacer si se tenía que enfrentar a aquellos hombres? Tal vez demostrar que eran nuestras no fuera suficiente, pero era inconcebible que nos quedáramos sin nada de esta cosecha. Sería nuestro fin. Sí, Padre sabría qué hacer.

El *samurái* hablaba de que nuestro *jitō* estaba ocupado en defenderse. ¿Defenderse de quién? El *jitō* era lo más poderoso que había conocido. ¿Acaso sería el propio *shōgun* el que lo amenazaba?

Pero otra certeza aún más terrible me llegó de pronto. Esta vez mi familia no estaba trabajando en otros campos, no reparaba un puente caído. Se los habían llevado para ir a la guerra.

Decididamente, no creía posible dormir aquella noche.

Para colmo de infortunios, al poco empezó a caer una lluvia fría. Los hombres corrieron a refugiarse bajo el mismo pino que me había servido de cobijo, donde desplegaron una capa que ataron al tronco por un lado y sujetaron con ramas al otro. Mientras los veía arroparse con sus mantas, envidié su posición, pues pese a estar también yo bajo un arce bajo y tupido, al poco empezaron a filtrarse las gotas, que caían persistentemente sobre mi cuerpo.

No tenía a donde ir, ni tampoco ropa adecuada, así que arranqué pequeñas ramas y hierbas para intentar cubrirme con ellas. Al poco desistí, pues no conseguía taparme más que las piernas, y terminé abrazado y encogido lo más posible, buscando el calor de mi propio cuerpo.

Los *bushis* dejaron de hablar y la lluvia, para mi consuelo, cesó casi completamente para convertirse en una llovizna ligera. El suelo estaba empapado y yo con él. Intenté buscar una solución, pero el único lugar seco era el pequeño refugio de los dos hombres.

Cada vez tenía más frío y no podía controlar el temblor de mis manos y pies. No tenía más remedio que dirigirme a Kono en busca de refugio o podría enfermar. Lamentaba irme de nuestras tierras, como si mi vigilancia pudiera evitar la profanación de nuestro hogar, pero no veía ninguna otra alternativa.

Aprovechando la descuidada vigilancia, atravesé el campo y me dirigí al pequeño camino al otro extremo. Una vez allí recordé el doloroso viaje la noche de la muerte de Madre. Lentamente me dirigí cabizbajo hacia el pueblo, mientras el barro empezaba a cubrir mis piernas.

En los arrabales encontré la solución a mi pregunta sobre el acondicionamiento del ejército. Multitud de tiendas de tela permanecían levantadas a lo largo del camino, rodeadas de teas ardiendo en lo alto de largos palos clavados en la tierra. Por entre los pabellones se veían las banderas con diferentes símbolos, como cerezos, gaviotas, cisnes, toda clase de flores y árboles, la luna, estrellas, el sol, y muchos otros, formando una multitud de formas y colores. Pero sin duda, lo que más me inquietó fueron los *bushis* rodeando el campamento, muy atentos a todo lo que ocurriera en el camino. No creía posible atravesarlo sin ser visto, ya que se habían colocado fuegos a unos veinte pasos antes del primer control, iluminándolo todo.

Probé a rodear entre la maleza, pero siempre que me acercaba me encontraba con alguna tea ardiendo cercana a un hombre. Todo el pueblo estaba cercado, se habían adueñado de él celosamente y no encontraba la forma de conseguir entrar. Desesperado amplié el círculo de mis pasos, entre arañazos y caídas en la oscuridad.

Encontré una zona en la que la arboleda llegaba hasta una casa baja de madera, con techo de paja. Desesperado por el frío comencé a subir por al arce más cercano, resbalando y esperando caer en cualquier momento. Una vez a la altura del techo, gateé por la rama que consideré más ancha hasta situarme

encima de la construcción.

Abajo, dos *bushis* conversaban cerca de la puerta. No tenía más remedio que dejarme caer sobre el techo, aun con el riesgo de captar su atención. Desde mi posición veía la paja del techo a menos de la altura de dos hombres. Quizá la lluvia hubiera logrado la suficiente humedad para que estuviera empapada y amortiguara el sonido de mi caída. No creía que los hombres se marcharan, pero sí podía ocurrir que dejaran de hablar o que uno se quedara solo y entonces sería aún más difícil evitar ser descubierto. Al menos en ese momento no estaban demasiado atentos, discutiendo algo sobre una apuesta que había perdido un tercero. Intenté armarme de valor y saltar, pero las manos de pronto se quedaron agarrotadas. No era capaz de controlarlas, como tampoco lo hacía de un temblor que empezó a sacudirme, debido al frío que continuaba atenazándome.

En medio de la desesperación sentí que dejaba de ser dueño de mí mismo, como si otra persona controlara mi cuerpo y se hubiera empeñado en dejarlo colgado allí arriba. Unas lágrimas comenzaron a recorrer mi cara mientras mis ojos se clavaban en los dos hombres, cada vez más nítidos y cercanos. Caí en la cuenta de que la rama apenas me ofrecía protección, solo tenían que alzar la vista para verme.

No era capaz tampoco de volver hasta el tronco y para colmo en ese momento empecé a sentir cómo me iba escurriendo. Pese a mis esfuerzos no encontraba la forma de seguir agarrado. La lluvia caída sobre la rama no permitía que siguiera agarrado a ella. Iba a caer en cualquier momento. Desesperado volví a mirar a los *bushis*, que seguían sin moverse junto a la casa. En el momento en el que uno reía, caí.

Cuando llegué al techo atravesé la primera capa sin el menor ruido, pero antes de poder alegrarme por ello, di con mi pecho en el armazón de madera con un sonido hueco. Asustado, no me atreví a moverme, sin lograr evitar respirar con lo que a mí me resultaba un ruido ensordecedor.

Continué esperando, con el corazón resonando en mis oídos, tapándome la boca en un intento de acallar mi fuerte respiración. Pero nada ocurría. No lograba determinar si el silencio era una buena o mala señal.

Afortunadamente el frío remitió cubierto por la paja. La capa inferior estaba seca y el tablón de madera donde me apoyaba también. Ni siquiera me atreví a quitarme la ropa mojada, aunque solamente tuviera que desanudar la cuerda que sujetaba mi raído *kimono* para quedarme en taparrabos.

Nada más creía capaz de hacer aquella noche, así que cerré los ojos y me quedé lo más quieto posible. Había cambiado el pino por un arce y este a su vez por un techo de paja. En todas las ocasiones estaba en la misma situación, elevado y escondido de unos *bushis*.

Aquel día entendí que a veces no tiene sentido luchar con toda nuestra energía contra un problema, el *karma* es el *karma*, y cuando este nos supera es

más adecuado sentarse a esperar.

KONO. BINGO

El ruido de los hombres me despertó. Me parecía que acabara de cerrar los ojos, pero el Sol ya calentaba mi espalda. Al parecer, el coste de mi encuentro con la lluvia se había resuelto satisfactoriamente. Solo mi nariz moqueaba y notaba cierto malestar en mis tripas revueltas, pero la temida enfermedad de la tos parecía salvada. Me incorporé tratando de asomar la cabeza entre la paja y pude contemplar por primera vez desde la noche de la muerte de Madre el pueblo de Kono.

A la luz del día no me pareció tan amenazador ni sobre todo tan grande. En realidad era un claro ocupado por casas de madera diseminadas sin aparente orden, entre el ahora embarrado suelo, en mitad de una suave colina, seguramente para facilitar que el agua de las persistentes lluvias no quedara retenida. Solo en la parte más alta se distinguían construcciones más sólidas, con cercados de bambú. Seguramente a una de ellas habíamos acudido aquella aciaga noche. No había ni rastro de los dos *bushis*, por lo que pude disfrutar de mi privilegiada vista irguiéndome un poco más sin temor a caer, pues el entramado de paja era muy denso y las tablas bajo mis pies las sentía firmemente unidas.

Un poco más allá unos cincuenta aldeanos se arremolinaban en el centro del pueblo, el lugar más amplio y despejado, formando una masa compacta y temerosa. Todos llevaban ropas holgadas, tenían las piernas desnudas y las cabezas cubiertas por el sombrero ancho de paja de forma cónica típico de los cultivadores de arroz.

Estaban rodeados por una decena de *bushis*, que si bien no los amenazaban ostensiblemente, la sola exhibición de sus armas conseguía mantener al grupo unido con la misma efectividad que si se encontraran acorralados por un cercado. No había mujeres, niños o ancianos. Los allí presentes habían sido seleccionados de entre los hombres de Kono y arrastrados hasta allí.

Al final de la explanada se estaba desmantelando una enorme tienda militar. Eficientes vasallos desmontaban el entramado y doblaban las lonas mientras que otros tantos cargaban todo apresuradamente en carros tirados por bueyes. Continuamente pasaban *bushis* corriendo en grupos numerosos

mientras oficiales a caballo les gritaban órdenes.

El pueblo entero bullía de actividad, pero los únicos que se movían eran los que portaban armas. Unos pasaban con cestos de arroz y animales de granja y otros entraban en las casas y salían con esteras y utensilios de cocina, así como todo tipo de ropa y alimentos. Lo hacían atropelladamente y con muchos nervios, como si algún suceso inesperado les hubiera sorprendido. No quedaba ni rastro del sobrio y metódico desfile que había escuchado el día anterior desde el pino de nuestra tierra. Todo era un apresurado ir y venir y la mayoría de ellos acababan por perderse en el inicio del camino por el que habían llegado. Los aldeanos ni siquiera se atrevían a levantar la vista del suelo, mientras les arrebataban casi todo.

Entonces un *samurái* a caballo cubierto con un *jimbaori* profusamente decorado, el chaleco sin mangas que cubría hasta las rodillas a los *bushis* de mayor rango, se acercó al grupo. Su porte era igual de impresionante del que viera tan cerca el día anterior. En su cara descubierta pude distinguir un largo bigote y unos ojos pequeños bajo una frente ancha y una nariz curvada. Su cara blanca y brillante, seguramente bañada de afeites, reflejaba al menos cuarenta años. Su cuerpo cubierto por la armadura parecía desproporcionadamente ancho. Le seguían a un caballo de distancia otros dos jinetes que mantenían con orgullo dos banderas dibujadas con un árbol de largos trazos separados, dando una sensación dinámica a lo que debiera ser inamovible. Era el *mon* de Iwakura-*sama*, nuestro *jitō*.

En cuanto llegó a la altura de los aldeanos se produjo una conmoción y todos tocaron con su cabeza el lodo. Se dejó de escuchar sus cuchicheos inquietos, de ver sus miradas derrotadas en un mar de dudas y temor.

—Hombres de Kono —empezó con voz seca—. Vuestro *jitō* ordena que os incorporéis inmediatamente a su glorioso ejército en la lucha contra el enemigo. Su voluntad es la vuestra y a partir de ahora obedeceréis las directrices que os hagan llegar con diligencia y eficacia. No se tolerarán cobardes ni ladrones y la muerte será su castigo.

Y sin otra palabra se alejó a la carrera, seguido siempre a la misma distancia por los otros dos *samuráis*.

En cuanto desapareció de la vista un *bushi* a pie comenzó a lanzar gritos y dar puntapiés a los aldeanos, que se incorporaron entre trompicones. A cada uno se le entregó un largo *yari* de hoja recta, así como un casco *jingasa* de acero en forma de cono. Se les obligó a marchar repartidos en dos filas rodeados de *bushis*, mientras los ancianos, mujeres y niños observaban impotentes su partida, sin atreverse a abandonar los quicios de sus casas.

En muy poco tiempo la tienda terminó de ser recogida, quedando dos enormes agujeros en el suelo en el mismo lugar donde se habían apoyado los pilares. Los carros y todos los *bushis* desaparecieron, reemplazados por un silencio que impregnó al pueblo como un sudario, enterrándolo todo. Hasta yo

era consciente de que sin alimentos ni nadie que trabajar la tierra estaban condenados.

A lo lejos aún permanecían el tintineo de los arneses, las voces apresuradas, el paso trémulo de los hombres de Kono. Los que habían quedado atrás empezaron a aparecer entre las calles sumidos en una especie de trance hipnótico, con sus ojos aún en la entrada del pueblo. Solo el llanto de algún niño llamando a su padre rompía el lienzo pintado bajo mis ojos.

Aunque hubiera preferido permanecer oculto en mi tejado, ajeno a aquella terrible desgracia, un dolor intenso empezó en mi tripa, urgiéndome a evacuar inmediatamente. No podía evitar los retortijones y presa de la incontinencia más absoluta, tuve que empezar a improvisar una apresurada bajada al suelo. Sin reparar en el ruido que producía me deslicé hasta el suelo arrastrando paja y pequeños trozos de madera suelta por el lado que daba al bosque, a espaldas de aquella gente.

Me acuclillé allí mismo y vacié mi cuerpo apenas en un suspiro. Recordé de nuevo que era un precio muy leve para lo que podía haber supuesto mi aventura nocturna, así que no me sentí tan incomodado por la situación.

Me até después el *kimono* y cuando alcé la vista me encontré frente a un anciano arrugado y diminuto, que me observaba junto a la pared de la casa como una estatua, sin expresión alguna. En sus ojos fijos me vi reflejado, con mi cuerpo delgado, la ropa raída y demasiado ancha, mis rasgos delicados como los de una mujer, las manos con dedos inusualmente largos y finos, la cabeza ligeramente ovalada. Yo tampoco acerté a volver a moverme o pronunciar alguna palabra y permanecimos mirándonos sin pestañear durante un tiempo que se me antojó enorme.

Me percaté entonces que con las prisas había perdido parte de mi calzado. El *geta* del pie derecho no estaba, seguramente abandonado sobre el alto tejado.

El viejo se giró y entró a la casa por una entrada que curiosamente daba a la tupida maleza, casi tapada por esta e invisible a la vista, en lugar de a las calles del pueblo. Desde fuera pude escuchar cómo trajinaba arrastrando los pies de un lado a otro, hasta que una sola palabra viajó hasta mí.

—Arroz —pronunció una voz pastosa.

Tímidamente entré en la estancia diáfana, que abarcaba todo el interior de la casa, sin ninguna división. El suelo lo formaban tablones muy separados, por los que hubiera cogido una de mis piernas. Entre los huecos se podía ver el suelo de tierra, a dos palmos de distancia. No había acceso al pueblo desde allí ni ninguna otra entrada. Un pequeño hogar en el centro, con muy pocos utensilios de cocina, me hizo deducir que vivía solo. Un jergón enrollado, pese al ancho espacio disponible, reposaba a la entrada. Pero mi atención se fue en seguida a la pared contraria, que estaba repleta de cestas de arroz, desde el suelo al techo. Todo había sobrevivido al saqueo. Aquel hombrecillo mantenía

una enorme reserva de alimento, una verdadera fortuna. Adiviné que había sido ocultado allí a propósito por los aldeanos mucho antes de la llegada de los *bushis*.

Antes de continuar mi escrutinio me acercó un recipiente de barro con la prometida comida. La empecé a devorar con las manos ante las risas satisfechas de mi anfitrión, que de pronto había mudado su rostro de cera en una divertida sucesión de muecas y sonrisas.

De vez en cuando levantaba nervioso la vista de mi tazón, pero el viejo me miraba con alegría y movía los brazos llevándoselos a la boca, animándome a seguir y al parecer muy complacido de mi voracidad. Superada cualquier incomodidad o vergüenza continué devorando el contenido del recipiente.

Cuando al fin lo terminé el viejo se acercó y lo recogió de mi mano para colocarlo sobre otro dispuesto en una pequeña balda. En el hogar encendió un pequeño fuego, donde colocó una olla pequeña llena de lo que creí distinguir como agua. No me moví a la espera del resultado de su nueva tarea.

—Tripa revuelta. Frío en el vientre —dijo como para sí mismo, antes de recoger de otra balda unas pequeñas hojas marrones de un tosco tarrito—. El frío no es bueno. Aún menos bueno en el centro del cuerpo. Un poco de calor y todo estará bien.

Cuando el agua estuvo hirviendo añadió las hierbas, removiendo con un cucharón de madera. Al poco lo retiró del fuego y lo colocó a su lado, sentado sobre las rodillas. Esta vez entrecerró los ojos y permaneció inmóvil. Fuera no se escuchaba el menor ruido, amortiguado por las inusualmente gruesas paredes y la lejanía relativa con el resto de las casas. Le agradecí profundamente que guardara silencio, pues no hubiera sido capaz de decir nada. Así continuamos esperando que el caldo se enfriara mientras recuperaba también la paz interior olvidada en aquella jornada de sobresaltos. Ya estaba empezando a adormilarme cuando un movimiento brusco del hombrecillo me sacó de mi ensimismamiento.

Me alcanzó el contenido del puchero, que bebí despacio. En seguida noté un calor nacido desde el bajo vientre, que se extendió rápidamente por las extremidades, como una agradable marea.

Después, sin decir nada más, se dirigió muy despacio hacia un cesto de hojas de arroz y extrajo un *kimono* tan raído como el mío, solo que este seco, y me lo tendió con una ligera reverencia. Después se dirigió a la puerta sin mirar atrás y salió. Al momento estaba solo, sin saber qué más podía esperar de aquel extraño comienzo del día, tan diferente a todos los anteriores.

Tras unos momentos de duda cambié mis ropas mojadas, dejando las húmedas en un rincón. Me quedaban algo pequeñas, pero estaban limpias y despedían un dulce olor que no supe identificar.

El anciano seguía sin volver. Ahora que me encontraba aliviado, cambiado y satisfecho, me atenazaron de nuevo los acontecimientos de la tarde anterior,

mi campo abandonado, mi familia quizá marchando a la guerra. No pude esperar más y volví fuera para encontrarme en medio del bosque. No había ni una sola persona a la vista, así que comencé a deshacer el camino que me llevaría de nuevo a mi hogar.

Nada más perder de vista el pueblo y retomar la pequeña vereda olvidé el extraño encuentro y todo lo vivido en Kono. Mi pensamiento solo me llevaba a mis campos y al posible regreso de Padre y hermanos. ¿Qué habría ocurrido? La mañana estaba ya muy avanzada. ¿Seguirían allí los dos hombres o se habrían marchado con el resto?

Con mi apresurada salida de Kono no había caído en la cuenta de que andaba cojeando. Había olvidado buscar mi *geta*. Sentía vergüenza pensando en lo que diría Padre cuando le contara que estaba en un tejado del pueblo, abandonado por mi descuido, pero no podía detenerme. Tenía que llegar lo antes posible a casa.

Mantenía la esperanza de que se hubieran marchado todos, pese a la advertencia del *samurái* aconsejándome que me alejara al menos tres días. No veía a ninguno de los hombres que habían tomado Kono mientras recorría el camino de vuelta y muy pronto estuve cerca de nuestras tierras.

El verde tapaba el campo sembrado, que ya adivinaba muy cerca, y seguía sin ver o escuchar a nadie. Mis pasos se aceleraron hasta convertirse en una rápida carrera, ansioso por atravesar los arbustos y aparecer en medio del campo de tallos largos, pero cuando al fin lo hice y me planté entre mi amado arrozal quedé clavado allí mismo, atónito ante la escena surgida ante mis ojos.

Diseminados por toda la plantación unos veinte campesinos cortaban los tallos con rapidez y pericia mientras tres mujeres correteaban entre ellos y los recogían del suelo para cargarlos en unos enormes cestos atados a sus espaldas. En el claro donde debiera estar nuestra choza esperaban una mujer y dos campesinos más. A la primera le llegaban los cestos, de los que extraía los largos tallos y los alineaba en el suelo en grupos para atarlos después. Los hombres los recogían y los emplazaban en unos caballetes de ramas trenzadas para que el Sol comenzara a secar el arroz y así poder extraerlo después. Eran muchos y de seguro que antes de terminar el día ya habrían recogido toda la cosecha.

Observando la operación estaban los dos *bushis*, ahora en actitud de alerta, acompañados de un *samurái* junto a su caballo, que no era el mismo que había conocido el día anterior. Este no llevaba casco ni hombreras, que descansaban sobre el lomo de su montura, quedando al descubierto el *chonmaje*, el significativo corte de pelo de los *samuráis*. Destacaba la *katana* suspendida de su cintura por dos tiras de cuero, al estilo de los caballeros, y parecía que acaba de descabalgar, pues aún sostenía las riendas que acercaba al primero de los *bushis*, que hincó de inmediato una rodilla y bajó la cabeza para recibirlas.

La visión de nuestra cosecha profanada, la amada tierra violada por manos

extrañas, me produjo un dolor insoportable. Cada pedazo de aquel campo contenía una parte de mi vida, allí estaban todas nuestras ilusiones, todo nuestro esfuerzo, la única vida que habíamos conocido, lo único que creíamos nuestro.

El estupor dio paso a un calor que comenzaba en mi vientre y se extendía por todo mi cuerpo en una oleada de fuerza que no podía contener. La rabia sustituyó todo lo demás y una furia que jamás había sentido se adueñó de todo mi ser. No pensaba, solo sentía y el sentimiento ocupaba todo. En ese momento esa energía buscó una forma de salir de mí y la encontró en un grito tremendo que me hizo abandonar mi voluntad y arrastrar mi cuerpo a toda velocidad hacia los campesinos.

El *samurái* quedó a medio camino de entregar las bridas del caballo al *bushi* y los hombres dejaron de trabajar, paralizados en el último gesto. El caballo se encabritó, comenzó a relinchar y patear tirando de las riendas y del brazo del *samurái*. El *bushi* se había incorporado para tratar de ayudar a controlar al animal, pero era demasiado tarde. Pese a recurrir a toda su fuerza, el cuerpo del *samurái* fue arrastrado sin remedio por la hierba, incapaz de desanudar su mano a tiempo de evitarlo. Mientras se alejaban caían las partes de armadura colocadas en la grupa del caballo.

Yo seguía mi loca carrera, incapaz de contener las lágrimas o de dejar de vociferar un absoluto «No». Fugazmente me percaté de que cerca esperaban más *bushis* junto a un carro bajo la sombra fresca de nuestro pino, pero ya nada me importaba.

Cuando llegué al primero de los campesinos, su mirada asustada me confundió y desperté sobresaltado de mi loca carrera. No me miraba a mí, sino hacia el lugar desde el que se levantaba del suelo el *samurái*. Giré yo también la vista y vi que el caballo continuaba galopando entre el campo sembrado, lanzando coces y contorsionándose salvajemente. Al parecer había logrado desenredarse.

La tierra dejó de girar. Ignoraba el tiempo transcurrido, pero sentía que un solo instante separaba mi loca carrera de su inicio. Tomé conciencia de mi cuerpo, del sudor que me inundaba, de que me faltaba aire para respirar y que me ardía la garganta. Todo el frenesí que me había poseído se esfumó al cerciorarme de que el *samurái* estaba ya de pie y me miraba con enorme furia.

La humillación había sido terrible. La vergüenza de montar un caballo de batalla que se asustaba de aquella forma, añadido a la incapacidad del jinete por controlarlo y la grave afrenta de que fuera arrastrado por el suelo eran demasiado. Y lo peor que la causa no hubiera sido otra cosa que el grito de un niño, ni siquiera la punzada de una flecha o el corte de una *naginata*.

La espera por la reacción del *samurái* mantenía en vilo a todos. Yo no entendía exactamente qué ocurría, pero conocía el carácter caprichoso y cruel de los *bushis* y era consciente de que había provocado la estampida del caballo.

Sus hombros temblaban pese a los movimientos lentos con los que se ajustaba las coderas de cuero. En el lento proceso se fijaba en las partes de la armadura diseminadas por el suelo y en el caballo aún desbocado corriendo por el campo a nuestro alrededor. Caminó unos pasos hasta su *yari* abandonado y lo recogió para clavarlo en el suelo de un solo movimiento rápido y preciso. Después se giró y desenvainó la *katana*. Cuando empezó a caminar resuelto hacia mí sentí una sacudida.

—Corre por tu vida, insensato —me dijo el campesino más cercano—. Un *samurái* no puede volver a envainar su *katana* si no está manchada de sangre.

Antes de darme cuenta de lo que hacía ya había iniciado otra carrera, solo que esta me alejaba de allí. Cuando volví la mirada me abrumó la desconcertante velocidad con la que las piernas acorazadas le llevaban en mi dirección.

No lograba entender cómo era posible que en tan breve espacio de tiempo pudieran desarrollarse tantos acontecimientos y de tan imprevisible trascendencia. Era asfixiante la nueva sensación de no poseer el menor control de todo lo que pasaba, hasta ahora siempre repetido y conocido. Otra vez maleado por el destino, caprichoso, indolente, terrible. ¿Era posible que mi vida pudiera estar llegando a su fin? ¿Podía terminar mi existencia tan bruscamente? Si la conciencia había llegado paulatinamente, como un lento despertar, ¿era siquiera presumible que fuera sesgada tan rápidamente? ¿Cómo había llegado a aquella situación? ¿Qué podía evitarlo?

Seguí corriendo con todas mis fuerzas para escapar de aquella locura. Esta vez los gritos no los provocaba mi voz sino la del *samurái*, que al verse tan cerca de mi altura y aun así no ser capaz de alcanzarme, chillaba de rabia. La distancia seguía menguando con desesperante rapidez y el borde del bosque seguía demasiado lejos. Al menos mi delgadez compensaba mis piernas pequeñas y el miedo proporcionaba la fuerza necesaria para mantener una esperanza de llegar a la línea verde antes de que mi cabeza rodara por el suelo. El peso de la armadura casi completa le había hecho perder parte de su empuje y yo: me movía por mi campo. Conocía dónde colocar mis pequeñas piernas por el suelo enlodado de manera inconsciente y lograba que me desplazara lo suficientemente rápido para escapar momentáneamente del terrible ataque.

Considerándolo un asunto de honor ninguno de los *bushis* auxiliaba a su señor y no le seguían por el sembrado campo de arroz. Pese a que me desplazaba con los movimientos más rápidos de toda mi vida, no tener una idea clara de hacia dónde dirigirme y el continuo movimiento de mirar atrás, permitía que el filo del acero estuviera siempre a punto de tocarme. Entonces recuperaba una dirección lineal y un estallido de energía me empujaba unos pasos más allá, acompañados de un nuevo grito de frustración a mis espaldas.

Finalmente atravesamos la línea de árboles que separaba nuestro hogar del resto del mundo, con mayor incertidumbre, pues me era imposible verle y

calcular a cuánta distancia se encontraba de mis talones.

Cuando alcancé por fin la serpenteante línea de arena del camino, dudé por un instante hacia dónde encaminar mis pasos y mis pies se enredaron, haciéndome caer de bruces en el suelo.

Ya antes de que mi cara tocara la tierra, la sensación de pánico me asaltó. No tenía escapatoria, derribado en mitad de una zona despejada justo delante de la trayectoria de mi perseguidor. No tendría tiempo de levantarme y evitar el desastre. Cuando escuché a mi espalda el jadeo del *samurái*, cerré los ojos instintivamente y me preparé para el final.

Pero el momento pareció dilatarse en exceso. Debería estar detrás de mí, de eso estaba seguro, pero no se escuchaban ni sus gritos ni sus jadeos. En el extraño silencio fui consciente de mi propia respiración, del estallar de mis pulmones, del dolor en mi pecho por la caída. ¿Estaba muerto ya? ¿Ese era el vacío?

La voz del *samurái* sonó de pronto atronadora, devolviéndome al mundo de los vivos súbitamente.

—¿Cómo te atreves, monje? ¡Apártate de mi camino! Tengo una deuda de honor con este miserable.

Abrí los ojos y descubrí asombrado a un hombre de cabeza rasurada, ataviado con una túnica encarnada muy holgada en las mangas y tan larga como para tapar los pies. Debía haber visto al menos treinta años pasar frente a su cara redonda, casi cómica, de boca y nariz pequeñas, eclipsadas por unos ojos negros de gran intensidad.

Se interponía entre nosotros agachado despreocupadamente de espaldas al *samurái* para poder mirarme con curiosidad reverente. Pese a la velada amenaza la calma más absoluta dirigía su conducta, como si nada existiera fuera de nosotros dos.

—¿Has sido tú quien ha gritado? —preguntó sin más, en un tono melodioso.

Aún no me había repuesto físicamente de la carrera y hasta hacía un momento solo esperaba la muerte, por lo que no fui capaz ni de entender sus palabras. Toda mi atención estaba desplazada al otro lado de su cuerpo anaranjado, hipnotizado por la brillante *katana*.

—¿No me has oído, estúpido monje? Apártate de inmediato a menos que quieras ver rodar tu cabeza por el polvo.

Pero no fue la amenaza lo que le hizo volverse, sino la certeza de que no podría sacar nada coherente de mí hasta que aquel hombre dejara de amenazarme.

—¿Cuál puede ser el motivo capaz de centrar la atención de un poderoso *bus hi* en un niño? —le preguntó tranquilo.

—No es asunto tuyo. Digamos que me ha ofendido gravemente y mi honor está en entredicho. No puedo perdonar su vida. Exijo una

compensación legítima.

—No sería necesario perdonar si antes no hubieras juzgado.

El *samurái* se sintió incómodo. El ímpetu apasionado que le había conducido hasta allí había cesado. Su arma aún continuaba amenazante frente a nosotros sostenida por sus dos poderosas manos pero no se atrevía a apartarlo para llegar hasta mí.

—Exijo una compensación —volvió a repetir, esta vez con menor convicción, mientras comenzaba a cambiar el reparto de peso sobre sus pies, como si no encontrara la posición idónea para mantenerse en pie frente a ambos.

—No poseo ninguna posesión —empezó el monje—. Tampoco gozo de prestigio o reconocimiento y mi influencia no reporta honor ni favor, pero si algo puedo hacer por evitar la muerte de esta criatura pídelo.

—Nada de lo que tengas o hagas puede reponer esta afrenta. Solo deseo que te apartes a un lado para poder matar a este villano.

—Para lograr un objetivo antes debes discernir entre hacerlo y no hacerlo. Y para ello no es suficiente con decidirlo, hay también que comprender la elección. Tu mente está confusa. Al mismo tiempo quieres y no quieres. La dualidad de tu ser, lejos de ser armoniosa, recoge una lucha interna que ahoga tu equilibrio.

—¿De qué lucha hablas? ¿Qué sabes tú de mí? No hay duda en mi ánimo.

—En ti veo el cielo y el infierno.

El *samurái* recobró su ira y el aplomo perdido. Movió las muñecas para afianzar mejor la empuñadura y replicó jactancioso.

—Eso es absurdo. Quítate de en medio, no eres más que un loco. No puedo perder más tiempo contigo.

Acto seguido levantó la *katana* e hizo ademán de avanzar hacia mí. Entonces el tono de voz del monje cambió radicalmente, de pronto sonó ruin y su rostro mostró desidia y desprecio.

—Dime gran señor, ¿cómo un pequeño ha logrado ponerte en un aprieto? ¿Acaso un verdadero *samurái* hubiera llegado a este extremo de vergüenza? Seguro que tu apellido proviene de una familia de bajo rango, un apellido olvidado que nunca fue conocido, mancillada aún más por un pato con armadura como vos. Estás jadeando como un cerdo, sudando y sin aliento, apenas puedes sostener esa mediocre *katana*, herrada por un campesino. ¿Qué señor quisiera contar con un despojo como vos entre sus filas?

Yo me encogí aún más, sin poder creer lo que mis oídos escuchaban. Sin duda estaba ante un desequilibrado, como había juzgado el *samurái*.

La reacción del *bushi*, como era de esperar, fue de una rabia absoluta. Ni siquiera era capaz de formar en su mente una respuesta coherente mientras su rostro se contorsionaba por la ira y se abalanzaba sobre el monje. Este ni siquiera hizo ademán de defenderse. Solo bajó su mirada y pronunció unas

palabras sentidas, con una intensidad abrumadora.

—Estas son las puertas del infierno.

La frase quedó suspendida en el aire, a medio camino de la hoja descendente y su cuello. El *samurái* paró la estocada en el último instante y de manera milagrosa no tocó la piel del monje. Se quedaron los dos petrificados, aunque el filo temblaba junto al cuello del monje, como si se luchara por atravesar una piedra imposible de partir.

Los momentos siguientes me parecieron eternos. El desenlace de los acontecimientos no parecía llegar nunca. Loco de nervios pensé en escapar, pero algo de aquella escena me retenía.

Finalmente levantó la *katana* y miró a los pies del religioso. En su rostro ya no había rabia sino indefensión. Permaneció solo unos instantes delante de nosotros, con una mano fuera de la empuñadura y manteniendo el filo caído a un lado. Después giró sobre sus pasos y se encaminó hacia la plantación.

—Y estas son las puertas del cielo —apostilló el monje.

El *samurái* se detuvo, pareció dudar y finalmente continuó hasta atravesar la línea de árboles y volver a nuestra tierra.

Camino con la mirada desenfocada pero con la cabeza fija al frente, sus pasos firmes, el rostro impasible.

Todos le miraban, sin que tampoco esta vez se atrevieran a hablar o a intervenir. Aún se mantenía la larga *katana* fuera de su vaina, reflejando el Sol sobre su inmaculada hoja. Esa visión hizo que los campesinos se arrodillaran en el suelo temblando de pies a cabeza.

Dejando atrás los tallos verdes avanzó hacia su caballo, volvió a empuñarla con las dos manos y realizó un rápido movimiento que le cortó la cabeza limpiamente. El animal se derrumbó pesadamente, ante el asombro del *bushi* que sujetaba las riendas. Después, sin decir nada o dirigir la mirada a ninguno de ellos, limpió el filo en los costados del animal y la envainó al fin. Después caminó hasta el final de la plantación y se sentó en posición de *seiza* sobre sus rodillas, dando la espalda a todos.

Nadie veía el camino, por lo que no sabían lo que había ocurrido en él. Se habían olvidado de mí y yo del mundo. Permanecía sentado en el suelo sin saber qué hacer, perdido por todo lo que había contemplado y por lo cerca que había estado de morir. Pero la voz del monje, otra vez melodiosa, me hizo regresar a la realidad.

—¿Has sido tú quien ha gritado? —volvió a repetir.

No parecía haber vivido lo mismo que yo, nada en él había cambiado. Seguía en la misma actitud tranquila y despreocupada.

—¿Qué…? —logré balbucear.

—El que ha gritado hace un momento, el que dijo «No».

—Creo que sí. ¿Me has oído?

—No, te he sentido. La vibración ha sido tan intensa que cada ser vivo en

una amplia zona a la redonda también lo ha hecho.

Me puso su mano derecha en mi hombro y con el otro brazo me agarró por la cintura hasta ponerme en pie delicadamente pero con una fuerza que no imaginaba en él. Después me miró largo rato, disfrutando de algo que no acertaba a imaginar.

Finalmente volvió a hablarme.

—Tu luz interna me ha deslumbrado durante ese instante. ¿Por qué has gritado? ¿Sabes cómo has liberado tanta energía?

Le conté de corrido todo lo que había pasado, que aquellas eran nuestras tierras, que mi familia se había ido reclutada por el *jitō*, que estaban arrancando nuestra cosecha impunemente.

Según brotaban las palabras fui notando un gran alivio. Sin saber por qué era el primer desconocido al que no temía y poder compartir con otra persona mis angustias me hacía abandonar la terrible soledad e indefensión que me atenazaba.

Por su parte me escuchó en silencio, con una leve sonrisa en el rostro. Cuando terminé volvió a dirigirse a mí.

—Hablas de tus tierras pero no son tuyas. La tierra estaba antes de que el hombre existiera y permanecerá cuando se haya ido. Además, el término «mío» es una ilusión. Decir «mío» significa que algo te es necesario, que es parte de ti. Sin una parte de ti no eres tú. Pero dime, ¿crees que tu mano es tuya?

—Sí —respondí sin dudar. ¿Cómo era que me preguntaba algo tan obvio?

—Entonces dime, si el *samurái* te la hubiera cortado, ¿habrías dejado de ser un individuo, habrías dejado de ser tú?

No contesté. Un instante después prosiguió.

—Entonces piensa qué cosas o sucesos del mundo físico podrían quitarte y provocar que dejaras de ser. Luego considera esas cosas como «tuyas».

Permanecí unos momentos pensando, sin encontrar nada que pudiera ajustarse a sus condiciones. La duda aumentó mi miedo.

—Recuerda que tu responsabilidad solo atañe a tu propio Yo. Ese campo de ahí no eres tú.

Ahora me sentía aún más solo, como si me hubiera arrancado mi última esperanza. Decididamente mi ubicación en el mundo había cambiado para siempre. Pero ¿qué hacer a partir de ahora?

—Ahora hay guerra —continuó—. La cosecha de este año será para ellos, nada puedes hacer para evitarlo.

Ambos callamos. Yo por las tribulaciones de mi mente desbocada, el monje porque seguía estudiándome en silencio.

—¿Y mi familia? ¿Qué habrá sido de ella?

—Buda afirmaba que la vida es sufrimiento —dijo, sin perder por un momento su sonrisa, como si acabara de compartir una alegre noticia—. No

trates de aferrarte a las cosas.

Acercó sus manos a mi rostro y me invitó con ellas suavemente a mirarle a los ojos. Sentí que me perdía en ellos, que se borraba el contorno de su cara. El tiempo y los últimos acontecimientos quedaron en suspenso.

—Ya se ha ido —me dijo alejando sus manos e incorporándose.

No sabía a qué se refería. Mientras le veía comenzar a alejarse por el camino en dirección contraria a Kono escuché las voces de los *bushis* ordenando reanudar el trabajo en la recolección del arroz. Nada había cambiado. Pese a todos mis esfuerzos el mundo continuaba su movimiento sin contar conmigo. Mi gran drama existencial no alteraba lo más mínimo todo lo que me rodeaba. No confiaba ya en poder evitar el expolio de la tierra, de nuestro sustento. Podía esperar el regreso de Padre y hermanos, pero supondría otro día con los peligrosos *bushis*, sin comida, sin lugar donde dormir…

Una terrible idea llegó a mi mente. ¿Y si no regresaban? Hasta hacía un instante me parecía inconcebible que nuestra tierra, el marco de mi existencia hasta el día anterior, pudiera sernos arrebatado y ahora no me cabía la menor duda de que así había sido. De pronto el futuro se mostró incierto, por primera vez no sabía qué ocurriría mañana. No conocía lo que se abría ante mí. Me quedé allí quieto, en mitad del camino, escuchando a los campesinos segar. Ris, ras, una y otra vez.

En un momento dado, sentí el irrefrenable impulso de seguir al monje, que ya estaba a una considerable distancia y eché a andar rápidamente tras su estela.

Me fijé en mis pies. Tampoco estaba ya el otro *geta* y ahora andaba descalzo. En cierta forma, el que quedó en el tejado me recordó a mi familia y el segundo a nuestra tierra. Eran las dos cosas que me habían mantenido lejos del suelo, lejos del mundo. Ahora había descubierto que perdido uno, andaba mejor sin los dos.

Cuando estuve a solo unos pasos del monje lo abordé.

—¿Cómo puedo dejar de sufrir?

—Evitando el deseo —contestó sin girar su cabeza.

Y así seguimos por el camino, alejándonos de la única tierra que había conocido, arropados por el silencio, el monje primero y yo a una distancia de cinco pasos.

Aquel día supe que andar sin calzado puede parecer cómodo al principio, pero hace daño en los pies.

Monte Kina. Bingo

Yo no lo sabía, como ninguno de los desdichados campesinos de la provincia, pero nuestro *jitō* había muerto. Durante su vida Iwakura Atsutane había sido un gran *bushi*, prestando importantes servicios para el *shōgun*. Como pago había obtenido las tierras que había administrado hasta su muerte, recompensa muy común para la clase militar. De esta forma se colocaban terratenientes y jefes locales de confianza y ahorraba el coste de salvaguardar las provincias alejadas para concentrarse en el mantenimiento de la sede política y militar en Kamakura.

Sin embargo, la salvaguarda del señorío no había resultado ser tarea fácil. Para empezar los demás terratenientes ambicionaban sus dominios. Aprovechando la lejanía de un poder central que mediara entre ellos, exigían los espacios cercanos a sus fronteras alegando la legítima propiedad. Cada cual definía sus propios límites, siempre en conflicto con los del vecino, sin llegar jamás a un acuerdo. Al mismo tiempo otros *samuráis* de Bingo se declaraban en rebeldía, tratando de deponer al clan Iwakura y debilitándole.

Mientras se fraguaban alianzas y se preparaba la guerra, Iwakura Atsutane se desplazó hasta Kamakura para pedir audiencia con el *shōgun*. No pretendía mayores tierras que las cedidas por este, cansado de luchas y conflictos. Solo exigía que se ratificara en la palabra dada. Sin embargo, el *shōgun* no le recibió, pese al honor que este le brindara antaño regalándole un arco de un valor incalculable realizado por el gran maestro Ishikawa en el momento en el que su servicio militar concluyera. La única explicación fue la atención de numerosos asuntos de gran importancia que lo impedían. No obstante, un funcionario tomó nota de la situación de la región con gran detalle para que el caso pudiera ser atendido a la mayor brevedad posible. En realidad, al *bakufu*, como se denominaba al gobierno militar presidido por el *shōgun*, no le interesaba acabar con el conflicto. Preferían tener a sus *jitō* enfrentados. Así ninguno de ellos ostentaría el poder suficiente para convertirse en una amenaza y al no decantarse claramente en favor de ninguno aseguraba la lealtad de todos ellos.

La guerra fue costosa, pues nunca hubo un enfrentamiento a gran escala.

Las continuas escaramuzas, ataques a pueblos fronterizos, el mantenimiento de un ejército permanente, la construcción de defensas y torres de vigilancia y otras muchas necesidades desangraban a los *jitō*.

Tampoco estaba claro quién era amigo y quién, enemigo. Las alianzas y traiciones se sucedían continuamente y los periodos de calma eran augurio de nuevos enfrentamientos.

Iwakura Atsutane optó por no confiar en ninguno de ellos y luchar solo. Esto le costó aún más esfuerzo, viéndose en la necesidad de recurrir a monjes y usureros a fin de administrar sus bienes. El mantenimiento de una tropa leal y bien pagada supuso la hipoteca de gran parte del señorío y precisamente su muerte había propiciado que los prestamistas, la mayoría influidos por los demás *jitō*, demandaran al mismo tiempo el pago de las deudas, colocando al clan en una difícil situación.

Hacía un año de su muerte y tras la celebración de los rituales de despedida, sus siete hijos se habían reunido en el viejo castillo de nuestro señor, entre gran pompa y ceremonia, arrastrando consigo a sus familias y *bushis* en un colorido peregrinaje.

Según Kamakura, debía ser el hijo mayor quien heredara el título de *jitō*, pero existía el compromiso familiar de dividirlas tierras entre todos los hermanos. De esta forma Iwakura Yamagata se convertiría en nuestro nuevo señor pero tan solo de forma nominal. Resultaba imposible mantener el feudo dividido en tantas partes, conocida además la dificultad de entendimiento entre los hermanos. La partición dividiría el poder en pequeños bocados, que serían engullidos por los señoríos vecinos.

Estas cuestiones fueron señaladas por Iwakura Yamagata el primer día de reuniones. Dejó que a lo largo de la tarde cada uno de los hermanos planteara diferentes soluciones para que fueran rebatidas sistemáticamente por el resto, entrando en una espiral de infructuosas y largas discusiones. Durante ese tiempo Iwakura Yamagata no pronunció palabra, esperando el momento de dar el siguiente paso.

No terminó de hablar el último de los hermanos hasta bien pasada *La Hora del Buey*. Durante todo ese tiempo habían permanecido sobre la tarima elevada de la sala principal del castillo y apenas habían probado bocado. Cuando agotados e impacientes anhelaban encontrar una solución al conflicto, Iwakura Yamagata abandonó su actitud contemplativa y planteó que se eligiera al más virtuoso de los hermanos para ser el nuevo *jitō*, condicionando al resto de hermanos a renunciar a sus posesiones y recluirse en un monasterio budista. Esa era la única forma de que el *jitō* tuviera la suficiente fuerza para resistir los vientos que amenazaban el señorío y acabar así con el legado que su venerable padre había conseguido con tantos esfuerzos.

Tras la deliberación no se encontró otra solución, aunque algunos de ellos eran reticentes, ya que el elegido sería casi con toda seguridad el propio

Iwakura Yamagata. No se podía alegar otra alternativa, pues la herencia familiar y el apellido eran prioritarios a cualquier otra consideración, incluidos los intereses propios, y al mismo tiempo la renuncia del hijo mayor a lo que por derecho era suyo, creaba una deuda de honor que obligaba a sus hermanos a corresponderle. Hábilmente, había tejido una maniobra para quedarse con todo el feudo sin compartir su dirección y con la seguridad suficiente para hacer frente a su mantenimiento.

Así pues, cuando despuntaba el amanecer se le aceptó como nuevo *jitō*, pero no todos los hermanos abandonaron todo para abrazar la vía del budismo *zen*. Tanto Shozaburo como Keiji se levantaron en armas, aliados con otros terratenientes locales. Esta vez Iwakura tuvo que recurrir a las alianzas para hacer frente a la amenaza y estalló la guerra.

Como la última vez, las noticias desde Kamakura ponían de relieve el interés del *shōgun* sobre todo lo que acontecía en Bingo pero al margen de la contienda alegando una imparcialidad obligada por tratarse de un asunto familiar.

Finalmente el hermano mayor se reafirmó como único señor del dominio y sus hermanos rebeldes, todas sus esposas, cuñados e hijos, así como los *samuráis* que les habían apoyado y sus respectivas familias fueron descuartizados y las cabezas colgadas de los muros del castillo de Iwakura.

A la hora de rendir cuentas con los señores que le habían apoyado, Iwakura intentó también someterlos, rompiendo cualquier alianza que le obligara a compartir el poder. Esta vez el *bakufu* temió que lograra imponerse e intervino para mediar en el conflicto. No permitió que aumentara el feudo de ninguno de los vencedores, sobre todo el de Iwakura, y repartió las tierras de los vencidos entre nuevos *samuráis* leales a Kamakura. Así regresó una paz forzada que a nadie satisfacía y las escaramuzas de una guerra jamás declarada regresaron.

El nuevo *jitō* había vivido toda su vida bajo la continua amenaza de sus vecinos. Estaba cansado de que el comercio no fuera seguro, estar obligado a mantener costosos ejércitos y sangrar a la clase campesina para mantenerlos. Deseaba fervientemente instaurar el control y la seguridad de sus tierras y decidió que no moriría en un señorío debilitado con unas fronteras siempre amenazadas. Por todo ello fraguó su siguiente paso con determinación.

A principios de la primavera declaró la guerra al clan Inove, uno de los que le habían apoyado en la lucha contra sus hermanos rebeldes, como primer y gran paso para afianzarse como verdadero señor de Bingo y dejar de ostentarlo solamente deforma nominal. Dicha guerra se pactó a un solo combate en los alrededores del monte Kina.

Durante la escaramuza que le había separado del grueso del combate en la

llanura Higa Tadakuni había temido por su vida. Entre los troncos del cerrado bosque no podía verse claramente al enemigo, ni determinar su número, por lo que era infructuosa cualquier acción predeterminada. Tampoco podía usar su arco con la seguridad del campo abierto, rodeado de obstáculos y de enemigos que aparecían de pronto a corta distancia.

Había tenido que recurrir a su *katana*, lo cual siempre le incomodaba. Desde muy pequeño le habían enseñado que el arma del caballero desde tiempos inmemoriales había sido el arco sobre el caballo, por lo que había desdeñado la esgrima. En la lucha cuerpo a cuerpo la propia celeridad de los acontecimientos le hacía enmarañarse en un torbellino de emociones que anulaba su conciencia y le obligaba a recurrir al instinto, perdiendo el dominio de su propia voluntad. No había tiempo para nada más que no fuera los movimientos aprendidos, donde la suerte e inspiración parecían decidir el resultado de la contienda. Para él no existía una lucha real de destreza o valía y esto le incomodaba hasta exasperarle.

Su arte era el *kyudo*, el camino del arco y la flecha, aunque, como buen *bushi*, había resultado ineludible el aprendizaje del manejo de la *katana*. No disfrutó haciéndolo ni tampoco le produjo demasiada satisfacción observar que, pese a su reticencia, Analmente era diestro en el uso. Gracias a los esfuerzos de su *sensei*, Kato Danjuro, hoy había podido solventar de manera efectiva el encuentro entre la maraña de árboles y en silencio le dio las gracias por ello al tiempo que cortaba la última cabeza.

Debería haber sabido que los verdaderos *bushis* enemigos no recurrirían a esa conducta y que no encontraría a nadie de calidad allí. Un puñado de *ashigaru*, campesinos sin apenas adiestramiento reclutados para la guerra, conducidos por unos cuantos *samuráis* de bajo rango, que habían huido al ver el cariz que tomaba la incursión, era todo lo que había hallado en el cerrado bosque. Ninguna cabeza cercenada, que pudiera repercutir en el aumento de su valía y honor, colgaba de su silla.

Lamentablemente, el grupo de Tadakuni había encontrado gran dificultad en localizar a todos ellos, divididos en pequeños grupos y ocultos en la espesura, retrasando la victoria. La verdadera batalla ya había concluido cuando los gritos y el entrechocar de aceros enmudecieron en el bosque.

Un *ashigaru* había aparecido entonces desde la llanura en su busca para comunicarle la victoria del clan Iwakura y solicitar ayuda de parte de los escuderos de Danjuro. Al parecer había enloquecido o algo peor.

Tadakuni abandonó en el bosque a los hombres que le acompañaban para cabalgar de vuelta al enorme claro donde se había desarrollado la verdadera batalla. No había tiempo para esperarlos, la urgencia de la llamada le había espoleado sin demora. No solo por amistad, sino también por un *giri*, la deuda de honor, tenía que acudir en su ayuda.

Se desplazó a la mayor velocidad posible entre los anchos troncos y la

maraña de bambúes. Su largo arco colgaba a la espalda, de una altura superior al propio Tadakuni, rozando las hojas bajas mientras el caballo cubierto de sudor continuaba la loca carrera golpeando el suelo con sus fuertes pezuñas.

Cuando finalmente dejó atrás la última línea boscosa se encontró con cientos de siluetas inmóviles sobre la llanura. Algunos *eta*, la ignominiosa casta de los repudiados, se afanaban ya por recoger a los muertos. No había ni rastro de estandartes y a algunos hombres les faltaba la cabeza, reclama^ das por los vencedores. La exhibición de los macabros trofeos era la clara certificación de su hombría y la manera de acaparar los favores de sus señores. La batalla hacía tiempo que habría terminado y no se podía imaginar cuál sería el motivo de la llamada.

Detuvo su caballo muy cerca de los pocos *bushis* de Iwakura que aún no se habían retirado, buscando entre ellos a los escuderos de Danjuro. Inmediatamente, el corpulento Tomayuki, cuya cabeza siempre sobresalía al menos un palmo de la de cualquier hombre, y el viejo Jo, enjuto y arrugado pero avezado en el combate, corrieron hacia él.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin dilación.

—Nuestro señor ha enloquecido —respondió Tomayuki inclinando su rostro.

Pese a que Tadakuni no era *samurái*, la amistad que le unía a Danjuro colocaba socialmente a este por encima de los dos hombres, lo que le permitía dirigirse a ellos de manera autoritaria.

—¡Explícate! ¿Dónde está? ¿Cómo es que no permanecéis a su lado?

Fue Jo quien tomó ahora la palabra.

—Al acabar triunfantes la batalla, los *samuráis* derrotados solicitaron *seppuku*, el suicidio ritual para enmendar su pérdida de honor. Así se les concedió por su valor en la lucha y sus vasallos y escuderos fueron pasados por el filo de los aceros. Pero nuestro señor solicitó al propio Iwakura-*sama* que uno de nuestros enemigos recibiera mayor honor. Pidió permiso para batirse con él de igual a igual e Iwakura-*sama* le concedió el favor, si bien por seguridad exigió que fuera un duelo exento de arco o caballo. El caballero vencido atendió a su demanda y se despejó una zona para el enfrentamiento. Tras la victoria, nuestro señor se sentó a velar el cadáver, como si fuera un vasallo, sin permitir a nadie acercarse siquiera. Permanece de esta forma desde entonces y amenaza con su acero a todo aquel que se le acerca, amigo o enemigo.

—Todos se han marchado dejándonos abandonados, mi señor —apuntó ahora Tomayuki—. Tememos que le haya sobrevenido algún mal o que esté gravemente herido. No sabemos qué hacer. Tan solo su señoría puede obtener el permiso de mi señor para aproximarse lo suficiente.

En el rostro de los dos hombres se percibía sincera preocupación. Tadakuni levantó la vista en busca de su amigo. Al principio no le vio entre los

restos de la batalla, pues permanecía en *seiza*, sentado sobre los talones y con las rodillas dobladas en una pequeña elevación del terreno. Cuando lo encontró encaminó el caballo en su dirección.

—Hablaré con él —dijo mientras se alejaba.

Los dos escuderos avanzaron a cierta distancia, preparados para atender o defender a su señor y por extensión a Tadakuni. No poseían caballos, pues su condición de escuderos no se lo permitía, así que lo hicieron corriendo y en silencio.

Cerca de Danjuro, Tadakuni desmontó, dejando las bridas de su exhausto caballo a Jo. No era necesario que mencionara que ese era el lugar donde debían permanecer para que los escuderos se quedaran clavados, lo suficientemente alejados para no escuchar una conversación a media voz y lo bastante cerca para atender cualquier orden.

Tadakuni notó su armadura más pesada, pues las cuerdas trenzadas que unían las placas de metal estaban empapadas por sudor al igual que las ropas ceremoniales sobre esta, y el cuello le dolía por soportar el peso de su ornamentado casco. Aún no era *samurái*, pero la calidad de sus pertrechos parecía indicar lo contrario. Ahora que la tensión del enfrentamiento había pasado empezó a sentir algunos golpes recibidos por todo el cuerpo, ignorando el modo en el que se habían producido, así como un ligero mareo. Había sido su primera batalla y la tensión del momento había sido terriblemente exigente. Ahora que podía al fin relajarse le sobrevino un súbito agotamiento y al desmontar no pudo evitar cojear los primeros pasos, notando una herida sangrante en el muslo derecho. Sus movimientos resultaron algo torpes hasta que se obligó a adoptar el porte digno de un *bushi*.

Mientras se acercaba pudo observar el rostro descubierto de su amigo, con la cabeza rasurada hasta la coronilla y la coleta atada hacia arriba al modo *samurái*. Aparecía vestido con *kimono*, retirada la armadura y colocada en perfecto orden en el suelo a un lado. La *katana* y un *tanto*, de pequeña hoja y agudo filo, se encontraban frente a él. A unos seis pasos, un hombre yacía boca arriba con su *katana* a un lado del cuerpo y el *kimono* pulcramente ajustado con amplias manchas de sangre. Sus ojos estaban cerrados.

La inmovilidad total de ambas figuras, así como su atuendo, confería una imagen de irrealidad. Todo alrededor era un caos de caballos y hombres muertos en caótica disposición, pero en aquel espacio comprendido entre ambas figuras existía una calma chocante. Todo lo ajeno a ese pedazo de terreno parecía extraño y fuera de lugar.

Tadakuni se había acercado deliberadamente por el frente, dando un pequeño rodeo a fin de que Danjuro le viera llegar y no hubiera la menor posibilidad de sobresaltarle o de que ignorara su identidad. Para asegurarse aún más se retiró el casco y permaneció un instante respetuoso cerca del cadáver y claramente visible. Danjuro no se movió en ningún momento ni

tampoco pareció reconocer al recién llegado. Durante un rato Tadakuni también formó parte del lienzo y no se movió ni un ápice, pese a que su pierna le molestaba cada vez más.

Finalmente su paciencia fue recompensada y Danjuro habló de forma pausada y tranquila, muy lejos de la locura presupuesta.

—Joven Tadakuni, ¿qué tal fue vuestra batalla?

—Tan exitosa como la tuya, «Hoja afilada» —contestó mientras rompía su inmovilidad para acercarse con pasos mesurados.

Una vez a su lado se sentó hombro con hombro, mirando hacia el cadáver. Sacó su *katana* en la vaina y la colocó frente a sí, imitando a Danjuro.

—Dime, ¿no es un enemigo a quien ahora honras?

—Así es. Pero no hace mucho no lo fue más que vos.

Su tono se había vuelto de pronto más serio, cargado de sentimiento y pesar.

—Me han contado que has contravenido una orden del propio Iwakura-*sama*.

Por un momento temió haber ido demasiado lejos, pues Danjuro no emitió ningún sonido. Tal vez sí que estaba loco en realidad, pensó mientras miraba su propia *katana* frente a él. Danjuro casi doblaba su edad, pero aún conservaba su vigor, como atestiguaban sus hombros poderosos. Y no solo eso, no le llamaba «Hoja afilada» sin motivo. Pese a que hacía tiempo que había abandonado su *ryu*, donde había recibido sus enseñanzas sobre el manejo de la *katana*, su destreza continuaba siendo muy inferior a la suya. De hecho Danjuro era el esgrimista más diestro que había conocido.

Decidió abandonarse a su suerte y no plantearse más la posibilidad de tener que alcanzar su arma ante un movimiento repentino de ataque. Antes de llegar siquiera a tocar la empuñadura de su *katana* estaba seguro de que el acero de Danjuro le habría separado la cabeza del tronco. Por lo tanto, ante la falta de otra opción, se resignó a no hacer nada y se dejó llevar por su *karma*, relajándose por primera vez desde que había llegado, justo en el momento en el que Danjuro retomaba la conversación.

—Hoy muchos hombres honorables han luchado y muerto en este campo. Nuestro señor ha fraguado su propia gloria con esta victoria. Sin embargo, aunque el resultado de la contienda hubiera sido el contrario y conllevado el cambio radical de nuestra vida y la de otros muchos, ese grillo de allí no hubiera dejado de emitir su estridente sonido. Los dioses nos observan pero nada cambia a nuestro alrededor. La brisa que mueve ahora nuestro cabello estaría aquí aunque hubiéramos muerto hoy.

Tadakuni fue consciente en ese momento del ligero viento mencionado por Danjuro rodeándolo, haciéndole sentir cada parte de su cuerpo al ser acariciada, disfrutando del simple placer de respirar profundamente y llenar los pulmones. También cayó en la cuenta de que seguía vivo, aunque esa mañana

pensara que podía ser la última. Por primera vez fue consciente de lo que veía en la perfecta quietud del cielo y en el campo a sus pies, el resplandor de la vida al alzar la mirada y la muerte al bajarla.

No se había percatado de que Danjuro había callado hasta que volvió a escuchar su voz serena.

—Ese hombre era Wazakashi Otomo, hijo de Wazakashi Ira, nieto de Wazakashi Ibuni. Su padre participó junto al mío en la guerra contra el clan Itosu, luchando en las batallas de El Río Largo y del paso de Tayno. En esa última se acercó a su señor y le pidió permiso para regresar a territorio enemigo y buscar a mi padre. Su petición fue denegada, pues todos pensaban que estaba muerto y que se arriesgaría por nada. Sin embargo, no hizo caso. Cuando regresó arrastraba el cadáver de mi padre y él mismo había recibido una herida mortal. Su señor le recriminó, pero él afirmó que pese a todo había merecido la pena. «Cuando llegué aún estaba vivo», proclamó. «Me dijo que sabía que acudiría a su lado antes del final». Gracias a su gesto ningún enemigo arrancó la cabeza de mi padre.

Tomó aire antes de continuar.

—Hoy me he visto obligado a matarle pese al enorme *giri* que debo a su familia. El *samurái* habla de servicio, vive por él, ¿pero qué honor hay cuando el servicio al que atiende cambia y los aliados se toman enemigos? ¿Tiene sentido que tantos *samuráis* mueran cuando sus espíritus y sus valores son los mismos, cuando sus deudas de honor se asemejan?

Tadakuni se sintió incómodo, incapaz de dar una respuesta. Miró nervioso alrededor en busca de oídos indiscretos y solo encontró los de Tomayuki y Jo a suficiente distancia para no haber comprendido. Intranquilo con los derroteros de la mente de Danjuro, intentó aplacar sus inapropiados pensamientos.

—La vida de un *samurái* no le pertenece. La muerte le sobreviene en cualquier momento y por cualquier causa. Solo hay una diferencia que nos separa del resto de los hombres y mujeres, buscar la trascendencia de esa muerte. Este hombre ha luchado por su señor y ha muerto por su causa. ¿Qué más puede pedir un *samurái* que morir en combate? ¿Acaso creéis que su espíritu alberga algún tipo de remordimiento o pesar? El *samurái* es como la flor del cerezo, su belleza efímera brilla por un corto espacio de tiempo y como esta perece al ser arrancada de la rama por la brisa.

—Eso es lo que nos enseñan y es en lo que creemos. No soy un cobarde. Como decís deseo morir en el combate y no de viejo sobre el lecho escuchando los lamentos de las mujeres y sin otra vista que el techo de una choza, pero también espero que la causa lo merezca, que atienda a la exaltación de la entrega y el honor. He caminado por la tierra que nos fue dada por los dioses durante 35 años. He sido *samurái* desde los 13, lo que significa que he vivido demasiado para un hombre de mi condición. En los últimos tiempos ni siquiera entreno, pues hay tantas ocasiones de probar el filo de mi *katana* que

no dispongo de tiempo o estoy recuperándome de alguna herida.

»La muerte no me ha reclamado y he salido victorioso de muchas empresas, pero mi voluntad no es ya la misma. Estoy cansado de muertes. Me he convertido en un viejo guerrero que solo desea la paz. Cuestionarse el motivo de su existencia no es propio de un *samurái*, pero mi espíritu no encuentra reposo. No puedo entender cómo es posible que siempre estemos luchando, que siempre estemos muriendo. ¿Tantas razones existen para luchar? ¿Tantos hombres deben morir?

Tadakuni se apresuró a apartar de su cabeza palabras tan deprimentes. Lo único que importaba era la victoria conseguida. ¿Cómo era posible que en un momento así todo quedara enturbiado por los pensamientos de su amigo? Era la actitud de un vencido y él se sentía ganador. Hinchando el pecho replicó con voz firme.

—El servicio del *samurái* no consiste en cuestionar, sino en cumplir. El orden de las cosas solo se rompe cuando intervienen los deseos. No se debe cuestionar nuestro lugar en el mundo, porque esa es la voluntad de los dioses y del *karma*. El *samurái* debe guardar esto por el buen nombre de su clan.

Danjuro suspiró abiertamente, las palabras habían hecho mella en él, pero no de la forma que Tadakuni buscaba. Sin decir nada más se incorporó y tomó la *katana* envainada del suelo, fijándola a su cadera a través del *obi*, y volvió la espalda al aún sentado Tadakuni.

—Mi clan ya no existe —confesó con palabras no exentas de emoción—. El escaso sustento que me proporcionan mis tierras no me permite retirarme del servicio militar. Ya ni siquiera puedo explotarlas yo mismo, pues no tengo nada con lo que pagar a un solo campesino, y me veo obligado a arrendarlas por debajo de su valor para mantener mi caballo y mis pertrechos de guerra. No he tenido ningún hijo al que legar lo poco que poseo, ni tan siquiera me espera ya una esposa junto al hogar. Mi única virtud sigue siendo mi destreza en la guerra. No hay otro anhelo ni futuro. No cuestiono mi lugar en el mundo. Acepto a Confucio y sus sabios dictámenes, no puede concebirse una sociedad próspera y ordenada sin que cada uno cumpla con la labor que le ha sido encomendada. Y sin embargo…

¿Qué es un puma
sin presa que atrapar?

Esta vez Tadakuni no supo qué decir. En verdad Danjuro estaba condenado socialmente. Había sido abandonado por su esposa, lo que le había acarreado el desprestigio y la deshonra más atroz pues, aunque en teoría permitido, no era en absoluto común que fuera la mujer quien decidiera anular el matrimonio. Los deberes conyugales relegaban a esta a un segundo plano, como administradora de la casa y de los hijos, mientras que el hombre era el

encargado de procurar prestigio y sustento. Lo normal era que fueran ellas las repudiadas, normalmente cuando no eran capaces de engendrar, eran adúlteras o se comportaban de manera indecorosa faltando a sus deberes. Su esposa simplemente se había marchado, sin explicación o mediación alguna. Los rumores hablaban de un amante con el que había escapado, pero Danjuro ni siquiera trató de averiguar la verosimilitud de esta afirmación, tal vez porque si la encontraba con otro tendría que matarlos a ambos y no fuera capaz de hacerlo. Parecía amarla y esta debilidad aumentaba su deshonra.

Fuera lo que fuese, este acontecimiento había condenado su casa. Con el tiempo se vio obligado a desprenderse de casi todas las tierras heredadas de su padre, pues nadie le quería vender semillas, trabajar sus campos o comprar sus productos. Antes de *bushis* habían sido campesinos, como casi todos los que ahora formaban parte de la nueva clase *samurái*, pero Danjuro jamás había tenido que dedicarse al aprendizaje de tales ocupaciones. Su vida había sido el camino de la milicia y se había visto impotente ante esta adversidad. Poco a poco el servicio de la casa se fue marchando y se quedó solo. Jo era el único que se había mantenido siempre a su lado.

Tadakuni comprendía su dolor y vergüenza, pues efectivamente no tenía honor que defender. Para colmo, hoy sería nuevamente puesto en tela de juicio al cuestionar una orden de Iwakura. Con una decisión tan descabellada tal vez sí que demostraba una falta de juicio tan grave como para considerar que hubiera perdido la razón. Sin embargo, Tadakuni no podía evitar respetarle, incluso contraviniendo los deseos de su propio padre. Seguía considerándole el mejor *bus hi* que había conocido jamás.

Danjuro alcanzó una tea que ardía muy cerca de ambos, seguramente preparada por él mismo, y la arrojó sobre el cadáver del *samurái* muerto. Inmediatamente prendieron sus ropas y un fuerte olor a carne quemada comenzó a extenderse mientras las llamas lamían los restos del cuerpo exánime.

—No expondrán su cabeza como trofeo —sentenció.

Permaneció un segundo inmóvil y acabó dejando escapar unas palabras en tono tan bajo que Tadakuni tuvo que esforzarse para escucharlas.

Vela no brillas.
Llega la oscuridad.
Descanso al fin.

Danjuro había improvisado un *haiku*, pero la temática era del todo inusual. No había la menor alusión a la naturaleza, ni tampoco a la época del año.

Dándose por concluida la breve conversación y viendo por fin en pie a su amo aparentemente cuerdo, los escuderos se acercaron para recoger la armadura y cargarla en su montura.

El *samurái* se alejó con paso firme y gesto resuelto, sorteando indolente los cuerpos violentamente mutilados que se encontraba en su recorrido y olvidando por completo a Tadakuni. Este recogía también sus armas, sintiéndose cada vez más agotado y con las palabras de Danjuro resonando en su cabeza, incomodando su conciencia.

Confiaba en que no fueran ciertas sus afirmaciones, que por fin terminara la escalada de violencia entre los señores por la tierra. Ahora eran dueños de una gran extensión y la riqueza llegaría para todos.

Aún se entretuvo un poco más admirando el porte marcial de Danjuro, lamentando no haber estado a su lado en la jornada de hoy. Suspiró y se acercó a su propio caballo. Se montó en él y escrutó la línea de árboles por donde había llegado, esperando ver aparecer a su grupo desde el bosque. Ya deberían haber llegado hasta allí. Seguramente estarían cortando cabezas y coleccionando *batanas*. Resoplando resignado, espoleó su caballo de vuelta al bosque.

Cerca de la mansión Brillo del Cielo, Bingo

El corazón de Tadakuni latía al ritmo de los pasos que le acercaban al hogar de la familia Higa. Cabalgaba solemne, como si sobre sus espaldas soportara la dirección de un gran ejército, con la expresión dominada por una firmeza estudiada que debía mantener. No solo por el pequeño contingente militar que le seguía, sino también por los campesinos y siervos de la familia que encontraban por el camino. Su padre, Higa Kazuo, era el comerciante más importante de la provincia, y su influencia era incluso mayor que la del Comendador del gobierno del *shōgun* para la zona. Y no solo eso, contaba además con el favor de Iwakura y un enorme prestigio basado en sus excelentes relaciones en el extranjero. Solo unos pocos privilegiados tenían el permiso de Kamakura para comerciar con los países del otro lado del mar y su padre era el más rico de todos ellos. Las sedas que importaba, por ejemplo, eran las más deseadas por la nobleza y los grandes señores de todo el país, sin hablar de pinturas, esculturas e instrumentos musicales de inigualable belleza.

Aunque, lejos de ser respetado, su fortuna provocaba envidia o desprecio. Tanto para la nobleza como para la élite *samurái*, el comercio era interpretado como un mal necesario y sus integrantes ciudadanos de casta inferior, por debajo de la de los artesanos y campesinos. Sin embargo, la inmensa mayoría de ellos no poseían sus riquezas, de ahí las envidias y recelos.

Por eso, ser inmensamente ricos habiendo partido prácticamente de la nada no era suficiente para los deseos de su padre.

La obsesión de Kazuo siempre había sido alcanzar la condición de *samurái* y no podía soportar el aire de superioridad que le mostraban aquellos otros que sí la poseían, pese a estar a su servicio o se arrastrasen al borde de la pobreza.

Cuando se cruzaba con ellos mostraban el gesto altivo, despreciándole abiertamente de una forma u otra y Kazuo a cambio estaba obligado a inclinarse y expresarles respeto pese a no albergar ninguno de tales sentimientos. Cualquier *samurái* podía desacreditarle públicamente, someterle a cualquier vejación ignominiosa o exigir su cabeza por cualquier agravio que su mente mezquina fuera capaz de imaginar. Ese era el injusto orden de las

cosas y seguir soportándolo cada día laceraba su conciencia. No podía aspirar a ser un noble, pues su apellido no descendía de ninguno de ellos, ni tampoco a entrar en política por el mismo motivo. Solo la pujante casta *samurái* parecía abierta. El poder de la milicia había ido aumentando desde la instauración del *shōgunato* y era la única casta que crecía más cada día y aún no había adoptado la impermeabilidad del resto. Por eso creía poder aspirar a ser uno de ellos, solo así sería tratado con respeto.

Lo intentó mediante sus influencias en la capital, con dos matrimonios pactados con familias *samuráis* hundidas en la miseria, con costosos regalos a la familia imperial y otros muchos esfuerzos, pero nada de ello fue suficiente. Era necesario prestar un servicio de armas de enorme magnitud para ser investido *samurái* y él no era *bushi*. Además, el hecho de ser comerciante no facilitaba las cosas. Los que ya eran *samuráis* no escatimarían esfuerzos para evitar que fuera uno de ellos. Resignado decidió dirigir todos sus esfuerzos para que sus herederos, además de sus riquezas e influencia, tuvieran un apellido ligado a la condición de *samurái* aunque él mismo fuera incapaz de disfrutarla.

Sus dos hijos varones fueron adiestrados desde niños con este elevado propósito con tal intensidad y dedicación como si su investidura fuera un mero trámite. Asistieron a clases de filosofía política, leyes, historia, oratoria, poesía, pintura, equitación, caligrafía, esgrima, tiro con arco y estrategia. Pero si bien ambos recibían la misma educación, el destinado a heredar las riendas de la familia era Sato. Todo el aliento paterno nacía y terminaba en él. Cuando Tadakuni era aún un niño, Sato alcanzó los doce años, por lo que se sometió a la ceremonia de paso a la edad adulta. Aunque aún no fueran una familia militar, Kazuo eligió para la ocasión la *gembuku*, practicada en los clanes *samuráis*. Le entregaron su primera *katana* de adulto y la correspondiente armadura en un santuario *shinto*. Su peinado fue cambiado, cortando las dos coletas para atestiguar su mayoría de edad y a partir de ese momento Kazuo intentó por todos los medios que su hijo mayor fuera el primer *samurái* de la familia.

Hacía dos años que por fin lo había conseguido, pacificando la frontera del noroeste, siempre amenazada por los *emishi*, antiguos moradores del archipiélago que habían sido expulsados del resto de las Islas Sagradas. Sin embargo, ese mismo servicio fue el que le condenó, pues unos meses después había muerto en aquellas alejadas tierras.

Ahora todas las miradas recaían en Tadakuni, no predestinado para heredar la fortuna y la responsabilidad familiar, pero condicionado por las circunstancias a hacerse merecedor de ese honor. Su padre aún no había planteado la cuestión abiertamente, posiblemente porque la muerte de su hermano era demasiado reciente, pero todo cambiaría ahora. Regresaba victorioso de su primera batalla, pletórico y orgulloso de presentarse triunfante

en casa. Kazuo estaría satisfecho y le haría formalmente heredero del clan. No podía ser de otra forma, pues tan solo existían dos hijas más. En otros tiempos la sociedad era matriarcal, pero la influencia confucionista había modificado la organización familiar definitivamente. Ninguna de ellas podría jamás encabezar la familia existiendo un hijo capacitado para ello.

Por todo ello el deseo de Tadakuni de ver aparecer la mansión Higa se hacía casi insoportable.

Mientras seguían avanzando acudían los campesinos que trabajaban en las tierras de la familia para postrarse ante el paso de Tadakuni. A su lado cabalgaba Abe, el responsable formal de la expedición, *samurái* además de fiel servidor de la familia.

La jefatura de la expedición había provocado un difícil equilibrio, pues tan solo el hijo del señor de la casa debía ostentar dicha responsabilidad y sin embargo era inadecuado que un simple *bus hi* estuviera al mando de varios *samuráis*, de ahí el cargo nominal de Abe. Durante los preparativos de la batalla, los *samuráis* de los otros clanes ni siquiera se habían dirigido a Tadakuni, pero Abe estaba obligado a consultarle antes toda decisión. Esto había incomodado al *samurái* y el joven Tadakuni se había percatado de ello a tiempo, procurando desempeñar su delicado papel con mesura y consideración hacia él.

Tras ellos trotaban otros cinco *samuráis* de los ocho que habían partido, así como doce de los treinta *ashigaru* reclutados de entre los campesinos para seguirles a la guerra, que lo hacían a pie. También les seguían sus tres asistentes asignados para la campaña, cargados con pertrechos de guerra y los diferentes *kimonos* que pudiera necesitar para mostrar siempre una imagen adecuada.

El elevado número de bajas y no haber conseguido los méritos suficientes para obtener la condición de *samurái* era la única sombra para su optimismo y se había visto obligado a meditar durante toda la jornada de regreso las explicaciones que tendría que dar a su padre. Desde luego, de haber participado en la batalla principal no se hubiera mermado de esa forma el grupo y además su valor o destreza podrían haber sido apreciados por el *jitō* o algún señor de renombre, ajenos a su escaramuza en el bosque. Los *samuráis* del clan eran excelentes arqueros y diestros con el caballo y el *yari*, estaban bien entrenados y sabían cómo sacar partido a los *ashigaru*. Sin embargo, la lucha que se había desarrollado entre los troncos del cerrado bosque no había permitido desarrollar la valía de la estrategia de los Higa. No se podía formar un orden de batalla ante un enemigo del que se desconocía el frente, ni tampoco desplegarse en un terreno que no permitía el contacto visual. No había existido una digna competición de habilidad o valor, solo la cambiante oportunidad ante hombres deshonestos que llevaban siempre la iniciativa, que conocían el terreno y que atacaban intermitentemente sin dar jamás la cara,

ocultos en la espesura.

Por supuesto, evitaría en lo posible mencionar que la mayoría de los enemigos no eran *samuráis* sino campesinos y *bushis* sin apellido. Su único consuelo era el recuerdo de lo encarnizado de la lucha, que ninguno de ellos había retrocedido, que cincuenta enemigos manchaban con su sangre aquel bosque.

Cuando el Sol estaba alto sus pensamientos fueron interrumpidos por la visión de la casa familiar. La mansión Brillo del Cielo aparecía al final del camino, rodeada de campos sembrados de arroz, un signo más de la riqueza familiar. El terreno a su alrededor había sido despejado, sin hierbas altas o árboles, y convenientemente allanado. Tras atravesarlo aparecían dos chozas de madera muy amplias, donde residían gran parte de los campesinos y siervos sometidos a la familia, y después un muro grueso circundando unos establos, la casa de los sirvientes, el gigantesco granero y por último la propia mansión.

Debido a los beligerantes tiempos que se sucedían y el miedo a que la condición de comerciante del jefe de la familia animara a algún terrateniente a tomar sus riquezas se había levantado una atalaya que se situaba sobre el portón de la entrada principal, protegida por gruesas almenas. La silueta de dos hombres armados coronaba la construcción y justo al otro extremo se situaba la puerta posterior, frente al campo de equitación y entrenamiento de los *bushis*, fuera de la protección de los muros.

A estas horas ya habrían sido alertados por los campesinos de la llegada del pequeño contingente, pues junto a las chozas de los campesinos a ambos lados del camino se arrodillaban esperando todos sus ocupantes.

Al atravesar los portones abiertos, Tadakuni abandonó definitivamente sus preocupaciones y trató de mantener un porte aún más digno sobre su silla. A la izquierda quedaba la casa de los sirvientes, a la derecha los establos y siguiendo el pasillo marcado por los sirvientes de la casa arrodillados a su paso, la mansión Higa.

Brillo del Cielo estaba formada por tres patios techados sin paredes y su nombre lo recibía por su estructura, que permitía que estos estuvieran siempre iluminados por el Sol, desde la mañana a la noche. Sus nombres eran la Sala de Entrada, la Sala Ancestral y la Sala Trasera; separadas por dos edificaciones paralelas, los Dragones Protectores.

La Sala de Entrada era una especie de garaje ornamentado donde se guardaba el palanquín de la familia y los dos bellos carruajes, uno tan grande que necesitaba ser tirado por dieciséis sirvientes. La Sala Ancestral consistía en un altar con tablillas de madera inscritas con los nombres de los budas y diversas imágenes *shinto*. Los siervos personales vivían en la Sala Trasera, mientras que los miembros de la familia lo hacían en los Dragones Protectores.

Corredores y paredes altas alrededor del edificio delineaban las áreas

reservadas solamente para las mujeres e impedían acceder hasta él a los ocasionales huéspedes varones. El *daiku* había diseñado cuidadosamente el espacio teniendo esta tradición en mente.

La mayoría de los edificios estaban rodeados de un extenso jardín, orgullo personal del propio Kazuo, que se podía recorrer pisando piedras pulimentadas colocadas estratégicamente para no tener la molesta necesidad de tocar el suelo, mojado en los días de lluvia o después del riego. Su extensión era lo suficientemente grande y su disposición tan extremadamente estudiada que se jalonaba de infinidad de pequeños y exquisitos espacios independientes. En ellos ningún ruido ni visión ajena era capaz de romper su armonía, logrando la ilusión de encontrarse a solas en medio de un bello bosque. Higa Kazuo se perdía en ellos para escribir poemas y realizar sus lienzos, así como para cavilar decisiones difíciles o simplemente para encontrar momentos de paz. De igual forma era la delicia de sus invitados y su gracia natural era conocida en toda la provincia.

Cuando Tadakuni dejó atrás el espacio hasta la amplia entrada, los siervos personales formados en línea inclinaron sus cabezas, mientras que Padre, Madre y Pequeña Hermana esperaban en el quicio con sus ropas más suntuosas.

Tadakuni practicó una profunda reverencia ante el jefe de la familia, imitado por Abe. Los *samuráis* que le acompañaban desmontaron e hincaron una rodilla en tierra y los *ashigaru* se postraron.

—Padre, la guerra con el clan Inove ha concluido. Nuestro honorable *jitō* nos ha conducido a la victoria. Tu hijo regresa a casa con la labor cumplida.

Kazuo era un hombre corpulento, entrado en carnes por su vida alejada de cualquier ejercicio físico. Una finísima línea de barba bajo una nariz redonda y unos ojos negros y pequeños eran lo más destacado de un inexpresivo rostro. Dilatando la respuesta observó al resto de hombres que le acompañaban con una mirada solemne y la barbilla levantada. Tras unos momentos, asintió en silencio, sin demasiada energía para decepción de Tadakuni, mientras que Madre y Pequeña Hermana permanecían en respetuoso silencio a medio paso por detrás. Después se giró y entró en el interior de la mansión. Esa fue la señal para que los siervos volvieran a sus quehaceres.

Abe desmontó primero y se giró hacia los *ashigaru*.

—Regresad con vuestras familias. Vuestro requerimiento ha concluido.

Después de inclinar sus cabezas se alejaron hacia la armería para depositar sus pertrechos de guerra.

En cuanto a los *samuráis*, permanecieron en la entrada del palacio, esperando instrucciones. Era el tumo de Tadakuni, como responsable tácito de la expedición. Antes de comenzar dirigió una ligera mirada a Abe y, pese a que su rostro era inexpresivo, percibió la contrariedad por cederle el mando del protocolo.

—Os agradezco vuestra aportación a la presente campaña. Habéis luchado con honor y lealtad, ganando gran mérito. Así se lo haré llegar a nuestro señor Kazuo. Quedáis, pues, libres del servicio hasta que el clan os necesite.

Los *samuráis* se inclinaron con una corta pero firme reverencia y se marcharon con paso vivo. En cuanto a los escuderos de Tadakuni, uno tomó el caballo y el segundo se dirigió rápidamente hacia el interior del palacio, a fin de preparar su llegada y el retiro de la armadura. Abe aún permanecía a su lado.

—Si no necesitáis nada más…

Tadakuni pudo apreciar en su rostro el desprecio que le profesaba. El hecho de estar al servicio de un hombre que ni siquiera era *samurái* le incomodaba, pero además, el joven sospechaba que el hecho de que la pericia con el arco de Abe fuera inferior a la suya le producía una humillación especial. Era el propio Abe quien en el campo de entrenamiento le retaba a menudo a algún ejercicio con el fin de comparar destrezas y pese a todos los esfuerzos jamás lograba desbancarle. Era una obsesión para él, pues el arco era el arma distintiva de la clase militar desde tiempo inmemorial, su seña de identidad.

Tadakuni sabía que no podía dejarse ganar, pues la simple sospecha hubiera bastado para protagonizar un grave insulto. Así pues, continuaba sometiéndose a sus demandas y venciéndole en cada ocasión.

El servicio de Abe había comenzado hacía diez veranos, cuando el clan de su señor anterior había caído en desgracia, aniquilado en una de las eternas luchas entre terratenientes por el control de las tierras. Como recuerdo de aquella contienda desde entonces una cicatriz recorría su rostro de lado a lado, pasando por un ojo ciego. Se había convertido en *ronin, samurái* sin señor, vagando por los caminos y ofreciéndose como escolta para las caravanas de comerciantes, hasta que Kazuo lo había acogido. Era un *bushi* despiadado y sin escrúpulos, además de diestro. Decía que ante un enemigo solo caben dos opciones, morir o matar. El término medio significaba la pérdida de todo honor. Se había mantenido fiel a su nuevo señor, aunque este no fuera más que un comerciante acaudalado y no un poderoso señor de la guerra o un noble.

—Ha sido un honor luchar a vuestro lado —respondió Tadakuni—. Agradezco vuestro servicio y os deseo una pronta recuperación de vuestra herida.

Abe miró con desdén su brazo izquierdo acompañando el gesto con un leve gruñido, como si cayera en la cuenta de pronto de una molesta mosca. En lugar de la placa de acero que cubría el hombro, destrozada por un certero mandoble, se veía una venda de tela marrón empapada de sudor y sangre. Inclinó la cabeza hacia Tadakuni y se marchó hacia los establos sin decir nada más.

Cuando el joven subió los escalones hasta Madre y Pequeña Hermana se permitió abandonar por fin las formalidades y esbozar una sonrisa.

—Madre, veo que seguís manteniendo vuestra belleza y armonía imperturbable. Vuestra sola visión en lo alto de la entrada ha servido para reponer mi ánimo y alegrar mi corazón.

La referencia de Tadakuni al corazón no había sido fortuita, ya que su nombre significaba «hija del amor». A diferencia de Padre, que contaba ya con sesenta años, Aiko disfrutaba de treinta y ocho primaveras, conservando la mayor parte de la gracia y belleza que habían conquistado a Padre. La boda se había concertado tras la muerte de su mujer anterior, madre del hermano fallecido y de Sumiko, su otra hermana ya casada y residente en Kamakura. Aiko era madre de Tadakuni y de la pequeña Minako.

—Siempre es una dicha asistir al regreso del hijo que parte a la guerra —contestó Aiko inclinándose con gracia—. Todos estos días esperando el desenlace de vuestra partida han sido un tormento para esta débil mujer carente de la entereza y fuerza de ánimo de un espíritu elevado. Sin embargo, encontrarte ahora victorioso y incólume es el mayor de los regalos y cubre sobradamente todas las expectativas que este corazón egoísta pudiera albergar.

En cuanto a Minako, Tadakuni no pudo ni siquiera comenzar una frase, pues esta, tras la retirada de la autoridad que representaba Padre, se abalanzó sobre él para darle un abrazo ante la indignación de Aiko, aunque fuera el propio Tadakuni quien la reprendiera.

—Minako, comportaos como una dama. Ya tenéis ocho años. Habéis dejado de ser una niña.

Unos pasos más atrás, a respetuosa distancia, el aya de la niña mostró su pesar por el desliz inclinando repetidas veces su cabeza. La niña paje, apenas unos años mayor que Minako, la imitó con similar muestra de contrición.

Sin embargo, Pequeña Hermana se retiró divertida del abrazo, sin prestar la menor atención a la reprimenda. Sabía que su mirada picara le confería una belleza que encandilaba a todos.

Ya a su edad demostraba una gracia innata al caminar, una armonía en todos y cada uno de sus movimientos y, como opinaba Tadakuni, lo peor de que fuera tan agraciada era el hecho de que fuera consciente de ello. Era capaz de evitar cualquier amonestación a su comportamiento díscolo con un simple puchero o una mirada suplicante. Nadie se resistía a su encanto. Incluso Aiko había lamentado en alguna ocasión de que así fuera, pues de todos es sabido que los espíritus y seres del otro mundo anhelan la belleza de los niños y que en ocasiones abandonan su mundo para raptarlos.

—Pero Hermano —contestó ahora con una mueca ceñuda—, has sido desconsiderado mientras te divertías en la guerra. No has escrito y casi no llegas a tiempo para la fiesta de las pequeñas muñecas encamadas.

—Está bien —contestó mientras los tres se introducían en el interior—.

Te pido sinceras disculpas. Deberías saber ya que no somos dueños de nuestro devenir y el entrechocar de aceros es un asunto que suele absorber nuestra atención hasta tal punto de dejar de lado lo realmente importante —rio para sí, sin que la niña acabara de comprender.

—Quiero que sepas que Madre no me ha dejado salir a cabalgar por las tardes y me ha mantenido en el salón principal haciendo interminables ejercicios de pintura, caligrafía y juegos de poesía.

Aiko tomó la palabra mirando a su hijo en una muda súplica de apoyo.

—Pese a lo que penséis, jovencitos, la guerra es algo muy serio. No es prudente que una dama se pasee a caballo mientras el Sol se pone y los hombres armados recorren los límites de nuestras tierras.

—No veo el porqué. Mi maestro de equitación asegura que soy la mejor alumna que ha tenido y mi yegua es la más rápida de todas las Islas Sagradas. Los hombres son torpes y pesados. Ninguno sería capaz de alcanzarme.

Tadakuni decidió cambiar la dirección de la conversación.

—Bueno, si has dispuesto de tanto tiempo habrás podido trabajar en una bonita muñeca para la fiesta.

El rostro de Minako se iluminó al instante.

—Ven y lo verás.

Se adelantó hacia las salas interiores y Tadakuni, aún con la armadura colocada, la siguió justo delante del gesto recriminatorio de Aiko, contestando con un encogimiento de hombros y una mirada a su pequeña hermana a modo de disculpa.

La niña condujo a ambos hasta un pequeño altar de escalones adornados con un bello tapiz rojo. En cada uno de ellos se situaban las tallas de pequeños hombres y mujeres de un palmo de altura, con rostros blancos y rasgos individualizadores trazados con líneas finísimas y delicadas de pincel, ricamente vestidas con diferentes túnicas, capas, *kimonos* y tocados al estilo cortesano de la era *Heian*.

Los tres admiraron en silencio las diminutas capas de vestidos, los abanicos desplegados en sus delicadas manos y la belleza de los peinados imitados hasta el último detalle. Algunas estaban en pie, otras arrodilladas y flanqueadas de pequeñas cajitas con ramos de flores de melocotón, *sake* y pasteles de arroz. Coronando el último escalón se situaban el emperador y la emperatriz delante de un diminuto biombo con bellos dibujos de aves sobre montañas.

En el tercer día del primer mes del año se celebraba la *Hinamatusri*, el festival de las niñas, no faltando en ninguno de los hogares de la nobleza las admiradas figuras. Los orígenes de la tradición nacían de un ancestral rito de purificación practicado al otro lado del mar. Las muñecas atraían las desgracias y desdichas para sí y evitaban que las niñas de la casa las sufrieran durante el año siguiente.

La riqueza de la familia Higa permitía que los escalones fueran siete y que se incluyeran muñecos de pequeños músicos y sirvientes.

—Es realmente hermoso —habló Tadakuni ante la amplia sonrisa de Minako.

—Ayer ayudé a escoger el tapete —afirmó esta muy orgullosa mientras señalaba el manto rojo sobre el que se distribuían las figuras.

Tadakuni observó la arrobada mirada de su pequeña hermana que saltaba de una muñeca a otra mientras sus pies se movían inquietos frente al pequeño altar.

—Recordad que no debéis encariñaros con las figuras, pues si permanecen demasiado tiempo expuestas ninguna de las niñas de la casa podrá encontrar esposo.

—Sí, Hermano. No te preocupes, mañana mismo mandaré que las retiren.

—Bueno, ahora es el momento de que Tadakuni se ocupe de los asuntos familiares —cortó Aiko—. Aún no se ha quitado la ropa de viaje y debe asearse. No es oportuno por nuestra parte demandar su atención después de su tedioso viaje. De esta forma también podrás acabar tu clase de caligrafía.

—Pero si ya casi había acabado —protestó con un puchero—. Llevo toda la mañana sin descanso. ¿No puedo dejarlo por hoy? Prometo esforzarme mucho más el próximo día. Además, con la llegada de Tadakuni he perdido totalmente la concentración y sería del todo infructuoso un intento de progreso.

—No creas que tus palabras causan mella en mi voluntad, pequeña manipuladora. Tu *sensei* te espera pacientemente. Una dama debe terminar lo que empieza y no hacer esperar la demanda de esa conclusión.

—El nuevo maestro no me gusta. Es muy viejo y calvo. Casi no sabe hablar y es aburrido.

—Os recuerdo que vuestro comportamiento díscolo provocó que el anterior se marchara. Padre accedió a no imponeros un severo castigo ante vuestro sincero arrepentimiento y compromiso de enmienda para el futuro por el bien de tu formación. Si el nuevo no es de vuestro agrado os aconsejo tener esto presente antes de emitir una protesta.

Aunque Aiko había utilizado un tono calmado para su última frase, quedó clara en la mente de Minako que la conversación había terminado. Enderezó entonces la espalda y olvidó resignada su sonrisa.

—Debo abandonaros querido Hermano —anunció con gran pomposidad y melodramático gesto—. Espero volver a veros durante el almuerzo.

Tadakuni tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no sonreír.

—Así lo espero también yo Pequeña Hermana.

A pocos pasos la recogieron la aya y la niña paje, que tras realizar una inclinación de cabeza se alejaron en su compañía por unos de los amplios pasillos que circundaban la mansión.

—Vuestro padre os espera —anunció Aiko una vez solos.

—Acudiré en cuanto me haya lavado y peinado.

—Escúchame hijo, medid vuestras palabras y tomad nota de todo lo que os diga. Esta noche hablaremos junto al estanque.

—¿Qué ocurre madre? —preguntó extrañado el joven.

—Padre se siente viejo y cuando un hombre ve cerca el final de su vida encuentra una necesidad imperiosa de dejar todo bien dispuesto tras de sí. Esa inquietud puede llevarle a tomar decisiones precipitadas. Debes ser prudente e informarme de vuestra entrevista.

—Así lo haré.

Aiko realizó una ligera inclinación de cabeza y se alejó por el mismo camino que su hija con pequeños y rápidos pasos, dando la sensación de levitar acariciando el suelo.

Tadakuni la siguió perplejo con la mirada. ¿Qué había querido decir con aquellos extraños consejos?

Uno de los sirvientes acudió en ese momento a su lado.

—El baño ya está listo, mi señor.

Se giró hacia el hombre mientras trataba de abandonar la extraña sensación de incertidumbre que se había instalado en su espíritu y le siguió en dirección a los Dragones Protectores sin pronunciar palabra.

Un sirviente esperaba arrodillado junto al *shoji*, la pantalla corredera que daba acceso a la sala. En cuanto Tadakuni apareció al final del estrecho pasillo acercó su cabeza al suelo sin pronunciar palabra, en espera de que llegara a su altura.

Inmediatamente después se irguió, siempre de rodillas, y deslizó el *shoji* para permitirle el paso a la sala. Volvió a tocar el suelo de esterilla con su rostro y anunció su llegada a Kazuo, que esperaba en el interior.

Antes de pasar a la habitación cruzó una breve mirada con el escolta personal de su padre, Tetsu. Con mirada imperturbable se sentaba sobre los talones un poco más allá, en el mismo pasillo por el que había llegado. Sobre su regazo destacaba la *katana* dentro de la vaina, con la empuñadura trenzada y coronada con la cabeza de un demonio.

Nunca se había sentido cercano a la figura del enorme guardaespaldas e incluso durante la mayor parte de su vida le había temido. La fría mirada del *samurái* era suficiente para provocar desasosiego, pues se palpaba una amenaza implícita, un odio creciente que parecía dirigirse a todos los que le rodeaban, como si el hecho de estar cerca fuera una afrenta para él. Era orgulloso y tosco, apoyado en su físico poderoso que menospreciaba a todo el que no mantuviera una fortaleza similar. Pero pese a todo ello había aprendido a respetarle. Sabía que entregaría la vida sin reserva alguna si con ello defendía el honor o la vida

de su padre y sabía que dada la capacidad y destreza del *bus hi*, era una garantía enorme.

Después de una breve inclinación de cabeza en su dirección, correspondida solo a medias por el *samurái*, Tadakuni penetró en la amplia estancia escuchando a su espalda el leve sonido del *shoji* al cerrarse. Los rigores del viaje ya habían desaparecido. Después de bañarse, atender la herida de la pierna y recibir un leve masaje, su ánimo regresó. El peso de su cuerpo también había desaparecido. Tras tantos días soportando la armadura, ahora le parecía flotar en su *kimono* ancho de seda. Su espada continuaba en el *obi*, algo impensable para cualquier otro hombre que entrara en una habitación en la que se encontraba Kazuo, tal era el temor a un atentado.

La estancia totalmente cerrada y sin ventanas proporcionaba la suficiente intimidad para tratar asuntos importantes con comerciantes o señores feudales. Kazuo le esperaba sentado sobre sus rodillas en posición de *seiza*, impasible sobre una tarima ligeramente elevada que atestiguaba su lugar en la casa. Este también había cambiado sus ropas a otras más cómodas y, al igual que su hijo, vestía un *kimono* de anchas mangas con un dibujo de dos gaviotas en vuelo sobre el pecho.

Tadakuni se acercó despacio, tratando de hallar el menor indicio que le ofreciera la posibilidad de adivinar su estado de ánimo, aún inquieto por las advertencias de Aiko. Sin embargo, permanecía en perfecta quietud, inmóvil sobre la tarima.

Siempre había sido más pesado de lo conveniente y además, los años le habían restado vitalidad. Pronunciadas ojeras resaltaban ahora que los afeites habían sido retirados y parecía haber envejecido desde la despedida hacía solo unos días, aunque sus ojos continuaban con la fuerza de siempre y su espalda seguía erguida y firme.

Antes de tomar asiento frente a él sobre el almohadón, Tadakuni realizó una ligera reverencia con su cabeza, correspondida por otra firme de Kazuo. No había ni rastro de *sake* que celebrara el reencuentro entre un padre y su hijo, ni tampoco ninguna sirvienta. Estaban solos y lo extraño de la escena le inquietó.

—Mis humildes respetos, honorable padre. Mi corazón se ensancha al poder comprobar que la casa sigue en orden y su dueño con buena salud y mano firme.

—Bienvenido a casa Tadakuni.

No corresponderle llamándole hijo no hizo otra cosa que preocuparle aún más. Tadakuni se atrevió a fijar su mirada en el rostro arrugado. Pese a la aparente impasibilidad de su padre sabía que permanecía sumamente atento a su presencia y a cada palabra o gesto que practicara.

No estaba seguro de cómo debía enfocar la entrevista. Quizá debería tomar un tono más formal de lo que había pensado. Las palabras de Madre volvían a

su mente y le preocupaba desconocer qué era lo que podía esperar. Sin embargo, al instante sus pensamientos se vieron interrumpidos.

—Pronto los cerezos estarán en flor, la Luna se mostró radiante la noche pasada. Los asuntos de la casa están en orden, el viento acaricia las nubes y dibuja las formas de los pensamientos de los dioses y nosotros, pobres hombres, sucumbimos ante la belleza de su juego. ¿Qué tenéis que contar, Tadakuni?

Le explicó que la mañana de la batalla el Sol no había brillado escondido entre las nubes, lo que anuló la ventaja del ejército enemigo que había llegado antes al lugar de la confrontación y había puesto su espalda al este. También relató que el suelo mojado y en muchos lugares embarrado, equilibró aún más a los dos ejércitos, disminuyendo la ventaja que una caballería más numerosa había podido traer al lado de Iwakura.

Se hicieron las presentaciones formales. Iwakura e Inove, junto con sus principales generales, se adelantaron y conversaron en mitad de los dos ejércitos.

Después vinieron los desafíos por ambas partes. Grandes *samuráis* se adelantaron para presentar sus apellidos y proezas en campañas anteriores y desde el otro bando, aquellos que se consideraban posición y honores parejos, se presentaban para aceptar enfrentarse con ellos. Una vez que uno de los dos moría se repetía la operación con nuevos contendientes, ante el silencio total y la mirada siempre disciplinada de ambos ejércitos.

—¿No participaste? —le interrumpió Kazuo.

Aquella era una pregunta que no esperaba, no podía entender el motivo de la misma, pues la respuesta era dolorosamente obvia. Tadakuni no contaba con proezas bélicas. A sus dieciséis años aún no había luchado contra grandes *samuráis*, ni tampoco había participado en gestas de ningún tipo. ¿Cómo podía siquiera plantearse atender un desafío ante hombres que mantenían méritos tan grandes? Y si se le hubiera ocurrido proponer él mismo el desafío hubiera sido un insulto a su propio ejército, pues ni siquiera era *samurái*.

Estaba perplejo, pero aun así se obligó a responder.

—No, respetado padre.

Kazuo no contestó, pero resopló y se movió para adecuar su cuerpo sobre los pies. El joven no pudo evitar la vergüenza aunque hizo lo posible para retomar un aspecto externo digno, continuando con su relato.

Le habló después de los duelos individuales, en los que no hubo un bando vencedor claro, los ejércitos formaron en la llanura y una parte de la retaguardia del enemigo se introdujo en un bosque cercano. Fue entonces cuando se le ordenó hacer lo propio junto a su grupo y contrarrestar la posible amenaza.

—¿No participaste en la primera carga? ¿Abandonaste el campo para una incursión menor? ¿No acompañaste a nuestro señor Iwakura-*sama*?

Otra vez se obligó a imbuirse de una dignidad que no sentía para mirar a su padre a los ojos y confirmarle que en efecto no había ni siquiera presenciado el combate principal en la llanura.

—¿Qué cabezas destacables has traído?

Era una costumbre entre los *samuráis* que odiaba, pues en la práctica se cortaban todas aquellas que pertenecieran a un rostro bello o con buena presencia que pudiera pasar por un *samurái* de alto rango. Además, no había tenido la oportunidad de medirse con un enemigo destacable. ¿Qué iba a llevar entonces, la de un *ashigaru*?

La verdad golpeó una vez más en su conciencia. No le cabía ya ninguna duda de que su padre se sentía defraudado con el papel desempeñado en la campaña.

—Ninguna, padre.

—¿Cómo es posible eso? ¿Acaso no vienes de una guerra? ¿No has afirmado que has logrado la victoria? ¿Con qué honores regresas, pues? ¿De qué forma nuestra casa puede enorgullecerse de vuestro papel?

El muchacho se postró con la frente en el suelo cubierto de esterillas *tatami*, totalmente desarmado, incapaz de continuar con el relato de la cruenta batalla librada entre los árboles contra un enemigo invisible y escurridizo.

—Le pido que acepte mi más humilde disculpa. No fui digno de contar con una oportunidad. Me vi en la obligación de ocuparme de salvaguardar un flanco amenazado por un enemigo desconocido. De entre ellos nadie retó en combate justo, ni anunció su rango ni apellido.

—¿Qué clase de enemigo era ese?

Aún con la cara oculta no pudo evitar una mueca de desagrado. Debería haber sido más inteligente y evitar la mención de la calidad del enemigo. No tenía más remedio que admitirla y soportar la vergüenza de dicha confesión. En verdad su padre se hallaba en lo cierto. Había insultado a su apellido y a la casa.

—*Samuráis* menores y *ashigaru*.

Antes de que Kazuo pudiera replicar se irguió resuelto y le miró con toda la entereza que pudo reunir a los ojos.

—Reconozco la deshonra, padre. Con pedir su perdón no es suficiente. Estoy dispuesto a remendar en lo posible mi falta con hechos. Pídame aquello que pueda redimir mi falta, pues no seré digno de ser llamado hijo hasta que enmiende mi grave delito.

Esta vez fue Kazuo quien quedó desorientado. No preveía que fuera tan fácil doblegar a su hijo. En verdad era extremadamente confiado, carente de la firmeza necesaria para ser digno de considerarse un Higa y mucho menos capaz de dirigir la familia tras su muerte. Sin embargo, volvió a plantearse sus intenciones iniciales. Ahora que le tenía totalmente a su merced pensó que tal vez no supusiera ningún inconveniente para sus planes. Además, el futuro se

mostraba cambiante y tal vez le necesitara de alguna forma.

—El grillo no puede dejar de ser quien es y llenar el aire con su llamada cada noche. De igual forma un padre no puede evitar asumir los descalabros de un amado hijo, por graves y dolorosas que sean sus faltas. Sin embargo, mi posición como jefe de la casa debe atender también al cumplimiento de unas obligaciones ajenas a dicha debilidad. De esta forma, al permitir vuestra falta de diligencia falto a mis deberes.

Kazuo calló, como si en su interior se librara una lucha entre voluntades y le costara tomar una decisión. Tadakuni no se atrevía a levantar su rostro otra vez en el suelo, esperando sumiso.

Fuera se escuchaban unos ligeros pies descalzos por la tarima, seguramente los de alguna sirvienta que recorría el palacio cumpliendo alguna tarea cotidiana. Una puerta *shoji* se deslizó en otra estancia más alejada. Un instante después la voz de Kazuo llegó hasta su hijo.

—Puedo sentirme confortado al menos con tu lealtad.

—La tenéis hasta la muerte, como solo puede existir entre padre e hijo.

Kazuo percibió en su voz trémula por la emoción la devoción que le profesaba. De nuevo sintió una profunda decepción. Qué necio era. Desde luego había sido una calamidad la muerte de Sato, destinado a heredar lo que tanto esfuerzo había logrado construir. Tadakuni ni era capaz para mantener el delicado equilibrio que hacía subsistir al clan ni llegaría a ser *samurái*.

Por un momento se preguntó si en realidad no estaría jugando con él, si no trataría de ganar su confianza y aprovechar un momento de debilidad, pero tal pensamiento se borró rápidamente de su mente. No, su sinceridad era patéticamente evidente.

Se liberó gran parte de la tensión de su espalda, de la que hasta ese momento no había sido consciente, y prosiguió hablando de manera más mesurada.

—Ahora debo pensar en vuestro futuro. La familia Isú me ha ofrecido a su hija Kimiku como esposa. Ya soy demasiado viejo para tener más hijos y ya sabes que no deseo más mujeres. Quizá pueda ser la vuestra y contar de esta forma con un apoyo muy necesario.

La familia Isú era *samurái* y como tantas otras atravesaba serias dificultades económicas, tanto como para deshonrarse casando a su hija menor con un comerciante, como hiciera la familia de Aiko. Sin embargo, el apellido iba acompañado de gran respeto y consideración debido a un reciente pasado como asesores del chambelán del Ministro de la Derecha hasta que el nuevo emperador había cambiado su gobierno.

—Como deseéis, venerado padre —contestó Tadakuni mientras adoptaba de nuevo una posición erguida.

—No lo tengo decidido aún. Acaba de surgir en mi cabeza. También existe otra noble familia de la capital que podría servir para nuestros intereses.

No son *samuráis*, pero ostentan una cercanía al emperador bien conocida. No tienen hijos varones y desean adoptar a alguien digno. Elegiré entre ambas propuestas. Aún es pronto para tomar una decisión. La sangre derramada en este enfrentamiento aún no ha tocado el suelo. Desconocemos el alcance de la repercusión que esta victoria desencadenará en el futuro. Hay que extremar la cautela o podríamos perderlo todo. Quizá puedas servir de algo después de todo y la carga de tus faltas pueda ser sobrellevada.

—Sí, padre. Confío plenamente en su juicio, que tan bien ha sabido dirigimos hasta hoy.

El semblante de Kazuo se relajó para alivio de Tadakuni. En verdad era un padre amante y magnánimo. Había perdonado su comportamiento por un resarcimiento incierto en el futuro.

Se inclinó de nuevo agradecido de su favor.

Esta vez Kazuo levantó la voz y llamó a una sirvienta. Esta corrió el *shoji* y se presentó con el *sake* y dos tacitas de porcelana del más importante de los países de otro lado del mar, de inmenso valor. Cuando empezó a servir con una exquisita gracia, sin derramar ni una gota ni hacer el menor mido, Tadakuni encontró el solaz de ese acto sencillo y a la vez íntimo, arropado por la tradición. Bebió en compañía de Kazuo deleitándose en la bebida caliente, a la temperatura ideal, en la proporción justa, disfrutando intensamente.

—Tadakuni, estoy seguro de que serás digno de llevar nuestro apellido, que este a su vez se hará grande con tus esfuerzos. Sé que con vuestra tenacidad finalmente todo nos será propicio. Con esta seguridad perdono todo lo pasado.

—Gracias, padre.

La sirvienta se retiró con una profunda reverencia y fue Tadakuni quien volvió a llenar la taza de Kazuo primero y la suya a continuación. Al poco, cuando acabaron, fue su padre quien repitió la operación. Ambos se arroparon de silencio y se dedicaron al momento, como si la vida hubiera empezado y terminara allí mismo, sin que existiera el tiempo ni ninguna otra persona en el mundo.

En la mente de Tadakuni volvían ahora las imágenes de su encuentro con el enemigo, la soledad en el enfrentamiento con la vida en juego y después el miedo terrible que acababa de sentir, pensando que había decepcionado a su padre hasta el punto de infringirle una desleal herida en su confianza. Estaba seguro de que su padre le iba a imponer un justo y duro castigo o sumirle en el más absoluto repudio. En su lugar tenía una nueva oportunidad de vivir para honrar su gesto.

Hasta que llegara ese momento se perdió en la segunda taza de *sake*. En la quietud de ese instante olvidó toda preocupación sobre el futuro.

Esa misma tarde se encontró con Aiko a *La Hora del Perro*, cuando el Sol ya se retiraba, en uno de los rincones del precioso jardín de la mansión. Ella ya le esperaba junto a una diminuta cascada con un manto apropiado para la primavera, de colores suaves y luminosos. Bajo él se adivinaban varias capas de *kimonos*.

Tras un saludo formal, se sentaron sobre una esterilla de juncos en la que se habían colocado dos bellos cojines, arropados por la intimidad del atardecer. No había el menor rastro de Cho, la dama de honor más cercana a su madre, lo que confería al encuentro un carácter inusualmente íntimo. El Sol enrojecía lentamente, despidiéndose con la promesa del regreso, acariciando con sus últimos rayos los rostros de ambos. Los sonidos se apagaban lentamente como si un manto cayera sobre todo, envolviendo en quietud el mundo, empapándolos poco a poco.

Permanecieron en silencio frente a la extraordinaria visión disfrutando de aquel instante, pero el corazón inquieto de Tadakuni no pudo contenerse y acabó quebrando la armonía del momento. Su voz sobresaltó a Aiko con la misma intensidad que si se hubiera derrumbado la montaña.

—Madre, ¿cuál es el motivo de vuestra inquietud?

Aún sin apartar la vista del firmamento tomó aire para responder.

—Contadme la entrevista con vuestro padre. Decidme, os lo ruego, ¿qué habéis compartido?

Relató su conversación con Kazuo, alabando su perdón y el plan de casarle para servir a los intereses familiares.

Aiko permaneció callada durante unos instantes, tratando de organizar sus pensamientos.

—Padre no es el mismo desde la muerte de Sato. El dolor por la pérdida del sucesor al frente del clan ha supuesto un durísimo golpe. Durante años todos sus esfuerzos se volcaron en colocar a cada uno de vosotros en su lugar y el trágico destino de Sato ha truncado su quietud. La armonía que existía en la familia se ha roto. Ni él ni yo sabemos qué va a ocurrir con vuestra vida, pero la duda me oprime el corazón, la sospecha de la negación de su favor me aflige sobremanera.

—¿A qué os referís? ¿Y a qué viene esta reacción?

Aiko se giró para mirar directamente a los ojos de su hijo.

—Temo por vuestro lugar en la casa. Mientras viváis debéis heredar las riendas de la familia, ese es vuestro derecho, derecho que podéis reclamar legítimamente, pero si mis miedos son reales y no coincide con los deseos de Kazuo, os convierte en un peligroso estorbo.

Tadakuni quedó asombrado. Jamás había escuchado semejantes palabras de su madre, mayor falta de respeto para con su marido. Era totalmente inconcebible que una amante esposa no asumiera su papel de apoyo incondicional y sumiso.

—¿Cómo os atrevéis siquiera a valorar sus decisiones o interpretar sus deseos?

En el rostro de la dama también se leyó la misma reflexión y la consiguiente vergüenza. Era indigno censurar de esa forma a su esposo, se había dejado llevar por la pasión, había perdido cualquier atisbo de autodominio, pero ya no había posibilidad de enmienda. Una vez que había encontrado el valor suficiente no estaba dispuesta a volver atrás. Su mirada volvió a los últimos resplandecientes brillos del Sol y buscó en ellos la fuerza que le faltaba para terminar lo que estaba dispuesto a decir. Sus siguientes palabras fueron saliendo con mayor mesura, ajenas a la pasión inicial.

—Os pido perdón, hijo mío, la preocupación hace que el juicio de esta pobre mujer se enturbie y en su boca se formen palabras inapropiadas. Solo intentaba abriros los ojos. Las manifestaciones de apoyo de vuestro padre son cada vez más escasas y el recibimiento de hoy ha supuesto un signo más de inquietud. Su dirección aparece más clara que nunca, confirmando mis sospechas.

—Evitemos entre nosotros las normas de conveniencia —apuntó Tadakuni, agotada su paciencia—. Sed franca y olvidemos nuestra posición durante este encuentro. La turbación que han provocado vuestras insinuaciones me obliga a solicitarlo.

Aiko también se sintió aliviada de poder evitar el *tatemae* y continuó sin medir las consecuencias de su atrevimiento. Estaba decidida a llegar hasta el final.

—Puede que sea solo una mujer, pero también tengo ojos y oídos. Sé que esta guerra traerá grandes cambios. Vuestro padre apenas duerme desde que fue llamado a aportar hombres como vasallo de Iwakura-*sama*. De alguna forma su decisión de obedecer nos ha colocado en una posición delicada.

—¿Delicada? Iwakura-*sama* ha vencido. Contamos con su favor. Todo ha salido bien.

Aiko dudó de nuevo. Durante mucho tiempo había sido una fiel esposa, respaldando todas las decisiones que incumbieran a su hijo. Vio el peligro que suponía el hecho de que Tadakuni fuera a la guerra, pero había callado y su impotencia le había provocado un sufrimiento terrible. La espera se había convertido en eterna, temiendo que en cualquier momento un correo llegara con la noticia de su muerte o de una derrota que le condenara a la humillación y la vergüenza. Una premonición le hacía presagiar la desgracia en esa campaña. Cuando finalmente le había visto aparecer ante las puertas de la mansión su corazón había reemplazado su cordura, tomando una arriesgada decisión. Para bien o para mal debía ser fiel a ella.

Un leve resplandor en el horizonte dibujaba el perfil de los montes cercanos, como recortados en un lienzo. En el cielo suaves nubes atrapaban los últimos retazos de luz produciendo caprichosos reflejos encarnados. El día les

abandonaba y el frescor de la noche se presagiaba como un bálsamo.

Aiko tomó aire y finalmente continuó con un hilo de voz apenas audible.

A nadie se le escapa que mi señor Kazuo mandó un contingente muy pequeño, meramente testimonial, cuando cuenta con numerosos *bushis* y decenas de *samuráis*, sin olvidar a la gran cantidad de campesinos que podrían haber servido en la lucha. En cierta forma era como permanecer neutral, lo que a Iwakura-*sama* no habrá gustado y desde luego no es posible que le tenga entre sus aliados más cercanos. Frente a nuestros vecinos, que han preferido mirar hacia otro lado y ahora temen a Iwakura-*sama* más que nunca, podríamos alegar que las circunstancias nos han obligado a tomar parte y que en realidad no lo deseábamos, pero desde luego tampoco contaríamos con su confianza. Por lo tanto, no tendremos el apoyo firme de Iwakura-*sama* y tampoco el de sus enemigos. Estaremos entre ellos, en la peor posición posible. Kazuo debe buscar protección de inmediato o sucumbiremos entre el oleaje de las luchas entre los terratenientes y señores de la guerra.

—Pero me mandó a mí, su hijo, único heredero —protestó Tadakuni.

—Lo que me inquieta aún más. Parece una maniobra para guardar las apariencias. Un padre amante no mandaría a su hijo heredero con una escolta tan reducida a una guerra.

Aiko calló, con la esperanza de que la insinuación calara en su hijo. Se dio cuenta de que había dejado de respirar, que por un breve instante el mundo se había borrado, esperando reaparecer cuando Tadakuni pronunciara las siguientes palabras. Sin embargo, exteriormente continuó inmóvil, con la mirada al frente.

—Me mandó con un reducido grupo para así poder realizar una gesta loable, para tener la oportunidad de protagonizar un comportamiento que pudiera ser digno de un *samurái*. Nuestra familia necesita el nombramiento, Padre hace todo lo posible. Vuestras dudas no tienen fundamento y además me ofenden. Es la ley natural que obedezca a mi padre. Puede que ahora no entendamos alguna de sus motivaciones pero el tiempo siempre demuestra con claridad lo acertado de cada decisión.

Sin embargo, la declaración no iba acompañada de una seguridad real. En su cabeza sopesó las implicaciones del gesto de Kazuo. Ahora sospechaba sobre el verdadero motivo de que no le hubieran permitido engrosar el grueso de las tropas, donde podría haber conquistado honor, y cómo en cambio había tenido que luchar apartado de la verdadera confrontación. Iwakura estaba exento de valorar la lealtad de Kazuo o las proezas de su hijo en el desarrollo de la contienda. No estaría en deuda con los Higa.

Pero esta circunstancia ya debería haberla tenido en cuenta su padre. ¿Por qué, entonces, le reprochaba únicamente a él la deshonra de haber sido apartado del combate principal? Y la circunstancia de contar con tan pocos hombres parecía buscar que su seguridad quedara mermada…

Tadakuni se tambaleó. No podía ser posible. Tenía que existir otra explicación.

Buscó en el ya exiguo resplandor del cielo una respuesta plausible con desesperación. En su mente apareció entonces una única esperanza.

—Insinuáis que no buscaba el buen término de mi participación, pero eso no tiene sentido. ¿Por qué desearía el deshonor para quien heredaría el clan?

Aiko suspiró disimuladamente. Había logrado sembrar la duda en la mente de su hijo.

—Olvidas a sus hermanos del norte.

—Son aún más viejos que Padre. No puedes hablar en serio.

—Tus tíos tienen hijos.

—No puedo creer que Padre legue a unos sobrinos desconocidos. Apenas tenemos trato con ellos y menos desde que la fortuna nos ha sonreído. La envidia ha terminado por alejarlos, como el fuego a un panal de abejas.

—Te equivocas. La riqueza genera envidias, en efecto, pero también logra que los envidiosos se acerquen halagadores ante el menor gesto de conciliación. La codicia es aún más poderosa que el odio más acérrimo.

—No tengo constancia de esos contactos —replicó molesto.

—Ignoráis muchas cosas, cosas que Kazuo os ha ocultado siempre. Primero porque no eras el destinado a sucederle por la existencia de vuestro hermano mayor y ahora porque piensa en otro sustituto, estoy segura. Nunca os ha permitido conocer sus movimientos, sus acuerdos, sus relaciones con los terratenientes de las provincias, la forma en que administra nuestros bienes, cómo controlar a los volubles *samuráis*, cómo evitar a los *wako* que asolan nuestros mares. No confía en vos. Esa es la única explicación. Nunca ha contado con vuestra sucesión y ahora se niega a tenerla en consideración.

La mente de Tadakuni no era capaz de asimilar todo aquello. Intentó replicar, pero las palabras quedaron suspendidas sin llegar a brotar. Aiko miró a su hijo antes de continuar. Este seguía con la mirada al frente, pero sus ojos temblaban de la emoción sin ver.

—Jamás he dudado de tu padre. Nos ha hecho prosperar como jamás hubiera imaginado. Es el más hábil negociador, siempre ha sabido sacar partido de los tiempos cambiantes. Nunca nos ha faltado el cuenco de comida o la ropa de abrigo. Ante los peligros del mundo ha mantenido su fuerza para protegemos. Pero el hombre que conocí ha cambiado. Tengo miedo, miedo por ti y por la pequeña Minako. Su obsesión es que el apellido Higa sea *samurái*, no conoce otro objetivo ajeno a ello. Si suponemos un obstáculo, no dudará en apartamos.

Las palabras ardieron en la mente de Tadakuni. De ahí pasaron rápidamente al corazón. Su pulso se aceleró y la garganta se le secó de pronto.

—Estáis equivocada —habló airado, sin pensar—. Vuestras palabras me hieren. No pienso escuchar más. Eres mujer. No comprendes lo que

representa el honor y la lealtad. Es mi deber confiar en su buen juicio y no cuestionar su autoridad. Es mi padre, es el señor de la familia. Es ruin hablar a sus espaldas, confabulando y chismorreando como viejas. Es el orden de las cosas, jamás me avergonzaré dudando de sus intenciones. No puede haber mayor deshonra que dudar de mi propio padre.

Dicho esto se incorporó violentamente, negando la posible réplica de Aiko. Sus pasos alejándose provocaron un mar tempestuoso de inquietud, cuya estela golpeó a Aiko de igual forma que un tifón, sacudiéndola de pies a cabeza.

No intentó detenerle. En ese mismo instante el Sol acabó de despedirse del día y con él se marcharon todas sus esperanzas. La oscuridad se adueñó del mundo y la dama deseó fundirse entre las sombras, quedar sepultada en ellas para siempre.

Una lágrima corrió por uno de sus ojos dejando un surco en su inmaculada cara de porcelana blanca. Por un instante sintió que esa lágrima se convertía en la pequeña cascada que se hallaba en mitad del jardín, oculta pero perfectamente audible en aquel absoluto silencio. Se perdió en el adormecedor sonido del agua al correr, incapaz de encontrar las fuerzas suficientes para incorporarse y volver a la casa, a su vida.

La Luna desaparece en la bruma.
El rocío cubre mis mangas.

—Es mi *karma* —se dijo. Pero su significado le resultó vacío.

HAKODATE, PROVINCIA DE BINGO

Danjuro permanecía en *seiza* en la pequeña habitación. No había ningún mueble, solo un ornamentado doble soporte de madera al fondo de la estancia, sobre el que se colocaba majestuosa una *batana* desnuda, bautizada como Tani. Bajo ella reposaba también su vaina lacada en negro, con el complicado nudo que la unía con un grueso cordón blanco de seda. Ambas piezas permanecían horizontalmente a unos tres palmos del suelo, justo delante de un lienzo de seda blanco con cuatro círculos encarnados, el *mon* familiar. Su propia *katana* permanecía alejada por respeto a Tani junto al *shoji* de la entrada, al lado del *tanto*, la pequeña hoja utilizada en las distancias cortas para encontrar un resquicio en la armadura del enemigo donde penetrar.

El venerado acero había sido empuñado por el padre de su abuelo, Kato Oda, para defender el país del ataque de los mongoles de Kublai Khan hacía cincuenta años. El brillante filo había participado en la heroica defensa del país ante una abrumadora horda que llegara por mar desde *Catay*.

Los invasores atacaban en masa encabezados por ensordecedores tambores y campanas, vociferando como demonios y asustando a los caballos de los *bushis*. Parecían salvajes del norte, pero con un tamaño descomunal y largos bigotes, haciendo la guerra de una forma jamás vista. En las Islas Sagradas solo la élite militar usaba el arco, siempre seleccionando uno a uno a su objetivo, considerándose una deshonra errar su lanzamiento. Sin embargo, el enemigo lanzaba indiscriminadamente nubes de flechas que diezmaban las filas de los defensores. Extraños ingenios de enormes proporciones lanzaban piedras o flechas de acero desde grandes distancias y unos largos cilindros parecían estallar como un trueno antes de enviar bolas del tamaño de una cabeza humana que estallaban en el aire sembrando la muerte sobre la tierra. Cuando parecían atacar retrocedían, cuando huían no dejaban de utilizar sus arcos. Sus caballos eran tan enormes como ellos mismos y la forma de desplegarse y cargar se asemejaba a un enjambre de abejas.

Su antepasado había quedado aislado en la playa, junto a otros pocos. Cuando se agotaron las flechas de su arco y su caballo cayó fulminado, permaneció sin retroceder un solo paso, esgrimiendo a Tani frente a decenas

de enemigos que le rodeaban. No había posibilidad de rendición, sin escape posible defendiendo las Islas Sagradas de la mayor amenaza de su historia. Y cuando pese a la heroica resistencia el enemigo tomó la playa de Hataka y ya solo quedaba morir, los dioses cegados por el resplandor del valor de los últimos *bushis* enviaron una tempestad de proporciones ciclópeas, destruyendo casi por completo toda la flota enemiga y obligando a los bárbaros a abandonar su invasión.

Kato Oda conquistó grandes honores y abandonó su anterior vida como campesino, obteniendo un apellido familiar y pasando a pertenecer a uno de los primeros *samuráis*.

Sin embargo, lejos de desistir, Kublai Khan reunió una segunda flota más numerosa aún, con cerca de mil barcos y setenta mil guerreros, y volvió a atacar siete años después.

Las playas habían sido preparadas para un segundo intento y esta vez muros de piedras y torres de vigilancia recorrían todas las calas y puertos proclives al desembarco. De nuevo la bahía de Hakata soportó lo peor de la guerra y cuando Kublai Khan envió una segunda flota los *samuráis* quedaron asombrados ante la grandiosidad del despliegue enemigo. La cantidad de naves era tan numerosa que el mar se vio reducido a un conjunto de porciones azules diseminadas entre ellas. Tres mil quinientos barcos y cien mil hombres parecían asegurar la victoria.

Sin embargo, los *samuráis* resistían tenazmente, entregados con denodada pasión a evitar que lograran tomar la playa. Si los bárbaros establecían un lugar seguro para desembarcar su fuerza sería arrolladora.

Durante dos meses los *bushis* sabotearon los barcos enemigos desde pequeñas embarcaciones y lucharon en la estrecha franja de costa frente a la línea amurallada, pero no pudieron evitar que tomaran dos islas y establecieran un puesto avanzado en ellas.

El antepasado de Danjuro recurrió a Tani para atender la llamada del *shōgun* y regresó a la playa. De nuevo la forma de combatir de los bárbaros sembró el desconcierto. El número de cilindros de acero era aún mayor y el ensordecedor estruendo de sus bocas martilleaba la bahía desde los grandes barcos anclados a gran distancia, sin permitir que las flechas respondieran. Miles de *bushis* morían mientras intentaban llegar a la carrera para entablar justo combate, sin ni siquiera llegar a ver los ojos del enemigo.

No aceptaban duelos personales, ni anunciaban sus intenciones hasta el último momento, moviéndose en enormes grupos disciplinados que eludían el honor personal en favor de sus generales. Seguían una estrategia común y no atacaban noblemente, desplazándose de un lugar a otro y cayendo en los lugares menos esperados. Cuando se entablaba el combate a corta distancia eludían el hombre contra hombre, como solían los *samuráis*, actuando como una manada de lobos rodeando a su presa. Los *samuráis*, pese a su bravura,

estaban desbordados y la derrota parecía inminente. Su arrojo solo hacía alargar el tiempo previo a la terrible conclusión.

El emperador rezó entonces a la diosa *Amaterasu* solicitando su favor. Una segunda y devastadora tempestad se formó inesperadamente, cayendo sin piedad y aniquilando toda la flota enemiga. Los *samuráis* la bautizaron como *kamikaze*, «El viento de los dioses».

Pero Kato Oda no pudo festejar la victoria. Sobre la playa quedó su cuerpo con la *katana* atravesada en el cuerpo del último enemigo. Su hijo, que esta vez había acompañado a su padre en la batalla, recogió a Tani. También tuvo buen cuidado en anotar concienzudamente las tácticas y formas de hacer la guerra de aquellos bárbaros, que habían resultado invencibles para la forma de combatir de los *samuráis*. Varios rollos situados muy cerca de la *katana* encerraban aquel secreto familiar custodiado por todas las generaciones posteriores. Él mismo había dedicado gran parte de su juventud a estudiar cuidadosamente los diagramas y explicaciones, jurando mantener el secreto de esos conocimientos, que sin embargo nunca habían sido puestos en práctica. Aquellas estrategias y modos no eran galantes, ni podían considerarse honorables. El *bushido*, el código del *samurái*, fue la vida del primer Kato, el ejemplo que todos los Kato habían emulado.

Danjuro también había sido fiel a esas directrices y nunca había esgrimido a Tani. Ninguna oportunidad había merecido tal honor. No podía enturbiar la gloria del espíritu encerrado en ella con una causa de menor envergadura que la del primer Kato. Tampoco su padre la había portado jamás y desde que recordaba siempre había permanecido en aquella sala, solo retirada de su funda laqueada para ser limpiada con devoción. Ahora no quedaban más varones en la familia y la gloria del arma moriría con Kato Oda.

¿Qué había sido del *bushido*? ¿Por qué desaparecía ahora? Solo la búsqueda del poder dirigía a los grandes señores, sin mediar ninguna noble empresa, usando artimañas, dobles juegos, celadas y traiciones, basando todo en la apariencia, sin fondo real.

No era el orden de las cosas que un *samurái* cuestionara a sus superiores o que entrara en disquisiciones sobre el verdadero sentido de la lealtad y de la ética. Su misión era servir, como el significado de la palabra *samurái*. Pero no podía evitarlo. Intentaba obedecer lo mejor posible y su mente y su brazo no dudaban, pero su corazón flaqueaba.

El único consuelo que le quedaba era que pese a sus censuras, era fiel a su señor. Hacía lo que debía hacer en todo momento, lo que se esperaba de él. Su sufrimiento, su lucha interior, permanecía ajeno a ello.

Lejos de sentir sus dudas lícitas, le resultaban egoístas y ruines y estaba seguro de que estaban provocadas por su mala fortuna. Si tuviera un par de herederos y una esposa a su lado, con el honor sin tacha, no dudaría, no estaría envenenada su mente.

Si al menos hubiera muerto en esta batalla… Anhelaba el vacío y al mismo tiempo se censuraba por ello. ¿Qué clase de *samurái* era aquel que buscaba la muerte? Era estúpido temerla, pero un verdadero *samurái* no debería perseguirla. Su vida no le pertenecía, era de su señor. No podía dejar de vivir hasta que este le concediera permiso para abrazar la muerte, debía servir con su vida hasta el último aliento.

¿Hacía dónde debía encaminar sus pasos ahora? No se sentía con ánimos de continuar con el peso de la herencia familiar. Había fracasado. Pedía perdón una y otra vez mirando a Tani, recordando a su antepasado.

Se sentía impotente y desorientado. Solo había pretendido continuar con honor sobre la tierra, respetando los principios que le habían enseñado en el seno de su familia, pero no sabía cómo esos mismos principios habían condenado su posición y echado a perder la continuidad del apellido.

Danjuro perseguía algún tipo de consuelo pero sus fantasmas no se marchaban. Pensó que era un niño al dejarse llevar por tantas dudas y miedos. No era la vida de un hombre una continuidad de pensamientos, sino de hechos. Debía dejar ya su actitud, olvidarse de todo y simplemente hacer lo que se esperaba de él, seguir el camino trazado. El *zen* defendía que el despertar llegaba dedicándose en cuerpo y espíritu a hacer bien aquella tarea que la propia vida nos hubiera encomendado. No dobla dejar que sus deseos le apartaran de esa máxima.

Al llegar a la casa tras la batalla el día anterior había despedido a Tomayuki y penetrado en la habitación esperando que Tani ofreciera algo de luz a su mente atribulada. Como siempre, Jo se había quedado. En realidad no tenía a donde ir y siempre había permanecido en la casa, sirviendo a su señor, aun cuando este cayera en desgracia. Su familia había permanecido sirviendo a los Kato durante generaciones. El propio Jo había servido como escudero de su padre y cuando los sirvientes fueron abandonando la casa entre lágrimas se negó a abandonarlo.

Tomayuki, en cambio, había sido ordenado su escudero por el propio Iwakura cuando hacía unos meses se había presentado en el campo de batalla asistido únicamente por Jo. Desde entonces le servía únicamente cuando acudía a los requerimientos militares del *jitō*. Por eso se había marchado con su familia, muy cerca de allí, donde seguiría cultivando los campos de arroz de Iwakura.

El amanecer estaba próximo cuando por fin encontró la calma anhelada. Olvidó su propio yo y contempló la tenue luz que se filtraba por las paredes de papel hasta confluir en la *katana*. Ya no era Danjuro, solo una parte más de la habitación. No sentía hambre o sueño, dolor o conciencia. Ignoraba cuál era su forma o dónde estaba y se dejó llevar por el olvido.

Desgraciadamente, algo le golpeó de pronto. Abandonó su paz interna expulsando un aire que ignoraba el tiempo que había permanecido en su bajo

vientre y, ligeramente contrariado, se percató por fin de que Jo le llamaba insistentemente desde el otro lado del *shoji*.

—Señor. Por favor, escúcheme. Yamamoto-*sama* pregunta por usted. Está esperando a la entrada. ¿Me escucha? ¿Está ahí? Por favor…

Danjuro aún esperó algo más para contestar. Cuando lo hizo su voz le pareció extrañamente ajena, como si otra conciencia le dictara.

—Está bien, os oigo. Ya voy.

Ni siquiera acababa de comprender lo que había dicho. Sus palabras habían surgido antes de tener plena conciencia de ellas. Aún tuvo que pasar un tiempo para recordar dónde se encontraba y quién era.

Trató de incorporarse pero no pudo. Sus piernas estaban totalmente agarrotadas. Ni siquiera las sentía normalmente. Eran como dos bloques de piedra unidos a su cintura. La espalda empezó a dolerle, o quizá se dio cuenta de ello en ese momento. Estiró sus brazos entumecidos y movió el cuello con una ligera mueca de dolor.

Ayudado por los brazos se tumbó de lado y se arrastró hasta conseguir que se estiraran sus piernas dormidas, abandonando la flexión. Estaban flácidas y sin vida y continuaba sin el menor control sobre ellas.

Empezó a golpearlas con los puños cerrados hasta sentir un hormigueo ligeramente doloroso. Ese dolor creciente fue el que le trajo poco a poco la sensibilidad y después de un rato logró mover la pierna derecha, aunque este gesto le arrancó un latigazo hasta la cadera.

Al final se incorporó torpemente y trastabillando llegó hasta sus armas, que introdujo en el *obi* rápidamente. Deslizó el *shoji* y se desplazó hasta la galería exterior, junto al jardín. Ya atardecía y el Sol comenzaba a retirarse del cielo. Había estado en la habitación durante un día entero, sin probar comida o agua.

Jo permanecía postrado a su lado y no fue necesario que le repitiera quién le llamaba, pues un *samurái* con largos bigotes estaba plantado en mitad del pequeño camino entre el jardín de la casa y la entrada. Enseguida le reconoció. Era Yamamoto, uno de los generales de Iwakura. Al otro lado de la entrada, seguramente sin pasar por orden expresa de su señor, se apiñaba una escolta de al menos veinte *samuráis*. En el semblante grave de Yamamoto se adivinaba que la visita no era desde luego festiva y no albergó en ningún momento la esperanza de que estuviera allí para adelantarle alguna recompensa por su servicio de armas en la reciente campaña.

Aún sin haber recobrado completamente el control de sus piernas bajó lentamente sin decir palabra, con la mayor dignidad. Entre un ligero mareo descubrió que su autodominio había regresado. Ya no le importaban las consecuencias de sus actos, ni tampoco lo que le deparara el futuro. De nuevo su mente se presentó clara en el presente, borrando toda preocupación pasada.

—Kato Danjuro —empezó Yamamoto a modo de saludo después de

inclinar ligeramente la cabeza—, os ruego disculpéis la intromisión en vuestra casa, pero un grave asunto me ha impulsado a no guardar la debida cortesía.

—Yamamoto Takeshi, sus disculpas son innecesarias. Honráis mi casa con vuestra presencia, solo lamento no poder atenderos como corresponde a vuestro rango —contestó con otra inclinación de cabeza—. No dispongo de criados y mi *sake* se ha acabado. Quizá deseéis un poco de *cha*.

Yamamoto imaginó por un momento la infusión caliente en sus labios, pero se obligó a rechazarla. El tiempo apremiaba.

—Lamento profundamente no poder disfrutar de vuestra hospitalidad pero la gravedad de los asuntos que me traen no me permiten dilatar mi estancia por más tiempo.

Danjuro se sintió contrariado. La rudeza de la contestación sumada a la negativa de compartir *cha* demostró a las claras que el hombre le despreciaba. Sin embargo, ni en sus gestos ni en su cara dejó siquiera entrever su malestar.

—Naturalmente. Un hombre de vuestra posición no puede dedicarse a otra cosa que no sea servir a nuestro señor, prescindiendo de los momentos de ocio que los *samuráis* sin responsabilidades disfrutamos. Tampoco quiero ser culpable de entorpecer esa encomiable labor. Por favor, hablad sin más dilación sobre el motivo de vuestra presencia en mi casa.

Yamamoto estudió el rostro de Danjuro, incapaz de adivinar si las palabras debían tomarse como una falta o si en verdad eran sinceras y demostraban la humildad debida. Tras un momento de vacilación pensó que carecía de importancia aquello que pudiera decir o hacer. Su objetivo estaba claro. Olvidó las palabras y prosiguió la conversación.

—Kato Danjuro, he sido testigo de una ofensa a nuestro señor Iwakura Yamagata en el monte Kina, tras la batalla contra el clan Inove. Os acuso de haber cuestionado una orden directa en público, mermando la autoridad que debéis a nuestro señor y poniendo a todos los demás vasallos en entredicho. Exijo, por tanto, vuestra cabeza para ser ofrecida a nuestro señor como prueba de nuestra inquebrantable obediencia, disipando así cualquier duda al respecto.

Danjuro recibió estas palabras con calma, como si escuchara el viento mover las hojas o contara las gotas de lluvia golpeando el tejado. Yamamoto, sin embargo, comenzó a impacientarse ante la aparente indolencia que despertaba el anuncio y la dilación en la respuesta. No sabía cómo, pero de pronto se sentía ridículo plantado en mitad del jardín, dudando si sus palabras habían sido lo suficientemente convincentes, si el tono era el adecuado y su porte digno.

—Responded —solicitó inquieto—. ¿Qué tenéis que decir?

¿Acaso lo negáis?

—¿Os manda nuestro señor? ¿Son vuestras palabras las suyas? —replicó Danjuro con calma.

—Un *samurái* debe hacer lo que debe hacer. La reclamación es justa y

vuestras dudas carecen de sentido. Debéis obedecer.

—Si mi señor se hubiera sentido insultado solo tendría que haber pedido mi cabeza allí mismo y gustoso se la hubiera ofrecido, tal y como corresponde a un fiel servidor. Pero no ocurrió así, ni tengo conocimiento de que desde entonces nuestro señor haya tomado otra decisión al respecto. Lo ocurrido permanece claro en mi memoria y con el mayor de los respetos interpreto que difiere de una ofensa. Mi señor me dio permiso para reconocer el honor de un *samurái*. No hubo conflicto.

Yamamoto había perdido la iniciativa. Ahora era él el que estaba moviéndose por terreno desconocido. No había esperado la menor resistencia. La sola mención del nombre del *jitō* hacía temblar a todo el mundo, y más después de la nueva victoria.

En cuanto a él mismo el reconocimiento de su posición junto a Iwakura doblegaba todas las voluntades. Ni siquiera había planteado una estrategia. Estaba acostumbrado a ordenar y ser obedecido, sin la menor vacilación o censura. Pensaba que Danjuro sería dócil, aceptaría su *karma* y estaría esa misma noche en el castillo de Iwakura con su cabeza en una caja.

Su descuido había sido imperdonable, no había pensado en un argumento más contundente, se había dejado enredar de la forma más sencilla, confiado estúpidamente. No tenía más remedio que responder ahora a los argumentos de Danjuro.

—Sin embargo, considero que la ofensa está hecha. Como lugarteniente de nuestro *jitō* me debéis obediencia. Tenéis que cumplir la orden.

—Una vez más lamento profundamente no reconocer esa autoridad como suficiente en lo que a una petición tan grave corresponde. Solo soy un *samurái* de bajo rango, no poseo otro señor que el propio *jitō* y no estamos en medio de una batalla. Permitiros segar mi vida sin contar con su permiso podría incurrir en una falta grave de responsabilidad para con él y encerrar en sí misma una verdadera ofensa.

Yamamoto estaba rojo de ira y chasqueó los dedos para demostrarlo. No podía creer lo que escuchaba. Movió su cabeza de forma violenta a ambos lados, reconociendo como único testigo al viejo sirviente de Danjuro que como él no salía de su asombro.

—¡Esto es inconcebible! Vuelvo a reiterar que mi reclamación es justa.

Danjuro continuaba con una apariencia externa de total calma, meditando y considerando cada palabra pronunciada por su interlocutor ignorando el tono empleado para ello.

—El hecho de que no acepte vuestra petición no significa que no la valore como corresponde. Os equivocáis si pensáis que no la tengo en seria consideración. Si vuestra intención es honorable y justa no tendréis impedimento en defender vuestra exigencia en un duelo. Mi condición de *samurái* posibilita un amparo de mi honor.

Los ojos de Yamamoto brillaron por un instante. No podía encontrar la manera de echar por tierra el argumento. Había esperado encontrar a un dócil *samurái*, que se arrodillaría ofreciendo su cuello allí mismo, en mitad del pequeño jardín. Ni siquiera había permitido a sus hombres bajarse de los caballos para no perder más tiempo. Ahora se había dejado conducir a un duelo, pues estaba ya claro que no había marcha atrás. La ofensa no estaba clara, el *jitō* no había dado una orden expresa y el honor de un *samurái* podía exigir dicha resolución. Volvió a maldecirse por su falta de visión.

Karma, se dijo, al fin. La violenta pérdida de control empezó a diluirse y pudo por fin hablar de manera clara y con un volumen adecuado.

—Está bien. Será un honor para mí batirme con vos, pero me temo que no traje mi arco.

—El honor es mío por la consideración que me reconocéis. No puede este humilde hombre aspirar a mayor concesión que la de batirse con un *samurái* tan honorable. En cuanto a vuestra preocupación, permitidme sugerir que no es necesario un enfrentamiento con arco a caballo. Si lo creéis oportuno podremos hacerlo con *katana* a pie.

—¿Dónde, pues?

—Mañana al amanecer, sobre los campos de arroz del este.

—Bien. Sea como pides.

—Mientras tanto sería para mí un honor que se hospedara en mi humilde casa.

Yamamoto miró por primera vez la casa de un solo piso rodeado por la galería, humilde para un *samurái* de su condición. Sin embargo, el *tatemae* no le permitía negarse.

—Acepto su ofrecimiento —se obligó a decir.

—¿Tomaríais ahora una infusión de *cha* en la parte posterior de mi casa? El atardecer es ciertamente hermoso en esta época del año.

—Muy bien. Haced el favor de buscar acomodo también a mis hombres.

—Será un honor.

Y dicho esto se encaminaron hacia la entrada de la casa, ante el asombro y terror a partes iguales del viejo Jo, que se había bajado de la galería para poder estar postrado a un nivel inferior al paso por su altura de los dos hombres.

Jo no paró de correr de un lado a otro. Tan insigne invitado exigía la mayor de las atenciones. Tres hermosas muchachas fueron llamadas para servirlos, tres más para preparar y atender en el baño, consiguió *sake*, un masajista para Yamamoto, pidió prestado un cuenco apropiado para tomar el *cha* y acomodó los caballos de los *samuráis* en las casas contiguas. También fueron llamados dos cocineros del cercano pueblo de Goyo, que pusieron en aprieto la capacidad de la aldea pidiendo especias de todo tipo, diferentes tipos

de pescado, algas y arroz en suficiente cantidad para alimentar a todos ellos durante dos días. Para la organización y protocolo Jo tuvo que contar con los servicios de la dama Kiku, que conocía los entresijos de la costumbre y las buenas formas.

El pueblo entero se esforzó en atender las necesidades de Yamamoto, ya que eran responsables de procurar que la estancia fuera lo más satisfactoria posible. Si una sola persona faltaba al respeto a Yamamato o a cualquier de sus hombres perdería la vida al instante y podría provocar también la subida de los impuestos, la muerte del jefe del pueblo y otros muchos castigos. Sin embargo, lograr que se marchara con un buen sabor de boca no tendría recompensa alguna. Al fin y al cabo solo habrían cumplido con su obligación.

El viejo Jo se sentía al borde del colapso, fuera de lugar y sin saber a ciencia cierta qué hacer, temiendo que en cualquier momento ocurriera algo que importunara a Yamamoto y ordenara a sus hombres quemar la aldea. También ignoraba el estado mental de Danjuro, si su voluntad era de nuevo lúcida o cometería cualquier locura.

Cuando fueron pasando las horas y vio que la dama Kiku permanecía en total calma mientras administraba los esfuerzos de aquel ejército y que su limo prodigaba amabilidad y serenidad estimó oportuno que su sitio estaba fuera asegurándose de que los cuidados de los caballos fueran adecuados. De eso sí entendía y se encontraba en su elemento. Calmaba su ánimo repartiendo pescozones entre los aldeanos para corregir sus maneras, elegía el pienso adecuado, enseñaba la manera correcta de cepillar a los animales, la forma de administrar el espacio, mandaba reforzar y en su caso levantar empalizadas y una larga lista de tareas.

Del caballo de Yamamoto se ocupaban el jefe de la aldea y su hijo, instalados para tal fin en la pequeña y vacía caballeriza de Danjuro, en la parte posterior de la casa, donde pasarían día y noche asegurándose de que tuviera todas las atenciones posibles. Danjuro no tenía caballo, ni medio alguno para adquirirlo. El que usaba cuando se prestaba para la batalla, un robusto animal excesivamente nervioso, pertenecía a Kei, un *samurái* que vivía a cuatro *ri* de distancia y que le debía la vida desde la batalla de Las Dos Colinas.

Tampoco se olvidó del resto de los *samuráis*. La mayoría fueron alojados en las casas contiguas, de las que fueron temporalmente expulsados los propietarios, si bien como dueños del hogar estaban obligados a servirlos, respondiendo con su vida de que todo fuera de su entera satisfacción. Solo cuatro dormirían en la misma casa, protegiendo a Yamamoto.

Después de que Danjuro y Yamamoto tomaran *cha* se dispuso la cena en la habitación de mayor tamaño de la casa, hasta ese momento en desuso. Les sirvieron arroz moreno preparado al vapor y pescado *ayu* acompañado de frutos secos. Siguieron bolas de algas con pescado crudo y naranjas y otras frutas confitadas.

Al acabar de comer Yamamoto se sintió algo pesado. Había comido más de la cuenta. Con una simple caída de ojos la dama Kiku mandó fuera a las tres muchachas que habían atendido solícitas a los dos comensales, teniendo claro que también harían lo propio los cocineros. Desde ese momento fue ella misma la que los atendió delicadamente llenando las tacitas de *sake* cuando eran vaciadas, evitando realizar cualquier ruido o movimiento que pudiera romper la armonía y permaneciendo convenientemente apartada de la vista. En ningún momento habló o por su parte se dirigieron a ella, totalmente ignorada.

Yamamoto estaba algo perturbado por el desarrollo de los acontecimientos y no acaba de sentirse cómodo. Danjuro, sin embargo, disfrutaba con deleite de la vida olvidada de un *samurái* de posición. Hacía meses que no comía tal cantidad, ni admiraba el arte de unos buenos cocineros, por lo que se sintió en la mesa del emperador. Se comportaba desenfadadamente y no escatimó esfuerzos a la hora de beber, ante el asombro de Yamamoto, que lo evitaba en lo posible recordando la lucha a muerte que les esperaba al amanecer. Lejos de buscar el descanso, la noche avanzaba y Danjuro continuaba charlando animadamente, divagando sobre los temas más diversos, desde filosofía a la reciente batalla y componiendo algún sencillo poema, como si gozara de la compañía de un antiguo camarada, lo que crispaba sobremanera a Yamamoto.

No podía entender cómo podía disfrutar de ese modo. Su honor estaba en juego, la muerte les esperaba, su apellido podía caer en desgracia para siempre a la mañana siguiente y no obstante dedicaba sus últimas energías a una distracción ociosa. ¿Acaso él no lo veía así?

En la mente de Yamamato se formaba la sombra de un grave insulto. No estaba claro, pero todo parecía apuntar a que no valoraba su rango y posición. Había dicho que él solo obedecía al *jitō*, colocando a ambos al mismo nivel, lo que ya de por sí podía considerarse como un agravio, pero es que además se comportaba como si menospreciara la amenaza del próximo duelo. ¿Qué pobre estúpido permanecería comiendo y bebiendo la noche antes de un duelo a muerte?

El invitado hubiera estado más tranquilo si hubiera sabido las verdaderas intenciones de Danjuro. Equivocadamente había dado por supuesto que deseaba mantener su vida. Sin embargo, lo que Danjuro buscaba era una muerte honorable, en un duelo cara a cara, frente a un *samurái* de alta posición y no de rodillas como un perro. Desde luego la opción del *seppuku*, el suicidio ritual, también habría sido adecuada, pero desgraciadamente necesitaba el permiso de su señor.

En realidad no había dudado realmente de la acusación, no se había cuestionado el orden establecido por la jerarquía *samurái*. Su deber era obedecer a sus superiores. Era lo que mantenía el orden de las cosas. Nada ocurría por casualidad. El hecho de que durante su meditación se hubiera

acercado hasta allí la demanda de la muerte daba respuesta a sus dudas. El hombre que se sentaba frente a él no era más que un instrumento de su propio *karma*. No podía albergar contra él el menor atisbo de reproche o repulsa. Es más, su intervención iba a completar su camino y le estaba profundamente agradecido por ello. Al día siguiente se dejaría matar.

Por lo tanto disfrutaba desenfadadamente de su última cena y del honor de la compañía. Ningún *samurái* había pisado su casa en mucho tiempo y la ocasión era una fuente enorme de satisfacción.

En un momento dado se identificó con una hermosa historia.

—Quizá desees escuchar un relato *zen* que acaba de llegar a mi memoria.

—Por supuesto —contestó al punto Yamamoto, hastiado por aquella cena que no parecía tener final.

Danjuro carraspeó antes de comenzar.

Un pescador se adentró en el río en busca de mayor abundancia de peces. Cuando quiso darse cuenta estaba en un lugar desconocido, donde las márgenes se acercaban tanto que la maleza casi las unía.

Se hacía tarde y además soto había pescado un pequeño pez en aquella zona. Quiso regresar, pero la fuerza del agua era tan grande que no era capaz de deshacer su recorrido. Más adelante descubrió horrorizado el motivo. Una cascada se precipitaba hasta un lecho de grandes piedras, una muerte segura.

Intentó alcanzar la orilla izquierda, pero una pared de roca totalmente lisa impedía detenerse y a la otra margen aparecieron dos tigres, uno blanco y otro negro, corriendo a su altura esperando la menor oportunidad para devorarle.

Impotente, miró a su alrededor y su vista recayó en el triste y único pescado que había conseguido.

Lo preparó allí mismo mientras se acercaba a la fatal caída y lo probó.

¡El más sabroso de su vida!

Comenzó a reír sonoramente, mientras levantaba su tacita de *sake* y la vaciaba de un solo trago, al parecer ebrio.

La cara de Yamamoto se tomó lívida. ¿Se estaba mofando de él? ¿Acaso brindaba ya por su muerte? ¿Era Yamamoto el hombre de la historia? ¿El pescado, la atención recibida? ¿Danjuro, los tigres? ¿Cómo se atrevía a tal falta de humildad?

Desde su llegada a la casa el comportamiento de Danjuro había sido ciertamente extraño. Sus formas eran contradictorias, ya que por un lado expresaban la debida cortesía para un superior y por el otro se distraían

relajadamente. No podía entenderle y eso le producía una incomodidad exasperante. Su vida cotidiana consistía en el seguimiento estricto de la costumbre de todas las personas a su alrededor y aquel hombre era del todo impredecible. El no poder encajar convenientemente a Danjuro en el orden y la norma le provocaba una molesta desorientación. Deseaba apartarse de su lado lo antes posible, pues mientras buscaba la manera era incapaz de dominar su odio hacia aquel hombre, que pese a encontrarse en una posición deshonrosa prodigaba afabilidad. Y ahora esta historia como colofón.

Yamamoto recelaba de su actitud. ¿Acaso le preparaba una celada? ¿Le provocaba a propósito?

Esperó a que dejara de carcajear, sin tocar su propia taza, sin mover un solo músculo. La tensión de su espalda fue tan palpable que la dama Kiku pudo detectar su ira y dejó de respirar expectante, sumándose a la tensión de Yamamoto.

Danjuro reparó por fin en que su intervención había incomodado a su anfitrión de manera incomprensible para él y dejó de reír.

—Lamento profundamente mi comportamiento y mis palabras y pido humildemente perdón —manifestó mientras su cabeza se acercaba a la esterilla en una profunda reverencia—. El *sake* ha embotado mi cabeza.

Yamamoto era incapaz de hablar, intentando inútilmente controlar su agitación. Su mano empezó a temblar y se movió ligeramente en dirección a la empuñadura de su *katana*. No esperaría a mañana. Su cabeza rodaría allí mismo. Sí, tenía que liberar la furia que le oprimía, el honor justificaría su acto. ¿Quién iba a cuestionarlo? Era el lugarteniente de Iwakura, *fito* y dueño de todo lo que les rodeaba.

Sin embargo, sus pensamientos luchaban con su ánimo y pese a todo dudaba. La dama Kiku adivinó al instante la intención del *samurái* y tomó su propia decisión.

La bandeja con las tazas y la jarrita de *sake* cayeron al suelo, rompiendo el silencio con el entrechocar de la porcelana. Al instante Kiku hizo lo propio simulando un desmayo y quedando tumbada muy cerca de los dos *samuráis*.

Yamamoto pareció volver a la estancia, confundido por la interrupción. Danjuro también levantó su cabeza y miró asombrado a la mujer.

—¿Pero qué es esto? —preguntó Yamamoto con voz helada.

Los ojos de Kiku permanecían cerrados.

—Pido de nuevo disculpas humildemente por el comportamiento de la dama Kiku y por la pérdida del *wa* —dijo entonces Danjuro.

Mientras se postraba de nuevo ante él se corrió el *shoji* y dos de los *samuráis* de Yamamoto aparecieron tras el quicio con una mano en la empuñadura de sus *katanas*.

—¿Ocurre algo, señor?

Yamamoto había perdido la oportunidad. Mantuvo sus labios apretados

hasta volverlos blancos y se levantó airado.

—Tomaré ahora el baño. No deseo continuar con esta velada.

Aliviado por tener al fin una excusa para abandonar la estancia giró la espalda sin esperar la respuesta de Danjuro, desapareciendo al fin por el estrecho corredor seguido por sus hombres.

Fuera, en la casa de baños, se escuchaba el pisar acelerado de Yamamoto sobre las maderas de la entrada como si de un ciclón se tratara. Al momento estalló su voz dando órdenes a las mujeres encargadas de atenderle.

Danjuro fijó su atención en la dama Kiku. Los efectos del *sake* habían desaparecido casi por completo y sus sentidos descubrieron fácilmente el respirar acelerado, señal inequívoca de que estaba despierta y además alterada. En ese momento comprendió que había simulado el desmayo y se maldijo por su descuidado comportamiento.

Había decidido morir, y en el egoísmo de esta decisión había eludido sus responsabilidades. Su comportamiento podía acarrear graves consecuencias no solo para él, sino para todo el pueblo.

Por tercera vez se postró, esta vez ante ella.

—Lo siento dama Kiku. He descuidado por completo mi deber.

Permaneció con la frente en el *tatami* sin moverse, aclarando cada vez más su mente. Tras unos momentos la dama se incorporó con un crujir de seda.

—Un *samurái* nunca se equivoca. Por favor, no me obliguéis a escuchar semejantes palabras. No merezco ser testigo de este acto indecoroso.

Danjuro se irguió y se fijó por primera vez en Kiku, pues hasta entonces la noche había sido una sucesión de sombras a su alrededor, sumido en una embriagadora inconsciencia.

Permanecía sentada de rodillas, con la mirada baja. Su *kimono* exterior era de color verde oscuro, sin ningún adorno o escudo familiar bordado pero de confección delicada, expresando belleza precisamente en su sencillez. En el cuello se adivinaban tres *kimonos* más por debajo del exterior, de color blanco y rojo en estudiada combinación. El *obi* era tan negro como su pelo largo y fino, suelto hasta la cintura. El cuerpo era exquisitamente menudo y la cara redonda, de piel lisa y ojos pequeños y vivos. El rostro permanecía tras la pintura blanca, que se extendía por la espalda, el pecho y las manos. En el contorno de sus ojos y cejas, perfiladas por una finísima línea negra, había usado un ligero toque encamado. Los labios, pintados de un rojo algo más intenso, permanecían recatadamente cerrados en una mueca que los empequeñecía. Su rostro no era especialmente bello pero era indudablemente equilibrado y no carente de armonía.

Danjuro conocía poco de la dama Kiku, tan solo que había sido dama de honor de segunda clase en Kamakura, hasta la muerte de su marido *samurái*, seguramente en alguna batalla. Después de aquello había regresado con sus padres al pueblo natal con sus hijas, no recordaba si dos o tres, en lugar de

quedarse como señora de su casa, al no contar con otros varones en ella, o hacerse monja y retirarse del mundo, que hubieran sido las opciones más adecuadas.

Se fijó aún más en su expresión, que denotaba una encantadora mirada de asombro. En cuanto esta se percató de que leía en su semblante se inclinó respetuosa.

—Por favor, no más postrarse esta noche —pronunció Danjuro—. Soy yo quien no merezco vuestra atención. Por mi culpa os habéis visto obligada a abandonar el decoro y menoscabar vuestro honor. Mi necedad no tiene excusa y además habéis actuado sabiamente, declinando vuestros propios intereses a favor del bien común. Os ruego que me perdonéis.

Kiku se incorporó de nuevo, esta vez con el rostro imperturbable.

—Permitidme entonces reiterar que no es necesario que lo hagáis. Esta mujer solo ha procurado servir lo mejor posible.

—Lo cual no solo yo os agradezco, pues habéis salvado mi honor y el de todo Hakodate.

—Por favor, no me avergoncéis más.

—Está bien —concedió con un atisbo de sonrisa—. Ahora decidme, ¿quién os ha elegido para servimos esta noche?

—He tenido el inmenso honor de administrar vuestra casa y servir la cena por petición del jefe del pueblo.

La mirada de ella permanecía baja pero su posición era erguida, demostrando la obligada sumisión pero también un llamativo orgullo.

—¿Cuántas personas están hoy en mi casa?

—Tres damas que atienden la casa de baño, un masajista, otras dos para la cena, la vieja Shizuka y su nieta se ocupan de velar el sueño del invitado y por último dos cocineros.

—Me temo que la casa de baño no presentaba un aspecto digno de nuestro invitado —recordó Danjuro con un leve estremecimiento.

—He procurado que se limpiara y aromatizara convenientemente.

—¿Y el resto de la casa? Me avergüenza decir que le ocurría lo mismo.

—También me he tomado la libertad de encargarme de ello, así como del jardín y la entrada.

—Ese era el pequeño trajín durante el *cha* en la galería.

—Os ruego disculpéis los inconvenientes que os hayan podido acarrear.

—No, no. Me has interpretado mal. Es difícil que ocurra algo a mi alrededor que no perciba. En ningún momento he sentido alterado el *wa* de mi casa, sino más bien todo lo contrario. No recordaba haber sido atendido tan correctamente, que mi hogar estuviera tan adecuadamente dispuesto. No puedo imaginar una mejor organización para recibir a un invitado. No he sabido reconocerlo hasta ahora. Mi egoísmo y el *sake* han cegado mi entendimiento. Debo agradecéroslo todo a vos, dama Kiku.

—Oh no, por favor. Jo debe compartir vuestras alabanzas.

Por primera vez desde la interrupción de Kiku, Danjuro dejó escapar una ligera carcajada, si bien esta vez melodiosa. La mujer se admiró del cambio producido en él. Hasta hacía un momento su comportamiento era el de un vulgar borracho, descuidando casi por completo el autocontrol y las formas. Ahora se mostraba mesurado y despierto. Su voz poseía el decoro adecuado, su mirada se fijaba al frente, sus movimientos eran reducidos a los estrictamente necesarios. Era como estar ante otro hombre completamente distinto. Kiku tuvo que reconocer el dicho de que un verdadero *samurái* jamás se emborracha, por mucho que beba.

—¿El viejo Jo? Sois realmente humilde dama Kiku, pero esta vez no podéis negar vuestros méritos. Llevo toda la vida con el viejo Jo como sirviente y debo reconocer que si bien en el combate es un hombre ducho no se puede esperar lo mismo en lo que se refiere al *tatemae* o a la organización de una casa.

—Insisto en no ser merecedora de vuestra atención.

Se produjo un momento de silencio, en el que Kiku esperó pacientemente a que el *samurái* volviera a hablar sin levantar su mirada. Este parecía reflexionar y se preguntó si no sería el momento de retirarse en silencio. Pero cuando empezaba a levantar la mirada, Danjuro volvió a tomar la palabra.

—Mi mente no está clara. He descuidado la atención de mi equilibrio. Sé que pido demasiado y que no tengo derecho a imponeros esto, por lo que espero que decidáis libremente. Os libero del *giri* que os ata a mí durante la estancia del invitado para esta cuestión, pues solo atañe a mi persona. Por favor, no dudéis en valorar la respuesta y no tratéis de complacerme. Os debo ya demasiado, pero os ruego encarecidamente que me permitáis solicitaros algo más.

—Si está en mi mano atenderé gustosa a vuestra demanda.

—Escuchad primero antes de hablar, por favor. No creo que pueda dormir mucho esta noche. Las tribulaciones de mi mente son demasiado poderosas y mi autocontrol muy ligero. Debo sosegar mi ánimo y recuperar mi serenidad. Por favor, sería un inmenso honor que fueras mi invitada para compartir el *chanoyu*.

—¿*Chanoyu*? Perdonad mi ignorancia, pero ¿de qué habláis?

—En *Catay* se bebe también el *cha* pero además allí existe una forma única de hacerlo. Mediante unas fórmulas regladas se trata de lograr una atmósfera de armonía y el anfitrión hace lo posible por crear unos momentos de quietud y bienestar. No es posible que os lo explique con palabras, debéis comprobarlo vos misma.

Desde luego era un hombre imprevisible. Era natural que en momentos previos a lo que podía ser su muerte procurara encontrar la paz interior necesaria para entregarse al vacío pero el hecho en sí de que eligiera compartir

esos últimos momentos con otra persona y sobre todo con ella la dejó momentáneamente perdida.

—Entiendo que es una petición fuera de lugar… —continuó.

—No, no —corrió a interrumpirle atropelladamente—. Perdonad que con mi dilación haya dado a entender algo que no pienso. Será para mí un inmenso honor acompañar a Kato Danjuro en un *chanoyu*.

El rostro de Danjuro se iluminó.

—Me produce gran consuelo la aceptación de mi modesta invitación. Concédeme tres barras de incienso, por favor.

—Por supuesto.

Ambos se inclinaron, tras lo cual Kiku se puso en pie de forma exquisitamente delicada. Al llegar al *shoji* se arrodilló para abrirlo, se volvió en una nueva reverencia, cruzó aún de rodillas el quicio y volvió a cerrar desde el pasillo dejándole solo.

—¿Es acaso un atrevimiento que la rana en la charca desee contemplar una vez más la orilla antes de zambullirse?

Y dicho esto abandonó también la sala.

Danjuro esperaba en la entrada al pequeño jardín que rodeaba su casa acompañado del viejo Jo, cuyos nervios permanecían de nuevo crispados. El anuncio de que su señor iba a dedicar la noche anterior a un duelo por su vida en un ocioso *chanoyu* le llenaba de terribles presagios. La ocurrencia de invitar a una joven viuda a dicha ceremonia podía acarrear complicadas repercusiones, tal vez un inicio de relaciones formales, o ser considerado un comportamiento irrespetuoso impropio de un *samurái*. Aún tenía muy presente el acceso de aparente locura que le había poseído al finalizar la reciente batalla y se preguntaba si no estaría aún sometido a él.

Mientras esperaba en silencio volcaba todas sus esperanzas en que la propia dama se percatara de lo inapropiado del comportamiento de su amo pero, para su desconsuelo, al poco llegó Kiku en compañía de su madre, la también viuda Shinju, pues era inconcebible que acudiera sola a la cita. Una dama con un mínimo de honor jamás podría permanecer a solas con un hombre salvo, desgraciadamente, circunstancias especiales como aquella.

Shinju por su parte no había dejado de criticar la decisión de su hija durante todo el camino hasta la casa. A su juicio era temeraria semejante muestra de intimidad con un hombre que seguramente perdería el honor a la mañana siguiente, si es que acaso le quedaba algo de él. No era ningún secreto el enfrentamiento de Danjuro y Yamamoto, al parecer provocado por alguna ofensa muy grave del primero.

—Al menos podías esperar el desenlace del duelo —le había recriminado —. Ese hombre está marcado por la desgracia. Su vida rezuma mal *karma* y tú,

de manera despreocupada, decides acercarte precisamente ahora. Nada bueno puede salir de esto. Te condenarás y nos arrastrarás a tus hijas y a mí.

Pero Kiku había permanecido ajena a sus duras críticas, exasperándola. Conocía demasiado bien el verdadero carácter de su hija y que nada de lo que dijera serviría para doblegar su espíritu rebelde.

Kiku se había preparado convenientemente para el encuentro. Su pelo estaba nuevamente peinado y lo había adornado con un sencillo peine. La intensidad del color de los párpados había aumentado y su rostro se mantenía inmaculadamente blanco, sin la menor imperfección. Había cambiado sus prendas exteriores a un *mochigi*, uno de los numerosos tipos de *kimono* para mujer, este de color blanco con finísimas líneas de oro recorriendo sus mangas. El *obi* era ahora dorado y el nudo a la espalda, señal que distinguía a las damas, también era más grueso y complicado. Dado que a aquella hora temprana una fría humedad recorría las callejas del pueblo se arropaba con un manto largo de forro melocotón.

Jo permanecía en un segundo plano, ya que su condición no le permitía dirigirse a ninguno de los presentes a no ser que estos lo hicieran primero.

Danjuro saludó en primer lugar a la vieja Shinju y pese a la boca con un solo diente, el pelo encrespado y sin vida y la prominente joroba, alabó su belleza perenne, a lo que esta replicó con las palabras adecuadas, si bien de mala gana, arrastrando cada sílaba con una mirada censora.

El *samurái* no hizo la menor señal externa de percatarse de la falta de sinceridad en la actitud de la vieja jorobada, aceptando las réplicas con buen talante y exquisita corrección. Después se dirigió a su hija.

—Buenas noches, dama Kiku. Es un verdadero placer contemplaros y tener la oportunidad de agradeceros la aceptación de mi humilde invitación.

—Es un honor para mí poder complaceros y además un privilegio, pues el deseo de compartir y conocer esa extraña ceremonia a la que llamáis *chanoyu* es también mío.

A estas palabras siguieron otras más en el mismo tono formal, incluidas el intercambio obligado de intenciones de ceder el paso hacia la pequeña casa de *cha* construida por su abuelo, única en la provincia, hasta la final aceptación de Kiku. En la entrada de la casa esperarían la vieja Shinju y Jo.

Recorrieron una pequeña distancia, en la que tuvieron ocasión de contemplar el diminuto jardín a ambos lados del caminito de arena blanca hasta una pequeña cancela. De nuevo se sucedieron las peticiones de seguir el uno al otro a través de la entrada, tras las cuales la dama Kiku cedió el paso a Danjuro.

Se encontraron con otro jardín, esta vez más elaborado, que logró alejarles definitivamente del mundo exterior. El camino era ahora de piedra, perfectamente barrido y pulcro, que pasaba por un arreglo de piedras en cuyo centro manaba una pequeña fuente. Primero Kiku y después Danjuro, lavaron

sus manos y boca, usando un cucharón de madera, todo ello con una calma extraordinaria y economizando al máximo los movimientos, sin permitir que una sola gota se perdiera. Danjuro encontró gratificante que aquella mujer se comportara de forma natural, sin que hubiera hecho falta explicarle que ya se habían iniciado los preparativos propios del *chanoyu*.

La pequeña casa de *cha* se levantaba sobre unos pilares de madera, con paredes de sencilla argamasa, el techo de paja y ninguna decoración en el exterior. La entrada era muy baja, lo que obligaba a agacharse para acceder a ella, recalcando con este sencillo acto que todos los que lo hicieran reconocían poseer la misma humilde condición. Tras ese quicio no existían clases sociales, ni deberes u obligaciones los unos para los otros, igualándose como simples seres humanos.

Antes de atravesarla, Kiku se detuvo para contemplar un rollo de papel desplegado en la pared exterior. Había sido preparado por el anfitrión con exquisita caligrafía.

La oscuridad de la noche revela el cielo estrellado.

Permanecieron unos momentos disfrutando del instante, Kiku meditando la frase y Danjuro contemplando su rostro enmarcado en la luz de la única vela a la entrada.

Después penetraron en el interior, Kiku en primer lugar, esta vez en total silencio. Allí se encontraron en un salón reducido a cuatro esteras *tatami* por el lado más corto y cinco por el contrario, en cuyo centro se situaba el pequeño hogar cuadrado deliberadamente sencillo.

Danjuro había colocado una única luz en el extremo contrario a la entrada, con el fin de lograr mayor intimidad y permitir ver el jardín oscuro a través de la pequeña puerta. Cuando se sentaron Kiku elogió las acertadas palabras escritas en el rollo, admiró la buena disposición en la preparación de la estancia y manifestó su aprobación por la sencillez lograda, la sensación de quietud que acentuaba y la forma de la vela elegida.

—Os agradezco vuestras observaciones. Como buen introductor en esta bella ceremonia es mi obligación comentaros que el objetivo de todo lo que veis es hacemos olvidar que existe otro mundo más allá de estas paredes.

—Y en verdad lo habéis logrado. Decidme, ¿está todo predispuesto de antemano?

—Así es. El tamaño de la sala ya está determinado, así como el del acceso y la disposición del hogar. De igual forma todo lo que haga a continuación, incluidos mis pasos y el orden de mis movimientos, también está determinado con anterioridad y se debe aprender concienzudamente. Sin embargo, no debéis preocuparos por nada. No es mi deseo que os comportéis de otra forma que no sea la que vuestra voluntad os dicte.

Dicho esto, Danjuro se levantó y atravesó un *shoji* oculto en la oscuridad que daba acceso a una pequeña despensa. Allí preparó una bandeja con bolas dulces de arroz, todo tapado y acompañado de palillos nuevos de madera de cedro. Sus movimientos eran en extremo medidos y pausados, atendiendo a un ritmo y un recorrido estricto pero que afrontaba sin urgencia y con tranquilidad.

Regresó junto a Kiku y le invitó a comer y beber *sake* de una tetera de hierro lacada en negro.

—Debéis perdonarme. Tendría que haber preparado más dulces, expresamente para vos, pero dada la premura de tiempo no me ha sido posible. Es importante que se haga con suficiente antelación, puede que un día antes, pensando en el invitado y tratando de cargar a estos de buenos deseos.

—Oh, no debéis preocuparos, disfruto igualmente de vuestro gesto.

En ningún momento dijeron más palabras que las estrictamente necesarias, disfrutando de la ausencia de sonido. La armonía dirigía cada uno de sus movimientos, enredándose voluntariamente en alargar cada instante.

Después le ofreció un ligero postre, consistente en una fruta dulce.

—¿No es correcto que vos compartáis algo de la comida que me ofrecéis?

—Eso es. Todo lo que sucede aquí es de mi persona a la vuestra. Mi compromiso es procurar que paséis un rato agradable, no por vos sino por mí, para hacer lo correcto y serenar mi espíritu. Ahora debéis concederme unos momentos.

Kiku prosiguió con la ceremonia saliendo de la estancia para tomarse un breve descanso y volver a admirar el jardín. Danjuro aprovechó esos instantes para recogerlo todo y cambiar el rollo de la entrada por un florero con una única flor.

La dama regresó un poco más tarde, sentándose de nuevo a su lado y admirando la sencillez y el buen gusto en la elección del jarrón sin mencionar la flor, demostrando así que había comprendido el verdadero significado del adorno, para deleite de Danjuro. Este calentó agua en una tetera de hierro, enjuagó los boles y utensilios y colocó el *cha* verde en polvo en el bol especialmente elegido para la ocasión, más plano de lo normal a fin de disipar el calor y evitar que envolviera toda la cara. Añadió el agua caliente con un cucharón de madera y después revolvió el *cha* con un batidor de bambú hasta que apareció espuma en la superficie. Esperó pacientemente a que bajara su temperatura hasta la que consideró adecuada y lo sirvió. Todo ello lo realizó con exquisita gracia y estudiados movimientos, ayudándose de un largo pañuelo de seda que doblaba y desplegaba una y otra vez sobre el antebrazo izquierdo sin usar la otra mano. Kiku admiraba y disfrutaba de cada complicado gesto y no tardó en encontrarlo sedante.

Danjuro le explicó cómo debía tomar el *cha* y Kiku sostuvo el recipiente con ambas manos frente a ella para girarlo dos veces y media para poder

admirarla. Debía tratar de encontrar una inspiración en su contemplación, pero no expresarla, guardarla para sí y disfrutar del momento. Después bebió su contenido en tres sorbos largos emitiendo un ligero sonido al absorber los restos de espuma a fin de no dejar nada de *cha* en su interior. Muy despacio deshizo los tres movimientos de rotación, dejando el bol en la misma exacta posición en la que lo recibiera y devolviéndolo después con una inclinación de cabeza. Permanecieron en silencio mientras Danjuro se afanaba en limpiar el recipiente y Kiku disfrutaba de la agradable sensación de calor y el amargo sabor. En ese momento Danjuro le ofreció un nuevo dulce.

—¿El sentido de los dulces es para ofrecer un contraste al amargo *cha*? —le preguntó.

—Así es. Como habéis visto, en realidad no es una infusión. La hoja que se usa en el *chanoyu* está molida y se mezcla con el agua caliente, por lo que el sabor es aún más amargo. De esta forma los sentidos se agudizan y se disfruta con mayor énfasis de ambos extremos.

Danjuro continuó recogiendo y lustrando uno a uno todos los utensilios utilizados, usando para ello un suave paño. Al terminar se levantó y alejó la bandeja hasta la despensa, para regresar inmediatamente después.

Ambos se encontraban renovados en perfecta armonía con la noche, que parecía jugar a asomarse por el quicio de la puerta.

Multitud de espumosas nubes se movían lentamente por el cielo bajo la brillante mirada de la Luna en cuarto creciente, confundiendo las siluetas de las cercanas y angulosas montañas.

La ceremonia había terminado, pero ninguno de ellos quería ser el primero en romper el silencio. Sin embargo, el amanecer no estaba lejos y Danjuro sintió de pronto el cansancio acumulado. Lamentó profundamente hablar, dejando atrás definitivamente aquel instante perfecto.

—Debo agradeceros una vez más estos momentos, dama Kiku.

—Por favor, ha sido un placer. Os felicito por la paz que habéis logrado transmitir. Todo ha sido dispuesto a la perfección, además en muy poco tiempo.

—He tenido suerte de que hubiera sido limpiada esta misma tarde, en previsión de que nuestro invitado pudiera usarla, de lo contrario me hubiera sido imposible tener todo a punto.

—Debo reconocer que habéis logrado superar cualquier impedimento. Pero decidme, ¿cómo es posible que no conociera este bello ritual?

—Como ya os comenté, proviene de la lejana *Catay*. Gracias al reinicio de nuestras relaciones comerciales hemos podido importar esta costumbre, que parece reservada para los monjes *zen*, que utilizan el *cha* para sus vigilias y como refuerzo de su conducta. De igual forma me ha llegado la noticia de que el propio *shōgun* lo practica y lo ha recomendado a todos sus oficiales como fuente de inspiración, como forma de medir su ánimo y fomentar la quietud

de la mente. Por mi parte fue mi abuelo quien trató de mostrarme cómo llevarla a cabo, adaptándola a nuestro propio sentimiento.

—¿Es diferente, por tanto, a la practicada en *Catay*?

—En efecto. Allí los utensilios son únicamente de metal, muy fríos, y en los templos *zen* la apariencia de estos es demasiado tétrica pues además los lacan en negro. En mi familia tenemos la costumbre de usarlos de cerámica o arcilla, procurando que el recipiente del *cha* sea alguno de los fabricados por los grandes maestros del otro lado del mar. Mi abuelo solía decir que lo bueno del *chanoyu* era que podías tener entre tus manos una obra de arte. También trabajamos la respiración, que parecen obviar los monjes, procurando que nuestro cuerpo, espíritu y mente permanezcan en armonía. Pese a lo complicado de los movimientos y formas nada puede caerse, ningún líquido derramarse, no puede haber la menor imperfección. Refleja el Yo Interno y nuestra voluntad de hacer bien una tarea debe ser igual de perfecta que su esencia.

Después de unos nuevos momentos de silencio se miraron el uno al otro y Kiku pudo advertir una sombra que se recogía en el semblante del *samurái*.

—Este pueblo estará mejor sin mí. Solo puedo aportar deshonra —pronunció inesperadamente.

—¿Por qué decís algo tan horrible? Es un honor para nosotros contar con un *samurái* que nos proteja y al mismo tiempo nos conduzca por el camino de la virtud.

—Vuestras palabras son dulces como la miel, pero creo que sois la única que debe de pensar así. La desgracia me acompaña. He perdido mi posición y he sido degradado paulatinamente. Además, el *jitō* reclama mi cabeza.

Kiku no tuvo más remedio que demostrar sorpresa, pues hubiera sido una descortesía imperdonable dar a entender que ya estaba al corriente.

—¿Qué decís? Una mujer sencilla como yo no acierta a comprender el motivo de semejante petición.

Danjuro relató el incidente tras la batalla y su petición de honrar a un enemigo después de que Iwakura ordenara su muerte.

Kiku se sorprendió de tal muestra de intimidad, no solo porque un *samurái* hablara de sus asuntos con ella sino porque además estos le colocaban en una situación cuanto menos delicada.

—Disculpad mi ignorancia, pero si nuestro *jitō* aceptó vuestra petición con respecto a aquel *samurái*, ¿no es esa una muestra de respeto y de gran honor para vos?

—Ni siquiera lo pensé en ese momento, pero nuestro invitado opina justamente lo contrario.

Kiku dudó durante un instante. Su inteligencia le había permitido deducir que pensaba dejarse matar, salvaguardando así el honor del *jitō*, pero lo que realmente le sorprendía era que le hubiera causado tal conmoción. ¿Qué

sentimientos albergaba hacia él para temer por su vida?

Lejos de ser meditadas, las palabras que había pronunciado alabando su dignidad atendían a la costumbre y al miedo. Era lo mismo que hubiera dicho cualquier otro aldeano de Hakodate y habían salido de su boca sin apenas pensarlas. Un *samurái* era caprichoso, impredecible y jugaba con la vida de aquellos que le rodeaban. En Kamakura había conocido a muchos, todos orgullosos, belicosos, insensibles, exigentes, crueles. Afirmaban regirse por el estricto código del *bushido*, pero eso solo atendía a sus relaciones con otros *samuráis*. A todo aquel por debajo de su categoría lo trataba como a un perro.

Sin embargo, ahora se daba cuenta de que respetaba realmente a Danjuro. Pese a su desgracia no había volcado su frustración con los campesinos, respetaba la vida de estos y nunca exigía favores ni tenía abiertas deudas. Se limitaba a vivir con austeridad, prescindiendo de los favores y privilegios que había tenido en el pasado, conduciéndose con lealtad al *jitō* y en observancia real del *bushido*, procurando mantener la cohesión de las costumbres pese a que cada vez se contara menos con su consejo, soportado por su condición de *samurái* pero en realidad despreciado por su decadencia.

Cualquier otro aldeano se hubiera alegrado de su muerte, un hombre así solo podía traer desgracias. Un *samurái* que no contara con el favor del señor transmitía a todo el pueblo esa condición. Atrás quedaban los tiempos en los que la familia Kato era afamada y respetada.

Pero no podía evitar conmoverse con la exquisita preparación de la ceremonia a la que acababa de asistir. Nunca había conocido un *samurái* que reuniera el ideal perseguido por estos de complementar en perfecto equilibrio entre sensibilidad y furia asesina.

Fuera lo que fuera que impulsara su voluntad no acertaba a comprenderlo, pero no podía dejar de continuar hablando.

—Decidme, mi señor. ¿Hasta qué punto podéis estar seguro de que el propio *jitō* ha pedido vuestra muerte?

Danjuro dudó un momento.

—Yamamoto no ha hablado claro.

—¿De quién es esa petición? ¿No hubiera sido más lógico que el propio *jitō* nuestro señor, te pidiera el *seppuku* en el mismo momento de la ofensa?

Danjuro se removió inquieto. Su decisión de entregarse a la muerte le había parecido clara y adecuada pero ahora Kiku aguijoneaba su conciencia.

—Supongo que sí.

—¿Por qué accedió a vuestra petición y es ahora cuando exige una compensación? Si fue delante de testigos y no tomó otra medida en ese instante no sirve de mucho vuestro castigo ahora, ¿no? El insulto ya estaría hecho y la retribución sería tardía. ¿A qué viene la espera? ¿Qué ha cambiado? ¿No repuso su supuesta pérdida de honor en el momento, delante de sus generales y hombres de confianza y lo exige ahora, como una cuestión

doméstica, alejado de la vista de todos? ¿Qué sentido tiene?

Kiku vio duda e incomodidad en la expresión del *samurái* y se preguntó si no había ido demasiado lejos. Quizá después de todo fuera un *bushi* como los que conocía, que parecían disfrutar entregando su vida y la de los demás por una causa que justificara su hombría. Tal vez le cortaría la cabeza cuando salieran de la casa de *cha* y cada uno volviera a asumir su casta. Pero era ya tarde para reflexionar. Algo en aquella mirada, en la intimidad del momento, le había hecho olvidar quién era cada uno.

—Os ruego me disculpéis si os he faltado al respeto debido. Mis pensamientos han sido expresados en voz alta y sin ser examinados por la voluntad.

—No, no. Os agradezco profundamente vuestra sinceridad. Os pedí antes de venir que ayudarais a recuperar mi equilibrio y con vuestra delicadeza y armonía habéis sosegado mi corazón. Ahora vuestras observaciones logran despertar mi mente. Es solo que necesito tiempo para meditar.

—Entonces permitidme deciros todo lo que pienso y perdonad mi temeridad por ello.

—Seguís siendo mi invitada. Por favor, continuad.

Kiku cogió aire y entrelazó sus manos sobre su regazo antes de hablar.

—¿Por qué no ha llegado una declaración formal, firmada por el *jitō*? Puede que ahora hayáis caído en desgracia pero el nombre de vuestra familia y los servicios que habéis prestado personalmente lo exigen, ¿no es así? Y atendiendo a esos servicios y la entidad de la supuesta ofensa, ¿no debería al menos concederos el honor del *seppuku*? Pedir vuestra cabeza de esa forma es un insulto que no merecéis y me cuesta creer que nuestro señor descuide las costumbres.

Danjuro continuó en silencio analizando lo que acababa de escuchar. En realidad el *jitō* podía hacer lo que quisiera y de la forma adecuada a sus intereses. No debía explicaciones a nadie y sus decisiones debían ser siempre correctas y no cuestionadas, por lo que podían estar por encima de la norma o costumbre, incluso del *bushido*. Conocía personalmente a Iwakura. Su familia debía favores del pasado a los Kato, que habían sido piedra angular para su auge y concesión del favor del *shōgun*. Danjuro no dudó en apoyarle en la lucha contra sus hermanos arrastrando consigo a muchos jóvenes *samuráis* indecisos. Aunque precisamente por eso podía haber llegado el momento de rescindir la deuda. Quizá le fuera más útil muerto.

—En ese caso, sería Yamamoto el que deseara mi muerte. ¿Por qué motivo? ¿Qué ganaría con ello? ¿Algo tan importante como para arriesgarse a tomar una decisión contraria a los deseos de Iwakura-*sama*?

—Eso es algo que esta mujer no es capaz de imaginar pero os ruego que pese a todo no os dejéis matar. Procurad enfrentaros con destreza y honor, que sea vuestro *karma* quien decida.

La miró fijamente. No había censura en ello, la mesura continuaba en sus movimientos y Kiku se sintió profundamente agradecida por la consideración de tomarla como a un igual.

En ese momento Danjuro colocó sus manos a ambos lados en clara señal de incorporarse, dando por finalizado el encuentro.

—Os agradezco profundamente vuestras palabras. Debéis saber que las tendré en consideración y tomaré una resolución teniéndolas muy presentes.

—Por mi parte no puedo hacer otra cosa que agradeceros el honor que he recibido no solo por el *chanoyu*, sino por escuchar la opinión de esta mujer.

Ambos inclinaron la cabeza y se incorporaron lentamente.

Una vez en la entrada Danjuro se demoró un instante para recoger el florero delicadamente. Después se acercó hasta Kiku y se lo ofreció.

—Por favor, aceptad este presente como muestra de mi agradecimiento más sincero por una velada enriquecedora.

—Oh, esta humilde mujer no es digna de tanta atención —replicó esta gratamente sorprendida—. Guardaré la pieza en mi habitación con el nombre de «nube blanca», recordando también este momento y las palabras del rollo.

Después se encaminaron en silencio hasta la casa, donde se encontraban la vieja Shinju y Jo. Durante la espera la vieja se había quedado dormida sentada y en ese momento alternaba diferentes modalidades de ronquidos a cual más desagradable.

—Madre, despierte —solicitó Kiku al acercarse.

Shinju despertó sobresaltada, ignorando por unos momentos dónde se encontraba. Pero después miró directamente a Danjuro y su rostro volvió a ser adusto.

Los cuatro salieron por la puerta y se despidieron ceremoniosamente algo azorados por la actitud impaciente de la vieja, que hacía observaciones de lo intempestivo del momento y de la inconveniencia de que unas damas de su condición deambularan a aquellas horas por el pueblo.

Danjuro se condujo despreocupado y reconfortado acompañándolas a la cancela mientras Jo lo hacía a cierta distancia sin perder de vista a su señor. Aún no daba crédito a su desconcertante comportamiento. Desde siempre Danjuro había medido su vida metódicamente, siguiendo fielmente el código del *bushido*. Esta disposición disoluta no era propia de él y despertaría aún más críticas. Sin embargo, no sería él el que cuestionara las decisiones de su señor en voz alta. Su vida le pertenecía y permanecería ligado a su *karma* gustosamente aunque no podía evitar sentir un escalofrío al barajar la posibilidad de que hubiera sido poseído por un *kami* maligno.

La mente de Yamamoto no había permanecido tan equilibrada y reconfortada como la de Danjuro. Nada más despedirse de su anfitrión

caminó hacia la casa de baños, en busca de una válvula de escape para su mente confusa. Sin embargo, por primera vez en su vida no encontró consuelo en el hecho de que tres hermosas jóvenes le desnudaran y frotaran con jabón repetidas veces hasta abandonarlo dentro de ima bañera de agua caliente. Tampoco las expertas manos del masajista que le atendió después encontraron la manera de sosegar su ánimo.

Una y otra vez volvía a ver el rostro de Danjuro. Recordaba su despreocupado trato, el insulto arrogante al que su orgullo se había visto sometido. Se maldecía por su estupidez al haberse encaminado hasta aquella desagradable situación, demorando sus planes y poniendo al mismo tiempo su vida en peligro. Ardía en deseos de volver a aquella habitación, al momento anterior a desenvainar su *katana*. ¡Qué ocasión perdida de arrebatar de un solo movimiento la vida de aquel tedioso *samurái*! Si no hubiera sido interrumpido por aquella mujer… Pero su voluntad era más clara ahora. No dudaría estúpidamente, apartaría cualquier otra consideración en su mente. Solo albergaría un deseo, matar a aquel hombre que le había puesto en evidencia, que se había mofado de él. Ardía en deseos de actuar lo antes posible. No podía mantenerse sereno en la espera.

De un manotazo apartó al masajista de su lado y se incorporó aún desnudo. Inmediatamente el hombre se postró ante él.

—Por favor señor, perdonad a este pobre y mísero siervo. Mis manos no están acostumbradas a tocar la piel de tan ilustre *samurái*. Disculpad mi negligencia, os lo ruego.

—¡No! No os perdono. Vuestros dedos son inseguros, vuestra voluntad no pretende mi bienestar. No procuráis mi descanso. A sabiendas intentáis romper el orden de mi cuerpo. No permitiré que continuéis ejerciendo una profesión para la que tan mal estáis dotado, traicionando la confianza de todos aquellos que se ofrezcan a ti.

Disfrutando del pánico cincelado en la cara del hombre llamó a los dos *samuráis* de la puerta, que entraron inmediatamente. De manera imperiosa extendió su brazo hacia uno de ellos. En los ojos brillaban dos fuegos.

—¡Rápido! Tu arma, no quiero que mi *katana* se ensucie con sangre tan despreciable.

El *samurái* se arrodilló desenvainando y ofreciendo con la cabeza inclinada su *katana*.

El masajista comenzó a retorcerse en el suelo, lloriqueando y pidiendo a gritos clemencia pese a ser ya un anciano, pero nada de lo que dijera o hiciese podía ya doblegar la voluntad de Yamamoto.

—¡Extended sus brazos delante de mí! —bramó.

Entre ambos intentaron cumplir la orden forcejeando violentamente con el sentenciado, al que la desesperación y el miedo habían dotado de una fuerza desmesurada. Resultaba increíble que con aquella edad pudiera oponer su

voluntad a la de aquellos *samuráis* y estos llegaron a sentir la punzada de la vergüenza al tardar más de lo esperado en contrarrestar su resistencia. Finalmente entre jadeos lograron sujetar los brazos extendidos frente a Yamamoto.

—Ahora comprenderás el tamaño de tu falta.

Y diciendo esto levantó la terrible hoja dispuesto a asestar el golpe fatal que seccionaría los brazos, pero aún se entretuvo un poco más.

—¿Por dónde creéis que debería cortar? ¿Por las manos? ¿Quizá los antebrazos? No, aún con los muñones puede ser capaz de intentar volver a recuperar esta actividad. Por el bien de todos hay que evitar que esto vuelva a suceder. Será mejor hacerlo lo más cerca posible de los hombros. ¿Verdad? ¿Qué opináis vosotros?

Divertido con los lloriqueos y las palabras inconexas que emitía desde aquel rostro desencajado, permaneció con los brazos en alto paladeando el miedo y disfrutando un poco más del momento.

—¿Habéis visto su patético miedo a la muerte y al dolor? —preguntó sonriendo a sus hombres—. He aquí la diferencia entre un *samurái* y un hombre vulgar.

Los interpelados forzaron una sonrisa, todavía con denodados esfuerzos por soportar las fuertes y desesperadas sacudidas que recibían.

Yamamoto observó complacido cómo aquel hombre se orinaba encima, ante lo que no pudo contener la risa. Sus brazos bajaron entre sonoras carcajadas y en lugar de realizar el terrible corte ordenó que le soltaran. El viejo dejó entonces de patalear y de proferir gritos, quedando inmóvil con la cabeza entre los brazos gimiendo e incapaz de reunir el más mínimo resto de dignidad.

En ese momento Yamamoto le orinó encima.

—Bien, aquí tienes un poco más como premio a tu cobardía. No mereces ni el esfuerzo de arrebatarte tu patética vida. Tu castigo será continuar viviendo con el peso de tu deshonra.

Cuando dejó de reír se percató de que las tres jóvenes encargadas de su baño continuaban en un rincón sobrecogidas por la terrible escena, abrazadas en busca de consuelo y protección. No se habían atrevido a huir y Yamamoto se había olvidado de ellas.

Con los sollozos del masajista las escrutó con mirada aviesa, presa de una desaforada energía. Eligió a la que parecía ser más joven y la señaló con el dedo.

—Tú. ¿Cómo te llamas?

—Natsuko, mi señor —apenas llegó su voz.

—Esta noche tendrás el privilegio de seguir sirviéndome. Los demás, marchaos ahora mismo.

Las chicas cubrían sus rostros gimoteando y ofrecieron una pequeña

resistencia al ser separadas por los *samuráis* de Yamamoto. Una vez fuera regresaron por el hombre, al que golpearon y patearon sin piedad hasta hacerle salir entre trompicones. Atrás quedaron Yamamoto y la joven, que no se había movido del lugar que ocupaba hecha un ovillo sobre el suelo.

Se acercó hasta ella y levantó su rostro. El miedo que vio le agradó sobremanera. Rápidamente comenzó a sentir su miembro despertar.

—Ven, Natsuko.

La joven se resistió pero Yamamoto era muy fuerte. La arrancó del suelo y la llevó hasta el pie de la bañera, lejos de la orina del suelo, y comenzó a arrancarle violentamente el *kimono*. La joven chilló y se revolvió impidiéndole continuar. Furioso le sujetó con fuerza las muñecas para inmovilizarla en el suelo y le habló al oído arrastrando sus palabras.

—Escúchame, Natsuko. Si no quedo satisfecho esta noche, tus padres, hermanos, abuelos y todo aquel que encuentre en tu casa morirá. Clavaré sus cuerpos en estacas y adornaré el camino de entrada al pueblo. A ti te encadenaré a tu hermano más pequeño y te dejaré vivir unida a su cadáver. Haré responsable al jefe del pueblo de que así permanezcas durante un mes y que por el mismo tiempo esté el resto de tu familia pudriéndose y expuesto a las alimañas. Nadie te ayudará a romper las cadenas, bajo pena de muerte para todo el pueblo.

»Ahora dime, ¿soportarás ser la responsable del fin de tu familia, del insulto a su nombre? ¿Contemplarás cómo se descompone el cuerpo atado a ti del que más quieres? Sufrirás el repudio de todos, sus insultos y el peso de su deseo de verte muerta. ¿Soportarás contemplar los cuerpos de tu familia mientras se pudren jalonando el camino sin el funeral que les permita encontrar el camino a la otra vida? Sus espíritus vagarán por toda la eternidad convertidos en fantasmas sufrientes que te perseguirán el resto de tu vida.

Los ojos desorbitados de la muchacha le dijeron todo lo que necesitaba.

Mientras la penetraba salvajemente se sintió por fin renovado. Había recuperado el control de sí mismo, de nuevo sentía el placer de dominar su destino.

«No soy responsable de tu dolor, querida muchacha», pensaba mientras seguía forzándola. «El culpable es Danjuro. Él ha roto mi *wa* provocando esta explosión. Sí, yo no soy culpable de esto, soy una víctima, al igual que tú».

Afuera los dos *samuráis* montaban guardia en la puerta, imperturbables ante los gritos de dolor y el llanto de la joven. Pese a que se escuchaba todo claramente a través de las paredes de bambú recubierto de yeso, las buenas costumbres obligaban a todos los oídos a permanecer sordos.

Sin embargo, en la casa había cesado toda actividad sustituida por un lúgubre silencio y la noche se volvió más oscura.

CAMPOS DE ARROZ DE HAKODATE

Danjuro apenas había dormido dos o tres barras de incienso durante los últimos dos días y al desperar se sintió entumecido y agarrotado, con la cabeza presionada por unas manos invisibles a la altura de las sienes. Para alinear su espíritu y su cuerpo se ejercitó vigorosamente en el patio vestido solo con el taparrabos pese al frescor del amanecer. Jo había permanecido junto al *shoji* atento a cualquier necesidad de su amo y ahora le observaba medio atontado, frotándose los ojos una y otra vez sin lograr enfocarle del todo, abriendo la boca de vez en cuando y rascándose el trasero.

Al acabar Danjuro se dirigió a la casa de baños, donde fue Jo quien le restregó con jabón y le dejó en la bañera que previamente había calentado. Los sirvientes venidos del pueblo lo eran solo de Yamamoto, por lo que en ese momento el pequeño edificio estaba desierto. Al salir del agua el viejo repasó con una cuchilla la parte del cráneo rasurada, cuidó el corte de pelo y se esmeró en deshacer y volver a colocar perfectamente la coleta. Finalmente le afeitó.

Caminaron de regreso a la habitación, donde Jo empezó a vestirle.

—Puede que esta vez no regrese —rompió el silencio Danjuro.

—¿Señor? No os comprendo.

En la cara de Jo se hizo patente una repentina preocupación. Nunca antes su amo había planteado abiertamente la cuestión de morir en un enfrentamiento. Un *samurái* ya sabía que cada día podía ser el último y desde edad temprana se les enseñaba a esperar la muerte. Por ese motivo los preparativos para ella ya estaban hechos desde el amanecer de todos los días de sus vidas. Vivían cada instante como si fuera el último, procurando disfrutar del momento, sin que el futuro no fuera otra cosa que un espejismo.

—Si no vuelvo quiero que rompas la *katana* de mis antepasados. No permitas que otro *samurái* la porte. Esa es mi voluntad y mi última orden.

—Sí, señor —contestó en voz baja y todavía turbado, sin dar crédito a lo que acababa de oír.

Ajustó a Danjuro la falda pantalón *hakama* y el *kimono* ceremonial, con el color rojo de los Kato predominando y con el *mon* familiar repetido dentro de

cinco círculos distribuidos por pecho y espalda. Después los *tabis* cubriendo sus pies dentro de las sandalias, para finalizar con el *obi* y la *katana*.

Danjuro salió en silencio y bajó las escaleras de la galería exterior para encaminarse hacia la entrada. Jo lo hacía a cinco pasos de distancia, lamentando amargamente que un señor de su condición tuviera que rebajarse a acudir a un duelo de tal envergadura caminando y que todos fueran testigos de la vergüenza. Pero a él no parecía importarle. Se conducía con dignidad, como un general pasando revista a su ejército. Era el porte de un verdadero *samurái* y el viejo sirviente no pudo evitar sentir auténtico orgullo por su señor.

—Regresa a casa, Jo —le dijo sin detenerse o volver la mirada atrás.

—Pero señor, necesitaréis asistencia para el duelo. Los formalismos exigen que así sea. Un *samurái* no puede acudir solo a la cita.

—Hoy sí. Necesito unos momentos de soledad antes de tomar una decisión.

Jo sintió regresar la incertidumbre y el miedo por su señor.

—¿Qué decisión, mi señor? —al instante temió haber ido demasiado lejos. Un sirviente obedecía, nunca cuestionaba o interrogaba.

Pero Danjuro permaneció imperturbable y respondió paciente.

—Sobre si debo vivir o morir.

El viejo quedó cerca de la arcada de la casa como clavado al suelo, sin atreverse a volver a hablar. No apartó la vista de su señor hasta que desapareció al doblar por una casa del pueblo. Por primera vez, dudó a la hora de acatar sus órdenes. En su fuero interno deseaba acudir en ayuda de su amo.

Si el resultado del duelo era imprevisible, ¿por qué le había dejado atrás con la obligación de destruir la *katana*? ¿Acaso no estaba dando por supuesto que perdería?

Jo conocía bien a su amo y también había visto a Yamamoto. Sabía que sería el vencedor en un combate justo y es más, Yamamoto debía saberlo con la misma seguridad.

¿A qué venía entonces todo aquello? ¿Por qué precisamente hoy era el día elegido para hacer los preparativos de su muerte? En su despedida había dicho que tenía que pensar sobre ello. ¿Era posible que su amo se dejara matar?

Su corazón se ensombreció. Sentía que nunca antes le había necesitado más y que si finalmente abandonaba este mundo para entregarse al vacío querría hacer el viaje a su lado.

Tuvo que recordarse que su obligación estaba clara para no correr tras él. El servicio implicaba ahora que se quedara atrás, cuidando de la *katana*. Sin embargo, siguió allí plantado, ahora recordando el pasado reciente, retrocediendo al momento de su caída en desgracia.

Jo no había esperado que Kato Danjuro recuperara el honor perdido, pero guardaba un secreto que le atormentaba y que le había obligado a quedarse a su lado cuando todos los demás se habían ido. No tenía renta suficiente para

contar con un solo sirviente pero él le había dicho que no necesitaba que le mantuviera, que su familia había servido a los Kato durante generaciones y que seguiría a su lado hasta la muerte. Pero esa no era la verdadera razón. Si Danjuro moría hoy sin honor sería culpable en gran medida de su desgracia.

«Eres un cobarde —se dijo—. Nunca te atreviste a decir lo que sabías. No te excusa el juramento que diste. Un escudero no tiene honor, su honor es el de su amo. No hablaste por miedo, viejo perro».

¿Cambiarían las cosas si hablaba hoy? ¿Danjuro se conduciría de otro modo? Y lo que era peor, ¿qué pensaría entonces de él después de haber callado durante tanto tiempo? No podría soportar su repudio, antes prefería morir en la vergüenza.

El corazón le latía rápidamente, bloqueado por la indecisión, pero sus pensamientos se vieron interrumpidos por la apertura del *shoji* que daba acceso a la habitación de Yamamoto. Este también había madrugado y mandó llamar a sus asistentes. A partir de ahí todo fue una sucesión de peticiones y exigencias que le mantuvieron ocupado hasta el final del baño. Cuando salió al pequeño jardín su aspecto era imponente. Le habían vestido cuidadosamente y nada en su atuendo se había dejado al azar. Detrás de él aparecieron dos de los *samuráis* de su escolta, que le flanquearon en dirección a la entrada de la cancela, donde Jo esperaba respetuosamente.

—¿Y tu amo? ¿Acaso ha cambiado de opinión? —se mofó Yamamoto.

Jo se arrodilló y pegó su cabeza al suelo. No era común que un *samurái* se dirigiera a un simple sirviente. Normalmente transmitía sus deseos por medio de un paje o alguna persona a su servicio de categoría inferior.

—No, mi señor. Mi amo ha partido ya al lugar de la cita.

El semblante de Yamamoto cambió de jovial a incrédulo.

—¿Solo?

—Sí, mi señor.

—¿Otro nuevo insulto? ¿No va a llevar testigo ni tampoco asistente?

—Me temo que no, mi señor.

—¡Basta! —cortó iracundo—. Acabemos de una vez con todo esto. Izu, trae los caballos.

El *samurái* corrió a obedecer la orden y al instante reapareció en compañía de otro hombre de la escolta y cuatro caballos. Montaron y emprendieron la marcha hacia el lugar de la cita. El cielo ya clareaba.

Jo se incorporó y corrió hasta la pequeña sala donde reposaba la *katana* y el *mon* familiar. Comprobó que todo estaba en orden y montó guardia en la puerta.

No había tiempo para hablar con su amo, solo le restaba rezar a *Amida* y a todos los *kami* de la tierra para que Danjuro no muriera esa mañana. Pero si así ocurriese, lucharía a muerte por defender la casa después de esconder a Tani en algún lugar seguro. Aún no sabía dónde, pero tenía la firme voluntad

de no consentir que fuera destruida.

«En eso te desobedeceré, mi señor. Encontraré la manera de seguirte al otro mundo con dignidad y de salvar al mismo tiempo el arma de la familia».

Mientras, Yamamoto y sus tres hombres se desplazaban por el pueblo ante los aldeanos postrados frente a sus casas. El silencio era total y nadie se movía. Viejos, mujeres, hombres y niños estaban rindiendo sumisión al enviado del *jitō*.

También lo hacían Kiku con sus dos hijas y la vieja Shinju. Cuando Yamamoto se alejó altivo de la puerta de la casa, Kiku se atrevió a levantar la cabeza y mirar a la pequeña comitiva. Seguía sin explicarse el motivo de su interés por los asuntos de aquellos hombres, de tomar partido por Danjuro, pero conservaba con gratitud el florero y albergaba la secreta esperanza de que siguiera vivo después de aquel duelo.

—¿Qué haces insensata? —le recriminó la vieja jorobada—. Aún podrían verte.

Y como si esa fuera la señal, aparecieron el resto de los *samuráis* a caballo y los asistentes de Yamamoto a respetuosa distancia. Pese a los temores de Shinju no repararon en su indiscreción, que podría haberle costado la cabeza, y continuaron la marcha dejándolas atrás. Inmediatamente la vieja reanudó su diatriba recriminando la actitud peligrosamente descuidada de su hija.

—No pararás hasta traer la ruina a esta casa. Así es como agradeces el haberte acogido de nuevo, junto a dos hijas nada menos. No habéis causado más que problemas para esta pobre vieja y además de manteneros ahora también tengo que soportar tus indiscreciones y falta de buen juicio.

Kiku la miró sin la menor quiebra en su rostro sereno y replicó con voz suave.

—Mi difunto marido nos proporcionó lo suficiente para mantenemos a todos.

—A eso le llamas renta, medio *koku*, cada luna nueva.

A Kiku le molestó que cada dos meses aquella mujer recibiera el arroz suficiente para alimentar a una persona durante un año y aún así le parecía poco, pero se cuidó mucho de expresarlo directamente.

—Con humildad aceptamos vuestra casa y con la misma agradecida sumisión nos conformamos con nuestra parte de ese *koku* para alimentamos. En cuanto a todos los inconvenientes producidos por nuestra estancia os pido perdón.

La vieja replicó airada.

—¡Ya está bien! No demuestras la debida obediencia familiar. No solo no obedeces sino que además contestas descaradamente. Como continúes así me veré obligada a repudiarte.

Kiku sabía que no sería así. Pese a todo, esa medida de arroz era también el único ingreso en su casa, pues a la muerte de su padre, también *samurái* de

bajo rango, Shinju no había recibido ningún tipo de compensación por parte del *jitō*, alegando que esta se había producido en un duelo personal ajeno a su servicio militar. En cuanto a sus dos hermanos mantenían sus propias familias lejos de allí.

El hecho de enviudar o divorciarse no obligaba a la mujer a regresar al hogar familiar pero era muy común, puesto que si esta no contaba con el respaldo de un varón debilitaba enormemente su casa. En cuanto a la sumisión y devoción hacia los padres era del todo obligado. La costumbre lo exigía se fuera hombre o mujer, ya que era a ellos a quienes se les debía la vida.

—Te pido mis más humildes disculpas, amada madre. Esta indigna hija no merece la menor de las consideraciones.

—Disculpas, disculpas. Pero luego haces lo que quieres. Sigues desobedeciendo y procurando que las cosas sucedan a tu antojo. Eres terca como una mula y fea como un mono. No lograrás casarte de nuevo y cargaré contigo toda la vida.

En ese momento Akane, la hija mayor de cinco años, las interrumpió pidiendo el desayuno.

—Qué descaro. Ni siquiera tus hijas me guardan el menor respeto. Eres tú que no sabes educarlas como es debido. Ni siquiera fuiste capaz de engendrar un hijo. Tu vientre se secará antes de que puedas cumplir con tu obligación.

—Vuelvo a pedir disculpas, madre —contestó Kiku, esta vez postrándose delante de su madre.

Percatándose de que habían logrado atraer la atención de los vecinos y de que ahora veían que su hija le manifestaba la obediencia debida, la vieja pareció ceder por fin en su encadenamiento de puyas. Se levantó con toda la dignidad que le permitieron sus débiles piernas y se introdujo en la casa sin decir nada más. Atrás quedaron Kiku y sus dos hijas, Akane y Midori, la última de solo tres años.

—¿Y qué os parece si preparamos el desayuno? —se dirigió a ellas.

Akane mostró su aprobación saltando de alegría totalmente ajena a la discusión recién acabada, que solo contaba como otra más de las eternas disputas. En cuanto a Midori, de talante mucho más tranquilo, su reacción se tradujo en una sonrisa y un «sí, madre».

Al tiempo que entraban en la casa Kiku no pudo evitar mirar de nuevo hacia el este, donde creía adivinar los campos de arroz tras las chozas al otro lado de la estrecha calle. Era allí donde Danjuro y aquel pomposo señor se batirían a muerte. Fue solo un momento, pues de nuevo la voz de su madre chilló desde el interior.

—¿Qué hace esta niña saltando como un sapo? ¡Kiku! Ven a controlar a tu desvergonzada hija.

—Sí, madre —replicó mientras entraba obediente.

Esa mañana los campos de arroz estaban desatendidos. Ninguno de los habitantes del pueblo se había atrevido a acudir, tanto por respeto a los dos *samuráis* como por miedo a su imprevisible comportamiento.

En el cultivo de arroz era necesario dos tipos de tierras, las cubiertas por el agua que servían para la primera parte del desarrollo de la hoja; y las secas, a donde se transplantaban cuando era el momento y donde germinaba el grano de arroz. En Hakodate las del este eran las anegadas, ya que el resto del espacio que rodeaba el pueblo se encontraba entre suaves ondulaciones y montañas, incapaces de retenerla. Este terreno era de aproximadamente tres *ri* cuadrados, donde se diseminaban perfectamente divididas las parcelas de todos los habitantes, sin que existiera el menor resquicio de tierra seca. Como en la mayor parte de las Islas Sagradas, en Hakodate el terreno llano era muy reducido y valioso, por lo que se aprovechaba totalmente.

Para desplazarse los habitantes habían construido un ingenioso camino elevado que permitía el acceso a todos ellos serpenteando sobre el agua, que en ocasiones se encontraba a tres varas más abajo. En su construcción se habían utilizado planchas y pilares de madera con el espacio suficiente para que dos hombres robustos pudieran coincidir sobre el entarimado sin pasamanos. Era el orgullo de los campesinos y en los días normales de trabajo coincidían sobre él moviéndose por su recorrido como hormigas disciplinadas e inquietas. Ese día solo dos de los *samuráis* de Yamamoto se encontraban allí.

Cuando Danjuro pasó por delante de ellos los saludó con cortesía y de igual forma fue correspondido, continuando su marcha por el entarimado hasta una distancia que le pareció suficiente. Se sentó en *seiza* totalmente inmóvil sobre uno de los tablones e inició la espera.

Tal y como esperaba, desatender durante un tiempo la necesidad de tomar una decisión había logrado que esta se presentara clara y sin conflicto. Ya no albergaba dudas sobre qué hacer a continuación, pero lamentaba el error de su precipitación. Kiku podía tener razón y existir una posibilidad de que no hubiera sido Iwakura quien hubiera pedido su cabeza, pero de nada servía lamentarse por algo que no podía ser cambiado. Atender un duelo era una obligación inexcusable, el honor estaba en juego y no había manera de desdecirse. Ese mismo honor le obligaba a servir de la mejor manera posible a su señor, por lo que si el vacío debía reclamar a uno de los dos *samuráis* estaba claro cuál de entre ellos perjudicaría menos a los intereses de Iwakura con su muerte.

Equivocado o no moriría con honor. Solo sentía no haber recuperado el del clan Kato, pero eso también pertenecía ya al pasado y el pasado no existía. Su final era el único presente y futuro y se dispuso para recibir al vacío de la mejor manera posible.

Dio la espalda al Sol para que su brillo al salir no desviara su atención y entrecerró los ojos respirando cada vez más lenta y profundamente. Poco a

poco repasó todas las partes de su cuerpo, situándolas en el espacio y con relación al resto de su cuerpo físico, desanudando las partes que presentaban rigidez para permitir el libre fluir de la energía interna desde su abdomen. Olvidado por la atención consciente, fuera de él se difuminó todo poco a poco hasta desaparecer. Después se dedicó a su mente, dejando pasar sus pensamientos sin prestarles la menor atención, como si de gotas de lluvia se tratara, hasta que poco a poco fueron reduciendo en número e intensidad, perdiendo la capacidad de reconocerlos como propios.

En algún momento encontró su corazón, su parte emotiva, pero ya no influía en él, incapaz de determinar en qué momento había sido separado de ella. No existía la ira, la culpa, el deseo, el miedo, el odio… Ahora era vacuidad, ni siquiera era consciente de haber sido algo o alguien alguna vez ni cuál era el motivo para encontrarse sobre los campos de arroz al amanecer. Había dejado caer la máscara de la ilusión del Yo con todas sus necesidades.

No escuchó los caballos llegar, ni sintió las tablas vibrar bajo los pies de Yamamoto llegando hasta él.

La tenue luminosidad que crecía alrededor de Hakadote se arrastró lentamente hasta las dos figuras en mitad del camino elevado. Como estatuas cinceladas en la roca, los dos permanecían totalmente inmóviles frente a frente. Danjuro continuaba sobre las rodillas, sin ser todavía consciente de que Yamamoto se encontraba a tres pasos con la *katana* levantada y firmemente empuñada con ambas manos.

Yamamoto en cambio podía sentir la paz interior de Danjuro, una quietud y autocontrol que le abrumaba. ¿Cómo era posible que se enfrentara al duelo a muerte con ese total equilibrio, esa fuerza inmensa nacida de una perfecta disciplina mental? Recordó que estaba frente a un formidable *samurái* que había sobrevivido a innumerables batallas gracias a su destreza. Durante años había sido instructor en el *ryu* más importante del dominio, donde las más destacadas familias afiliadas al clan Iwakura competían para que sus hijos primogénitos fueran adiestrados en disciplinas como tiro con arco, lancería, combate a corta distancia o esgrima. Para muchos no existía un *Sensei* de *kenjutsu* igual y su confianza empezó a flaquear.

Notó que la presión que transmitía a la empuñadura de la espada era demasiado fuerte y que sus piernas estaban empezando a agarrotarse. Si su rigidez persistía sería demasiado lento pero cuanto más luchaba por relajarse más lejos estaba de conseguirlo. No podía olvidar que si se movía lo más mínimo a tan corta distancia Danjuro aprovecharía el cambio que realizara para cortarle al tiempo que desenvainaba. No albergaba ninguna duda al respecto. De pronto su situación parecía desesperada.

Ya que no podía lograrlo realmente, decidió aparentar quietud. Tal vez Danjuro interpretara erróneamente que estaba preparado y que como él esperaba paciente un movimiento fatal del contrario. Se concentró en la

defensa, pues jamás reuniría el valor suficiente para moverse primero. Su *katana* se desplazaría de izquierda a derecha barriendo de arriba abajo hiciera lo que hiciera en un intento de encontrar la de Danjuro en algún momento. Si esperaba a interpretar su intención y adivinar el movimiento de ataque no llegaría a tiempo de contrarrestarlo.

El tiempo siguió corriendo y los *samuráis* de Yamamoto podían ya ser testigos del encuentro desde la distancia gracias a la creciente luminosidad. Ninguno apartaba la vista, pues seguramente el duelo se resolviera en el tiempo que se tardaba en parpadear, lo necesario para cruzar los aceros.

El Sol brilló asomando por las montañas y su luz comenzó a cegar a Yamamoto, que de nuevo se lamentó de su falta de previsión. Había dejado que Danjuro eligiera su posición, dejando el este a su espalda. Él ya no podía ver claramente, obligado a guiñar los ojos alternativamente.

En lugar de esperar debería haber atacado antes aun sabiendo que sus posibilidades eran mínimas, pues ahora eran aún menores. Tendría que luchar cegado mientras que Danjuro le tendría claramente iluminado. Sus hombros le dolían, apenas era capaz de mantener su *katana* inmóvil y contempló con horror cómo sus dedos temblaban ligeramente.

En ese momento un pato, que se había acercado a la plantación aprovechando la quietud inusual de sus aguas, levantó el vuelo muy cerca de los dos *samuráis* provocando un sonoro chapoteo.

Yamamoto saltó como si hubiera recibido un rayo y retrocedió espantado dando un grito. Solo lo hizo durante tres pasos, pero fue capaz de cortar en cinco ocasiones el espacio frente a su cuerpo con el filo de la *katana*. En ninguna de las ocasiones llegó a sentir otra cosa que espacio vacío y en cada intervalo entre un movimiento y el siguiente esperó horrorizado notar un acero atravesándole las entrañas.

Tal vez hubiera continuado retrocediendo, pero su hoja quedó clavada en el suelo bruscamente. Desesperado, intentó moverla pero la *katana* permanecía firmemente enterrada en una de las gruesas traviesas de madera. Siguió forcejeando con todas sus fuerzas pero era incapaz de recuperar el arma, con el temor añadido de que finalmente la hoja se partiera.

De pronto fue consciente de que pese a su indefensión la estocada mortal no había llegado. Dejó de retorcer la empuñadura y miró a su alrededor totalmente desconcertado.

Su enemigo continuaba inmóvil en la misma posición. El Sol ya no le cegaba y pudo ver claramente sus ojos fijos en él con una intensidad tan abrumadora que dio otro paso más hacia atrás. El corazón de Yamamoto se detuvo al tiempo que el sudor empapaba todo su cuerpo. Podía sentir físicamente la poderosa presencia de aquel hombre.

Danjuro por su parte había despertado de su letargo gracias al grito lanzado por Yamamoto y dio gracias por estar consciente cuando llegara la

muerte.

«Es el vacío al fin» —se dijo mientras entornaba de nuevo los ojos.

Yamamoto captó este movimiento, que le dejaba de nuevo ajeno a la atención aparente de su enemigo. Incomprensiblemente seguía leyendo la total vacuidad en su semblante, el autodominio más absoluto, la certeza poderosa de lograr un fin.

Estaba abrumado, resollando por el esfuerzo realizado y presa del miedo más atroz que hubiera sentido en toda su vida. No pudo soportarlo más y dio media vuelta para huir hacia la salida del camino elevado a la carrera.

Danjuro fue consciente de que se alejaba y volvió a centrar extrañado su vista al frente. A apenas unos pasos la *katana* de Yamamoto apareció con un palmo de la hoja hundida en la madera. Comprendió que había ganado el duelo sin desearlo, sin mover un solo músculo y sin necesidad de matar a su contrincante.

Lejos de congratularse le embargó la humildad. Había sido un presuntuoso al pensar solo en sí mismo y anhelar la muerte. Ahora entendía que había estado a punto de arruinar su *karma* y que debía de abandonarse a él. Solo cuando había renunciado a sus propios deseos se había dibujado el camino en la bruma.

La *katana* del enemigo continuaba allí delante, recordándole la lección. Al fondo pudo ver cómo los jinetes se alejaban a todo galope, seguramente de regreso al castillo del *jitō*.

El hecho de continuar vivo cuando estaba seguro de morir le hizo observar de nuevo el mundo como si fuera la primera vez. Sus sentidos despertaron más atentos que nunca, registrando cada sonido, cada atisbo de vida, consciente del hermoso cielo que dibujaba la mañana y que jamás sería repetido por toda la eternidad.

Se levantó con una paz y armonía interna que no había sentido en años, reconfortado hasta lo más hondo de su espíritu. Caminó hasta la *katana* de Yamamoto y tomó la empuñadura con su mano derecha. Tiró siguiendo la línea de inclinación y la hoja cedió dócilmente para abandonar su prisión.

Jo estaba preparado. No se esperaba el regreso de Yamamoto, por lo que todos los aldeanos que habían servido en la casa la habían abandonado ya. En el interior del jardín aguardaba con su casco cónico y las protecciones de cuero en hombros, pecho y antebrazos. Sus manos acariciaban una *naginata*, contando cada latido de su corazón como forma de medir el tiempo, con los ojos fijos en la cancela de entrada. Estaba decidido a morir defendiendo la Casa Verde y a acompañar después a su amo en la otra vida.

Ya era viejo y se conocía lo suficiente para saber que la expectación del momento no tenía nada que ver con la seguridad de que había pasado

demasiado tiempo desde la partida de Yamamoto. Decididamente algo había ocurrido fuera de lo normal, ya debería haber acabado el duelo. Sin embargo, permanecería allí plantado todo el día si era necesario antes de dejar la casa sin custodia.

Finalmente escuchó el galope de los caballos mucho antes de que se acercaran por la calle de tierra barrida. Afianzó sus pies en el suelo y esperó paciente al primero de los *samuráis*, pero para su sorpresa pasaron por delante de la entrada sin detenerse ni mirar hacia el interior. Incluso pudo vislumbrar fugazmente a Yamamoto, ileso y cabalgando al frente.

Aun después de escuchar cómo se perdían en la distancia, no se atrevió a dar un solo paso. ¿Acaso se trataba de una estratagema? Era absurdo. Eran una guardia de honor, seguramente de hombres selectos elegidos por su destreza y lealtad para su señor. Un viejo escudero no representaba ningún inconveniente para su empuje. ¿Qué ocurría entonces?

Perplejo continuó aguardando, pero no escuchaba el regreso de los caballos.

Dudaba si abandonar o no su posición y acercarse al lugar del encuentro cuando apareció Danjuro en la entrada, también incólume y con expresión relajada. Además de su *katana* empuñaba otra en la zurda. Para mayor asombro escuchó la carcajada de su amo al verle.

—Pero ¿se puede saber qué hacéis ahí plantado pertrechado de esa manera? ¿Esperabais ver aparecer un dragón? —le dijo—. ¿Os habéis mirado? Dejad vuestras armas. Ya ha terminado.

—Pero… ¿cómo? —balbuceó atónito.

—Ya os lo contaré de camino.

—¿De camino a dónde, mi señor?

—Al castillo del *jitō*. Rápido, ve a pedir el caballo y avisa a Tomayuki. Nos iremos mañana. Hoy prefiero dormir todo lo que pueda, ¿eh? No sería apropiado que en un descuido me durmiera frente a nuestro señor —y volvió a reír más suavemente, pero con la misma descarada libertad.

Jo salió de su inmovilidad y empezó a girarse hacia la casa, pero antes se detuvo.

—Mi señor, os he desobedecido. Pido disculpas humildemente —y se postró de rodillas frente a Danjuro.

—¿De qué estáis hablando?

—La *katana* y el *mon* familiar no están en la sala ceremonial. Este humilde sirviente no tenía el valor suficiente para destruirlos y tampoco a permitir que cayera en manos ajenas.

—¿Qué hicisteis?

Jo se levantó y se dirigió corriendo a la casa de baños. Trepó hasta el techo interior con asombrosa agilidad para su edad y descargó su puño sobre una tabla de la cubierta. Inmediatamente cedió cayendo al suelo, para dejar al

descubierto a Tani y al emblema familiar.

Cuando los trajo de vuelta y volvió a postrarse esperando la ira de su señor se vio de nuevo desconcertado ante su voz afable.

—Bien hecho. Cuando un señor pierde el juicio, el deber del vasallo es enmendar sus errores. Os felicito y os doy las gracias. Ahora levantaos y acercaos.

Así lo hizo el asombrado Jo, que no pudo evitar que sus ojos se abrieran como platos al ver que Danjuro sacaba su *katana* del *obi* y se la ofrecía.

—Señor…

—Por vuestra inquebrantable fidelidad durante todos estos años, por vuestro inestimable servicio para mi casa. Con mi agradecimiento es vuestra y mi regalo.

Jo alargó los brazos temblorosos y la recogió como si de una reliquia sagrada se tratara, sin dejar de dirigir su cabeza al suelo una y otra vez.

—No merezco tal honor, mi señor.

—Es de justicia que portes un arma digna.

—Pero ahora, ¿cuál será la suya, mi señor? ¿Tal vez esa? —preguntó señalando la de Yamamoto.

—No. Será esta otra.

Recogió a Tani y se la colocó con un rápido movimiento cruzando el *obi*. El corazón de Jo se inflamó de orgullo y corrió a hacer sus tareas sin decir palabra a una velocidad asombrosa.

Atrás quedó Danjuro inmóvil, mirando un instante al cielo.

Las nubes de la pasada noche habían acabado por desaparecer casi por completo y solo quedaban algunos cúmulos diseminados. Las verdes y escarpadas montañas parecían más definidas que nunca y el color de la bóveda celeste abandonaba su tenue tono índigo para ser arropado por un límpido y vibrante azul.

—Qué hermosa mañana. Sin duda la mejor hasta que llegue la siguiente.

Al llegar el alba;
en el interior del corazón
la escarcha de primavera.

Y con el *mon* familiar en una mano y el arma de Yamamoto en la otra caminó hacia la entrada de su casa.

EN EL CAMINO, BINGO

Durante aquella primera jornada olvidé todos los sucesos que dejaba atrás, pues lo que se abría ante mis ojos me produjo aún mayor conmoción. El camino en el que asentábamos nuestros pies era ya de por sí lo más increíble que hubiera imaginado jamás. Mágicamente continuaba serpenteando por entre mesetas y montañas interminables de espesa y exuberante vegetación sin detenerse ante ningún obstáculo, rodeando o atravesándolo todo, vivo y ágil como si de un riachuelo se tratara. Me abrumaba el enorme trabajo que habría supuesto la creación y el mantenimiento de aquel sendero allanado y limpio de matojos o piedras.

Siempre había creído que terminaba en el pueblo de Kono pero el día avanzaba y su recorrido continuaba más y más. Eludíamos caudalosos ríos gracias a puentes de madera de gran firmeza que permitían el paso holgado de caballos y carros, cruzábamos bosques cerrados que en la distancia parecían muros impenetrables y subíamos montañas gracias a túneles horadados en la roca. Parecía que nada fuera capaz de detenerlo.

Toda mi vida había huido de las personas, escondiéndome de ellas y temiendo su cercanía, pero ahora no había ningún lugar donde esconderse. Solo podía apretar el paso y acercarme a aquel hombre de atuendo encamado al que seguía, como si extendiera un escudo protector a mi alrededor.

Por su parte el monje no me dirigía la palabra y parecía mantenerse totalmente ajeno a mi presencia. Continuaba delante con zancadas tranquilas y armoniosas, aparentemente ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Sin embargo, era imposible que no fuera consciente de mi presencia, por lo que al menos tenía el consuelo de saber que me toleraba a su lado.

La mayoría de las personas inclinaban sus rostros al cruzarse con mi predecesor, lo que no dejaba de asombrarme pues siempre denotaban un respeto del que no imaginaba la razón. Incluso algunos de ellos, normalmente las gentes más humildes, solicitaban de rodillas que acariciara levemente sus cabezas inclinadas. Luego continuaban sus caminos visiblemente más ligeros y alegres.

Poco a poco la seguridad que emanaba de aquella persona y que parecía

llegar hasta todos ellos me fue impregnando. El miedo a los otros transeúntes fue cediendo tímidamente y el miedo se fue tomando curiosidad.

Nunca había visto a tantas personas ni hubiera imaginado posible hacerlo. Los había cargando cántaros o esteras, cestas enormes de arroz, conduciendo bueyes, tirando de carros, moviendo palanquines… Ante mí desfilaba una increíble variedad de atuendos y estilos, de clases sociales y rangos, desde importantes *samuráis* o nobles civiles hasta los campesinos más humildes. Todos se afanaban en recorrer aquella serpiente de tierra lisa.

Me sorprendía la determinación que les empujaba. No existían dilaciones ni actitudes ociosas aunque nadie estuviera supervisándolos o animándolos como hacía Padre. Cada uno se dedicaba con toda su atención a su tarea, ajeno a cualquier otra consideración. La palabra que se me ocurría era eficiencia, pero en sus rostros también intuía cierta intranquilidad.

Después de que todos los *bushis* del país hubieran luchado contra la amenaza mongola habían exigido importantes compensaciones, recompensas que el poder central no podía asumir. Hasta ese momento los vasallos habían obtenido los bienes de los vencidos, pero esta vez no había tierras que repartir y ser investidos con el título de *samurái* solo les contentó durante un tiempo. La paulatina pérdida de poder del *shōgunato* había ido dejando las tierras alejadas de Kamakura sin autoridad y las continuas luchas de los gobernadores locales, terratenientes y señores eran cada vez más alarmantes. La tierra era el bien más preciado y se repartía entre clanes belicosos, cada cual fiel al *shōgun*, al emperador, a un monasterio o a ellos mismos. El mantenimiento de sus ejércitos era muy costoso y la base seguía siendo la agricultura, por lo que exigían cada vez más a quienes trabajaban los campos. Eran comunes los abusos y asesinatos y los levantamientos se aplastaban con salvaje determinación.

Cruzamos por numerosos pueblos, algunos tan grandes como Kono, donde hallé la explicación al impecable estado del camino, pese a todo el trasiego de personas que lo recorrían. Hombres y mujeres lo barrían y despejaban de cualquier rama, planta o resto que hubiera llevado el viento. Cada aldea era responsable del buen estado de la parte asignada y se dedicaban a su mantenimiento con el mismo empeño que si trabajaran en sus campos.

En algunos de aquellos lugares nos ofrecían agua e invitaban a disfrutar la sombra de sus hogares pero el monje declinaba el ofrecimiento con una sonrisa y jamás nos deteníamos. Yo estaba dispuesto a seguirle hasta donde me llevara, incapaz de contemplar cualquier otra posibilidad. No me importaba ya moverme por un mundo desconocido, incapaz de prever lo que encontraría más adelante. Solo sabía que si regresaba estaría solo frente a aquellos *bushis* y su guerra.

En las plantaciones vi extraños artilugios de forma circular y de gran tamaño, maravilla de la nueva era, que eran capaces de traer el agua de los ríos

por voluntad del hombre para cultivar en lugares insospechados. También campesinos que se afanaban por las tierras con herramientas hipnóticamente brillantes que usaban para cortar o recolectar con increíble rapidez y eficacia. Bueyes y vacas se desplazaban con extrañas correas y marcaban surcos en la tierra, realizando el trabajo de veinte hombres. Todo era como un sueño y el corazón me palpitaba a cada nuevo descubrimiento.

A media tarde me ardían las plantas de los pies y numerosas yagas me atormentaban. En la rodilla derecha notaba un pinchazo continuo y las caderas me apretaban, pero lo peor era el hambre que hacía gruñir a mis tripas. No acertaba a adivinar cuándo nos detendríamos y cada vez que miraba a aquellos pies que me precedían incansables me embargaba la desesperación. Para mi asombro no apreciaba el menor cambio en su suave carencia, como si acabara de echarse a andar.

Al caer el Sol nos acercamos a otra aldea. Por lo avanzado del día el número de transeúntes había menguado considerablemente y al entrar en ella observé que la actividad se había desplazado a esos centros urbanos. La única calle que lo recorría era un hervidero de personas.

Una vez más nos invitaron a detenemos, solo que esta vez el monje aceptó un cuenco con agua que le tendió una risueña anciana. Yo aproveché para derrumbarme pesadamente en el suelo, incapaz de mantener siquiera la vista enfocada. Durante toda mi vida no había hecho otra cosa que trabajar desde la mañana a la noche, pero jamás me había sentido tan cansado.

Después de saciarse me tendió el resto del cuenco, el primer gesto de reconocimiento que me dirigía desde que habíamos empezado a caminar juntos. Bebí con avidez hasta la última gota mientras se sentaba junto a la entrada de la humilde casa.

Al instante empezaron a acudir más aldeanos y el monje se mostraba complacido y solícito con todos ellos. Algunos solicitaban ese mágico toque en sus cabezas, otros se contentaban con mirarle y se marchaban. También hubo los que trajeron algo de comer hasta sus pies con una reverencia.

El espectáculo me dejó maravillado. Todos y cada uno de los habitantes del lugar fueron confluyendo frente a él en un silencioso peregrinaje, solícitos ante una muda y poderosa llamada. En un momento dado desapareció engullido por el enjambre de personas que iban y venían y en ese instante vi algo que contrajo mi pecho.

Al final de la calle se levantaba una pequeña techumbre sostenida por seis toscos maderos a modo de columnas, en la que se almacenaba arroz para secar sin riesgo de calarse con alguna de las continuas lloviznas. Justo al lado permanecía en pie el *samurái* que había estado a punto de cortarme la cabeza. Una capa impermeable de paja le cubría completamente, mostrando tan solo su cabeza coronada por un sombrero de cáñamo al estilo de los recolectores, pero le reconocí al instante. Miraba en nuestra dirección sin pestañear y no me

cabía la menor duda de que nos había seguido hasta allí.

En ese momento se interpuso entre nosotros el grupo de personas que se alejaban y le perdí de vista unos instantes. Cuando retomé la visión de la calle había desaparecido. Me puse de pie y le busqué ansioso sin el menor resultado. Se había esfumado.

Atemorizado me abrí paso a empellones entre los campesinos para llegar hasta el monje y le abordé de forma poco decorosa.

—El *samurái* está aquí. Nos ha seguido. Le he visto al final del pueblo.

Sin embargo, su reacción no fue la que hubiera esperado.

—Sí, ya lo sé —respondió sin dejar de mantener su afable actitud o dirigirme siquiera la mirada. Parecía conceder mucha más atención a los aldeanos que se acercaban que a mi pavor.

Me quedé allí pasmado, sin saber qué hacer. No entendía cómo podía tomarlo tan a la ligera.

Al poco me percaté de que me mantenía estúpidamente de pie justo en mitad de la continua llegada de personas, que me empujaban o procuraban evitarme para llegar hasta el monje. Estaba claro que no pensaba hacer nada y decidí sentarme a un lado con la esperanza de que quedara oculto entre aquel bullicio.

Tal y como había empezado el curioso peregrinaje terminó y en un instante volvimos a quedamos solos a la puerta del hogar de la anciana. La noche se cernía sobre el mundo reclamando su dominio y la oscuridad comenzó a implantarse. El peligro de un incendio, tan común en aquellas construcciones de papel y madera, invitaba a la prudencia y solo se veían unas pocas luces diseminadas por el pueblo.

El monje había empezado en silencio a comer tranquilamente de lo que nos habían llevado, masticando lentamente con una expresión de profundo deleite, pero yo seguía buscando la figura amenazante del *samurái* aún con mayor ahínco. Para mi desesperación no había el menor rastro.

Al poco, el monje reparó en mi inquietud.

—No temas. Nos ha seguido durante todo el día. Si hubiera querido causamos algún mal no hubiera esperado tanto. Come.

No compartía su seguridad. Es más, me aterró saber que hubiera estado a nuestro lado durante toda la jornada sin que me hubiera dado cuenta. Tampoco entendía cómo él había sido capaz de percatarse de ello, cuando ni una sola vez había apartado su vista del camino.

Pese a todo el hambre seguía apretando mi estómago y decidí seguir su consejo y devorar rápidamente todo lo que se encontraba a mi alcance, temiendo que tuviéramos que abandonar aquel lugar a la carrera en cualquier momento. Había pescado crudo, bayas, algas, naranjas, tortas de arroz y *miso*. Terminada la cena el monje se tumbó junto a la entrada y empezó a roncar al instante.

Allí estaba yo, muerto de miedo, las sombras adueñándose de todo y a la espera de ver reflejarse la media luna en la superficie de un acero hacia mi garganta.

Me levanté despacio, temiendo que cualquier sonido pudiera hacer aparecer la figura del *samurái*, y no se me ocurrió otra cosa que levantar la persiana de la entrada a la casucha de la anciana y penetrar en la oscura estancia.

No veía nada, así que no me atreví a dar más pasos que los justos para cerrar tras de mí. Al fondo escuchaba el respirar cadencioso de la vieja y me tumbé despacio pegado a la pared interior.

Pese a mi inquietud el cansancio acabó por imponerse y me arrastró hasta un sueño inquieto, repleto de confusas imágenes en las que algo indefinido trataba de atraparme. Desperté con una sacudida a media noche, como si de pronto me hubiera percatado del error fatal de bajar la guardia y mi cuerpo me diera un toque de atención antes de que fuera tarde.

Inmóvil agucé el oído. No escuchaba la respiración de nadie más en el interior, pero sí los ronquidos del monje, que seguía durmiendo fuera a pierna suelta. No comprendía su tranquilidad y sentí ira por ello. ¿Acaso sabía que la amenaza solo me incumbía a mí y por eso dormía plácidamente? ¿Cómo era posible que me abandonara de esa forma?

En ese momento se corrió la persiana y entró una tenue luz del exterior. Mi mente dejó de funcionar y mis músculos se contrajeron súbitamente ante el sobresalto provocando que los pies golpearan sonoramente la pared, alertando a la figura que se perfiló en el quicio. Antes de poder hacer nada me pateó certeramente en la espalda. A la primera siguieron otras dos y la voz chillona de la vieja.

—¡Fuera, fuera!

Descubierto sin remedio y aún espantado, acerté a salir a gatas perseguido por los pies de la iracunda mujer, que concentraba ahora sus esfuerzos en mi trasero. Al instante estaba en mitad de la calle, otra vez al descubierto y rodeado por la noche.

Me incorporé dolorido y vi la silueta inmóvil del monje. ¿Cómo era posible que con aquel alboroto no se hubiera despertado?

Lo que estaba claro era que yo no sería capaz de volver a conciliar el sueño. Mi corazón latía a toda la velocidad que era capaz y resignado me senté junto al monje con la tarea de ejercer de temeroso vigía. Con la compañía de la terrible humedad y el ruido de sus ronquidos pasé el resto de la noche.

Apenas empezó a clarear el monje despertó y se levantó en completo silencio. Recogió su pequeña manta, introdujo lo que había quedado de nuestra cena dentro de ella y ató despacio los extremos para colgarse todo a la

espalda. Yo le miraba tiritando, sin saber qué hacer exactamente.

La pequeña aldea empezaba también su rutina. Toses y el llanto de algún niño, entrechocar de cuencos, un hombre aliviándose detrás de su casa, algunas voces y, para mi alivio, el inicio del paso del monje hacia la salida del pueblo, gesto que me apresuré a imitar. Tampoco esta vez me dirigió la palabra o me esperó mientras comenzábamos nuestra jornada en el camino. Apenas un puñado de campesinos diseminados por la ancha pista nos esperaba.

Yo no dejaba de mirar hacia atrás rezando al Buda para que el *samurái* estuviera aún durmiendo dentro de alguna de aquellas casas y que nuestra rápida salida bastara para dejarle atrás. Sin embargo, para mi desesperación el monje paró de pronto a un lado, se adentró unos pasos entre las altas hierbas y se sentó en *seiza*. Mantuvo los ojos levemente abiertos, con la mirada desenfocada y la espalda recta, iniciando lentas respiraciones y manteniendo las palmas hacia arriba una sobre otra en su regazo, completamente ajeno a mi impaciencia por marchamos con urgencia. Al poco sentí cómo su respiración se hacía imperceptible y que con toda certeza su mente ya no estaba allí.

Sin saber qué otra cosa hacer me aparté del camino y me senté en el suelo, no muy lejos de su pétrea figura. Era la primera vez en mi vida que me sentaba en algún lugar para no hacer nada. La intranquilidad no me dejaba parar ni un instante y mi mente atribulada me asediaba con la imagen de la figura del *samurái* surgiendo de la aldea. Sin darme cuenta alargué mis manos y comencé a doblar nerviosamente las hierbas que quedaban más cerca.

La mañana avanzaba y el tiempo pasaba lentamente. A mi alrededor había dejado sin hierbas altas el suelo, pero nada más había cambiado. El monje continuaba en la misma posición y el *samurái* no aparecía por ninguna parte. El Sol ya se levantaba con fuerza en un cielo despejado y las gentes del lugar se afanaban de un lado para otro por el camino, atareadas en sus quehaceres cotidianos. Mientras intentaba localizar entre ellos a aquel *bushi* dueño de mis pesadillas deseé con todas mis fuerzas volver yo también a aquellos días perdidos de dura pero gratificante monotonía, cuando mi ignorancia del mundo me protegía de todo mal, y justo en ese momento le vi de nuevo. Llevaba las mismas ropas que el día anterior y esta vez en lugar de ofrecerme una visión fugaz pude contemplarle claramente entre los transeúntes que se acercaban. Parecía que había dejado atrás la aldea y ahora regresaba sobre sus pasos.

No me atreví a moverme. Al fin y al cabo no tenía a dónde ir. Mi única esperanza era continuar junto al monje, aun sin saber si esta vez serían suficientes las palabras para detenerle.

El hombre que había tratado de matarme se acercaba con paso firme pero tranquilo y su semblante no estaba transformado en ese rictus de ira que aparecía en el terrible recuerdo que conservaba en mi retina. Siguió andando

en dirección al racimo de chozas más próximo sin apartar la vista de ellas, pero yo sabía que tenía que habernos visto. Nos dibujábamos claramente a unos veinte pasos de la pista. Mis sospechas se confirmaron cuando llegó a nuestra altura y giró la cabeza para mirarme directamente.

No traté de avisar al monje, ni tampoco eché a correr. Sorprendentemente no sentía miedo, quizá porque después de una noche sin apenas descansar mi conciencia permanecía aletargada o porque no encontrara en sus ojos ni rastro de resentimiento o animadversión. Solo leía reconocimiento en aquella mirada y cuando continuó hasta la entrada de la aldea y se perdió entre la única calle irregular no supe qué pensar.

Estaba totalmente desconcertado. Lo único que tenía claro es que nos seguía, pero ¿con qué propósito? No era capaz de adivinarlo.

Un ligero roce de ropas junto a mí me sobresaltó. A mi lado el monje se había levantado por fin y se mantenía de pie mirándome. Lo había hecho de forma tan silenciosa que no me había percatado hasta ese momento.

—Dime, ¿de qué te ha servido acabar con la vida?

Me quedé un poco desorientado, sobre todo porque eran las primeras palabras que me dirigía desde el día anterior.

—¿Qué vida?

—La que nace de la tierra a tu lado.

A mi alrededor había creado una montaña de hierbas arrancadas y al percatarme de ello sentí vergüenza. No supe qué decir pero mi gesto perdido pareció ser más elocuente que cualquier otra cosa que hubiera podido elaborar con palabras y el monje se dio por satisfecho. No esperó más para ponerse otra vez a recorrer el camino.

Esta vez le seguí a mayor distancia, sintiéndome culpable por lo que mis gestos inconscientes habían provocado. No me fijé en las personas que nos encontrábamos y olvidé de un golpe la amenaza del *samurái*.

Al cabo de un rato volvió el dolor de mis pies. Los pliegues de la piel y la parte superior de las plantas me escocían, tenía cortes entre los dedos y en todos ellos había una línea de sangre seca alrededor. Imaginaba que las heridas se abrirían de nuevo, pero me obligué a seguir detrás del monje una jornada más. No me atrevía a hablarle del *samurái*, como si el hecho de recordarlo pudiera motivar que su presencia se materializara de pronto a nuestra espalda.

Mi nueva rutina era caminar todo el día y me agarré a esa idea con todas mis fuerzas. Necesitaba dejarme llevar por un objetivo, algo con lo que ocupar mi mente y que exigiera un esfuerzo físico considerable. Era lo que había hecho desde que tenía uso de razón y lo necesitaba aún más ahora que la incertidumbre me provocaba tanta inseguridad. Al poco las plantas de los pies dejaron de molestarme y no volví a lanzar miradas hacia atrás.

La mañana avanzaba mientras continuábamos recorriendo montañas y valles por aquel sendero sin fin. Seguíamos cruzándonos con personas que

pedían el favor del monje o le saludaban con una inclinación respetuosa. Pasamos por más aldeas, todas formadas por pobres chamizos y gentes que se afanaban en barrer y limpiar el sendero. Lo más gratificante era no ver *bushis*. Después de todo lo que me había ocurrido sentía verdadero pavor hacia ellos. Eran los culpables de todas mis desgracias, de la pérdida de nuestra tierra y de la desaparición de mi familia.

La jornada continuó con un cielo despejado y un suave viento que mecía las altas hierbas de los campos de arroz. Sería *La Hora del Caballo* cuando algo que aparecía delante abandonando un recodo llamó mi atención. Un palanquín lacado en verde y sostenido por dos hombres se acercaba, escoltado por un *bushi* a caballo y otros cuatro a pie. Las personas que se cruzaban con la comitiva se arrodillaban y bajaban la vista al tiempo que se apartaban a ambos lados para cederles el paso.

Miré nervioso al monje y no noté el menor cambio en su caminar. No parecía que fuera a inclinarse como los demás y mientras le seguía fuimos serpenteando entre los que ya estaban agachados en el suelo, esperando pacientes la llegada de la pequeña comitiva. Dudé si debía inclinarme como el resto o seguirle y la incertidumbre se mantuvo hasta llegar a la misma altura del palanquín.

Ahora podía admirarlo más de cerca. Brillaba como el vientre de un pescado y por todas las esquinas y ángulos tenía intrincados adornos de pan de oro. Hermosos nudos con anchos cordones encamados adornaban el techo, en el que unas placas se habían levantado para permitir que unos respiraderos cubiertos de fino fieltro dejaran penetrar la exigua brisa. El cuerpo de la estructura era muy estrecho y se accedía a él por unos paneles correderos a ambos lados. Me preguntaba cómo era posible que allí dentro pudiera caber alguien. Parecía más destinado a llamar la atención que a garantizar un viaje cómodo.

El monje pasó por su lado, ignorado por la comitiva. Yo me vi arrastrado por su estela y le seguí a cierta distancia, viendo cómo dejaba atrás el grupo y se alejaba. Aceleré el paso, intentando recuperar la distancia que mi indecisión había creado entre los dos.

Sin embargo, cuando el *samurái* a caballo estuvo cerca de mí su actitud no fixe la misma que la dispensada al monje. Antes de percatarme de su gesto sentí un fuerte golpe en la cara que me derribó con irresistible empuje, acabando boca arriba en el suelo. Lo inesperado y brutal del movimiento me dejó atontado, con un pitido en mis oídos y la mirada perdida.

—¡Necio! —bramó desde lo alto de su montura—. ¡Arrodíllate ante el paso del señor Ado o cortaré tu sucia cabeza!

Todo me daba vueltas y mi mente no acertaba a obedecer la orden. En su lugar continué tumbado a lo largo del camino mientras el palanquín se detenía a unos pasos del *samurái* y los cuatro *bushis* se acercaban corriendo con las

manos en las empuñaduras de sus *katanas*.

—¿Estás sordo? ¡Obedece y póstrate inmediatamente!

No había terminado la frase y ya se encontraba descabalgado a mi lado. Quizá un instante más hubiera bastado para discernir lo que estaba pasando y me hubiera postrado como me pedía pero los acontecimientos se sucedieron demasiado rápido. Lo siguiente fue notar cómo los brazos de dos *bushis* me agarraban como tenazas y me levantaban para obligarme a arrodillarme ante el *samurái*. Justo entonces entendí lo desesperado de mi situación e intenté zafarme moviéndome enérgicamente de un lado a otro como un pez en el anzuelo, pero las manos de los hombres no aflojaron un ápice y fui incapaz de alejarme un solo palmo.

Escuché entonces el ruido característico de la *katana* al salir de su funda y miré lleno de pánico hacia arriba. El *samurái* sostenía el arma con las dos manos y se preparaba para cercenarme la cabeza. Los otros dos se las arreglaron para seguir sosteniéndome mientras se apartaban de lo que sería el recorrido descendente de la hoja que levantaba en ese momento por encima de sus hombros.

Había un comerciante orondo a mi lado que apoyaba la frente en el suelo enterrada entre sus manos. Estaba rodeado por cestas en las que seguramente llevaría productos para vender en algún mercado de la zona y sus hombros no paraban de temblar.

—Por favor… —me atreví a implorar.

Pero solo obtuve un ahogado sollozo como respuesta.

Al otro lado del camino se encontraban dos campesinos en la misma postura, apenas cubiertos con unos taparrabos raídos y una chaquetilla sin mangas. Tampoco ellos se atrevieron a mover un solo músculo para ayudarme.

En frente esperaba el palanquín, del que se había corrido una de las estrechas placas interiores para permitir que unos ojos pequeños y aviesos asomaran anhelantes entre los finos barrotes. En su expresión se leía la turbia y morbosa expectación ante la muerte ajena.

Finalmente miré hacia atrás justo en el momento de apreciar fugazmente la llegada de una silueta. No imaginaba cómo era posible que hubiera aparecido junto a nosotros tan rápidamente ni desde dónde. Su súbita presencia fue como un rayo en la noche y su voluntad como la de un tornado sobre el mar en calma.

Sentí aflojar de pronto las manos que me sujetaban y escuché el grito espantoso de los dos *bushis*. Me sentí libre y pude incorporarme para ver lo que sucedía a mi alrededor. La imagen me dejó petrificado allí mismo.

Cuatro brazos cercenados yacían en el suelo, en el mismo lugar que momentos antes se encontraban los dos hombres. Estos permanecían unos pasos más atrás aullando de dolor y desesperación mientras intentaban en vano parar la marea de sangre que caía a borbotones desde sus antebrazos. El

samurái que un instante antes hubiera acabado con mi vida retrocedió varios pasos con tanta rapidez que derribó a uno de los porteadores del palanquín. Este se vino abajo al tiempo que la persiana de madera volvía a correrse tras los barrotes en un rápido gesto. Las personas que estaban arrodilladas alrededor habían echado a correr y se alejaban a toda prisa en todas direcciones, incluso entre los campos de arroz.

Los otros dos *bushis* gritaron mientras corrían a cubrir a su señor pero ni siquiera se escuchó el entrechocar de aceros. Hubo dos soplidos metálicos y un destello antes de que sus voces se acallaran súbitamente. Un momento después la aparición realizó dos largos y certeros movimientos y los *bushis* que me habían sujetado cayeron sin vida a mi lado, cesando así su corta agonía.

Me levanté todo lo rápido que pude para alejarme de la terrible visión de los cuatro cuerpos masacrados pero tropecé y caí al suelo de espaldas. Quedé sentado, contemplando atónito a mi inesperado salvador.

Se trataba del *samurái* que nos había seguido desde nuestro arrozal, el mismo que había también intentado matarme y que no había conseguido su propósito en el último momento. Se había desecho de su sombrero y el manto, luciendo la armadura con la *katana* recorrida por un fino hilo de sangre. No podía entender lo que sucedía, pero no era el único.

—¿Quién sois? —bramó el *samurái* de la escolta—. ¿Cómo os atrevéis a desafiar a su señoría Ado Torununfa, comendador del municipio?

—Mi nombre es Arima Takeshi, *samurái* del clan Oro. El resto de mi linaje no os interesa. Un simple *samurái* de quinto rango no merece saber nada más. Os basta con la certeza de que es un *samurái* el que va a acabar con vuestra vida.

El otro hombre experimentó una ligera sacudida al escuchar la última frase. La incredulidad y la sorpresa habían sido borradas de un plumazo. Comprendió en ese instante que se enfrentaba a alguien al que no intimidaba en absoluto la posición de su señor y que en cambio suponía una amenaza para su propia vida. No le serviría poner de relieve lo que era evidente, las consecuencias de atacar a un comendador nombrado por el propio *shōgun*. Se enfrentaba a un loco que no las temía.

—¿Por qué motivo defendéis a este infeliz? —le preguntó de todas formas.

Ya no había arrogancia en su tono, ni tampoco superioridad, solo sincera curiosidad.

—Es mi *karma*. Si yo no acabo con su vida nadie lo hará.

Un silencio se adueñó de la escena. El mundo dejó de latir fuera de la mirada de aquellos dos hombres. La energía que emanaba de ambos me atrapó como un torbellino y fui incapaz de apartar la vista de sus siluetas enfrentadas en guardia marcial. Permanecían inmóviles, con las manos firmemente asentadas en las empuñaduras de sus armas y la misma firme determinación. En ese momento brotó mi talento olvidado, esa sensibilidad que me había

hecho diferente de mi familia durante tanto tiempo. Llegó sin desearlo, mostrándome nítidamente tanto los latidos de sus corazones como sus voluntades.

Aunque exteriormente mantenían el mismo porte, entre ellos se dibujó claramente una diferencia espiritual. En la voluntad del *samurái* escolta del comendador había un imperioso anhelo de matar a su contrincante que le mantenía en tensión. Sin embargo, en Takeshi no existía conflicto. Su cuerpo permanecía tan relajado como si se encontrara realizando un tranquilo paseo por el camino. Solo su actitud permanecía lo suficientemente atenta para recibir los estímulos del exterior y de esa forma el estado de su enemigo no le pasó inadvertido. Sintió cómo el ánimo influía en su cuerpo, cómo la voluntad excesivamente impetuosa le obligaría a atacar primero.

Takeshi liberó ligeramente la presión con la que sostenía la *katana*, entrecerró los ojos y mantuvo la espalda recta, con los pies asentados firmemente en el suelo pero sin apretar las nalgas, la mirada en ninguna parte en particular, pero siendo consciente de todo a su alrededor, el cuello firme pero sin dureza, la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante. Suavemente colocó la punta de su acero apuntando directamente al rostro de su enemigo y esperó.

El otro *samurái* se inquietaba cada vez más, pues no encontraba fisura alguna en la guardia de su oponente y era incapaz de elegir una estrategia. De pronto el peso de la responsabilidad de mantenerse con vida y salvaguardar la integridad de su protegido parecía insoportable. Su honor estaba en juego y no acertaba a explicarse cómo se encontraba en semejante situación. Finalmente fue incapaz de resistir más y atacó con una velocidad asombrosa, sin el menor movimiento previo que delatara su intención.

Sin embargo, era justo lo que su adversario estaba esperando y no logró pillarle desprevenido. Takeshi desvió la estocada descendente buscando su rostro con el lado interior de la hoja, en un gesto rápido hacia la derecha impulsado por los pies y transmitido hasta sus brazos por un leve giro de cintura. Inmediatamente después recuperó la posición original retrocediendo el cuerpo y acompañando el recorrido del contrincante, encarándole nuevamente con la misma guardia que al inicio.

El otro *samurái* tuvo que realizar un gran esfuerzo para recuperar el equilibrio y girar retomando el frente perdido, pues la inercia de su empuje le había desplazado un paso a la derecha de su oponente. Esta vez la punta de su *katana* permanecía por debajo de la guardia contraria, por lo que tuvo que realizar un pequeño movimiento para corregirla y situarla un poco más arriba.

Takeshi aprovechó la oportunidad para lanzar una estocada de arriba abajo, pero en lugar de dirigirla al rostro o al pecho fue directa a sus brazos. El escolta no llegó a tiempo de pararla por muy poco y, pese a que las hojas volvieron a chocar, al retroceder unos pasos para retomar la guardia el brazo

derecho presentaba un profundo corte hasta el hueso que había seccionado varios tendones. No había sido cortado pero la mano había quedado inservible.

Takeshi esperó el siguiente movimiento en perfecta calma, como si tuviera todo el día para ello. Sin embargo, el escolta del comendador ya se sabía vencido. Sentí que su tensión desaparecía, que su mente y su cuerpo se relajaban y la voluntad dejaba de luchar.

Tomó aire profunda y sonoramente y agarró con más fuerza la *katana* con la mano sana para lograr levantarla por encima de su cabeza y abalanzarse hacia delante con un grito tremendo nacido de lo más profundo de su estómago.

Esta vez no hubo necesidad de parar la estocada y Takeshi avanzó un paso hacia su derecha al mismo tiempo que se apartaba de la trayectoria descendente. Las manos se afianzaron firmemente en la parte izquierda de la cadera mientras la hoja de la *katana* permanecía cruzada horizontalmente y el cuerpo giraba medio círculo en el mismo sentido. En la trayectoria se cruzó con el vientre desprotegido de su adversario, que siguió caminando sin detenerse. Atrás quedó Takeshi sin ni siquiera volver la mirada, petrificado en su último movimiento.

El *samurái* del comendador aún dio unos pasos más, aparentemente incólume, pero al poco la parte superior de su cuerpo empezó a doblarse hacia atrás alcanzando una posición inverosímil antes de caer pesadamente al suelo separado de las piernas.

Todo había sucedido en dos instantes, lo que habían durado los ataques del escolta. Los porteadores del palanquín permanecían refugiados detrás de la estructura, como si esta les aportara la misma seguridad que la torre del homenaje de una fortaleza.

Takeshi avanzó un paso y limpió la hoja manchada de sangre en las ropas del cadáver concienzudamente. Cualquier resto de líquido podría oxidar alguna parte del filo o retrasar la extracción de la *katana*. Después realizó dos cortes al aire y con estudiados pasos volvió a envainarla en su funda lacada.

Cayó en la cuenta del palanquín y miró hacia los dos hombres parapetados tras él. Su mera atención bastó para que echaran a correr gritando como posesos, abandonando a su suerte al ilustre señor. La placa tras los barrotes seguía cerrada y del pequeño habitáculo llegaba ahora un ligero y angustioso jadeo. Al parecer el aire del interior de pronto era muy escaso.

El *samurái* me miró unos momentos con rostro inexpresivo, olvidando por completo al comendador. No cruzamos ninguna palabra y esta vez no pude sentir lo que pensaba. Mi talento se había adormecido de pronto. Su actitud seguía siendo tranquila, como si en lugar de acabar de eliminar la vida de tres personas hubiera atendido una tarea mundana. Solo su respiración rápida, fruto del supremo esfuerzo de concentración, delataba lo que había ocurrido. Por mi parte no imaginaba cómo podía existir un arma capaz de dividir en dos

partes el cuerpo de una persona de manera tan rápida y mortífera. Acababa de contemplar la escena más terrible de mi vida, pero solo sentía asombro.

Permanecimos un poco más en mutua contemplación y entonces su mirada se apartó para dirigirse un poco más allá, justo detrás del palanquín. Yo le imité y me encontré con la figura del monje, que desandaba su camino para reunirse conmigo. El *samurái* no esperó a que llegara a nuestra altura.

Inclinó su cabeza hacia mí y se marchó en dirección contraria con el paso digno de un desfile en la capital.

El monje llegó hasta mi altura y me ofreció su mano para que apoyado en ella me levantara. Yo seguí su gesto sin pensar, como si flotara en un sueño, y antes de que hubiera sido capaz de asimilar lo sucedido ya estaba de nuevo andando por la pista en su compañía.

—Me llamo Shiro y pertenezco a una comunidad *zen*. Resulta curioso que hayas estado tan cerca de una muerte tan similar en tan breve espacio de tiempo. Inteligente es esperar lo inesperado.

Le miré mientras seguía caminando. Era más joven de lo que había creído, tal vez de unos veinte años, el cuerpo delgado y los ojos grandes, la nariz redonda y los labios gruesos.

Todo lo que había ocurrido me llegaba ahora de forma más clara y aún no era capaz de sentir la menor emoción por ello, que en realidad era lo que más me preocupaba. En ese momento era incapaz de hablar o de salir de la extraña ensoñación que me rodeaba, pero Shiro continuaba charlando en un tono jovial y despreocupado, como si nada hubiera ocurrido.

—Me dirijo de regreso a nuestro templo. Puedes acompañarme si lo deseas.

Continuamos hasta el primer recodo y al doblarlo quedó oculto el palanquín y los cuerpos más atrás. La vegetación ahora se acercaba mucho hasta nosotros, pues habíamos ascendido y recorríamos una pronunciada ladera donde no era posible cultivar. El frescor me arrulló y me ayudó a sobreponerme. Las palabras de Takeshi aún se mantenían en mis oídos.

—¿Qué es *Karma*? —le pregunté—. Fue lo que dijo antes de matarle.

—¿*Karma*? Digamos que nada de lo que ocurre lo hace por casualidad. Existe una ilusión en la que todos nos hallamos atrapados. Se llama *samsara* y en ella las continuas reencarnaciones nos mantienen en una rueda de nacimientos, muertes y vueltas a la vida. El objetivo es llegar a desarrollarnos plenamente en alguna de ellas y así escapar de la rueda. El *karma* es todo aquello que perpetúa el *samsara*, el ciclo que nos obliga a regresar.

Todas las acciones erróneas o pendientes de solución regresan a nuestra siguiente vida o provocan su forma. Mientras el *karma* no sea eliminado no se puede escapar de la rueda.

—¿Eso quiere decir que si hago algo mal deberé regresar para hacerlo mejor?

—Eso dice el *samsara*. El *karma* es la forma que tiene el universo de darnos la oportunidad de enmendar el error, conduciendo las situaciones y los acontecimientos hacia esa resolución.

—¿Y por qué dices que es una ilusión?

—Porque cuando se logra escapar de la rueda llega el *satori* o el despertar, en el que se comprende que en realidad nunca existió la rueda.

Me quedé unos momentos totalmente perplejo.

—No lo entiendo.

El monje sonrió.

—Por eso sigues atrapado en la rueda.

Preferí no continuar por semejantes derroteros y volver mi atención a Takeshi.

—Seguirá detrás de nosotros, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué es lo que quiere?

—Creo que él tampoco lo sabe.

Instintivamente miré de nuevo hacia atrás, como tantas veces desde que habíamos iniciado nuestro periplo, pero no había ni rastro del *samurái*.

—No puedo comprender cómo es tan fácil acabar con la vida de una persona. Los *bushis* juegan con ellas como si no tuviera importancia.

—Todos tenemos que morir —contestó melodiosamente.

Me irrité tras escucharle. Recordé cómo me había amonestado aquella misma mañana por arrancar unos hierbajos. Sin embargo, la muerte de cinco hombres no parecía tener la menor relevancia.

Mientras continuábamos alejándonos recordé al comerciante del camino y a los campesinos que se arrodillaban al paso del palanquín aterrorizados ante la posibilidad de abandonar este mundo. Pero aquellos *samuráis* buscaban la muerte en sus continuas guerras y desafíos. ¿Cómo iban a respetar la de los demás?

Había *samuráis*, nobles y dirigentes en la escala más alta, luego artesanos, campesinos como yo, comerciantes y por último los *eta*, sin olvidar a aquel monje que parecía estar ajeno de cualquier categoría. Me fijé en que solo parecían valorar sus vidas aquellos que la sociedad menospreciaba.

Shiro tampoco parecía valorar la suya, pues la había arriesgado por mí el día anterior motivado al parecer por la simple curiosidad, para olvidarme inmediatamente después.

Me vino a la mente lo que había sentido tantas veces al observar la muerte de cerca, que nada desaparecía en la nada, que de alguna forma perduraba diluyéndose para seguir formando parte de todo. Pero eso ya no me reconfortaba.

El estar tan cerca de perder la vida me había hecho abrazarla con todas mis fuerzas, haciéndome sentir enormemente frágil. Me daba igual que fuera un

pensamiento propio de alguien despreciable o egoísta. Pensaba en Madre, que se había ido asaltada por la enfermedad, en los caprichosos *bushis*, en los continuos terremotos que recorrían las Islas Sagradas, en el hambre, la sed… De repente se descubrían millares de formas de morir.

—Yo quiero vivir —anuncié en voz alta.

—En ese caso deberías saber algunas cosas.

—¿Cómo qué?

—A no ser que desees entablar una conversación, nunca mires a nadie directamente y si es de casta superior espera a que se dirijan a ti primero, sin olvidar arrodillarte en su presencia hasta que se marche o te dé permiso para lo contrario.

—¿Por qué?

—Se considera un insulto no seguir estas normas. Forman parte del *tatemae*.

—No lo entiendo. ¿Qué mal hago con el solo hecho de mirar?

—La mayoría de las personas se rigen por la moral *shintoista*. La principal figura que resume su moral son tres monos. El primero de ellos cubre sus ojos, otro la boca y el último los oídos. Esto significa que cada persona debe preocuparse por sus propios asuntos y no participar en los del vecino si no es invitado. Es una ofensa escuchar una conversación ajena, hablar de lo que sentimos fuera de nuestras personas más cercanas o manifestar aquello que sabemos de un tercero y también mirar aquello que pertenece a la vida de otros.

—¿Tú eres *shintoista*?

Shiro sonrió ligeramente antes de contestar.

—No, soy budista *zen*.

—¿Qué es un budista?

—Digamos que el *shinto* se ocupa de la vida y el budismo de la muerte.

—¿Y hay que elegir entre una de las dos?

El monje volvió a sonreír.

—También puedes ser confucionista. El confucionista dirige su vida con diligencia, no descuida las cosas pequeñas y no deja nada por hacer. Se preocupa de que todo esté en orden. Los buenos gobiernos y las buenas casas se rigen por él.

Seguimos caminando y nos cruzamos con los porteadores del palanquín, que al vemos pasar decidieron deshacer el camino en busca de su señor, con las caras aún marcadas por la incertidumbre.

—Igualmente existe el *taoismo*. Este habla de hacer sin hacer.

—¿Hacer sin hacer?

—Básicamente se dedica a la vida contemplativa, no tienen dirigentes ni dios o *kami* a quien rezar. Pero yo practico el *zen*, que es una de sus sectas llegada a nuestras Islas Sagradas hace poco más de cien años. Dentro del *zen*

también hay otras ramas.

—¿Qué diferencia hay entre ellas?

—Todas creen en que no hay que aferrarse a nada, que deben cesar los pensamientos y los apegos y que la salvación pasa por recurrir al Buda. Por ejemplo, la Secta de la Verdadera Tierra Pura defiende que no importan tus actos en esta vida. Cualquiera puede salvarse y alcanzar el paraíso en la siguiente si es capaz de invocar una sola vez el nombre de *Amida* con verdadera fe.

—¿Qué es *Amida*?

—Uno de los nombres de Buda, el iluminado. Existen muchas manifestaciones de su espíritu y todas son reverenciadas en menor o mayor medida, al igual que los *bodhisattvas*, que son aquellos que han alcanzado la iluminación pero deciden permanecer en la tierra para guiamos.

En mi mente se generó aún más incertidumbre, pero no me atreví a interrumpirle y preguntar por quién o qué era Buda, aunque parecía algo grande e imponente por su forma de referirse a él. Tampoco entendía que alguien pudiera elegir entre morir o vivir a su antojo.

—También está la Secta del Loto Blanco —continuó—, que afirma estar en la posesión de la única y verdadera interpretación de la enseñanza del Buda y que este solo posee tres cuerpos, *Amida* Buda, Loto Sutra y el Buda Histórico. A veces pueden ser muy violentos si no sigues sus credos.

—Pero ¿qué se debe seguir? Una forma será la buena y las demás estarán equivocadas.

—El buen hombre es de día confucionista, de noche taoísta y en la muerte budista. Lo que nunca deja de ser es *shintoista*, la creencia que mantiene cohesionada nuestra nación y alza al emperador como Hijo del Cielo. El *shinto* venera a las fuerzas de la naturaleza y a los espíritus que moran en ellas, los *kamis*.

¿Cómo se podía creer en tantas cosas al mismo tiempo? Era demasiado complicado. Yo solo había creído en las estaciones y en nuestro campo de arroz. Ahora también creía en la vida y la muerte.

La imagen de los cadáveres volvió a mi retina junto con un escalofrío que me recorrió la espalda. De nuevo la mirada expectante del hombre del palanquín, la impotencia de todos los que me rodeaban y la mía propia, la locura del enfrentamiento a muerte entre los *bushis*. La tierra, nuestra ropa, nuestra familia, nuestro trabajo, ni siquiera la vida nos pertenecía. ¿Qué nos quedaba?

—¿Quién determina la casta de la familia donde naces?

—Tú mismo.

—¿Yo?

—Recuerda que esta no es tu primera vida. Nacemos y nos ocupamos de aquello que está pendiente y dejamos otros desequilibrios por corregir.

Después encontramos el vacío. El *karma* genera nuestra siguiente vida y en ella vemos reflejado el resultado. Por eso no se debe quitar la vida, pues puede que estés evitando que esta logre su desarrollo y continúe progresando hasta la siguiente o incluso alcance el *satori*.

—¿Y qué es el *satori*?

—La Revelación.

—¿La Revelación?

—Sí, al Despertar.

—¿A qué?

—A todo, ser Buda.

Seguía sin comprender. Recordaba haber sentido una única voluntad en todas las cosas, que en el fondo formábamos parte de un solo espíritu. Tal vez ese fuera el Buda al que se refería.

El resto del día continué pegado a los talones del monje, procurando no levantar la vista y mantenerme oculto a todo lo que sucedía a mi alrededor.

Seguimos atravesando las aldeas de aquel camino sin final, difuminados entre el paisaje abrupto y la exultante vegetación. Mientras, el interminable desfile de rostros continuaba en movimiento a nuestro alrededor. Jamás había imaginado que podían existir tantas personas. Recorríamos aquel trazado como hormigas atareadas y aparentemente en el mismo número. De repente nuestro campo y la aldea de Kono habían empequeñecido hasta tal punto que se me antojaban insignificantes.

Desgraciadamente los *bushis* habían reaparecido y deambulaban de un lado a otro siempre arrogantes y con mucha prisa, amenazando con embestir al que no se apartara a tiempo del trayecto de sus caballos. También tuve buen cuidado de arrodillarme al paso de diferentes damas y señores, atento siempre por el rabillo del ojo a aquello que hicieran los que me rodeaban, pues Shiro continuaba ajeno a casi todo lo que perteneciera al mundo real.

Todas las noches dormíamos en algún pueblo, a veces incluso en la estancia de alguna casucha, y la comida nunca faltaba gracias a la caridad de aquellas gentes, siempre dispuestas a compartir sus escasas pertenencias con nosotros. Ya me había acostumbrado a las meditaciones del monje, que siempre empezaban con la primera mirada del Sol, y en una de aquellas ocasiones le pregunté por lo que hacía.

—Medito.

—¿Para qué?

—Para olvidar que tengo un cuerpo. El cuerpo tiene necesidades, tratar de atenderlas constriñe tu verdadero Yo.

—¿Cuál es tu verdadero Yo?

—Buda.

Me decía que en esta vida las posesiones nos ataban y nos hacían infelices. El que no tenía nada no tenía de que preocuparse. Pero todas las noches las gentes que sí tenían una tierra •en la que trabajar daban cobijo y alimento a ese cuerpo que quería olvidar. No creía que todo el esfuerzo y el sacrificio de mi familia y de tantos otros no fuera otra cosa que una ilusión producto de nuestra falta de espiritualidad.

Por supuesto, no le hablaba de mis reticencias. Él creía que le seguía porque el *karma* nos había unido, pero yo pensaba que estaba allí simplemente porque no tenía otro lugar a donde ir. Me molestaba su aire de suficiencia, el hecho de que me aconsejara sobre la vida precisamente aquel que parecía empeñado en permanecer ajeno a ella. Y sin embargo, había algo en su forma de hablar, de moverse, de mirar, que me influía poderosamente. Sentía paz y equilibrio en cada gesto, a cada paso. Me reconfortaba su presencia, la seguridad de su aparente vacuidad. En definitiva me maravillaba la ambigüedad que representaba.

Una tarde un pequeño comerciante, de manos inquietas y ligera curvatura en su espalda, me regaló unas *zori*. Un calzado de paja no servía para andar por los campos de arroz y jamás había tenido unos. No imaginaba que pudieran ser tan cómodos y poder abandonar el contacto rugoso del suelo por una suave suela me produjo un gran alivio.

—No olvides que tus pies siguen sobre el sendero —me dijo Shiro.

Takeshi aparecía de vez en cuando. Unas veces en un recodo del camino, otras fugazmente a la entrada de un bosque o una aldea. Nunca se acercaba lo suficiente para dirigimos la palabra y acabé por acostumbrarme a su presencia. Parecía haber completado aquella extraña comitiva y sospechaba que al igual que yo no tenía otro lugar en donde estar.

Una mañana divisamos un gran revuelo un poco más adelante. Multitud de personas se arremolinaban como un enjambre de abejas enloquecidas.

—No puede ser —hablaba una voz entre la multitud.

—Os digo que es cierto, lo he visto con mis propios ojos —le replicaba otro mientras empezaba a caminar hacia un bosquecillo cercano, seguido por los allí reunidos en animada peregrinación.

—¿Qué es lo que ocurre? —me dirigí a un muchacho de mi edad al que le faltaban varios dientes.

—Es un hombre santo que predica junto al río. Dicen que se coloca en la otra margen con un pincel en la mano y es capaz de escribir sobre un lienzo sostenido en este lado el sagrado nombre de *Amida*.

Y salió corriendo detrás del resto dando brincos. Aquello parecía una fiesta y sentí un enorme deseo de seguirlos, contagiado por su euforia. Busqué al monje y le vi alejándose con sus pasos mesurados. Corrí hasta él y le conté lo que me había dicho aquel chico.

—Todo el mundo va a contemplar el milagro —le dije entusiasmado con

una petición velada.

Pero me replicó con su impasibilidad habitual.

—Tal vez ese zorro tenga esa maña, pero el modo del *zen* no es así.

—¿No iremos a verlo?

—¿No has visto ya un verdadero milagro? Me sigues todo el día, ¿aún no te has dado cuenta? Como cuando tengo hambre y bebo cuando tengo sed.

No acababa de entender a qué se refería, pero me alejé a su lado obediente. Aquel hombre no se comportaba como el resto de las personas que veíamos cada día. Nunca sabía qué se podía esperar de él.

Aquella misma tarde el cielo se cerró sobre nuestras cabezas y el viento se enfureció. Yo sabía leer tan claras señales y sabía que pronto caería un gran chaparrón y empapados tendríamos que afrontar la noche en precaria situación. Pero Shiro continuaba ajeno a lo que se avecinaba con su siempre imperturbable paso.

Las gentes se afanaban en avanzar más aprisa mientras buscaban refugio y al poco empezaron a caer grandes gotas. Yo miraba expectante al monje, esperando una reacción que no llegaba mientras mi suave *kimono* se mojaba.

—¿No corremos como hace el resto?

—¿Para qué? Allí delante también llueve.

Aquella noche pasamos frío pero no tanto como esperaba. El monje encontró una apertura en el tronco de un *sugi* colosal y nos refugiamos en su interior. El espacio era amplio y seco. Las hojas que el aire había arrastrado hasta allí no se habían mojado y aprovechamos algunas ramas para encender un fuego a la entrada, donde no llegaban las gotas de lluvia. Shiro hizo unos curiosos trípodes sobre los que dejamos nuestras ropas para secarse y nos tumbamos cerca para dormir enterrados en las hojas secas.

Al día siguiente decidió iniciar su meditación diaria a los pies del árbol. Confesó que era la forma de agradecerle su protección.

—Es un Pastor de Arboles y somos muy afortunados de que nos haya acogido.

—Pero si no puede moverse.

—Te equivocas. Danza con el bosque. Si no hubiera querido que lo viéramos jamás lo hubiéramos encontrado —afirmó antes de entornar sus ojos.

Sabía que le llevaría toda *La Hora del Dragón*, así que decidí adelantarme un poco por el sendero.

Era la primera vez que estaba solo desde que habíamos dejado mi hogar. Me sentía excitado ante lo que se me antojaba el mayor atrevimiento de mi vida. Estaba adentrándome en el enorme mundo que había permanecido ajeno a mi existencia, del que apenas había visto una pequeña parte y que pese a todos los peligros y lo que ya me había arrebatado no dejaba de fascinarme. Mi curiosidad y deseo de aventura se impusieron a cualquier clase de prudencia y, tímidamente primero y algo más rápido después, me fui alejando con pasos

inseguros por aquellas tierras desconocidas.

Me crucé con algunos campesinos y tuve bien presente las recomendaciones de Shiro y no les dirigí la mirada o hice el mínimo ademán de reconocimiento. Cada vez que veía que se acercaba alguna persona se me aceleraba el corazón y volvía el recuerdo de los tiempos en los que Padre me mandaba esconderme ante la llegada de cualquier extraño. Por un momento una parte de mí me empujaba a tirarme al lado del camino hasta que pasaran de largo. Me sentía como si la tierra bajo mis pies estuviera a punto de desmoronarse y mis pasos erráticos me hacían trastabillar. Pero aun con todo aguanté hasta cruzarme con cada una de aquellas personas. No pasó nada y me fui animando poco a poco. Estaba en medio de gente, solo y además sabía desenvolverme entre ellos. Mis pasos empezaban a ser más seguros y decididos.

Shiro me había hablado de que ocho de cada diez partes de las Islas Sagradas estaban cubiertas de espesos bosques, donde abundaban sobre todo las coníferas, entre ellas los *sugi*, las píceas y muchas variedades de abetos. También habíamos visto abundantes sauces, cipreses, bojes, murtas y hermosos castaños.

Aquella mañana soleada hacía que el paisaje resultara aún más hermoso y recordando las enseñanzas del monje disfrutaba imaginando que aquella explosión de vida se extendía más y más, perdiéndose tras las montañas. Mi corazón se deleitaba mimado por la viva naturaleza, el trino de los pájaros y el arrullo de la quietud que respiraba a cada paso. Por primera vez desde los terribles acontecimientos que me habían separado de mi familia me sentía feliz, como solo un niño puede disfrutar en su inocencia. En aquel paseo no existían las preocupaciones por el mañana, ni sitio para *bushis* o peligros tras una vuelta del camino. Al poco ya no sentí el menor temor de aquellas gentes con las que me cruzaba. Era uno más entre ellos y con el ánimo creciente continué recorriendo el camino.

Más adelante apareció la entrada a una nueva aldea, esta vez mayor que las que habíamos dejado atrás. En los arrabales se cultivaba el árbol de la laca y la morera, sin olvidar los melocotoneros, los perales y los naranjos. Además de humildes chamizos se divisaban gran número de casas señoriales, algunas de varias plantas, y las dos calles principales que lo cruzaban no estaban embarradas pese a la tormenta del día anterior. Estaban ladeadas hacia un curioso canal de piedra que las flanqueaba y retiraba el agua de la lluvia hacia los arrozales más cercanos, situados en ligera pendiente rodeando el pueblo.

Pese a la fuerza aventurera que me había poseído aquella mañana me detuve casi en la entrada, dudando entre seguir o no. Recordé la distancia que me separaba de Shiro y que en cierta medida había desobedecido una orden no pronunciada.

«Después de todo no me entretendría mucho», me dije, «solo lo justo para

curiosear mezclado entre la gente». Volvería antes de que Shiro terminara su meditación. Después de todo, ¿qué podía pasar?

Decidido tras la breve vacilación, entré en la población.

Había mucho movimiento, gente de aquí para allá llevando cestas con hortalizas o simientes, algunos otros tirando de pequeños carros y niños correteando entre risas. Se respiraba un aire festivo que no había visto hasta entonces. Las gentes usaban calzado sin excepción y sus *kimonos*, aunque austeros, no estaban remendados. En sus caras se leía un aire de optimismo y no vi a ningún harapiento tirado en alguna esquina. Todos parecían bien alimentados y robustos. En las entradas de la mayoría de las casas existía una cancela y un pequeño jardín, que cada cual cuidaba con eficiencia. Por todo ello me convencí de que se trataba de un pueblo muy próspero.

En la confluencia de las dos calles principales se situaba una pequeña plaza en la que había un corro de gente interesada en algo. Me fui acercando y según disminuía la distancia que me separaba de la pequeña concentración llegaba hasta mí el sonido más extraño que hubiera escuchado jamás. Una serie de acordes sonoros, que no parecían ser el resultado de golpear sobre una superficie sino más bien haber sido arrebatados limpios del aire, silenciaba a la concurrencia. Se escuchaba un continuo intercambio de cinco vibrantes notas, seguidas de una ligera pausa y un nuevo comienzo.

Intrigado llegué hasta el círculo de aldeanos y aproveché mi menor tamaño para colarme hasta la primera fila de espectadores.

En el centro, sobre un enorme baúl de caña, un hombre acariciaba un *samisen*, el instrumento musical de tres cuerdas. Nunca había visto ninguno y al instante quedé maravillado. Este estaba confeccionado con piel de serpiente, con las cuerdas de seda y emitía un sonido exquisito. La sencillez de las notas realzaba precisamente esa característica, produciendo una sensación de armonía arrebatadora. El músico permanecía con la cabeza baja y la mirada perdida, concentrado en el rítmico recorrido de su mano por el instrumento, claramente ajeno a todo lo que le rodeaba.

El público permanecía en respetuoso silencio como estatuas de madera y al poco pareció que no existía nadie más entre aquel hombre y yo. Sin que pudiera evitarlo aquella sencilla cadencia me fue atrapando, arrastrándome más y más como si tirara de mi ser. Me invitaba a abandonar mi propia conciencia y lejos de impedírselo me abandoné a ella.

El extraño don que había vuelto a mí en el terrible combate entre los *samuráis* me poseyó de nuevo. Nació de mi vientre inundando todo mi cuerpo con un ligero calor, para encontrarse bajo mis pies con la armoniosa fuerza de las notas de aquella rítmica música. Ambas energías se entrelazaron y me sumergí entre ellas.

Pude ver los sentimientos de aquel hombre, que también se había dejado llevar por esos cinco acordes y cómo sus manos se movían sin que su voluntad

se percatara. Supe que recorría las Islas Sagradas tocando aquel instrumento y contando historias, viviendo de la caridad que reportaran sus interpretaciones. Percibí que como a mí le había sido arrebatada su vida y que había iniciado una huida de su pasado por el mismo camino que pisábamos cada día el monje y yo. Entendí que el rigor de los años de vagabundeo le habían transformado en un ser ruin y traicionero, que desaparecía cuando acariciaba su *samisen*. Entonces, como ahora, todo dejaba de tener sentido y al mismo tiempo lo tomaba. Ya no era él, era uno con su instrumento, y este le arrastraba al gozo del olvido y a la comunión con todo.

Perseguí cada nota nacida de sus manos y sentí que se alejaban en ondas infinitas que recorrían el mundo, diluyéndose en sí mismas. Otra vez percibí como tantas veces a lo largo de mi infancia que formábamos parte de un único espíritu, que todo vibraba al mismo compás. Extasiado recorrí campos y bosques, montañas y ríos, subí hasta el cielo y me adentré en lo más hondo de la tierra. Las cinco notas se convirtieron en un único latido, cada vez más ligero, que ya no escuchaba y que llegaba hasta mí por una percepción ajena a los sentidos.

Cuando cesó el silencio que vino detrás me sobresaltó de la misma forma que lo hubiera hecho un trueno en mitad de la noche. Me precipité en mi propio cuerpo con una sacudida que casi me hace caer y me costó unos momentos volver a tomar conciencia, recordar quién era y dónde estaba. Después de haber volado insustancial pareció que quedaba atrapado en un espacio diminuto de huesos y piel.

Miré alrededor, buscando entre los rostros de los presentes algún rastro del deleite que acababa de experimentar, pero solo observé ojos curiosos y alguna sonrisa.

El trotamundos también trataba de averiguar cómo valoraban su interpretación y su reacción tampoco le pareció muy entusiasta. Guardó su preciado instrumento con delicadeza en un forro de piel y tomó aire profundamente.

De pronto se experimentó en él un cambio sorprendente. Sus ojos parecieron arder con pasión y sus movimientos se volvieron rápidos y amplios, como si hubiera sido poseído por una irrefrenable energía. De un salto brusco, que sorprendió a la mayor parte de los presentes, subió a su baúl, desde el que levantó los brazos reclamando la atención de todos los presentes.

¡Oh, escuchad todos! ¡Aquí comienza el relato dramático de Oda!

Quedé impresionado de como en un solo instante aquel hombre había acaparado la atención de todos los presentes, que expectantes aguardaban el comienzo del relato. Algunos se habían sentado en el suelo, lo que imité al instante. A mí también me había prendado la efusiva y sorprendente llamada y esperaba con el corazón desbocado.

Cuando el hombre estuvo seguro de haber atrapado todas las miradas

quedó inmóvil un momento, en mitad de un ademán que había sido interpretado por todos como el inmediato comienzo, manteniendo la atmósfera de expectación un poco más. Arrancó entonces con voz alta y clara bajando de su elevado mirador y acompañando sus palabras con ostentosos movimientos y continuos cambios de entonación.

Oda era el joven Hijo de gran samurái Había vivido con alegría y seguridad su niñez y todos le auguraban un prometedor futuro, dada su apostura y linaje.

Cuando llegó a la edad adulta su padre le mandó a la capital al séquito de un oficial de rango, donde podría fraguar su vida y aportar honor a su apellido.

Un día en el que caminaba escoltando a su señor no pudo evitar prendarse del sonido de una flauta que dejaba escapar sus notas tras la empalizada de una hermosa casa. Intrigado, regresó esa misma noche a fin de averiguar la identidad del músico, que resultó ser la bella esposa de un acaudalado noble.

Desde aquel día, y siempre que sus obligaciones se lo permitían, se acercaba a escondidas hasta los muros de la casa para deleitarse en la interpretación de aquella dama, hasta que un día, preso de una enorme excitación, saltó la cerca cuando todos se retiraban para dormir. Espió a través de los postigos y biombos, hasta encontrar la silueta de la dama sobre los paneles de su alcoba. Pese a tratarse de una fugaz visión, el joven se enamoró sin remisión. Todos los días anhelaba volverá atisbar a aquella mujer y buscaba cualquier excusa para acercarse hasta su residencia. Su juicio se nublaba al escuchar sus interpretaciones en las numerosas noches en las que permanecía allí y soñaba con rozar su piel.

Apenas comía o se aseaba y su aspecto se deterioró hasta el punto de llamar la atención. Preso de su obsesión fue más temerario y volvió a pisar el patio interior buscando su silueta, e incluso comenzó a dejarte poesías en su alcoba. Estas eran cada vez más apasionadas y la esposa no era ajena a ellas, pues le alejaba de la rutina opresiva de la gran ciudad.

Finalmente se atrevió a confesarse autor de las mismas y una noche en la que el marido estaba ausente en una recepción se presentó y yació con ella.

El tiempo pasaba y las noches se repetían, hasta que el noble los sorprendió. La emprendió a gritos llamando a su guardia y a todos los sirvientes de la casa. Oda fue preso del pánico. Si le descubrían allí caería sobre él y su familia la mayor de las vergüenzas. Mancharía para siempre su apellido y truncaría su prometedora carrera.

Antes de darse cuenta de lo que hacía le atravesó con su catana matándolo en el acto. El castigo por su acción era la muerte para ambos, por lo que tuvieron que huir, perseguidos por los doshin.

No poseían medios para subsistir y se vieron obligados a robar y vagar por los caminos.

Por las noches yacía con aquella mujer, pero no sentía ya ningún placer. La vergüenza le corroía y en muchas ocasiones le sorprendía el amanecer con lágrimas en los ojos.

Finalmente la abandonó y a partir de entonces vagó sin rumbo, con el fantasma del hombre al que había asesinado a su lado y la seguridad de haber desperdiciado su vida.

Llego muy lejos, hasta el extremo más alejado del país, donde decidió redimirse de sus faltas y convertirse en monje predicante.

Pero su espíritu no encontraba reposo y no conocía la paz. Cuando ya no le quedaron lágrimas que derramar tomó una decisión.

Oda regresó a la capital y se dirigió al palacio donde había conocido a aquella mujer y matado a su marido. La desgracia se había abatido sobre ella y un terremoto la había convertido en ruinas. Todos los sirvientes se habían ido. Soló quedaban la segunda esposa y un pequeño hijo del noble asesinado. Cuando le dijo quién era le acusó de haber traído la desgracia a su familia y le pidió que se marchara de allí El ahora monje se sentó a la entrada durante días meditando sobre qué hacer.

Al final volvió cuando la madre y su hijo dormían. En silencio empezó a reconstruir el muro exterior. Desde entonces mendigaba predicando por las calles y por la noche se acercaba hasta allí y trabajaba sin descanso. Su tenacidad era tal que en un año restauró el antiguo muro. Para entonces la mujer consentía su presencia aunque no le dirigiera la palabra y permitía que accediera al interior, así que comenzó a rehacer la casa. Dada la dificultad de comprar materiales de calidad con sus escasos recursos y a que trabajaba solo fueron pasando los años mientras daba forma al antiguo palacio.

Mientras, el hijo crecía aborreciendo la presencia del hombre que había matado a su padre y reprochando a su madre que consintiera que estuviera allí, hasta que no lo soportó más y se marchó asegurando que algún día regresaría para matarle.

Pasados quince años la casa estaba restaurada y a los pocos días de terminar su trabajo la mujer murió de unas fiebres. Durante todo aquel tiempo no habían vuelto a cruzar una sola palabra pero Oda lloró por su pérdida. Fue entonces cuando comenzó con el jardín. Primero tapó un enorme cráter frente a la entrada principal y luego tuvo que hacer frente a un gran problema. El seísmo había alejado al río que pasaba cerca de la propiedad y del que se aprovechaba un pequeño afluente para embellecer el antiguo jardín. Para construir el pequeño lago artificial y el riachuelo necesitaba agua. Decidió entonces excavar día y noche en la roca viva para lograr que regresara.

Pasados diez años logró su objetivo y prosiguió dando forma al jardín.

Veintiocho años después de su marcha se presentó de nuevo el hijo del noble. Ahora era un gran hombre, que había servido como bushi avasallado para un gran señor y regresaba para matara Oda.

Al llegar a la cancela desenvainó su catana y penetró en el jardín lleno de odio y resentimiento.

Le encontró junto a una caída de agua, postrado frente a un altar de roca con ofrendas de arroz e incienso.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó.

—Murió hace años —contestó Oda sin alterarse por su presencia.

El hijo del noble se dio cuenta de que las ofrendas eran para sus padres y alzó la vista para reparar en el trabajo de aquel hombre, descubrió la belleza del jardín y la magnífica casa, la pulcritud y limpieza, la paz que se respiraba en cada rincón.

—No reconozco la casa que abandoné cuando era joven.

—Siempre estuvo aquí —contestó Oda—. Pero antes de cobrar tu venganza quisiera pedirte un favor. Solo me queda por terminar el verdadero altar que modelo en la gran piedra en mitad del jardín. En un año estará acabado, entonces podrás matarme.

El interior de una enorme piedra había sido vaciado para diseñar una habitación espaciosa con diferentes aperturas que permitieran que una tenue luz natural la iluminara.

El hijo del noble consintió y a partir de entonces le vigiló estrechamente mientras trabajaba cincelando un bello y sencillo frente donde colocar el pequeño altar para sus padres. Cansado de esperar empezó a ayudarle y con el tiempo comprendió el tamaño del trabajo que había supuesto la reconstrucción del palacio y comenzó a admirar su determinación y paciencia.

Al año estuvo todo terminado y el mismo día en el que trasladaron el altar a la nueva ubicación.

—Ya he terminado —le dijo Oda. Ahora puedes matarme.

Pero el hijo del noble sintió temblar la mano que empuñaba su arma. Frente a él solo había un anciano. No quedaba nada del hombre que había matado a su padre.

—¿Cómo podría matar a mi maestro? —contestó con lágrimas en los ojos mientras dejaba caer la katana.

La audiencia permaneció en silencio unos momentos más, en los que el hombre volvió a escrutar los rostros de los presentes con la esperanza de haber logrado acertar con su relato. Yo seguí su mirada y me bastó muy poco para comprender que estaban conmovidos.

Comenzaron a despertar murmullos de admiración y algún que otro rostro

apareció trémulo por la emoción. La representación había sido un éxito y comenzaron a caer unos discos metálicos alrededor del trovador, que se apresuró a recoger. Yo me quedé perplejo, pues no entendía lo que estaba ocurriendo.

Mientras todos abandonaban el lugar para regresar a sus quehaceres cotidianos, me quedé mirando aquellos extraños discos, de un grosor muy delgado y lisos. Su forma era un círculo perfecto y en el centro había un agujero en forma de cuadrado, con lados iguales. Junto a cada uno había señalado un extraño símbolo, con trazos finísimos pero claramente visibles, que ocupaban toda la superficie del objeto.

Quise coger uno para observarlo mejor y alargué la mano hasta el más cercano pero en ese momento sentí un fuerte manotazo que lo lanzó de nuevo al suelo.

—¡Aleja tus manos de mis monedas, mocoso!

Aquel hombre se lo llevó raudo a un bolso interior y continuó recogiendo las restantes diseminadas a nuestro alrededor. Me quedé mirándolo ensimismado, desconcertado por la avidez con la que las buscaba y recogía, como si en cualquier momento fueran a desaparecer ante sus ojos.

En lugar de sentirme intimidado, la curiosidad venció cualquier reticencia y me acerqué a él, deseoso de saber algo más de aquel extraño personaje.

—¿Qué es una moneda?

—¿No sabes lo que es? ¿De dónde sales, de una cueva de la montaña? —contestó sin detener su frenético recorrido.

—¿Para qué sirven?

—Sirven para intercambiarlas por comida o ropa, incluso para lograr el favor de una mujer. Las monedas te hacen poderoso y si tienes las suficientes puedes hasta comprar voluntades.

Volví a mirar las que quedaban por el suelo con admiración. ¿Qué poder albergaban aquellos extraños discos? Aparentemente no eran de un metal precioso, ni escondían a mi entender magia alguna.

—¿Qué son esos extraños signos?

—Son letras, ignorante. Definen su valor.

—¿Y de dónde salen?

—La mayoría vienen de un reino lejano, cruzando el mar.

Mi mente intentaba imaginar cómo era posible atravesar el mar y encontrar otro país. Padre siempre nos había dicho que el mar era agua hasta el fin del mundo, cubriendo la tierra. Jamás habló de un reino donde se fabricaran monedas.

—Pero no creas, pronto las haremos todas nosotros mismos y entonces no necesitaremos darles oro, perlas o azufre a esos desagradecidos para conseguirlas.

Una vez terminada la extraña recolección, el hombre se incorporó y

pareció al fin relajado. Solo entonces me miró a la cara, con el rostro ladeado en una extraña mueca que interpreté como de escepticismo. Se dirigió hasta su baúl y empezó a rodearlo y atarlo con una cuerda forrada de tela, anudándola de tal forma que quedaran practicadas dos enormes asas. Pasó los brazos entre ellas y cargó el enorme baúl a su espalda. Yo le seguía sin perderle de vista, intrigado por su actitud.

—¿Qué quieres?

—Dime, ¿has recorrido el camino?

—Sí, muchas veces.

Parecía molesto y reacio a responder a mis preguntas y solo parecía preocuparle irse de allí lo más rápidamente posible, pero yo no estaba dispuesto a ceder.

—¿Tiene final?

Aquel hombre empezó a reír ostentosamente mientras tomaba la calle más ancha de la aldea. Yo le seguí como una mosca a la miel.

—Todo tiene un final.

—¿Y dónde termina?

—En ninguna parte.

—¿En ninguna parte? Me has dicho que sí lo tenía.

Aceleró el paso para tratar de dejarme atrás pero me esforcé para que no lo lograra. Al poco paró en seco justo delante de mí y estuve a punto de chocar con su baúl. Sus ojos me miraban iracundos.

—No lleva a ningún sitio porque se trata de un enorme círculo. Yo lo he recorrido muchas veces y siempre vuelves al lugar de partida.

Volvió a iniciar su rápido paso, pero yo me quedé un instante petrificado. ¿No llevaba a ninguna parte? Entonces, ¿a dónde me conducía el monje?

Cuando quise levantar la vista otra vez ya me sacaba un buen trecho, por lo que tuve que salir corriendo para poder llegar a su altura.

—¿Para qué sirve entonces?

—Ignorante, sirve para ir de un pueblo a otro, para poder usar los carros y los caballos, para que las mercancías lleguen antes a Kyoto, la capital.

El paso era ya tan rápido que apenas lograba el resuello para seguir hablando.

—¿Por qué te vas tan aprisa?

—No es bueno que se sepa quién lleva unas monedas bajo su *kimono*. ¿No te parece? —y me guiñó un ojo.

—¿Por qué?

—El camino está infestado de ladrones y gentes de mala calaña. ¿Tú vives aquí?

—No, vivía en Kono.

—Kono… Ya lo recuerdo. Estuve allí el verano pasado. Muy pocas monedas. Gente mísera que no supo apreciar mi arte.

Yo intentaba recordar si alguna vez había visto antes una moneda, pero nunca las había conocido hasta ahora. Padre se dedicaba a intercambiar la poca cosecha que nos quedaba después de pagar al *jitō* y apartar la necesaria para comer por aquello que necesitáramos, como ropa, pucheros o mantas. Me preguntaba qué valor podía tener un simple disco de metal comparado con un poco de arroz con el que saciar el hambre o una esterilla sobre la que poder dormir.

Ya salíamos de nuevo a la cuidada pista dejando atrás las últimas casas cuando recordé al monje. Ignoraba cuánto tiempo había pasado, pero el Sol calentaba mi coronilla.

—Tengo que irme —dije a modo de despedida.

Aquel hombre no dijo nada y siguió alejándose, seguramente aliviado de que acabaran mis preguntas.

Volví a adentrarme en la aldea, esta vez corriendo. Aún me quedaba un buen trecho hasta regresar a los pies del *sugi*. La crucé con toda la velocidad que fui capaz y a punto estuve de empujar a una mujer que arrastraba un pesado fardo, que empezó a protestar dando alaridos a mi espalda.

Cuando abandoné por fin el pueblo negros presagios me rondaban por la cabeza. Estaba profundamente arrepentido por mi comportamiento y el miedo a volver a estar solo me empujaba en alocada carrera.

Al rato consideré que ya debería haber llegado al recodo del camino por el que había iniciado la marcha esa mañana. Sabía que desde él se podía divisar el enorme árbol, pero el día anterior llovía a mares y era de noche. Ahora todo estaba diferente y era incapaz de reconocer el lugar.

Unos pasos más adelante me aventuré hacia varios *sugi* cercanos, pero ninguno de ellos presentaba su tronco abierto y tampoco encontraba a Shiro por ninguna parte. Perplejo y desorientado, volví al camino.

Una vez allí dudé si regresar sobre mis pasos o continuar un trecho más. Por más que miraba de un lado a otro era incapaz de recordar y todos los árboles me parecían iguales. Decidí avanzar un poco más hasta que creí reconocer el sitio, pero por más que busqué entre la arboleda no localicé a Shiro.

Desesperado volví atrás y continué buscando cada vez con menor criterio. No sabía si emprenderla a voces con la esperanza de que me oyera, pero me avergonzaba llamar la atención de los demás viandantes que continuaban de un lado a otro siempre constantes.

La idea de que hubiera continuado sin mí se hacía cada vez más poderosa, llevándome al borde de la desesperación. Por más que caminé de un lado a otro no tuve el menor resultado. Estaba seguro que debía ser ya *La Hora de la Serpiente* y no sabía qué más hacer. Había recorrido el mismo trecho una y otra vez hasta llegar a la aldea, adentrándome entre la espesura a cada paso y no encontraba la explicación de lo infructuoso de mi búsqueda. ¿Tendría

razón Shiro y el árbol podía moverse?

Finalmente me senté a una decena de pasos del camino y comencé a llorar en silencio. Otra vez me encontraba solo, sin saber a dónde ir. Ni siquiera estaba cerca Kono y regresar hasta allí me llevaría varios días.

Continuar adelante para buscar al monje no garantizaba que lo hallara y sin él estaba seguro de que nadie me ofrecería ayuda. Las palabras del trovador sobre lo peligroso del camino regresaron hasta mí. Ya no tendría un guía que los evitara o que supiera cómo conseguir comida o refugio.

Incapaz de serenarme, permanecí allí sentado mientras la mañana seguía discurriendo. El eterno periplo de personas continuaba sin descanso, atareadas en sus vidas, ajenas a mi presencia. Su continuo ir y venir acabó por sugerirme la única opción posible. Tenía que continuar. Sabía que Shiro no me buscaría y habría seguido caminando. Si me quedaba allí no le encontraría nunca.

Otra vez me dirigí a la aldea y crucé por ella sin apenas levantar la cabeza del suelo. Mis pasos eran los más rápidos que me atrevía a imprimir sin sentir que pudiera llamar la atención y solo echaba rápidos vistazos en busca de la ropa anaranjada del monje. En ningún momento se me ocurrió preguntar si alguien lo había visto. La confianza y alegría que había experimentado esa misma mañana se había esfumado y a cada voz o persona que se acercaba daba un respingo sobresaltado.

Me obligaba a continuar, luchando con el miedo que sentía. No tenía otra opción y me agarraba a esa conclusión como única arma para reunir el suficiente coraje. Pese a mi intención de dominar los pasos, al poco había aumentado la velocidad hasta el punto de apenas tener resuello. Cada vez era más acuciante encontrarle.

Alcé la vista una vez más y divisé un pequeño carro tapado con una manta que descansaba a un lado. Sentados junto a la parte delantera estaban un comerciante y el trovador del *samisen*. Al parecer disfrutaban comiendo algunas frutas, que seguramente era lo que acarreaba el propietario del carro.

Me acerqué esperanzado, como un náufrago a un madero, pero la mirada hostil que me dirigió el trovador me hizo detenerme a unos pasos.

—¿Qué quieres, chico? ¿Quieres cambiar o comprar fruta? —me dirigió la palabra el comerciante con no demasiada esperanza.

—No creo que tenga ni una sola moneda —se adelantó el otro—. ¡Continúa tu camino y déjanos en paz!

Pero yo seguí allí plantado, incapaz de contestar o moverme, en mitad del paso de la gente. El comerciante me olvidó de inmediato y siguió comiendo una naranja. Sin embargo, el trovador resoplaba incómodo y me dirigía miradas airadas.

Cuando ambos hubieron terminado se levantaron y el del carro se alejó por donde habíamos venido, sin molestarse en dirigirme la mirada, arrastrando su carga con gran fuerza y no menos pericia. El trovador se quedó allí plantado,

mirándome directamente hasta conseguir que me sonrojara.

—¿Qué es lo que quieres? Aquí no hay nada para ti. Vete.

Seguí sin pronunciar palabra hasta que exasperado volvió a cargar el baúl a la espalda y echó a andar con energía. Me apresuré a imitarle a escasa distancia. No sabía que la desesperación no me dejaba otra alternativa y que lo que hiciera o me dijera no lograría que decidiera alejarme.

Después de un buen trecho ignorándome se giró bruscamente para encararse vehementemente.

—¡No me sigas más! No te daré comida. Ya tengo bastantes problemas para ocuparme de un niño.

Pero seguí incansable sus pasos. No había dejado de buscar al monje durante el trayecto, pero seguía sin encontrar el menor rastro. El día avanzaba y pasamos por un pueblo sin detenemos. La tarde se cubrió de nubes pero no parecía que fuera a llover. Lo que sí se había despertado era un viento fuerte que barría el camino y traía hojas y hierbas.

A media tarde volvió a detenerse. Yo hice lo mismo a unos cinco pasos. Apenas había gente en los alrededores.

—¿No ves que no hay sitio para ti? ¿Sabes cantar? ¿Sabes robar?

—No —contesté tímidamente.

—¿Para qué te quiero entonces? ¿Qué crees que voy a hacer contigo? ¿Pretendes que te alimente y te proteja a cambio de nada?

Yo no contesté, pero ambos sabíamos que le seguiría adonde fuera.

Permanecimos unos momentos allí plantados sintiendo el viento de la tarde. El rostro del hombre permanecía muy serio mientras trataba de encontrar una solución.

En esas se agachó y recogió unas piedras al borde del camino. Su gesto fue muy elocuente y salí corriendo mientras unas piedras me caían muy cerca.

—¡Aléjate de una vez o te daré una paliza!

Pero al poco le seguía de nuevo, eso sí, a una mayor distancia. Me miraba de vez en cuando doblando su espalda y aceleraba el paso. A esas alturas ya estaba acostumbrado a sufrir las marchas del monje, así que no fue capaz de dejarme atrás.

Cuando el Sol ya buscaba refugio en las montañas paró para comer algo que sacó de su baúl y que no pude ver desde donde me encontraba. Yo también tenía hambre, pero no tenía nada que llevarme a la boca. El trovador me miraba en la distancia con ojos contrariados, mientras se conducía con gestos bruscos y exasperados. Al levantarse me gritó una vez más.

—¡Ven aquí!

Le obedecí y llegué hasta casi su altura, dispuesto a emprender la carrera al menor atisbo de violencia, pues estaba seguro que sería capaz de cumplir su amenaza del final de la mañana.

—Escúchame, harás lo que yo te diga y cuando te lo diga, comerás si te

ganas el derecho a hacerlo y si intentas robarme te mataré.

Era lo único que tenía, así que en mi espíritu nació la esperanza. Asentí de inmediato. Él permaneció unos momentos mirándome, como preguntándose si no se habría equivocado. Finalmente se levantó y cerró el baúl. Lo ató y me lo señaló.

—Para empezar carga con él.

Llegué hasta el enorme bulto e intenté levantarlo pero solo conseguí mover uno de los lados.

—Ven aquí, inútil. ¿Así es como pretendes cenar esta noche?

Lo levantó y lo puso sobre mi espalda. Al instante sentí flaquear las piernas y estuve a punto de caer hacia adelante, pero logré soportarlo a duras penas. Inmediatamente después me ató a él con las cuerdas sin compasión, apretándolas con fuertes nudos alrededor de mi pecho.

—Si te caes te prometo que te abro la cabeza. Y ahora, camina.

Me empujó con fuerza y me vi obligado a seguir andando para mantener el equilibrio precariamente. Unos pasos después pensé que antes del siguiente alto caería de bruces. No me imaginaba qué podía esconder allí dentro para que pesara tanto.

—Vamos gandul. Haz algo si no quieres que me arrepienta y te deje aquí tirado. Maldita sea, ya sabía yo que no era buena idea dejarte acompañarme. Como no avances más aprisa no tendrás nada que comer esta noche.

Hice de tripas corazón y reuní toda la fuerza que fui capaz para enderezarme un poco más y apretar el paso por aquel camino entre montañas. De alguna forma lo logré y pese a que a cada paso sentía mi cuerpo desmoronarse seguí las indicaciones de aquel hombre, que no dejaba de insultarme e increparme.

—Más aprisa, no tenemos tiempo que perder. Si quieres que consiga algo de alimento tengo que contar historias en Hira mañana. Espabila o te doblaré a palos.

En alguna ocasión me llegó a golpear en la cabeza, pero tuvo bien cuidado en que no fuera muy fuerte, pues podía caer con la preciada carga. Nunca hubiera imaginado que pudiera existir alguien tan hablador. No paraba ni un segundo y no sabía si era más dura mi carga o su continua perorata.

Por el rabillo del ojo buscaba al monje, pero también a Takeshi. Jamás hubiera imaginado que deseara ver de nuevo la figura terrible del *samurái* frente a mí. Cualquier cosa parecía ser mejor que mi nuevo destino pero ninguno de los dos apareció. Era como si se hubieran esfumado.

Continué un rato más dirigiendo la mirada de un lado a otro, pero finalmente al discurrir la tarde dejé de albergar más esperanzas. Habíamos caminado un gran trecho y el desánimo se alojó en mi voluntad. De nuevo mi vida había dado un giro radical y me encontraba arrastrado por los caprichos del destino. La momentánea seguridad de las rutinas de Shiro se había

esfumado. Ahora me sostenía tambaleante bajo un baúl mientras las exigencias del trovador me asediaban sin descanso. Poco a poco la noche cayó sobre nosotros. Nadie más caminaba, pero aun así no dejamos de recorrer el sendero hasta que la oscuridad se adueñó de todo y lo hizo imposible. Solo entonces me liberé de mi carga.

Ira, Bitchu

Dormimos a un lado del camino, muy entrada la noche. Me dolía todo el cuerpo y la manta que me arrojó aquel hombre apenas podía resguardarme del frío, pero estaba tan cansado que me pareció que apenas había dejado caer los párpados cuando ya me despertaba con un puntapié. Después de un desayuno frugal me tocó llevar de nuevo aquel enorme baúl que parecía pesar aún más que el día anterior.

Según avanzaba el día me encontraba cada vez más cansado, con un terrible dolor que martilleaba mi cabeza despiadadamente. No necesitaba tocar mi frente para saber que ardía de fiebre y que enfermaría en breve, pero lo peor era saber que cada vez me alejaba más del último lugar donde había visto al monje.

No nos detuvimos en todo el día y mi único alimento fueron algunas bayas silvestres. Cada vez me encontraba peor, pero me cuidé mucho de hacérselo saber al trovador por miedo a que me dejara allí tirado en un recodo. Cuando llegamos a Hira y pude al fin quitarme el pesado bulto tenía marcada en carne viva la cuerda sobre la piel y la espalda me dolía de tal forma que era incapaz de agacharme. Las rodillas me producían un dolor tremendo si intentaba flexionarlas y las plantas de los pies me quemaban.

—Vamos, no te quedes ahí quieto. Ayúdame a colocar la estera y los cuencos. Tengo poco tiempo para reunir a la gente.

El Sol comenzaba a descender acercándose a las altas cumbres al fondo del pueblo, pero la actividad en la calle continuaba. Después de varios días en el camino no encontré nada especial en aquella aldea. Era igual que todas las que había recorrido con el monje desde aquel aciago día que abandonara mi plantación, con sus casas de madera y los chamizos diseminados alrededor, las gentes atareadas de un lado para otro y algún palanquín pidiendo paso.

El hombre sacó del arcón todo lo necesario y lo dispusimos de forma apresurada en mitad de la irregular calle principal. Algunos curiosos ya se habían colocado a nuestro alrededor, incluidos dos *samuráis* de aspecto rudo que me produjeron inquietud en cuanto se plantaron delante de nosotros con aire marcial y modales autoritarios.

Mientras, el hombre no dejaba de darme órdenes iracundo. Incluso llegó a golpearme con la peregrina justificación de no conducirme con la debida celeridad. Yo seguía preguntándome cómo era posible que fuera la misma persona que había visto acariciar el *samisen* el día anterior.

—Quédate aquí y no te muevas ni me molestes —me dijo cuando todo estuvo preparado.

En esas se dirigió a las personas que deambulaban cerca, encaramado al temible baúl causante de mis dolores, con el semblante trasfigurado en abierta alegría. Era prodigiosa la forma en que sus movimientos hablaban, como sus manos arropaban su llamada en calurosa invitación, como el tono de su voz transmitía cordialidad.

Yo permanecía incrédulo, sin poder despegar mis ojos de su semblante, intentando encontrar alguna fisura a su mascarada, incapaz de comprender cómo era posible que una persona pudiera cambiar su actitud de forma tan radical. Aquel hombre disfrutaba con lo que hacía, en verdad se transformaba y olvidaba todo el miedo y la rabia que albergaba su corazón para perderse en un personaje feliz y locuaz.

—¡Acérquense ciudadanos de Hira y serán recompensados por una gran historia! Quizá la confrontación de dos grandes *kamis*, tal vez el relato de un amor prohibido, puede que la lucha de dos grandes ejércitos… ¡No dejen que su vecino les relate lo sucedido! Vivan las vidas de los personajes de los poemas épicos. En breve comenzará el relato.

Y acompañando a sus llamadas se acercó a los labios una pequeña flauta de caña desde la que se elevaban bellas notas festivas. Acompañando a la tonada llegaban gentes de todos los rincones para formar un corro alrededor del trovador, muy similar al de la mañana en el que le había visto por primera vez. Las castas sociales desaparecían por un breve interludio y allí se apretaban igual señores que campesinos, *samuráis* y comerciantes, jóvenes y viejos.

—¿Qué vas a contar? —se escuchó entre los congregados.

—Conozco historias de un extremo a otro de las Islas Sagradas, incluso de más allá del mar, de dioses y señores, de monstruos y *kamis*. Elegid un nombre, una época o un lugar. Yo hablaré y vuestros corazones se alegrarán.

—¡Una poesía! —gritó alguien.

—Sí, demuestra que en verdad tus palabras no son vanas —dijo otro.

—Está bien —terció el trovador—, os hablaré con la lengua de los versados para los oídos de los entendidos.

Dicho esto se sentó pausadamente y con gestos armoniosos comenzó.

Silencio.
La mariposa late sus alas.

No hubo el menor murmullo, ni reconocimiento o censura. La

concurrencia paladeaba el poema, inmersos en el eco de su voz. Aún era pronto para emitir un veredicto, apenas acababan de detener su quehacer cotidiano y anhelaban otro más.

Miré al trovador, que también había tomado conciencia del sentir de los reunidos. Esperó unos momentos hasta calibrar el momento justo y despacio volvió a hablar:

Silencio.
Un copo se funde sobre el lago.

Esta vez se levantaron murmullos de moderada aprobación. Yo jamás había escuchado una poesía y desconocía el significado que buscaba. Me llamaba la atención que fueran tan breves y no acertaba a reconocer el mérito en ellas. En la primera ocasión había tratado de encontrar belleza en las palabras, pero ahora comprendía que la emoción surgía de evocar la imagen que representaban.

Después de eso entendí el asombro y el deleite de los presentes y me dejé conducir también por la paz y la serena evocación de sus frases.

Silencio.
El rocío vibra sobre la hoja.

Sentía una serenidad emotiva en aquellos sencillos versos. La descripción del poema guiaba mi mente tras los pétalos suspendidos en el aire. Descubrí el buen gusto de la elección de la imagen, la paz que sugería.

De pronto, una voz rompió brutalmente el *wa* del momento.

—¡Perro! Estás repitiendo palabras robadas a los grandes —se trataba de uno de los *samuráis* que había visto al llegar, que gritaba airado hacia nosotros —. Pronuncias poemas de Zenkai y Otori. ¿Cómo te atreves a tratamos como ignorantes? ¿Pretendes insultamos?

Su feroz semblante y ademanes iracundos provocaron una convulsión entre el grupo de personas que se situaban cerca de él. Por el color de sus ropas seguramente fuera de al menos de quinto rango. El idílico momento había desaparecido tan rápido como había llegado.

—¡Habla! —exigió otra voz—, ¿es verdad eso?

El trovador se puso en pie y alzó los brazos apaciguador, intentando retomar la iniciativa. Por su semblante pasó fugazmente un brillo de contrariedad. La audiencia había estado en sus manos y todo había empezado muy bien. Ahora la situación se tomaba cuanto menos delicada.

—No he pretendido adueñarme de lo que no es mío. En ningún momento he dicho que lo fueran. Este humilde trovador solo trata de animar los corazones de las buenas gentes que, dispuestas a compartir un momento de

paz, se acercan para escuchar.

No era casual la mención de la ausencia de violencia. Pese a sus palabras, podía sentir su miedo. Un *samurái* era imprevisible y las consecuencias de que se sintiera ultrajado podían ser desastrosas.

La gente se desplazó respetuosa dejando un espacio libre entre ambos, pero incapaz de alejarse sin conocer el desenlace del inesperado suceso. Su atención continuaba intacta, pero desgraciadamente no por el motivo que habríamos deseado.

—Repites poemas ajenos y aseguras conocer las historias más dispares —continuó el *samurái* amenazante—. Veamos si eres quien dices ser. Cuéntame un relato digno de ser escuchado por mis oídos y que sea fruto de tu inventiva. Y cuidado, que sea uno tan bueno como pregonas.

La expectación creció aún más al comprender que se trataba de un desafío. Mi estómago se encogió al instante, pero al mirar al trovador apreció que se relajaba. Parecía que la situación se había conducido a un terreno por el que aceptaba moverse.

Su actitud cambió y se volvió enérgica. Se irguió de nuevo sobre el baúl y habló alto y claro, de forma firme y tranquila.

—Sea como quiera, mi señor.

Un maestro de kenjutsu que adiestraba a sus tres hijos en el arte del combate decidió un día ponerles a prueba.

Para ello pidió a un amigo de otro pueblo, también muy diestro en el arte de la katana, que viniera hasta su casa y se vistiera de negro. Después le cubrió el rostro con una máscara y le hizo esperar en una sala con su acero desenvainado.

Llamó al primero de sus hijos, el más joven.

—En esa sala he sorprendido a un hombre. Hazte cargo.

Entró con sigilo y desenvainó su katana sin el menor ruido para sorprender al intruso, pero este era más diestro y logró parar la acometida.

En ese momento intervino el maestro.

—Detente, hijo. Es un amigo. Sin duda has sido decidido, pero aún te queda mucho por aprender.

Cuando mandó venir al mediano le dio el mismo mensaje y este entró en la sala. Allí anunció su ramo y apellido antes de atacarle con gran rapidez y pericia, logrando arrebatarle Ca batana y dejarle a su merced.

—No continúes —se adelantó el padre— es un amigo. Te felicito por tu valor. Tenes mucho que aprender, pero estás trabajando duro y mejorando.

Por último llamó a su hijo mayor.

Cuando llegó el primogénito y recibió las instrucciones entró con naturalidad en la habitación y se presentó humildemente. Se acercó a unos pasos del hombre embozado y se sentó en seiza, con la batana abandonada a

la entrada de la sala.

—Dígame, ¿cuál es el motivo de su presencia en nuestra casa? Le ruego explique lo extraño de su comportamiento.

El interpelado no tuvo más remedio que confesar su identidad.

El maestro hizo un gesto de aprobación con la cabeza. Este hijo iba por el buen camino.

No sabía si había sido lo suficientemente buena, pero desde luego pronunciar precisamente esa historia era claramente premeditado. Había escogido un relato de *bushis*, de un maestro nada menos. Tal vez hubiera logrado así captar mayor atención del *samurái*, pero en ella se había pretendido revelar una lección que tal vez incomodara al soberbio *bushi*. Aceptar consejos de un trovador le colocaría por debajo de él, pero por otro lado precisamente el hecho de no reconocer el valor de la historia podría hacerle parecer un ignorante.

En cualquier caso me parecía un cuento demasiado arriesgado. Así demostraban reconocerlo también los demás presentes, que contenían la respiración esperando el veredicto del *samurái*. El trovador hacía lo propio en actitud sumisa.

—Este humilde peregrino ruega al cielo que su pequeño relato haya sido satisfactorio para los oídos del ilustre *samurái*le dijo antes de arrodillarse frente a él, apoyando la frente en el suelo húmedo.

El *samurái* permanecía impasible, con la espalda recta y los brazos cruzados. Nada en su semblante hacía adivinar lo que ocurriría a continuación, pero el hecho de que el tiempo pasara era clara muestra de su lucha interior.

¿Cual sería el final del trovador? ¿Rodaría su cabeza por la calle? ¿Tendría yo oportunidad de escapar?

Los instantes se hacían eternos, hasta que el *samurái* pegó un grito gutural que me hizo dar un brinco sobre mis talones.

—Está bien, perro. Tu lengua de víbora ha conseguido mantenerte sobre el mundo un día más. Pero cuidado, no siempre tendrás la misma suerte.

Y dicho esto giró bruscamente sobre sí mismo y se alejó con mirada hostil mientras los aldeanos se apresuraban a apartarse y postrarse a su paso.

En cuanto se hubo alejado el juglar exhaló un suspiro triunfante. Además de haber sorteado con éxito una situación muy comprometida, había logrado sacar provecho de ella. La multitud estaba arrobada. La intervención del *samurái* había sido decisiva, así como los momentos de tensión posteriores y la victoria final. Las manos se apresuraron a lanzar monedas a sus pies. La fortuna le había sonreído y una vez más se apresuró a recogerlas con dedos ansiosos.

No osé moverme recordando el castigo sobre mi mano la última vez que había tratado de atrapar alguna de aquellas monedas de metal. Una vez más

me conformé con ser testigo del incondicional apego de aquel hombre por ellas. En un suspiro las tenía a buen recaudo y ocultas entre sus ropas.

—Vamos, holgazán, recoge todo inmediatamente.

Con desaliento se diluyeron mis esperanzas de abandonar el sendero por aquel día. Ni siquiera tenía deseos de llevarme algo a la boca, solo anhelaba tumbarme en algún lugar donde poder descansar. Imaginar aquel terrible peso sobre mis doloridos hombros de nuevo me llenó de pavor mientras recogíamos todo a la carrera.

Cuando salíamos de la aldea las sombras se alargaban cruzando el camino. Mis piernas temblaban y mi ánimo no era capaz de evitar que se arrastraran.

—Venga, más aprisa, antes de que alguien nos siga.

Al poco habíamos dejado atrás las últimas casas y a medida que avanzábamos aumentaban unos dolores terribles en mis caderas. Al principio eran una especie de pinchazos al asentar el pie pero acabaron convirtiéndose en una tenaz e insoportable presión en toda la zona que minaba todas mis fuerzas.

—No puedo más —le dije al hombre.

Este se giró para mirarme a los ojos. Por un momento pensé que volvería a gritarme o empujarme pero algo en mi semblante le hizo dudar y finalmente se acercó hasta mí para desanudar las cuerdas.

—Está bien. De todas formas eres demasiado lento.

Se pasó el baúl a su espalda con la facilidad que daba la práctica y regresó a su paso nervioso y desgarbado.

Pese a no tenerlo sobre mis hombros, mis articulaciones seguían lacerándome como si aún estuviera en pleno esfuerzo, aparentemente ajenas a la liberación del terrible peso. Las caderas sí que habían dejado de torturarme y con un denodado esfuerzo seguí el paso sin protestar. Tenía claro que si volvía a detenerme no sería capaz de volver a caminar.

Observé que no dejaba de mirar a nuestro alrededor con inquietud, esperando algo que no acertaba a comprender. En un momento que estuvimos solos paró y se dirigió a mí con voz queda.

—Espérame aquí y no se te ocurra seguirme.

Y dicho esto se adentró en la espesura abandonándome allí en medio. La fiebre había aumentado y me sentía a punto de desfallecer pero aun así me obligué a seguirle por entre las altas hierbas. No confiaba en aquel hombre. Ahora que no le servía para acarrear el pesado baúl podía ser capaz de abandonarme a mi suerte, así que me apresuré con la mayor discreción que fui capaz tras su estela.

En un principio no acerté a adivinar cuál había sido su recorrido, pero al poco me fui fijando en las pequeñas ramas rotas por el paso del enorme baúl. Mi cabeza me daba vueltas y sentía ganas de vomitar. El mar de hojas en la penumbra del atardecer hacía que perdiera en ocasiones el pie y estuviera a

punto de caer, incapaz de determinar dónde estaba el suelo, pero afortunadamente encontré al fin al hombre en un pequeño claro.

No había sido capaz de registrar mi presencia y tras mirar de un lado a otro y creer que nadie más seguía sus movimientos, deslizó su baúl hasta el suelo. Una vez abajo lo abrió y sacó una varilla de madera con punta afilada, que se apresuró a alojar frente a una diminuta apertura en la base. La deslizó dentro hasta la mitad de su longitud y la giró con su mano hasta arrancar un sonido metálico.

Ante mis ojos se desprendió todo el fondo del baúl, que resultó ser una caja plateada, de la que levantó su tapa y extrajo uno de los cerca de treinta paquetes de tela que albergaba. Lo desanudó y extendió en el suelo para descubrir una multitud de monedas relucientes, a las que añadió las que guardaba en su *kimono*. Después volvió a cerrarlo y guardó todo en la caja. La existencia de las monedas era el final del misterio del enorme peso de aquel baúl de caña.

Con gestos rápidos volvió a girar el utensilio en su interior, asegurándose de que la caja quedara perfectamente cerrada y oculta, y se lo volvió a cargar a la espalda. En ese momento me apresuré a deshacer el camino temiendo que me descubriera. Sabiendo la devoción que poseía por aquellos discos metálicos temía la peor de las reacciones.

Cuando apareció de nuevo en el sendero estaba exultante.

—Me has traído mucha suerte, muchacho. He reunido en un solo día la misma cantidad de monedas que en una semana habitual. Si todos los días fueran como este podría retirarme en un par de meses. Por cierto, mi nombre es Yushijin.

No esperó a mi respuesta para reanudar la marcha sin mirar atrás silbando alegremente, ajeno a mi presencia. Estaba seguro de que su mente divagaba en el futuro, donde esperaba amasar entre sus manos más y más monedas.

Por mi parte estaba acostumbrado a seguir a Shiro como una sombra y en realidad su falta de atención supuso en cierta medida una liberación, pues eludía sus increpantes exigencias y continuos desprecios.

La noche se acercaba silenciosa y tranquila, al mismo tiempo que el número de caminantes descendía a ojos vista.

Cuando nos cruzamos con un muchacho con los pies desnudos manchados de barro, el trovador le detuvo con un ademán.

—Escucha chico, ¿hay alguna posada más adelante?

—No hay ninguna hasta varios *ri*.

—¿Y alguna aldea?

—Torushu está a cinco.

El desaliento me invadió. La perspectiva de continuar en mitad de la noche, con el cuerpo dolorido y las fuerzas acabadas, me aterraba. La fiebre seguía subiendo y mis sentidos cada vez estaban más abotargados. Si no

paraba pronto a descansar caería redondo.

Algo parecido le tuvo que pasar por la cabeza a Yushijin, pues chasqueó la lengua y torció el gesto.

—¿Y alguna casa?

—Solo la choza de Ikkyu.

—¿Está ese Ikkyu allí?

—No lo sé, señor. Siempre está mendigando trabajo, pues no tiene tierras arrendadas y a veces tiene que marchar a campos muy alejados, por lo que pasa la noche fuera.

Nos indicó dónde se encontraba, muy cerca al parecer, aunque había que tener cuidado de no pasar de largo, ya que estaba apartada del camino y la maleza se interponía hasta llegar a ella. Después nos despedimos y partimos de nuevo con la esperanza de llegar antes de que el Sol se ocultara definitivamente y fuéramos incapaces de atisbarla.

—¿Y si no la vemos? —pregunté con un hilo de voz.

—Tendremos que volver atrás o apañárnoslas en mitad del campo, cosa que con esta humedad y la bolsa llena no me apetece en absoluto.

Sin embargo, la encontramos. Se trataba de un humilde chamizo, muy similar a lo que había sido mi hogar durante toda mi vida. Sin quererlo me asaltó de pronto el recuerdo de los míos y de mi vida perdida. Imaginé fugazmente que con un solo deseo pudiera volver a mi campo y a la casa derribada, a cada paso que nos conducía hacia aquella trataba de creer que encontraría a Padre, Madre y Hermanos esperándome junto a un plato de arroz y una sonrisa de bienvenida.

Cuando llegamos a la pequeña puerta de juncos entrelazados mi alma se encontraba en el mismo lastimero estado que mi cuerpo y me conducía como una rama arrastrada por la corriente tras la silueta del trovador, sin conciencia de lo que hacía, sin voluntad ni fuerzas. En mis oídos se extendía un rumor continuo que crecía cada vez más, acallando los sonidos del mundo. Mi visión se nublaba poco a poco y no era capaz de enfocar con claridad. Cada vez que trataba de hacerlo una parte de mi visión se escapaba, no como si me tapara un pañuelo sino como si me fuera arrancada, y tenía que intentar con todas mis fuerzas localizar la espalda y el baúl delante de mí.

Apenas consciente de lo que ocurría escuché las palabras del hombre que salió ante la llamada y el intercambio de frases, sin molestarme en tratar de entender lo que se decían. Entre las ropas del trovador aún se escondían algunas de aquellas monedas y se deslizaron hasta la mano del hombre.

En algún momento perdí la conciencia de mí mismo y me perdí en un agujero negro que parecía nacer de la espalda de Yushijin. Traté de andar pero no fui capaz de saber si lo hacía realmente, incapaz de retener el control sobre mi cuerpo. Sin saber cómo, acabé tendido en un jergón y caí en un profundo sueño en el acto, en el que aparecía mi madre llamándome a su lado.

Estaba sobre un árbol gigantesco rodeada de luz, invitándome con su sonrisa. Yo trataba de subir encaramándome a través del tronco nudoso, pero cuando estaba a medio camino encontraba en la corteza extremos afilados que se clavaban como espinas en mi carne. Llorando de frustración y dolor llamaba a gritos a Madre, pero esta seguía esperándome en la copa, entre las ramas más alejadas, con el semblante feliz y los brazos abiertos para recibirme ajena a mi impotencia.

Entonces no pude mantenerme más y caía sin remisión, alejándome de ella en un descenso infinito que me hundía más y más en una febril inconsciencia.

Perdí toda referencia de mí mismo, no había tiempo, no había cuerpo, solo dolor. No podía ver ni oír, era como encontrarme enterrado en el fondo de una ciénaga. No sabía si respiraba, pero nada de eso me importaba.

De pronto me encontré de nuevo en el camino, solo que esta vez no había nada más. No existía maleza o un campo cultivado que lo definiera en sus márgenes, solo una tenue luminiscencia. Yo seguía caminando, como siempre.

Pasaba el tiempo a una velocidad asombrosa y seguía recorriendo un trayecto sin final. Siempre era de día y nunca me cruzaba con nadie. Estaba solo. No me cansaba jamás ni tampoco me detenía. Una apremiante necesidad, que no era capaz de definir, me empujaba a seguir sin demora, incapaz de resistirme a su fuerza.

Sabía que no sería capaz de salir de aquella prisión infinita hasta hallarlo, pero ¿qué era lo que buscaba?

Entonces una voz sobre mi cabeza me ofreció la respuesta.

—Danjuro, encuentra a Danjuro.

Aquel día aprendí que nuestro Yo Interno nos habla cuando abandonamos las limitaciones del ego.

Cerca de la mansión Brillo del Cielo, Bingo

Minako reía alborozada mientras movía las cuerdas de su *tsubame*. Se sentía feliz por haber logrado que la cometa alcanzara tanta altura y que se mantuviera con el viento de media mañana. Allá en lo alto parecía jugar con el Sol y permitir que sus rayos encendieran las plumas marrones y al gracioso pico que lo coronaba.

El *tsubame* estaba formado por un armazón de bambú ahumado cubierto por fino papel de seda cuidadosamente pintado con temperas, imitando a la perfección una golondrina con las alas desplegadas. Las bridas las formaban dos ramas y una varilla horizontal que permitía doblar las alas para adaptarla a las condiciones del viento, que ahora era moderado, ideal para una cometa pequeña como aquella.

Hacía dos años que su padre le había regalado el artilugio volador, que había maravillado a la pequeña al instante y convertido desde entonces en su más preciado juguete, aunque fueran contadas las ocasiones en las que podía disfrutar de su manejo.

Ese día Tadakuni había logrado que Minako estuviera exenta de hacer sus deberes hasta el momento del almuerzo y juntos habían ido hasta el bosque del límite de las propiedades de la familia. Los lacayos, sirvientes y el haya de la niña permanecían a una distancia inusualmente elevada sobre un montículo despejado por orden expresa del joven señor, lo que les otorgaba una sensación de descarada libertad, dispensados por unos momentos del control férreo de la tradición y el deber.

Los rigores de la batalla y las incertidumbres que las palabras de Aiko habían provocado en el ánimo de Tadakuni habían sido olvidados. No había vuelto a rememorar su conversación con Aiko y los encuentros entre ellos durante el día posterior habían estado arropados por el protocolo y la costumbre. Apenas habían cruzado algunas frases insustanciales y para su consuelo Aiko parecía haberse comprometido a no volver a recuperar las palabras de esa tarde. Todo volvía a ser como antes de su partida. Solo esperaba que pronto tuviera otra oportunidad de procurar honor para la

familia y que su padre pudiera estar por fin orgulloso de él. Después de que su mente atribulada hubiera encontrado sosiego en el entrenamiento con el arco al que había dedicado toda la tarde del día posterior a su llegada, hoy se sentía jovial y tranquilo.

Cerca de allí una decena de campesinos trabajan las tierras del clan, con las piernas introducidas en el arrozal y el cuerpo doblado. De sus espaldas colgaban las enormes cestas de las que sacaban los largos brotes que se afanaban en enterrar en el agua mientras alguno de ellos se detenía de vez en cuando para contemplar atónitos el suave vuelo de la cometa, que imitaba a la perfección el rápido y equívoco vuelo de la golondrina, para regresar a la tarea poco después. Las tierras estaban arrendadas y el pago era la mayor parte del fruto de ese trabajo sin descanso, siempre con la preocupación de no poder cumplir con la cantidad exigida por su padre. Cuando en cierta ocasión Tadakuni se había atrevido a preguntar sobre el motivo de exigir unos diezmos tan elevados cuando en realidad su familia era opulenta y su principal fuente de riqueza era el comercio, su maestro le había hablado con tono condescendiente, como si aclarara algo obvio.

—Cuando los campesinos tienen tiempo de pensar germinan en su interior extrañas ideas. Comienzan a desear lo que tiene su vecino, miran a su señor con censura y se vuelven descuidados y ociosos. En cambio, si poseen un objetivo claro y trabajan todo el día su único pensamiento es dormir esa noche y llevarse algo a la boca. Están contentos de cumplir con su cometido y que su señor les proporcione todo lo que desean. En su mente jamás se forman sentimientos nocivos y permanecen puros.

Kazuo se había empeñado en reinvertir gran parte de sus beneficios en adquirir más tierras. Opinaba que no era bueno guardar sus ahorros en un arcón lacado, puesto que podía perder su valor, sin olvidar que era más fácil de ser arrebatado. La tierra implicaba trabajo, cuidado y tiempo para lograr frutos, mientras que la simple posesión del dinero ya lo hacía efectivo. Además, las tierras significaban independencia, extendía un espacio enorme que podía ser considerado del clan y en el que las normas las dictaba la familia. Pero además Kazuo entendía que era imprescindible para conseguir su sueño de que la familia fuera por fin *samurái*. Controlar un gran terreno era emular a los grandes terratenientes de las provincias.

Mientras Tadakuni dedicaba una mirada distraída a la continua actividad de aquellos campesinos recordó que ese era el orden de las cosas, que él pertenecía a una clase privilegiada. Era bendecido por pertenecer a una familia próspera y su obligación era corresponder a ese honor. Con ese propósito había sido educado desde su nacimiento. Su destino era ser *bushi* y el de su hermano mayor *samurái*, pero sus caminos no se bifurcaban hasta la edad adulta, por lo que compartieron juntos el periodo de aprendizaje propio de la milicia. No había lugar para la ociosidad y trabajaban duramente en el

kenjutsu, caballería, manejo de la lanza y el arte secreto del arco (el *kyujutsu*), sin olvidar la poesía, la escritura, las buenas costumbres o la pintura, desde la mañana al ocaso.

Su padre contrataba a los mejores maestros de cada disciplina y no tenían la necesidad de asistir con los hijos de los clanes *samuráis* más opulentos a las academias de la capital o de los monasterios.

Kazuo estaba especialmente interesado en todo aquello que fuera adecuado a la etiqueta, sobre todo aprender a leer y escribir, pues era la gran diferencia entre los *samuráis* de mayor y menor rango. Solo los primeros contaban con tiempo suficiente para dedicarse a tales menesteres después de su adiestramiento puramente militar. En cambio, el resto de los *bushis* eran en su mayoría analfabetos, pues además tenían que atender sus cosechas o servir a sus señores.

Sato había sido desde el principio el más diestro en las artes marciales, manejaba el *shinai*, la *katana* de entrenamiento, con precisión y usaba el arco desde el suelo o el caballo con soltura. También era despierto para la palabra y la compostura y tan solo era moderado su manejo de la pintura. Esta era la única disciplina en la que Tadakuni le superaba, pero el apoyo necesario para que su destino se cumpliera también era su responsabilidad, por lo que disimulaba su talento para que su hermano siguiera siendo el más preparado de los dos y su liderazgo fuera incuestionable.

No era fácil ser el menos apreciado por Padre, al que jamás se alentaba o motivaba. Su lugar era arropar y acompañar a Sato, que sus logros fueran los de toda la familia. Madre era la única en reparar en él como individuo, como si su vida fuera merecedora de ser llamada suya y su destino ajeno a la ligadura invisible que le arrastraba tras su hermano mayor. Le recordaba que su responsabilidad era grande, su destino relevante, su sacrificio alto, su recompensa muda y su victoria enorme.

Un día su maestro de *kenjutsu*, el camino de la esgrima, habló con Kazuo. Tadakuni no avanzaba y le consideraba torpe y carente de espíritu. No respondía convenientemente a sus enseñanzas y era incluso un estorbo para el desarrollo de la pericia de Sato.

Kazuo decidió separarlos. Esta vez consintió en enviar a uno de sus hijos a una escuela de clanes. Fue allí donde Tadakuni conoció a su nuevo maestro, Kato Danjuro.

En la clase eran doce niños, de los que él era el menos hábil. Le costaba seguir los ejercicios y tampoco lograba concentrarse en lo que hacía. Danjuro le hizo quedarse un día de otoño en el que el viento soplaba del oeste, después de que los demás se marcharan. Así se lo comunicó al sirviente que se encargaba de acompañarle en los desplazamientos desde Brillo del Cielo.

—Hoy le llevaré yo mismo de regreso. Hazle saber a su padre que me hago responsable de su cuidado a partir de ahora y hasta que caiga el Sol.

—Pero se me ha ordenado que regresara cada día sin demora en compañía del joven amo…

Una mirada gélida ahogó sus palabras e hizo recordarle que hablaba a un *samurái*.

—Sí, mi señor —pronunció mientras inclinaba sumiso la cabeza y se marchaba.

Cuando no quedaba más que silencio en el *dojo*, nombre respetuoso del lugar de enseñanza de la vía marcial, Tadakuni se atrevió a alzar la vista hacia su maestro. Este empuñaba un *shinai* y mantenía una mirada severa que le heló la sangre. Sentía una furia tremenda en aquellos ojos, una despiadada determinación que no anunciaba nada bueno.

—¡Coge tu arma!

Le obedeció con toda la rapidez que pudo reunir y se plantó frente a él.

—Ahora combate.

Y nada más terminar la frase le atacó con tanta rapidez que sintió sin ver un tremendo golpe en la cabeza que le hizo caer al suelo. Por su frente empezó a correr un hilo de sangre mientras sentía el pelo mojado y pegajoso.

—No soy lo suficientemente diestro, *sensei* —se lamentó al tiempo que se arrodillaba e inclinaba su cabeza—. Por favor, perdóneme.

—Entonces hoy morirás. ¡Otra vez!

En ese instante Tadakuni experimentó un cambio. Mientras se levantaba y empuñaba de nuevo su *shinai* tuvo la certeza de que no se trataba de un entrenamiento habitual. Frente a él se situaba imponente su maestro, asentado sobre sus pies en actitud marcial y tensión en el rostro. Nunca le había visto participar personalmente en el adiestramiento de un alumno, ni tampoco conocía su destreza en un combate sin restricciones. Hasta ahora se habían mantenido en una fila perfecta, repitiendo una y otra vez los mismos movimientos, siguiendo el monótono ritmo marcado por su voz. Cuando trabajaban ante un contrincante debían seguir unos pasos establecidos, en los que uno atacaba y el otro defendía siempre de una forma convenida previamente. En esta ocasión no había reglas, no sabía cómo se dirigiría hasta él ni cómo debía defenderse.

Mientras se preparaba a recibir una nueva acometida olvidó que odiaba manejar aquel palo de madera, que jamás se había creído capaz de dominarlo. De su mente se borraron los ejercicios repetidos infinidad de veces mientras practicaba y dejó de saber lo que podía esperar y era. En ese momento su atención se centró únicamente en lo que estaba haciendo y en la certeza de que el próximo golpe en su cráneo podía ser el último.

Cuando Danjuro atacó de nuevo fue capaz de ver el movimiento pero no lo bastante rápido para pararlo y sintió el choque brutal en los brazos, que le arrebató el *shinai* con un grito de dolor. Lo siguiente fue percibir cómo llegaba un golpe severo en su estómago que le hizo caer de nuevo de rodillas mientras

luchaba por encontrar el aliento.

Jadeando y soportando el dolor de sus pulmones por arañar un poco de oxígeno se preguntaba cómo iba a lograr llegar a la puesta de Sol. Su mente corría a una velocidad increíble, sopesando posibilidades y cuestionando la fiabilidad del resultado. ¿Qué ocurriría si simplemente se dejaba caer simulando mayor importancia para sus heridas? ¿Y si echaba a correr y huía de allí para no volver? Podía decirle a su padre que aquel *samurái* había intentado matarle, tal vez así evitara tener que regresar. Entonces tronó la voz de Danjuro y la carrera de ideas se detuvo.

—¡Otra vez!

La tercera vez encontró la forma de parar el primer golpe sin apenas entender lo que hacía, pero el dolor de los brazos le hizo perder la fuerza suficiente para afianzar la empuñadura correctamente y cuando el segundo movimiento llegó su *shinai* salió despedido al otro extremo del *dojo*. El de Danjuro volvió a dibujar un semicírculo y le golpeó en el cuello con brutal precisión.

No era capaz de tragar saliva y un fuerte mareo hacía girar la estancia a gran velocidad. Incapaz de determinar con exactitud dónde acababa su cuerpo siguió escuchando la persistente voz del *Sensei*.

—Has perdido tu arma. ¡Recupérala!

Cuando volvieron a situarse frente a frente tuvo el impulso de atacar primero y no lo pensó. Si lo hubiera hecho habría temido que se enojara aún más por su atrevimiento, hubiera sido consciente de que sus posibilidades serían nulas, que el contraataque sería aún más duro. Pero en su lugar atacó con toda la furia que su miedo le transmitió. No existió la menor compostura, no midió el final del ataque. Solo deseó golpear a su enemigo.

Danjuro ni siquiera retrocedió. Paró el primer movimiento con soltura, pero Tadakuni no se detuvo ahí y continuó repitiendo ataques uno tras otro. Ninguno era capaz de hacer mella en su defensa y preso de la frustración acompañó con un grito desesperado cada nueva caída de su arma de bambú, hasta que sus fuerzas fallaron y se vio obligado a parar un instante para recuperar el aliento. En ese momento recibió un codazo en el pecho que le hizo retroceder dos pasos, lo suficiente para permitir a Danjuro levantar su *shinai* y volver a golpear en la cabeza de Tadakuni.

Escuchó un sonido hueco en sus oídos, como un chasquido, y la visión se nubló. Intentó levantar su arma, pero ni siquiera logró levantar el brazo. Cayó como un fardo hacia el suelo de tablas, que de pronto desapareció para descubrir un pozo de inmensa oscuridad.

Cuando despertó ya era de noche. Estaba tumbado en el mismo lugar donde había caído y Danjuro le contemplaba en*seiza* completamente inmóvil. En su mirada solo se leía quietud y equilibrio y para su alegría no había ni rastro del material de entrenamiento. En algún lugar se quemaba incienso *ebi*

en un brasero y una pequeña lámpara situada a unos pasos les arropaba.

—Hoy has cruzado el umbral de la choza donde te escondías. Estás preparado. A partir de mañana aprenderás el camino de la *katana*.

Tadakuni aún no era totalmente dueño de sí mismo, luchaba por volver al mundo de los sentidos y no fue capaz de entender sus palabras.

—¿Cruzar el umbral?

—Sí. Yo solo puedo mostrarte la salida de tu prisión. Tú tienes que dirigirte a ella y tomarla.

—¿Por qué mañana será diferente, *sensei*?

—Porque hoy has olvidado lo que creías, aquello que constreñía tu ser.

—¿Qué era eso?

—Que tenías miedo de recibir un golpe, de tu supuesta carencia de fuerza, de tu falta de espíritu, de que estabas condenado a ser el menos capaz de la clase, que eras inútil para aprender.

—Pero *Sensei*, no puedo dejar de ser quien soy.

—¿Y quién eres?

El chico abrió la boca para contestar pero no llegó a articular palabra. Ahora que se veía en la necesidad de expresarlo no estaba seguro de cuáles eran las características que le definían como alguien diferente a los demás.

—No permitas que lo que crees saber sobre ti mismo impida ser lo que realmente eres.

—¿Y quién soy?

—Di mejor, ¿qué soy?

—¿Qué soy?

—Carne y hueso. Todo lo demás es una ilusión.

Y supo que en el fondo era verdad. Se había acomodado a ser mediocre. Eso era lo que se esperaba de él, por lo que Padre le había alejado de su hermano. Sin darse cuenta lo había aceptado y se había creado una imagen de la que no sabía desprenderse. Sufría pero tenía miedo de intentar cambiar.

Le dolía todo el cuerpo por los golpes recibidos, pero no podía evitar sentirse orgulloso de ellos, pues le recordaban que había sobrevivido a la terrible prueba. Era la primera vez que lo había dado todo en el *dojo* y sentía que había superado todos sus miedos durante aquellos breves momentos en los que su vida estaba en peligro. Ahora se preguntaba si realmente había sido así. Quizá Danjuro tan solo lo había fingido, que en realidad estaba controlando sus ataques y que había creado la ilusión para provocar en él aquella reacción. Después de todo, ¿cómo iba a matar a un alumno? Hubiera sido un escándalo y de seguro hubiera perdido su condición de *Sensei*. Sin embargo, recordaba aquellos instantes y de una cosa estaba seguro, realmente había sentido que su vida estaba en peligro. Gracias a ello se había comportado de una forma que jamás hubiera sospechado. Había sido capaz de parar un golpe y de reunir el suficiente coraje de atacar con una fuerza y velocidad que no sabía poseer. Solo

le entristecía un pensamiento. ¿Sería capaz de repetirlo?

A partir de ese día aprendió a manejar la *katana*. Sabía que nunca sería un experto, ni que sería su arma favorita, pero gracias a Danjuro lo tomó como un desafío y por primera vez uno que era capaz de superar. Con el paso de los años había logrado un nivel aceptable, el suficiente para haberle permitido sobrevivir en la reciente batalla. Ahora era un *bus hi* y puede que algún día *samurái* como su hermano. Estaba convencido de que la próxima vez no fallaría. Al igual que su padre, aborrecía que la clase *samurái* los despreciara por el hecho de ser comerciantes. Ahora él era el destinado a cambiar aquello y tarde o temprano acallaría para siempre sus desaires y honraría la memoria de su hermano.

Sus pensamientos le habían hecho olvidarse de lo que estaba haciendo y momentáneamente había dejado de supervisar a Pequeña Hermana. El *tsúbame* había perdido mucha altura mientras vagaba sobre el recuerdo y el futuro.

—Endereza la cola o se desviará hacia los árboles.

La chiquilla no respondió, concentrada en manejar el intrincado entramado de hilos que la unían a la figura alada. Tiró del ala izquierda pero lo hizo en exceso, por lo que empezó a descender vertiginosamente. Ladeó su cuerpo y trató de compensar la caída elevando el pico. Al instante frenó en el aire, pero seguía escorada y bajó rápidamente hacia un grupo de abetos.

—Déjame a mí o se enredará en las ramas.

—No, soy capaz de hacerlo sola —contestó obstinada.

Con gran esfuerzo consiguió que la cometa evitara momentáneamente el peligro pero giró sobre sí misma inesperadamente y continuó su caída hasta casi tocar el suelo. Con otro movimiento brusco de sus manos la elevó de nuevo a escasa altura, describiendo una curva que, sin embargo, la conducía irremisiblemente hacia el grupo de árboles, a los que llegó dando peligrosos cabeceos y finalmente se enredó en un último giro.

—Cuidado —dijo Tadakuni.

Pero Minako tiró de las cuerdas con todas sus fuerzas en un vano intento de liberarla. Los finos hilos no soportaron la fricción con las nudosas ramas y se rompieron. La cometa quedó liberada y se separó aún en el aire de la copa, alejándose a media altura.

Ambos miraban consternados cómo se marchaba a caballo de la brisa. Seguramente tardaría un poco más en caer al suelo, siempre y cuando una racha de aire no volviera a elevarla y la arrastrara lejos. En cualquier caso tendrían que recorrer un largo trecho. Además, ese día no podrían seguir usándola. El viejo Hobo, el sirviente de Aiko que la había traído desde *Catay*, era el único que comprendía el delicado arte de su construcción. Deberían llevársela para poder rehacerla e ignoraban cuánto tardaría.

Seguían con la mirada el errático vuelo, tratando de adivinar dónde

acabaría, cuando una saeta cruzó el aire y la atravesó justo por su parte central, partiendo la quilla y provocando que se cerrara sobre sí misma, precipitándose a gran velocidad hasta el suelo.

Tadakuni buscó atónito con la mirada la procedencia del lanzamiento. ¿Quién osaba derribar de esa forma la cometa?

¿Cómo era posible siquiera que alguien se atreviera a usar una flecha en sus dominios?

Por el camino que conducía a la mansión vio a cinco jinetes. Uno de ellos sostenía un arco entre sus brazos y miraba en su dirección sin disimulo alguno. Era el más joven, posiblemente de la misma edad que Tadakuni. Todos ellos parecían *samuráis* y acarreaban fardos de viaje en sus monturas. Parecían curtidos por el Sol, como si se dedicaran a permanecer durante mucho tiempo al aire libre. No portaban armaduras ni el dibujo de un *mon* en sus ropas, por lo que no había forma de identificarlos.

Con aire despreocupado se acercaron trotando sobre sus monturas. El más joven cabalgaba ligeramente adelantado y mostraba una sonrisa triunfal con el arco aún en sus manos, dejando bien patente que era el autor del derribo. Cuando llegó a la altura de los dos hermanos frenó su caballo, los miró con aire altanero.

—Ahí tenéis vuestra cometa. Ya no tendréis que correr a buscarla.

Tadakuni volvió a sentir el desprecio de la clase *samurái* en sus entrañas. Hubiera deseado ser algo más que el hijo de un comerciante, un verdadero *bushi*. Entonces hubiera tenido la oportunidad de desenvainar y cortar el cuello de aquel presuntuoso en lugar de tener que soportar sus burlas.

Pese a todo estaban dentro de las posesiones del clan y no podía dejar las cosas como estaban.

—¿Quién sois y quién os ha dado derecho a atravesar las tierras de mi familia?

El muchacho obvió el carácter belicoso de la pregunta e incluso pareció divertido con la explosión de ira. Tampoco pareció importarle que no se hubieran inclinado ante su llegada.

—Mi nombre es Hinoku Kahei Yami, hijo de Hinoku Tenso, *samurái* y guardián del paso fronterizo de Hatai, en la provincia de Dewa. Y tú debes de ser Tadakuni.

Dewa se encontraba en la frontera noroeste de las Islas Sagradas. Al otro lado de esta los *emishi* habían burlado cualquier intento de dominio o control durante incontables años. Era un pueblo bárbaro y salvaje, antiguo ocupante de las Islas Sagradas, que había sido poco a poco diezmado y hacinado en la parte más inhóspita del país. Desde entonces había sido el quebradero de cabeza de muchos regentes. Hacía seiscientos años que una sublevación había amenazado la estabilidad de la zona durante ocho meses. Pese a conseguir detenerla con el envío de un gran número de *bushis*, se decidió acabar de una

vez por todas con la amenaza bárbara.

Tuvieron que pasar otros noventa años de continuas expediciones guerreras para que por fin se diera por zanjada la cuestión y se estableciera una frontera clara. Sakanoue no Tamarumanu había soportado lo peor de la última fase y como recompensa la corte Nara le nombró «Gran General apaciguador de los bárbaros» (*sei i tai shōgun*). Tal fue la relevancia de la gesta de este famoso guerrero que el término sería retomado para calificar al líder de los *samuráis* tras las invasiones mongolas. Aún vivían en libertad algunos de los descendientes de aquellos bravos salvajes y protagonizaban esporádicos intentos de saqueo de las ciudades de aquella región, aunque hubieran perdido ya su carácter real de fronterizas.

El hecho de que Yami conociera su nombre le enfureció aún más y no pudo evitar acercar su mano disimuladamente a la empuñadura de la *katana*.

—No habéis contestado a mi pregunta. ¿Qué os da derecho a venir hasta aquí y utilizar un arco sin el permiso de mi padre?

Yami pareció relamerse como un gato después de haber devorado un orondo ratón. Su rostro era irregular, con la nariz torcida de una fractura mal curada y los pómulos exageradamente pronunciados. La frente pequeña, por el nacimiento del pelo inusualmente cerca de sus ojos, casi en mitad de la frente, y los dientes superiores torcidos le confería un aspecto asilvestrado. Sus brazos y su pecho se marcaban a través del *kimono*, denotando una fortaleza enorme, que había sido necesaria para poder realizar un lanzamiento certero a tan enorme distancia.

—Kazuo me ha rogado que acudiera a su lado, al parecer necesitaba la presencia de su sobrino *samurái*.

Tadanuki, no daba crédito a lo que acababa de escuchar. ¿Le había llamado en verdad Padre? ¿Era uno de esos familiares lejanos que había mencionado Madre? La furia no dejaba de bullir en su interior. Estaba burlándose de él. Primero con el derribo del *tsubame* y ahora con la insinuación de que Kazuo necesitaba un *samurái* de la familia a su lado, recalcando que él no era suficiente apoyo y por tanto resultaba incompetente como hijo.

Sin embargo, no podía hacer nada. De ser verdad era inconcebible que se opusiera a la voluntad del jefe de la familia. Además, el hecho de no hacerle partícipe de sus deseos era aún más humillante.

Su mente estaba bloqueada, no conseguía organizar sus pensamientos y se sentía cada vez más avergonzado, sin saber cómo enfocar la situación para evitar que aquel *samurái* escapara sin contestación a sus insultos.

—Y tú debes ser mi prima Minako.

—Yo no tengo ningún primo y menos uno tan sucio —contestó la pequeña dando un paso al frente y encarando a los hombres sin reparar en los bufidos de los caballos, inquietos ante su súbita y cercana aparición.

En efecto, los rigores de tan largo viaje habían hecho que sus ropas estuvieran manchadas de barro y algo deslucidas.

Por los ojos de Yami cruzó un rayo de ira, que al instante procuró disimular sonriendo con fingida despreocupación.

—Aún no me has dado las gracias por recuperar tu pequeña cometa, prima.

—Ya veo que estáis dispuesto a atender mis necesidades. Lo siento, no necesito más sirvientes de momento.

La altanería inicial acabó por esfumarse definitivamente de la cara del *samurái*, que se tomó inexpresiva y severa. Esta vez fue él el que acercó la mano a la empuñadura de su arma. Los hombres que le acompañaban también se separaron para tener el espacio suficiente para desenvainar, atentos a una señal de su jefe, y Tadanuki afianzó los pies para moverse lo más rápidamente posible en caso de necesidad. Puede que no pudiera evitar su muerte, pero solo lamentaba el peligro al que había expuesto a la pequeña Minako. Era su responsabilidad y había faltado a ella al no considerar las implicaciones de aquel enfrentamiento. Padre no se lo perdonarla.

Tuvo que esforzarse en olvidar todo pensamiento de un plumazo, debía concentrarse en el momento y en nada más. Un *bus hi* podía perder la vida en un instante, el suficiente para tratar de obviar algo que le inquietara en la mente. Se concentró en cómo matar en primer lugar a Yami, no solo porque era el más cercano y seguramente el primero en atacar, sino porque se entregaría al vacío feliz si este le acompañaba.

Sin embargo, Yami no desnudó su *katana* y se limitó a permanecer un instante más totalmente inmóvil sobre su montura, quizá porque para él era más doloroso reconocer que una simple niña había logrado irritarle hasta el punto de tener que recurrir a la fuerza o tal vez porque había caído en la cuenta de que no sería la mejor forma de presentarse ante su tío. En cualquier caso controló su primer impulso y sin decir nada más les dio la espalda y espoleó su caballo. Lo hizo con tanta rudeza que este levantó sus patas delanteras antes de emprender la carrera hacia la mansión. El resto de su séquito hizo lo propio un instante después, no sin antes dedicarles unas miradas airadas.

Tadakuni disimuló una sonrisa. Pequeña Hermana había logrado que al fin y al cabo no saliera indemne. Interiormente se alegró de su lengua rápida y gracia natural.

—Has obrado mal, Pequeña Hermana —dijo sin demasiada convicción—. Debes demostrar respeto hacia un *samurái*. Además, puede que sea un familiar.

—Le odio —terció la pequeña—, ha destrozado mi *tsubame*.

—No te preocupes Minako. La arreglaremos y pronto volverá a elevarse.

—¿Crees que en verdad es pariente nuestro? No puedo creer que

semejante mono haya compartido de alguna forma nuestra sangre.

En verdad había acertado con el calificativo, pues recordaba a uno de esos peludos animales y esta vez no reprimió una leve carcajada.

—No lo sé, Pequeña Hermana, pero estoy seguro de que pronto lo averiguaremos. Vamos, recojamos lo que haya quedado de la cometa y volvamos a casa.

Tadakuni ardía en deseos de saber más acerca de aquella inesperada visita. Como un mazazo habían vuelto nítidas las insinuaciones de Madre. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué hacían allí aquellos hombres?

Una oscura incertidumbre se había instalado en el joven corazón de Tadakuni.

Kazuo aguardaba de pie en la galería cubierta junto al jardín con un *kimono* de seda blanco recorrido por decenas de hojas púrpuras bajo un manto cruzado de puños adornados con filigranas doradas. Su semblante no atestiguaba la menor emoción mientras dirigía la mirada al exterior, pero su interior bullía de excitación. Eran momentos muy delicados. Desde el último intento de invasión mongol y el alzamiento posterior del *shōgunato* el país había experimentado una larga estabilidad, que había sido muy beneficiosa para los negocios. Siempre existía un noble que deseara un hermoso cuadro o un arcón de madera ornamentada, una dama que ambicionara adornar su rostro con delicadas pinturas, un *samurái* altivo ansioso por cambiar los ornamentos de su armadura por otros más elaborados y nunca faltaba el maestro de *cha* amante de nuevas y exclusivas porcelanas. Y todos ansiaban la exclusividad y belleza de los países del otro lado del mar, lo que rendía mayores beneficios para los pocos que contaban con el permiso de Kamakura para mantener relaciones con ellos. Él conseguía todo lo que la clase opulenta pudiera desear cómodamente, gracias a su sencilla pero eficiente red de conexiones con las ciudades costeras de *Catay*, y cuadriplicaba el coste a la hora de proporcionarla.

Pero ahora todo eso podía venirse abajo. En los últimos tiempos esa estabilidad se había quebrado. El descontento de la pujante clase militar respecto al *bakufu* iba en aumento y además los señores feudales cada vez contaban con mayor número de *bushis* con los que desafiar al poder central. Ansiaban más riqueza, más tierras y más independencia, pero Kamakura no podía atender a sus demandas. Por su parte, Kazuo se había visto obligado a implicarse en una contienda y había vivido lo suficiente para saber que se avecinaban cambios importantes.

No podía soportar la posibilidad de que todo lo que había conseguido pudiera esfumarse en un solo instante. En este momento debería dedicarse a envejecer tranquilo, cumplido el sueño de crear un poderoso clan, convertido

en el patriarca de una prestigiosa estirpe que le recordara durante infinidad de generaciones. Sin embargo, se enfrentaba al mayor de sus desafíos. Las decisiones que tomara en los próximos días podían cambiarlo todo y eso le provocaba un vértigo insoportable.

Había estado a punto de alcanzar su deseo de afianzar de una vez por todas su posición inestable. Las riquezas y la influencia no podían mantenerse sin el respaldo de la clase del que carecía, siempre obligado a congraciarse y depender de aquellos que lo ostentaban. No podía convertirse en un señor de la guerra ni reclamar poder para sí. Lo impedía su casta de comerciante y, pese a que su padre pertenecía a una familia de *bushis* que había brillado con luz propia en las guerras Genpei doscientos años antes, jamás sería nombrado *samurái*. Incluso sospechaba que la muerte de Sato en una lejana tierra asolada por continuas escaramuzas con los bárbaros no había sido casual.

La escalada de violencia en Bingo le había obligado a apoyar a un terrateniente local, que además era *jitō*, sin duda un poderoso aliado, pero también un nuevo enemigo para Kamakura. Estaba seguro de que su hegemonía en la región le convertía en amenaza para el *bakufu*.

Su único consuelo era recordar que no había tenido otra opción que la de apoyar a Iwakura. Era la amenaza más cercana. Tanto si se hubiera mantenido al margen como si se hubiera puesto del lado del otro clan en esos momentos tendría en la puerta de su casa una multitud de *samuráis* victoriosos con la venia para despojarle de toda su riqueza. Todos los que apoyaban a un señor en una campaña militar exigían el pago por su apoyo y estaba seguro que sus bienes servirían para rescindir la deuda de Iwakura. Así eran los *bushis*, voraces carroñeros, supuestos defensores del honor y la lealtad. Pero ni lo uno ni lo otro dan de comer, por lo que acaban convirtiéndose en saqueadores y ladrones con la absurda justificación de haber combatido a muerte por un señor. ¿Qué sabían ellos de lo que era luchar por conseguir y mantener aquello que expoliaban? ¿Les importaba acaso?

Debía fortalecerse lo antes posible para intentar mantenerse a flote entre las olas impetuosas del cambio.

Una nube blanca recorría lentamente la bóveda inmaculada del cielo cambiando caprichosamente de forma. En el jardín se escuchaba el murmullo del pequeño torrente. Kazuo olvidó momentáneamente sus preocupaciones y admiró el recorrido de un gavilán. Se preguntó qué pensaría de él mientras observaba desde aquella altura el mundo bajo sus alas. Seguramente sería un insignificante jirón de color entre la enorme extensión que se extendía bajo su posición privilegiada. ¿Qué le importaría a él el destino de los hombres? Nada de lo que ocurría en el suelo alcanzaba el cielo.

Pensó que sería un buen momento para escribir una poesía sobre el vuelo de la nube y el gavilán. Desde hacía unos años estaba obsesionado por elaborar las mejores composiciones posibles, a fin de emular a los nobles a los que

vendía sus mercancías. Había contratado a varios maestros en todo aquel tiempo, cultivándose para emular a los grandes poetas del pasado y logrando que sus improvisaciones resultaran aceptables, pero había abandonado la idea de aprender el idioma del otro lado del mar, usado por la nobleza a la hora de practicar la poesía. Era demasiado complicado pensar con otras palabras y al mismo tiempo enlazarlas de forma bella.

Pero antes de empezar se escuchó el *shoji* correr a su espalda y Tetsu habló desde el quicio.

—Mi señor, Kahei Yami pide audiencia.

Kazuo respiró hondo una vez antes de contestar aún con la mirada alta.

—Que pase.

—¿Debo quedarme?

—No será necesario —contestó impulsivamente, pero reconsideró su decisión por un instante—. Espera. No vendrá solo, ¿verdad?

—Le acompañan cuatro *samuráis*.

Kazuo trató de calibrar cuál sería la interpretación apropiada de semejante escolta armada. Era cierto que llegaba recorriendo una enorme distancia, lo que implicaba atravesar bosques atestados de bandidos y tierras de terratenientes caprichosos, pero aun así tal vez sería imprudente confiarse en exceso.

—Está bien. Vendrán de un largo viaje. Acomoda a su escolta en los Dragones Protectores, pero lejos de los aposentos de la familia, y quédate en el pasillo por si te necesito.

Tras desplazarse el *shoji* hasta cerrarse, Kazuo afinó el oído. Creyó distinguir en la escalinata de entrada las protestas de los visitantes. Esa sería la primera prueba de confianza y lealtad que necesitaba. Un *samurái* no se alejaba mucho de su caballo y su arco, pero su *katana* era portada en toda ocasión. Alguno incluso creía que un espíritu anidaba en ellas y les ponían nombre, imaginando que la fuerza de su brazo aumentaría si reconocía una voluntad en el metal brillante, pero también era un símbolo de su hombría y poder. Estaba seguro que Yami tendría una fuerte lucha interior ante la norma de la casa de acercarse a Kazuo desarmado y solo. Esta exigencia solo podría imponérsela un *samurái* de mayor rango. ¿Sería más fuerte la curiosidad que el orgullo? ¿La confianza que el *bushido*? Al poco escuchó unos pasos airados acercarse al *shoji* y no pudo evitar congratularse por su primera victoria.

Cuando Yami penetró en la estancia no efectuó saludo alguno, pese a encontrarse frente al señor de la casa. Ya había soportado bastante al tener que deshacerse de sus armas a la entrada.

Kazuo tampoco le dirigió más que una leve inclinación de cabeza. No podía permitirse perder la ventaja con la que contaba. No obstante, esta dependía de un precario equilibrio que le aconsejaba no forzar más la situación. Obvió por tanto el desaire y habló en primer lugar.

—Una gran alegría me invade al volveros a ver, Yami.

El joven desatendió sus palabras de bienvenida y habló con aspereza.

—Curiosa forma de recibirme, obligado a desarmarme y presentarme solo como un vulgar campesino, olvidando mi condición.

—Debéis tener en cuenta que debemos ser discretos. Es una norma que aplico a todo aquel con el que me encuentro a solas. No albergo la menor duda sobre vuestras intenciones. Además, sé que vos también encontraréis provechosa esta prudente manera de proceder en cuanto tratemos el asunto por el que os he hecho venir.

Yami se acercó aún enojado, resoplando como un toro hasta el borde de la sala junto a Kazuo, que ignoró su aparente estado belicoso, conocedor de la continua preocupación de los *samuráis* por parecer honorables.

—Los acontecimientos se precipitan, sobrino.

—Y el momento de explicarme el motivo de la urgencia de tu llamada también. No hemos dejado de cabalgar en una semana y he dejado desatendida a mi gente en la frontera.

Kazuo se removió inquieto ante la mención de lo precipitado de su llamada, circunstancia que le incomodaba sobremanera, pues hubiera deseado tener más tiempo para orientar sus pasos. Además, le hacía perder fuerza frente a su sobrino.

—Quizá no sepáis que la situación aquí ha cambiado. El orden de las cosas ha quedado definitivamente alterado. Iwakura acaba de lograr una poderosa victoria que le ha convertido en el señor de la guerra más poderoso de todo el Oeste.

—Entonces es eso lo que deseas, protección para tu mansión y tus redes comerciales.

—No es lo que me inquieta, sobrino. No dudo de vuestro valor, pero cuento con un pequeño ejército que me ha servido bien. Esa no es la cuestión.

Yami gruñó y pareció desconcertado. Era obvio que había supuesto que un comerciante, por muy rico que fuera, no contaba con la fortaleza suficiente para subsistir en un país de carácter militar y que ese era el motivo de su demanda. Él era un *samurái*, no sabía hacer otra cosa que luchar. ¿Qué era lo que podía necesitar Kazuo si no?

—Además le he apoyado —añadió.

Esta vez Yami no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—¿Cómo? No eres un *bushi*, ni perteneces a ningún clan *samurái*. ¿Qué te da derecho a participar en una contienda? ¿Y con qué propósito?

—Es algo que debo explicar, pero antes debo cumplir con mi deber de anfitrión.

Dicho esto sacudió dos veces sus palmas y al instante apareció una sirvienta en el umbral con *sake* caliente. Ambos se acercaron a unos cojines colocados en el interior, justo al inicio de la galería exterior, y esperaron en

silencio a ser servidos. La vista era estimulante, pues habían sido corridos todos los paneles y apartadas las persianas, de tal forma que el hermoso jardín de la casa aparecía espléndido ante ellos. Después de vaciar de un solo trago sendas tazas, la joven volvió a llenarlas y se retiró delicadamente. Entonces Kazuo retomó la conversación.

—Os expondré cuál es mi situación. Han pasado numerosos años desde que contara con uno de los pocos permisos del *shōgun* para comerciar con los reinos al otro lado del mar, lo que me ha permitido prosperar enormemente. Esto es del todo inusual para mi casta de comerciante, ya que el poder central diversifica sus apoyos y los administra de tal forma que no supongan jamás una sombra a su dominio. He mantenido mi posición durante tanto tiempo por los lucrativos impuestos que han acabado en Kamakura. De todos es sabida su dificultad para mantener la lealtad de los *jitō* y los grandes terratenientes, pues ya no existen tierras con las que pagar sus servicios y no puede exigir a estos unos tributos demasiado altos. El comercio con el exterior es una de las soluciones, pero no debe permitir que los administradores del poder central en las provincias accedan a esta actividad y se enriquezcan, por lo que nombra a *samuráis* en los puestos políticos, ya que pensáis que comerciar es deshonroso para un guerrero.

Yami asintió con una desagradable mueca, tratando de recordar a Kazuo que él era uno de aquellos a los que despreciaban.

—Aun así —continuó olvidando el gesto—, debe controlar a los intermediarios, no puede agotar su fuente de ingresos ni permitir que estos se hagan imprescindibles. Sin embargo, mi red es demasiado amplia, cuento con la confianza de los reinos del otro lado del mar y el secreto de cómo llegar hasta ellos de forma segura a través del mar traicionero y los *wakos*. Digamos que sería difícil de sustituir, por lo que he logrado con el paso de los años un trato de favor.

—Sin embargo, si te convirtieras en un elemento molesto, el hecho de que no seas *samurái* te haría fácilmente prescindible.

—Así es. Podría ser aplastado en cualquier momento con la mínima excusa, por lo que soy moldeable bajo esa amenaza velada. Ese es el motivo por el que he tratado de buscar los suficientes respaldos para que mis propios beneficios fueran lo más altos posibles.

—¿Cómo?

Kazuo no pudo evitar una leve sonrisa ante la aparente ingenuidad de Yami.

—Sobornando a los representantes de Kamakura. Gracias a ello parte de la mercancía de mis barcos no ha sido contabilizada en los registros de los puertos y lo mismo ha ocurrido en los pasos fronterizos y aduanas.

Yami no dijo nada. Era obvio que no estaba familiarizado con todo aquello, pese a que su tío estaba haciendo una mención somera y esquemática

del complejo entramado comercial y sus relaciones. Por un momento se preguntó si no estaría yendo demasiado lejos, si al fin y al cabo su sobrino no aceptaría su propuesta y utilizaría esa información para traicionarle. Sin embargo, la situación era lo bastante desesperada como para no tener más remedio que arriesgarse, así que siguió hablando.

—Estamos demasiado lejos de Kamakura y el *shōgun* no podía dejarme sin control. Por ese motivo estoy rodeado de poderosos *jitō* que ansían mis riquezas. Ellos son los que me controlan e informan de mis movimientos con la remota esperanza de que mis tesoros acaben en sus alcobas.

—¿Y qué se lo impide? Un *samurái* coge lo que necesita.

Kazuo prefirió pasar por alto aquella muestra de soberbia y prosiguió paciente.

—El propio *shōgun*. Sería desastroso para él que un poderoso señor de la guerra contara con el suficiente oro para fortalecerse aún más. Sabe que en realidad no son leales a él, sino a sí mismos y a su inagotable codicia. Sin embargo, estos no han dejado de presionarle y yo no he dejado de darles motivos, procurando hacer ostentosa mi fortuna ante sus ojos.

—No lo entiendo. Has arriesgado demasiado. Ni siquiera el *shōgun* podría retenerlos. Cualquiera de ellos podría haberte aniquilado. ¿En verdad has alimentado su odio hacia tu persona?

—Digamos que la recompensa era comparable al riesgo y la forcé lo suficiente para que el *shōgun* no pudiera eludir mi petición.

Yami intentó asentarse mejor sobre sus rodillas y volvió a gruñir inquieto. No acababa de entender los complicados vaivenes de su tío pero era demasiado orgulloso para demostrarlo abiertamente.

—¿Qué petición?

—Para entonces mi hijo mayor ya estaba a vuestro lado combatiendo en la frontera y procurando gestas militares.

—Y yo cumplí con mi cometido. Las procuré rechazándolas para mí y al mismo tiempo le mantuve con vida.

—Gesto que os agradezco en grado sumo —contestó Kazuo con una ceremoniosa inclinación forzada, pues aún recordaba el alto pago en caballos y armas que le había costado tal servicio—. Por dicho motivo solicité al *shōgun* que nombrara a Sato *samurái*. De esta forma aseguraba acallar las críticas de los *jitō* hacia mi persona y también dejaba sentenciado el aumento creciente de mi fortuna, pues prometí a cambio retirarme y trasladar las relaciones comerciales al funcionario que Kamakura eligiera, revelando a este mis secretos y mis contactos en *Catay*. Dejaría la cabeza de la familia a Sato que, dada su condición de *samurái*, no podría continuar con el boyante comercio familiar. Dividiría mi fortuna entre todos mis hijos y así ninguno de ellos contaría con una suma preocupante. El *shōgun* pacificaría la zona con una sola decisión. Pero desgraciadamente no llegó a materializarse. Sato murió de

regreso a casa cuando ya contaba con el honor de ser llamado *samurái*.

Kazuo suspiró y perdió momentáneamente la compostura. Ni siquiera había podido estrecharle entre sus brazos ni ver la expresión de su rostro sabiéndose *samurái*. Nunca olvidaría el aciago día en el que llegó hasta el patio de la mansión no con la ceremonia debida, montado en un poderoso caballo de guerra y seguido por el resto de los *bushis* alzando el *mon* familiar como indiscutible señor, sino en anganillas y alcanzado por una flecha asesina.

—De nuevo tuve que solicitar el favor del *shōgun* —prosiguió tratando de no permitir que los funestos recuerdos le hicieran perder el hilo de la conversación—, pues la situación era insostenible para mí, solo que esta vez el precio fue tremendo. Perdí la mitad de mis propiedades a cambio de afianzar su apoyo y respaldo, que fueron repartidas entre los *jitō* vecinos, y concedí un aumento de los impuestos de las entradas y salidas de objetos, oro y alimentos.

—¿Por qué no procuraste que tu otro hijo fuera igualmente nombrado *samurái*?

—No hubiera sido concedida la misma gracia en tan breve espacio de tiempo. Además, Tadakuni nunca será como Sato, no cuenta con la misma valía.

—Y si alcanzaste tal acuerdo, ¿por qué apoyar ahora a Iwakura? Deberías haber mantenido el favor del *shōgun*. Iwakura continuará expandiéndose, pues es la única forma de no ser eliminado por el resto de los terratenientes de las provincias, y Kamakura le destruirá y con él caerán todos sus aliados.

—Lo que decís entraña una gran verdad pero estamos demasiado lejos de la capital. Pacificar una zona tan alejada supondría movilizar un ejército que se desplazara una enorme distancia. No podría ser el elitista contingente personal del *shōgun*, pues le dejaría debilitado por espacio de meses, y para lograr que otros *jitō* asuman el enorme coste del desplazamiento o unir en una sola fuerza a los que se encuentran aquí necesita tiempo. Ese tiempo cuenta en favor de Iwakura, es del que dispone para fortalecerse y no dejará de atacar todas las provincias cercanas, o al menos conseguir los apoyos necesarios. Cuenta con la iniciativa. Cuanto más poderoso sea más tiempo necesitará el *shōgun* para equilibrar la balanza.

—¿Acaso crees que será capaz de desafiar y vencer al propio *shōgun*?

—No necesita enfrentarse abiertamente a él, sería más inteligente hacerse fuerte, lo suficiente para ser un bocado demasiado grande, y realizar algún apoyo testimonial al gobierno pero guardar las apariencias y mantener su independencia. De otra forma será aplastado, pero incluso en ese caso pueden pasar muchas lunas, incluso años si es lo bastante hábil. En ese tiempo yo habría sucumbido. Lo que trato de decirte es que he tenido que dar respuesta al peligro más cercano. El hombre fuerte aquí y ahora es Iwakura. Apoyándole he mantenido la cabeza sobre los hombros un día más y como Iwakura debo fortalecerme lo antes posible.

—¿Y cuál es mi papel en todo esto?

Kazuo no contestó inmediatamente. En su lugar llenó personalmente la taza de su sobrino y brindó de nuevo en su compañía. Tras vaciarlas de un trago y dirigirse las correspondientes inclinaciones de cabeza, retomó la palabra en un tono cómplice. Ese era el momento que había estado esperando y ardía en deseos de saber la reacción de Yami.

—Necesito que partas hacia Kamakura y negocies en nombre de la familia un nuevo acuerdo.

Kazuo contuvo inconscientemente la respiración e intentó leer en el semblante de Yami lo que pasaba por su mente, pero solo observó que sus ojos se empequeñecían ligeramente. Pasado un instante eterno sin obtener respuesta, Kazuo se levantó e invitó con un ademán a su sobrino para que le acompañara hasta la galería abierta que daba al jardín.

—Mi querido sobrino, he luchado toda mi vida por lograr prosperar. Sin embargo, soy consciente de que nada de lo que haga puede hacer cambiar el orden de las cosas. No existe grandeza en un apellido sino es acompañado de un título o un rango elevado. Nuestra única posibilidad era conseguirlo por medio de la milicia, ser *samuráis*, la nueva y emergente nobleza. Pero ahora soy consciente de que ni yo ni mis hijos alcanzaremos jamás tal condición. Por eso pido vuestra ayuda.

Yami pareció meditar sus próximas palabras y Kazuo le concedió un tiempo para ello con el fin de no forzarle. Dirigió su mirada hacia el frondoso jardín al que los ojos de su sobrino apuntaban y esperó. Al poco Yami tomó la palabra.

—¿En qué calidad me presentaría en Kamakura?

—En calidad de heredero de mi casa.

Yami no pudo evitar girar su cabeza hacia Kazuo. Desde luego no esperaba aquel increíble ofrecimiento. Era impensable que en sus manos recayera aquella increíble fortuna. Sin duda no podía ser tan fácil. Debía meditarlo todo cuidadosamente, pero no delante de su tío. En todo aquello debía existir un contrapunto que se le escapaba.

Antes de partir, su padre le había contado someramente la historia de Kazuo, cómo había sido vendido a un comerciante de paso durante un invierno especialmente duro en el que apenas tenían algo que llevarse a la boca. Al cabo de los años Kazuo había conseguido hacerse con el negocio de aquel hombre y expandirlo hasta lograr unos beneficios desmesurados. No podía creer que ahora estuviera dispuesto a cederle el fruto de toda una vida de trabajo y sacrificio. Debía obtener más información y lo primero era observar más detenidamente las palabras y actitudes de Kazuo.

—¿Y qué pasa con tu heredero legítimo? ¿Cómo se puede arrebatarle su derecho?

—Empezaremos con vuestra adopción. De esa forma ambos seréis

herederos legítimos, después habrá que procurar desacreditarle.

El joven *samurái* no dejaba de sorprenderse. ¿En verdad hablaba en serio? ¿Sería capaz de negar a sus propios hijos el legado familiar?

Decidió seguir preguntando para esconder su incertidumbre y ganar algo de tiempo para organizar sus ideas.

—¿Cómo lograrás algo así? Ni siquiera soy conocido para tu gente.

—En primer lugar es necesario que os ganéis el apoyo de mis *samuráis* y que al mismo tiempo implique el olvido de Tadakuni. Podíamos empezar haciendo conocer vuestras gestas bélicas. Tengo entendido que entre *bushis* estas son muy apreciadas. Tadakuni en cambio no ha participado más que en una batalla y yo mismo me he encargado de hacer ver ante todos que, lejos de ser heroica, solo ha traído descrédito a nuestro apellido. Hay que demostrar que vuestra mano es fuerte y vuestro ánimo elevado, que seríais mucho más adecuado para tomar las riendas de la familia para cuando yo falte. Además vos sois *samurái*. No cabe duda de que mis guerreros aceptarán de buen grado el cambio del futuro señor.

Yami aceptó el cumplido con una leve inclinación de cabeza. En efecto era *samurái* y solo su presencia podía hacer que aquella familia contara con el suficiente honor y respaldo para sobrevivir en aquellos tiempos cambiantes. De todas formas expresó sus reservas.

—Puede llevar tiempo…

—Ciertamente no disponemos de demasiado. Será conveniente que seamos diligentes.

—¿Hasta qué punto son fiables tus hombres? Al fin y al cabo no son más que *ronin* a sueldo.

Kazuo no pudo evitar un leve gesto de contrariedad. Otra vez había salido a relucir la honorabilidad de los *samuráis* y su *bushido*. Era molesta la continua obsesión por tan elevados y artificiales principios, pero al fin y al cabo era lo que les hacía previsibles y por tanto manejables si se sabía cómo. En ese código militar de conducta llamado *bushido*, ser *ronin* era un descrédito. El haber perdido a su señor, ya fuera por desprecio de este o por su muerte violenta, significaba haber faltado a su deber o estar maldecido, añadiendo también que la lealtad pagada no era admisible. Sin embargo, Kazuo sabía que no existía mejor amo que las monedas.

—Me son leales hasta la muerte, no alberguéis preocupación por ello. Los recogí cuando vagaban por los caminos. Restauré su servicio de armas y les proporcioné la oportunidad de redimirse.

Era obvio que sus palabras no acallarían los prejuicios de Yami, pero también contaba con que sus recelos no eran más que fachada. En el fondo no era tan diferente a ellos como creía. Estaba seguro de que el deseo de las riquezas que esperaba alcanzar acallaría cualquier reticencia. No obstante, Kazuo prefirió no seguir forzando una respuesta y procuró unos momentos de

silencio, tras los que decidió cambiar radicalmente el rumbo de la conversación.

—¿Cómo está mi viejo hermano?

—Hinoku Tenzo se muere.

La noticia no causó la menor agitación en el corazón de Kazuo. Al fin y al cabo apenas le recordaba. Kazuo era hijo ilegítimo, algo bastante habitual entre las familias *samuráis* de la frontera. Algo menos frecuente había sido que conviviera con el resto de la familia hasta la edad de cinco años, pero en el noroeste no existían muchas restricciones a la voluntad del jefe del clan. Era una tierra dura en la que se imponían otras necesidades que olvidaban la costumbre.

—Todos tenemos que morir —contestó solemne.

—Cierto, la vida no puede desligarse de la muerte.

—Como hijo mayor pronto serás el nuevo señor Higa Hinoku y reunirás el honor y la riqueza de ambos.

Yami no pasó por alto el hecho de que su apellido fuera mencionado en segundo lugar, otorgándole menor categoría a su linaje, y le molestó que su tío pensara que podía adularle con esa visión de supuesta grandeza, como si pensara que estaba frente a un niño o un bárbaro de talento limitado y mente dormida, pero ahora debía ser cauto y ceder lo suficiente para no perder su confianza, por lo que disimuló su malestar.

—¿Y qué pasará con el resto de la familia? ¿Lo aceptarán?

—Nadie cuestiona mi autoridad. No solo en las familias *samuráis* existe el respeto. Para empezar estoy planeando una boda que alejará a Tadakuni de la provincia. En cuanto a mi hija mayor Sumiko vive en la capital en compañía de su marido, un servidor del gobierno bastante predecible, al que siempre he manejado a mi antojo. Es un rechoncho personaje amante de los ábacos, que tiembla de miedo cada vez que escucha desenvainar una *katana*. No te preocupes, jamás se atrevería a reclamar mi herencia.

—¿Y la pequeña Minako?

—Aún es demasiado joven. Ya concertaremos la boda que nos sea más provechosa, descuidad.

A Yami aquello no acabó de gustarle, pero comprendía que fuera de los territorios del noroeste las cosas eran más «civilizadas». De donde venía no se dejaban a medias. Era un riesgo innecesario el permitir seguir viviendo a aquellos que podían reclamar en un futuro lo que era suyo, pero nuevamente guardó para sí sus pensamientos.

—¿Y qué pasará cuando regrese?

—Os quedaréis a mi lado y vuestro apoyo será decisivo para lograr salir airosos de esta encrucijada. Cuando sea el momento oportuno haremos efectiva vuestra adopción y más tarde el nombramiento de heredero legítimo.

Aquello tenía más sentido. Al parecer exigiría su apoyo para salvar su

fortuna y su cabeza con la promesa de la adopción, pero tal vez decidiera echarse atrás o incluso mandara asesinarle cuando el peligro hubiera pasado.

Llegar a esta conclusión no le produjo desasosiego o temor, ni tampoco le hizo albergar resentimiento alguno hacia Kazuo, al fin y al cabo se comportaba de forma lógica al utilizarle, y en su lugar se instauró un eufórico alivio. Había vislumbrado la celada de su tío, algo que hacía por fin comprensible todo aquel complicado discurso. Ya tendría tiempo de hacer que las cosas giraran en su favor si decidía aceptar la oferta.

Sin embargo, quedaban muchas cosas en el aire. Para empezar debía averiguar hasta qué punto la información de la situación que le había explicado Kazuo era cierta, si era prudente inmiscuirse en ese momento y cuál sería la posición más inteligente, cuál era el bando que más le interesaba. También tendría que tantear la situación en la casa y averiguar la cohesión de la familia Higa. Desde luego, Kazuo contaría con ello y una oferta tan beneficiosa solo podía indicar algo. El riesgo era muy elevado.

—Os agradezco la confianza que habéis demostrado al contarme todo esto pero renunciar a mi otra familia y a mi vida anterior me produce un gran desconsuelo, sin olvidar que tendría que renunciar a grandes responsabilidades que había decidido adquirir. Sin embargo, no puedo daros una respuesta inmediata. Debo estimarla oportunamente y sopesar mi respuesta.

Kazuo sonrió abiertamente. Su actitud hacia él había cambiado radicalmente desde que entrara en la sala. No podía esperar nada más. El hecho de que hubiera consentido en meditarla solo podía significar que la aceptaría y que una educada dilación solo intentaba maquillar su avaricia. Era consciente que en aquel muchacho no existía el menor apego filial y que había aceptado a una serpiente en su palacio. Tanto daba. Cada cosa a su tiempo.

—No podía esperar otra cosa —respondió adulador—. Pero ahora olvidemos las preocupaciones y atendamos a vuestro cuerpo fatigado por tan largo viaje. Tengo a vuestra disposición mis masajistas personales, que estarán gustosas de atender también a tus hombres después del baño caliente.

—Os agradezco el ofrecimiento, pues en efecto, estamos cansados.

—Será un honor acompañaros hasta la casa de baños.

Ambos inclinaron sus cabezas en señal de respeto y en los dos semblantes se dibujó una sonrisa.

Cuando corrieron el *shoji* Tetsu aguardaba paciente en *seiza* a unos pasos y en cuanto abandonaron la sala se levantó enérgico mirando el rostro de su señor, esperando cualquier directriz respecto al invitado, pero el semblante de Kazuo era sereno y le tranquilizó bajando la mirada.

Los tres salieron en silencio hasta el exterior, con Tetsu a tres pasos por detrás. En lo alto de la escalinata de la entrada principal se calzaron y, como había ocurrido con su tío, el *samurái* que esperaba con la *katana* de Yami sentado en mitad del patio se puso de pie a la espera de cualquier demanda de

su señor. También Yami le pidió tranquilidad con un ademán somero y le hizo esperar su llegada hasta él para restaurar sus armas.

En ese momento Aiko apareció acompañada de su dama de honor desde el otro extremo de la explanada interior del palacio. Lucía un bello *tsukesage, el kimono* encamado con mangas cortas, correspondiendo a su condición de casada. Le adornaban dos ramas de cerezo en flor que nacían de ambos hombros para recorrer los brazos y bajar hasta la mitad de la espalda. El pelo negro, tan intenso como el ala de un cuervo, caía hasta rozar el suelo y su rostro se ocultaba recatadamente en un hermoso abanico desplegado.

La mirada de Yami quedó hipnotizada por la maestría de sus cortos y rápidos pasos, limitados por el largo y entallado *kimono*, que la desplazaban en su dirección suavemente a semejanza de una pluma abandonada al viento. Los cuatro hombres se detuvieron al unísono y contemplaron en silencio los movimientos mesurados y ecuánimes de su apenas perceptible contoneo. Yami jamás había visto a una gran dama como aquella. En su tierra las mujeres se diferenciaban poco de los hombres en sus ropas, que eran siempre cómodas y holgadas, o en el comportamiento, brusco e impetuoso. La única diferencia para él había sido su debilidad y la necesidad de contar con un hombre que las protegiera y proporcionara seguridad, por lo que las tomaba cuando deseaba y no había margen para la coquetería o la gracia. Sin embargo, aquella mujer rezumaba una diferencia tan sustancial que se apreciaba incluso a aquella distancia. Su cabeza inclinada expresaba humildad, su cuerpo menudo una fragilidad delicada, pero al mismo tiempo existía una seguridad insustancial que la rodeaba como un halo inseparable, lo que la confería una dualidad desconcertante. Aquella mujer tendría una edad cercana a la de su propia madre y sin embargo no pudo evitar preguntarse por un momento si en el lecho sería capaz de perturbar aquella máscara. ¿Escondería el mismo deseo, la misma ansia que el resto de las que había conocido? Y si no era así, ¿cómo sería forzar su voluntad?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la voz de Kazuo.

—Ah. Ahí viene mi esposa, Aiko. Será un placer poder presentaros.

Yami no dijo nada y esperó inmóvil a que llegaran hasta ellos.

—Querida esposa, este es Hinoku Yami. Se trata de mi sobrino, quien cuidara de Sato y de nuestro buen nombre en Dewa.

—Es un honor conoceros, sobrino.

Yami observó curioso la inclinación de su cuerpo mientras las sedas del *tsukesage* crujían. Lo único que permitía vislumbrar de su rostro el abanico eran unos ojos negros adornados con una fina línea negra y coronados por largas pestañas. Su frente blanca por el maquillaje se mostraba despejada de forma natural, ya que el pelo nacía armoniosamente atrás y a los lados. Todas las mujeres que había conocido necesitaban recogerse el cabello para evitar que su rostro quedara velado.

—También es el mío —contestó, ligeramente turbado.

—Debo añadir mi agradecimiento por la ayuda prestada a Sato. La protección y asesoramiento prestados permitieron que nuestra casa se llenara de dicha y orgullo.

El *samurái* no despegó los labios y siguió observando la dualidad de Aiko también en su voz. Las palabras y la melodiosa carencia eran sumisas pero al mismo tiempo transmitía firmeza. Su apariencia era tan frágil como la de un pajarillo, igual a un copo de nieve suspendido entre dos ramas. Se encontraba frente a hombres fornidos y armados y pese a todo ello en sus ojos no existía el menor atisbo de verdadera sumisión, intranquilidad o miedo, lo único que cabía esperar de una mujer, sino que su presencia emanaba una quietud y férrea voluntad desconcertante para él. Puede que se sintiera muy segura allí, dentro de aquel palacio, en el que hombres armados vigilaban las entradas, cerca de un marido rico que le concedía todos sus caprichos. ¿Acaso no sabía que podía cortarle la cabeza allí mismo si se le antojaba? ¿Desconocía que podía tomarla si lo estimaba conveniente y que nadie de los presentes podría evitarlo? ¿Desconocía lo que significaba ser *samurái*?

—Yami ha venido a ayudar a la familia en estos aciagos momentos en los que Bingo se enfrenta a un futuro incierto —continuó Kazuo—. Con su protección y apoyo la familia continuará prosperando.

—En ese caso debo agradeceros una vez más vuestra buena disposición para con aquellos con los que hasta hace muy poco no os unía lazo alguno.

Kazuo se quedó paralizado al escuchar la velada acusación. Aquella maldita mujer había sido rebelde desde el primer día tras su boda. Jamás le había respetado como marido pese a tratarla como una emperatriz, rodeada de riqueza, algo que jamás hubiera soñado si se hubiera quedado con su familia. En lugar de sentir agradecimiento por haberla rescatado de la más absoluta ruina y descrédito, en una casa en la que solo se mantenía en pie su apellido y el hambre era la única compañía, desatendía sus obligaciones como obediente esposa y se pavoneaba con su altanería y soberbia exasperantes. Sospechaba que, como el resto de la casta *samurái*, odiaba su condición de comerciante acaudalado pese a disfrutar de ella.

Miró horrorizado el rostro inexpresivo de Yami e imaginó que aquello podía significar el final del posible acuerdo y de todas sus esperanzas.

Tanto Tetsu como el *samurái* que acompañaba a Yami se miraron intensamente. Ambos habían palpado la tensión del momento y se estudiaban con celo profesional. Ambos eran *bushis* avezados y aceptaban sin cuestionarse los acontecimientos que día a día les encaminaban a encontrarse cara a cara con la muerte. Sabían que el próximo gesto o palabra de Yami podía desembocar en un enfrentamiento que se iniciaría con el entrechocar de sus *batanas*. Sin embargo, no existía pasión alguna en su comportamiento, sus miradas no expresaban el menor resentimiento hacia su adversario sino más

bien mudo respeto al quedar claro que ambos aceptaban su *karma*.

Pero la reacción se hizo esperar. El joven e impetuoso *bus hi* jamás hubiera consentido la menor ofensa de otro igual, pero aquello le desconcertaba. Estaba convencido de que Aiko no había cometido aquel desliz por descuido. Mientras la estudiaba no observó el menor cambio en su actitud sumisa, ni alteración alguna en su ligera respiración. No podía creer que no supiera que una provocación semejante podía significar el desastre para todos ellos. ¿Por qué trataba de provocarlo?

Cuando cayó en la cuenta se sorprendió de su falta de indignación por aquel reto lanzado al aire. En su lugar solo sentía curiosidad y aquella sensación era nueva para él. En cualquier caso seguía siendo el dueño de la situación, ¿para qué acabar tan pronto con ella?

—Representará una buena forma de practicar el *bushido* —contestó al fin.

El resto de los presentes no esperaban una reacción tan moderada y para satisfacción de Yami tampoco Aiko, que no pudo evitar dirigirle una mirada antes de volver a bajar la vista inmediatamente después.

Kazuo reaccionó rápido agradeciendo la buena fortuna, pero temiendo que aquella mujer pudiera volver a faltar el respeto a su importante anfitrión.

—Bueno, ahora nuestro invitado debe asearse y descansar. Por favor Yami, seguidme.

—Ha sido un placer conoceros, tía —se despidió.

—Agradezco vuestra cortesía —contestó inclinándose nuevamente, a lo que Yami correspondió con una sonrisa.

—Quizá volvamos a vemos en otro momento y podamos entablar una animada charla, esta vez eludiendo tan estricto protocolo.

—Sin duda habrá alguna ocasión si así lo deseáis.

—Con esa esperanza esperaré los días que pase aquí.

—¿Cómo? ¿No ha manifestado mi marido que velaréis por nuestra seguridad? ¿Solo os quedaréis unos días?

Estuvo a punto de responder que aún lo estaba considerando, que pudiera ser que marchara de allí abandonando la proposición, pero recordó que sin quererlo había dado a entender lo contrario. Se maldijo por su falta de reserva. Quizá eso era lo que buscaba desde el principio. Puede que estuviera todo planeado para forzarle a quedarse. ¿Era posible que una mujer le hubiera manejado hasta ese punto?

Se enfureció consigo mismo y decidió cortar de una vez con aquel desconcertante encuentro.

—Debo dejaros, Aiko —soltó con seriedad.

—Por supuesto.

Y para alivio de Kazuo continuaron hacia la casa de baños dejando atrás a las dos mujeres con sus cuerpos inclinados en señal de respeto. En cuanto se hubieron alejado lo suficiente Cho, la primera dama de honor de Aiko, habló

asustada.

—Estáis loca señora. ¿Cómo habéis osado hablar así a un *samurái*?

—Tanto tiempo en esta casa os ha hecho olvidar que yo también lo soy.

—Aun así habéis arriesgado vuestra vida. ¿Cuál es el objeto de tan temerario comportamiento?

Aiko seguía mirando a los hombres mientras se alejaban, sin reiniciar la marcha en mitad de la explanada.

—Mi hijo Tadakuni. ¿Qué otra cosa podía ser?

Mansión Brillo del Cielo, Bingo

—¿Por qué razón os entrometéis en asuntos ajenos a vuestra incumbencia?

Kazuo intentaba con escaso éxito no transmitir a sus palabras la ira que le poseía. Su cuerpo estaba rígido sobre la tarima de la estancia principal de la mansión y, pese a tener a su alcance un frasco de *cha* del que había tomado la mitad de su contenido, sentía una sequedad exasperante en la boca.

Aquella menuda mujer había estado a punto de echar por tierra todo su plan aun antes de comenzar. Pese a todos los impedimentos que había tratado de prever, jamás había imaginado que su propia esposa fuera a presentarse como el primer escollo.

Las damas de honor de Aiko habían sido expulsadas violentamente por el airado Kazuo, en una muestra escandalosa de falta de respeto a la costumbre y a la dignidad de la dama, que jamás había estado abandonada de aquella forma en toda su vida. Desde su nacimiento siempre había existido un aya, dama de honor o muchacha paje en su compañía, en todo momento, lugar o situación. Ahora, se sentía desnuda y amenazada, sin biombo o cortina movible que la ocultara. Tampoco el señor de la casa le permitía usar un abanico y su imagen se mostraba expuesta, sin el debido recato.

—Desconocía que un informal intercambio de palabras con un pariente lejano pudiera causar malestar en mi esposo. Por esa falta de previsión os pido disculpas humildemente.

La voz de Aiko sin embargo fluía equilibrada desde el centro de la sala, a unos protocolarios pasos de distancia, para exasperación de su esposo. Se sentaba inclinada hacia un lado sobre el *tatami* con su *tsukesage* todavía inmaculado, pese a lo avanzado de la noche. Su rostro aún se mostraba brillante, cada pelo en su lugar, los ojos despiertos, sus movimientos perfectamente armonizados. Daba la sensación de que acabara de abandonar su zona del palacio a primera hora de la mañana. Su esposo, sin embargo, presentaba los ojos enrojecidos, el *kimono* desarreglado y el nudo del *obi* ladeado.

Kazuo recordó que había estado obsesionado con aquella mujer durante muchos años, persiguiendo su contacto a cada momento y contando los

momentos que le separaban para yacer cada noche en su habitación marital. Todo ese tiempo había vivido en la tortura de enmascarar sus sentimientos en la formalidad propia de un matrimonio concertado. El padre de Aiko, como cualquier *samurái*, nunca hubiera consentido por la diferencia de rango si no hubiera sido por la desesperada situación en la que se encontraba. El deshonor que había inflingido a su familia hacía consciente a Kazuo de que jamás sería realmente suya. No podía permitirse hacerla ver que la amaba, pues estaba seguro de que le sepultaría en su rechazo o en la indiferencia más dolorosa.

Nunca hubiera imaginado que su familia, viendo el lamentable estado en el que se encontraban, al borde de la inanición, pudiera contar con aquel rayo de brillante belleza. Tampoco olvidaría cómo paró su corazón cuando se la presentaron formalmente al cabo de un mes de concertar la boda. Aquella mirada, esa inalcanzable aurora de frescura, le robó el corazón contra todos sus deseos.

Con el tiempo ordenó que durmiera en otra alcoba separada, incapaz de volver a compartir el lecho con el objeto de sus desvelos. La vergüenza le sacudía cada vez que terminaban de yacer juntos, cuando era plenamente consciente de que ella no había disfrutado con su contacto, que solo cumplía con su obligación como esposa y *samurái* honorable. No podía soportar que ella se percatara del placer que él sentía mientras fuera incapaz de transmitir el mismo sentimiento. Le hacía sentirse débil y ridículo. Era como ser derrotado por su voluntad, como ser manejado y perder toda su autoridad.

El deseo se convirtió en miedo. No podía permitir por más tiempo que algo le poseyera con tanta fuerza, que Aiko fuera consciente y lo utilizara en su contra o que pudiera someterle de alguna forma. Y sobre todo le avergonzaba ver sus ojos inexpresivos en el momento de alcanzar el clímax, de ser incapaz de enmascarar su gozo y solo encontrar indiferencia como respuesta.

Lamentaba aquella boda, haberla conocido. La odiaba con toda su alma, porque no podía dejar de desearla por mucho que lo intentara. Su apellido ahora no le servía de nada. Lejos de ser un apoyo, se había convertido en un tedioso problema, pues le impedía adoptar a Yami sin oposición. Y sin embargo era incapaz de prescindir de verla cada mañana paseando por el jardín o practicando la caligrafía.

—No juguéis conmigo, Aiko. Me debéis respeto como esposa y no guardáis vuestro papel con la adecuada diligencia. No puedo seguir consintiendo vuestra constante oposición a mis deseos.

—Lamento profundamente no haber cumplido satisfactoriamente con las expectativas de mi respetado esposo. Quizá sea el momento de solicitar la nulidad de nuestro matrimonio.

Kazuo quedó desconcertado de tal forma que no fue capaz de contestar a aquella frase. No esperaba que el rumbo del encuentro fuera conducido por aquellos derroteros, y menos aún que fuera ella quien tomara el control de la

conversación. Consternado se preguntó ahora cuál era el verdadero motivo de haberla llamado de forma urgente y precipitada. ¿Qué esperaba conseguir con una severa reprimenda? Sabía que no podía aspirar ni a su arrepentimiento ni a un cambio de actitud. ¿Era entonces la desesperación o el dolor lo que le conducía de aquella forma? ¿Con quién debía sentirse irritado? ¿Con Aiko o con su falta de previsión y por lo tanto con él mismo? Debía serenarse o perdería el control de su casa, justo ahora que era necesario el mayor de los sacrificios por mantenerla.

Pasados unos momentos recuperó parte de su aplomo y sintió que su mente despertaba mientras se concentraba en lo que estaba ocurriendo, en aquella sala y aquella mujer.

Si consentía el divorcio, ella y sus hijos quedarían deshonrados para siempre. No tendrían una familia a la que regresar, pues serían también rechazados por la de Aiko, y podría organizarlo todo para que no obtuvieran nada de su riqueza. Normalmente un divorcio debía arreglarse con una negociación entre ambos cónyuges, un casamentero o sus familias, pero la petición sin condiciones renunciaba a la misma. No podía creer semejante ofrecimiento. ¿Acaso el famoso orgullo *samurái* también hacía enloquecer a sus mujeres?

En cualquier caso, el giro inesperado que había tomado el encuentro hizo que Kazuo olvidara su frustración definitivamente. Ahora se abrían nuevas posibilidades que debía sopesar calmadamente. Por un lado sería la solución para sus planes con Yami, pero por otro su corazón se había encogido al escuchar tan claramente la proposición de Aiko, el tener tan próxima la opción de que le abandonara para siempre. Irritado se dio cuenta de que no podía prescindir de esta posesión.

Miró hacia las bellas pinturas de paisajes montañosos del biombo situado a uno de los lados de la habitación. En ellas el tiempo se había detenido en una soleada mañana en la que multitud de cerezos en flor recorrían las suaves ondulaciones del terreno. Lentamente regresó a su todavía esposa y la estudió detenidamente. Su figura continuaba totalmente inmóvil, en espera de su contestación, sin la menor mácula a su estudiada posición. En su *kimono* también seguían los mismos cerezos del bello biombo y quizá fuera por el agotamiento de la larga velada con Yami o por el *sake* que había ingerido durante la cena, pero tuvo la visión de que ella misma era una continuación de esos mismos paisajes representados, una extensión de las pinturas, o quizá una estatua en mitad de ellas.

Tomó aire sonoramente y cuando volvió a hablar lo hizo en un volumen mucho más bajo y confidencial.

—Quizá no hayáis comprendido todavía que los motivos que me llevaron a concertar vuestro matrimonio ya han desaparecido. Si tratáis de lanzarme un desafío os encontráis en un error.

—Esta humilde mujer no esconde dobles intenciones en sus palabras, tan solo trata de comportarse de la forma más conveniente para el buen nombre de la familia.

Sabía que Aiko era lo suficientemente inteligente para comprender lo desesperado de la situación de una divorciada sin clan. No acababa de comprender el beneficio oculto en aquella petición. Quizá fuera temor. ¿Era miedo a la presencia de Yami? ¿La pérdida del favor del *shōgun*? ¿El apoyo a Iwakura? ¿La guerra que se avecinaba? No lo sabría si no cambiaba de estrategia.

Kazuo se incorporó de su tarima lentamente sin decir nada. Anduvo unos pasos hacia Aiko hasta sentarse de nuevo, esta vez junto a ella en lugar de enfrente, sin que sus rostros pudieran cruzarse, de una forma mucho más cercana, y habló con voz trémula, arrastrando las palabras.

—Hace tiempo que vuestros deseos no acompañan a los míos. Sabéis que siempre os han incluido en mis desvelos por la prosperidad de esta casa. Nada de lo que he hecho ha buscado vuestro perjuicio, al contrario, he respetado mi parte y he sacado de la pobreza a vuestra familia de origen. No ha existido diferencia entre mis hijos, pero ahora las circunstancias han cambiado. He sido un estúpido, ninguno de ellos será jamás *samurái*. Nuestra seguridad está amenazada, debo tomar decisiones difíciles por el bien de todos. Necesitamos apoyos y uno de ellos puede ser Yami. Debéis comprender esto.

—Decidme, esposo, ¿ha llegado el momento en el que el velo del *tatemae* se retire por una noche?

Olvidar el conjunto de normas formales de tratamiento y cortesía no era algo que Aiko soliera hacer. Kazuo dudó, temiendo que aquello fuera el inicio de una importante petición o confesión, que le llevara a tomar una decisión drástica.

Trató de animarse pensando que después de todo no la necesitaba realmente, que un divorcio podría asumirse sin menoscabo en el buen nombre de su casa. Tal vez el no verla todos los días lograra finalmente apaciguar sus deseos. Además haría más evidente su favor para con Yami, al no contar con un heredero reconocido. ¿O quizá desvincularse de ella en ese momento podía ofrecer una apariencia de debilidad?

¿Qué era realmente lo que le empujaba a hablarla, a tratar de justificarse, a buscar su apoyo? ¿Seguía amándola como el primer día?

Cuanto más lo pensaba más lejos se sentía de las respuestas y sus sentimientos amenazaban con condenarle a un mutismo eterno.

—Está bien, hablad sin restricciones —se obligó a decir, sintiendo que naufragaba en un mar de indecisión.

—Cuando pensáis en las necesidades de la familia, ¿dónde sitúan estas a Tadakuni?

—¿Por qué os preocupa ahora Tadakuni? ¿Acaso no cuenta con mi favor?

¿No procuro lo mejor para él?

—¿Qué hace aquí Yami?

Kazuo guardó un instante de silencio. Había cometido un error al permitir una conversación sincera con Aiko, era demasiado observadora. Había adivinado que Tadakuni en realidad era un estorbo. Sin embargo, no podía seguir ocultándolo, solo serviría para hacer más evidente su rechazo. Quizá fuera suficiente una verdad a medias.

—Como ya os he dicho no creo que ninguno de nuestros hijos alcance la condición de *samurái*.

—¿Tan importante es? ¿Tanto sacrificio es en verdad necesario? Vuestro hijo abandonó este mundo por ello y el dolor aún perdura en nuestros corazones. ¿No es el deseo de mi señor procurar el bien de aquellos que humildemente nos cobijamos bajo su guía?

—Ese deseo pasa por obtener dicha condición. ¿Acaso no veis que nos destruirán a no ser que nuestro apellido sea fuerte?

—¿Qué nos pone en semejante situación? Conceded a Kamakura más impuestos, ceded más posesiones, abandonad vuestros sueños de riquezas y notoriedad. Eso sería suficiente para no representar una amenaza para nadie. ¿Qué somos sino un retazo de espuma en la corriente?

—No lo entendéis. No representar una amenaza significa ser insignificante. Ser insignificante supone ser borrado. Debo procurar la mayor relevancia al apellido Higa. ¿Serías realmente capaz de renunciar a todo lo que tenemos? ¿Esperas que crea que desearíais volver a vuestra vida anterior, una humilde vida anodina y con el miedo a que el capricho de cualquier analfabeto terrateniente provincial acabara con ella?

Aiko giró su cabeza y miró a Kazuo a los ojos.

—¿Debéis procurar honor y riquezas a la familia o a Higa Kazuo?

Kazuo se giró también, pero en lugar de responder levantó su mano y golpeó el rostro de Aiko con tal fuerza que la hizo tambalearse.

—¿Cómo os atrevéis a hablarme así? ¿Cómo sois capaz de responder de esta forma a la confianza que os he dado haciéndoos partícipe de mis pensamientos?

Kazuo se levantó, esperando una nueva disculpa repleta de formalismos, aunque no albergara verdadera contrición o arrepentimiento. Sin embargo, llegó nuevamente hasta su tarima y se sentó frente a ella sin que hubiera brotado ninguna palabra de la boca de Aiko.

Pese a que su figura continuaba inmóvil, el halo de irrealidad se había desvanecido con la marca de su mano en la mejilla derecha. Allí la pintura había caído y un rubor provocado por el golpe desfiguraba su cara de porcelana, pero lejos de sentirse doblegada sus ojos permanecían desafiantes al frente.

La ira regresó al ánimo de Kazuo. Jamás lograría vencer aquella férrea

voluntad y esa certidumbre era en verdad insoportable.

—No acepto vuestra petición de divorcio. En su lugar mañana abandonaréis Brillo del Cielo. Partiréis con una pequeña escolta hasta el monasterio *zen* del monte Timul, donde os recluiréis para meditar en penitencia y convertiros en monja.

Un helado hálito recorrió todo el cuerpo de Aiko. Le había condenado a un castigo que no había imaginado, la muerte en vida. Convertirse en monja suponía apartarse del mundo definitivamente, renunciar a la vida anterior y dedicar el resto de la existencia a rezar y esperar el renacimiento en la próxima o en el paraíso de *Amida*. Sin embargo, no quiso dar el gusto a su esposo de parecer contrariada y se agachó tocando con la frente el suelo con exasperante lentitud.

—Se hará como digáis, venerado esposo.

Kazuo ya daba por terminada la conversación y esperaba en silencio a que su esposa abandonara la sala, pero esta volvió a hablar.

—Si no es un inconveniente para los deseos del señor de la casa me gustaría que Minako me acompañara.

—¿Minako? ¿Qué haría ella en un monasterio?

—Los mejores maestros de poesía y caligrafía se encuentran allí. Minako podría continuar sus estudios de forma adecuada en un ambiente más restringido. Mi señor ya conoce todos los problemas de disciplina que está produciendo con sus actuales maestros aquí. Además, esta humilde mujer lo consideraría un favor personal por el que estaría enormemente agradecida. La retirada del mundo se haría más llevadera si pudiera ocuparme de su educación.

Kazuo intentó adivinar un deseo oculto para aquello. Quizá temía por la niña, puede que pensara que su ira se ensañaría con la pequeña. Era ridículo, por ella solo sentía indiferencia. Sin embargo, mientras retuviera a su lado a Minako tendría a Aiko controlada, no se atrevería a marcharse o tramar nada contra él.

También pensó que estaba dándole demasiada importancia. Se sentía agotado y deseando retirarse para poder dormir. Lo que menos le apetecía era analizar más ventajas y desventajas de cada decisión o volver a discutir con Aiko. Recordó que al fin y al cabo no era más que una mujer. No era necesario mantener a su hija como rehén, no sería capaz de hacer nada que le perjudicara enclaustrada de por vida en un remoto monasterio. Que se fuera con su hija si eso la mantenía sosegada. Cuando decidiera qué hacer con Minako iría a buscarla. Por ahora podía ceder en aquello.

—Está bien. Sea como pedís.

El hombre intentó escuchar los pasos de Aiko hasta la entrada a la sala,

pero no fue capaz de detectar sus movimientos hasta que el *shoji* se corrió y dio por supuesto que Kazuo estaba solo. En ese momento decidió que su incursión había resultado ampliamente satisfactoria y que no necesitaba continuar en la galería exterior agazapado junto a una enredadera, oculto a la vista.

Se incorporó y se alejó lentamente de los paneles de papel que separaban la habitación interior del amplio jardín teniendo cuidado de que la sombra que proyectaba la silueta de Kazuo continuara inmóvil recortada en la pared, ajena a su presencia. Estaba en la zona privada del palacio, donde no había ningún *bushi* en servicio de guardia, ocupados de los accesos y la zona perimetral. Dado lo avanzado de la noche tampoco creía que pudiera cruzarse con ninguno de los habitantes de la casa.

Dio unos pasos en completo silencio, intentando recordar mentalmente el camino de regreso y los posibles contratiempos que pudieran surgir para lograr guardar su incursión en el más completo anonimato, cuando una voz rompió el silencio de la noche.

—Alto.

El hombre quedó petrificado allí mismo, lamentando su mala fortuna. Debería haber esperado a que Kazuo se retirara y apagara la luz que le había hecho visible. Su precipitación y excesiva confianza podían resultar fatales.

Se vio tentado a desenvainar su *katana* y cercenar la cabeza de la persona que había hablado, pero dudó un instante. Seguramente sería algún miembro de la familia o un sirviente personal. Su muerte provocaría un gran revuelo y conllevaría un gran insulto que daría al traste con todas sus esperanzas. Estaba atrapado. De ninguna forma podía justificar su presencia allí y a aquellas horas intempestivas. Estaba claro que acababa de espiar al dueño de la casa.

—¿Qué estáis haciendo? Identificaos y dar la cara.

Intentando desesperadamente encontrar una salida de aquella situación obedeció con la mayor lentitud posible. Lo más aconsejable, pensó, era asumir toda la responsabilidad, intentar que Yami quedara al margen de todo aquello.

Cuando se irguió y miró hacia la procedencia de la voz encontró frente a él un *samurái* en actitud relajada pero atenta, con la *katana* aún en su funda pero en posición clara de desenvainar con la mayor rapidez posible, de lado y con la empuñadura alejada para permitir asestar un tajo al mismo tiempo de descubrir la hoja. Su rostro lo cruzaba una antigua cicatriz que terminaba en un párpado cerrado.

—Ya sé quién sois —le dijo—. Os vi esta mañana en el patio en compañía de mi señor. Lo hacíais junto a Yami en calidad de escolta personal.

—Mi nombre es Suzu y en efecto, sirvo a Hinoku Yami.

—¿Qué se supone que estabais haciendo?

Suzu meditó su respuesta. Su interlocutor, como *samurái* al servicio de Kazuo, estaba legítimamente autorizado a matarle allí mismo, sin necesidad de ninguna otra evidencia. De hecho, la dilación en tomar una decisión

expeditiva podía ser interpretada como inapropiada. No había escuchado sus pasos. No se trataba de un caminante que por casualidad hubiera topado con él. Seguramente estaba igualmente oculto observándole y había esperado a su retirada para exigir explicaciones. No había llamado a la guardia, no le había delatado y tampoco había aprovechado su ventaja para matarle. Estaba claro que quería hablar con él a solas antes de tomar una decisión. Este comportamiento inesperado le ofrecía una posibilidad de salir airoso de la situación, pero debía arriesgarse.

—Creo que es obvio. Escuchaba la conversación mantenida entre Kazuo y Aiko.

—Mi nombre es Abe, *samurái* al servicio de la familia Higa. ¿Cómo os atrevéis? Sois un invitado en su casa y nos habéis insultado. Habéis mancillado vuestro honor y el de vuestro señor —contestó Abe poniéndose tenso y presto a coger su arma.

Sin embargo, Suzu no movió un solo músculo. Sabía que si lo hacía la confrontación sería inevitable y en su lugar continuó hablando en tono formal, ajeno al movimiento amenazante.

—Sirvo a un *samurái* y yo mismo lo soy. No debo ningún respeto al dueño de esta casa por lo que no hay tal afrenta y lejos de que mi presencia aquí suponga una amenaza, forma parte del cambio necesario en ella.

—¿A qué te refieres? Habla pronto o mi hoja te aniquilará en este momento.

—Mi señor ha venido para hacerse cargo de la familia.

—¿Es eso cierto?

—Por supuesto. ¿Acaso creéis que la vida de vuestro señor está asegurada? ¿No os habéis percatado de que pronto será aplastado? Kamakura ha decidido eliminarle y ceder el apellido a Yami.

—No os creo.

Quizá había ido demasiado lejos. Aquel hombre no parecía ser ningún estúpido, pero no tenía más remedio que persistir en la misma dirección. Si dudaba o cambiaba su discurso haría evidente la mentira.

Suzu continuaba mirando a la mano derecha de su interlocutor, calculando la distancia que les separaba y si sería capaz de anticiparse y ponerse a salvo en caso de un ataque.

—Dime —continuó—, ¿sois *samurái*?

—Lo soy.

—¿Acaso no creéis que sería beneficioso que tu señor tuviera un apellido ilustre? ¿Pensáis que el servicio a un comerciante puede ofrecerte honor? ¿No sería apropiado servir de nuevo a un gran señor?

—He jurado lealtad a Kazuo y le he servido bien durante años.

—Y ello es loable. Me imagino la vergüenza que vuestro compromiso os ha traído y eso no hace más que darle mayor valor, pero un juramento a un

comerciante no es válido entre *samuráis*.

Abe dudó. En su semblante se adivinaba la lucha interior.

—No os pido que traiciones a Kazuo, solo que no os interpongáis a la voluntad del *shōgun*.

—¿Cómo puedo mantener mi fidelidad y al mismo tiempo hacer lo que decís?

—No es necesario que toméis parte. Aceptad vuestro papel. Vuestro juramento no fue para con Kazuo sino para con el apellido que representaba. Bien, ahora el nuevo señor será Yami. Y no solo eso, con su dirección esta familia se convertirá en un clan con honor. Vuestro futuro señor os pide que seáis discreto, nada más.

Un tenso silencio se instaló entre los dos hombres. La luz de la habitación principal de la casa se apagó y quedaron prácticamente a oscuras, por lo que Suzu no fue capaz de observar el rostro de Abe e intentar interpretar en su único ojo abierto la cercana decisión. Sabía perfectamente que aquel hombre no se encontraba en una situación satisfactoria en aquella casa, que deseaba aceptar el ofrecimiento pero necesitaba una salida honorable que la justificara, aunque fuera escasamente creíble.

El frescor de la noche se sentía en el ligero viento que acariciaba sus *kimonos*, muy cerca de allí se escuchó el ulular de un búho. En ese momento llegó la respuesta.

—No olvidéis mi nombre y repetírselo a Yami. Si no ocurre lo que decís quedaré mancillado y me veré obligado a restituir mi honor.

—No tenéis de que preocuparos, Abe. Habéis elegido la única opción posible.

Y dicho esto retomó su camino dejando a Abe inmerso en la negrura. No podía creer que el momento fuera tan propicio. La familia estaba dividida y los *samuráis* dudaban sobre a quién ofrecer su lealtad. Yami estaría encantado cuando supiera todo aquello.

Tadakuni no supo de la marcha de Madre y Pequeña Hermana hasta la mañana siguiente, cuando el palanquín estaba ya preparado y la escolta dispuesta. No había tenido la posibilidad de hablar a solas con ninguna de ellas. Un sirviente le había trasladado la noticia al despertar e incrédulo se había vestido lo más rápidamente posible para bajar hasta el patio.

Kazuo había dispuesto que las acompañaran tres *samuráis* de confianza, entre los que se encontraba Abe como responsable de la expedición. También les seguirían varias damas de honor, entre ellas Cho, y una niña paje que haría de asistente de Minako, a la que Tadakuni no recordaba haber visto nunca en el palacio. Otros dos sirvientes se encargarían de transportar el baúl de enseres personales de ambas, a su juicio excesivamente pequeño, pero que era el

apropiado para un viaje de retiro austero y meditativo en un monasterio. Del palanquín se ocuparían cuatro porteadores, que en ese momento aguardaban pacientes arrodillados en el arenoso suelo junto a él.

El joven se preguntaba con estupor qué era lo que había provocado aquella decisión. Lo poco que sabía era que su madre así lo había solicitado, algo bastante habitual entre la nobleza cuando se acercaba al final de su vida, que solía pasar largos periodos acogidos en lugares santos en espera del *satori* o de la manera de expiar sus pecados y renacer con buen *karma*. En estos, lejos de poner trabas a la presencia de laicos, aceptaban sin reservas, pues o bien aportaban reconocimiento por la notoriedad del noble que acogían o eran acompañadas por grandes contribuciones y herencias sustanciosas, que en ocasiones se convertían en el único sustento de los mismos.

Sin embargo, nunca hubiera imaginado que su madre se encontrara entre aquellas personas que gustosas se entregaban al olvido del mundo exterior y a la búsqueda de su Yo Interno. Era demasiado vital, con un dinamismo que la convertía en la pieza angular sobre la que se tomaban casi todas las decisiones de administración de la casa. Lejos de adoptar la posición sumisa que se suponía a una esposa fiel, relegada a ser la sombra de su esposo, imprimía todo su empeño en agarrar las riendas de su vida con decisión. No podía creer que precisamente en aquel momento, cuando parecían confirmarse los temores que le había participado aquella noche, optara por apartarse del mundo y renunciar a todo. Sabía que era valiente y decidida, que su obstinación le había hecho enfrentarse a Padre en numerosas ocasiones y que lo menos que se podía esperar de ella era que abandonara su posición en la casa en aquellos momentos de incertidumbre.

Jamás había expresado el menor deseo de abrazar la austera vida monástica y no podía imaginar la imagen de hermosa cabellera cortada para siempre. ¿Qué haría enclaustrada de por vida, sin otra distracción que ver pasar los días y recitar los *sutras*? Pero lo que más le dolía era que Pequeña Hermana la acompañara. Como todos los habitantes del palacio no podía prescindir de su presencia. No había nadie al que Tadakuni amara más que a aquella mujercita. Ahora se preguntaba quién le haría aquellas preguntas mordaces sobre ética, quién amenazaría la tranquilidad y el orden de la casa con sus juegos y bromas, con quién reiría ante la belleza de la próxima primavera. Echaría de menos sus carreras por los pasillos con los gritos censores de las criadas, las protestas de sus maestros ante la falta de disciplina y su carita compungida al pedir perdón por todas sus travesuras. Añoraría aquel exultante desafío a la costumbre, aquella frescura ante la vida.

Cuando las vio en lo alto de la entrada principal, prestas a bajar hacia donde se encontraba e iniciar el largo viaje, se le encogió el corazón. Junto a él se concentraban en dos líneas la servidumbre del palacio y un poco más lejos algunos sirvientes, que trabajaban en las caballerizas o transportando arroz.

Todos se habían detenido para observar la escena. Algunos *bushis*, que seguramente se dirigirían a realizar el relevo en la puerta, habían girado también sus rostros. Hubiera deseado poder encontrarse a solas con ellas, apartado de aquella concurrencia. Habría abrazado a Minako y le habría asegurado que la quería y hubiera solicitado una explicación a Aiko por la marcha precipitada. Le costaba aceptar que todo fuera tan repentino, tan forzado.

Tuvo que esperar ocultando sus emociones en una actitud marcial a que ambas bajaran por la pequeña escalinata y llegaran hasta él. Arriba vio a su padre igualmente impertérrito acompañado de Yami, que le flanqueaba con lo que se le antojó un pretencioso porte. Sus miradas se cruzaron y en ella pudo adivinar el desafío implícito. Por su parte no apartó la vista, como aconsejaba su condición social, y se vio sorprendido negando dicha satisfacción a su primo, sin importarle las consecuencias de tamaña osadía. Sin embargo, fue la voz de Aiko lo que le hizo abandonar finalmente.

—Que vuestro porvenir os sea propicio, hijo mío.

Su voz no albergaba la menor inflexión, pero Tadakuni podía sentir que temblaba ligeramente por la emoción de la despedida.

Le hubiera gustado pedirle que reconsiderara su decisión, que no abandonara el palacio precisamente ahora, que tenía que hablar con ella sobre el futuro, que necesitaba escuchar de nuevo sus observaciones. Comprendía demasiado tarde que no había doblez en su comportamiento, que su único deseo había sido siempre el amor de sus hijos.

Por un momento le espantó la idea de que la discusión mantenida con ella hubiera sido el motivo de su partida, que hubiera interpretado que la odiaba y el dolor la empujara a tomar una decisión tan descabellada. Pero le embargaba tanta emoción que no pudo expresar lo que realmente sentía y se vio abocado a las palabras formales.

—Os deseo la paz y la revelación que buscáis, Madre.

Notó que su pulso se aceleraba, que de pronto un calor asfixiante le poseía pese al frescor de los primeros momentos del día. Sentía la mirada calculadora de Kazuo y Yami sobre ellos y temió que pudieran leer su inapropiado pesar ante la inminente separación pese a la distancia que les separaba.

—Adiós, Tadakuni —fueron las únicas palabras de Minako y precisamente por esa sencillez tan abrumadoramente cargadas de significado.

El joven la miró y encontró a una pequeña dama, con su porte de estudiada dignidad sin rastro del dolor que aquel acontecimiento estaba seguro le producía. Secretamente albergó la esperanza de que abandonara su máscara y rompiera una vez más el *tatemae* para abrazarle con sus delicados brazos, volver a sentir el calor en el contacto de sus cuerpos. Pero nada de eso sucedió y la descubrió esperando paciente su respuesta.

—Adiós, Pequeña Hermana, cuidad de Madre —dijo mientras notaba

alarmado que su voz se quebraba.

Quizá Aiko detectara también su flaqueza, pues repentinamente comenzó a andar hacia el palanquín para no dilatar más el intercambio de palabras. Minako la siguió sin mirar atrás y ambas se introdujeron en el pequeño espacio interior. Abe corrió la suave cortina de tela roja y la cubrió corriendo la placa lateral, saludó con una ligera inclinación en su dirección y montó en su caballo con agilidad felina.

No hubo intercambio de poesías o regalos, no hubo tiempo para una despedida sentida y apropiada. Los porteadores comenzaron a dirigirse hacia la puerta seguidos del resto de la pequeña comitiva. Tan solo los tres *samuráis* esperaron un poco más y juntos se dirigieron al principio de la escalinata sobre la que esperaban Kazuo y Yami. Sobre sus monturas inclinaron sus cabezas y Kazuo correspondió del mismo modo. Después cabalgaron hacia el exterior tras el palanquín. Las damas de honor de su madre que se habían quedado atrás lloraban desconsoladamente y algunos criados se unían a sus lamentos, ofreciendo una imagen que encogía el corazón.

La mirada de Tadakuni permaneció fija en la puerta vacía por la que habían abandonado el palacio sin ser capaz de escapar de su ensimismamiento. Era como si se encontrara a lomos de un caballo desbocado, incapaz de acertar la dirección, con el único objetivo de no caer de la silla.

Entonces una de las damas de honor más cercanas y de mayor edad se acercó y le entregó una misiva de Aiko. Había escrito con delicada caligrafía de sublime elegancia en papel verde.

Obligada por el Sol de primavera la nieve se derrite dejando atrás su rastro de lágrimas.

Y al pie acompañaba con otras palabras.

Por favor, perdonad a esta mujer por ser presa de su debilidad y no me guardéis rencor.

¿Quién o qué era ese Sol que le había obligado en contra de su voluntad a tomar aquella terrible decisión? Ahora estaba claro que sufría por ello y que jamás hubiera tomado ese camino por propia voluntad, no se había equivocado al juzgar a su madre, pero esta certeza no le consolaba.

—Buenos días, hijo.

Tadakuni miró hacia atrás y se encontró frente a Kazuo y Yami. Al instante recuperó el dominio de sí mismo dejándose poseer por el odio creciente contra aquel engreído *samurái* que escoltaba a su padre en el lugar que debiera encontrarse él mismo. No podía soportar que Padre permitiera que le acompañara de forma tan cercana. Eso le impedía confesar su angustia y

hacer partícipe a Kazuo de sus pensamientos, obligado a enterrarlos tras la máscara del decoro.

—Buenos días, Padre. Buenos días, Yami —se obligó a decir.

Por respuesta el aludido inclinó levemente la cabeza, situado a medio paso por detrás de Kazuo.

—Parece que hoy no lloverá —observó su padre.

—Así es. Puede que sea propicio para la equitación.

Tadakuni adivinó por el gesto de sus labios que Kazuo estaba a punto de dar por terminada la conversación y decidió abordar la pregunta que le consumía sin mayor dilación, pese a la presencia de Yami.

—Me resulta extraño que Madre haya decidido retirarse a un monasterio de una manera tan precipitada. ¿No lo creéis así, respetado padre?

—En realidad no ha sido suya la decisión. Se lo he ordenado.

Tadakuni se quedó sin habla. No esperaba oír algo semejante y sintió como si un torbellino apareciera bajo sus pies amenazando con tragarlo.

—Vuestra madre se ha mostrado indisciplinada —prosiguió—. Sin duda no se puede esperar que una mujer albergue equilibrio en su conducta. Son el opio de la voluntad del hombre. Debéis aprender esto, hijo. Tarde o temprano tratan de corromper nuestra mente y arrastrarte a su displicente inactividad. Quizá haya tratado de hacer lo propio contigo…

Kazuo miró directamente a sus ojos, estudiando la menor reacción, y en la mente del muchacho se despertó una llamada a la cautela. No sabía ya en qué o quién confiar. Todas sus creencias se tambaleaban en aquel momento y necesitaba tiempo para poner en orden sus pensamientos.

—No sé a qué os referís. Apenas hemos cruzado más que algunas frases desde mi regreso. Reconozco desconocer la funesta influencia sobre la que me prevenís, padre.

—¡Ja! Qué cándida inocencia se esconde en la juventud, ¿verdad Yami?

—Así parece, Tío. Menos mal que algunos cuentan con la guía de aquellos más versados —contestó burlón el interpelado.

Tadakuni tuvo que contener su ira. Aquel muchacho debía tener su edad y sin embargo estaba claro que se burlaba de él. En ese momento se fijó que a su alrededor había varios sirvientes y algún *bushi* que habrían escuchado sus palabras.

—Continúa con tus quehaceres. Hoy recorreré nuestras posesiones con Yami y le mostraré la vida de nuestra familia. Estoy deseando conocer sus impresiones y consejos.

Y dicho esto se marcharon hacia el establo. Cuando Tadakuni miró en rededor descubrió alguna mirada disimulada que trataba de leer en su rostro. No podía creer que su padre le hubiera puesto en evidencia a la vista de todos.

Apretando los dientes se dirigió a la zona de entrenamiento. Necesitaba sentir el tacto del arco entre sus manos de nuevo, buscar la serenidad perdida

siguiendo el recorrido de una saeta partiendo de ella. El cuello estaba rígido y su espalda contraída, le costaba respirar pese a que realizaba ostentosas aspiraciones.

Con paso rápido llegó hasta la amplia explanada en la que se ejercitaba diariamente y se extrañó de la escasa actividad de aquella mañana. Tan solo dos *bushis* recorrían a la carrera sobre sus caballos el suelo allanado buscando con sus arcos acertar en el hombre de paja atado a un poste. No observó ningún combate con *shinai*, nadie trataba de domar un caballo o ganar una competición de velocidad sobre él, tampoco se discutía sobre estrategia o se afilaban y limpiaban *katanas*. Cuando su mirada se dirigió a la pequeña caseta de madera que servía de armero encontró la explicación.

Un grupo de unos veinte *bushis* estaban de pie frente a la entrada, que se elevaba rodeada de un pasillo abierto y sobre el que se situaba un hombre que se dirigía a todos ellos. Los congregados parecían guardar respetuoso silencio y no se movían un ápice, al parecer muy interesados en seguir cada palabra. Tadakuni no le reconoció a simple vista pero en cualquier caso su arco de entrenamiento estaba guardado en aquella caseta, por lo que se encaminó en aquella dirección.

A medida que acortaba la distancia reconoció a Suzu, uno de los *samuráis* que habían acompañado a Yami, y no pudo evitar encolerizarse de nuevo. ¿Cómo se atrevía a hablar a los hombres de la casa?

Pero en el fondo sabía que no podía evitarlo. Era un *samurái* y él un simple hijo de comerciante. Pese a toda su riqueza y educación no podían desprenderse de la férrea costumbre que dirigía sus vidas. Se daba cuenta de que esa mañana estaba recurriendo con todas sus fuerzas a la rabia y la ira pese a que todo *bushi* debía evitar la influencia de esos demonios, pero era la única forma de no sucumbir a otro sentimiento, el miedo. Todos eran conscientes de la extraña y antinatural situación del clan. Jamás se había conocido que un *samurái* sirviera de aquel modo a un comerciante por muy rico o influyente que este fuera. Kazuo había conseguido el servicio de aquellos *bushis* desarraigados, incluso al borde de la muerte por inanición, que no estaban dispuestos a romper con el *bushido* o dejar de ser *samuráis* para trabajar y sobrevivir por sus propios medios. Estos hombres, aferrados a sus raíces militares, no podían soportar la vergüenza de trabajar la tierra o dedicarse a cualquier otra ocupación que no fuera el servicio de armas.

Ronin y desheredados formaban el pequeño ejército de la familia, que para evitar el deshonor de abandonar su casta habían aceptado servir a un hombre que no era *samurái*. Se sustentaban sobre la idea fomentada por Kazuo de que contaba con el apoyo directo del *shōgun*, que su servicio repercutía en las arcas de Kamakura y que a su lado recuperarían el honor, pero en el fondo todos reconocían vivir en una verdad solo a medias.

No obstante, no les quedaba otra alternativa que mantener las apariencias,

pues echarse atrás sería reconocer su error y aceptar su vergüenza, pero Tadakuni sabía de su reticencia, de las miradas cargadas de rencor cada vez que le servían directamente o en las ocasiones en las que Kazuo imponía una orden.

La presencia de Yami estaba alterando aún más el precario equilibrio y no comprendía cómo Kazuo lo permitía. ¿Estaría al corriente? ¿O era todo imaginación suya?

En cualquier caso antes de que alcanzara la distancia suficiente para poder escuchar de qué se hablaba, Suzu abandonó su improvisado estrado para confundirse entre los presentes. Tadakuni reunió todo el aplomo posible y se condujo con seriedad hasta la entrada, evitando en todo momento cruzar la vista con cualquiera de aquellos hombres, como si se encontrara solo.

Todos se alejaron en silencio y no con el habitual entusiasmo del entreno diario. No hubo palabras de aliento, órdenes marciales, desafíos amistosos o algún comentario jocoso sobre la belleza de alguna sirvienta. El ambiente estaba enrarecido y la duda y la incertidumbre volvieron a rondar su conciencia.

Intentó no dejar entrever sus tribulaciones comportándose como cualquier otra mañana de ejercicio y entró como un torbellino en la caseta. Buscó su arco y las saetas entre el resto y salió al exterior en un instante, sin demorarse. Una vez fuera caminó directamente hasta uno de los extremos de la explanada, donde clavó las puntas del manojo de flechas en el suelo con excesiva rudeza. Se arrodilló y tomó conciencia por primera vez de su amado arco.

Era de aspecto desgarbado, con la empuñadura descentrada y situada justo al final del primer tercio de su longitud desde la base. Desde la creación de la figura del *samurái* el concepto del *bushi* a caballo había sido indivisible y había condicionado todas las armas que portaban a su efectividad desde una montura. Por dicho motivo el arco tenía esa extraña forma, pues si hubiera sido simétrico tendría que ser mucho más pequeño para poder ser manejado a caballo, perdiendo alcance y potencia.

El de Tadakuni, un palmo más grande que él mismo, estaba contrachapado con madera caduca y bambú, doblado para obtener mayor resistencia. El conjunto había sido lacado meticulosamente para protegerlo de la humedad, y para realizar un lanzamiento de máximo alcance necesitaba tensarlo con la ayuda de varios hombres. Era sin duda una exquisita pieza, confeccionada por un maestro consumado y destinada para un gran *samurái*.

Miró hacia el blanco situado a un *cho* de distancia con mirada experta. Se trataba de un poste de la altura de un hombre, de tan solo un puño de grosor, firmemente sujeto en tierra. Aspiró hondo y trató de serenarse lo suficiente como para iniciar la práctica con buena fortuna.

Permaneció unos momentos tratando de escuchar el sonido del viento de la mañana, fijó su atención a las plantas de los pies y a la sensación de fundirse

con el suelo. Después recorrió todo su cuerpo mentalmente, palpando cada músculo, siguiendo cada hueso, relajando con su voluntad cada zona a medida que ascendía hasta terminar en la punta del último pelo. Pese a notar que aún el cuello estaba rígido, prefirió continuar con el ritual y se sentó en *seiza*. Desnudó su brazo y hombro izquierdos con lentitud, sacándolos de entre sus ropas para levantar después la pierna del mismo lado. Quedó a medio camino, dejando atrás la rodilla derecha sobre el suelo. Después extendió su brazo izquierdo para recoger el arco y una flecha, dejando libre la derecha. Acto seguido se incorporó, manteniendo la parte izquierda de su cuerpo adelantada.

La zona inferior del arco se encontraba apoyada en mitad de su pierna izquierda y ambos brazos estirados abrazaban el mango. Miró del arco a la punta de su flecha, como si tratara de memorizar cada detalle. Imaginó una línea recta que partiera desde la saeta hasta justo la mitad superior del poste y después realizó el sentido inverso hasta acabar en sus manos. Trataba de instruir al inconsciente sobre lo que debería hacer una vez que su voluntad le diera la orden precisa.

Notaba rondando en su conciencia la tribulación y la duda y sabía que aún no estaba equilibrado. Invocó al dios *Kannon* y buscó identificarse con sus cualidades para que le inspirara. Olvidó quién era y lo que hacía, se abandonó a la inconsciencia y por sus sentidos dejó de llegar relación alguna con el mundo exterior. Sus ojos, ahora inútiles, se posaron lánguidamente en el poste sin llegar a focalizar del todo el objeto. Su Ser Interno tomaba el relevo y todo lo que pasara a partir de entonces concerniría únicamente al subconsciente, condicionado por los movimientos miles de veces repetidos de tensar el arco y disparar.

Fue vagamente consciente de cómo sus brazos se elevaban por encima de la cabeza, de cómo sujetaba la empuñadura a la altura de su frente y el brazo derecho colocaba la flecha en su lugar con el antebrazo por encima de la sien.

Un observador profano hubiera visto cómo el primer brazo empujaba el arco y el derecho tensaba la cuerda hacia atrás, pero en realidad su mano izquierda empujaba la flecha hacia delante y la mano derecha empujaba el arco hacia atrás.

Permaneció un instante en esa posición, sin mover un solo músculo y sin percatarse de la enorme fuerza necesaria para mantener el arco extendido. Los brazos hacían lo que se esperaba de ellos, la espalda los unía y mantenía la acción, la cadera recogía toda esa energía y la equilibraba llevándola hasta los pies, y todo ello sin ser apenas consciente de ello.

Acto seguido bajó los brazos hasta formar una línea recta con el codo derecho, pasando por los hombros hasta el dedo de la mano izquierda. Después dejó de respirar y trató de fundirse en un todo con el arco. No existía diferencia entre ambos, no había principio ni fin, todo era uno, Tadakuni, el arco, la flecha, el espacio hasta el blanco y el poste.

Después liberó la flecha.

Esta llegó hasta la madera y la rozó por el lado izquierdo sin detenerse. Se perdió al fondo del campo sobre una montonera de tierra al efecto.

Tadakuni permitió que el arco siguiera su inercia natural y la parte superior se desplazó hacia delante describiendo un semicírculo hasta detenerse pausadamente. Sostenía el arco de forma horizontal, con el brazo izquierdo extendido y la muñeca doblada hacia delante para permitir tal posición, pero ninguna otra parte de su cuerpo había modificado su situación. Meditó un momento y analizó en su interior dónde se encontraba el error. Mentalmente tomó conciencia de lo que acababa de acontecer. Recuperó los datos del viento, cada contracción muscular siguió el recorrido de la flecha, se fijó en el momento de dejarla marchar y de cómo estaba su cuerpo situado. Al instante descubrió que su cuello continuaba tenso en el instante anterior al lanzamiento.

Volvió a sentarse en *seiza* con extrema suavidad y recogió otra flecha. Permaneció un tiempo inmóvil. Después volvió a repetir toda la operación, olvidando que era necesario relajar sus hombros, pues sabía que cuanto más se empeñara más conseguiría el efecto contrario. En lugar de luchar por modificar esta situación anormal trató de permitir que su cuerpo recuperara su estado natural, que no era otro que el de la perfecta quietud y equilibrio. Para ello debía olvidar este objetivo, era preciso que simplemente dejara de inmiscuirse con su mente en la tarea que llevaba a cabo. Su Yo Interno regresaría de nuevo y se haría cargo de todo.

Cuando lanzó la segunda flecha esta se dirigió con mayor velocidad hacia el poste de madera y penetró en su centro con tal fuerza que se partió por la mitad.

Tadakuni tomó aire ruidosamente. Este fallo le había apesadumbrado enormemente, pero trató de evitar que su mente le inquietara, pues ella y solo ella, era la que juzgaba si el tiro era bueno o malo. En realidad no tenía importancia. El momento no era bueno ni malo, simplemente era.

Pasó los siguientes momentos tratando de doblegar su espíritu sin luchar en su contra. Intentó no desear efectuar el siguiente tiro. Imaginó que dicho fin jamás llegaría, que quedaría para siempre suspendido entre la perfecta inmovilidad y el lanzamiento. Cuando estuvo seguro de que no deseaba hacerlo recogió otra flecha. De pie en la explanada se encontró de nuevo sin definir dónde acababa su cuerpo y dónde empezaba el poste. No apuntó a este sino que buscó en su interior y descubrió su corazón. Dentro de él estaba su verdadero objetivo. Quiso alcanzar sus dudas, sus miedos y temores, cruzar por el centro de su voluntad y derribar sus deseos.

Cuando partió la saeta no tuvo conciencia de haberla dejado marchar. Necesitó un momento más para comprender que la flecha estaba clavada justo encima de la anterior, pero esta vez intacta. Un lanzamiento perfecto.

No sintió alegría o se felicitó por ello. Tan solo se había plasmado la capa interna de su propio ser, la natural comunión entre la flecha y su destino. Solo se había visualizado para él la única verdad. La flecha siempre había estado clavada en el blanco.

La siguiente se estrelló entre las dos anteriores, apenas separada por un dedo y la cuarta atravesó esta destrozándola. La quinta y última fue arrojada al aire, muy por encima del blanco, saludando con este gesto de respeto a todos los practicantes antecesores y dando por concluida la práctica. En ese momento recuperó su conciencia y agradeció esos momentos, pues como pensaba, había conseguido serenar su desbocado corazón.

Tadakuni levantó la mirada a tiempo de ver acercarse a Kazuo en compañía de Yami. Adivinó que debían de haber estado observando su pericia y se alegró de no haberse percatado de ello, pues seguramente hubiera obtenido peores resultados. Sin embargo, sintió una leve punzada de indignación por haber permitido que fueran testigos de ese momento íntimo y personal, de esa comunión en el *kyujutsu*. Mostrar tanto amor por algo podía ser interpretado como debilidad. Era un secreto reservado solo para él.

Trató de borrar de su mente ese temor. Al fin y al cabo, nadie podía leer a través de su piel. Solo habrían visto un muchacho usando su arco y con este pensamiento se apresuró en recogerlo e iniciar el camino de regreso, pues bajo ningún concepto estaba dispuesto a continuar ejercitándose en la presencia de Yami. El sentido de su marcha le conducía hacia los dos hombres y fue entonces cuando se percató de que su primo portaba su propio arco y saetas. Cuando llegaron a su altura fue Yami quien habló.

—Parece que usas correctamente tu arco, primo.

A regañadientes Tadakuni se vio en la obligación de corresponder a sus palabras, claramente imbuidas por el *tatemae*, las buenas formas. Ambos sabían que la marcada puntuación en la costumbre era contraria a sus verdaderos pensamientos.

—Este humilde *bus hi* tan solo trata de ejercitar su espíritu.

—De forma excelente, no cabe duda —terció Kazuo.

Yami tomó la palabra.

—Bueno, no es lo mismo la práctica que la realidad, por mucho que nos empeñemos. En los ejercicios no existe la opresiva presencia de un enemigo que intenta acabar con nuestra vida, el miedo al fracaso y la deshonra, la tensión que hace temblar nuestras manos. Aunque tal vez mi primo pueda encontrar más instructivo el lanzamiento a objetos inanimados.

Tadakuni le miraba con fuego en los ojos, sin molestarse en tratar de ocultarlo, pero Yami parecía deleitarse en ello y no mostraba la menor contrariedad.

—De hecho conozco un ejercicio mucho más cercano a la realidad —continuó mirándole directamente—. De nada sirve lanzar una flecha desde el

suelo. Eso no es propio de un verdadero *bushi*. El *samurái* muestra su pericia a lomos de un caballo. Tal vez mi primo pueda mostramos su buen hacer en semejantes condiciones.

Acababa de lanzarle un reto, algo que no podía desatender, y su primer impulso fue aceptarlo a voz en grito. Sin embargo, recordó el excelente lanzamiento que había hecho su primo la mañana anterior. Estaba a una distancia considerable e hizo blanco en mitad de un objeto de escaso tamaño en movimiento, que modificaba constantemente su superficie. No cabía duda de que Yami confiaba plenamente en sus cualidades y Tadakuni sabía que no era el mejor momento para exigirse el máximo. Continuaba intranquilo y algo descentrado, pero en realidad no había marcha atrás.

—Está bien.

Yami no pudo ocultar una sonrisa lobuna y se dirigió entonces a Kazuo.

—Quizá el señor de la casa esté de acuerdo en un encuentro a tres blancos.

El interpelado pareció igualmente complacido por la deferencia de solicitar su beneplácito, reconociendo su posición en la casa.

—Estoy de acuerdo. Que sea de inmediato.

Ambos contendientes se saludaron y partieron hacia las caballerizas en silencio. Tadakuni bullía en un mar de inquietud nuevamente. Nunca antes había protagonizado un encuentro con un *samurái* y las consecuencias de ello se le escapaban. En condiciones normales jamás se hubiera producido, pues la diferencia de castas hacía en principio imposible tal situación, pues llevaba implícito el reconocimiento de igualdad, algo que un *samurái* no hubiera consentido, y Tadakuni sabía que el jactancioso Yami menos que ninguno de ellos. Lo natural sería que el *samurái* le venciera con contundencia. No podría ser de otro modo, pues las armas de un *samurái* y signo exterior de su superior posición social era el arco a caballo, pero Tadakuni estaba seguro de que Kazuo le habría informado de que precisamente esa era la mejor de sus cualidades. ¿Por qué no elegir la *katana*, el *bo* o cualquier otra disciplina, en las que su destreza era inferior? No era normal que Yami pusiera en peligro su reputación. ¿O acaso esperaba que se dejara ganar? Si no era así y salía victorioso del encuentro, ¿cómo reaccionaría Yami? Sin duda existía un objetivo oscuro a ese gesto aparentemente honorable hacia su persona que no lograba descubrir. Con negros pensamientos caminó tras los pasos de su primo.

En cuanto llegaron a la entrada del establo Suzu apareció con el caballo de Yami ensillado y dispuesto. Sin duda tenían preparado de antemano todo aquello, lo que le inquietó aún más. Él, sin embargo, debía buscar a algún sirviente que le ayudara a prepararse, pero entre las sombras del interior no encontró a ninguno de ellos, lo que resultaba sumamente extraño. Era día de entrenamiento y los diferentes *bushis* de la casa precisaban sus monturas para los diversos ejercicios.

Yami subió a la grupa y recogió las bridas de forma brusca.

—No te retrases primo, tengo aún muchas cosas que atesorar con Kazuo.

Y sin darle tiempo a contestar partió hacia el lugar del enfrentamiento.

Suzu le miró divertido sin ocultar su desprecio y se alejó caminando en pos de su señor.

Tadakuni penetró en la amplia construcción de madera y tampoco encontró a nadie en el interior. No había ni una sola de las personas encargadas de las monturas de la familia, nadie estaba solicitando un caballo o exigiendo la atención del que trajera después de una cabalgada. El silencio y el aire de irrealidad que emanaba la inusual inactividad le inquietaron sobremanera. El tiempo apremiaba, pero no encontró a ninguno de los equinos destinados a los *samuráis* de la familia. Tampoco se hallaban los utilizados para el adiestramiento de los otros *bushis*, no había el menor signo de vida en aquel ancho edificio.

Caminó hasta el otro extremo, donde había un pequeño cercado en el que se levantaba una caseta en la esquina más alejada, una reproducción idéntica en menor tamaño del edificio principal, destinada a las monturas de la familia.

Cruzando en dicha dirección volvió a sorprenderle la soledad del lugar. Un silencio estremecedor lo impregnaba todo. Jamás había sido testigo de algo parecido. Pero cuando llegó hasta la caseta tuvo una revelación aún más inquietante. Su caballo no estaba.

Poseía desde hacía un año un caballo de la mejor raza del este del país, donde se criaban los mejores de todas las Islas Sagradas, de nombre Novo, que si bien no podía considerarse un auténtico caballo de batalla por su falta de envergadura, era especialmente ágil e instintivamente elegía el camino correcto cuando abandonaba las bridas usando el arco. Desde el primer momento se había mostrado dócil y decidido, nunca había permitido que cayera de su silla y en la reciente batalla no había titubeado en acatar sus órdenes, pese a la locura propia de una batalla. No podía imaginarse a lomos de ningún otro en un duelo semejante al que se disponía protagonizar pero allí solo estaban los tres de su padre. Ninguno de ellos era válido para el ejercicio, pues se trataban de equinos bellos y lustrosos, de excelente porte y mirada altanera, dignos de un acaudalado comerciante pero de estrechas corvas y patas delgadas. Habían sido adiestrados para moverse con elegancia y no con agilidad y velocidad. Era imposible que con ninguno de ellos pudiera siquiera recorrer a la carrera el campo de adiestramiento con la suficiente pericia.

La desolación le golpeó como una bofetada en el rostro. Reconoció la mezquindad que presuponía de Yami en todo aquello. Intentó pensar una solución rápida que le alejara de la delicada situación que se le presentaba, pero no disponía de tiempo para buscar su caballo, ni tampoco de dirigirse al palacio en busca de un sirviente. Quizá si regresaba a la explanada pudiera pedir la montura de algún *bushi*.

Cuando giró sobre sí mismo para desandar el camino se percató de lo inconcebible de esa posibilidad. El caballo, el arco y la *katana* eran tres posesiones que atestiguaban la categoría y relevancia del *samurái*, formando parte de él mismo. Ninguno estaría dispuesto a cederle su caballo. Semejante idea solo podía ser fruto de la mayor de las desesperaciones y no tenía más remedio que ensillar él mismo alguno de aquellas monturas de representación.

Estaba decidiendo por cuál decantarse cuando escuchó un ligero trotar a su espalda. Cuando giró en la dirección del intruso vio a un jinete que había atravesado la caballeriza siguiendo su mismo camino.

—Saludos, Tadakuni.

—Me alegra veros, Taro —le saludó.

El interpelado, que había llegado a lomos de un caballo de entrenamiento, desmontó con cuidado y se acercó con las bridas en la mano derecha. Cuando estuvo a la altura de Tadakuni quedó de relieve la diferencia entre ambos, ya que su cabeza llegaba a la barbilla de este. Bajo su *kimono* se adivinaba una constitución delgada, carente de la fortaleza que acompañaba a la mayoría de los guerreros adiestrados. Sin embargo, no había hecho otra cosa desde niño. El progenitor de Taro, campesino de la familia, había sufrido un accidente que le había postrado en su lecho, incapaz, por tanto, de labrar la tierra y cumplir con su servicio. Por este motivo había sido entregado el hijo primogénito a Kazuo como compensación, que había decidido convertirlo en *bushi* al servicio de la casa.

Desde el principio Taro sufrió las burlas del resto de sus compañeros. Era débil y poco agraciado y todos encontraban una diversión irrenunciable el inflingirle daños físicos y morales. Lanzaba sus flechas con escasa potencia, dejaba caer su *shinai* cuando chocaba con fuerza en el de su adversario y era taimado y huidizo. Tan solo Tadakuni no participaba en ese continuo y opresivo ataque a su persona e incluso le había dado más de un consejo a la hora de usar el arco.

Taro seguía siendo el *bushi* de menor fortaleza física en la mansión; sin embargo, había cambiado mucho. Inexplicablemente le poseía una furia salvaje cercana a la locura cada vez que se ocupaba de un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, independientemente del arma que se tratara o la pericia que en su manejo albergara, lo que lograba amedrentar en ocasiones a sus contrincantes y en todo caso salvaba con creces su menor envergadura. Era valiente y decidido, nunca retrocedía y muchos preferían no cruzarse con su *katcma* ante el temor de una deshonrosa derrota de manos de un individuo pequeño y débil. Nada le detenía cuando decidía atacar y además había desarrollado una forma particular de desplazarse rápidamente, que eludía los acercamientos directos a su adversario. Nunca hacía lo esperado, jamás atacaba de un solo movimiento y en cambio usaba fintas y desplazamientos circulares, desbaratando cualquier estrategia de su contrincante. En cuanto al manejo del

arco, sin embargo, no podía salvar su altura con fiereza o inteligencia y estaba condenado a realizar tiros modestos.

—¿Dónde están todos? ¿Y mi caballo? —le preguntó Tadakuni.

—Lamento profundamente la situación y os pido humildemente perdón. Los *samuráis* ven en la figura de Yami un *bushi* honorable a quien seguir, simplemente por el hecho de que sea de su misma casta. Esta mañana Suzu nos ha reunido diciendo que jamás seréis *samurái*, que os falta la sangre y la cuna, que sus destinos irán ligados al vuestro si no tratan de evitarlo, añadiendo a esa afirmación la insinuación de que Yami está aquí como miembro de la familia preocupado por el destino de la casa y que vuestro padre piensa otorgarle su favor, pues también él es consciente de vuestras limitaciones.

Tadakuni se imaginaba algo así pero el hecho de escucharlo en voz alta y tener la certeza de lo que estaba ocurriendo le turbó. Por unos momentos no fue capaz de hablar, pero se recuperó gracias a la indignación que le producía los manejos de su primo.

—Eso no es cierto. Sigo contando con el favor de mi padre —afirmó sin poder evitar que su voz temblara por la falta de verdadera convicción en lo que decía—. ¿Y qué opinan los demás?

—Los *bushis* harán lo que digan los *samuráis*.

—¿Y vos? ¿Qué crees tú?

—Hablan de honor, con esa palabra legitiman a Yami. Pero yo no lo veo cuando en un enfrentamiento a caballo uno de los contendientes ha perdido el suyo —contestó entregando las riendas a Tadakuni—. No dejéis que baje la testuz. Cuando ocurre tiende a trotar a menor velocidad y desviarse hacia la derecha.

No era necesario decir nada más. Tadakuni subió a la silla y comprobó que el animal estaba tranquilo y caliente por alguna carrera, pero ni mucho menos cansado. Lo condujo hacia la salida y se dirigió a la caseta de la armería, donde se detuvo a cambiar de arco a otro más pequeño, adecuado a los lanzamientos a corta distancia desde montura, recogió un carcaj de flechas y salió a la carrera a la explanada.

Todos los *bushis* de la familia se encontraban allí formando una línea enfrentada a los tres blancos en mitad del terreno despejado de entrenamiento. Kazuo también había recurrido a una enorme sombrilla y a una silla de tijera para colocarse entre ellos. Más al fondo, sobre una ligera meseta, se situaban diferentes sirvientes de la casa, entre los que imaginaba con rabia a los encargados de las caballerizas.

Sobre sus hombros notó una pesada carga. Era totalmente consciente de la trascendencia del duelo y de que la mayoría de los *bushis* estaban del lado de Yami, única explicación de lo acontecido en las cuadras. Kazuo se mostraba distante y la ausencia de Aiko y de Pequeña Hermana, le hacía sentirse solo

ante la adversidad. Sin embargo, trató de no pensar en ello. Debía aceptar su *karma*.

Se irguió en su silla y adoptó el porte más firme posible. Cabalgó hasta Yami, que le esperaba montado frente a Kazuo con su arco preparado, escoltado por el eterno Suzu. En sus caras no había el menor atisbo de expresión pero supo con seguridad de su sorpresa al verle aparecer sobre un caballo digno. Al menos podía regocijarse en esa certeza.

—Has dilatado la espera innecesariamente, primo. Ya pensábamos que no reunirías el valor suficiente para aceptar el encuentro —escupió Yami con resentimiento.

Tadakuni sin embargo esta vez contestó tranquilo.

—Os pido humildemente disculpas. Por favor, comenzad vos el ejercicio.

La obsesión de todos los *bushis* era ser el primero en entablar combate y era un honor ser el primero en hacerlo. Ya que un entrenamiento se consideraba una preparación o emulación a este, era propio darle la misma consideración, por lo que el gesto de Tadakuni debía considerarse de gran deferencia e implicaba corresponderle de la misma forma. Lo adecuado hubiera sido que Yami declinara el honor al menos una vez, para que ante la insistencia de Tadakuni no tuviera otra opción que aceptar.

Sin embargo, Yami espoleó su caballo con un salvaje grito y se alejó al otro extremo del campo sin ni siquiera mirar a Tadakuni. No tuvo más remedio que aguantar estoico el nuevo insulto. Además, estaba seguro de que no había sido casual. Nadie más había oído la conversación salvo Suzu y para todos los observadores habría parecido que Yami había tomado la decisión de ser el primero ante su pasividad.

Tadakuni sintió que otra vez la rabia le consumía. Sabía que no debía dejar que la ira le arrebatara su autodominio, pero era incapaz de soportar a aquel hombre y sus maneras.

Para no permanecer atrapado en pensamientos negativos se dedicó a revisar su arco y elegir las tres flechas del encuentro, evitando dirigir la mirada a su contrincante.

Los blancos estaban situados a la mitad de un *cho* y no eran más que unos gruesos tablones de madera de forma cuadrangular con los lados de tres *shaku* de longitud, apoyados en el suelo y ligeramente inclinados para recibir las flechas. Yami ya estaba preparado al inicio del campo con uno en su arco. Permanecía inmóvil tratando de obtener el mayor grado de concentración y también demostrando el total dominio de su montura, que no daba ni un solo paso y parecía haberse convertido en un caballo de madera.

Tadakuni no pudo evitar echar una mirada a su padre. Kazuo permanecía en su silla, esperando que comenzara el enfrentamiento. Se encontraba tranquilo, aparentemente ajeno a las manipulaciones de Yami. Tadakuni ardía en deseos de hacerle partícipe de las noticias que acababa de recibir. No cabía

duda de que se trataba de una traición, que Yami intentaba adueñarse de la riqueza de la familia. Kazuo debía saberlo al instante y tomar las medidas necesarias antes de que fuera tarde. Pero en ese momento no era posible, tenía que acabar antes el duelo.

Era consciente de que no podía haberse producido un momento menos indicado que aquel para realizar el ejercicio. Había vuelto a perder su equilibrio y su concentración era esquiva. Su interior bullía de excitación y su mente solo deseaba que todo acabara lo antes posible.

Se vio sorprendido por la salida de Yami, iniciada por una espectacular carrera inclinado sobre su caballo de tal forma que en la distancia parecía que no hubiera jinete, con la cabeza escondida al costado contrario a los blancos, sujetando el arco y la flecha con el brazo derecho. En un espacio brevísimo estuvo a la altura del primero de ellos y fue el momento en el que soltó la brida, se irguió tensando el arco y lanzó la primera de las flechas.

Antes de que llegara hasta el tablón ya había recogido una nueva saeta y la preparaba en el arco. Cuando la primera impactó justo en el centro se producía el segundo intento, que fue seguido del tercero un instante después. Cuando llegó al final a la explanada y frenó, levantando una enorme polvareda, las tres flechas estaban clavadas en el centro de los blancos.

El caballo de Tadakuni estaba inquieto. Mientras se dirigía al extremo desde donde comenzaría el ejercicio tuvo muy clara la causa. Él lo estaba aún más. El animal, pese a estar acostumbrado a ser conducido por diferentes jinetes, sentía un recelo natural ante uno nuevo y era mucho más sensible a sus estados de ánimo. Por eso palpaba su inseguridad y se inquietaba igualmente. Hubiera deseado disponer de la oportunidad de realizar una cabalgada a su lomo. Estaba seguro de que hubiera sido suficiente para conocerse mutuamente y crear un mínimo vínculo que permitiera un entendimiento aceptable. Sin embargo, iba a exigirle el máximo esfuerzo sin un preámbulo previo. No podía confiar en prever su comportamiento, era imposible conocer de antemano cuál sería la mejor forma de conducirlo en aquella alocada carrera. Lo único que podía hacer era encomendarse al *karma* y actuar con la esperanza de que todo fuera bien.

Imaginó que en realidad todo estaba hecho. No debía tratar de encontrar la forma de llegar a un objetivo, solo debía ser testigo de lo que iba a acontecer, de que en su mano no estaba la posibilidad de evitar lo que ya era. El futuro y el presente eran parte de un todo. Esta idea le devolvió parte de su entereza y cuando inició la carrera olvidó todas sus dudas para entregarse al ejercicio.

Al igual que Yami adoptó la postura de ataque y esperó hasta el último momento para incorporarse y tensar su arco. No trató de apuntar, ya que la dilación en encarar y asegurar el resultado del intento hubiera sido fatal por la gran cantidad de tiempo que le hubiera llevado, imposibilitando incluso la

oportunidad de efectuar el segundo tiro. En su lugar realizó todos los movimientos necesarios sin mirar más que de soslayo al blanco, confiando en su intuición. Cuando partió la flecha supo que esta acertaría al lado de la de Yami sin necesidad de esperar a comprobarlo.

De momento todo había empezado bien. El caballo no había perturbado sus movimientos al abandonar las riendas y mantenía la misma cadencia y elevación del cuerpo, lo que posibilitaba que Tadakuni se adaptara a este.

El segundo intento fue igual de rápido y supo, según iniciaba las maniobras de recoger la última flecha, que igualmente iba a acertar en el centro del tablón. Por un momento se sintió eufórico, liberado del gran peso de la fatalidad, pero se obligó a recuperar la concentración necesaria para proseguir con el ejercicio.

Cuando se disponía a tensar el arco vio cómo la testuz del equino bajaba hacia el suelo. Un espasmo recorrió su espina dorsal recordando el aviso de Taro y dudó un instante. Tal vez pudiera ser capaz de disparar antes de que modificara su trote, evitando que influyera en este. Sin embargo, el tiempo que dedicó a llegar a esta conclusión fue suficiente para intuir que ya había pasado dicha oportunidad y no se atrevió a liberar la flecha, por lo que esperó para ver la reacción del caballo y adaptarse al cambio.

La distancia al tercer blanco aumentó rápidamente. Al momento habían perdido la perpendicularidad y se alejaban a gran velocidad sin que hubiera experimentado el menor cambio en la trayectoria de la carrera, tal y como estaba esperando. En breve llegaría al final del campo y el blanco empezaba a ofrecer cada vez menos superficie de impacto y por ello supo que no podía dilatarse más. Tal vez Taro se hubiera equivocado. Puede que no siempre ocurriera lo que le había anunciado. En cualquier caso no tenía más remedio que arriesgarse.

Terminó de tensar el arco e inició la liberación de la cuerda que aguantaba la saeta. En ese momento sintió que el caballo modificaba el sentido de la marcha ligeramente, alejándose de los blancos mientras daba un paso más corto. Retuvo un instante más su mano derecha mientras con la izquierda trataba de compensar el cambio, pero era demasiado tarde, pues cuando ya sentía haberlo logrado, volvió a modificar su trote a uno ligeramente más rápido.

Había cabalgado ese mismo espacio en demasiadas ocasiones para no saber que ya estaban a punto de llegar al final del campo de entrenamiento. El blanco apenas ofrecía ya superficie a la vista y no había posibilidad de más demora, así que trató de adivinar dónde estarían un instante después respecto a este y liberó al fin la flecha.

Rápidamente agarró las riendas y frenó su montura justo antes de precipitarse entre la arboleda que bordeaba el campo. La saeta llegó hasta el tablón de forma oblicua y penetró de lado. Estuvo a punto de ser repelida por

la madera, pues la punta no estaba diseñada para clavarse con esa inclinación, pero la fortuna hizo que se enfrentara con la mayor superficie de acero posible y se clavó en esta milagrosamente junto a la de Yami.

La concurrencia había enmudecido. Había efectuado un lanzamiento imposible. Por un momento parecía seguro que Tadakuni no sería capaz de ni siquiera disparar antes de llegar al final del espacio disponible y mucho menos de que lograra acertar en el tercer blanco. Tal como había intuido, las otras dos flechas estaban clavadas en el centro de sus respectivas dianas.

Las miradas de Tadakuni y Yami se encontraron pese a la distancia que les separaba. Esta vez era su primo el que emanaba ira y Tadakuni la percibió tan claramente como el Sol del amanecer. Pero justo cuando terminaba de dominar su caballo tras la brusca parada para iniciar el regreso hacia Kazuo, su última flecha, al parecer sostenida con menor seguridad de lo que había parecido, cayó sobre la arena. Tadakuni había sido derrotado a la vista de todos.

HAKODATE, BINGO

Cuando el viejo Jo acudió a la llamada de Danjuro le encontró sentado en *seiza* sobre la tierra mojada del pequeño jardín de la casa, prescindiendo de la comodidad de un cojín o esterilla, descalzo y con el *kimono* remangado hasta sus rodillas, permitiendo a su piel el contacto con la arena húmeda. Su espalda parecía más erguida y la preocupantemente pérdida de vitalidad tras el regreso de la batalla parecía haber regresado a su semblante. Frente a él se encontraban los elementos de escritura y con mano firme practicaba la caligrafía aprovechando la buena disposición de la mañana para permanecer al aire libre.

Esperó a que su señor completara un poema sobre el blanco lienzo, trazado con elegante maestría sin alimentar su pincel hasta la conclusión.

¿Qué pétalo escapa de la flor?
La mariposa de primavera.

—Mi señor…

Por supuesto, Danjuro ya se había percatado de su llegada pese a no poder verle.

—Jo, sería conveniente atender a una serie de compromisos —contestó sin volverse mientras introducía el pincel en la tinta negra—. ¿Cuándo dijo Tomayuki que llegaría?

—Lo hará en breve. Necesitaba la noche para dejar atendida su tierra.

«Y para despedirse de su mujer», pensó el *samurái* con una sonrisa.

—Mientras, ve preparando lo necesario para partir a la presencia de Iwakura-*sawa*.

—¿Tal vez para resolver el asunto del duelo, mi señor?

—Así es. No es propio de un *samurái* dejar algo por terminar. Me presentaré humildemente y aclararé su disposición para conmigo.

—Como deseéis.

Cuando Jo se disponía a marcharse Danjuro habló de nuevo.

—Ah, también debes realizar un servicio personal. Lleva esta carta a la

dama Kiku.

De sus ropas sacó un papel enrollado anudado a una rama de cerezo cortada con su flor a punto de despertar. La primavera acababa de empezar. Hubiera sido más adecuado un papel del tipo *torinoko*, delgado y delicado, o tal vez papel de *Catay* marrón amarillento, pero no contaba con ninguno de aquellos lujos. En su lugar había escrito en uno rústico, blanco y grueso de fibra.

Absorto contemplo la ola olvidada que llega.
¿Cómo podría dejar que regresara al mar?

La ola era Kiku y Danjuro la playa sugerida. Jo abrió los ojos como platos y corrió a recogerla de su mano extendida. Se había inspirado en la cercana orilla del mar, al otro lado de una pequeña meseta situada al final del pueblo.

—¿Algo más, mi señor?

Danjuro apoyó el pincel sobre el resto de útiles y se giró para mirarle.

—A vos no puedo ocultaros nada, viejo amigo. Como podréis observar es una carta de cortejo. Este es otro asunto que debo atender. Es hora de que asuma las consecuencias de mis actos.

Y dicho esto eligió un nuevo papel en blanco y retomó sus ejercicios de caligrafía con trazos elegantes y medidos con igual perfección.

El Sol y la Luna permanecen por el mismo tiempo.
Miran la belleza de la primera floración.

Era ya avanzada *La Hora de la Serpiente* cuando escuchó el ruido de un grupo de hombres alrededor de la entrada a la casa.

Se encontraba solo, por lo que decidió incorporarse y andar hasta ella para averiguar el motivo del pequeño alboroto.

Un sirviente se dirigía ya desde la entrada por el pequeño camino hacia la casa pero se detuvo como alcanzado por un rayo en cuanto se percató de la imponente presencia de Danjuro, con Tani perfectamente visible, pues esperaba encontrar a algún servidor.

—Quizá podríais explicar el motivo de esta entrada no anunciada en mi hogar.

El hombre se postró de inmediato y realizó una reverencia, mas su tono de voz no pareció expresar una verdadera humildad.

—Mi señora, Matsuoka Mitsuko, esposa del gobernador de Harima, ha decidido otorgar a esta casa el honor de su presencia, mas no encuentra un acceso por el lado sur para su carruaje y espera consternada en la calle.

Aquellos miembros de la aristocracia que accedían a una casa en la que su habitante era de menor rango acostumbraban a hacerlo por el lado sur y nunca

a pie. A Danjuro tampoco se le escapaba que la presencia del sirviente no atendía a una solicitud de permiso para acceder a su hogar sino que demandaba una solución al inconveniente surgido.

—Podéis informar a vuestra señora de que no encontrará más que una entrada y que esta desgraciadamente no da al sur.

Danjuro le vio alejarse y atisbo desde donde estaba el elegante carro, movido por ocho sirvientes, todos ellos con bonete y calzas rojas, con las persianas recatadamente bajadas. Tan solo se podía conocer de la dama las hermosas mangas encamadas, atestiguando el quinto rango de su esposo, que con exquisita gracia había dejado colgar por la parte delantera.

Después regresó al lugar donde había estado practicando la caligrafía y se sentó tranquilamente a esperar, pues daba por sentado que semejante dama jamás se rebajaría a entrar en su casa. Recordó con pesar los tiempos en los que contara con numerosos sirvientes, que hubieran podido atender a la ilustre visita con la debida propiedad y él mismo no hubiera tenido que rebajarse a hablar con un sirviente. De seguro la dama se regocijaría en su desgracia, pues la animadversion que la nobleza profesaba a la nueva clase *samurái* era muy extendida. El hecho de que sus ancestros fueran campesinos era algo que los primeros despreciaban y que las especiales circunstancias del pasado hubieran dado tal relevancia a la clase militar, transformándose en nueva casta elitista, resultaba para muchos un insulto intolerable.

Al poco el sirviente llegó hasta él con una misiva, escrita con trazos rápidos y quizá forzadamente carentes de adorno, pero ciertamente elegantes.

Tal vez la llegada del ruiseñor
anuncie por fin la primavera.

Durante las últimas lunas, había recibido varias misivas de la encargada del servicio doméstico del palacio del gobernador, solicitando la compra de sus muebles. Al parecer, conocían la exquisita confección de los mismos, así como su antigüedad y excelente conservación, y anhelaban decorar con ellos varias salas de reciente construcción. Pero pese a la precaria condición económica de Danjuro, este siempre se había negado.

Sin dudar un instante contestó con suaves trazos.

El ruiseñor anhela el nido en la tupida maleza,
mas ¡ay!, otro antes que él ya lo ocupa.

No tuvo que esperar para recibir respuesta.

Tal vez no deba desesperar, pues conoce el

duro invierno que le espera al inquilino.

—Mi señora conoce las dificultades por las que atravesáis y no entiende el motivo de la negativa ante una oferta tan generosa. Espero que comprendáis que llegado el momento pudiera ser interpretado como una falta de tacto del todo inadecuada —añadió el sirviente.

Pero Danjuro no hizo el menor gesto que denotara inquietud por su velada amenaza y trazó una rápida contestación.

Será la justa recompensa por su virtuosa paciencia,
pues el invierno aún queda lejos.

Y al margen añadió unas líneas.

El honor de que una dama de tan alta y encumbrada posición se interese por los mundanos muebles de este humilde apellido ciertamente honra esta casa, mas estos fueron Cegados por el padre del que escribe, y antes del padre de su padre, sirviendo desde el nacimiento de esta casa, y es por ello que el honor y el respeto a mis ancestros impiden que pueda ser capaz de prescindir de ellos. Le ruego encarecidamente me disculpe.

Esta vez la respuesta no se produjo con la misma rapidez. Danjuro se preguntaba si la dama se sentiría insultada o simplemente decepcionada. Desde luego, el hecho de que se hubiera desplazado personalmente hasta allí era del todo inusual y demostraba claramente su interés.

El sirviente apareció de nuevo y le entregó la respuesta, esta vez doblada con esmero en un intrincado ejercicio de destreza, hasta reducirla a la palma de la mano. A su alrededor una hermosa cinta roja con un bello nudo imitando un narciso.

—Mi señora abandona vuestra casa —manifestó el sirviente mientras inclinaba la cabeza.

Al momento se escuchó el ruido de los hombres que se esforzaban en girar el carromato sobre la estrecha y embarrada calle, para alejarse después con rapidez, seguramente para abandonar el pueblo.

Danjuro desanudó y leyó el mensaje, esta vez con líneas elegantes y esmeradas.

Quizá sea el momento de volar hacia otro lugar,
pues más sabio es seguir la dirección del viento.

A continuación, al pie, se leía:

«Inesperado ha sido el contenido de nuestro encuentro, os he juzgado mal».

El *samurái* también se sorprendió del reconocimiento que le había dispensado.

Danjuro continuó el resto de la mañana deleitándose con su reproducción de diferentes poemas clásicos, hasta que el Sol estuvo alto. Cuando se disponía a recoger en su estuche de madera de haya los elementos de escritura, Jo se acercó hasta él de nuevo.

—Mi señor…

—Dime, buen Jo.

—Tomayuki ya está aquí. No hemos encontrado acertado importunaros antes de que acabarais con vuestro trabajo.

Danjuro no contestó inmediatamente. Se levantó despacio y miró hacia el inicio del pequeño camino de piedras grises que recorría el jardín. Tras el viejo sirviente, a respetuosa distancia, pudo percatarse de la presencia del gigante, con su omnipresente *bo*, la vara de madera usada como arma por algunos campesinos y *bushis* con el mismo origen, que aguardaba paciente con la cabeza inclinada.

—Tomayuki, acercaos.

El hombre hizo lo que se le ordenaba y al llegar a su altura se arrodilló para acercar su frente al suelo.

—Mi señor, aquí me tenéis para vuestro servicio.

—Lamento profundamente haberos hecho llamar con tan breve espacio de tiempo desde nuestro regreso de la campaña al lado de nuestro señor. Soy consciente de que tenéis trabajo que atender y una familia a la que cuidar.

—Este humilde servidor no merece tamaña preocupación, su mujer sabe arreglárselas sola y sus hijos son obedientes y buenos trabajadores.

—No me cabe duda de que administráis bien a vuestra prole y que habréis sabido elegir bien a vuestra esposa. Y sin embargo os agradezco igualmente que hayáis atendido mi demanda. Debemos acudir a presencia de nuestro señor y ponemos a su disposición. Lamento que por mis acciones os veáis en peligro, pues puede que exija mi cabeza y por extensión la vuestra, pero os prometo que llegado el caso haré lo posible para que vuestra familia quede liberada de la condena.

—Nada más puedo esperar, mi señor. Os agradezco vuestra consideración.

Danjuro inclinó su cabeza de forma firme como reconocimiento a sus palabras.

—En cuanto a vos, viejo amigo —se dirigió a Jo—, solo espero que seáis capaz de perdonar mi díscolo comportamiento y el injusto pago al servicio a vuestra familia que supone todo esto.

El interpelado no pudo evitar que sus lágrimas afloraran. Emocionado, hincó sus rodillas de manera brusca y enterró la cabeza entre los brazos.

—No merezco este honor. No merezco tanto honor…

Danjuro se agachó para obligar a ambos a incorporarse. Jo no podía evitar que sus hombros no pararan de convulsionarse y las lágrimas bañaran su rostro.

—No podría desear mejores escuderos. Vuestra fidelidad y devoción son realmente ejemplares y me llenan de gozo.

La barca avanza,
Dos remos la mantienen.

—Y ahora vamos. Preparémonos para partir.

—Os traigo la respuesta de la dama Kiku —balbuceó Jo mientras luchaba por reprimir su emoción—, no me dejó marchar hasta realizarla.

Y dicho esto le entregó una hoja amarilla enrollada y anudada por un lazo rojo.

Cuando los dos hombres le hubieron dejado solo retiró con delicadeza el nudo y leyó el mensaje.

La ola no puede evitar que la marea
la arrastre de nuevo a donde pertenece.

Su caligrafía era algo anticuada pero de un gusto y armonía ciertamente notable, pese a lo cual Danjuro no pudo evitar fruncir el ceño. Había sido rechazado. ¿Cómo era posible? Lo inapropiado de que una viuda atendiera a un *chanoyu* con un hombre a solas sería un escándalo de no formalizar el encuentro. ¿No le importaba su apellido? ¿Y el futuro de sus hijos?

Había esperado que atendiera su gesto sin reservas. ¿Qué podía esperar de la vida una viuda? Solo convertirse en monja o abandonarse al vacío. Ahora se ofrecía un esposo. ¿Qué era lo que hacía que su comportamiento fuera tan inadecuado?

Al mismo tiempo, no pudo evitar reconocer una punzada de desconsuelo. Aún recordaba el enorme placer que le había producido el encuentro en la casa de *cha*. Creía que para ella había sido igualmente enriquecedor y su orgullo estaba herido por todo ello.

Debía insistir, por su honor y por el de ella.

—No nos vamos aún —se dirigió a sus servidores.

Y dicho esto volvió a sentarse a preparar su pincel y la tinta.

Abandonado en esta orilla en mis noches no sueño,
mas solo anhelo contemplar las copas de los árboles.

La orilla simbolizaba la espera solitaria del amor. Soñar se relacionaba con mantener relaciones sexuales y las copas de los árboles con el amor verdadero. Con estas palabras esperaba demostrar que sus sentimientos eran sinceros y con ese deseo entregó la carta a Jo.

Mientras este partía abandonó el jardín y entró en la casa, corriendo los tabiques móviles de una de las salas del ala oeste para contemplar las cercanas montañas y el cielo inmaculado. No tuvo que esperar mucho para que llegara la contestación.

La bruma caprichosa se extiende por la orilla.
Los árboles se ocultan en ella.

Desde luego, su tozudez era exasperante. ¿Cómo debía interpretar aquello?

Jo aguardaba sus instrucciones. Era perentorio que iniciaran la marcha sin más dilación, pero no podía dejar sin atender este espinoso asunto.

—Nos vamos —decidió al fin.

Recogió su sobreveste de caza, sin ninguna señal de reconocimiento de rango, y se encaminó a la entrada. Por detrás Jo se apresuró a cerrar los postigos y persianas, mientras que Tomayuki cargaba con los fardos de viaje.

Dejaron atrás la cancela de bambú de la Casa Verde pero para asombro de sus sirvientes los pasos de Danjuro se dirigieron hacia el centro del pueblo. Los aldeanos todavía se apartaban de su paso, más por miedo a su *katana* que por verdadero respeto, y las miradas interrogantes acompañaban su marcha. Era en extremo infrecuente que Danjuro atravesara la población y menos en compañía de sus dos escuderos, todos ellos pertrechados para abandonarla.

Al poco Jo adivinó hacia dónde se encaminaban pero no pudo dar respuesta a los ojos desconcertados de Tomayuki, pues caminaban muy cerca de Danjuro y hubiera sido inadecuado hablar a sus espaldas a la vista de todos.

Cuando divisaron la casa de Shinju encontraron a esta cerca de la entrada abatanando una estera mientras que Kiku se afanaba en el patio interior, arremangada hasta los codos, con un barreño sobre un fuego encendido en el que introducía diferentes prendas con *yamai*, la planta silvestre utilizada para lograr un color verde, que luego se encargaba de remover con un palo tratando de conseguir que el reparto del tinte fuera uniforme. Muy cerca corrían sus hijas alborozadas entre gritos y tropiezos.

Danjuro se detuvo y contempló la escena en la seguridad de saberse ajeno a sus miradas. Se fijó en las niñas, en la felicidad que poseían, su embriagadora frescura, su cándida inocencia, la despreocupada y continua actividad, en la promesa de futuro que representaban. Sintió el dolor de su propia condición,

sin esposa e hijos, condenado a asistir al fin de su apellido y su casa y se preguntó si no era ese el motivo del inesperado comportamiento de la dama Kiku. ¿No había sido capaz de separarse de sus hijas para conducirse por la vida espiritual tras su viudez? ¿Pensaba ahora que la intención de Danjuro era arrebatárselas?

Pero también fue consciente de lo inapropiado de su visita. No sería conveniente ponerla en vergüenza al presentarse de manera tan inesperada y contemplarla de aquella guisa, menos aún cuando la estaba cortejando. En silencio se censuró por la falta de tacto.

Se dio media vuelta y desanduvo unos pasos hasta apartarse de la vista.

—Jo, ve a anunciarme y regresa cuando pueda recibirme la dama Kiku.

En cuanto Jo se dirigió a la casa, Danjuro trató de buscar un lugar seco para sentarse, pero las recientes lluvias habían dejado la estrecha calle anegada y no podía permitir que sus mejores ropas se mojaran y su imagen no fuera adecuada, así que permaneció paciente de pie, mientras los aldeanos pasaban por uno y otro lado extrañados al encontrarle en aquella posición.

Cuando al fin regresó Jo se encaminaron de nuevo a la casa.

Esta vez la vieja Shinju se mostró más dispuesta y su actitud fue menos forzada. Al igual que Danjuro, encontraba el cortejo de este como la manera más adecuada de tratar el encuentro de hacía dos noches.

En la pequeña entrada de la casa baja se sentaron sobre el suelo, en *seiza* Danjuro y de lado, en deferencia a su avanzada edad, su anfitriona. Los sirvientes del *samurái* permanecían a la entrada, pues el hogar solo contaba con dos habitaciones. Kiku y sus hijas permanecerían en la otra contigua, que permanecía cerrada por tabiques móviles.

Al momento surgió de ella la mayor de las nietas de Shinju, que se acercó hasta el pequeño hogar en completo silencio y con la cabeza inclinada. Su abundante pelo negro recorría la espalda en hermosa cascada esmeradamente peinado hasta casi tocar el suelo, únicamente adornado por un cordón violáceo a la altura de los omóplatos. A Danjuro le sorprendió la extremada delicadeza con la que les sirvió un *cha* caliente, que no hubiera encontrado diferencias con el proceder de la hija de un gran apellido de la capital, por lo que durante unos instantes disfrutó del descubrimiento, encontrando otro motivo para admirar a la dama Kiku. Le extrañaba que hasta ahora no hubiera reparado en ella y en su exquisito buen gusto allí, en aquel humilde pueblo.

Cuando se hubo retirado de nuevo tras los tabiques móviles, tomaron unos sorbos de la infusión y retomaron su conversación, que hasta ese momento se había centrado en las formas comunes de cortesía.

—Quizá fuera el momento de conocer la dote que estáis pensando en aportar —se dirigió la vieja Shinju a su invitado.

Una pregunta tan directa podría considerarse inadecuada, pues debería haber esperado a que fuera Danjuro quien explicara el motivo de su presencia

y finalmente diera su oferta, pero el *samurái* no pareció alterarse y respondió de buen talante.

—Le agradezco que haya decidido conducir el momento hacia su esencia. Estoy a punto de partir a presencia de nuestro *jitō* y mi tiempo es limitado. En cuanto a mis intenciones ya veo que son obvias para la señora de la casa y al invitarme a ofrecer la dote correspondiente puedo entender que reconoce que son sinceras.

Shinju carraspeó contrariada, pues en su precipitación había perdido un terreno valioso. En efecto, ahora no podía desdecirse y evitar que las afirmaciones de Danjuro fueran tomadas como asentadas. De cualquier forma, intentó retomar la ventaja que lo inesperado de su demanda debería haberle otorgado.

—Debéis de reconocer que mi hija Kiku es de gran valía, pues posee dotes innegables y una educación exquisita, además de ser delicada y hermosa.

—En efecto, no puedo dejar de encontrar gran atractivo en sus cualidades, todo lo cual me ha llevado a presentarme en su hogar con esta demanda. De igual forma reconozco que privarla de su presencia una vez más será un duro golpe, que debería ser compensado adecuadamente. Fuera de esas verdades, una auténtica dama, como he podido inmerecidamente apreciar en estos días, debe valorarse con adecuada justicia.

La vieja entrecerró los ojos ligeramente y se congratuló de que aquel hombre tuviera en tan alta estima a su hija. Pero la negociación no acababa más que empezar y esperó a que continuara sin arriesgarse a decir algo inapropiado.

—Sin embargo, estará de acuerdo en reconocer que su vientre solo ha engendrado mujeres y que seguramente no sea capaz de aportar un varón a mi apellido.

El mazazo fue enorme. Shinju quedó sin habla durante unos momentos, incapaz de retomar la conversación. De todos era sabido de que en ocasiones el mal *karma* de una mujer o algún *kami* maligno evitaba que produjera hijos varones o incluso les impedía concebir. Una mujer así era una maldición para cualquier familia y en muchas ocasiones era motivo de divorcio y repudio. En el mejor de los casos, su hija solo podría ser reconocida como segunda mujer o concubina, por lo que la dote exigible menguaba considerablemente. Por primera vez desde que en aquella mañana comenzara el intercambio de mensajes, la vieja Shinju empezó a temer que aquella situación no fuera a ser beneficiosa para ella.

—Tal vez podáis explicarme, entonces, cuál es el interés que tenéis por mi hija.

—Digamos que en el día anterior a mi duelo bebí mucho *sake*. La vida de un *samurái* es a veces caprichosa y no es dueño de sus actos. Sin embargo, es necesario que atienda a mi deber para con su familia, asumiendo las

consecuencias de mi veleidoso comportamiento. El *chanoyu* habrá dado que hablar por todo el pueblo. A estas horas será conocido por cada habitante.

—En efecto, sin embargo, esta pobre familia no cuenta con un gran apellido. Ya conocerá que mi propia hija renunció al de su marido *samurái* de sexto rango al morir este, para regresar a este humilde hogar y atenderme. Esta es la condena de la gente humilde y la necesidad que debe atender. Por ello, llegado el escándalo, su señoría, con ese ilustre apellido, tendría mucho más que lamentar.

Danjuro sonrió ligeramente e inclinó la cabeza. También la anciana le correspondió de igual forma y aunaron sus movimientos para probar un nuevo sorbo de *cha*. Lamentó que toda la conversación estuviera siendo escuchada por la dama Kiku, que si bien estaba seguro de que jamás confesaría conocer el contenido de la misma o conducirse atendiendo a esta, le producía cierto malestar que no acertaba a comprender. Al fin y al cabo eran los vaivenes comunes en esa clase de situaciones, comportarse como si hablaran de un negocio en un día de mercado, pero hubiera preferido que se ocupara de todo un casamentero. En cualquier caso no estaba en su mano cambiar la situación, por lo que continuó con buena disposición.

—En efecto, mi apellido podría verse dañado, mas llegado el caso acogería a su hija, devolviendo el prestigio negado a su hogar.

—En ese caso el beneficio sería mutuo, pero ¡ay!, ¿quién cuidaría entonces de esta pobre anciana? ¿Y qué me decís de la pensión de viudez que perdería? Nada menos que medio *koku* cada luna nueva. ¿Cómo sería posible que esta mujer pudiera sobrevivir? Además, con los años la debilidad se ha adueñado de mi voluntad. La grata compañía de mi hija y nietas era mi único consuelo. Os ruego perdonéis esta vergonzosa muestra de flaqueza.

—En verdad sería una gran pérdida y si no fuera por la aciaga situación en la que nos vemos inmersos, jamás me atrevería a pediros el permiso para cortejar a vuestra hija. Sin embargo, no veo otra forma de eludir el escándalo.

Durante unos instantes se estudiaron mutuamente. La vieja Shinju trataba de adivinar cuál sería el próximo movimiento de aquel hombre, caprichoso y aborrecible, que había provocado aquella situación y con el que sin embargo debía contar para poder enmendar su propio desacierto. También tuvo pensamientos de reproche para su hija, que había aceptado aquella invitación precisamente del único en condiciones de exigir su mano y al mismo tiempo ser el menos indicado. Hasta donde llegaban sus observaciones, nada menos que Yamamoto había exigido su cabeza, la mano derecha de Iwakura. Llegado el matrimonio, podría arrastrarlos a todos a la desgracia. Mas ¿qué podía hacer? En silencio se encomendó a todos los budas y *kamis* que recordaba.

Danjuro por el contrario se comportaba con total naturalidad y aparente calma. Parecía disfrutar de la ociosidad del momento y pese a haber afirmado que se dirigía ese mismo día a presencia de Iwakura y el trecho era largo sin

monturas, no parecía tener la menor prisa en marcharse. Cuando Shinju había encontrado a Jo a la puerta de su casa anunciando su precipitada visita había esperado a un hombre con la necesidad apremiante de zanjar aquel asunto. Luego había dado a entender que no tenía necesidad real de conseguir su aprobación y que simplemente se había conducido por la costumbre, sin tener un interés sincero en lograr una buena negociación. Pero ahora sus argumentos eran tan contundentes que la vieja se sentía en clara desventaja.

Shinju dejó de rezar y maldijo la condición voluble de la vida y la indefensión en la que situaba a todos los seres vivos.

Un grito en la sala contigua rompió el silencio y al instante un fuerte lloro atronó sus oídos. Shinju experimentó una súbita excitación, una ira contenida claramente visible en su semblante. En cambio Danjuro se limitó a sonreír de nuevo y continuar saboreando el contenido de su taza.

Al poco el *shoji* se corrió y apareció de nuevo Akane, esta vez llevando de su mano a la pequeña Midori, causante del alboroto, que continuaba llorando con todas sus fuerzas pese a dejarse conducir sin oposición por su hermana. Cruzaron la habitación hasta abandonar la casa por la puerta que daba al patio interior, sin que nadie intercambiara tan siquiera una mirada, como si la interrupción jamás se hubiera producido.

Cuando regresó la quietud Danjuro volvió a hablar.

—Mi propio futuro es incierto y de sobra es conocida mi falta de recursos. Desgraciadamente no estoy en disposición de ofrecer la dote adecuada, mas ruego perdonéis mi atrevimiento al ofreceros mi propia casa. Sería un honor poder contar con vuestra presencia en ella, donde podrías seguir junto a vuestra amada hija y nietas como una más de la familia, al mismo tiempo que seríais tratada como corresponde. Jo sería quien a partir de entonces os relegara de todas las tareas domésticas, procurando vuestro merecido descanso. Llegado el caso, mi posible entrega al vacío os dejaría como señora de la casa y administradora de mi apellido.

Los ojos de la vieja Shinju se empequeñecieron y su mente empezó a correr más aprisa que su voluntad. Por un momento pensó que tal vez aquel hombre caído en desgracia guardara en un rincón secreto de su casa algún tesoro eludido de los acreedores, que después de todo aún conservara algo de valor del legado familiar. El imponente apellido había sido la salvaguarda y orgullo del pueblo durante tres generaciones y se podía esperar que algo de su antigua riqueza perdurara.

Puede que fuera una ilusa y no hubiera tales riquezas pero por otro lado no podía creer que un orgulloso *samurái* estuviera dispuesto a donar su casa, por muy poco valor que tuviera, y aspirar a un trato más ventajoso era pues del todo impensable.

Con una sonrisa interna se preguntó cómo se sentiría al tener su propio sirviente, ser señora de una casa. Después de todo, en el caso de que fuera

efectiva su administración podría negociar la venta y obtener cuantiosos beneficios, pues no estaba en absoluto abandonada pese a la falta de sirvientes y se trataba de una casa adecuada a los cada vez más numerosos nuevos nobles.

Aunque aún no estaba del todo satisfecha.

—¿Y cuál es el motivo de vuestra visita a nuestro señor?

—He de aclarar mi propia posición. No puedo ocultaros que está en entredicho, por lo que desconozco cuál será su resultado.

—Ni siquiera conocéis vuestro actual rango. ¿No es así? Decidme, ¿cómo puedo estar segura de que vuestro destino no nos arrastre a la desgracia?

Danjuro inclinó la cabeza con humildad y se apresuró a responder.

—No os puedo asegurar nada, en efecto, mas debéis elegir. Si no aceptáis el cortejo aquí y ahora y el resultado de mi encuentro con nuestro señor termina con mi destierro o muerte nunca podréis recuperar vuestro honor, ya que todos entenderán que inicié el cortejo anoche y que estamos ya comprometidos, arrastrándoos en mi decadencia. En cambio, si obtengo algún favor de seguro seréis beneficiadas.

La vieja pensó en rechazarlo en ese instante. Su soberbia no le permitía doblegarse a una amenaza como aquella aunque viniera de un *samurái*, pero luego creyó que tal vez fuera mejor una aceptación a medias. Si Danjuro caía en desgracia después de haber aceptado su propuesta, su honor podría restaurarse si aseguraba a todos que se había negado, declinando mezclarse con su apellido por ser conocedora de su falta de valía. Si por el contrario obtenía algún trato de favor o persistía en su estado actual se beneficiaría del acuerdo ratificándolo a su regreso. Tan solo debía de preocuparse de que su partida fuera en efecto inmediata y que nadie conociera el contenido de la conversación, para posteriormente anunciar la opción más conveniente. Podría mantener en secreto lo dicho durante un tiempo acudiendo a las reglas del decoro, pero no demasiado.

—¿Y cuándo esta pobre anciana sabrá el resultado de su visita a nuestro señor?

—Lo antes posible os enviaré a alguien para que os informe detalladamente o así lo pediré a nuestro señor en todo caso. De igual forma os aseguro que recuperaré el honor de mi apellido, aunque para ello deba abrazar el vacío. Debéis creer en la palabra de un *samurái*.

En el caso de que perdiera el favor de Iwakura, Danjuro prometía solicitar *seppuku*, el suicidio ritual que restauraría su dignidad. Sin duda era una garantía, pues aseguraba que no se verían arrastradas tras él si era humillado, pero ¿podía confiar en el valor de aquel hombre?

Miró a sus ojos e intentó adivinar si realmente sería capaz de semejante sacrificio, pero no pudo desentrañar nada en su semblante imperturbable. Tal vez sí o tal vez no. En cualquier caso no podía arriesgarse y supo en ese momento que su decisión estaba tomada.

—Estoy de acuerdo —se precipitó en manifestar, una vez retirada su forzado autocontrol. Seguiría el plan de la aceptación a medias.

—Está todo dicho entonces —respondió Danjuro palmeando sus muslos —. Si me lo permitís desearía intercambiar algunas palabras con la dama antes de partir.

—Por supuesto, por supuesto.

Como movida por un resorte se apresuró a incorporarse para entrar en la sala contigua de manera tosca y poco armoniosa.

Se escucharon algunos cuchicheos protagonizados por Shinju, sin aparente respuesta de su hija. Danjuro terminó el contenido del recipiente en sus manos y esperó unos momentos antes de que la vieja jorobada volviera a aparecer.

—Kiku está dispuesta. Podéis pasar —y acto seguido abandonó la casa atropelladamente por la puerta del patio.

Danjuro se acercó hasta el *shoji* y lo corrió para acceder al interior. En mitad de una sala de mayor espacio encontró un biombo desplegado. Sobre él unos suaves trazos con una brocha de gran tamaño emulaban escarpadas cumbres sobre las que se asentaban, en tonos más marcados y al mismo tiempo delicados, contornos sugeridos e incompletos de algunos árboles, los tejados de un templo y un puente hasta él. No se trataba del diseño más adecuado para recibir a una visita con las intenciones de Danjuro, aunque tampoco podría considerarse carente de buen gusto. Además, el *samurái* estaba seguro de que no contarían con ningún otro. En cualquier caso, admiró su excelente y esmerada factura, nuevamente sorprendido de encontrar allí aquella expresión de buen gusto. Seguramente habría viajado con la dama Kiku desde su antigua casa, cuando disponía de una vida más holgada.

—Las diferentes intensidades del trazo evocan los colores ausentes y los espacios no pintados invitan a disfrutar imaginando las formas ocultas —se aventuró Danjuro.

Desde el otro lado surgió la voz de Kiku, con un volumen recatado apenas perceptible, que sintió como una caricia tras haber conversado con la vieja jorobada.

—Ciertamente habéis sabido captar la esencia de la pintura. Os congratulo y os doy la bienvenida, mas resulta embarazoso para una dama vuestra chocante celeridad al conduciros. Debéis comprender mi desconcierto ante vuestra insistencia.

—Os pido humildemente disculpas, pero es prioritario la salvaguarda de nuestras casas, al mismo tiempo debo reunirme con Iwakura-*sama* y desgraciadamente no dispongo del tiempo que merecéis, mas convendréis conmigo en que debemos hacemos cargo de la situación.

—Esta humilde dama no puede, dada su condición, conducirse con el debido acierto para restaurar el daño que afirmáis haber sufrido en vuestra familia. Disponéis que lo decoroso fuera un compromiso, pero obviáis la

verdadera naturaleza de nuestro pasado encuentro, inicio de vuestra preocupación. Aquella noche ambos dimos por sentado que morirías a la mañana siguiente y no fuimos comedidos. Actuamos como chiquillos y disfrutamos de la ociosidad de la irresponsabilidad, mas esta que os habla no puede comprometer a su familia a una decisión basada en un momento de debilidad y un comportamiento indecoroso.

—Vuestra respetada madre, dueña de la casa, no lo ve así.

—¿Y desde cuándo os ha importado eso, noble *samurái*? ¿Acaso no estamos obligados a sometemos a vuestros designios? El rumbo de nuestro amado país está ahora en manos de las armas, justificadas por el miedo a un nuevo intento de invasión extranjera y vos representáis aquí la defensa de la costumbre, así como protección contra los cada vez más numerosos bandidos y salteadores de caminos. ¿Cómo podría una simple anciana y su humilde hija oponerse ello?

Esta vez fue Danjuro quien no supo cómo reaccionar. La inesperada réplica rompió toda su armonía y no tuvo más remedio que dejar su lengua callada. Tamaña osadía no era adecuada y podía ser interpretada como un insulto grave, pero Kiku aprovechó su silencio para continuar.

—Ruego me disculpéis, pero en ningún caso nuestro encuentro atendió a sus consecuencias, se asentó en el sueño del olvido, una mirada a la hoja caída que el río arrastra y no traerá jamás. Debéis saber que de otro modo jamás hubiera consentido en asistir. Y precisamente es lo que ahora pretendéis tergiversar. Deseáis darle un carácter que en realidad no tuvo. Amedrentáis a esta casa con vuestra imponente presencia. Exhibís la *katana* en el *obi*, habláis de honor y de restaurar lo que se ha desanudado, pero no respetáis los deseos de nuestros corazones.

—Ahora soy yo quien se siente desconcertado. No puedo entender de qué habláis. ¿Acaso anteponéis vuestros propios deseos a lo que debe hacerse?

La dama permaneció en silencio. En ese momento Danjuro fue consciente de que había perdido por un instante su aplomo, que su voz había sonado ofensiva y algo elevada y se arrepintió de ello. La ausencia de contestación le supo más amarga que el *cha* que acababa de tomar.

No sabía cómo exactamente, pero la firme oposición de Kiku ahora le parecía cargada de una dignidad apabullante y con ella se quebraba su voluntad. ¿No estaba haciendo lo correcto? Hacía unos instantes no tenía la menor duda de que así era, pensaba que consentía un sacrificio propio de un *samurái* al procurar una restitución y un honor mayor a aquella casa y que con ello todo quedaba definitivamente solventado. Pero ahora no sabía qué decir. Retrocedió a su encuentro con Tadakuni tras dar muerte a su amigo tras la batalla, cuando fue él mismo el que cuestionó la costumbre y el honor. ¿Era su pretensión una injusticia comparable?

Pese a que su rango no estaba claro, la simple condición de *samurái* le

hacía prevalecer sobre aquella mujer. No necesitaba su consentimiento, actuaba con una deferencia que Kiku le había mostrado cargada de futilidad. Era cierto que no había esperado de ella otra decisión que aceptar humildemente ser su esposa y congratularse de su buena fortuna, de salir de aquella casa, de contar de nuevo con un apellido, pero se había opuesto pese a saber que podía ser forzada.

Intentó vislumbrar la silueta de la dama al otro lado del biombo, captar al menos un sonido de su respiración y adivinar así su verdadero estado, comprender un poco más lo que podía esperar de aquella desconcertante mujer. Pero fue en vano. Su inmovilidad era absoluta, tan tenaz como su determinación, que no podía arrebatarle sin privarla de toda dignidad.

Regresó la vivida imagen de Kiku en aquella noche en la intimidad del *cha*, su delicadeza y sensibilidad, lo acertado de su comportamiento, la exquisitez de sus movimientos, lo acertado de sus observaciones, lo inteligente de su ecuanimidad y no se atrevió a destruir esa imagen doblegando su voluntad.

—¿No deseáis conduciros con propiedad? ¿Cómo debo entender eso? —rompió el silencio Danjuro, pero esta vez en un tono respetuoso.

—Decidme, noble *samurái*, ¿en verdad estaríais hoy aquí si vuestro elevado código de honor militar, ese que os enaltece y al que llamáis *bushido*, no os obligara a restituir vuestra dignidad y por extensión la de esta casa? Si fuerais un simple comerciante, o quizá un sirviente, alguien carente de respetabilidad, ¿no os encontrarías tranquilamente haciendo vuestros quehaceres recordando nuestro encuentro como una agradable velada sin mayor pretensión ni obligación? ¿Cuál es el sentido de los bellos mensajes que he recibido? ¿De qué hablan realmente? ¿Quién los escribe?

Danjuro permaneció en silencio con la mirada fija en el paisaje del biombo. Encontró descarada e irreverente libertad en los ecos de la voz de aquella mujer y se preguntó si no era eso lo que su corazón ansiaba igualmente. Fue incapaz de seguir insistiendo. Por alguna extraña razón ahora deseaba que fuera ella quien eligiera y se sorprendió de que la hubiera otorgado semejante concesión. Era una muestra de debilidad alarmante, que cualquier otro en su condición no hubiera asumido. ¿Una mujer imponiendo su voluntad? Que inapropiada muestra de ruptura de la costumbre y las buenas formas.

Pero la decisión estaba tomada. No discutiría más. Resopló ligeramente y se incorporó para marcharse. Cuando le dio la espalda y comenzaba a dar el primer paso la dama Kiku volvió a hablar.

—Os ruego humildemente vuestro perdón, mi señor.

El *samurái* se detuvo y no pudo evitar sentir orgullo por ella. Le había doblegado sin necesidad de un arma, ni amenazas o subterfugios, sin eludir su presencia. Lejos de sentir su propia debilidad experimentó una ligera euforia por aquella muestra de valor.

—Al menos, me permitiréis seguir escribiéndoos.

Fue Kiku quien esta vez se sorprendió ante semejante declaración. No había previsto las consecuencias de su inoportuna negativa, el comportamiento que podía esperar de aquel hombre, y se vio gratamente agradecida.

—Por supuesto. Será un honor y un motivo de estímulo.

Danjuro reinició sus pasos sin decir nada más y abandonó la casa. Afuera le esperaban Jo y Tomayuki para partir.

En cuanto se alejaron lo suficiente del pueblo y no fue necesario comportarse de una manera tan ordenada para salvaguardar las buenas formas Jo se atrevió a acercarse a Danjuro.

—¿Mi señor?

—Dime, Jo.

—¿Puedo atreverme a preguntaros por el desenlace de vuestra visita?

Danjuro estalló en una sonora carcajada, que hizo al viejo encogerse sobresaltado por su inesperada reacción.

—¿Cuidáis de mi futuro o simplemente deseáis saciar vuestra curiosidad?

—Veréis, yo solo pensaba que tal vez… —empezó atropelladamente.

—Basta, no es necesaria una explicación, estoy bromeando.

¿Danjuro bromeando? Esto sí era algo que nunca había visto. Puede que estuviera experimentando un nuevo acceso de locura.

—En verdad la vida es impredecible y una gran maestra. Primero el duelo con Yamamoto, en el que tuve una poderosa revelación, de la que aún trato de comprender todas sus implicaciones.

Jo le miraba desconcertado, sin comprender nada de lo que le decía su señor.

—Toda la vida me he preocupado de perfeccionar la forma del combate, de ser técnicamente superior a mi oponente. Sin embargo, esta vez traté de ser lo menos combatible posible, lo más suave y dócil hasta el punto de resignarme a la derrota.

—Entonces… Perdonar mi ignorancia pero no acierto a entender… Estáis vivo…

—Así es. Vencí sin luchar. ¿Qué os parece?

—Pero eso no es posible. ¿Vencer sin luchar?

—Ahí está la lección que debo asimilar. Permanecí inmóvil, esperando la muerte y, al no estar dispuesto a combatir, mi enemigo no encontró dónde atacar. La debilidad vence a la fortaleza. ¿Es un milagro o una ley natural?

Jo permaneció en silencio.

—He estado ciego. A partir de ese momento he mirado con otros ojos y me he dado cuenta de que existen más ejemplos en la naturaleza. Meditando me vino una visión. Cuando llega la nieve en invierno y se asienta sobre los árboles muchos se quiebran y otros permanecen. ¿Te has percatado de ello?

—Claro, mi señor, ocurre siempre —contestó sin saber a dónde quería

llegar.

—¿Cuál es la diferencia entre unos y otros?

El viejo permaneció en silencio totalmente perdido.

—Los árboles más fuertes, los que su tronco es ancho y fuerte como una roca se rompen. Sin embargo, aquellos otros delgados, que con la fuerza de tus brazos podrías arrancar de la tierra, ceden suavemente y se flexionan permitiendo a la nieve deslizarse hasta el suelo para luego volver a su posición inicial. Los primeros perecen, los segundos sobreviven. Lo débil vence a lo fuerte.

Jo quedó desconcertado con la solución al problema, pero seguía sin entender.

—¿Pero qué tiene eso que ver con la dama Kiku?

—La dama es otro ejemplo de ese poder. Parece débil, pero en realidad es muy fuerte. He tratado de hacerla mi esposa pero se ha negado en contra de toda previsión. Yo era la nieve, querido Jo, pero ella ha sido la rama que se dobla ante mi voluntad. No he podido aprehenderla. ¿Qué os parece?

—Pero, podrías haberla obligado, mi señor. Una simple mujer no puede negarse ante una exigencia tan importante de vuestra parte.

—No. No has entendido la lección. Eso hubiera sido contrario a la propia naturaleza. He sido derrotado, al igual que Yamamoto, salvo que yo he comprendido.

Continuaron caminando mientras Jo trataba de asimilar la forma de conducirse de Danjuro.

—Solo hay un problema.

—¿Cuál, mi señor?

—Antes de ir a verla deseaba que fuera mi esposa por respeto al *tatemae* y porque pensaba que era mi obligación. Tal y como me ha reprochado, mis letras carecían de verdadero sentimiento y mis intenciones no eran profundas. Por eso no he doblegado su voluntad. Debo agradecerle haberme hecho ver esto. Pero al rechazarme ha conseguido despertar verdaderamente mi interés.

—¿Queréis decir que ha despertado vuestro deseo por el hecho de negarse a vos?

—Así es, de la misma forma que una carpa ve a través de su charca cómo vuela la garza y sueña con acompañarla en el cielo.

Jo tuvo un sobresalto. ¿Estaba hablando de amor? ¿De sentimientos personales? Eso era algo del todo inapropiado, una deshonra más para añadir a su conducta. Pero aún siguió hablando de ella.

—Es la mujer más admirable que he conocido jamás y desearía que las circunstancias fueran otras, pero no puedo escapar de mi *karma*.

En ese momento Jo deseó no haber preguntado nada. Ese era el castigo por su mala conducta. Hubiera sido mucho mejor permanecer en su tranquila ignorancia. Asustado, regresó con Tomayuki unos pasos más atrás y no volvió

a despegar los labios.

Kiku estuvo muy callada durante el resto de la tarde. Se dedicó eficientemente a sus tareas y preparó la cena. Cuando Shinju le relató nerviosa el contenido del acuerdo y sus retorcidas intenciones no hizo el menor comentario y se limitó a escuchar con la cabeza baja. Como quiera que esta no le preguntó, dejó que pensara erróneamente que había aceptado la petición de Danjuro y que todo se desarrollaba según sus previsiones. Su madre se vio doblemente satisfecha cuando Kiku no puso objeción a no hablar con nadie ni salir de casa hasta saber el desenlace del encuentro de Danjuro con Iwakura.

Luego recogió todo y limpió la cocina. Jugó un poco con Midori y después se acostaron, Shinju en un jergón separado y Kiku con sus hijas.

Sin embargo, esa noche no era capaz de conciliar el sueño y a las pocas horas se levantó y se vistió. Al salir de la casa le produjo cierto consuelo la quietud y el silencio, pero tuvo miedo de ser vista a aquella hora intempestiva y se puso a caminar sin dirección concreta, buscando únicamente alejarse del pueblo. Sin apenas percatarse de ello llegó hasta la playa y no pudo evitar evocar los poemas de Danjuro.

Estaba doblemente sorprendida, tanto por su atrevida conducta durante la entrevista con Danjuro como por la posterior respuesta de este. En ningún momento se había imaginado que un *samurái* cediera en sus exigencias y que consintiera la negativa de una mujer. Ahora se preguntaba si había obrado correctamente.

¿Realmente pensaba todo lo que le había dicho? No deseaba casarse de nuevo y menos con otro *samurái* que se ajustara al *tatemae* férreamente y a su código moral, el *bushido*. Se avergonzaba de desear libertad, conducirse sin que al instante fuera juzgada por ello, harta de que cuando caminaba por la calle decenas de ojos la escrutaran buscando una crítica, deseosa de poder eludir las habladurías y chismorreos. Toda su vida estaba ordenada de antemano por férreas normas que la constreñían hasta el punto de desear ahogarla y conducirla secretamente a oponerse de inmediato a todo aquello que se esperaba de ella, por el simple hecho de no ser su elección.

No podía dejar de hacer cada día y en cada momento aquello que era su obligación. No importaba el esfuerzo que conllevara, la renuncia y el dolor que trajera, jamás era recompensado, simplemente era lo esperado. Sin embargo, cualquier ligero descuido o injusta acusación era suficiente para ganarse el peor de los castigos sociales, que además sufrirían todos aquellos cercanos a ella y sus descendientes.

Pero esa era la forma con la que el sabio Confucio había ordenado la Humanidad, la manera en la que el país prosperaba en paz armoniosamente y se hacía honor a los dioses. Hasta ella misma se censuraba por pensar de

manera tan egoísta.

Ahora entendía que ese era el motivo por el que se había sentido cercana a Danjuro y había aceptado su invitación. Como ella, estaba atrapado en las apariencias. Pero además había sido condenado irremediablemente, pese a dedicar su vida a cumplirlas.

Kiku odiaba la milicia por su vida pasada y por eso había regresado a Hakodate tras enviudar. Conocía el ideal del *bushi*, un hombre sin miedo a la muerte, diestro en el empleo de las armas, cultivado, fiel a sus códigos y equilibrado. Muchos otros llamados *samuráis*, ocupando importantes puestos y venerados por sus iguales, eran en realidad mezquinos, cobardes y ni siquiera sabían leer. Había conocido muchos así, incluido a su propio marido. Y sin embargo, Danjuro era condenado y menospreciado por materializar ese ideal.

Y ahora se preguntaba si no había aceptado la petición de matrimonio por miedo a volver a su vida pasada, sin hueco para su propia individualidad o si en cambio era otra cosa. Al fin y al cabo ya vivía así en casa de su madre. ¿Qué hubiera cambiado al casarse con Danjuro? Al menos hubiera tenido apellido para sus hijas.

¿No sería que en realidad no soportaba unirse a un hombre condenado socialmente? ¿No era que al fin y al cabo, ella también era una más de las personas que seguían y perpetuaban todas esas normas y obligaciones que tanto odiaba? ¿Ella también le condenaba o es que era incapaz de asumir su vergüenza?

Hablaba de obrar según dictara el corazón, pero ¿acaso lo había considerado al rechazar a Danjuro de manera tan vehemente? Y para colmo este había aceptado, ganándose un nuevo motivo de vergüenza para su nombre, todo por respetar su caprichoso comportamiento. ¿Por qué había aceptado realmente su invitación aquella noche y por qué lo había rechazado ahora?

Con esos pensamientos caminó cerca del mar rompiente, con la mente atribulada, sin ser consciente del tiempo que transcurría inexorable.

Cuando fijó su vista y se percató de que se había alejado demasiado observó las olas evocando de nuevo la bella caligrafía de Danjuro y se preguntó si no había dejado pasar también su última ola.

EN EL PUENTE SOBRE EL NATASHO, BINGO

Jo permanecía en pie junto a Danjuro en mitad del camino. La tarde comenzaba a declinar y las nubes grises se alargaban para desmenuzarse en suaves jirones sobre las montañas, al tiempo que una intensa tonalidad azul se adueñaba del límpido cielo. Las gentes que llegaban hasta ellos miraban hacia el puente sobre el río Natasho, que bajaba crecido en esa época, y no se atrevían a continuar. Preferían seguir bordeando tres *ri* por su vertiente para encontrar otro puente por el que pasar. Al otro lado también podían verse hombres y mujeres alejándose para dar el enorme rodeo, aunque para todos supusiera llegar muy tarde a sus hogares después de un día duro de trabajo en los campos. Danjuro no podía permitirse semejante lujo. Debía apresurarse para llegar antes de la caída de la noche a presencia de su señor.

El viejo sirviente no podía dejar de lamentarse por la vergüenza de la condición actual de su señor. Viajaban sin caballos y sin signos de rango, como si durante años la familia no hubiera contado con enorme prestigio y alta consideración. Qué espléndido había marchado para la presente campaña, con su armadura completa y el *mon* familiar de vivo color, pero dados los últimos y extraños acontecimientos, su señor había prescindido para aquel día de cualquier signo exterior de categoría hasta que su situación fuera aclarada por Iwakura. Atrás quedaban los tiempos en los que viajaban rodeados de sirvientes, que hubieran hoy avanzado hasta el puente para permitir su paso con grandes voces que anunciaran su apellido. Qué inmerecido destino para tan ilustre familia y para tan elevado guerrero.

Tomayuki regresó corriendo e hincó una rodilla frente a ellos.

—Mi señor, en el puente espera un *samurái* de alto rango, acompañado de un único escudero. Os reta en duelo a muerte. De ninguna otra forma consentirá en apartarse y permitir nuestro paso.

Danjuro no dijo nada. Elevó la vista y la dejó caer en mitad del arqueado tramo de madera sin pasamanos que formaba el puente y en el guerrero con armadura completa que le esperaba con los brazos cruzados. En la otra margen un hombre sujetaba las riendas de dos caballos. Por el color negro del casco ornamentado aquel *samurái* era de cuarto rango, algo realmente notable, quizá

el más alto honor que podía esperar un *bushi* y no pudo dejar de preguntarse por su extraño comportamiento, propio de alguien de menor categoría.

Lo que no cabía duda era de que se encontraba ante la figura de un gran *samurái*, mas era inapropiado y desconcertante verle asistido por un solo escudero. No estaba seguro de cuál era realmente su deber y cuál el honor que defender, pero el tiempo le apremiaba y no podía sumar más dilaciones a su empresa.

—Permaneced aquí —les indicó mientras se alejaba.

Caminó resuelto hasta el inicio del entramado de travesaños y se detuvo antes de poner el primer pie en él, por lo que el *samurái* que le contemplaba desde el punto más alto no se vio obligado a desenvainar.

Danjuro se presentó ceremoniosamente, anunciando su apellido y el nombre de sus ancestros, mas obvió sus gestas militares. El otro hombre correspondió de igual forma, comenzando por el nombre de sus antepasados e imitando a Danjuro a la hora de prescindir de la enumeración de sus empresas en el camino de la milicia.

—Mi nombre es Oda Onobo —concluyó— y reconozco el apellido Kato. Veo que sois el último de un linaje merecedor de alto rango y que al igual que yo mismo, no parecéis contar con el reconocimiento que os es propio por derecho.

—Sois demasiado considerado y dais por sentado que el que os habla es merecedor del mismo reconocimiento que sus ancestros, cuando lo cierto es que mi rango está en entredicho —contestó con una inclinación de cabeza—. Me pregunto por el motivo de que alguien de tan encumbrada posición desee morir hoy aquí, sin mayor gloria ni testigo de su clan.

—Ah, en verdad es un día aciago. Caprichoso es el camino de nuestra existencia. Mi reciente ascenso ha sido promovido por el propio emperador, mas ni siquiera he podido lucir mis colores en el campo de batalla y ya debo morir. Llevo todo el día aquí plantado, esperando que un digno adversario cruzara su acero con el mío y es justo que ahora conozcáis al menos el motivo.

—Sin embargo, vuestra casta es demasiado elevada para este *bushi*. No soy, de hecho, digno adversario.

—Tal vez cuando dejéis que os explique mis circunstancias no opinéis así y en cualquier caso el día empieza a declinar y es mi deseo morir combatiendo y no con un suicido ritual. Creedme si os digo que conozco vuestras hazañas y la alta estima y reconocimiento que siempre os ha profesado la milicia, por lo que lejos de parecerme improcedente creo que será un enfrentamiento digno y apropiado.

Y dicho esto retiró el enorme casco con penacho y cuernos de forma metódica y pausada, dejando al descubierto el rostro de un hombre de unos cincuenta años, con una vitalidad y firmeza en su mirada que atestiguaba que se encontraba frente a un adversario avezado, acostumbrado a encuentros

semejantes y a batallar desde la edad adulta. En su porte y maneras también se denotaba la firmeza del que está acostumbrado a mandar y a ser obedecido, por lo que la calidad de su persona estaba fuera de toda cuestión.

—Me veo obligado a expresaros el alto y profundo agradecimiento que solo cabe ante semejante gesto.

—Aceptáis pues, mi desafío.

—Quizá no sea adecuado ofenderos después de la consideración con la que me habéis honrado.

El *samurái* inclinó la cabeza con firmeza y de igual forma le correspondió Danjuro.

—Os relataré de igual forma los acontecimientos que me han conducido hasta este puente. Quizá no sepáis que nos encontramos en tiempos adversos, difíciles para nuestra condición, pues en breve habrá que tomar una decisión de máxima repercusión y en la que se decidirá el futuro de nuestra gran nación. Todos y cada uno de los *samuráis* que han dedicado su vida a servir, hacer respetar la costumbre y salvaguardar el orden tendrán que decidir si sirven mejor al *shōgun* o al mismísimo emperador.

La gravedad de la revelación que estaba a punto de compartir aquel *samurái* de tan encumbrada posición hizo que Danjuro adquiriera una expresión aún más solemne y por el rabillo del ojo se aseguró de que continuaban a solas. Desde luego, hablar en aquellos tiempos del *shōgun* o de política a tan alto nivel no estaba exento de peligro.

Hacía casi doscientos años desde que Minamoto Yoritomo se autoproclamara *shōgun* y relegara al emperador Go-Sag a un mero espectador del gobierno del país. Cuando este último se vio forzado a abdicar, la lucha en la línea sucesora imperial comenzó. Por un lado el emperador Kameyama y por el otro el emperador Go-Fukakusa se intercambiaron el cargo alternativamente, así como sus descendientes, debilitando aún más el papel de estos. Aunque el emperador fuera el hijo del cielo y el designado por los dioses para dirigir los destinos de todos los habitantes de las Islas Sagradas, el *shōgun* había ido obteniendo mayor relevancia desde que el carácter militar hubo adquirido la máxima trascendencia y la élite de la milicia se incorporó a la clase dominante y a la aristocracia. En la práctica era el *shōgun* el que dirigía el país, supuestamente bajo los designios y guía espiritual del emperador.

—Antes de que el gobierno militar se asentara en la dirección del país, vivíamos regidos por la aristocracia y la nobleza cortesana. Pero el comportamiento de esta era del todo reprochable. Se dedicaban ociosos a cultivar lo que llamaban cultura, realizando certámenes de poesía y música, concursos de baile ataviados con las ropas más suntuosas, ebrios en interminables fiestas nocturnas, arengueando y atendidos por decenas de sirvientes. Mientras, el pueblo carecía de una dirección firme y era testigo de la conducta disoluta de nuestros gobernantes, por lo que siguiendo tan

censurable modelo, se volvió débil y despreocupada, desatendiendo sus deberes y llamando la atención de los reyes del otro lado del mar. Esa fue la causa de que intentaran invadimos en dos ocasiones y si no hubiera sido por la actuación de los dioses, a los que el emperador acudió cuando ya todo estaba perdido, ahora seríamos esclavos de los bárbaros. Por eso fue necesario que la milicia tomara el poder. Solo la vía marcial podía encauzar el destino de las Islas Sagradas.

»Pero ahora la milicia se comporta de la misma forma que aquellos a los que censuramos. No es cívico que un *bushi* aprenda poesía y toque instrumentos musicales, que se acicale, mantenga el corazón de una mujer y hable de religión como si de un monje desdentado se tratara. Sus manos y pies se han vuelto blandos, no son capaces de demostrar verdadero valor, solo luchan por el propio interés, la administración de sus casas la han dejado en manos de empleados con estudios y ellos se dedican a permanecer ajenos a la pobreza de los granjeros y de aquellos que juraron proteger, dedicados a su propia ociosidad. Un *samurái* debe ser austero y prepararse para morir por su señor, permanecer alejado de las mansiones y grandes palacios, vivir al aire libre en contacto con la tierra y con los hombres del pueblo.

»¿Y qué hacen los grandes señores y terratenientes? Ya no anhelan servir a la nación, protegerla de sí misma y del enemigo externo. Solo desean conquistar más tierras y exigir mayores tributos para adquirir poder y riqueza. ¡Eso es un grave error!

»El rumbo de la nación debe ser de nuevo encauzado. El emperador Go-Daigo debe recuperar la gloria y hegemonía de su apellido, reclamar el poder legítimo como única guía de nuestro pueblo, solo así recuperaremos las bendiciones de los dioses y los budas. Esa es la voluntad del cielo.

»Hace siete años me levanté en armas a su lado contra el *shōgun*. El fracaso de la campaña se debió a la precipitación y exige una rectificación que haga recuperar su honor. De esta misma forma he hablado a muchos señores, intentando formar un nuevo ejército y recuperar el crisantemo de la casa imperial como único símbolo de nuestra nación, pero ay, mientras buscaba esos apoyos alguien me ha traicionado. Ayer mismo se presentaron enviados de Kamakura en mi casa, acusándome públicamente de las mayores infamias y me arrestaron en mi propio hogar, confinado como un perro en espera de ejecutar la sentencia que al *shōgun* se le antoje. Que sea *Amida* y no un hombre quien me juzgue en la otra vida, pues no estoy dispuesto a entregarles mi cabeza.

»Esta mañana, con ayuda de unos pocos leales sirvientes, hemos aniquilado a nuestros carceleros. Después he matado con mi *katana* a mis nueve hijos, a mi esposa y a mis dos consortes. Las damas de honor y muchachas pajes se han suicidado presas del mayor desconsuelo junto a los demás servidores. Atrás han quedado el horror y el fuego. Aún humean los

restos y cuando los *bushis* enviados por mi cabeza lleguen, no tendrán nada que robar ni honor que mancillar. Ya no queda nada.

No hubo la menor inflexión en el tono de su voz mientras relataba tan terribles acontecimientos y el propio Danjuro se esforzó en mantener su rostro impasible para honrar semejante sacrificio.

—Al menos moriré vestido de negro, signo exterior del rango concedido por el mismísimo emperador por mi juramento de apoyarlo en su justa demanda. Y ahora decidme, noble *samurái*, ¿acaso pensáis que mi comportamiento es fruto de la necedad de un viejo? ¿Opináis que nuestra lealtad militar solo debería servir al *shōgun*? ¿Creéis que he cometido alta traición?

—Los hechos que me habéis relatado me llenan de horror. Es una desgracia de inusitada magnitud que nuestro noble país esté dividido. Jamás dudé de la valía del Comandante en Jefe de nuestros ejércitos y el *shōgun* siempre fue considerado en mi casa con la más alta estima. Al mismo tiempo, el emperador es el máximo representante y guía espiritual del país, por lo que debe ser salvaguardado a toda costa. Mi mente apenas puede entender los acontecimientos que relatáis y no me explico cómo puede haberse producido este cisma. Opino que no me corresponde juzgar vuestros actos y las decisiones tomadas. Mi condición es sencilla, pues siempre he podido ser conducido por mi señor en asuntos políticos, jamás a un nivel semejante de trascendencia, que me abruma solo imaginar. Solamente un hombre de vuestra valía podría discernir la opción correcta.

El interpelado estalló en una sonora carcajada mientras arqueaba su espalda y echaba la cabeza para atrás.

—En verdad sois prudente y vuestra calidad está libre de toda duda. No debéis preocuparos porque vuestro rango pueda ser inferior al mío. Creedme ahora cuando os digo que en realidad mi encumbrada posición no me ha reportado más que desgracia y con gusto renunciaría a ella. Me muestro con mi mejor presencia y con los signos de mis triunfos en esta vida en un intento de abrazar el vacío con la mayor dignidad posible, pero mi corazón no alberga presunción alguna.

Danjuro permaneció en respetuoso silencio, lamentando una vez más que caballeros con tan superior valía tuvieran que abandonar este mundo por el capricho de otros pocos. Siguió la mirada de su adversario recorriendo todo aquello que les rodeaba, el cielo azul, las montañas verdes, el sonido del agua y el trinar alegre de algún ave ajena al drama que estaba desarrollándose. Adivinó una despedida pero no por ello se confió, estaba seguro que no se dejaría matar y que lucharía con la desesperación del que ha perdido todo.

—Un momento propicio —continuó el *samurái*, refiriéndose al ocaso de una tarde limpia y serena identificándola con su propia vida.

—Así es —tercio Danjuro.

El primero desdibujó de su semblante la sonrisa que le acompañaba y volvió a colocar su casco. Danjuro por su parte se pasó con habilidad un cordón por encima de su cuello a través de los brazos anudándolo después, a fin de reducir las anchas mangas de su *kimono* y permitirle moverse con libertad. Esa fue la señal para que comenzara el enfrentamiento.

Tanto el sirviente como los hombres de Danjuro permanecieron a considerable distancia, sin apartar la vista de las figuras de los dos hombres que desenvainaban en ese instante sus *katanas* pausadamente, para afianzarlas con ambas manos en la empuñadura frente a ellos.

En un primer momento ninguno pareció tomar una guardia determinada, sino que más bien se estudiaron sin moverse, el *samurái* sobre el puente y Danjuro por debajo, al inicio de las tablas. Esto daba clara ventaja a su adversario, a lo que Danjuro debía encontrar rápida respuesta o se vería en un grave aprieto en la primera acometida. Oda presentaba una excelente armadura completa, pero confiaba en su libertad de movimientos para evitar que fuera un obstáculo insalvable.

Era la primera vez que empuñaba a Tani, la hoja de sus antepasados. Trató de sentir si el espíritu encerrado en ella aceptaba de buen grado su contacto, si estaría dispuesto a aceptar su voluntad y se prestaría a ella. Sus dedos acariciaron las finas tiras , las palmas de las manos encontraron de forma natural la mejor disposición y el conjunto le hizo ver que el arma estaba perfectamente equilibrada , ligera hasta el punto de no sentir el peso de la hoja y presta a sus movimientos. Aún era muy pronto, pero albergó fundadas esperanzas de que fuera rápida y penetrante.

No le costó más que un instante ralentizar el latido de su corazón, enmudecer la respiración hasta casi dejar de necesitar una nueva bocanada, abandonar su mente y sentir cómo un manto anestesiante caía sobre él, relajando cada uno de sus músculos, reduciendo el gasto de energía hasta la imprescindible para mantenerse en pie, languideciendo como si flotara por encima del suelo únicamente sostenido por su espina dorsal. La *katana* desapareció para fundirse en su ser y ya no necesitó saber dónde se encontraba cada parte de su cuerpo o dónde empezaba o terminaba. Solo existía quietud y percepción.

Sin embargo, no pudo evitar bajar su mirada hasta la hoja y lo que leyó no le agradó en absoluto. Esta no brillaba debidamente , no reflejaba la vibración del espíritu interno. Percibió al momento que sostenía un mero filo inerme y que su causa no era justa. No contaría con el apoyo Tani, ni con la de sus antepasados, ahora lo tenía claro.

Lentamente la devolvió a su funda, ante el asombro de su adversario.

—¿Qué hacéis? Volved a empuñar vuestra arma.

Pero Danjuro no atendió a la imperiosa demanda, ni dejó ver la menor vacilación o pérdida de compostura cuando habló.

—Es, en verdad, muy duro el camino del *bushu* Aquel que destaca por sus méritos se convierte en *samurái* y lejos de ser más liviana, la carga se hace tan grande que debe soportarse también por todos sus descendientes. Los deberes y obligaciones a los que debe atender le hacen dejar de ser una persona vulgar y destacar aún sin pretenderlo. Entre estas se encuentra administrar su vida con mayor atención y abandonar el egoísmo, considerando la repercusión de sus actos, tanto para las generaciones futuras de su casa como para el honor de su señor.

»Ahora, este humilde hombre se atreve a aventurar que el apego a la propia vida resulta del todo impropio de un *samurái*, pero ¿no se debe considerar de igual forma su muerte? Si con su vida debe servir a su casa y a su señor, ¿es posible que abrazar el vacío deba ser igualmente adecuado a los intereses de las obligaciones contraídas y no atender a los propios intereses? Dispuesto a morir, lo difícil es encontrar una verdadera causa, adecuada y noble, que reporte ganancia y respeto a las generaciones futuras y al buen nombre del apellido. Por eso, morir cuando no se debe, lejos de ser una muestra de hombría, se trata de la mayor impiedad.

Oda no expresó la menor réplica. Permanecía aún con la *katana* empuñada, pero su guardia se había deshecho con la rigidez que de pronto se había adueñado de su cuerpo. Temblaba casi imperceptiblemente y su peso se había desplazado ligeramente hacia delante, como si se dispusiera a desplazarse en esa dirección en cualquier momento.

—Me pregunto —continuó Danjuro implacable— , si no sería más adecuado para su noble causa preguntarse por el mejor servicio que podría otorgar su muerte para el emperador. Ciertamente se le escapa a este *samurái* de bajo rango, pero morir aquí y ahora sobre un puente alejado, en medio del anonimato, ¿es realmente la mayor contribución para la causa imperial?

El silencio reemplazó sus últimas palabras.

Las nubes continuaron recorriendo plácidamente el cielo, los caminantes desviándose en silencio del puente y tomando el camino más largo sin levantar la vista, los servidores de ambos *samuráis* conteniendo la respiración y los dos hombres mirándose a los ojos.

—¿Cómo os atrevéis…? —consiguió decir Oda con evidentes esfuerzos por modular el tono.

Pero Danjuro no volvió a dirigirse a él y esperó inmóvil, con semblante plácido y actitud relajada. Sus palabras habían causado una herida mayor que la de la hoja más afilada.

—¡Vuelve a coger tu arma! ¡Exijo una compensación a este agravio! ¡Obedece!

Había perdido toda compostura y resoplaba mientras caminaba con pasos cortos hacia Danjuro con la *katana* levantada y dispuesto para un ataque.

Oda estaba fuera de sí, sostenía el arma ejerciendo una fuerza excesiva, su

equilibrio se había perdido y daba traspiés con cada tablón del suelo, el pecho a punto de estallar por la emoción.

—¡Defiéndete! Lucha honorablemente.

Pero cuando llegó hasta su altura sus miradas se cruzaron, su decisión flaqueó y los temblores de sus brazos fueron aún más evidentes. En ese momento su voluntad se derrumbó.

—No lo comprendéis. No podéis…

Dejó caer su filo un instante antes de que se hincara de rodillas pesadamente frente a Danjuro.

—No entendéis… —continuó con la vista perdida.

Desde el otro lado del puente, su único sirviente avanzó corriendo hasta su señor y se arrodilló para recoger la *katana*.

—Mi señor…

Pero este solo acertaba a balbucear, con los ojos desorbitados.

—Mis hijos, mi apellido…

Danjuro aguardó unos momentos más y comenzó a cruzar el puente lentamente, ofreciendo la espalda a Oda.

Cuando Danjuro estuvo al otro lado, Jo y Tomayuki se apresuraron tras él, procurando pasar lo más alejados posibles del imprevisible *samurái* que continuaba de rodillas sobre el puente, sollozando como un niño.

Sin realizar la menor mención sobre lo sucedido reemprendieron el camino en completo silencio.

Yo

Enroscado sobre mí mismo, perdido en el mar de la inconsciencia, asustado e incapaz de levantar la vista.

Una voz armoniosa de sexo indeterminado me sobresaltó.

—¿Dónde estamos?

No me atreví a contestar y continué con los ojos cerrados.

—Te hablo a ti. No te hagas el remolón y responde.

Cuando la busqué descubrí unos ojos redondos inusualmente grandes suspendidos en mitad de la nada, a dos brazos de mí. Al tratar de enfocar la vista sentí que cambiaban ligeramente para adoptar un iris alargado y un fondo amarillo. No había nada más.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? ¿Cómo es posible? ¿No querrás decir que no quieres saberlo?

—No sé.

—No sé, no sé —se burló sin perder su tono musical y agradable—, deberías ser capaz de decir algo más. Para empezar conoces la respuesta a mi pregunta. Deseo que la compartas conmigo.

—Soy yo —se me escapó sin pensar.

—Muy bien, vamos por el buen camino.

—Y tú, ¿quién eres?

—Dime qué ves.

Cuando traté de enmarcar esos ojos solitarios no acerté en un primer momento a descubrir qué o quién era, pero más tarde empezó a surgir un contorno y una silueta a su alrededor. Nítidamente apareció un enorme gato blanco, de formas redondas y desmesurada envergadura, tan grande como yo mismo.

—Eres un gato.

—Bueno, si tú lo crees así me parece bien.

—¿Lo creo?

—La realidad es relativa. Vemos lo que queremos.

—¿Cómo?

—Tratando de interpretarla en lugar de aceptarla.

Me incorporé para sentarme. El gato permanecía inmóvil frente a mí. Se sentaba sobre sus patas traseras, con las dos restantes estiradas e inmóviles, como una figura de porcelana. Sentía que podía confiar en él.

—¿Cuál es tu pregunta? —me dijo.

—¿Qué pregunta?

—Sabes cuál.

Traté de mirar a mi alrededor y no descubrí nada, estábamos los dos solos, nada más existía.

—¿Cómo salgo de aquí?

—Ajá. Muy bien. Veo que eres muy listo, pero debes saber que para ir a un lugar hay que saber primero a dónde vas.

Pensé un segundo.

—Quiero volver.

—¿A dónde?

Eso me costó un poco más. Recordé que era campesino. Luego que mi familia me había abandonado arrebatada por el *jitō*, cómo nos habían quitado nuestra cosecha, mis esfuerzos por escapar de los *bushis*, Shiro el monje y por último Yushijin.

—Estaba enfermo y después… Creo que llegué a una cabaña y me desplomé. Quiero volver allí.

—Ajá, eso es muy bueno. Ahora solo te falta saber el camino. Para ello tienes que conocer dónde estás. Esfuérzate un poco más.

En cuanto dirigí la vista a mis pies el suelo se cubrió de tierra y enormes montañas surgieron a nuestro alrededor. Después surgieron multitud de árboles de todos los tamaños y en el cielo azul un sol irradiaba suaves luminiscencias anaranjadas.

—Es muy bonito. Me gusta.

—¿Qué debo hacer ahora? —pregunté más animado.

—Me parece que no me necesitas. Recurre a tu talento. No niegues nada a tu intuición, olvida tu mente y lo que crees saber.

Y dicho esto desapareció como si siempre hubiera estado solo.

Traté de encontrar una salida de aquel lugar. Ya no tenía miedo alguno, pues todo lo que me rodeaba me resultaba familiar y agradable. Sentía el suelo mullido bajo mis pies y el agradable trino de invisibles pájaros surcando el aire.

Me concentré en lo que me había sugerido y me dejé llevar por mi intuición con el único deseo de regresar a aquella cabaña que había apenas vislumbrado antes de perder el conocimiento.

Mientras recorría aquel bosque tranquilo experimentaba una paz embriagadora. Supuse que lo mejor sería seguir un camino que me condujera de regreso, pero no encontraba ninguno.

En un claro luminoso me entretuve en contemplar una bella y desconocida

flor de gran tamaño de la que emanaba una fresca fragancia. En ese momento surgió de su interior una pequeña mariposa amarilla que revoloteó sobre mi cabeza. Al contemplarla sentí de forma clara que debía seguirla y cuando partió errática caminé tras su estela entre la maleza. A cada paso me sentía más pesado y abotargado hasta el punto de verla convertirse en una luz amarilla bailando sobre un fondo verde.

Traté de no perder esa luz mientras todo a mi alrededor dejaba de mantener una forma coherente, desdibujándose para coincidir en ese único punto brillante frente a mí mientras avanzaba más y más tras ella.

Atrás quedó aquel lugar.

Choza de Ikkyu, Mimasaka

Lo primero que vi fueron otra vez unos ojos que me miraban, esta vez de un negro tan oscuro como las alas de un cuervo y de una forma inusualmente redonda en lugar de rasgada. Les rodeaba la cara de un hombre de tez cetrina, arrugada por profundos surcos como los de un árbol centenario, y alargada como jamás había visto. Un pelo largo y descuidado, increíblemente rizado hasta el punto de parecer un matojo de hierbajos silvestres, unido a una poblada barba que le llegaba hasta el pecho, le convertía en el ser más extraño que mi imaginación hubiera sido capaz de crear.

Se vestía con un taparrabos sucio de tierra y su cuerpo, delgado y enjuto como el de una araña, se movía con precisión mientras recorría el mío con pequeñas piedras redondas de colores y frascos de cerámica.

Estaba tumbado sobre una estera y a mi alrededor aparecía una estancia que no conocía, pero que al momento supuse el interior de la cabaña de aquel hombre que había aceptado damos cobijo por unas monedas.

—Buenos días —me habló sin dejar de realizar sus extraños movimientos sobre mi cuerpo.

Poseía un acento extraño, como si tuviera los dientes mellados o tal vez la cara dormida, sin llegar a vocalizar de forma correcta. Todo en él era extraño y fuera de lugar y me pregunté por un instante si no estaría aún durmiendo profundamente.

Me puso una piedra añil muy pequeña y redondeada como la de los lechos de los ríos sobre la frente. Luego movió unos discos de cerámica unidos por unos hilos sobre mi pecho, mientras tintineaban agradablemente. Yo me dejaba hacer, aún adormilado y sin fuerzas para hacer otra cosa que no fuera mirarle.

Cuando me cogió la mano la sujetó a la altura de la muñeca con solo tres dedos y buscó tanteando una posición concreta en ella. Después dejó de moverse y pareció concentrarse en el contacto, como si hubiera pegado la oreja a una pared de arcilla para tratar de escuchar lo que ocurría al otro lado. Sentí cómo trataba de conocer mi estado de salud, dialogando con mi cuerpo sin que pudiera evitarlo. Con su mente le mandaba preguntas y este respondía a

través de los latidos de mi corazón , como si poseyera una voluntad propia. Buscaba en ellos mi pasado y mi presente, lo que él consideraba tan importante como para influir en mi estado de salud y hacerme enfermar de tal gravedad. Después trazó curiosas formas con su mente, de diferentes colores, y las fue colocando por mi anatomía.

Estaba maravillado por lo que hacía y en ningún momento me opuse a su escrutinio, en parte por mi estado de debilidad pero también porque sabía que estaba ayudándome.

Yo también quise penetrar en su ser y con solo ese deseo mi voluntad fue capaz de recibir imágenes de su vida. Descubrí que había venido de un lugar remoto, más lejos de lo que era capaz de imaginar, cruzando el mar y luego una enorme distancia a través de tierras extrañas durante años. Allí, en su patria, había sido alguien respetado, de una condición noble a la que había renunciado tras conocer a un extranjero que le había explicado una religión nueva que daba sentido a su búsqueda espiritual.

Pero en ese momento la continuidad de imágenes se detuvo y no pude averiguar más. Se había percatado de mi intrusión y había cortado ese lazo invisible que había creado.

—No hagas eso. No eres bueno —dijo de forma rara, muy despacio, pensando mucho antes de expresarse y arrastrando cada palabra con esfuerzo.

—Tú haces lo mismo —contesté con el descaro de mi juventud.

—Yo soy bueno. Curar. ¿Cómo tú aprender?

—No sé. Siempre estuvo ahí.

—Ya veo… Tú algo bueno dentro. En mi país tú poder aprender con maestro.

—No es cierto. He visto que también allí existen las diferencias entre los hombres, también lo llamáis castas. Tendría que haber sido un noble, como tú, para poder aprender.

El hombre sonrió.

—Es verdad. En todas partes igual, uno arriba o abajo.

—Me estás curando, ¿verdad?

—Es fácil. Tú eres un niño. Tú quieres vivir. Y tú tienes poder dentro.

Me hablaba con una familiaridad reconfortante y además conocía mi secreto, al que había llamado «poder» y «algo bueno» , y no me miraba como alguien raro o como si estuviera loco.

—¿Por qué yo lo tengo y los demás no?

Continuó con sus dedos en mi muñeca, mientras con la otra mano retiraba la piedra de mi trente y la colocaba en el pecho.

—Todo el mundo es diferente. Nariz grande, nariz pequeña. Chico o chica. Todos diferentes. Es bueno que todo el mundo sea todo el mundo. Tú tienes poder. No quieres ver dentro, pero es bueno ser tú.

Curiosamente no le daba la menor importancia a ese poder. Lo comparaba

con cualquier otra cualidad, carente del halo de misterio y exclusividad con el que yo lo había mantenido siempre.

Parecía saber mucho y me hubiera gustado seguir preguntándole pero me dolía mucho la cabeza y no continué. Me centré en mi cuerpo y rememoré todo lo que me había pasado antes de perder el conocimiento. Parecía increíble pero, aparte de un calor inusualmente alto, nadie diría que había estado tan cerca de la muerte.

—¿Dónde está el trovador?

—No entiendo.

Era obvio que le costaba mucho entender nuestra lengua, así que me esforcé por hablar más despacio y elegir palabras sencillas.

—¿Dónde está mi amigo?

—¡Ah! Tu amigo… dijo adiós.

No pude evitar sentir su marcha. Por extraño que pareciera había sido reconfortante caminar a su lado en lugar de vagar solo, expuesto a cualquier peligro. Pese a su coraza externa de miedo y dolor, sabía que era un buen hombre y que tal vez hubiera florecido a mi lado. Pero ahora estaba solo otra vez, me había abandonado.

—Y tú, ¿quién eres?

—Mi nombre aquí es Nangadu —contestó con una sonrisa orgullosa.

—Eres un médico muy raro. Vas en taparrabos y no sabes hablar. Los que no saben hablar son tontos, pero para curar hay que ser muy listo.

Siguió riendo divertido.

—Yo nací en otro país. Allí se habla algo diferente. Allí aprender… cu…

—¿Curar? —me atreví a terminar.

—Sí, sí, curar. Sé *chakras*.

—¿Qué es eso de los *chakras*? Nunca había oído hablar de ello.

—El poder de todo está aquí y allí, por todas partes. Este poder llega a tú por un *chakra*. Después, la energía corre en tu cuerpo. Esto es bueno. Después sale fuera por otro *chakra*. Muchos *chakras* en tu cuerpo. Si todos bien tú bien. Yo hago bien cuando *chakra* mal. Tú cura a tú con tus *chakras*.

—¿Curas mis *chakras* y luego estos me curan a mí?

Empezó a aplaudir divertido.

—Sí, sí. Tú listo, tú listo.

—¿Cómo curas los *chakras*?

—Un *chakra* un color, una canción, una forma. Todos *chakras* diferentes.

—Por eso me has puesto esas piedrecitas.

De alguna forma, al mirarle me vino la imagen del gato.

—Pero además, te metiste en mi sueño —le dije nuevamente sorprendido por sus cualidades.

—Sí, sí.

—Pero allí eras un enorme gato y no hablabas raro.

—Tú haces sueño, pensaste gato para mí. Gracias, muy gordo, ja, ja.

Mientras reía le eché un vistazo y en efecto estaba en los huesos, pero no parecía carecer de salud. Su piel brillaba, pese a ser increíblemente oscura.

—Tu lugar muy bonito. Bosque mucha energía.

—También estaba mi madre. La vi cuando enfermé. No podía alcanzarla. ¿Era real?

—No lo sé. Tú sabes en tu interior.

—No te entiendo. Mi madre está muerta. Yo la sentí irse. No puede ser real.

—Todas las personas… En sus cabezas, en su corazón, en su cuerpo… Todo posible. No una verdad para todos. Tú ves una verdad, yo veo una verdad diferente. Tú verdad real para tú. Eso es todo.

—Bueno, pero si todo el mundo siente una verdad diferente a la mía. Yo estaré equivocado.

—Escucha, si todo el mundo dice tú chica. ¿Tú dices yo chica?

No tuve más remedio que sonreír. Aquel hombre era muy divertido.

—No, yo sé que soy un chico.

—¿De verdad? ¿Estás seguro? Quizá tú y yo somos hormigas, soñar nosotros somos hombres. ¿Es posible?

Los dos empezamos a reír. Me encontraba mucho mejor y cuanto más permanecía a su lado más tranquilo me sentía. Era difícil entender sus palabras, pero acompañaba a estas con muchos gestos y muecas que le hacían más comprensible, aunque también le daba un aspecto aún más extravagante. Había oído que existían otras lenguas al otro lado del enorme mar, con las que era imposible mantener una conversación, pero aquel hombre debía de llevar muchos años con nosotros si era capaz de hacerse entender.

Al poco el agotamiento me sobrevino, impidiendo que reuniera la voluntad necesaria para mantener mis ojos abiertos y empecé a sentir fiebre. No tenía más ganas de hablar.

—No te preocupes. Ahora dormir —me dijo acariciando mi frente.

No respondí. Sabía que seguía con su extraña tarea. De vez en cuando notaba cómo apoyaba sobre mi estómago o sobre el pecho algo de pequeño tamaño y cómo otras veces recorría mi cuerpo rozándolo con algún otro artilugio, pero le dejé obrar y caí de nuevo en un profundo olvido, esta vez sin sueños.

Aún sentía el calor de la fiebre cuando volví a despertar, pero me encontraba algo más lúcido. No tenía la menor idea de cuánto había dormido ni qué hora sería. Antes de ser capaz de ver alrededor, una voz nueva se dirigió a mí.

—Ah, ya estás despierto, pequeño.

—¿Quién eres?

—Me llamo Ikkyu. Esta es mi humilde choza. Llegaste muy enfermo en compañía de un caminante que dijo haberte encontrado. Pasasteis la noche aquí, pero no sabíamos qué hacer contigo. Cada vez tenías más fiebre y delirabas. Entonces le hablé de un extraño asceta que vive en la montaña que cura por un poco de *sake*, algo de comida o ropa. Se ofreció a quedarse cuidándote y yo partí en su busca. Pero cuando regresamos estabas solo.

—¿Por qué me cuidas entonces? No me conoces.

—Ajá. Tu amigo dejó unas monedas. Gracias a eso puedo estar todo un mes sin trabajar y comer bien. Es justo que a cambio te cuide y pague a Nangadu.

No pude evitar sentir alegría. Aquel hombre había dejado alguna de sus preciadas monedas para que me atendieran. Sabía que su espíritu no era malvado.

—Nangadu me dijo que estabas casi curado —prosiguió—. Estuviste cerca de la muerte, ¿lo sabías? Este hombre es muy sabio, un enviado de los *kamis*. Yo lo sé. Hay mucha gente que lo evita, e incluso han tratado de matarle diciendo que era un demonio, pero no es así. Yo sé que es capaz de curar y que habla con los espíritus.

Fui capaz de sentarme lentamente, pese a los mareos repentinos que me atacaron en cuanto despegué mi cabeza de la estera.

—Bravo, bravo —se entusiasmó aquel hombre con solo algunos dientes y vestido con trapos remendados—. Estás cada vez mejor. Ahora toma este caldo caliente. Te sentará bien.

Y dicho esto me acercó un cuenco del pequeño hogar en mitad de la única sala.

Bebí despacio, con mucho esfuerzo, pero cuando de nuevo me dejé caer exhausto en mi lecho me sentí reconfortado.

—Nangadu me dijo que echara unas gotas de este líquido en tu sopa y que la tomes tres veces al día.

En su mano sostenía ufano un pequeño tarro de cerámica.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Lo llenó de agua y lo pasó por encima de tu cuerpo varias veces. Luego se lo llevó afuera, regresó y me lo entregó con estas instrucciones. En dos días estarás curado pero deberás acabar el recipiente aunque te encuentres bien.

—¿No volverá? ¿Ya está?

—Sí, sí. Ya te dije que es muy bueno. Mejor que el médico de Torushu, un viejo que anda encorvado y con dolores en los huesos. ¿Qué clase de médico es ese que no es capaz de curarse a sí mismo? Nangadu apenas come ni duerme. Está todo el día caminando y recogiendo hierbas y jamás le he visto enfermo.

—Me hubiera gustado hablar más con él.

—¿Sobre qué? No necesitas saber más. Créeme, es mejor no saber sobre las artes que emplea. No es para las gentes sencillas como nosotros. Ahora no debes preocuparte por nada. Gracias a las monedas de tu amigo no tendré que buscar trabajo durante muchos días y podré estar a tu lado. Además, te curarás muy pronto.

—¿Cuánto tiempo hace que se fue mi amigo?

Tal vez aún pudiera alcanzarle. Sabía qué dirección del camino llevaba.

—Tres días.

—¿Tres días? ¿Todo ese tiempo lo he pasado durmiendo?

—Sí, sí —me contestó divertido—. Ahora descansa. No te preocupes.

Se levantó y salió fuera.

A mi memoria volvía el extraño sueño que había protagonizado el primer día de mi llegada allí, cuando febril perseguía algo que me faltaba por una enorme distancia y que resultaba ser alguien llamado Danjuro. ¿Había sido Nangadu quien me había dicho eso? Debería haberlo recordado antes. Ahora no sabía dónde estaba y si volvería a verle.

Cuando Ikkyu regresó se sentó muy cerca de mí.

—¿Dónde vive Nangadu? —le pregunté.

—Arriba, en las montañas. Nunca baja, a no ser que tenga que atender a alguien que no pueda llegar hasta él. Creo que prefiere estar solo. Así debe ser más fácil hablar con los espíritus y los *kamis*. Su nombre se lo puso la primera persona a la que curó de un dolor terrible de muelas. Eso fue hace muchos años, cuando llegó por el mismo camino que tú desde no se sabe dónde. Antes no lo tenía, o al menos nadie lo conocía.

—Pero ¿dónde está su casa? —insistí.

—Vive en una cueva. Para llegar debes remontar un pequeño sendero disimulado junto al riachuelo que llega desde la margen izquierda por el camino a Torushu. No está lejos, pero es muy empinado. También puedes ir bordeando la meseta, pero no puedo explicarte cómo. Es un trayecto largo que hay que conocer para no perderse. Allí la maleza es muy alta. Pero créeme, no es bueno que vayas a verle. Nadie conoce con qué seres cohabita allá arriba. Unos dicen que demonios, otros que los fantasmas de los vivos y los muertos le visitan. Es mejor no saber.

Decidí acomodarme mejor, sin preguntar nada más y permanecer tumbado descansando. De vez en cuando el hombre se acercaba solícito y me daba agua, pues Nangadu había insistido mucho en que bebiera toda la posible. Me atendía muy alegre, al parecer contento de su buena fortuna y de tener a alguien con quien charlar.

Me contó que las luchas en Bingo habían cesado y que todos albergaban la esperanza de que vinieran buenos tiempos. Él se dedicaba a vivir de su trabajo como asalariado en los campos cercanos, pues no tenía tierras propias ni señor que le protegiera. En ocasiones le sonreía la fortuna, pero otras veces pasaba

duros periodos en los que no era capaz de emplearse en ningún lugar y pasaba hambre. Nada sabía de mi monje perdido ni de Takeshi, pero me aseguró que preguntaría en el pueblo ese mismo día. Así que, después de darme un nuevo cuenco de sopa con las gotas mágicas, partió con la promesa de regresar al atardecer.

Me dormí profundamente hasta que Ikkyu me despertó pasadas varias horas.

—¿Qué tal te encuentras? —me preguntó jovial.

Esperé un momento antes de responder, tratando de sondear mi estado.

—Mucho mejor. Gracias.

—Tengo noticias que quizá te alienten en tu búsqueda.

Un relámpago sacudió mi pecho.

—¿Qué sabes?

—Hace dos días pasó un monje por el pueblo. Tenemos un pequeño santuario a las afueras, justo frente a una gran piedra en forma de triángulo que algunos dicen que moldeó un gigante hace mil años. Allí estuvo meditando y recibiendo a algunos aldeanos. A todos ellos les preguntó por un niño de unos diez años, por el que deseaba conocer su paradero.

¡Tenía que ser Shiro! Solo hacía dos días de su paso. Tenía que haber cruzado junto a la choza.

—¡Tengo que ir a buscarle!

Pero cuando intenté incorporarme aquel hombre me agarró por los hombros.

—No, no. Debes reponerte primero. Nangadu dijo que debías estar en cama dos días. No puedes irte ahora. Seguro que enfermarías otra vez.

—Pero debo ir con él. No entiendes que es muy importante que nos reunamos. Si espero más tiempo puede que no le vuelva a ver nunca —gimoteé desesperado.

Pero Ikkyu estaba decidido a no dejarme marchar, como si la responsabilidad por lograr mi recuperación fuera su única ocupación. Por más que lo intenté no cedieron la presión de sus manos sobre mi pequeño cuerpo. La frustración era tan enorme que no podía soportarla. Era la primera vez que sabía algo del monje y no podía hacer nada por ponerme en marcha. Empecé a llorar sin consuelo al mismo tiempo que me dejaba caer violentamente sobre la estera, emulando la rabieta impotente de un niño pequeño.

—Debes aprender a ser paciente —me dijo sin alterarse pese a mi vehemente estado—. De nada sirve oponerse a nuestro *karma*. Deberías saberlo. Ahora estás enfermo y no puedes evitar esto, como tampoco puedes mover montañas ni impedir que mañana salga el Sol.

—Pero si estoy curado —protesté—. Yo también tengo «poder», como Nangadu. Hablamos en sueños y le convertí en un gato. Pude leer su pasado con tocar su mano y te digo que estoy curado.

Ikkyu sonrió displicente, lo que me encolerizó aún más.

—Tienes mucha imaginación, pero no es bueno mentir ni imaginar cosas que no son. Tu condición es como la mía. Los que no tenemos apellido no debemos permitirnos el lujo de soñar despiertos ni de imaginar que podemos cambiar las cosas. Va siendo hora de aprender que es mejor aceptar nuestro destino.

No pude evitar odiarlo por su actitud resignada y sus palabras de desaliento. Mi propósito era firme y esa misma noche me marcharía de una forma u otra. No podía seguir esperando mientras Shiro se alejaba de mí.

El resto de la tarde no le dirigí la palabra ni contesté a sus observaciones, provocando su hilaridad, enfureciéndome cada vez más. El paso del tiempo era una tortura y no encontraba la manera de calmarme. Eso sí, tomé toda el agua y los tazones de sopa de pescado con algas que me dio.

Casi al final del día salí fuera a orinar, bajo la directa supervisión de mi ahora carcelero. No me costó trabajo moverme. Me sentía con la suficiente energía para salir corriendo y tan solo un ligero dolor punzante en el lado izquierdo de mi cabeza me recordaba que había estado enfermo. Ya había abandonado la idea de buscar a aquel asceta extranjero para que me contara más sobre mi extraño «poder» y del nombre de Danjuro. Solo quería encontrar lo antes posible a Shiro.

Cuando por fin se tumbó para dormir me ató una cuerda a la pierna, que anudó a su muñeca. No hizo caso de mis protestas, que obvió con hiriente tranquilidad y compostura. Tampoco me sirvió de nada tirar de la pierna tratando de molestarle. Su paciencia no parecía tener límite y azorado terminé por cejar en mi empeño y tratar de hacerle creer que dormía.

Esperé en la casi completa oscuridad todo lo que mi impaciencia me permitió y cuando juzgué que ya estaría dormido empecé a mover lentamente mis manos en busca del nudo de mi pierna. Pero en cuanto lo rocé me sobresaltó un tirón desde el otro extremo.

—No seas tozudo y duerme —fue todo lo que me dijo, sin ni siquiera moverse.

Ni mi estado de ánimo ni mi zozobra mejoraron. Continué sufriendo en silencio mi mala fortuna, esperando despierto a que avanzara aún más la noche.

Intenté una vez más desatar el nudo, pero otra vez tiró de mí desde la oscuridad.

—Mañana estarás muy cansado si no duermes un poco. En lugar de dos tal vez necesites tres días para curarte si no lo haces ya.

Seguí probando cada cierto tiempo con el mismo resultado. Mis esperanzas se desvanecían con cada tirón de aquel cepo maldito y lágrimas de frustración recorrían mi cara dejando profundos surcos.

Al final, en un último intento desesperado, olvidé cualquier disimulo y me

levanté tirando de la pierna atada con la peregrina esperanza de que el nudo se deshiciera antes de llegar a la puerta. Pero solo conseguí dar un susto de muerte a mi carcelero, que esta vez sí estaba dormido.

—Déjalo ya, chico. Vuélvete a acostar y no te agotes.

El desaliento se abatió sobre mí y desistí en volver a intentarlo de nuevo. La impotencia había sido sustituida por la resignación. Trataba de imaginar dónde estaría ahora Shiro, tal vez en otra choza como aquella no muy lejos. ¿Hasta cuándo seguiría preguntando por mí? ¿Me esperaría lo suficiente para poder alcanzarle o desistiría y continuaría su camino sin mirar atrás?

En mi imaginación le vi llegar a su templo, olvidando que me había conocido, pensando que me había marchado por mi propia voluntad sin ningún deseo de volverle a ver. Lloré aún más por no ser capaz de hacerle entender que no había sido mi intención alejarme tanto, que quería encontrarle y que no podía correr a su encuentro como era mi único deseo.

En algún momento el sueño me pudo y al fin me dormí exhausto. Me percaté de ello al despertarme inquieto antes del amanecer. Recordé mi exasperante situación e intenté encontrar una nueva forma de escapar. Pero ¿cómo podía desatarme antes de que me descubriera? El más leve movimiento era suficiente para alertarle.

Tal vez cuando me desatara por la mañana pudiera salir corriendo. ¿Sería tan sencillo?

Entonces recordé mi encuentro con el asceta, del poder que me había dicho que tenía y yo había negado tanto tiempo. ¿Podía recurrir a él? Y si era así, ¿de qué forma podía utilizarlo? Apenas conocía sus posibilidades. Para mí siempre había sido una percepción especial, pero para Nangadu era una capacidad de sanar entrando en el interior de las personas.

Yo había podido entrar en él a través de su contacto. Nunca antes lo había hecho y no sabía si podría repetirlo o si solo sería posible con él, pero por otro lado no tenía nada que perder, ahora que había descubierto que no era nada malo utilizar mi percepción especial. Ni siquiera estaba allí Padre para reñirme. Habían cambiado demasiadas cosas, quizá era el momento de que yo también lo hiciera.

Me puse manos a la obra. Para empezar, con Nangadu había sido necesario un contacto físico. Él cogía la muñeca. ¿Debería buscar entonces la mano de Ikkyu? En la oscuridad sería muy arriesgado. Quizá le pusiera un dedo en el ojo o calculara mal la distancia que nos separaba y no acertara a encontrarlo antes de hacer algún ruido. Además, estaba seguro de que finalmente sentiría mis dedos. No, tendría que ser sin tocarle. ¿Sería posible? Y en el caso de que pudiera aparecer en su sueño como lo había hecho Nangadu en el mío, ¿de qué forma podría eso servirme para salir de allí?

Recordé que Shiro me llevaría con hoy tres días de ventaja y decidí intentarlo de todas formas.

Instintivamente traté de relajarme recordando las meditaciones de Shiro durante nuestro viaje, cómo respiraba cada vez más lentamente, la flacidez de sus músculos, la ausencia de deseos. Después visualicé en mi mente la cabaña ahora en penumbras, hasta situar en ella a Ikkyu. Desee entrar en su interior, no de una manera brusca o imperiosa, sino de forma natural y armoniosa, deslizándome como una trucha ociosa por un río tranquilo. Llegué hasta el umbral de su mente pero me detuve. No serviría de nada conocer sus sueños, no podría mantenerme en ellos al mismo tiempo que me marchaba. Era necesario hacer algo y poder abandonarle después.

Dirigí entonces mi atención a sus sentidos. Anulé su capacidad de percibir a través de ellos languideciendo la conexión a su espíritu y mandé mensajes de tranquilidad y sosiego a su mente dormida, regresando a mi cuerpo flotando en un mar de agradable sosiego.

Cuando abrí mis propios ojos no podría creer lo que acababa de hacer. Estaba seguro de que nada de lo que pasara en aquella choza le despertaría. Sin el menor reparo me levanté y empecé a manipular el nudo de mi pierna, que al poco estuvo deshecho en el suelo. Localicé con la leve luz que se filtraba desde la entrada el pequeño recipiente con el agua de Nangadu, me vestí y salí al exterior.

La luz del Sol naciente me recibió brillante, con la misma intensidad que mi alegría ante la hazaña que había protagonizado. ¡Era libre para irme!

Corrí por el sendero en dirección al pueblo, dejando que la frescura del nuevo día me inundara y diera alas a mi alegría, olvidando definitivamente mi debilidad.

Cuando llegué al lugar que me había indicado Ikkyu para comenzar el camino que llevaba a la cueva de Nangadu me detuve atraído por una extraña premonición. Entre la alta maleza se adivinaba un leve hueco abierto por el paso de un pequeño sendero entre la vegetación. No olvidaría dónde se encontraba. Grabé en mi mente todo lo que rodeaba aquel punto y estuve seguro de que algún día volvería para visitar a aquel hombre que me había salvado la vida, para abordarle con mil preguntas sobre el «poder» que poseía.

A él le debía que ahora no viera mis cualidades con aversión, sino como una ventaja sobre el resto de los hombres. No volvería a dudar a la hora de usarlo y procuraría aprender la mejor manera de hacerlo. De momento ya me había servido para eludir a Ikkyu. ¿Qué otras cosas podría hacer?

Por primera vez me sentía en armonía con mi propio ser y sin miedo alguno dirigí mis pasos con decisión hacia el pueblo.

Un vendedor de pucheros me explicó que el monje que había estado en el pueblo se había marchado hacía tres días continuando el camino. No me lo pensé más y anduve raudo empezando *La Hora de la Serpiente*, con la

esperanza de que pudiera llegar hasta él muy pronto.

Esa mañana comenzaba sin rastro de nubes en el cielo y pronto sentí calor. Como siempre, el sendero continuaba enormemente transitado por el variopinto desfile de personas de toda condición y rango. Con la lección bien aprendida, no dudé en postrarme ante el paso de distinguidos señores y damas, uno de los cuales viajaba con una comitiva tan numerosa que me pareció que le acompañaba todo un pueblo. Los había a caballo, sobre carruajes y en hileras perfectamente formadas. No fui capaz de distinguir las personas importantes de los simples sirvientes, pues todos se vestían con enorme prolusión de brocados y mantos de hermosos colores.

—Era el mismísimo Senescal de la Izquierda —me informó un comerciante con los ojos emocionados al borde del llanto feliz por la buena fortuna del encuentro, sin percatarse de que con las rodillas y la frente manchadas de barro ofrecía un pobre espectáculo.

Por mi parte ignoraba quién era esa persona y cómo era posible que el simple hecho de cruzarse en su camino reportara algún tipo de beneficio.

De vez en cuando daba un pequeño sorbo al recipiente con el agua milagrosa de mi sanador, pero mi estómago también me recordaba, de la manera más amarga, que no había sido lo suficientemente previsor en mi huida. No tenía nada que comer y puede que estuviera a varios días de localizar a Shiro. ¿Cómo había sido tan descuidado? ¿Qué haría ahora para conseguir algo que llevarme a la boca? Mientras caminaba intenté agudizar mi ingenio y esforzarme en acallar mi creciente apetito.

Pasé por un pueblo a mediodía y recordé a Yushijin y cómo conseguía ganarse la vida. Yo no sabía hacer poesía o tocar un instrumento, pero tal vez pudiera repetir alguna de sus historias. Me planté en medio de su única calle muy decidido, pero al mirar hacia las personas que transitaban de un lado a otro me embargó una gran vergüenza y me quedé allí plantado, incapaz de moverme siquiera.

—¿Qué haces ahí de pie?

Me giré para ver a un vendedor de cestos, que en ese momento descansaba tirado bajo la sombra de un alero con un enorme fardo cargado con su mercancía. Comía pescado crudo de un gran cuenco ayudado de unos palillos, con los que empujaba enormes trozos hasta su boca al tiempo que daba sonoros sorbos.

—Vamos, acércate.

Aún desconsolado y con los brazos caídos a los costados, anduve hasta su altura sin dirigirle la palabra, con la mirada fija en su comida y el estómago rugiendo como un tigre.

—Te he visto un trecho del camino —siguió hablando mientras masticaba y dejaba derramar el caldo por su boca—. Es extraño ver a un niño sin equipaje ni un adulto a su cuidado caminando por el mundo. ¿Por qué lo

haces? ¿Estás solo?

No supe qué responder. Continué allí plantado contemplando cómo continuaba vaciando el cuenco.

—Vamos, vamos. A mí me lo puedes contar. No te haré daño. Solo me preocupa tu situación. Me paso el día de un pueblo a otro, escuchando lo que la gente habla en los mercados. ¿Sabes qué?, un amigo vendedor de caballos estuvo hace unas semanas en la capital. Se congratulaba de su buena fortuna, pues vendió todos a la milicia. Cuando le pregunté si había escasez de monturas por alguna enfermedad me dijo que no, que de hecho vio las caballerizas llenas. Esto es muy preocupante. Cuando los *bushis* compran caballos sin motivo aparente es porque se preparan para la guerra.

—Yo vengo de Bingo. Allí ya hubo una guerra.

—No, no. Esta será mucho mayor. No es normal que el *rokuhara* participe en las disputas provinciales. Hay rumores de que el emperador Go-Daigo se negará a ceder en la alternancia del trono celestial.

—¿El emperador?

—¿No sabes quién es?

—Bueno, creo que sí, pero no sé que es el *rokuhara*.

—Resulta chocante tu inocencia, pero para nada la envidio. Si andas por los caminos debes tener los ojos y los oídos bien abiertos mientras la boca está cerrada. Yo jamás he estudiado política o historia en una academia de los nobles, ni tampoco en un monasterio con los monjes, pero sé muchas cosas escuchando lo que se habla en el camino. Como me has caído en gracia te contaré lo que debes saber.

Me acerqué a él muy interesado, perdiendo mi natural reserva.

—Al principio fueron los dioses del cielo los que crearon las siete islas, pero para gobernar en la tierra eligieron a un descendiente directo de la diosa *Amaterasu*, que fue enviado desde allí con las Tres Reliquias Sagradas. La primera era La Gema Sagrada, para procurarle flexibilidad y adaptación; la segunda El Espejo Sagrado, símbolo de honradez, pues refleja imparcial lo que ve; y por último La Espada Sagrada, para aportarle decisión. Desde entonces el emperador dirigió nuestros destinos, siendo siempre sustituido por alguno de sus hijos, que heredaba las tres reliquias. Pero cuando los bárbaros extranjeros nos atacaron desde el mar y amenazaron nuestra nación, el ejército del emperador no fue suficiente para defendemos y se recurrió a los ejércitos privados diseminados por todas las islas. Bajo su mando nombraron a un solo hombre, al que llamaron *shōgun*. Después de salvamos recibió grandes honores. Era la primera vez que se unían todos los clanes de *bushis* bajo un solo mando y el *shōgun* se hizo demasiado poderoso. No quiso renunciar a su cargo y lo hizo hereditario, como el del propio emperador, pero como era mucho más fuerte tomó el poder y creó su propio gobierno en Kamakura, dejando al emperador en Kyoto, alejado de la política y vigilado por el

rokuhara, una delegación de Kamakura. El *shōgun* también creó el *bakufu*, donde todos sus ministros y generales se reunían para dirigir el país. Varias veces el emperador ha tratado de doblegarlo declarando la guerra, pero siempre ha sido derrotado.

—¿Y crees que habrá otra entre ellos?

—¿Qué otra cosa podría ser? ¿Quién puede amenazar al *rokuhara*?

Me quedé sorprendido. Nunca creí que el mundo fuera tan complicado ni que el país estuviera dividido, que el *shōgun* y el emperador pudieran estar enemistados.

—Te he contado una buena historia y ahora debes corresponderme de igual forma. Es justo. Yo te cuento una y tú, otra.

—Si le cuento mi historia, ¿me dará algo para comer?

El hombre sonrió.

—Pides mucho, pequeño. La comida hay que ganársela. Tardo medio día en hacer tres cestos y en ocasiones dos o tres días caminando y regateando para venderlos. A cambio me dan monedas, ropa o comida. Supone un gran esfuerzo. ¿Crees que tu historia merece un poco de pescado?

—Puede que no —contesté hundido mientras empezaba a girarme para marcharme.

—Espera, no te vayas aún. Deseo que lo intentes. Pero sé rápido, aún tengo que recorrer dos pueblos más antes de la noche.

Allí de pie, en medio de la calle y ante un desconocido relaté mi historia todo lo rápido que fui capaz. Nuestro campo, la muerte de Madre, la destrucción de nuestro hogar y mi soledad, el monje y el *samurái*, mi enfermedad y el encuentro con el extraño asceta hasta mi huida.

El hombre hacía rato que había acabado su comida, pero seguía allí plantado escuchándome.

—Una historia muy interesante, pero ¿de verdad quieres que crea que eres especial? Llevo toda la vida conociendo gente y escuchando cuentos. Ya sabía de ese lunático que cura y que vive en la montaña, pero jamás vi a nadie con ese «poder» que dices. Demuéstramelo y te daré algo de comer.

Me alargó la mano. Instintivamente retrocedí medio paso.

—Vamos. No te voy a morder. Demuestra que me has contado la verdad. Mira en mi interior y dime qué ves.

Tímidamente la recogí, puse los dedos como había visto hacer a Nangadu y traté de sentir algo. El hombre me miraba burlón esperando mi fracaso. Pasaron unos momentos, hasta que retiró su mano bruscamente.

—¡Ah! Eres un mentiroso. Reconozco que tienes buena imaginación para ser un niño, pero no la suficiente para ganarte un poco de comida.

Cargó su enorme fardo a la espalda con naturalidad y empezó a alejarse calle abajo.

—Espera —le dije.

—¿Qué quieres ahora? Ya te he dicho que no te daré comida.

—Tu nombre es Yuse. Tu mujer se llama Ayame y tenéis tres hijos. Vivís en un pueblo a cinco *ri* con tu hermano y el verano pasado la lluvia se llevó tu casa y la has tenido que reconstruir. Haces diez cestos en medio día y recorres el camino dos días de cada seis. En ese tiempo vendes todos y siempre pides monedas, pues en tu pueblo le debes muchas al prestamista que te vendió los materiales para reconstruir tu casa.

Yuse paró en seco y permaneció con la boca abierta durante unos momentos. Después se acercó hasta mí y me ofreció una manzana y una bola de arroz tan grande como mi puño.

—En verdad eres alguien especial —me dijo muy serio.

Después se marchó acelerando el paso, como si acabara de ver a un fantasma.

Por mi parte me senté allí mismo y devoré en un santiamén mi comida, muy satisfecho de haberla ganado.

La tarde era luminosa, con el trino de las aves anunciando la cercana primavera. Me encontraba cada vez mejor y con el ánimo suficiente para no dejar de caminar hasta encontrar a mi monje. Por un momento recordé a Padre y Hermanos, extrañándome que mi objetivo ahora fuera encontrar a Shiro y que hubiera relegado a mi familia al olvido. En muy pocos días mi mente había abierto sus ojos a un mundo inmenso y cambiante, había conocido a otras personas ajenas a mi reducido y seguro hogar, visitado pueblos y hogares, enfrentado a peligros y problemas por mí mismo y sobre todo me había marcado el encuentro con el asceta de la montaña. Había vislumbrado un puente hacia la comunión con esa parte relegada de mi espíritu. Había experimentado tantas cosas que jamás volvería a ser el asustadizo e inocente niño que se escondía cada vez que alguien aparecía en el límite de nuestro campo.

Anhelaba encontrar a Shiro, tal vez porque en mi nueva vida había sido la fuente de serenidad y seguridad perdida. No acertaba a imaginar de qué forma Padre podría ahora protegemos allí fuera, dónde viviríamos, qué haríamos. Ni siquiera sabía por dónde empezar a buscarlos. Solo sabía que de alguna forma estaba ligado al camino, que la lengua estrecha e infinita me conduciría a Shiro y a mi destino.

A mitad de la tarde, la fatiga cayó sobre mí como un pesado manto y me obligó a parar en un recodo despejado que se abría entre la espesura. Así pude sentarme algo retirado y contemplar ocioso el continuo trajín de unos y otros. No estaba aún recuperado del todo y la súbita debilidad que sentía me lo confirmaba. Pronto la noche reclamaría su tumo y sería prudente empezar a pensar en cómo pasarla. Aún hacía demasiado frío para no necesitar un

refugio, pero tal vez pudiera encontrar algo que me sirviera en el bosque.

Tomé un poco más del agua milagrosa de Nangadu y me preparé para seguir adelante. Shiro caminaba sin descanso y necesitaba hacer lo mismo si no quería que me dejara atrás. Me disponía a levantarme cuando una mariposa llegó revoloteando hasta mí.

No era especialmente bella, pero era la primera de la primavera y no pude evitar quedarme mirándola arrobado. Revoloteaba justo delante de mí, muy cerca, y podía observar cada detalle de su diminuto cuerpo mientras danzaba alegremente. Dibujaba bellas elipses que me hacían imaginar extrañas formas suspendidas en el aire y continué allí sentado, alegrado por la inesperada visita. Maravillado alargué mi mano hacia ella lentamente.

—Hola —le dije—. ¿De dónde has salido?

Y para mi asombro vino hasta mis dedos y se posó en ellos. No tuve palabras para este gesto y quedé absorto observando cada detalle de sus alas recogidas y sus patitas ligeras y finas. Algo me hacía sentir que su comportamiento inusual no era casual y en el momento en el que llegué a esta conclusión remontó otra vez el vuelo y se alejó describiendo sus hermosas formas. Recordé súbitamente a la mariposa que me había guiado hasta salir del extraño sueño en mi enfermedad y algo inexplicable me hizo levantarme y seguirla.

Pronto dejé muy atrás el camino, pero la seguí sin dudar mientras me arrastraba entre la exuberante espesura.

Comenzamos a subir una pendiente. Nunca se alejaba lo suficiente para perderla de vista y daba la sensación de que me apremiaba bailando al límite de esta. Solo a un niño despreocupado se le hubiera ocurrido perseguir a una mariposa por una montaña, con el riesgo de perderse irremisiblemente o de caer por error desde algún peligroso acantilado, pero yo continuaba feliz, olvidando toda preocupación y sin rastro de agotamiento, convencido de que alguna agradable sorpresa me aguardaba al final del viaje.

—Espérame. No vueles tan deprisa. El suelo está resbaladizo.

De pronto desapareció entre unos arbustos altos. Cuando los atravesé me encontré en un estrecho sendero de apenas dos pies de ancho, que continuaba ascendiendo por entre un cerrado bosque. Miré en busca de la mariposa y la descubrí muy alejada más arriba.

—Aguarda. Ya voy —dije iniciando el penoso camino todo lo rápido que era capaz.

El Sol empezó a negamos su débil luz, incapaz de atravesar las copas del espeso bosque mientras se retiraba del mundo, al tiempo que regresaba el agotamiento y la sed. Acabé con todo el agua milagrosa de un solo trago, pese a la recomendación de tomarla en pequeñas gotas al cabo del día, y me asaltó de pronto la conciencia de mi situación. ¿Qué haría cuando cayera la noche? No tenía nada que comer ni dónde refugiarme. Y lo peor era que había

perdido mucho tiempo alejándome del camino.

Ahora Shiro estaría mucho más lejos. ¿Cómo había actuado de manera tan poco juiciosa?

Justo en el instante en el que me asaltaron esas dudas, la mariposa desapareció. Asustado apresuré mi paso hasta llegar al último lugar donde la había visto, sin poder localizarla.

—¿Dónde estás? —pregunté azorado.

Pero mi sorpresa fue tremenda cuando una voz me contestó.

—Aquí. ¿Dónde estás tú?

—Me he perdido. No te veo.

—Pues estoy aquí y no me moveré.

Adiviné el posible lugar de procedencia y avancé resuelto abandonando el pequeño camino y atravesando un muro de hojas. Al momento aparecí en un calvero.

—Estoy aquí —me dijo la voz.

Frente a mí había un niño algo más pequeño que yo, que permanecía sentado con las piernas cruzadas vestido con una túnica. Pero lo que llamó mi atención poderosamente era una multitud de pequeños puntos por toda su redonda y mofletuda cara.

—¿Quién eres? —le interrogué.

—Me llamo Shoko y estoy esperando a que los monjes abran las puertas del templo. ¿Tú también has venido a intentar entrar? Te aviso de que las pruebas son muy difíciles y que yo seré el elegido este año.

—No sé de qué me hablas. Yo venía siguiendo a una mariposa. ¿La has visto?

—¿Una mariposa? No. Ahora no hay mariposas, es demasiado pronto aunque estemos casi en primavera. Debes estar equivocado.

—Te digo que he venido desde el camino siguiendo a una. Me traía a algún lugar. Lo sé. Quería que viera o hiciera algo.

—¿Qué dices? ¿Estás loco? Las mariposas no saben hacer eso. Solo sirven para dar vueltas volando. Son muy tontas.

—Bueno, la mayoría sí, pero esta era especial.

Shoko me sacó la lengua con descaro, acompañado de una mueca desdeñosa.

—Me da igual. Si sigues diciendo locuras los monjes no te aceptarán en el templo y te quedarás fuera con tus historias.

—Te repito que no he venido al templo. Ni siquiera sabía que había alguno por aquí. Vengo de muy lejos, caminando durante días, y no conozco nada de esto que me hablas.

Shoko se encogió de hombros y continuó sin moverse.

—¿Qué es eso que tienes por la cara? Nunca había visto esas manchas redondas.

—Son pecas, ignorante —me contestó molesto.

—¿Y no te duele?

—No.

—¿Te las has pintado?

—No.

—¿Se pueden quitar?

—Déjame en paz. Estás rompiendo mi armonía.

Pero yo insistí.

—¿Por qué estás sentado tan raro?

—No es raro. Se llama posición de loto y sirve para meditar. Todos los monjes la conocen.

—Tú no eres monje. No tienes el pelo afeitado ni vistes de naranja.

—Pero lo voy a ser. Padre me ha traído para que me acepten en su secta. Hace dos años escogieron a dos niños y el año pasado no abrieron las puertas para aceptar nuevos novicios. Hace tres días han anunciado que las abrirán mañana, no se sabe cuántos podrán entrar, pero este año seré yo uno de ellos. Ya lo verás.

No entendía nada de lo que me hablaba, pero decía que allí había monjes. Quizá conocieran a Shiro.

—¿Dónde está ese templo? —pregunté.

—Detrás de ti. ¿Es que estás ciego?

Cuando me di la vuelta no vi nada en un primer momento, pero luego me llamó la atención al otro extremo del claro un pasillo que penetraba en la espesura. Se podía apreciar una base de piedras que luego se transformaban en juncos entrelazados con la vegetación circundante para formar las paredes. Podían pasar al menos cinco personas en línea al mismo tiempo y al fondo se adivinaba una puerta enorme de madera. La vegetación era tan espesa que parecía morir allí.

—Ya veo la puerta pero ¿dónde está el templo?

—Solo los monjes pueden cruzar la puerta y el templo está oculto al otro lado, protegido por el bosque. No hay otra entrada.

—¿Crees que podré preguntar por un amigo a algún monje?

—Salen muy poco y tú no puedes entrar. Además casi siempre hablan de una forma muy rara que casi no se entiende.

—Mi amigo se llama Shiro y es monje.

—¿De qué secta? ¿Del Loto Blanco?

—No lo sé. Me dijo que era de un templo de un monte… No recuerdo el nombre.

—Pues este es el monte Timul y esta es la comunidad *zen* que vive aquí.

Dudé un poco intentando recordar el nombre que me había dicho Shiro y al instante me vino nítido a la mente que era, efectivamente, Timul. No podía creer que estuviera en el mismo lugar a donde nos dirigíamos. Si no hubiera

encontrado a la mariposa hubiera pasado de largo.

—Sí, sí. Ese era el lugar hacia donde nos dirigíamos.

El chico estalló efusivamente al mismo tiempo que yo, pero no de alegría sino en un intento de parecer airado.

—¡Lo sabía! Quieres entrar en la comunidad. Soy muy listo y no puedes engañarme. ¡Ja! He descubierto tu juego. Tus malas artes no harán perder mi *wa* y no podrás desbancarme. Será mejor que te busques otro lugar para esperar. Necesito paz para prepararme y no eres bien recibido.

—Espera. Estás equivocado. Yo solo busco a un monje llamado Shiro. ¿Lo conoces? ¿Le has visto llegar?

—He dicho que no hablaré más contigo —contestó arrugando los morros intentando parecer severo.

—Pues vale. Que sepas que eres un maleducado y que tus manchas en la cara son muy feas.

—¿Cómo? Tú sí que eres feo, con esos ojos pequeñajos. Tienes cara de rata y el culo de mono —y dicho esto volvió a sacarme la lengua.

—Pues tú eres un cangrejo verde con pus en la boca.

—Y tú un pedorro con hedor a caca y tripa hinchada.

—Pues tú…

—¡Basta! —cortó una voz grave que nos dejó sin habla.

Un poco más allá apareció ante mi sorpresa Takeshi, con su *katana* al cinto y la cara descubierta, sin disfraz alguno. No había rastro de la armadura.

—Vuestros gritos me están molestando y no oigo la comitiva que se aproxima.

Al instante había vuelto a desaparecer entre la espesura, como si lo hubiéramos imaginado.

—¿Quién es ese? —preguntó Shoko con un hilo de voz—, parece un *samurái*, pero viste como un campesino.

—Se llama Takeshi.

—¿Le conoces? —me preguntó asombrado.

—Sí, bueno, resulta que primero trató de matarme y luego mató a un hombre para evitar que me matara.

—¿Ah, sí? No entiendo nada. Eres muy raro y tus amigos también.

Takeshi no había parecido reconocerme y después de damos aquella advertencia no había reaparecido. Era imposible saber dónde estaría ahora. No me atreví a ir tras él ni a volver a hablar en voz alta y en su lugar me acerqué hasta Shoko, que ya no estaba sentado plácidamente en su extraña posición y se acurrucaba junto al tronco de un pino.

—No vengas a mi escondite. Búscate otro —me lanzó cuando llegué hasta él.

No le hice caso y me arrodillé a su lado. Los dos mirábamos expectantes hacia el claro.

—¿Crees que puede ser un grupo de *bushis*? —le pregunté despertando mis viejos temores.

—No lo creo. ¿Para qué querían venir hasta aquí? Seguro que son peregrinos o gente que se ha enterado de la apertura de las puertas.

Pero su voz sonaba preocupada. La repentina aparición de Takeshi nos había puesto alerta. Él también se escondía al acecho y pese a no escuchar ni ver nada, ninguno dudábamos de sus palabras. Alguien se acercaba y era un grupo numeroso.

No tuvimos que esperar demasiado. Del fondo del calvero asomó un *samurái* de aspecto fiero sobre un caballo espléndido, mirando en todas direcciones, como si buscara algo. En mi mente se agolparon los recientes recuerdos y el miedo a un nuevo encuentro con los temibles *bushis* me hizo encogerme aún más tras el tronco del árbol donde nos escondíamos.

—¡Es un *samurái*! —exclamé.

—Calla o de lo contrario nos verá —me reprendió.

El *samurái* galopó por todo el claro acercándose hasta donde la maleza le permitía, intentando descubrir cualquier amenaza, pero no fue capaz de vemos. Tampoco localizó a Takeshi, donde quiera que estuviera. Cuando acabó de inspeccionar volvió a perderse por donde había llegado.

Continuamos en silencio, esperando con los corazones en un puño y los ojos atentos al lugar por donde había aparecido aquel hombre.

Volvió a presentarse al poco y se plantó en mitad del calvero, de nuevo en actitud beligerante y mirada atenta. Tras él aparecieron otros dos *samuráis* del mismo aspecto, pero estos se colocaron separados, cubriendo el recorrido que llevaba hasta el pasillo de entrada al templo.

—¿Qué hacen ahí? ¿Por qué no se mueven? —pregunté entre murmullos.

—No lo sé, parecen esperar algo.

Estaban plantados como estatuas, sin abandonar su atención pese a que el tiempo continuaba pasando sin que nada nuevo ocurriera. Por mi parte empezaba a sentirme incómodo allí agazapado, pero no era capaz de encontrar el valor necesario para acomodarme mejor. Al fin surgió entre la maleza un nuevo *samurái* también a caballo.

—¡Mira ese! —habló ahora Shoko—. Lleva un ojo tapado. Seguro que lo perdió en una batalla.

Detrás de él surgió un palanquín con cuatro porteadores, lujosamente adornado y con las cortinas corridas, ocultando a las personas que viajaban en su interior. Mientras avanzaban siguiendo el recorrido del hombre de un solo ojo hacia la entrada del templo aparecieron hombres a pie cargando fardos y un nuevo carro tirado por dos sirvientes en el que se distinguían unos baúles. También surgió un nuevo palanquín más pequeño, este sin cortinas, del que asomaban dos mujeres de mirada curiosa. Cerrando la comitiva nuevos hombres a pie y un último palanquín con algunas mujeres más y una niña

graciosamente vestida.

Cuando llegaron a la entrada del pasillo se detuvieron y los porteadores se arrodillaron para descansar tras la ascensión, sin duda por otro camino más ancho al que yo había utilizado.

El hombre de un solo ojo bajó de su montura y se dirigió al primer palanquín. Allí intercambió algunas palabras con alguien del interior y se dirigió hacia la puerta de entrada. Una vez allí golpeó la campana de la entrada dos veces y esperó.

—Parece que es alguien noble que viene de visita al templo, quizá para rezar pidiendo algún favor o puede que esté enfermo y quiera pasar sus últimos días apartado del mundo —susurró Shoko.

Por mi parte no apartaba la vista del misterioso palanquín esperando que alguna cortina se corriera para saber la identidad del usuario. De Takeshi no había ni rastro, pero después de la rapidez con la que había surgido de la nada para salvarme la vida no dudaba de que permanecía al acecho más cerca de lo que pudiera esperarse, tal vez incluso en las mismas narices de los altivos *samuráis* que mantenían las barbillas altas tan seguros de controlar la situación.

—No parece haber nadie. Tardan mucho en abrir —le dije a Shoko.

—A veces se encuentran meditando o simplemente no tienen prisa por hacerlo. Pueden pasar hasta días sin que acudan a una llamada, pero al final siempre aparecen.

—¿Días? ¿Vamos a estar aquí escondidos durante días? Yo quiero preguntar por mi amigo monje.

—Bueno, tal vez puedas preguntar a tu amigo ese que está escondido como un cobarde.

—No es un cobarde. Te digo que es un gran *bushi*. Cortó en dos a otro *samurái* con su *katana*.

—No digas tonterías. Ya estás con tus historias inventadas. No es posible cortar a una persona en dos. A una gallina a lo mejor o a una de tus mariposas, si la pillas claro.

—Te digo la verdad —le contesté airado—. No sé por qué no te crees nada de lo que te digo.

—Pues porque eres un mentiroso y un pueblerino. Solo hay que ver tu cara de higo.

Aquel chico me sacaba de mis casillas y estuve a punto de gritar, pero el sonido de la puerta al abrirse nos hizo enmudecer al instante y concentrar toda nuestra atención en lo que ocurría en el pasillo.

—¿Quién llama a la puerta de esta comunidad? —se escuchó nítidamente.

Un monje de brillante cabeza rapada, vestido al igual que Shiro y de una vejez extrema, encorvado hasta casi tocar el suelo, había asomado por la puerta ligeramente abierta.

El *samurái* se inclinó respetuosamente y habló en voz baja, por lo que no

fuimos capaces de escuchar lo que decía. El monje hizo una señal de asentimiento y volvió al interior cerrando sonoramente la puerta tras él.

El hombre de un solo ojo regresó hasta el palanquín e intercambió nuevas palabras con el misterioso ocupante. Después hizo señas al resto de la comitiva para que se sentara y otra más para los sirvientes que transportaban el último palanquín descubierto, que se acercaron a atender al primero.

Por su parte, el resto de los *samuráis* desmontaron y llevaron sus caballos a los sirvientes para que se ocuparan de ellos. Tan solo uno permaneció de pie en mitad del calvero, con una mano apoyada en la empuñadura de su *katana*. El resto se reunió con el hombre de un solo ojo, del que claramente se deducía que era el jefe, y se pusieron a hablar con voz queda.

—Y ahora, ¿qué pasa?

—Tienen que esperar. Han hecho algún tipo de petición y el guardián de la puerta ha ido a trasladarla al abad.

Los sirvientes iban de un lado para otro llevando bandejas con confituras y dulces al palanquín, al igual que cuencos con agua.

—¿Quiénes son esas que permanecen junto al palanquín y recogen las cosas para pasarlas al interior?

—Son damas de honor y esa que es una niña es una muchacha paje. Las dos más viejas que están quietas sin hacer nada junto a las cortinas deben ser las damas de honor más cercanas. Yo creo que viajan dos personas, seguramente mujeres.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté asombrado.

—Pues porque no es normal que lleven tan pocos sirvientes y nada menos que dos primeras damas.

—¿Pocos sirvientes? Pero si hay por los menos veinte…

—Pues eso, son muy pocos para un noble. Las damas de honor jamás se separan de su dueño, así que no cuentan. A partir de ahí es muy raro viajar con tan pocas personas. Aunque también puede que el resto esté un poco más abajo y sean nobles decididos a hacer la última parte del camino con humildad.

Por mi parte no podía creer que aquello fuera humildad, ni que fueran pocos los sirvientes que se afanaban en atender hasta la más mínima necesidad que parecían demandar, sin ni siquiera hablar, aquel o aquellos supuestos nobles.

No tuvimos que esperar mucho para que el guardián de la puerta regresara con su respuesta.

—Pueden pasar. Con sumo gusto los recogemos en nuestra humilde morada.

Todos los presentes se inclinaron, excepto los sirvientes de menor categoría, los porteadores y los que atendían a los caballos y al refrigerio, que al parecer eran invisibles.

El palanquín no podía entrar por la puerta, pues era mucho más ancho. Los porteadores atendieron a una orden de una de las damas que habían permanecido en silencio y fueron descargando todo y llevándolo a través del portón hacia el interior.

Ninguno de los *samuráis* penetró o ayudó en las tareas, ahora serios y alejados unos de otros.

Cuando ya no quedaba ningún baúl por descargar, los sirvientes se arrodillaron y pegaron sus caras al suelo esperando el descenso del palanquín. Las damas de honor permanecían de pie a continuación y más de una lloraba en silencio.

Por fin pude ver a una dama bajar. Me quedé maravillado por la hermosura de su capa de viaje y por el *kimono* al que cubría graciosamente. El porte y la dignidad con la que se dirigió hacia la puerta eran el de una emperatriz, con movimientos pausados y armoniosos, pero nada me había preparado para lo que vi a continuación.

En efecto, se trataba de dos personas y la segunda de ellas resultó ser una jovencita, réplica de la anterior en cuanto a la calidad y el colorido en sus ropas, de ojos de una hermosura diáfana, boca diminuta con gracia exquisita y de melena perfecta hasta los pies. Era patente la menor distinción dada su edad, pero su altivo gesto y seguridad me encandilaron pese a la distancia, robando toda mi atención como si la oscuridad se hubiera tragado el resto del mundo. No pude evitar fijar mis ojos en aquella aparición, deslumbrante como el Sol de la mañana, plena como un mar infinito. Arrobado contaba cada paso de su camino tras la mujer.

Cuando desapareció en el interior del templo sentí como si algo precioso en mi pecho me fuera arrancado y como un rayo partiera tras ella, dejándome una sensación de pérdida apabullante.

—Es preciosa —se me escapó.

—¿Cuál de las dos?

En ese momento reaccioné y regresé el mundo a mi alrededor.

—Nada, nada —no tuve más acierto al replicar.

—¿Nada? Tenías que ver tu cara. Pareces un bobo mirando un dulce. Ja, ja. Además de mentiroso eres un bobalicón.

—¿Qué dices? —traté de parecer enfadado—. No te inventes cosas. Déjame en paz.

Pero Shoko siguió riendo mientras me daba un codazo.

—Pues para ser monje no puedes querer a una chica, tonto.

—Te digo que no sé de qué hablas y si sigues moviéndote nos van a descubrir.

—Qué cara más graciosa has puesto, ji, ji. Seguro que se te ha caído toda la baba de la boca y tienes una sed terrible.

—Que me dejes ya.

Traté de parecer interesado en lo que ocurría frente a nosotros e indiferente a las puyas de Shoko, pero notaba que el calor había sonrojado mis mejillas, así que no volví la cabeza para evitar que la viera.

Solo cuando el hombre de un solo ojo dio una voz se calló, interesado en ver cómo recogían todo y desaparecían por donde habían venido. Ninguno de los *samuráis* entró en el templo o se quedó esperando y tampoco lo hicieron los sirvientes. Solo las dos damas de honor más cercanas y la muchacha paje entraron detrás.

—Qué raro —habló Shoko—. Parece que fueran a quedarse.

Cuando pasó un tiempo que consideramos seguro, salimos de nuestro escondite al claro. Seguía sin haber rastro de Takeshi, así que no pude preguntarle por Shiro, aunque el hecho de que estuviera por allí solo podía significar que no andaba muy lejos. Después de que me salvara la vida matando a aquel *samurái* en el camino había albergado la creencia de que el motivo de que nos siguiera era yo, pero ahora era plenamente consciente de que desde el principio los dos pisábamos la estela del monje. Ya no tenía ninguna duda de que Shiro estaba en el templo.

Con paso resuelto me dirigí hacia el pasillo en la maleza.

—¿Dónde vas? ¿No te he dicho que hay que esperar a mañana? No abrirán las puertas por ti. ¿Acaso te crees un gran señor?

—Sé que mi amigo está dentro. Él les dirá que me dejen entrar.

—Allá tú. Luego no digas que no te he avisado —me dijo antes de sentarse de nuevo en su posición de loto en el mismo lugar donde le había encontrado.

Al llegar a la puerta imité al hombre de un solo ojo y toqué dos veces la campana. Esperé muy poco antes de escuchar ruido al otro lado y ver aparecer de nuevo el monje de la puerta.

—¿Qué haces aquí, chiquillo? ¿Qué quieres?

—Busco a Shiro. Es un monje que vive aquí.

—No puedes ver a ningún monje. Vivimos apartados del mundo y no debes contaminar este lugar con tu presencia. Vete de aquí.

—Pero no lo entiende. Shiro es mi amigo y me está buscando. Dígale que he venido.

—Te he dicho que no se puede molestar a nadie de la comunidad. Debes saber que aquí las cosas del mundo no nos importan, vivimos fuera de él en una vida de austeridad y recogimiento. No puedo ayudarte.

Y ante mi desesperación cerró la puerta sin darme tiempo a replicar.

Regresé con Shoko, incapaz de decidir qué hacer a continuación. En su sonrisa burlona adiviné un «te lo advertí» y por un momento me asaltó el deseo de alejarme de aquel chico y esconderme por ahí para pensar sobre la manera de proceder. Quizá pudiera encontrar a Takeshi.

—¿Tienes hambre? —me sorprendió Shoko—. Tengo una sandía que me

dio mi padre para cenar. Podemos compartirla si quieres.

En su rostro solo leía sinceridad y calor.

—Si no te importa…

—Pues claro que no.

Nos sentamos juntos y fuimos dando cuenta de la sandía mientras la luz se iba marchando. Me hacía mucha gracia ver cómo comía los grandes trozos que se llevaba a la boca, hinchando los mofletes y masticando con una velocidad endiablada. Además, era capaz de hablar continuamente, sin que el hecho de tener tal cantidad de comida en la boca representara el menor problema.

—Me voy a quedar toda la noche esperando en la puerta del templo. Dice mi padre que los monjes sabrán valorar esto. Cuando abran las puertas mañana, estaré el primero.

—¿Puedo esperar contigo?

—¿Tú también quieres ser monje?

—No lo sé. No tengo a donde ir. Padre y hermanos se fueron, creo que a la guerra, los *bushis* arrasaron nuestra casa y robaron nuestro arroz.

—¿Estaba muy lejos tu casa?

—Cerca de Kono.

—¿Kono? Nunca oí hablar de ese lugar.

—Está a varios días caminando.

—¿Querrás ser monje entonces?

—Mi amigo está dentro. No lo sé. Solo quiero verle.

—Padre siempre me ha dicho que yo sería monje. Soy el más pequeño de siete hermanos y no puede mantenemos a todos. Debe buscar lo mejor para cada uno. Tengo una hermana que está en un taller de costura, otra en una casa de té, dos hermanos jornaleros y el resto aún ayudan en casa.

—Pero tú, ¿quieres ser monje?

—No te entiendo.

—¿No te gustaría ser otra cosa o quedarte en casa con tu familia? Yo nunca me hubiera ido de mi casa. Padre y Madre nos mantenían a todos y nadie quería irse de allí.

—Bueno, eso pasará en los pueblos de los que nadie ha oído nada sobre su nombre, pero en el mundo civilizado cada persona tiene que ser lo que tiene que ser.

—Y eso, ¿qué significa?

—Pues que todos deben esforzarse por ser lo que sus mayores le dicen. Cada uno tiene que ser una cosa diferente. Así siempre habrá personas que se ocupen de aquello que debe hacerse y no habrá nada que quede sin atender.

—¿Por qué?

—Porque es lo mejor para todos y porque es así.

—Pues no lo entiendo.

—Pues yo tampoco entiendo que no lo entiendas.

—Pues vale.

—Pues bueno.

—Pues muy bien.

—Pues nada.

—Oye, ¿siempre tienes que ser el último en hablar?

—Pues no.

—Pues sí.

Nos quedamos un momento en silencio mirándonos a la cara muy serios, para después comenzar a reír con todas nuestras fuerzas. Era incapaz de parar y en mi boca mantenía un poco de comida, incapaz de tragarla. Cada vez que parecía que íbamos a dejarlo uno de los dos soltaba una risita y comenzábamos otra vez. Así estuvimos durante mucho rato, hasta que exhaustos y entre jadeos, conseguimos parar.

—Me alegro mucho de haberte conocido —me dijo al fin.

—Yo también me alegro.

—Sabes, a lo mejor podemos ser los dos monjes. No me importaría, ¿sabes?

—¿Y qué son esas pruebas que me dijiste?

—Pues que no vale cualquiera. Los monjes te hacen una serie de pruebas secretas que nadie conoce para saber si eres adecuado para entrar. Mi padre me ha dicho que solo hay que estar tranquilo y que después nuestro *karma* nos conduce. Yo seré monje. Es lo que debo ser y me esforzaré para ser uno muy bueno.

Yo admiraba su seguridad, la total ausencia de duda. Me resultaba curioso cómo todo el mundo parecía someterse a la voluntad de ese *karma* que se repetía sin cesar. ¿También Shiro había acudido allí obligado por su padre?

—¿Y cómo pasaremos la noche?

—Debemos estar en la puerta cuando la abran por la mañana después de una noche de meditación en *seiza*. Padre dice que los monjes admirarán nuestra perseverancia y sacrificio. La vida es sufrimiento, ¿sabes?

—¿Quién dice eso? Creo que Shiro me dijo algo parecido una vez.

—Buda.

Esperé a que terminara de masticar el último trozo y volví a preguntar.

—¿Y no hará mucho frío?

—Bueno, se supone que la verdadera contemplación y meditación no nos permitiría pasar frío, pero yo he traído una manta y una estera. Y después de todo, ¿cómo van a saber los monjes cómo hemos pasado la noche? Yo creo que con estar al amanecer allí plantados bastará. Además, aún no ha venido nadie más.

Me quedé sorprendido, ahora por su cambiante moralidad, que me hizo sonreír. Pero a mí tampoco me hacía ilusión pasar la noche sentado frente a la puerta meditando, así que en cuanto se hizo de noche nos arrebujamos juntos

convenientemente arropados, desterrada definitivamente la idea.

Desperté en primer lugar cuando estaba a punto de amanecer. Mi nuevo amigo roncaba plácidamente, ajeno a sus supuestas obligaciones de aspirante a novicio. Cuando me incorporé ni se inmutó. La mañana era muy fresca y gotas de rocío acariciaban las hojas. El cielo estaba de nuevo surcado de nubes azul marino que anunciaban lluvias para el día que estaba por venir.

Al mirar hacia el calvero me sorprendió la llegada de numerosas personas, casi todos niños, que se acercaban hacia la puerta del templo en silencio.

—¡Despierta, Shoko!

Tuve que menearle enérgicamente para que diera señales de vida.

—¿Qué pasa? Déjame dormir un poco más.

—Escucha, hay más gente en la puerta.

Mis palabras fueron como si le hubiera acercado un hierro al rojo. Saltó de la estera y empezó a buscar con los ojos semicerrados por todas partes.

—¿Dónde? ¿Quién?

—Mira, van hacia la puerta.

—Corre, o seremos los últimos.

—Pero, la estera, la manta.

—Déjalo todo y corre, que nos quitan el sitio.

Emprendimos la carrera tropezando en la oscuridad hacia el pasillo. Miradas de censura nos seguían en nuestra poca decorosa carrera, pero nadie nos imitó. Sin embargo, cuando llegamos ya había dos niños sentados con las piernas cruzadas y mirada fija en la puerta.

—¿Qué hacemos? —le pregunté—. Ya no seremos los primeros y los monjes no creerán que estuvimos toda la noche meditando en la entrada.

Shoko dudó solo un instante y se dirigió a ellos.

—¿Qué hacéis aquí? ¿No os habéis enterado?

—¿De qué? —contestó uno de los dos mientras las miradas de ambos se fijaban en nosotros.

—Pues que este año abrirán las puertas del lado este. Solo desde allí admitirán nuevos adeptos.

—¿Qué dices? —replicó el otro, un niño con unas orejas enormes—. Nunca he oído hablar de que hubiera otra puerta más que esta.

—Estás muy equivocado. Lo que pasa es que esta es la principal. La otra solo la usan los monjes para salir a mendigar, pero es que este invierno cayó un árbol por el peso de la nieve y bloqueó esta puerta desde dentro, así que este año han anunciado que abrirán la otra.

—¿Es verdad eso? —habló de nuevo el primero.

—Pues claro que sí —insistió Shoko—. Hemos venido a avisaros. Espero que lo recordéis cuando los monjes os pregunten por nuestros buenos actos.

Los chicos se miraron y se levantaron al unísono.

—Tenéis que seguir bordeando por aquel muro y fijaros muy bien, pues la maleza casi la tapa. Es una puerta muy pequeña de color verde.

—Muchas gracias no lo olvidaremos. ¿Vosotros no venís?

—Ahora vamos para allá. Antes debemos avisar al resto de solicitantes, por si alguno aún no lo sabe —contestó con naturalidad—. Guardamos el sitio. ¿Eh? Nosotros llegamos primero.

—Vale, vale.

Y desaparecieron corriendo hacia donde les había indicado.

—Les has mentido —le dije anonadado.

—No es justo que ellos estén primero, llevamos aquí toda la noche.

Y se sentó en su querida posición de loto enfrente de la puerta, adoptando de inmediato su porte sereno y digno.

—Date prisa en sentarte, que ya vienen los otros.

Aún sin recuperarme de la descarada demostración del dudoso arte del engaño, seguí sus indicaciones alarmado por unos pasos detrás de nosotros. Le imité lo mejor que pude, obviando el terrible dolor en mis tobillos que la posición me exigía mientras trataba también de adquirir un rostro grave.

—Por poco —me cuchicheó aliviado.

No me atreví a replicar, avergonzado de lo que pudiera pensar el primero que llegaba de la gente del calvero, a la que habíamos adelantado a la carrera.

—Curiosa demostración de humanitarismo —nos dijo.

¡Había sido testigo de todo! ¿Qué haría ahora? ¿Nos denunciaría a los monjes?

Pero no dijo nada más. Escuché cómo se sentaba detrás de nosotros sin esperar respuesta. Cuando me atreví a volver la vista descubrí con asombro a Takeshi con una sencilla capa y sin su temible *katana*, que se sentaba tranquilo y con expresión ausente como si de su boca no hubiera salido ninguna palabra.

—No vuelvas la mirada o causarás mala impresión —me reprendió Shoko acompañando su petición con un codazo—. Los monjes estarán a punto de venir.

Permanecí callado con la mente saltando como un pez en una cascada de montaña. Seguían llegando pasos que penetraban en el pasillo de acceso al templo y terminaban detrás de nosotros. No era capaz de calcular el número, pero al menos seríamos dos docenas los que aguardábamos la apertura del templo.

Templo del monte Timul, Mimasaka

El viejo abad miró complacido hacia sus dos discípulos y se permitió el lujo de mostrar una abierta sonrisa. En la penumbra de la pequeña sala recorrió sus semblantes de la misma forma con la que hubiera admirado la vista de un hermoso valle desde el pico de una montaña e indicó con una mano abierta que se sentaran frente a él.

—Este anciano se alegra mucho de ver a sus monjes peregrinos de nuevo entre la comunidad. Muchos meses han pasado desde vuestra marcha. Habéis cumplido con vuestra promesa de regresar y presentaros a mí la mañana de la apertura de las puertas y antes de la elección de los nuevos hermanos. Pero decidme, ¿qué os ha acontecido desde vuestra partida?

Uno de ellos, el de más edad, un hombre de unos cuarenta años, de cara redonda y vientre prominente, habló en primer lugar.

—He visitado otros templos, observado el gran mar azul, subido montañas, visitado innumerables ciudades, probado muchas comidas, he conocido a personas de toda condición, he proclamado la palabra de Buda en plazas y palacios, observado las incontables maravillas que la naturaleza nos brinda. Pero también he visto pobreza y odio, marginación e ignorancia. He rezado por todos ellos y logrado que diez almas me siguieran hasta el templo, diez jóvenes escogidos de entre los más limpios de corazón, que ahora esperan a la puerta a ser llamados.

El viejo abad bajó su cabeza y entrecerró los ojos mientras escuchaba con atención.

—¿Y qué tal has encontrado a Buda fuera de este lugar?

—El ruido está presente en todas partes. No hay paz ni verdadera vacuidad en ningún lugar habitado por los hombres. Me ha sido muy difícil meditar y no sucumbir a las tentaciones. Pero me he mantenido fuerte, maestro, y hoy regreso a ti con alegría.

Este asintió antes de dirigir la mirada al otro discípulo.

—Y tú, Shiro, ¿qué tienes que decir?

—El Sol salía por la mañana y se ocultaba por la noche. Los hombres nacían y morían, las estaciones continuaban, los pájaros volaban.

—Y dime, ¿también a ti te suponía un gran esfuerzo practicar el *zazen*?

—Oh sí, aún tengo mucho que aprender, maestro.

—¿Fue más difícil encontrar paz fuera de este templo?

—Desgraciadamente no pude dejar mi mente atrás y vino en mi viaje también. He aprendido que allá donde vas la paz que encuentras es la misma que anida en tu espíritu. El mundo es un reflejo de nuestro interior y no al contrario.

El abad sonrió orgulloso. Había pronunciado sabias palabras y una severa lección para el otro hermano.

—¿Cuántos candidatos trajiste?

—Me acompañaban dos almas, pero desconozco si alguna de ellas estará hoy a la puerta pues no las escogí, ni las conminé a seguirme, fueron ellos los que siguieron mis pasos.

El viejo, después de una leve pausa, se dirigió a ambos.

—Hace un año os hice regresar al mundo por varias razones. Os hablé de que no era bueno que permaneciéramos ajenos a todo y que recabarais conocimiento de lo que acontece en el mundo de los hombres para la comunidad. También os dije que mi vida está pronta a agotarse y que trajerais nuevos monjes.

»Sin embargo, no hablé de la verdad. No necesitamos saber del mundo, pues el mundo ahoga nuestro verdadero ser, y tampoco ansiamos ser una comunidad numerosa. Os mandé afuera como última prueba de vuestra formación. Soy viejo, sí, y también necesito un sustituto en este lugar. Ambos sois los más destacados de entre los monjes y esperaba que alguno me sucediera llegado el momento. Abandonar este monasterio ha sido vuestra prueba.

—No soy digno de ser nombrado abad, mi maestro —se apresuró a intervenir el mayor de los monjes al tiempo que se inclinaba con gran respeto.

—Aún no, pero quizá algún día, Ryokan.

Pese a su estudiada muestra de humildad, el monje no pudo evitar un gesto de sorpresa y decepción. El viejo abad esperó una respuesta a su sentencia mirando sus ojos, conocedor de las tribulaciones que estarían asolando la mente de su discípulo. Este luchó con denodado esfuerzo interior, tratando de evitar la réplica, pero finalmente fue incapaz de contenerse.

—¿No soy digno de estar a su lado, maestro? ¿Acaso no he cumplido fielmente durante todos estos años los preceptos de la comunidad? ¿No he seguido las enseñanzas del *zen*?

—No he dicho que seas impuro —contestó tranquilo—, tan solo que aún tienes mucho que aprender.

Pero en la expresión de Ryokan se adivinaba la mayor incredulidad e incomprensión. No era capaz de entender cuál había sido su error.

—En cuanto a ti, Shiro, has demostrado ser capaz de evitar las tentaciones

y no desviarte del camino. Has cumplido con mis aspiraciones y tú serás mi sustituto cuando el vacío me reclame.

—Tampoco creo ser merecedor de tal menester, maestro Tanzan. Soy demasiado joven e inexperto.

—Y puesto que no crees estar a la altura y puesto que yo sé que eres sincero, eres el más indicado para ello.

Ryokan sintió una oleada de resentimiento hacia Shiro. Tanzan había considerado que su propio acto de humildad no había sido sincero. ¿Por qué el de él sí lo era? Estaba muy de acuerdo en que era muy joven, era del todo inusual que fuera abad de un monasterio. Él, en cambio, era el cocinero del monasterio desde hacía quince años, un cargo normalmente destinado al más destacado de entre los monjes, y siempre se había conducido con estricto seguimiento de los preceptos. En su corazón siempre había esperado ser el elegido para suceder a Tanzan. Lo inesperado de la situación le mantenía en un mar de contrariedad.

—¿No estás de acuerdo con mi decisión, Ryokan?

Una sacudida le hizo olvidar sus pensamientos. Parecía que Tanzan los había leído sin ningún esfuerzo, lo que le hizo azorarse hasta que el rubor cubrió sus mejillas.

—Sí, sí, desde luego —contestó mientras se inclinaba en una reverencia.

El viejo abad se acomodó mejor y prosiguió.

—Tal vez puedas sacar un buen aprendizaje de esto, Ryokan. Como ha dicho Shiro, Buda está en todas partes, no importa que te encuentres fuera de estos muros. Nuestra labor no es llevarle a ninguna parte, pues siempre estuvo en todas ellas. Las almas del resto de la Humanidad ya contienen a Buda, no debes forzarlas, debes dejar que ellas te elijan si necesitan tu guía, pero no hay nada que puedas enseñarles, no hay ninguna revelación que compartir, solo hay que esperar que recuerden. Allá afuera, entre los ruidos que tú dices, has dejado distraer tu atención de lo verdaderamente importante. No existe el «ellos» y el «yo». Has olvidado que no hay diferencia entre «el mundo» y «el yo». Las imperfecciones que crees haber descubierto no son más que ilusiones de tu mente. La primera es pensar que son ajenas a ti, cuando en realidad son tu reflejo, puesto que eres un uno con el todo; y la segunda creer que el mundo es imperfecto, cuando es la mente la que se empeña en transformar lo que está completo en impuro. Los impedimentos para meditar o alcanzar la iluminación están siempre en tu interior, lo que ocurre a tu alrededor no debe influir en ello ni tampoco puede hacer que tu esencia cambie. Debes meditar bien sobre esto.

—Gracias, maestro.

Shiro permaneció en respetuoso silencio.

—En cuanto a ti, Shiro, has logrado continuar en el sendero pese a las distracciones fuera de estos muros. No errarás como abad, debes respetar la

palabra de un viejo.

Shiro no replicó, lo que agradó a Tanzan. Cuando miró a Ryokan siguió percibiendo desasosiego. «Ya aprenderá. Aún no comprende pero persevera».

—Ahora, podríamos ver a los nuevos aspirantes y elegir a aquellos más adecuados. Quiero que este año los elijáis vosotros.

Ambos expresaron su agradecimiento por este gesto y la buena voluntad de hacerlo lo mejor posible.

Cuando la puerta se abrió apareció un viejo vestido con las ropas de monje y nos echó un vistazo mientras salía. Todos los allí reunidos realizaron una profunda reverencia, lo que me hizo comprender que era alguien importante en el templo y el doloroso pellizco que me propinó Shoko en una pierna me hizo imitarlos al momento.

Así permanecíamos sin el menor ruido, mientras oía cómo otros pies se desplazaban fuera. Cuando noté que Shoko volvía a levantar su cuerpo le imité y mi sorpresa fue mayúscula al observar que entre los dos monjes que habían surgido detrás del primero se encontraba Shiro.

—Es Shiro —le dije a mi amigo.

Al mismo tiempo que una mirada recriminatoria del viejo monje se dirigía hasta mí regresó un nuevo pellizco a mi pierna dolorida, que me hizo retorcerme y guardar silencio. En el semblante de Shiro no hubo el menor cambio al verme, pero tenía que haberme reconocido. ¿Estaría sorprendido de verme allí después de haberme perdido?

El viejo monje se dirigió a Shoko.

—¿Cuáles son las cinco fundas que oscurecen nuestro verdadero ser?

—Forma, pensamiento, sentimiento, voluntad y conciencia, maestro —soltó mi amigo a renglón seguido, como si hubiera ensayado la respuesta durante meses.

—Muy bien. Pasa adentro.

Shoko se levantó de inmediato y caminó hacia la puerta. Para mi espanto estaba solo y no podía imaginarme qué podía preguntarme aquel hombre sobre su religión, que yo de seguro desconocería. Sería incapaz de contestar a algo semejante a lo que acababa de presenciar. Pero no tuve tiempo para desesperarme, pues me habló de inmediato.

—Ayer se lastimó un monje. Se cayó desde el tejado que estaba arreglando y se rompió un brazo. ¿Qué diría Buda de esto?

Por un momento me quedé en blanco, sin la menor idea de qué contestar. Ni sabía a ciencia cierta qué o quién era Buda y mucho menos su postura ante un hombre con un brazo roto. Solo sabía una frase que la tarde anterior me había soltado Shoko. ¿Serviría?

—La vida es sufrimiento —solté sin la menor idea del sentido de mi

respuesta.

Para mi sorpresa el hombre asintió.

—Muy bien, pasa adentro.

Aún sin saber cómo había pasado la prueba. Hice lo que se me pedía y anduve hacia delante, procurando no cruzar la mirada con Shiro. A mi espalda el maestro se acercó a Takeshi.

—¿Qué hace un hombre y además *bushi* aquí? —le soltó.

—Deseo seguir el camino del *zen*. Otros muchos *bushis* han renunciado antes que yo a las armas al final de su vida. Yo, sin embargo, he experimentado un encuentro con uno de sus monjes que me ha hecho comprender la verdad.

—¿Uno de los monjes que están a mi espalda?

—Sí, maestro.

—¿Y qué enseñanza es esa?

—Había sucumbido al demonio del odio con la excusa del honor. Ahora he renunciado a mi familia, mi apellido y mis armas. Me presento como un simple hombre necesitado de guía. Deseo retirarme del mundo y morir para él. Ni siquiera recuerdo ya mi nombre.

—Eso está muy bien *bushi*, pero no entrarás en este templo.

Takeshi quedó mudo de asombro. No podía entender que unos niños díscolos habían pasado la prueba y él no, después de renunciar a toda su vida y posición por seguir a Shiro hasta allí. ¿Cómo podía menospreciar semejante sacrificio?

Antes de que siguiera hacia el siguiente solicitante volvió a hablar.

—Pero ¿por qué? ¿Qué debo hacer para ser digno?

—Forma con tus manos un cuenco —le dijo el viejo maestro.

Al instante Takeshi obedeció. Acto seguido Tanzan se agachó para recoger unas hojas del suelo, que empezó a echar dentro de las manos del *samurái*. A medida que iba llenando con ellas el interior de las mismas identificaba a cada una.

—Esta es tu honor, esta tus conocimientos sobre el manejo de la *katana*, esta lo que sabes del tiro con arco, aquí lo que conoces del amor, esta lo que has visto del corazón de los hombres, esta lo que averiguaste de las estaciones, aquí lo que sabes de ti mismo, también tus deseos, allá va lo que sabes del correr del tiempo…

Y así continuó hasta rebosar sus manos. Después Tanzan volvió a agacharse y recogió otras nuevas.

—Y ahora —prosiguió—, esto es cada una de las cosas que quieres aprender del *zen*.

Pero al ir soltando las nuevas hojas no encontraron un lugar libre sobre las anteriores y fueron resbalando hasta el suelo. Ninguna de ellas logró permanecer en las manos de Takeshi.

—Lo que ya has aprendido del mundo es tan vasto que no deja sitio para más.

Takeshi se quedó allí plantado viendo sus manos llenas de hojas en total inmovilidad. No preguntó nada más.

Tanzan siguió preguntando y admitiendo o denegando aspirantes hasta que regresó sobre sus pasos y entró en el templo seguido de Shiro y Ryokan. Cuando el postigo sonó el resto de aspirantes se levantaron y marcharon en silencio mientras Takeshi continuaba en la misma posición. Al poco suspiró y abrió sus manos para dejar caer su contenido sobre el mullido suelo, pero no se incorporó.

Tras atravesar el pórtico permanecimos unos instantes esperando junto al viejo encargado de la puerta, el mismo que el día anterior me la había cerrado en las narices. Se comportó como si nada hubiera ocurrido entre nosotros y por más que busqué en su rostro algún gesto de reconocimiento fue del todo inútil. Se limitaba a estar allí plantado, como absorto en sus propios pensamientos aparentemente ajeno a nosotros. Mientras, seguían pasando otros niños, hasta que formamos un grupo de unos diez. Después les siguieron los tres monjes, que continuaron sin detenerse hacia una cuesta empinada, que en ciertos tramos presentaba piedras labradas a modo de grandes escalones, terminando en un muro blanco con una nueva puerta.

El viejo monje cerró tras nosotros y se encaminó con el tintineo de las llaves tras ellos. El resto empezamos la ascensión en silencio.

—¡Estamos dentro los dos! —me soltó entusiasmado Shoko.

—¿Ya hemos pasado la prueba?

—No, no. Solo hemos sido admitidos para que se nos plantee, pero es más que lo que han conseguido la mayoría, ¿no te parece? Estoy seguro de que pasaremos la prueba. Ya te dije que este año yo sería uno de los elegidos.

—Silencio ahí atrás —nos cortó el viejo portero.

Por mi parte no me imaginaba cuál podría ser la prueba. ¿Más preguntas? ¿Hacer alguna cosa? Intrigado seguía la estela de los monjes arropado por el resto de muchachos, que parecían estar muy seguros de lo que estaban haciendo. Yo era el único ajeno a todo aquello, incapaz de comprender qué hacía allí. Ni siquiera quería ser monje, no por nada en especial, sino porque no sabía qué significaba. Por otro lado en ese momento era incapaz de tomar alguna otra decisión. Volver atrás ahora parecía imposible. No quería volver a estar solo en el mundo. Así que me dejé arropar por aquella pequeña marea que continuaba inexorable hacia la cima.

Ahora tuve más tiempo de mirar a mi alrededor y me llamó mucho la atención la pulcritud del espacio que recorríamos. No tenía nada que ver con el resto del bosque al otro lado del muro. Aquí la densa vegetación se había

retirado para dejar una ancha pista, extremadamente pulcra, sin ni una sola ramita, piedra u hoja en el suelo, señal inequívoca de que los monjes la cuidaban con esmero.

Yo no lo sabía, pero por delante los tres monjes conversaban.

—Siete de esos pretendientes han venido conmigo, maestro —apreciaba en ese momento Ryokan.

Tanzan asintió por toda respuesta y se dirigió a Shiro.

—¿Hay alguno de entre ellos que sea uno de esos dos de los que hablaste, Shiro?

—El chico de pelo más largo me siguió un par de jornadas de regreso al templo.

—Ah, sí, el pelo más largo —sonrió Ryokan despectivo—. Los padres siempre les cortan el pelo para venir hasta aquí pensando que así tendrán aspecto de monjes, pero el suyo ni siquiera se ha tomado la molestia de hacerlo.

Tanzan no hizo caso del comentario y prosiguió el intercambio de palabras con Shiro.

—¿Tiene algún talento especial ese niño?

—Cuando le encontré fui testigo de un *kiai*.

—¿Un *kiai*? —interrumpió de nuevo Ryokan—. Es solo un niño. No puede ser posible que la técnica que tanto ansían dominar muchas sectas y clanes guerreros sea dominada por un niño.

—¿Es eso cierto? —le preguntó también Tanzan.

—Así es. Pude sentir cómo una energía inmensa brotaba de su voz y alcanzaba una gran distancia. Todo a su alrededor experimentó una transformación y un caballo situado muy lejos de él reaccionó como si le hubieran golpeado. Al parecer ni siquiera supo cómo lo hizo.

—En efecto es un suceso destacable —valoró Tanzan, aunque pronto desvió la atención de la revelación—. ¿Llegó a presentarse el segundo?

—Era el *samurái*. Fue el perjudicado por el *kiai* del muchacho.

—No era posible que entrara un bárbaro de esa condición —interrumpió solemne Ryokan en el mismo tono de suficiencia con el que Shiro imaginaba que se habría dirigido en sus sermones—. Era un candidato del todo inapropiado, como claramente ha demostrado el maestro.

—Así es —ratificó Tanzan—. Pero, como ya os dije, a partir de ahora seréis vosotros los que elijáis a los más adecuados.

Atravesaron la nueva puerta y todos nosotros tras ellos, llegando a un pequeño patio cuadrado rodeado de unos muros de un blanco inmaculado, sin la menor grieta o imperfección en su superficie, con unas tejas anaranjadas en la parte superior. Al fondo aparecía un gran edificio de madera ocupando todo ese lado.

No pude evitar maravillarme de su sencilla pero a la vez armoniosa

distribución, elevada tan solo unos pies con una multitud de pequeños pilares cónicos sobre los que un estrecho corredor, que se extendía por todo el frente, daba paso a tres puertas centrales sin adornos. Bajo el primer tejado cruzaban listones horizontales que se fundían con un entramado al final de los extremos, justo al superar la altura de los muros, que de forma creciente y escalonada acababa por hacer sobresalir el tejado sobre estos. Más arriba, al terminar las planchas de madera que se distribuían estrechando el tejado hasta hacer recuperar la anchura original, volvía a aparecer el resto del edificio, que por un breve espacio albergaba unos pequeños tragaluces que daban paso al segundo tejado. Este era mucho más alto y de la misma distribución hasta fundirse con la vertiente opuesta en la cúspide.

Subimos los breves escalones que nos conducían al interior diáfano y de dos alturas abiertas a la única y luminosa sala. El olor a las diferentes maderas y su calidez me embargó de inmediato procurándome una sensación de serenidad. Jamás había penetrado en una construcción semejante. No podía dejar de admirar cómo se unía cada parte del tejado abierto, cómo se sostenía la galería central, la esbeltez de las columnas. Era hermosa y conmovedora la pericia con la que se conseguía sostener toda aquella cantidad de madera, apenas sin clavos. Jamás hubiera imaginado que pudiera realizarse tal obra por el hombre, pero a estas alturas no podía alcanzar a marcar una nueva frontera entre lo posible y lo imposible.

Mientras nos sentábamos alrededor de una pequeña mesa con un solo pie en mitad de la estancia, llegó hasta nosotros el aroma de los numerosos incensarios distribuidos por toda la sala que unido al cansancio de las últimas jornadas hizo que sintiera una lasitud relajante.

No imaginaba una opción mejor que la de refugiarme dentro de aquellos muros, a salvo de la cambiante y peligrosa realidad del mundo que dejaba atrás. Convertirme en monje entre aquellas gentes dependía de realizar satisfactoriamente la siguiente prueba y esta vez se fraguó en mí una férrea voluntad de superarla.

La voz de Tanzan me devolvió a la realidad.

—El emperador Go-Saga donó un jarrón al templo hace ochenta años con motivo de su fundación y desde entonces ha permanecido con nosotros como una reliquia de valor incalculable. Sin embargo, siempre hemos tenido un grave problema. Dada la maravilla de su factura y belleza, no hemos decidido cómo se debe presentar y adornar, protagonizando intensos debates entre los monjes sin llegar a una decisión satisfactoria. Por dicho motivo ha permanecido guardado y oculto tal y como llegó a nuestras manos.

Dicho esto se dirigió hasta la mesita y fue entonces cuando me percaté de que había una caja de sándalo sobre la misma. Con gran cuidado la abrió y extrajo el objeto, que colocó a su lado.

—Vuestra prueba consistirá en dar solución a este problema —anunció de

forma clara antes de retirarse por otra puerta en el extremo contrario por el que habíamos penetrado en la sala.

Atrás quedaron los otros tres monjes, que se sentaron alejados de nosotros a un lado.

El silencio ahora se convirtió en opresión y pude sentir cómo la intensidad de las emociones del resto de los aspirantes casi les ahogaba. Todos trataban de encontrar una solución adecuada al dilema lo antes posible, a fin de ser los primeros y asegurarse ser los elegidos. Se encontraban intimidados con la sola visión de la reliquia y afrontaban la situación como un obstáculo insalvable, incapaces de comprender cómo era posible que una decisión de tal trascendencia recayera sobre ellos. Sentía cómo luchaban con sus mentes confusas, incapaces de hallar una respuesta.

Por mi parte centré mi atención en el objeto y estudié un poco más el jarrón. En efecto era magnífico, no tanto por su forma o calidad de la cerámica sino por las bellas pinceladas en tonos suaves que recoman el cuerpo representando delicadas flores de primavera, realzándolo y haciéndolo parecer más estilizado de lo que era en realidad.

De nuevo decidí encomendarme a mi recuperado talento oculto y me relajé de la misma forma con la que había logrado dormir a Ikkyu. Esta vez me costó mucho menos, empujado por la confianza en mi recuperado y potenciado don. Sin prisa me dejé llevar por la quietud que me sobrevino y volví a mirar el mundo que me rodeaba con otros ojos, como si fuera ajeno a él y atisbara desde la montaña más alta a unas personas desconocidas sin la menor implicación en lo que ocurría, único espectador de la representación. Desde aquella perspectiva fui plenamente consciente de la situación que apareció clara en mi mente.

Un objeto en el centro de unos niños influía en ellos de una manera desproporcionada, oprimiendo sus mentes, acorralando sus conciencias. Sentía cómo cada uno permitía que la atracción del jarrón consumiera su voluntad. Podía ver cómo unas líneas invisibles les ataban a aquel objeto como a moscas en una tela de araña, atrapados e incapaces de romper el vínculo.

La solución sobrevino clara y rotunda. Antes de darme cuenta estaba de pie y me acercaba a la mesa. Lo siguiente fue volver en mí ante los gritos de Ryokan.

—¿Qué has hecho, insensato? ¿Cómo te has atrevido? —me chillaba zarandeándome.

En los rostros del resto de muchachos leí asombro y desconcierto. Acababa de despertar en mi cuerpo de forma brusca y apenas era capaz de comprender qué ocurría, hasta que vi en el suelo los restos del jarrón.

—Has destruido la reliquia. ¡Insensato! ¡Fuera, fuera!

Me arrastró con vehemencia tirando de mi brazo hacia la puerta de entrada y me encontré fuera del edificio sin apenas haber tocado el suelo con

los pies.

—Vete, no vuelvas nunca más. ¡Fuera, fuera!

De pie, en mitad del patio interior fui plenamente consciente de lo que había ocurrido. ¡Había hecho añicos el jarrón del emperador! Aterrado deshice el camino a la carrera bajando hacia la puerta de entrada al templo con el único deseo de alejarme de allí lo antes posible. No podía entender cómo me había atrevido a comportarme de esa manera. Sin embargo, recordaba cómo en ese momento no había tenido ninguna duda, qué hacer se había mostrado tan claramente como el cielo de verano.

Llegué al portón de entrada jadeando y sin detenerme traté de abandonar el monasterio, pero no pude lograrlo. ¡Estaba cerrada! En ese momento rompió a llover con inusitada fuerza. Me quedé allí plantado, sin ser capaz de decidir qué hacer a continuación.

—Maestro —hablaba Ryokan aún exaltado—, no cabía otra alternativa. De ninguna forma se puede consentir tamaña osadía.

Tanzan y él se encontraban apartados del resto, hablando en tono confidencial. Los aspirantes, mudos por todo lo que acontecía a su alrededor, se arremolinaban en un extremo cerca del viejo guardián de la entrada, que ni siquiera se había inmutado pese a todo el alboroto. Cuchicheaban nerviosos entre ellos, moviéndose como las olas del mar, preguntándose qué pasaría a continuación, pero el más afectado era sin duda Shoko, que mantenía los ojos tan abiertos como los de un búho, incapaz de abandonar su inmovilidad. Trataba de imaginar el motivo que me había impulsado a actuar de aquella forma tan inesperada. ¿Quién en su sano juicio podía siquiera atreverse a pensar en hacer algo así? Tenía que haber una razón, pero ¿cuál era?

Su mente trabajaba a toda velocidad. Ahora que el jarrón ya no existía y no se sentía intimidado por su presencia podía pensar con mayor claridad en la prueba que les habían planteado. ¿Y si había dado con la solución al problema? Y suponiendo que así fuera, ¿cómo podría explicarse?

Shiro era el único que se dedicaba a alguna actividad, que no era otra que la de recoger pacientemente los numerosos fragmentos de la reliquia ocultándolos en sus ropas encamadas.

—Como ya os dije —contestaba Tanzan a Ryokan—, debéis consensuar entre ambos cualquier decisión que afecte a la selección de los solicitantes. Mi valoración es del todo intrascendente. Es con Shiro con quien debes hablar.

Ryokan suspiró resignado. Sabía que no rompería su determinación. Ambos levantaron la vista y buscaron al monje, que en ese instante caminaba tranquilo hacia ellos. Tanzan estudió el rostro de su pupilo y no pudo evitar que una leve sonrisa aflorara. Le conocía demasiado bien para no saber que opinaba lo contrario a Ryokan y que ya tenía preparada una forma de salirse

con la suya.

—Shiro —empezó Ryokan—, supongo que estarás de acuerdo en que la falta de ese muchacho es de sumo grado y que no cabe otra determinación que su inmediata expulsión.

—Creo que sería más acertado conocer su motivación antes de decidir al respecto.

—¿Cómo es posible que digas eso? Ha destrozado el presente del emperador. No hace falta recordar el enorme valor que poseía. Esto solo puede significar la llegada de la desgracia a nuestra comunidad. Ese niño es un demonio que pretende introducir el mal en nuestro templo. ¿Se puede pensar otra cosa? ¿Deseas acabar con la armonía de este santo lugar?

Shiro no se alteró, conocedor de antemano de las reacciones de Ryokan. En su lugar replicó mesurado.

—Dime, hermano. ¿Es cierto que todos los seres contienen en su naturaleza la verdad única de la vida y la muerte?

—Así es. No cabe duda de que todo lo que nace debe morir algún día.

—Y, sabiendo esto, ¿no es igual de cierto que esta ley es aplicable a todas las cosas?

—Sí, sí. Igualmente las montañas se desmoronan y los ríos se secan. Es la ley inmutable que rige el Universo.

—Dime una cosa más, si es cierto que todo lo que es en algún momento dejará de serlo, ¿de qué sirve aferrarse y sufrir por ello? ¿No fue una de las máximas de Buda liberarse de este sentimiento de pérdida y temor?

—De nuevo sí. Pero ¿a dónde quieres ir a parar?

En ese momento abrió su túnica y los trozos del jarrón cayeron a los pies de Ryokan. Este se quedó mudo por el asombro, igual que si hubiera sido fulminado por un rayo, con la boca abierta y sus ojos fijos en las piezas de cerámica del suelo.

—Creo que deberíamos llamar al muchacho y hacerle regresar —continuó Shiro ante la incapacidad de Ryokan por emitir una sola palabra—, a no ser que consideréis otra manera de proceder, hermano.

Ryokan levantó la vista y miró a ambos azorado. En el semblante de su maestro leyó claramente que había sido derrotado y no se atrevió a continuar en su postura.

—Sí, sí, claro. Así debe hacerse.

—Eno —llamó Tanzan al viejo de la puerta, inmóvil en su rincón—, ve a buscar al muchacho y tráelo aquí.

Cuando estuve frente a los monjes empapado de pies a cabeza y sintiendo las miradas de todos los presentes sobre mí, no fui capaz de levantar la vista del suelo. Para mayor vergüenza, las gotas resbalaban sobre mis pies y se

acumulaban sobre la hasta ahora inmaculada tarima del suelo. Pronto me encontraría sobre un charco.

—Dime —empezó Shiro—, ¿por qué has hecho esto? ¿No era tu tarea encontrar un adorno o forma de presentación del jarrón adecuada a su belleza? ¿Por qué has destruido algo tan bello?

Pero yo era incapaz de emitir el menor sonido. En mis oídos aún persistían los ecos de los gritos de Ryokan.

—Escucha jovencito —tomó ahora la palabra Tanzan—, no debes preocuparte por nada ahora, solo intentamos comprender el motivo de tu comportamiento. Eso no quiere decir que lo censuremos. Debes ser sincero. ¿En qué pensabas?

Algo en sus tranquilas palabras me hizo reunir la suficiente fuerza de voluntad para mirarle y atreverme a aventurar una respuesta a algo que aún no era capaz de entender.

—No sé. Creo que no lo pensé.

—Ajá —intervino para mi espanto Ryokan—, ni siquiera sabe por qué lo hizo. No es más que un muchacho díscolo y caprichoso. No se debe esperar compromiso de alguien así.

—Espera —volvió Shiro—, ¿no es cierto que el propio Buda afirmaba que la claridad innata de todas las personas estaba empañada por los pensamientos? ¿No es el objetivo de nuestras meditaciones abandonar los pensamientos y asentamos en el vacío entre la muerte y el nacimiento? ¿No es más cierto que el *satori* solo se alcanza al dejar atrás la mente? Este niño ha actuado espontáneamente, liberándose de las ataduras de la conciencia, de la valoración que le alertaba de las consecuencias de su acción. Creo, que sin lugar a duda, debe ser elegido.

Esta vez Ryokan trató de no dejarse llevar por sus emociones y buscó una forma de rebatir las sentencias de su oponente.

—También los animales actúan sin pensar y ninguno de ellos se encuentra entre los monjes. Puede que haya actuado de forma libre, pero ¿cuál es el sentido de su acción? ¿Realmente ha resuelto la cuestión planteada? Se pidió adornar o presentar el jarrón adecuadamente. ¿Qué significa romperlo? No era una de las posibilidades. Si tengo hambre, ¿de qué sirve que me rasque la nariz?

—Te centras en el porqué pero no valoras el sentido de su acción, el hecho en sí de que ante una dura prueba buscara la solución desprendiéndose de la mente y los prejuicios y que recurriera a la intuición.

—Esta vez no me convencerás. Según lo que dices, la actuación adecuada hubiera sido cualquiera no acorde a las reglas fijadas, hacer cualquier cosa menos adornar el jarrón. No tiene sentido, pese al valor de liberarse de las ataduras de la mente. Sigo exigiendo un sentido a su respuesta.

La conversación parecía en un punto muerto. Ninguno de ellos estaba

dispuesto a ceder, pero no parecían tener más argumentos que exponer. Por mi parte busqué de nuevo refugio apartando la vista al suelo.

En eso arrancó Tanzan.

—¿Alguno de los presentes conoce el sentido de la respuesta de este aspirante?

Ante mi asombro alguien habló.

—Yo la conozco.

Todos miramos hacia su procedencia y acabamos en mi amigo Shoko, que al sentir la intensidad de las mismas no pudo evitar sonrojar su mofletuda y pecosa cara.

—¿Y cuál es?

—Bueno —empezó algo envarado—, usted dijo que el jarrón era un problema. Cuando hay un problema hay que hacer que desaparezca. Eso es lo que ha hecho él.

Todos quedaron en silencio sorprendidos por semejante planteamiento.

De pronto habló Shiro y pegué un respingo al romperse ese instante de silencio.

—¡Esa es la respuesta que buscabas! Hoy estos dos chicos nos han dado una lección muy valiosa. Ya no cabe duda de que son los elegidos este año. ¿No opinas así?

Ninguno de los presentes pareció darse cuenta pero yo sentí cómo una marea de odio estallaba alrededor de Ryokan, pese a que se comportara exteriormente con serenidad y me encogí sin poder evitarlo.

—Sí, así es. Este año son los elegidos.

—Me alegra de que hayáis llegado a la misma conclusión —terció Tanzan —. Habéis decidido, estos dos niños son los elegidos.

No podía creer lo que acababa de escuchar. Aún temblaba de miedo y frío cuando Shoko se reunió conmigo.

—Lo hemos logrado —me susurró—. ¡Ya estamos dentro del templo!

Castillo de Iwakura, Bingo

—Sed bienvenido, Kusonoki Massashigue. Por favor, acompañadme junto al panel movible. Desde allí se puede contemplar el valle.

—Os agradezco vuestra rápida atención, Iwakura Yamagata. Soy consciente de que en este momento atendéis importantes asuntos para vuestro señorío.

Después del intercambio formal de saludos, ambos hombres se acomodaron sobre mullidos cojines cubiertos de brocado junto a la galería exterior del último piso de la torre principal. En efecto la vista era espléndida, sin rastro del resto de la edificación del bastión, solo altas montañas de formas abruptas cubiertas de verde y exuberante vegetación bajo un cielo recorrido por algunas nubes, la más lejanas amenazando lluvia pero en ese momento repleta de una brillante luz.

—En efecto —retomó Iwakura la conversación—, desde la muerte de mi respetado padre diversos acontecimientos me han robado el tiempo necesario para poder disfrutar de sencillos gestos como contemplar una mañana tan generosa como esta.

—Sois extremadamente humilde. A nadie se le escapan los logros que vuestro arrojo e inteligencia os han reportado y debéis de perdonar que sean precisamente estos los que hayan llamado mi atención y la de alguien en verdad relevante.

Iwakura estalló en una carcajada moderada.

—Os expresáis como si fuéramos dos extraños y no hubiéramos cruzado nunca una palabra. Hablad de una vez de forma clara. Nadie nos oye aquí, os lo aseguro. ¿Qué motivo os ha traído de forma tan inesperada?

Su acompañante no compartió su jovialidad. Continuó formal y comedido, con el rostro serio y actitud atenta sin olvidar la mirada marcial propia de un gran *bushi*. A sus treinta y seis años, Kusonoki Massashigue conservaba un largo y fino bigote acompañado de una poblada perilla, la nariz larga y fina, ojos negros y ligeramente perfilados del mismo color. Era más bien bajo, pero destacaba por la anchura de sus hombros y fuerte complexión.

Iwakura era más alto y delgado que su invitado, de veintiséis años de edad

y rasgos finos y armoniosos. En su mirada también se adivinaba severidad y arrojo.

—Puesto que así lo pedís, hablaré claro. Vuestras recientes victorias no han pasado desapercibidas ni aquí ni en Kamakura. No cabe duda de que vuestro temple y valor han traído consigo una gran recompensa, pero ahora no puedo dejar de preguntarme de qué forma se puede mantener un *shóen* tan extenso.

—¡Así que era eso! —estalló Iwakura divertido—. ¿He logrado llamar vuestra atención ganando un par de batallas señor de Kawachi? Pero decidme, ¿os presentáis como un amigo o como una amenaza?

—¿Qué diferencia sería asumióle?

Iwakura volvió a sonreír.

—Os conozco bien, Kusonoki-*sama*. Nunca, en toda vuestra vida, habéis hecho otra cosa que no fuera lo correcto. Tratáis de encamar al hombre humanitario y al *samurái* honorable. Sois incapaz de ambicionar para vos otra cosa que no sea contemplar una puesta de Sol. No, no sois un enemigo. Pero me intriga vuestra presencia. ¿Acaso me ofrecéis una alianza? ¿De qué forma vuestra intervención puede ser significativa? Vuestra provincia no linda con la mía. Estratégicamente no sería beneficiosa para ninguno de los dos. ¿No será más bien que estáis aquí para pedirme ayuda?

Kusonoki se permitió ahora una sonrisa antes de responder.

—Permitidme que os relate una pequeña historia.

Un joven campesino se afanaba en sus tierras, ganadas por una inesperada herencia. Con el vigor de sus pocos años pudo aplicarse con energía y logró una primera cosecha muy satisfactoria. Pero el esfuerzo había resultado ser enorme, el trabajo para atender tan extensa plantación era demasiado elevado para una sola persona.

No tuvo más remedio que buscar la ayuda de otras manos. Sin embargo, no podía pagarles y tuvo que prometerles parte de los beneficios. De esa forma logró que toda la tierra se trabajara, mas cuando le tocó repartir, resultó que sus propias ganancias menguaron hasta un punto que no estaba dispuesto a tolerar. Se encontraba en un callejón sin salida, pues no podía prescindir ya de sus ayudantes. De igual forma le inquietaba el pensamiento de que estos decidieran aliarse y compartir su parte, llegando incluso a superar la propia, cuando al fin y al cabo él era el dueño de la tierra.

Para colmo de preocupaciones, un jabalí apareció una noche y comenzó a arruinar la cosecha. El joven decidió comprar unos perros que ahuyentaran a tan incómodo visitante y, en efecto, logró su objetivo. Sin embargo, al poco también se convirtieron en una carga. Necesitaban alimentarse a diario y sus ladridos continuos le suponían un tedio insoportable.

Ahora que no había jabalí al que ahuyentar los perros no necesitaban

aliarse contra un enemigo común y se disputaban la comida a dentelladas. Un día uno de ellos consiguió imponerse a los demás y destacar por su fuerza, algo que de seguro no pasaría desapercibido a los ojos del amo.

¿Qué haría ahora el campesino?

—En verdad una historia interesante y más aún la pregunta lanzada —habló Iwakura—. ¿Cuál creéis que sería la solución a los problemas del dueño?

—Tal vez sería más adecuado preguntarse por el destino del perro campeón.

Iwakura estalló en una nueva carcajada, dándose palmadas en ambas piernas.

—Sí, tal vez os interese más conocer qué hará el perro a partir de ahora. ¿Cuál sería el comportamiento adecuado? ¿Pensáis que debería aliarse con el resto de perros?

—Pienso que entre perros es difícil encontrar lealtad.

Una nueva sonrisa apareció en el rostro de Iwakura.

—Muy cierto. ¿Proponéis que logre el cariño de los trabajadores del campo?

—Un perro es un perro. Un hombre es un hombre. ¿Cómo podrían llegar a entenderse?

—¡Ja! Entonces no hay solución.

—Supongo que el perro será sacrificado tarde o temprano.

—Tal vez, llegado el caso.

—¿Qué pudo mover a ese perro a comportarse de manera tan arriesgada?

—Ya lo habéis dicho, debía disputarse la comida para sobrevivir. Hacerse un sitio llevaba irremediablemente a enfrentarse a todos los demás. Al perro no le importa lo que pase a continuación, solo piensa en el presente. Y tampoco puede evitar ser quién es. Si esto le supone la muerte al menos habrá sido fiel a sí mismo.

—Pero quizá exista un elemento que no haya considerado.

—¿Como qué? —preguntó intrigado.

—Que el verdadero dueño, que en su día cediera la plantación, reclame la legítima propiedad y expulse al joven campesino.

En ese instante el silencio se abatió sobre ambos, no exento de tensión. No quedaba el menor resto de la hilaridad con la que Iwakura estaba tomándose todo aquello y ambos hombres se estudiaban mirándose fijamente a los ojos.

La tierra a cosechar era la nación, el joven amo el *shōgun*, los ayudantes, la nobleza y los perros, los grandes terratenientes y *samuráis*. El jabalí había resultado ser los intentos de invasión mongol y el verdadero dueño no era otro que el propio emperador Go-Daigo.

Kusonoki había arriesgado mucho con semejante insinuación. Su anfitrión seguía siendo oficialmente el *jitō*, el hombre de confianza del *shōgun*. Tal vez

Iwakura debería olvidar lo que acaba de escuchar, o tal vez no.

—¿Y qué supondría, según vos, que un nuevo amo si hiciera cargo? —preguntó.

—El perro seguiría disfrutando de su premio.

—Ya. ¿A cambio de qué?

—Ya lo supondréis.

Go-Daigo solicitaba su apoyo contra Kamakura.

Iwakura mantuvo en todo momento la vista fija en su interlocutor, pero no fue capaz de encontrar la menor quiebra en su voluntad. Finalmente se relajó y prefirió no continuar por aquellos derroteros. Ya estaba todo dicho y era pronto para tomar una decisión.

—Ha sido gratificante jugar a construir una historia, pero ahora debo ocuparme de verdaderos asuntos.

—Por supuesto —contestó Kusonoki inclinando la cabeza y rompiendo el tenso contacto visual—. Nada más lejos de mi intención que ser fuente de distracción.

—Tal vez podáis ayudarme a dilucidar qué hacer con una cuestión.

—Ah, ¿otro juego de ingenio? Pretendéis someterme a la misma prueba.

—Os equivocáis. En verdad es un tema que me preocupa en grado sumo y sé por vuestro talante que sabréis comprenderme si os relato todos los pormenores. Veréis, entre mis hombres cuento con el apoyo de un buen general, Yamamoto Takeshi. Quizá no sea un estratega sobresaliente ni un hombre totalmente íntegro pero no tengo queja alguna de su servicio, pues su carencia de imaginación la compensa con fidelidad. Además, gracias a su posición un numeroso grupo de *samuráis* me siguen, por lo que le cuento entre mis hombres más cercanos. Sin embargo, un gesto individual por su parte en defensa de mi honor me ha colocado en una situación incómoda.

—No me imagino como un comportamiento leal puede suponer un problema.

—Eso puede parecer, pero el caso es que existe otro *samurái* al que tengo en la más alta estima que se ha visto perjudicado.

—¿Otro general?

—No. Se trata de alguien sin relevancia alguna entre mis mandos. De hecho podríamos decir que no es bien mirado por estos. Su vida privada le ha supuesto gran descrédito por lo que mi padre se vio obligado a destituirle de sus responsabilidades. Le relegó del servicio en esta casa pero trató de compensarle dejándole libre de conducirse como gustara sin otra obligación que la de presentarse en momentos de necesidad y administrar las necesidades de un pequeño pueblo alejado llamado Hakodate.

—Me desconcertáis. ¿Cómo es que fue relegado de sus funciones y al mismo tiempo premiado con la liberación del servicio en vuestra casa?

—Para empezar, su familia ha servido a la mía durante muchos años.

Todos nobles *bushis* y valientes en extremo. Excepto el hombre del que os hablo no queda ya ninguno, pues murieron luchando por nuestro apellido. Mi padre les debía mucho y así nos lo recalcaba a mis hermanos y a mí. Los mencionaba como ejemplo de lealtad y caballerosidad, modelos del perfecto *samurái*. Además, este hombre me enseñó lo que sé del *bushido* y del manejo de las armas del caballero y junto a mi padre son los responsables de mis principios y que aún hoy sea fiel a ellos. Le hubiera elevado a general si no fuera por su descrédito, pero tampoco he sido capaz de repudiarle.

Kusonoki esperaba paciente el final de las explicaciones con interés. Por su parte, su anfitrión torció ligeramente el gesto antes de continuar y expresar en voz alta sus tribulaciones.

—Hace poco, en una batalla este hombre me hizo una petición asombrosa, que no pude resistirme a conceder. Le dio un trato honorable a un enemigo vencido bajo mi autorización. Al otro día Yamamoto se presentó en su casa y pidió su cabeza con el fin de restituir mi supuesta pérdida de autoridad. Sin embargo, acabaron enfrentados en un duelo.

—¿Un duelo? ¿Cómo iguales? Realmente es sorprendente. ¿Cómo pudo suceder?

—Ya os he dicho que ese *samurái* es alguien sobresaliente. Consiguió argumentarlo suficientemente y Yamamoto no pudo eludir el compromiso.

—Entiendo que vuestro problema es dar muerte a ese hombre.

—¿Por qué pensáis así?

—Es obvio que mató a vuestro general y ahora debe ser restituida la afrenta para seguir contando con sus caballeros a vuestro lado.

—En realidad venció Yamamoto.

—¿Cuál es el problema entonces?

—Que no le mató.

—¿No le mató? ¿Cómo es eso posible?

Había conseguido atraer todo el interés de Kusonoki.

—Lo ignoro. En ese punto Yamamoto es poco claro. Pero el caso es que ambos se encuentran entre los muros de esta fortaleza. Ayer llegó Kato Danjuro, el *samurái* del que os hablo, y de inmediato quiso presentarse ante mí, Yamamoto, me imagino para solicitar su inmediata ejecución, ahora por su propio honor. Eludí verle argumentando cierta indisposición y atender vuestra visita. Estoy seguro que le acusará de haberle insultado gravemente y necesitar una urgente restitución.

—No existe alternativa. No podéis desacreditar a uno de vuestros generales. Viniendo aquí ese Kato ha buscado la muerte.

—Así debería de ser, en efecto, pero es el último de su clan, sin descendencia alguna y me resisto a contravenir los deseos de mi padre, todo añadido a que me resulta penoso en grado sumo ver morir a este hombre. Quisiera al menos que recupera de alguna forma la trascendencia que su

apellido tuvo antaño.

—En verdad apreciáis a ese *samurái*. Lamentablemente, alguien con responsabilidad debe prescindir de sus sentimientos personales a fin de atender correctamente sus deberes.

—Es como decís y si no nos uniera una fuerte amistad no me atrevería a confesaros esta debilidad. Os pido que me ayudéis a encontrar una solución satisfactoria como gesto de buena voluntad.

Kusonoki se preguntó sobre el motivo de todo aquello. Tal vez se trataba de una prueba de la sinceridad a su velada proposición. ¿Era de alguna forma similar la situación de aquel hombre con la de Iwakura? Ambos se enfrentaban al juicio de su señor, pero la falta de Danjuro parecía ser más clara. Iwakura suponía una amenaza para Kamakura por su creciente poder, pero al fin y al cabo podía suceder que el *bakufu* prefiriera buscar su favor. Aquel *samurái*, sin embargo, no era más que un problema moral. En principio no tenía alternativa, debía acabar con su vida. Si permitía que mancillara a un superior el orden se vería alterado gravemente.

Recordando las palabras de Iwakura adivinó que su petición era sincera. También habría llegado a la misma conclusión y deseaba salvar a aquel hombre buscando en un invitado de alta estima la posibilidad de que pudiera interceder. La cuestión era si realmente le convenía mezclarse con el destino de un hombre caído en desgracia.

—Tal vez vería más clara la situación si conociera de primera mano el comportamiento de ese *bushi* —habló finalmente Kusonoki.

Iwakura se mostró encantado.

—No puedo pediros nada más. De inmediato le hago llamar.

Danjuro esperaba paciente en una antesala flanqueada por paneles movibles. Había llegado al pequeño castillo la tarde anterior pero demasiado tarde para ser atendido por su señor. No obstante, dejó dicho al jefe de personal quién era y su deseo de audiencia. Yamamoto pronto sabría de su aparición y Danjuro no estaba dispuesto a arriesgar la vida de sus dos servidores abandonando la seguridad momentánea que les brindaban la cercanía a Iwakura, por lo que había decidido pasar la noche allí.

Esa madrugada, mientras meditaba en el patio esperando la llegada del nuevo día, había tomado una nueva decisión. Ahora que estaba a punto de ser recibido por su señor y afrontar su *karma* era el momento de materializarla.

—Jo, Tomayuki, deseo hablaros.

Estaban solos esperando a ser llamados y ninguno había despegado los labios o se había movido del lugar ocupado al entrar, Danjuro cerca del *shoji* y sus servidores juntos al otro extremo, ahora solícitos acudiendo a su lado.

—Tengo una última orden que daros. Es mi deseo que Tomayuki regrese

a su hogar y atienda su tierra y familia. En cuanto a Jo, mi fiel servidor, cumpliréis una última voluntad. Partid hacia la Casa Verde y haceros cargo de ella. Si cayera en desgracia hoy ocupaos de que quede presentable por si mi señor desea cederla a algún otro, pero sacad los muebles. Buscad a la esposa del gobernador de Harima y vendedle todo. Utilizad lo que os dé para arreglároslas sin mí. A partir de ese momento ambos estaréis libres de mi servicio o de mi casa.

El enorme Tomayuki adquirió una actitud grave, tratando de contener el torrente de emociones que impedían que fuera capaz de articular palabra. Fue Jo el que habló por ambos.

—Mi señor, no es honorable que os presentéis sin sirvientes ante nuestro señor, como alguien vulgar. Igualmente nuestra vida os pertenece y nuestro deseo es compartir vuestro destino. No nos pidáis algo así.

—Ya estoy harto de muertes inútiles —respondió Danjuro—. No cargaré con las vuestras cuando cruce a la otra vida. Pase lo que pase hoy no volveré a Hakodate, lo presiento. Debéis cumplir mi deseo si en verdad sois fieles servidores. Ahora iros de inmediato. Y una cosa más…

Alargó su mano y entregó un papel doblado a Jo.

—Entregad esto a la dama Kiku e informad a su madre de lo que me suceda.

Para entonces Jo ya tenía los ojos enrojecidos, cercamos al llanto.

—Es más de lo que este pobre anciano puede soportar. No es justo que los dioses permitan esto. Perdonad mi atrevimiento al confesar estas palabras pero ningún otro se ha conducido con mayor honorabilidad y servicio, y sin embargo hoy os encontráis en esta terrible situación. No puedo dejaros. Deseo compartir vuestro destino, sin importarme las consecuencias. Soy viejo y solo puedo aspirar ya a una muerte honorable. ¿Cuál me espera si prescindís de mi servicio? ¿Para qué quiero yo vuestros bienes? ¿Qué clase de vida puedo llevar sabiendo que os he abandonado en este momento? Por favor, no me pidáis que os deje.

Danjuro inclinó ligeramente su cabeza con gesto grave. ¡Qué buen servidor había sido! Cuantos de los que defendían su honor con adornadas palabras no eran capaces de conducirse con aquella dignidad.

—Sea pues como decís —concedió—. Sin embargo, necesito que alguien cumpla con mis deseos. Deberéis ser vos, Tomayuki. Vended los muebles a ese noble como le he dicho a Jo y guardaos los beneficios. La mitad son vuestros.

Al fin y al cabo este no era un sirviente familiar como Jo y no debía sacrificarse por mantener ninguna deuda. En realidad seguía perteneciendo a Iwakura y era muy posible que estuviera a punto de dejar de servirle en cualquier caso. Al menos cumpliría un último servicio.

—Oh, no puedo aceptar semejante ofrecimiento, mi señor —respondió el gigante—. No necesito más que lo que ya poseo, un campo que trabajar y una

familia que mantener. Permitidme guardarlo todo a vuestra disposición para cuando decidáis que os pueda servir.

—Sea como decís, entonces —cedió también—, pero aseguraos también de que mi carta llegue a su destino.

—Podéis contar con mi fidelidad —le dijo mientras recogía la misiva para Kiku como si fuera el objeto más preciado y delicado de la tierra.

—No me cabe la menor duda de ello. Es justo que os agradezca vuestro esfuerzo y servicio durante todo este tiempo. Partid con mi gratitud.

También Tomayuki había sido un leal servidor y Danjuro correspondió a su reverencia inclinando también su frente hasta tocar la estera. Tamaña muestra de respeto terminó por hacer caer las últimas defensas del gigante y cuando se levantó se apresuró a abandonar la sala sin mirar atrás, temiendo perder indecorosamente la compostura en un momento tan inoportuno.

Cuando estuvieron solos, Jo volvió a hablar al borde del llanto.

—Mi señor, debo contaros algo.

—¿Qué os ocurre? Estáis demasiado afectado por mi destino. No debéis preocuparos. Era un sentimiento indigno de mi condición resignarme a los acontecimientos de los últimos años y mi deber era rectificar el descrédito que había fraguado para mi apellido, que tanto sudor y sangre costó a mis antepasados lograr, pero me he visto desbordado por mi *karma*. Quizá en otra vida fuera indigno y ahora sufro las consecuencias, no lo sé, mas ahora solo me resta enfrentarme a mi justo castigo y soportarlo con entereza. No albergo desconsuelo o desesperación en mi corazón y lo afronto todo con dignidad, no debéis dudar de ello. Secad vuestras lágrimas y acordaos de este gesto que os honra. Todo ha ocurrido por mi conducta, no debéis pensar que ha sido condicionado por vuestro excelente y fiel servicio. No podía haber deseado escudero más adecuado y doy gracias a los budas por haberte conocido. Libérate de toda congoja.

Pero sus palabras no hicieron más que agravar el dolor del viejo Jo, que parecía encogerse por momentos entre temblores.

—No, no soy digno de vos, os lo aseguro. Debéis escucharme.

—Vamos, vamos. ¿Qué es eso que deseáis confesarme? Hablad sin miedo, pues nada de lo que digáis me hará cambiar de opinión.

Era evidente el enorme esfuerzo que suponía para el sirviente reunir el valor para continuar hablando. Se frotaba las manos e inclinaba la cabeza continuamente, como pidiendo una continua disculpa. Había pensado muchas veces en compartir su secreto pero jamás había tenido la suficiente entereza para hacerlo. Hoy parecía haberlo logrado inesperadamente. ¿No sería que era su propia muerte la que le rondaba y su espíritu quería asegurarse el reposo de la otra vida?

Debería de haberlo hecho mucho antes y este pensamiento ensombrecía su conciencia. Su falta de verdadera lealtad le hacía sentirse un cobarde, más

débil y patético que el más ruin de los hombres. Ya no le servía la excusa de haber jurado a la esposa de Danjuro, Umiko, que no diría nada jamás. Sentía la necesidad de liberarse de semejante carga y corresponder de una vez por todas al inmerecido trato de su señor.

Su mente regresó a aquella fatídica madrugada, en la que esta decidió abandonar la Casa Verde para siempre y llevarse con ella el buen *karma* del hogar, condenándolos a todos. Se encontraba en la caballeriza preparando la montura de su señor, pues era incapaz de dormir y había decidido adelantar trabajo, y fue testigo de lo que para sus ojos estaba vedado, descubierto por una dama de honor de Umiko y obligado por su señora a guardar silencio por el honor de esta.

—Veréis —empezó al fin—, se trata de vuestra esposa, Umiko…

Danjuro sintió una punzada de dolor al escuchar su nombre. De golpe regresó el pasado más doloroso, el inicio de su decadencia y desgracia, pero sobre todo la amargura del rechazo, la sensación terrible de fracaso en un matrimonio que esperaba mantener hasta su muerte.

No era propio de un caballero ceder a tales tribulaciones. El amor o el apego a una mujer podrían hacer flaquear su brazo cuando la muerte saliera a su encuentro durante una batalla o embotar su mente hasta el punto de provocar la duda cuando el supremo sacrificio fuera necesario, faltando así gravemente a su señor.

Sin embargo, Danjuro había sucumbido al caprichoso deseo de condicionar su espíritu a la compañía de una mujer, disfrutar de la extrema delicadeza de su visión del mundo, de compartir momentos de ocio recitando poesías o intercambiando impresiones sobre los dibujos de las nubes en el cielo. No había amado a Umiko por su personalidad, sino simplemente por ser mujer y por estar a su lado. No destacaba por su belleza, ni tampoco por su gracia, pero esperaba modelar su conducta hacia la excelencia.

Se había ocupado de su formación como si atesorara el crecimiento de una planta mimada de su jardín, contratando a grandes maestros y ocupándose él mismo de ello. Umiko había dedicado horas a la caligrafía, la poesía, la lectura de los clásicos de *Catay* y el estudio de las cerámicas y pinturas de los maestros del pasado.

Danjuro había tratado también de instruirla sobre el manejo del *wagón*. Umiko se ejercitaba con las últimas luces de cada día sobre la galería del lado oeste, consiguiendo que sus interpretaciones con el instrumento musical de cuerda adquirieran cierto encanto, algo forzado, que Danjuro esperaba convertir en un toque natural.

Estaba seguro de que finalmente lograría pulir en ella el ideal que anhelaba. Ignorante, creía disponer de toda una vida para ello pero le había abandonado inesperadamente, dejando su casa y su espíritu vacíos, mientras el destino de su clan perdía la brillantez del pasado.

¿Qué era lo que Jo quería confesarle ahora? Sin duda debía de ser importante para rememorar los fantasmas del pasado. Comprendía, pues, su estado.

—Hablad —fue su cortante respuesta.

—Veréis mi señor, la vergüenza por mi silencio todos estos años no me hace albergar ninguna esperanza de encontrar la paz de espíritu y su perdón, pero aun así debo confesaros que en la mañana en la que Umiko partió me encontraba en las caballerizas y…

En ese instante se corrió el *shoji* y apareció un sirviente.

—Nuestro señor, Iwakura-*sama*, os reclama a su presencia.

Jo palideció visiblemente, incapaz de continuar. El sirviente esperaba para guiarles hasta Iwakura, extrañado de que no se hubieran incorporado al instante para atender la demanda de inmediato. Pero su sorpresa fue mayor al escuchar la respuesta de Danjuro.

—Esperad en el pasillo, os lo ruego. Mi escudero debe contarme algo importante antes.

—Sea como deseéis —respondió con una leve inclinación de cabeza—, mas debéis saber que nuestro señor os espera junto a un ilustre invitado.

—No tardaremos mucho y no se tomará como una ofensa —respondió tranquilo.

El sirviente se retiró corriendo el *shoji* de nuevo.

—Continuad —pidió Danjuro.

El viejo trató de serenarse antes de proseguir. Para colmo de males ahora la premura le asaltaba. No podía permitir que por su culpa Danjuro se colocara en una posición aún más delicada, pero sabía que cuando este tomaba una decisión no cambiaba de opinión. No se movería de allí hasta que le hablara, aunque pasara toda la mañana. No tenía más remedio que contar algo, pero no podía ser todo lo que sabía o de lo contrario tardarían demasiado en presentarse ante Iwakura.

—Como os decía fui testigo de su partida, pero la señora me hizo jurar que no diría nada de lo que había visto. Esa es mi vergüenza. Debéis perdonarme por haber sido un necio y no hablar hasta ahora.

Y dicho esto pegó su frente en el suelo con violencia, intentando esconder su rostro trémulo. Era incapaz de mantener la mirada de Danjuro ni un momento más. Para su desesperación no había confesado el verdadero secreto. Danjuro, sin embargo, se apiadó de él. Fue consciente de lo que debía de haber supuesto mantener un secreto como ese, conocedor de sus fuertes principios. No sentía ninguna necesidad de castigarle. Solo veía a un hombre leal frente a él. El único que le quedaba.

—Y dime, Jo, ¿le acompañaba alguien más?

—Sus damas de honor y sus sirvientes.

—¿Nadie vino a buscarla?

—No vi a nadie, mi señor. Por favor, no merezco vuestro perdón —empezó con un acceso de llanto.

—Levanta, Jo. Hicisteis un juramento a la entonces señora de mi casa, adquiriendo de esa forma un *giri* que habéis respetado durante mucho tiempo, pese a los dictámenes de vuestro corazón. Habéis mantenido vuestro voto y es ahora, cuando oficialmente me considero divorciado, cuando quedáis libre para romper el silencio. No hay falta. Es más, vuestra información me ha servido para acallar algunas dudas e incertidumbres sobre aquel día. ¡Pero basta ya de perder más energía en las cosas que no pueden ser cambiadas! Es hora de ver a nuestro señor.

Y sin esperar más se levantó, dando por zanjado el asunto.

—Conducidnos hasta Iwakura-*sama* —habló al sirviente que esperaba paciente en el pasillo.

Cuando Danjuro penetró en la estancia principal de la fortaleza se llevó una gran sorpresa al no encontrar a su señor en ella. Sobre una tarima elevada en el extremo más alejado se sentaba un hombre desconocido, que con mirada serena y ademanes sobrios le invitó a acercarse. Jo había quedado en el pasillo exterior esperando la salida de su señor, recuperada la entereza y la voluntad suficientes para exteriorizar un porte digno.

—Acercaos, Kato Danjuro. Mi nombre es Kusonoki Masashigue, señor de Kawachi y descendiente de Tachibana Moroye. Vuestro señor me ha pedido que hable con vos por él.

—Conozco el nombre de vuestro ancestro. Sé que fue un noble influyente y sabio y que tenía lazos con la familia Minamoto. Es para mí un honor poder conocer a uno de sus descendientes.

Kusonoki correspondió con una inclinación de su cabeza al mismo tiempo que Danjuro se sentaba frente a él, en un cojín preparado al efecto a un nivel inferior en altura de este.

—Al parecer habéis insultado gravemente a uno de sus generales y este pedirá vuestra cabeza —soltó sin más—. Tal vez creáis oportuno explicarme tan extraño comportamiento.

Cualquier otro hombre se hubiera inquietado ante unas palabras tan directas, pero Danjuro escuchó como si mirara plácidamente un lago en la quietud del atardecer.

—Deberéis perdonarme pero no emitiré un juicio que le corresponde a mi señor sobre un asunto del que además estoy implicado. Solo deseo servir de manera honorable y aclarar esta situación.

—¿Aclarar? Primero faltáis a vuestro deber y luego pretendéis que se os tome en consideración.

Kusonoki estudió el semblante de Danjuro, pero no pudo detectar el

menor cambio en él. Aquel hombre sabía que la muerte podía ser el veredicto más probable, pero no parecía inquietarle. Faltaba por conocer si era un acto de valor o de locura.

—Así puede parecer, en efecto —fue su única respuesta.

Ambos mantuvieron la mirada, Kusonoki tratando de desentrañar la verdadera naturaleza de aquel hombre y Danjuro esperando con respeto la próxima declaración de su interlocutor.

—Me dicen que os habéis ganado la condena de vuestra casa por vuestros actos. ¿Cómo respetar a un hombre así?

—Solo he tratado de comportarme de manera virtuosa. Las consecuencias no son importantes, si bien, en efecto, he fraguado el fin de mi casa, lo que me produce una gran congoja.

—¿Virtuoso? ¿Qué sabéis vos de comportarse adecuadamente?

—Un hombre íntegro se reconoce porque su espíritu es un espejo donde se refleja la verdad de los que le rodean.

Kusonoki meditó su respuesta y la encontró satisfactoria. Su prejuicio inicial empezaba a desquebrajarse.

—Habláis de servir a vuestro señor. Sin embargo, según me decís, esto ha fraguado vuestra ruina. ¿No es esto una contradicción?

—Algunos creen que servir a su señor es ofrecer su lealtad personal a cambio de favores que ha recibido con anterioridad o con la esperanza de recibirlos después. Otros piensan que un servicio sacrificado reportará gran renombre a su apellido. Sin embargo, esto es entender las cosas al revés. Si podemos llevamos un poco de arroz a la boca cada día y podemos dormir cada noche tranquilos y seguros es gracias a la benevolencia de nuestro señor, por lo que nuestra vida es suya. El que olvida esto apunta muy alto y demuestra su falta de principios. Esto, en verdad, es muy inquietante.

Tras unos momentos, en los que Kusonoki no emitió el menor juicio sobre estas palabras, volvió a preguntar.

—¿Afirmáis que Yamamoto no es un servidor digno y que su petición no era justa?

—Hubo un duelo. Allí se demostró la verdad.

—Un duelo que afirma que perdisteis…

—No fue así —contestó tranquilo Danjuro.

—¿Cómo? ¿Desdecís a un general de vuestro señor?

—Él se desacredita a sí mismo al afirmar tal cosa. Se comportó como un cobarde y huyó.

Kusonoki no pudo evitar mostrar perplejidad. ¿Cómo podía atreverse a decir tal cosa? Era un insulto muy grave, y para alguien de la condición de Yamamoto aún más.

—Él afirma lo contrario. ¿Cómo podéis probar lo que decís?

—Permitidme acercarme al *shoji* y os lo mostraré.

—Hacedlo, por favor —fue la respuesta de Kusonoki.

Danjuro se acercó hasta la entrada y habló con Jo afuera. Este le entregó algo voluminoso. Cuando Danjuro regresó al lado del terrateniente deshizo el envoltorio de lo que resultó ser una soberbia *katana*.

—¿Qué clase de hombre dejaría atrás su espíritu? —sentenció Danjuro.

Kusonoki no podía creer el tamaño de semejante falta.

—¿Realmente es esa la *katana* de Yamamoto?

—Así es. No trajo su arco y no tuvimos más remedio que usar los aceros. La abandonó mientras huía como un loco.

De nuevo se mantuvieron las miradas y tampoco esta vez Danjuro cedió a la intensidad de la de Kusonoki. Afuera graznó un cuervo.

—Estáis loco. Al venir aquí habéis buscado la muerte —le dijo.

—Un caballero no teme ni a la verdad ni a la muerte, solo asume su *karma*. Mi anhelo es buscar la paz de espíritu, eso es todo. No puedes encontrarla si aceptas un salario que no has ganado, si recibes un reconocimiento o un cargo por algo que no mereces. Si ves lo que es correcto y no lo respetas te deshonras por tu cobardía. Si no estoy dispuesto a morir por los principios del *bushido* sufriré de vergüenza y si en verdad he cometido una falta y trato de enmascararla o evitarla viviré con el miedo de la incertidumbre al futuro y mi mente no encontrará verdadera paz.

—En ese caso entiendo que vos mismo presumiréis de albergar gran valor.

—Es difícil decirlo. Tal vez seáis vos quien deba valorarlo. Sin embargo, llegados al momento donde nos encontramos, ¿qué es más importante, el valor o hacer lo correcto?

—El valor siempre es valor. Nunca es inadecuado. Las herramientas de un cortesano son la prudencia, las del granjero su azada, la del comerciante su avaricia, la del monje su piedad, la del *bushi* su valor.

—Entonces consideráis que ser valeroso es suficiente para justificar una conducta. Humildemente opino que os equivocáis.

Kusonoki tampoco cambió de actitud ni expresó la menor incomodidad ante la tajante oposición, en su lugar continuó hablando sin sentirse ofendido y con creciente curiosidad.

—¿Afirmáis que el valor no es la mayor virtud del caballero?

—El *bushido* habla de valor pero el único que veo hoy en día es el valor de la sed de sangre, en la que el *bushi* no distingue entre justicia y ferocidad. Tan solo busca una excusa para lanzarse al enfrentamiento y a la guerra por el simple hecho de probar su hombría, sin importar si la causa es justa o ignominiosa. No existe, por tanto, lealtad a su señor ni a los principios sino a sí mismo y si sobreviene la derrota desertará, pues no soportará la vergüenza. Deja de lado la razón y no tiene piedad ni mesura, solo desea superar a otros e imponer su fuerza. Puede que esto sea útil para los *ashigaru* pero no para aquellos que ostentan el mando o pretenden seguir la vía del caballero. Los

generales conducirán sin remedio a la derrota y los *samuráis* perderán las bendiciones del cielo. En cuanto al resto de la milicia cometerán las mayores tropelías y el pueblo sufrirá por ello. ¿Es ese el valor del que me habláis?

—No es ese, en efecto, el verdadero valor, pero existe otro.

—No he visto ni conozco otro diferente que no sea la locura.

—¿Cuál es la diferencia entre la locura y vuestra idea de valor?

—El loco se lanza temerario a la más arriesgada situación con alegría. Todos creen que es un valiente pero no ve más allá de sus ojos. Se mueve por impulsos, al igual que un perro o un lobo, sin conocer la razón. Como no le importan las consecuencias ni las conoce es un ignorante y esa es su fuerza. El verdadero valor lo practica el que ha visto lo que puede perder o incluso lo cree seguro y aun así decide emprender la empresa empujado por su moral y los principios del cielo. Al contrario de lo que creen quienes dicen llamarse *bushis* podrían practicarlo tanto los campesinos como los grandes señores, sin distinción de rango.

—Esa es una afirmación temeraria. Solo los grandes señores y aquellos de rangos elevados pueden practicar la nobleza y el valor.

—¿Me decís eso precisamente vos? No soy un necio. Reconozco a un verdadero caballero marcial cuando lo tengo ante mis ojos. Estoy seguro que habéis asistido, como yo, a innumerables combates en los que *samuráis* de alto rango suplicaban piedad ante la muerte y como simples *ashigaru* cometían *seppuku* junto a sus señores derrotados para honrarle.

—En efecto. Algo de lo que decís he visto pero en muy escasas ocasiones un caballero no se ha comportado como debía y considero vuestra censura errónea a la par que temeraria. El valor al que me refiero está basado en el humanitarismo, en el servicio al señor, a los padres y a la nación. Como es fiel a las buenas costumbres no teme a la muerte y la justicia es su única vía. La milicia debe ser ilustrada y atender a estos principios y, en efecto, no temer a la muerte no significa que deba buscarla despreocupadamente, malgastando su vida ignominiosamente. Os digo que este valor existe y que también lo he visto en esos campos de batalla de los que me habláis. En cuanto a lo de que un *ashigaru* puede demostrar este valor permitidme que lo ponga en duda. Un campesino sabe de tierras y cosechas, de estaciones y de siembras, mientras que un *bushi* se dedica a las armas de por vida y en su naturaleza se fragua la seguridad de su próxima muerte. No se cultiva el verdadero valor en esos campos de labranza sino en la milicia. Pero habéis dado a entender que el valor no es lo más importante para un *samurái*. ¿Qué otra cosa es esa?

—La milicia sin justicia no es milicia. Esta es la verdadera virtud. La justicia está por encima de la honra y del valor.

Kusonoki meditó unos momentos la respuesta. Afuera, comenzó a llover copiosamente. Sobre los aleros y las tejas golpeaban las gotas con fuerza. En el transcurso de un breve espacio la luminosa mañana se había ocultado y la

oscuridad había arropado la estancia como un velo envolviendo a los dos hombres.

Finalmente Kusonoki volvió a hablar, esta vez con voz clara y formal.

—Os tomo a partir de hoy bajo mi servicio. Puesto que habéis sido tan osado en vuestras afirmaciones y dado que vuestro rango está en entredicho, os pondré al mando de una de mis unidades de *ashigaru*. Veremos, pues, si sois capaz de inculcar esos principios.

Esta vez Danjuro no pudo evitar perder su aplomo.

—Pero sirvo a Iwakura, como hicieran mi abuelo y mi padre antes que yo. No puedo faltar a mi deber.

—Escuchadme atentamente. Vuestro señor se encuentra en un aprieto. No dudéis de que os tiene gran estima, pero no puede evitar vuestra muerte deshonrosa si permanecéis bajo su mando. Ha determinado que a partir de hoy vuestra servidumbre sea para conmigo, de forma inmediata. En cuanto a vuestro apellido está claro que no podéis recuperar su prestigio si seguís al lado de Iwakura. Yo os ofrezco reiniciar vuestro servicio de armas al lado de un señor. No os equivoquéis, no os permito más de lo que os he dicho y vuestros privilegios se acaban aquí, pues deberéis cumplir vuestro deber en mi guardia sin tierras ni propiedad alguna. ¿Aceptáis o decidís acabar hoy y aquí? Yamamoto espera en la antesala para exigir vuestra cabeza y ambos sabemos que esta vez la conseguirá sin tener que mover un dedo.

Danjuro sopesó las palabras de Kusonoki. Si en verdad era lo que su señor deseaba no tenía más que obedecer pero se preguntaba sobre el extraño camino que habían tomado los acontecimientos. Caprichoso es el destino de los hombres y que locos aquellos que quieren ordenar el Universo para que se adapte a sus deseos. Al parecer viviría para ver otro amanecer.

—Acepto de buen grado, mi señor —dijo mientras juntaba las manos en el suelo y bajaba su cabeza para situarla entre ellas.

Por toda respuesta Kusonoki inclinó la suya marcialmente y se incorporó. Caminó hasta la ventana del torreón dando la espalda a Danjuro y contempló plácidamente cómo caían las gotas de lluvia desde las nubes aisladas, dando un halo mágico al mezclarse con algunos retazos de rayos solares.

—Partimos ya. Vuestras posesiones son de nuevo para Iwakura. En cuanto a vuestros sirvientes, ¿con cuántos habéis venido?

—Con uno, mi señor —mintió.

—¿Solo uno? —se asombró Kusonoki girándose para mirarle—. Bien, supongo que no habrá problema que continúe a vuestro servicio.

Dicho esto regresó a la contemplación del paisaje, con los brazos cruzados a la espalda, inmóvil como una estatua. Pasados unos momentos Danjuro se levantó y antes de abandonar la sala se dirigió a su nuevo señor.

—¿Qué otra cosa disponéis, mi señor?

—Realizaremos la ceremonia de lealtad de inmediato. Urgentes asuntos

me reclaman.

—¿Qué deseáis que haga con la *katana* de Yamamoto?

—Guardadla como trofeo. No todos los días se consigue el arma de un general.

Mientras el *samurái* abandonaba el lugar, en el semblante de Kusonoki aparecía una sincera sonrisa. Ahora sí comprendía a Iwakura.

RESIDENCIA DE UMIKO, BINGO

—Mi señora os espera en la galería.

La frase cayó como un jarro de agua fría por la espalda de Yamamoto. «Así que ya lo sabe», se dijo apesadumbrado. No sabía cuál sería la prueba más difícil, soportar el descrédito que Danjuro le había provocado o presentarse ante Umiko para explicárselo. De cualquier forma ya estaba allí, caminando tras los pasos de la dama de honor principal de la señora de la casa sin posibilidad de eludir la prueba.

Al poco estuvo en el patio interior, recorriendo el estrecho pasillo al aire libre que rodeaba la casa, situada en el lado oeste de la fortaleza de Iwakura, no muy lejos de su propia residencia. Como temía, la mujer le condujo hasta unos postigos de celosía recatadamente cerrados y le invitó a sentarse sobre unos cojines al efecto frente a ellos. Después marchó hacia el interior, seguramente para situarse al otro lado, entre el pasillo interior y el panel movible tras el que se encontraría Umiko. Se lo confirmó el frufrú del *kimono* de la dama de honor tras los postigos, que a partir de entonces transmitiría las palabras que intercambiara con la señora de la casa sin que pudieran escucharse ni verse directamente. Semejante distanciamiento, común para una relación formal entre un hombre y una mujer respetables, le incomodó terriblemente y lo interpretó como un desaire.

—No comprendo vuestro distanciamiento —comenzó—. Debéis explicarme esta repentina formalidad. Sabéis que detesto no poder veros y después de la relación que mantenemos no esperaba semejante trato.

La voz de la dama de honor le llegó clara desde el otro lado, transmitiendo las primeras impresiones de Umiko.

—Quizá la confianza en vos de esta humilde mujer haya sido puesta en entredicho y esta no sepa ya ante quién se encuentra.

—¡Ah! Es eso. Os han informado de que Danjuro sigue vivo.

—Tal vez tengáis a bien explicar cómo ha sido esto posible cuando jurasteis al enteramos de su inesperada aparición que ocurriría justamente lo contrario.

Yamamoto trató de serenarse antes de replicar, pero en realidad su

contrariedad se estaba transformando peligrosamente en vergüenza.

—Debéis saber que he hecho todo lo posible por cumplir vuestra petición, poniendo incluso en juego mi honor, como ya sabéis, pero en última instancia un terrateniente de otra provincia ha intervenido inesperadamente a favor de Danjuro. Al parecer nuestro señor le debía cierta deuda. Esto ha sucedido antes de que pudiera tener audiencia con Iwakura-*sama* y no he podido hacer nada para remediarlo.

—¿Tan pronto? ¿No habéis intercedido antes de la ceremonia de compromiso?

—No hay duda de que nuestro señor lo protege. Solo así se explica la inmediatez del acto formal. Esta misma mañana Danjuro ha entintado con su sangre el pincel con el que ha escrito las palabras de lealtad en el pergamino. Al parecer, Kusonoki es fiel al *shinto* y han quemado el papel en un altar a los dioses de su clan para luego mezclar las cenizas con un líquido y beberías para sellar el pacto. Ya está inscrito en los documentos oficiales de la familia. Nada se puede hacer. Danjuro es oficialmente miembro del clan Kusonoki.

—Sois en verdad descarado al escudaros en lo que otros hacen o en sucesos supuestamente inesperados. Esto es en verdad indigno de un *samurái*. Si no sois capaz de cumplir una promesa, ¿qué puede esperar esta pobre mujer de vos?

Yamamoto se mordió los labios nervioso aprovechando que nadie le veía.

—Sabéis que con este asunto me he tomado la licencia de interpretar los deseos de mi señor sin su consentimiento, me he rebajado a un duelo con un hombre de casta inferior, he perdido gran parte de mi reputación y ahora os permitís el lujo de cuestionar mi hombría. No puedo consentir semejante injuria. ¿Cómo os atrevéis después de todo lo que he hecho por vos? Sin mí no podrías manteneros en esta casa, ni contar con tal número de sirvientes, ni tan suntuosas sedas. ¡Y me recibís tras un panel como si fuera un vulgar pretendiente y no el verdadero señor de vuestra casa!

—No parecíais tan soberbio cuando en nuestra última cita me pedíais en el lecho que no me marchara, cuando me juraste que me haríais señora de esta provincia y que moriríais por mí. ¿Habéis olvidado ya vuestras súplicas?

Yamamoto no pudo evitar ruborizarse y agradeció nuevamente que en ese momento no hubiera nadie para verlo. Su acceso de furia se había desvanecido como por encanto y se tomó unos momentos para continuar.

—¿Por qué es tan importante ese hombre? Ya no ejerce ningún poder sobre vos. Ni siquiera sabe dónde os encontráis. Formalmente estáis divorciados y ahora se marcha a servir en una lejana provincia. ¿Realmente es necesario poner todo en juego por acabar con su vida?

—En verdad no sé quién me habla. Esta débil mujer necesitaba la protección que vos jurasteis conceder y ahora tratáis de justificaros menospreciándola. Cuestionáis mis deseos sin importaros que es mi propio

honor el que me exige defenderme del que fuera mi marido, precisamente ahora que como mujer y abandonada me encuentro desvalida y expuesta a los rigores del mundo. ¿Cómo debo entender vuestra cambiante conducta? ¿Debo resignarme a mi cruel destino y abandonarme sin remisión?

—Por favor, no malinterpretéis mis motivaciones. Solo deseo complaceros y salvaguardar vuestra reputación y seguridad. No dudéis de que actúo con la mayor diligencia.

—Sin embargo, después de cada noche regresáis al amanecer con vuestras esposas dejándome con el frío rocío por almohada.

—Mi consorte es una gran dama de apellido ilustre, no podéis ansiar ocupar su lugar, sería un escándalo. En cuanto a mezclaros con el resto de mujeres no haría más que eclipsar la estima que os profeso…

—Por lo que me tomáis como una vulgar concubina.

—No seáis injusta. Sabéis que no es así. Comparto el mismo número de noches con vos que la suma de todas las que paso con ellas. Debéis reconocer esto.

—Si tanto me apreciáis, tal vez podríais comprometeros de nuevo a cumplir vuestro juramento cuando se presente la ocasión.

—Sin lugar a dudas —se apresuró a responder.

—Y sin embargo, debéis hacer por mí algo más. He recibido información de que un viejo criado llamado Jo le acompaña. Este vulgar criado tuvo el atrevimiento de insultarme gravemente cuando fui repudiada por Danjuro. Exijo que sea el primero en morir. Supongo, que esta vez no tendréis tantos problemas, al tratarse de un simple criado.

Yamamoto se sintió manejado como un vulgar muñeco en manos de un niño travieso, pero no veía alternativa que plegarse a sus peticiones con la esperanza de que al menos pudiera eludir el súbito distanciamiento entre ellos. No valoró en ese instante cómo podría cumplir su promesa, ahora que no tenía la menor influencia sobre Danjuro, y se ratificó de inmediato.

—No os quepa la menor duda de que no cejaré en el empeño.

—En vuestras palabras encuentro el consuelo que mi lacerada alma necesita, mas no podré descansar hasta que hayáis podido cumplir con este compromiso. Ahora debéis perdonarme, pues el simple hecho de haberlos sabido de nuevo tan cerca de mí me ha producido tal dolor que mi salud se ha resentido terriblemente. Me temo no estar presentable y desconozco el tiempo que me llevará recuperar mi entereza.

—¿No podré veros esta noche? —se forzó a preguntar incómodo en extremo ante su velada súplica.

—Debéis ser paciente. Ya os mandaré llamar cuando esta pobre dama se encuentre en disposición de recibiros convenientemente. Mientras, podéis encargar *sufras* curativos por mi humilde persona, pues nada más podemos hacer ahora por mi pronta recuperación.

—Sea como deseéis —se obligó a responder.

No se movió hasta que escuchó a la dama de honor marcharse, con la triste esperanza de que pudiera atisbar entre los postigos un retazo de Umiko, pero todo fue en vano y abandonó la casa con una vergonzosa sensación de impotencia.

—Maldita mujer y maldita su obsesión por ese Danjuro —se dijo al reunirse con la escolta que le llevaría de vuelta al castillo.

Poco antes de que Yamamoto abandonara la residencia de Umiko dejó de llover tan súbitamente como había comenzado y Kusonoki y su séquito lo aprovecharon para abandonar la fortaleza de Iwakura. Danjuro lo hacía a lomos de un caballo, una deferencia por parte de su nuevo señor, y su posición en la comitiva era la del último de los caballeros, muy alejado de Kusonoki y encabezando a los sirvientes y escuderos. Sin embargo, era más de lo que hubiera cabido esperar.

Cuando penetraron entre las casas de los campesinos del señor de Bingo, fuera ya de los muros, Danjuro creyó atisbar por un segundo la cabeza de Tomayuki antes de desaparecer entre el resto de hombres y mujeres postrados a los lados del camino. En ese instante deseó parar a comprobarlo, con la esperanza de cambiar el mensaje que había dirigido a Kiku ahora que de nuevo continuaba con vida. Le hubiera gustado, además, comunicar a Tomayuki dónde podía encontrarle, anhelando que aquella dama respondiera a la misiva y pudiera seguir su trazo al menos una vez más. Pero no hubiera sido adecuado y mucho menos decoroso romper la comitiva de esa forma, por lo que tuvo que detener su primer impulso.

Al dejar atrás la última cabaña se consoló pensando que no estaba en su mano cambiar lo que ya estaba hecho y que al fin y al cabo con su condición de *bushi* bien podía considerar cada día como el último. Procuró olvidarla mientras se dirigían al bosque más allá de los terrenos despejados alrededor del castillo.

Deshicieron el mismo camino que le había traído hasta allí, pero tomaron un nuevo sendero al cabo de un tiempo. Danjuro suponía que se dirigían hacia la provincia de su nuevo señor, pero no podía preguntar a nadie. La comitiva viajaba en completo silencio y creyó detectar también cierto nerviosismo, demasiada tensión para caminar por los dominios de un amigo.

A su lado un *samurái* de bajo rango no dejaba de mirar a ambos lados alternativamente, como si esperara que en cualquier momento le cayera una roca encima. El resto de los hombres, a simple vista más avezados, conservaban una calma forzada que no escapaba a los ojos de Danjuro. No era normal que para un simple viaje llevaran puestas sus armaduras y conservaran las filas de manera tan rígida. No había el menor comentario acerca del

camino, ningún intercambio de palabras sobre el cambiante tiempo o cualquier otra observación propia de un viaje distendido. Estaban demasiado atentos a lo que sucedía a su alrededor.

En un momento dado, Danjuro miró atrás para cruzar su mirada con la de Jo, que caminaba algo más atrás entre los sirvientes. Necesitaron un solo instante para interpretar en sus semblantes que habían percibido la misma inusual tensión y que, al mismo tiempo que los hombres de Kusonoki, estarían atentos a lo que aconteciera, preparados para esgrimir sus armas.

Danjuro lamentó haber dejado su armadura en Hakodate, no por temor a su integridad o al futuro del viaje, sino porque en caso de morir nadie vería el escudo de la familia entre sus ropas y abandonaría este mundo en total anonimato.

También recordó que ahora todo lo que había dejado atrás estaba perdido, ya no era suyo. La casa de su familia, la armadura y todo lo que había en su interior pertenecía a Iwakura desde el día anterior. Al fin y al cabo siempre había temido que ocurriría, que no perpetuaría el apellido Kato y que este se perdería en la niebla del tiempo. Parecía que ese momento había llegado al fin y en cuanto tuviera ocasión pediría perdón a sus antepasados. Después trataría de limpiar su mente de toda preocupación y centrarse en una única meta, que no es otra que servir a su nuevo señor con integridad y efectividad.

Al final de la mañana cruzaron unos campos abandonados precipitadamente. Aún se veían herramientas tiradas en el suelo y alguna gallina picoteando el suelo lejos de su cercado. Los rostros reflejaron preocupación y nerviosismo, pues eran las tierras de un amigo. Varios hombres se colocaron a los lados con los arcos preparados y al principio de la columna se formó un grupo de cinco *samuráis* desplegados en cuña con los *yaris* de triple hoja preparados para abrirse paso. Por su parte Kusonoki no permitió que le rodearan para protegerle y se limitó cabalgar al frente en una actitud relajada, como si paseara en una mañana ociosa.

Cuando al cabo de poco tiempo regresaron a la carrera los dos hombres adelantados a la columna todos esperaron alguna mala noticia.

—Mi señor, hemos llegado hasta el palacio —habló el primero mientras ambos inclinaban respetuosamente sus cabezas desde el caballo.

—Hablad.

—No hay rastro de Oda Onobo ni de nadie más. Solo permanecen los restos de su palacio.

—¿Restos? ¿Qué quieres decir? —se interesó Kusonoki.

—Todo está en ruinas, quemado.

El semblante de Kusonoki no se alteró, pero en su mente bullía la duda y la incertidumbre.

—Con el debido respeto, mi señor. Quizá pueda daros alguna información.

La comitiva miró extrañada a Danjuro. Hasta ese momento ninguno de ellos le había prestado la menor atención.

—Hablad —le animó Kusonoki.

Tras una inclinación se acercó hasta él.

—Ayer le encontré en el puente sobre el Nathaso. Parecía muy alterado. Graves acontecimientos le habían llevado a quemar su propia casa y dar muerte a toda su familia.

Kusonoki le detuvo con un ademán.

—Está bien, acompañadme.

Se separaron ligeramente del grupo para poder hablar a solas, aún sobre sus monturas. Semejante muestra de confianza asombró y encolerizó a partes iguales al resto de sus *samuráis*. ¿Quién era aquel extraño que en un solo día había pasado de entrar al servicio de la casa a despachar a solas con su señor?

—¿Qué fue lo que dijo?

—Me habló de formar parte de una alianza para derrotar al *shōgun* en nombre del emperador Go-Daigo y de que había sido descubierto. Hombres del *bakufu* le habían detenido en su casa bajo falsas acusaciones y Oda había decidido matarlos a todos para luego quemar su casa y eliminar a toda su familia. Esperaba en el puente para morir luchando con cualquier caballero que pretendiera cruzarlo.

Kusonoki no dijo nada, pero su semblante se endureció.

—¿Qué fue de él?

—Me negué a combatir y le dije que buscara otra forma más adecuada de servir al emperador.

—¿Que le dijisteis al mismísimo Oda Onobo que cambiara la forma de conducirse? —manifestó Kusonoki asombrado—. ¿Y qué hizo él?

—Se quedó allí con un sirviente.

El nuevo señor de Danjuro le miró a los ojos una vez más, estudiándolo detenidamente. No dijo nada durante unos instantes, mientras sus hombres esperaban expectantes su próxima orden.

—En verdad sois un hombre lleno de sorpresas. Me cuesta creer que fuerais capaz de hablar en ese tono a un *samurái* como él y vivierais para contarlo. ¿Quién más sabe esto?

—Mi escudero.

—¿No hablaste con nadie del castillo?

—No tuve oportunidad.

—¿Dijo algo sobre quién era el traidor?

—No, mi señor.

—Bien, de nada sirve ocultarte que formo parte de una conspiración para derrocar al *shōgun* y que ahora nos encontramos en peligro. Resulta extraño que alguien a quien ni siquiera conocía hace dos días me esté sirviendo de esta forma tan cercana y relevante. Pero decidme, ¿cuál es vuestra opinión sobre la

situación en la que nos encontramos?

—Aventuro que deberéis regresar lo antes posible a vuestras tierras en previsión de que también hayáis sido descubierto. También me imagino que buscabais el apoyo de Iwakura para unirse a vuestra causa y que no estáis aún preparados para enfrentaros a Kamakura.

—Quizá —concedió.

En ese momento uno de los *samuráis* de Kusonoki se acercó prudentemente, arrodillándose y bajando la cabeza en espera de que su señor decidiera escucharle.

—Hablad.

—La patrulla que dejamos atrás ha regresado. Por el camino vienen hombres armados.

—¿Cuántos son?

—Unos veinte, mi señor. Parecen hombres del *rokuhara*.

—Está bien, preparaos.

—Humildemente pido permiso para hablar —solicitó Danjuro de nuevo.

Kusonoki asintió.

—Somos un número muy superior. No hay duda de que saldremos victoriosos, ¿pero es realmente necesario combatir? Tal vez aún no sepan quiénes actuaban con Oda. Si combatimos y un solo enemigo sobrevive, alertará a Kamakura de que le apoyabais.

Kusonoki meditó unos instantes. Danjuro adivinaba que su interés era personal, que ardía en deseos de aniquilar a los hombres que se acercaban en venganza del trato a Oda. Pero no le llevó más que un momento cambiar de opinión y dirigirse a sus hombres.

—Aún no sabemos qué conocen sobre nuestros planes y si saben quiénes somos. Puede que no sea prudente esperarlos. Si decidimos combatir atacando por sorpresa, ocultando así nuestro número, tendrán esperanzas de salvar su vida y lucharán con pasión. Alguno de nosotros moriría antes de la verdadera batalla. En cambio, si lo hacemos presentando un frente con la idea de menoscabar su ánimo tendrán tiempo de huir y alguno de ellos podría escapar y denunciamos. Es demasiado arriesgado. Nos marcharemos, ahora que podemos. Hay demasiadas pisadas en el suelo. Será difícil saber que hemos estado aquí.

—¿Qué dirección, mi señor? —habló un *samurái* cercano.

—A nuestra provincia. Los acontecimientos han cambiado, debemos poner en conocimiento de nuestro emperador lo acontecido y establecer nuevas directrices.

—A caballo entonces —respondió el mismo hombre con voz de mando.

Todos se movieron de forma disciplinada y sin la menor vacilación. En cabeza lo hizo de nuevo Kusonoki, con dos hombres de escolta más atrás. A continuación el resto de caballeros y los hombres de a pie siguiendo su estela.

Avanzaron a gran velocidad abandonando el camino por entre la espesura para encontrar uno nuevo más allá.

En muy poco tiempo se alejaron de las tierras de Oda sin que los hombres de *rokuhara* llegaran a adivinar su presencia. Sin embargo, por precaución continuaron a un ritmo frenético durante un tiempo que juzgaron seguro y finalmente los caballeros se detuvieron para esperar a los hombres de a pie.

De nuevo Kusonoki llamó aparte a Danjuro.

—Como ya os dije espero ver de qué forma puedes aleccionar a los *ashigaru*. Os imaginaréis que puede que no haya mucho tiempo. Ni siquiera sabemos si encontraremos nuestro hogar sitiado o demolido a la vuelta. Pero decidme, ¿estáis dispuesto a asumir esa responsabilidad?

—No os entiendo. No es mi deber cuestionar las órdenes de mi señor.

—¡Ja! El ideal del *bushi*. Habláis de virtud y lealtad a cada ocasión.

Danjuro se imaginó que era una especie de extraña prueba y accedió de inmediato.

—No sabréis si son solo palabras hasta que nos encontremos en una situación de emergencia. Confucio dijo: «Cuando sirvas a tu padre hazlo lo mejor que sepas y cuando lo hagas a tu señor dale la vida misma». Bien, yo no tengo padre, así que podréis considerar que os serviré doblemente.

—¡Bravo! En efecto espero que tus palabras sean acordes a tus actos. Hoy me has servido bien. Vuelve a la formación.

Cuando llegaron Jo y el resto de los sirvientes reiniciaron la marcha sin descanso. No hubo el más mínimo respiro para el grupo. Comieron una sola vez con frugalidad sin detenerse cuando el Sol comenzaba a declinar y evitaron en lo posible los caminos, luchando por entre la espesa maleza o atravesando campos anegados.

Para tranquilidad de todos a los cuatro días llegaron a la provincia de Kawachi, el bastión de Kusonoki, sin ninguna otra incidencia. Nadie se había acercado hasta sus fronteras en la ausencia de su señor.

HAKODATE, BINGO

Cuando Kiku recibió a Tomayuki lo hizo de la misma forma con la que tratara a Danjuro, solo que esta vez se ocultó tras una cortina movible en lugar del bello biombo. Al recibir la carta del *samurái*, sintió una extraña punzada en el pecho por el temor a desdoblar la hoja y descubrir sus palabras póstumas. Sin embargo, se obligó a hacerlo. Con manos temblorosas deshizo cada uno de los cuidados pliegues y una única hoja apareció ante ella. Una letra bellamente uniforme y adornada, con una destreza notable en la distribución de la tinta, tan delicada que parecía haber sido plasmada de un solo trazo, descubría un nuevo poema.

El viento arranca la bella flor del cerezo
cuando apenas despuntaba.
¡Qué desnuda queda la rama sin ella!

Y al margen añadía con elegante caligrafía, esta vez carente de adornos pero con innegable equilibrio.

Añora puedo hablar libremente, pues soy ya como vos deseasteis un hombre vulgar carente de posición y apellido de renombre, y en verdad lamentable es descubrir añora las virtudes que me han sido ajenas y de las que vos rebosáis con generosidad. Qué lamentable para mi corazón ansiar aquello que le da sido negado. Quizá en la otra vida…

Kiku no pudo contener su emoción y habló de manera imperiosa y de un tono inadecuadamente elevado.

—¿Ha muerto?

Al mismo tiempo que terminaba de expresarla, su propia pregunta sacudió todo su espíritu y su respiración dejó de acompañarla en espera de la réplica de Tomayuki.

—No, señora. Tuve a bien no partir hasta averiguar qué ocurría con mi

hasta ahora señor, pese a la urgencia de mis tareas. Le vi partir por la puerta principal acompañando a un terrateniente llamado Kusonoki Masashigue. Al parecer nuestro señor ha prescindido de sus servicios y lo ha cedido a este. Debo apresurarme en vender sus muebles tal y como él me ordenó, además de guardar su *mon* y los restos de sus antepasados, pues todas sus posesiones han sido cedidas a un nuevo dueño.

Kiku se sorprendió liberando su puño apretado del que no había tenido conciencia y se alegró en lo más hondo de que Danjuro continuara en este mundo.

—¿Quién ocupará la Casa Verde?

—Yamamoto-*sama*.

Aquella revelación supuso un duro golpe. En adelante sería el representante del *jitō* en la aldea y estaba segura de que no se comportaría con la misma mesura que Danjuro. Hasta Kiku habían llegado los impropios chismorreos de las viejas de Hakodate asegurando que había violado a una de las jóvenes que se dedicaban a atender la casa de baños y que había estado a punto de cortar las manos de un hombre. Esta conducta era aceptable para un *samurái* de su rango y no eran ellos quienes debían censurarlo, pero no dejaba de ser inquietante que pudiera conducirse de esa manera. Por otro lado, debería haberse ya imaginado que fuera precisamente Yamamoto quien se hiciera cargo de las posesiones de la familia Kato en un intento de Iwakura de compensar las afrentas sufridas.

—¿Qué fue lo que dispuso Danjuro y que tú debías hacer?

El gigante le relató la venta de los muebles y a quiénes debía cederlos.

—Déjalo de mi cuenta —se ofreció Kiku, para gran alivio de Tomayuki, para el que tratar con la nobleza era del todo impensable—. Encárgate tú de traer aquí los restos de sus antepasados. Yo misma me ocuparé de que reciban las atenciones debidas.

—Gracias, mi señora.

—¿No te dijo nada de qué hacer con el dinero o cuánto pedir por sus muebles?

—No, lo siento.

—Bien, lo guardaremos para lo que disponga. Ahora ve rápido hasta la Casa Verde y tráelo todo aquí. Pide a alguno de los hombres del pueblo que te ayuden con los muebles.

—Pero ¿cómo conseguiré que lo hagan?

—Diles que les pagaremos cuando hayamos vendido los muebles.

—Sí, mi señora.

Y dicho esto partió esperanzado. Tomayuki se había visto superado por la magnitud de su tarea y ahora se alegraba de que alguien le dijera qué hacer, aunque fuera una mujer. Al fin y al cabo Danjuro había mostrado gran consideración hacia ella y él se seguía sintiendo como su sirviente, pese a lo

que dijera Iwakura.

La vieja Shinju montó en cólera cuando Tomayuki regresó con varios de los aldeanos, todos ellos cargados con muebles y con la pretensión de dejarlos en el patio interior de su casa.

—¿Qué significa esto? ¿Quién os ha dicho que traigáis esto aquí? Fuera, fuera u os mediré la espalda con mi bastón.

—Déjalos, madre —intervino Kiku—. Yo se lo he rogado.

—¿Con qué derecho?

—Kato Danjuro me ha pedido que le haga este favor. No os preocupéis, muy pronto el propio gobernador de Harima mandará a buscarlos.

—¿El gobernador de Harima? ¿De qué hablas, insensata? ¿Cómo es que Danjuro imparte órdenes desde el palacio de nuestro *jitō*? ¿Se sabe ya qué ha ocurrido con su lugar?

—Ahora forma parte del servicio de otro terrateniente, llamado Kusonoki Masashigue…

La vieja dudó solo un instante antes de responder. Varios de los hombres del pueblo eran testigos de la conversación.

—Entonces, ¿por qué debemos de atender sus deseos? Es obvio que por fin nuestro señor ha decidido prescindir de alguien que no contaba con los favores de los dioses y que nos arrastraba con él hacia su descrédito. Suerte que deseché su proposición de matrimonio. No debemos mezclamos con alguien así —se apresuró a exclamar la vieja con inusitado derroche de energía, en un nuevo acceso de desatado enojo.

Kiku pasó por alto su declaración respecto a las pretensiones de Danjuro y respondió a su vez.

—Tal vez reconsideréis vuestra apreciación si tomáis en cuenta que un gran noble ha demandado la compra de estos enseres y que con nuestra intervención estaría agradecido.

—¿Por qué aquí? ¿Por qué no pueden continuar en su casa? ¿Por qué no está el propio Danjuro ocupándose de ello?

Tomayuki y el resto de porteadores permanecían en asombrado silencio, violentos ante aquella conversación tan impropia y que debería haberse mantenido en la intimidad. La obligación de Kiku era obedecer a su anciana madre pero en lugar de ello persistía en su propio deseo, mientras que esta demostraba una llamativa falta de serenidad.

—Yamamoto Takeshi será el nuevo propietario de su casa —no tuvo más remedio que confesar.

—¡No hay más que hablar entonces! Devolved estos muebles a la Casa Verde, antes de que Yamamoto se enoje con nosotros por haberle robado y nos corte la cabeza.

Tomayuki expresó con su mirada una velada súplica a Kiku, pero esta bajó la mirada e inclinó levemente su cabeza en señal de asentimiento, por lo que

volvieron a cargar los muebles y comenzar a deshacer el camino.

—¡Nos vas a traer la ruina! —la reprendió lejos de oídos indiscretos—. Qué desvergüenza, qué atrevimiento. ¿Cómo has osado conducirte de esta forma? Primero te relacionas con ese hombre y ahora contravienes a un general de nuestro señor, que además será dueño de nuestros destinos cuando llegue aquí. ¿Qué voy a hacer contigo? La ruina, la ruina. Con tu conducta estás provocando que el corazón de esta anciana camine a la muerte.

—Te ruego me perdones, madre.

—¡Perdón, perdón! No repites otra cosa todo el día y en cuanto me doy la vuelta me das nuevos motivos para avergonzarme. Menos mal que he procurado desvincularte de Danjuro. Ahora debo darme prisa para que todos sepan que le rechazaste antes de su partida y que le echamos de nuestra casa.

Kiku no dijo nada más. Permaneció de pie a la entrada de la casa en actitud humilde, hasta que la vieja se fue hacia el centro de la aldea caminando entre quejas y pasos indecorosamente rápidos para una mujer de su edad.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Por qué te gritaba la abuela?

Las niñas asomaban tímidamente por el quicio de la entrada.

—No pasa nada, Akane.

Kiku dulcificó su tono y se arrodilló para acariciar los rostros de sus hijas.

—Ahora debo hacer algo. Permaneced aquí juntas y no salgáis a la calle. No tardaré mucho.

—¿Vas a comprar dulces? —aventuró Midori con su voz infantil. En cuanto al lenguaje era muy precoz y articulaba frases completas con total naturalidad.

—Ya veremos. Primero tenéis que prometerme que os portaréis bien y que no haréis diabluras. Vamos todos dentro. Debo escribir antes una carta.

—Sí, sí —contestaron al unisono, esperanzadas con la posibilidad de que regresara con algún premio.

Mientras las niñas salían al patio interior a jugar, Kiku se dirigió a la escribanía y molió tinta todo lo rápido que fue capaz. Después cogió un humilde papel blanco, lamentando no poseer algún otro de mayor valía, y escribió con esmerada caligrafía.

Mi señor Kato Danjuro ha comenzado su servicio en otra provincia, por lo que ha cedido su casa a otro samurái de alto rango. Por ese motivo no necesita ya sus muebles, a los que habéis honrado en otra ocasión manifestando vuestro interés. Esta humilde sirviente Ha sido encargada de hacer lo posible para llevar a buen término su venta si aún estáis interesado en ellos. Si así fuera, os ruego seáis diligente y mandéis algunos de vuestros sirvientes sin demora, pues el nuevo inquilino de la casa llegará pronto y es necesario vestir antes la casa.

Que los budas y los kamis bendigan a su señoría.

Después la plegó con pericia de intrincada forma y recogió los utensilios para colocarse una capa después. Se aseguró que sus hijas jugaban tranquilas y salió.

Kiku se apresuró por las calles de Hakodate en dirección a la Casa Verde rezando para no cruzarse con su madre. Muy cerca de su destino encontró a los hombres que llevaban los muebles en varios carros de mano de dos ruedas.

—Tomayuki —se dirigió al antiguo escudero—, apresuraos en regresar a la casa de Danjuro. Guardad los muebles en la casa de baños y después corred al encuentro del gobernador de Harima y entregadle esta carta.

El gigante la tomó con una ligera inclinación de cabeza y la guardó al instante entre los pliegues interiores de su *kimono*.

—Así lo haré.

Kiku fue después a un puesto ambulante para comprar unas bolas de arroz y regresó a la casa de su madre. Como temía, la vieja ya estaba allí y la asaltó con nuevos reproches nada más verla.

—¿De dónde vienes? ¿Cómo has dejado solas a las niñas? Podrían haber cometido cualquier diablura. Estas mocosas maleducadas son capaces de todo.

—Discúlpame, madre. Salí a comprar unas bolas de arroz para ellas, pues me las demandaban imperiosamente y no he sido capaz de negárselo.

—¿Has comprado bolas de arroz? ¿Con qué dinero? ¿Cómo es que malgasta de esa forma nuestros escasos recursos? Y todo para contentar a unas niñas. ¡La ruina! Oh, alabados budas, ¿qué fue lo que hice en otra vida para recibir semejante castigo?

Pero Kiku se dio por satisfecha pese a parecer de veras compungida, pues gracias a la nueva puya había logrado evitar que sospechara nada.

En los siguientes días Shinju se afanó en hacer correr la voz de que su hija había rechazado a Danjuro cuando este, de forma inapropiada, la había cortejado, expulsándolo de su casa. Todos parecían alegrarse de que Danjuro y su mal *karma* hubieran abandonado definitivamente la aldea, librando a todos de ser arrastrados con él. Sin embargo, la incertidumbre ante la llegada de Yamamoto era creciente. Un general de su señor era alguien de condición inmerecidamente elevada para Hakodate y todos se preocupaban de poder estar a la altura de las circunstancias.

A la semana regresó Tomayuki. Nada más hacerlo se dirigió a ver a Kiku, aprovechando que Shinju se encontraba ausente.

—La primera esposa del gobernador ha mostrado especial interés en atender su ofrecimiento —relató un emocionado Tomayuki—. La dama de personal tuvo la consideración de transmitirme sus deseos y me aseguró que tras de mí partiría un carro tirado por bueyes para recogerlo todo. También me aseguró que pagaría en oro y generosamente, pues llevaba mucho tiempo

ansiando esos muebles para sí.

—Ah, en verdad es una gran noticia. Pronto habremos cumplido los deseos de Danjuro. Has servido bien Tomayuki, pero aún quisiera pedirte humildemente que hicieras otro servicio.

—Hablad y obedeceré.

—Necesito que busquéis a Danjuro y le entreguéis la contestación a sus letras. Temo haber demorado la respuesta demasiado y que sea malinterpretada.

—Partiré ahora mismo.

—Antes descansad un poco. Habéis realizado el viaje hasta Harima muy rápido.

—Me honráis con vuestra preocupación señora pero estoy acostumbrado a largas caminatas y la salud no me falta. Mis piernas son muy fuertes.

—Sois un leal servidor. Danjuro era afortunado.

Y dicho esto dejó asomar una mano tras el biombo para entregarle el mensaje.

Cuando Tomayuki hubo partido Kiku regresó a sus tareas con alegría. Al poco regresaron sus hijas de la calle, donde jugaban con unos niños de una casa cercana, irrumpiendo con gran emoción y energía, como si de un ejército se tratara.

—¡Ya llega! ¡Ya llega!

—Pero niñas, comportaos como es debido. ¿Qué pasa? ¿Quién llega?

—El nuevo *samurái* —explicó Akane—. Le hemos visto desde la calle. Viene con un gran séquito, con caballos y palanquines. ¡Ven a verlo! Todo el pueblo corre para postrarse.

El corazón de Kiku se paró por un instante. No podía creer su mala suerte.

—¿Qué pasa, madre? —preguntó Akane mientras trataba de tirar de ella —. Te has puesto muy seria.

La mente de Kiku estaba en plena ebullición. Nadie le ayudaría ahora a sacar los muebles a tiempo y ni siquiera tenía cerca a Tomayuki. ¿Qué iba a hacer?

—Id vosotras. Debo terminar de cocer el arroz para la cena —se obligó a contestar.

—Vamos Midori, dame la mano y vamos a verlo.

Pero la niña se mostró reacia y comenzó a protestar con un alarido y un acceso de llanto.

—Quiero a mamá, quiero a mamá, no me gusta.

—Está bien —cortó Kiku—. Ve tú sola, Akane. Pero compórtate como una dama.

—Sí, madre —contestó solemne antes de salir a la carrera.

Kiku se quedó allí sentada, mientras Midori trataba de implicarla en un juego de correr y pillar.

—Vamos, vamos. Yo soy el león.

La niña imitó un rugido feroz y puso las manos frente a ella imitando unas garras, con el firme propósito de asustar a su madre y provocar la carrera y posterior persecución.

—Ahora no, mi amor. No me encuentro bien. No puedo correr como Akane. ¿Me ayudas a cocinar?

—Quiero león —expresó con voz lastimera y carita compungida.

Kiku la abrazó con ternura y le acarició su larga melena negra.

—Vamos a encender el fuego y luego me das el arroz y juntas lo metemos en la olla. ¿Quieres?

Midori no pudo resistirse al abrazo y al final desistió de su idea inicial por lo que para ella era un nuevo juego. Le encantaba ayudar a su madre en las tareas domésticas.

—Sí, sí. ¡Vamos a cocinar!

Kiku agradeció la compañía de su hija mientras trataba de poner en orden sus pensamientos. De alguna forma no estaba sola pero su problema continuaba amenazando con desbordarla. Su suerte estaba echada. No podía hacer nada por evitar que Yamamoto encontrara su nueva casa abandonada y los muebles apilados en la casa de baños. Sin embargo, tener la mente ocupada en una tarea cotidiana y la continua demanda de atención de su hija fueron serenándola poco a poco. Para cuando su madre y Akane regresaron la cena estaba lista y su equilibrio recuperado. Nada podía hacer por cambiar lo que había hecho, así que ¿por qué preocuparse por algo que no estaba en su mano enmendar?

Durante la noche soñó con un cielo surcado de nubes, que poco a poco iban pasando de blancas a amenazantes de tormenta. Podía escuchar el rugido del viento y cómo abajo las plantas luchaban por mantenerse enraizadas a la tierra. Finalmente descargaba una tromba de agua, entre truenos que hacían temblar la tierra y amedrentar su conciencia. Muchos árboles sucumbían a su fuerza y se doblaban hasta partirse. Multitud de briznas de hierba y plantas de todo tipo surcaban el aire separadas de la vida y el cielo se tomaba negro.

Pero después todo se calmó en un instante, en un profundo silencio que hacía vibrar todo en espera de un nuevo acontecimiento. Expectante aguardaba saber qué ocurriría a continuación. Al poco una luz brillante despuntó tras una colina. El Sol regresaba en una mañana fresca y vital y todo volvía a asentarse en el mundo.

Cuando despertó antes del amanecer se levantó sin hacer ruido para no despertar a sus hijas dormidas en el mismo lecho y caminó hasta la sala de la entrada, donde encendió una vela para escribir.

El cielo es sabio, se conduce imparcial
¿Cómo podría juzgarte una simple brizna de hierba?

A los dos días unas voces estentóreas alteraron a Kiku mientras enseñaba a sus hijas en el patio cómo reconocer las bayas comestibles de un cesto recogido esa mañana mientras su madre barría el suelo de la puerta de entrada. Eran inequívocamente producidas por la escolta de un señor, precediendo a su llegada para que todo el mundo tuviera tiempo de postrarse. Kiku temió conocer el destino de la comitiva y de quién se trataba.

—Hijas, permaneced aquí y no os dejéis ver.

—¿Qué ocurre, madre? —preguntó Akane.

—Yamamoto desea hablar conmigo a solas. Mantén a tu hermana alejada de la puerta y evita en lo posible que altere o grite.

Dicho esto se levantó para entrar en la casa y se preparó en la sala tras la cortina movible. Afuera se escucharon nuevas voces a las que Kiku no prestó atención, tratando de serenarse y encontrar el equilibrio adecuado para no perder la compostura. Imaginaba que su madre se mostraría convenientemente humilde y solícita mientras que sus hijas, expectantes ante el acontecimiento, permanecerían mudas por el asombro de ver tan cerca tantos hombres engalanados y armados y no causarían problemas.

Una voz imperativa pero en tono bajo cruzaba palabras con su madre al otro lado del tabique de papel, pero permanecía inmóvil esperando la entrada del *samurái*, evitando conocer el contenido de la conversación y respirando lentamente. Su mente, poco a poco, iba siendo doblegada por una actitud comedida y serena, preparando lo que de seguro sería un encuentro delicado. Gracias a que la aparición se retrasaba más de lo que hubiera esperado, pudo alcanzar un grado de equilibrio aceptable y calmar su corazón excitado.

Cuando se sintió preparada retomó la visión consciente de lo que le mostraban sus ojos y agudizó el oído. Extrañada, fue consciente de que había pasado demasiado tiempo desde la llegada de los visitantes. ¿Qué estaba ocurriendo?

Justo en ese instante se escucharon nuevamente las voces de advertencia de la escolta abandonando la casa. Kiku no sabía cómo interpretar la situación. Se habían marchado sin ni siquiera hablar con ella. La incertidumbre y el temor se hicieron más notables cuando el *shoji* se corrió y su madre entró.

—Kiku, Kiku. ¿Dónde estás?

—Estoy aquí, ¿qué ocurre?

—Ya sabía yo que me traerías la desgracia. Tu comportamiento díscolo no podía ser agradable a los dioses. ¿Cuántas veces te he reprendido por tu falta de principios? ¿Cuántas veces no has actuado como una hija sumisa y respetuosa? ¡Ay! Nuestro señor Yamamoto ha venido hasta nuestra casa muy contrariado contigo. Me ha explicado que eras la responsable de haber intentado vender unos muebles que le pertenecían, entrando en su casa sin permiso aprovechando su ausencia, igual que un vulgar ladrón. Está en su derecho de denunciarte o juzgarte y él mismo y así me lo ha hecho ver. ¿Cómo

has podido hacer algo semejante? ¿Acaso no has pensado en tus hijas y tu pobre madre?

Kiku no dijo nada y permaneció con el pecho atenazado por unas manos gigantescas que le impedían respirar.

—Sin embargo —continuó la vieja—, se ha apiadado de nosotras. Su magnificencia y gracia son tales que ha decidido no denunciarte a nuestro *jitō* y tampoco exigir tu vida. A cambio deberás ingresar de inmediato en su casa como sirvienta de por vida.

Kiku no pudo evitar abrir la boca y expulsar una bocanada de aire contenido. ¿Qué ocurriría con sus hijas?

—No puedo… —balbuceó incapaz de pensar nada coherente.

—Para mi desgracia —continuó sin reparar en su estado—, debo hacerme caso de tus odiosas hijas. Imagínate, yo, una anciana aquejada de multitud de dolencias, necesitada de atención que ahora debe soportar a esos demonios. Ni siquiera me ha prometido mantener tu pensión, por lo que puede que muera de hambre, incapaz como estoy de conseguir mi propio sustento. ¡Qué desgracia! Me arrepiento una y mil veces de haberte acogido en mi casa, desagradecida. Pero ya no hay remedio, pago por mi falta de previsión, por ser una vieja débil y haberme apiadado de tu situación. ¡Así es como me lo has pagado!

Kiku apenas la escuchaba, recogía algunas palabras y frases pero estaba sumida en una desesperación tan enorme que no era capaz de salir de la profundidad hacia donde se había precipitado su espíritu. Solo una preocupación ocupaba toda su mente, sus hijas. Ahora que quedaban solas no podía imaginarse su futuro y tampoco concebía su propia existencia sin que estuvieran a su lado.

Pero su madre continuaba implacable.

—Coge tus cosas y vete. Te está esperando una dama de honor que te conducirá hasta la Casa Verde de inmediato. No la hagas esperar o mi vergüenza será aún mayor. ¿A qué esperas? Muévete.

En el instante que la zarandeó pareció reaccionar y se levantó apresurada, pero en lugar de salir fuera se dirigió a su escribanía, mientras Shinju la increpaba a cada paso.

—¿Qué haces ahora? No pensarás ponerte a escribir. ¿No me oyes? Te están esperando.

Ignorándola tomó un trozo de papel y escribió apresurada algo que no dejó ver a su madre, por más que esta intentó asomarse tras sus hombros.

—¿Qué escribes ahí? ¿Has perdido la razón?

Al mismo tiempo que lo enrollaba y doblaba por las puntas se giró bruscamente y la miró con tal intensidad a los ojos que Shinju enmudeció al instante.

—Dejo algo para mis hijas, a las que puede que no vea nunca más.

Se levantó y salió al patio, dejando atrás a su sorprendida madre. Jamás la había hablado de aquel modo.

—¿Qué ha pasado, mamá? —preguntó Akane de la mano de su hermana.

—Venid aquí. Las dos.

Se arrodilló en la arena del patio sin importarle que su *kimono* se ensuciara para abrazarlas y hablar en susurros.

—Escuchadme bien. He sido requerida por nuestro nuevo señor para servir en su casa. Es un gran honor que debo atender. Estaré mucho tiempo allí y será difícil vemos, pero lo haremos de alguna forma. Mientras, debéis hacer algo muy importante por mí. Toma esta carta, Akane, dásela a ese hombre grande que ha estado estos días por aquí. Se llama Tomayuki. Tarde o temprano regresará.

La niña tomó la carta muy seria.

—Y no se lo digáis a la abuela. No debe enterarse de que lo hacéis. Durante un tiempo se hará cargo de vosotras. Debéis portaros bien y no hacerla enfadar. Obedecerla en todo lo que os pida, aunque sea un poco extraño. Ella sabe lo que es bueno para vosotras.

—Madre, no quiero que te vayas —replicó Akane—. La abuela no nos gusta. Nos grita y es muy mala.

—No digas eso. A partir de ahora debes ser una buena dama y hacerte cargo de tu hermana pequeña. Deja de comportarte como una niña mimada.

Pero mientras hablaba se escurrían lágrimas por sus mejillas, lo que inquietaba a las niñas. Al momento Midori empezó a llorar instintivamente.

—No llores Midori. Nos veremos muy pronto, pero ahora debo irme. No querréis que falte a mis deberes, ¿verdad? No os preocupéis por nada. Aquí estaréis bien y mamá servirá a un gran señor en una casa muy grande.

Kiku sintió cómo temblaban bajo sus manos. Abrazó con más fuerza sus cuerpos y cerró los ojos mientras Midori continuaba llorando a voz en grito. Trató de retener la calidez de sus rostros sobre sus mejillas, sentir hasta lo más hondo de su ser el pálpito de sus corazones, embriagarse del aroma infantil y arroparse bajo sus cabelleras. Puso todo su empeño en grabar su contacto y atraparlo para siempre. Las besó a cada una y sus labios se mojaron con las lágrimas de su hija menor. Retuvo en el paladar el sabor salado hasta que se perdió lentamente. En ese momento se obligó a incorporarse. Ninguna dejaba de intentar retenerla.

—No te vayas, Madre. Dile a ese hombre que no puedes ir —rogaba Akane.

—Debéis ser fuertes —fue lo único que pudo decir mientras trataba de separar sus manitas cerradas en tomo a ella.

Intentó caminar hacia la entrada con dignidad pese a no quedarle ya mucha, consciente de que las niñas adivinaban instintivamente sus sentimientos, y luchó con todas sus fuerzas por vencer la resistencia que su

espíritu y los cuatro bracitos que tiraban de su ropa le ponían a cada paso.

Su *karma* la conducía inexorable a abandonarlas y no podía cometer el pecado de resistirse a ello. Pasados unos momentos pareció que esa misma certeza llegaba a las niñas, pues incluso Midori se resignaba a un liguero gimoteo, incapaz de inventar una forma de impedir que se marchara. La siguieron hasta la entrada y en el trayecto se cruzaron con Shinju, que las miró con desaprobación. Esta vez no hubo reproches ni acusaciones y se contentó con perseguirlas con la mirada sin moverse del hogar. Kiku ni siquiera le correspondió y no se despidió.

Por toda pertenencia recogió su escribanía, abandonando sus ropas y demás enseres. Ya no necesitaría ninguna otra cosa. Afuera una mujer en mitad de la calle con un bello *kimono* encamado con el *obi* azul cielo la miró antes de comenzar a andar hacia el centro del pueblo sin comprobar si la seguía.

Kiku se agachó para volver a la altura de las niñas y las habló tiernamente.

—Nunca olvidéis que os amo.

Se incorporó más serena y comenzó a alejarse del mundo que había conocido. Las niñas se quedaron allí plantadas incapaces de hacer o decir nada, congeladas en ese instante con los ojos temblorosos fijos en su madre.

En un momento Midori empezó a correr por la calle.

—No te vayas, no te vayas.

Su hermana salió tras ella y la abrazó para detenerla. Pese a los esfuerzos de Midori no era capaz de soltarse y su desesperado llanto volvió desde su garganta.

—Mamá volverá. Ya lo verás —trataba de calmarla Akane. Pero también sus mejillas estaban arrasadas por las lágrimas.

Kiku temblaba a cada paso y trataba de centrarse en la espalda de la mujer que le precedía. Se sentía al borde de la desesperación y con cada grito de su hija se sentía morir. No pudo contener la cascada de dolor que brotaban de sus ojos y solo pudo bajar su mirada para sobrellevar la vergüenza de ser observada en plena calle con semejante actitud.

Al girar una esquina dejó de escuchar a Midori pero sus ecos la persiguieron todo el camino a la Casa Verde.

A la mañana siguiente Yamamoto partió de Hakodate con el mismo esplendor que en el día de su llegada. Sin embargo, esta vez no se produjo la misma excitación entre los aldeanos. Todos se lamentaron de que el poderoso señor se marchara con su buen *karma*. Con él partían también las esperanzas de bonanza y favor de Iwakura.

Kiku no pudo conciliar el sueño la noche anterior. El dolor por la separación de sus hijas y por la incertidumbre sobre su futuro ensombrecía su

ánimo. Lo había hecho en una pequeña habitación con ocho sirvientas más, las más viejas y menos agraciadas, ajenas al servicio doméstico, lo que ya le adelantaba su negro destino. A medianoche le había despertado el crepitar del fuego en mitad del patio, donde Yamamoto había ordenado hacer una enorme pila con los muebles de Danjuro y todos los enseres que hubiera en la casa. Bellos biombos, ornamentados arcones, altos espejos de pie, graciosas mesas con hermosos dibujos, porcelanas e incluso pinturas y algunos singulares *emaki*, los bellos rollos de pergamino repletos de antiguos poemas e ilustraciones de afamados artistas, fueron engullidos por la devastadora destrucción. El fuego se levantaba a enorme altura, proyectando enormes sombras fantasmagóricas por la estancia donde se encontraba Kiku. Su único consuelo era haber podido salvar el *mon* familiar, la armadura de Danjuro y los restos de los antepasados de los Kato antes de la llegada de Yamamoto.

Al día siguiente formó parte de la comitiva, pues nadie quedó atrás para habitar la Casa Verde. En ningún momento Yamamoto había pretendido residir en aquel lugar. Por el camino Kiku cargó con un pesado fardo al final del séquito y no probó bocado en todo el día.

Cuando llegaron a las tierras de Yamamoto, junto al bastión de Iwakura, la dama del servicio doméstico solicitó verla.

—Eres demasiado vieja para servir en la casa. Te encargarás de las letrinas de los hombres y de los orinales de las damas. Si en algún momento no se encuentran en un estado digno se te impondrá un severo castigo.

Ya se imaginaba algo así y no se lamentó por ello. Inclinó su cabeza con recato y se dispuso para ser conducida al lugar de trabajo, pero la mujer la retuvo.

—Esas ropas que llevas son inadecuadas. No corresponden a tu rango aquí. ¿Quién crees que eres para pavonearte con semejante *kimono*? En efecto, Kiku había partido de su casa con sus mejores ropas, imaginando primero que Yamamoto se presentaba para hablar con ella y luego que debía causar buena impresión al llegar a su servicio. No sabía si había sido una ingenua o una engreída, pero su error había resultado doloroso de la misma forma.

—¿Y qué es eso que llevas ahí?

—Una escribanía.

—Alguien de tu condición no puede poseer nada para sí.

Y dicho esto se levantó de donde estaba y caminó resuelta hasta ella. Cogió la bella caja y la tiró con violencia contra el suelo ante los ojos horrorizados de Kiku.

De la caja hecha añicos, con sus delicados pinceles desordenados entre los trozos de cerámica de los recipientes para mezclar la tinta, solo tuvo ojos para los restos del jarrón que Danjuro le había regalado aquella noche. Pese a su promesa de reservarle un lugar de honor en su casa no había tenido el valor suficiente para mostrarlo a la vista de su madre. Lo había guardado allí, dentro

de su posesión más preciada, con la alegría del recuerdo de un momento irrepetible.

Las hojas con sus poemas, algunas anotaciones de su propia vida y recuerdos de sus hijas volaban con el viento por el patio y con ellos se escapaban los últimos retazos que la recordaban quién había sido.

No llegó a emitir sonido alguno mientras se incorporaba instintivamente buscando atrapar alguna de aquellas cartas personales. Pero una fuerte bofetada la dejó petrificada en el acto. Después siguieron otras dos.

—¿Cómo te atreves a levantarte sin permiso? —vociferaba la dama del servicio doméstico mientras continuaba pegándola sin lograr que Kiku volviera a arrodillarse.

No fue ella quien cumplió la sentencia de diez latigazos sobre la espalda de Kiku. El jardinero tuvo la amabilidad de inclinar su cabeza antes de someterla al terrible castigo, pero eso no supuso el menor alivio. El dolor la hizo abandonar su ofensiva serenidad y los gritos se escucharon por toda la villa.

Cuando hubo finalizado el castigo se atrevió a abrir los ojos y se encontró con los de Yamamoto, que en ese momento se había detenido cerca de la galería exterior de su residencia mientras regresaba de un encuentro con Iwakura. Parecía disfrutar con su sufrimiento y una sonrisa abierta afloró en su semblante cuando se percató de que había reparado en él. Después reanudó la marcha y se perdió rodeado de su escolta en el interior de la mansión. Las bellas ropas de Kiku estaban destrozadas y sufrió de nuevo cuando le despegaron los restos de su *kimono* de la piel. Le entregaron otro raído y unos viejos *tabis* que le quedaban pequeños. Después la obligaron a caminar por el interior de uno de los edificios. Apenas era consciente del camino que estaba recorriendo. El dolor le impedía ser consciente de los pasillos y salas que atravesaban hasta que llegó a una cámara interior, donde permanecían varios *samuráis* sentados frente a unos *shojis* cerrados.

Uno de ellos se adelantó y los sirvientes que la habían llevado hasta allí se arrodillaron al instante.

—¿Tú eres Kiku? —la preguntó con brusquedad.

Ella fue capaz de mantener un mínimo de compostura y bajó su rostro.

—Así es.

—Pasa adentro.

Los *samuráis* corrieron los paneles y accedieron a una sala amplia dividida en dos alturas, con hermosos biombos y pantallas adornadas con pan de oro. No había nadie más allí.

Kiku miro atrás y contempló atónita cómo los *shojis* volvían a cerrarse y se quedaba a solas con el *samurái* de la entrada.

—Arrodíllate —le ordenó.

Su horror se desató cuando se corrió otro panel y Yamamoto apareció sobre la tarima más elevada. La miró con manifiesto desprecio por un instante

y luego bajó hasta ella.

—Mujer —la espetó—, ¿dónde está mi *katana*? El otro hombre la empujó por los hombros.

—¡Responde a tu señor!

—No sé de qué me habláis.

Yamamoto chasqueó los dedos enojado.

—Registramos toda la villa de Danjuro sin encontrar ni rastro del arma que me robó. ¿Dónde la guardaba? ¿Qué fue de ella? Tú debes saberlo. Dímelo o sufrirás aún más.

—Mi señor, solo entré en su casa con motivo de vuestra visita y no sé nada de una *katana*.

—¡Mientes! —bramó mientras la golpeaba con el puño cerrado—. Tú eras una de sus sirvientas.

Kiku se sintió mareada y apenas fue consciente de que la había derribado. Los brazos del *samurái* de la entrada la agarraron de las axilas y volvió a colocarla en *seiza*. Sentía náuseas y no estaba segura de cuánto tiempo podría aguantar sin perder el conocimiento.

Yamamoto le levantó la cabeza bruscamente para poder mirarla a los ojos y sintió una punzada de dolor. El terror por lo que pudiera hacerle le devolvió cierta lucidez. Estaban solos en aquella recóndita habitación y nadie vendría en su ayuda.

—No te lo volveré a repetir, mujer. Tu vida ya no vale nada. Si no me das una respuesta te mataré aquí mismo. ¡Responde!

—No sé de qué me habláis. Os lo juro. Yo solo era una habitante del pueblo. Nunca serví a Danjuro.

Yamamoto volvió a golpearla y Kiku sintió como si su mandíbula se desencajara.

—¡Mandaste una carta a un gran señor diciendo lo contrario! ¿Acaso lo niegas?

—Mentí. Sabía que no regresaría. Mi familia pasa hambre. Solo quería conseguir algunas monedas.

—Basta de mentiras. ¿Dónde está la *katana*? Dímelo o regresaré a tu apestoso pueblo para cortar la cabeza de tus hijas.

Kiku se incorporó pese al dolor.

—No, por favor, no podéis hacer algo así. Os digo que no sé nada de una *katana*. Para esta humilde mujer todas las armas de los *bushis* son iguales. Por favor, infligirme el castigo más severo que deseéis pero no hagáis daño a mis hijas.

Sin embargo, Yamamoto era ajeno a su sufrimiento. La abofeteó hasta hacerla sangrar de la nariz y una de sus mejillas, mientras Kiku trataba de tocar sus pies cubierta de sangre y lágrimas, para implorar por la vida de sus hijas.

Preso de una furia desmedida empezó a patearla para evitar que sus manos

llegaran hasta él sin verse obligado a retroceder. La dama quedó temblando en el suelo, con la cara pegada al *tatami*.

—Qué patética criatura. No merece que pierda más el tiempo con ella. Otomo, haceros cargo. Que os diga lo que sepa o que muera. Os hago responsable.

Se dio la vuelta y abandonó la sala.

—Mis hijas… Por favor, por todos los budas… Mis hijas.

El *samurái* tragó saliva antes de obedecer.

—Ya has escuchado a mi señor. Dime lo que quiere saber y podrás descansar. No les ocurrirá nada a tus hijas si colaboras. Tu vida nos pertenece. Habla.

—No sé nada. Por favor… No sé nada…

El hombre agarró su cuello y le obligó a mirarlo para continuar asediándola. Pese a desear zanjar aquel engorroso asunto lo antes posible, la visión del rostro desencajado por el dolor le paralizó. Sus propias manos estaban manchadas de la sangre que empapaban las ropas de la dama y de pronto la soltó como si las hubiera acercado a un brasero.

Aquella no era la forma honorable de conducirse de un caballero. Puede que debiera obediencia absoluta a su señor pero no estaba dispuesto a continuar con aquello.

Permaneció de pie en silencio, observando cómo se hacía un ovillo y respiraba sonoramente entre jadeos. En algún momento abandonó también la estancia y cuando otros sirvientes aparecieron y la obligaron a ponerse en pie Kiku no se atrevió a levantar la cabeza, dejando que sus cabellos ocultaran su vergüenza. Se dejó conducir sin voluntad a su nuevo hogar, una pequeña casucha aledaña a la villa de Yamamoto. Tenía una sola habitación que compartía con otras quince mujeres que se apartaron respetuosamente cuando entraron.

La arrastraron hasta una esquina y allí la arrojaron al suelo. Kiku enterró la cara entre los brazos, sintiéndose morir de vergüenza y dolor.

Esa noche nadie la molestó y cuando las primeras luces del alba pusieron en actividad a la servidumbre y tuvo que incorporarse entre un mar de cuchillas lacerando su espalda descubrió junto a su lecho un ungüento para las heridas, uno de sus pinceles de escritura y una de sus hojas manuscritas. Alguien se había apiadado de ella en secreto. Cogió el papel y lo desdobló para descubrir el último poema que había escrito, después de soñar con la tormenta, y se sintió el ser más insignificante del mundo.

KAMAKURA, SAGAMI

Yami esperaba en la antesala que daba acceso a los jardines privados del *shōgun*. Su gesto era adusto pero no reflejaba ni de lejos toda la creciente furia que albergaba su ánimo. Era consciente de que mostrarse contrariado por esperar a ser recibido era una vanidad de tal magnitud que sería interpretada al instante como un insulto grave, por lo que tenía que luchar denodadamente por no manifestarlo.

Era la tercera ocasión en la que era citado para una entrevista. En las dos primeras se había marchado sin ser oído, después de haber permanecido toda la mañana en una antesala similar. Había esperado durante días una nueva oportunidad, pero no parecía que su suerte fuera a cambiar. Cada vez le parecía más probable que un sirviente apareciera en cualquier momento para anunciarle que el *shōgun* tampoco le recibiría hoy, sin ninguna otra explicación.

Al llegar a Kamakura, se había sorprendido al conseguir una audiencia de manera tan inesperada. Su apellido no era prominente, ni su rango elevado y tampoco era conocido por ningún noble que hablara en su nombre. Se había hinchado de orgullo y congratulado de su buena fortuna, pero ahora apretaba sus manos sobre las rodillas frustrado y humillado. Estaba perdiendo un tiempo precioso, que podía echar abajo sus pretensiones.

La carta que Kazuo había escrito con sus recomendaciones, términos y propuestas para un nuevo acuerdo no estaba con él. Obviamente, tenía sus propios planes, en los que su tío era un importante obstáculo que derribar. No se había dirigido al gremio de comerciantes de la ciudad, ni tampoco al funcionario que le recomendara Kazuo. Todos ellos habían sido los intermediarios entre su tío y el *shōgun* durante muchos años y se extrañarían mucho de los cambios que pretendía Yami. Sin duda tratarían de confirmarlo todo con Kazuo y no podía permitírselo.

Por todo ello había intentado hablar en primer lugar con alguien cercano al *shōgun*, pues desconocía los entresijos del gobierno y cómo llegar a él. Pensaba que le derivarían al funcionario o al ministerio oportuno, pero en su lugar habían accedido a una audiencia privada, por increíble que pareciera.

Pero ahora los días pasaban y Kazuo se extrañaba por su tardanza.

—Os ruego me acompañéis. Nuestro honorable *shōgun* os recibirá ahora.

Yami dio un respingo. El *shoji* había sido corrido en completo silencio y no se había percatado de la presencia del chambelán.

Se levantó de inmediato y siguió a aquel hombre. Recorrieron la galería exterior del edificio hasta comenzar un camino sobre madera pulida, que por medio de pequeños puentes, recorría un entramado de adornados edificios de marcado estilo de *Catay*. Los edificios parecían bellas islas abandonadas por sus pilares en un mar tranquilo. Mientras se sucedían los hermosos jardines con cascadas artificiales y cuidados ambientes, ahora plantas de primavera, ahora de otoño, se alejaban más y más de la entrada, introduciéndose en un mundo ajeno al devenir de la ciudad por lo que parecían miles de *ri*.

Finalmente bajaron a un camino de piedrecitas blancas que terminaba en una elevación de terreno donde tres bellos cerezos en flor sobresalían por encima del jardín. A su alrededor multitud de damas de honor con ropas de colores suaves y capas escarlata superpuestas, permanecían jalonando el camino recatadamente ocultas tras hermosos abanicos. Jóvenes y hermosas muchachas paje con chaquetas flor de cerezo forradas de rojo y pantalones de seda escarlata abatanada, estaban dispuestas a continuación tocando pequeñas y alargadas flautas.

Bajo el cerezo de mayor tamaño un hombre de unos treinta años se sentaba sobre una enorme estera cubierta por un bello manto lacado. Le atendían tres damas de honor que se acercaban con pequeñas plataformas repletas de comida y bebida que dejaban a sus pies. Frente a él se situaban respetuosos tres hombres que parecían pertenecer a la nobleza, con sus fastuosas sedas bordadas con hilos de oro y brocado, los bonetes negros sobre sus rostros cuidadosamente maquillados y sus pequeños y esmerados abanicos, que conversaban animadamente con el primero.

Ni qué decir tiene que los odiaba a todos y cada uno de ellos sin excepción y soportó sus miradas censoras con altivez. Sin duda le verían como un tosco *bushi* sin educación y analfabeto, con ropas fuera de lugar y ademanes rudos, representante de la nueva casta que amenazadoramente crecía exigiendo los mismos derechos que tanto tiempo habían disfrutado los nobles de manera exclusiva. Elevó su mentón y se acercó resueltamente.

No necesitaba la presentación del sirviente para saber que estaba frente al *shōgun*, el príncipe Morikuni, hijo del octavo *shōgun*, el príncipe Hisaaki, y nieto del emperador Go-Fukakusa, que le miraba con curiosidad apoyado sobre un declinatorio.

El cielo plomizo y el aire fresco presagiaban una inminente lluvia que a Yami, acostumbrado a vivir al aire libre, no se le escapaba y se preguntaba cómo era posible que su distinguido anfitrión no hubiera elegido otra forma de pasar la mañana que permanecer ocioso en un jardín, sin protección alguna

ante la llegada del inminente aguacero.

Todos callaron cuando Yami inclinó su cabeza ante Morikuni. Las damas de honor cuchicheaban divertidas acercando sus abanicos a modo de pantalla ante la llegada de un personaje tan extraño, aventurando su procedencia y apellido. Alguna risa traviesa llegó hasta ellos pero a Yami siguió sin importarle en absoluto lo que pudieran opinar de su aspecto, aunque le hubiera encantado desenvainar su *katana* y lanzar un grito de guerra. Estaba seguro de que se hubiera quedado solo antes de que el eco se hubiera extinguido. Zanjaría cuanto antes lo que le había traído hasta allí y abandonaría aquel lugar y sus exasperantes gallinas y pavos.

Cuando fue invitado a sentarse sobre un cojín apartado de los nobles le llegaron los olores del incienso perfumado. La comida que se presentaba a su alrededor en pequeñas mesitas lacadas en negro con filigranas de oro era tan abundante que podían haber bebido y comido toda su familia durante dos días.

—Me dicen —comenzó Morikuni— que venís de la provincia de Dewa.

—Así es, mi señor. Allí os sirvo pacificando la frontera y defendiéndola de los *emishi*.

—Ah, ¿esos bárbaros aún continúan vivos?

—Oh, así es, mi señor, pero no debéis preocuparos. Vuestros fieles súbditos los mantenemos a raya. Jamás supondrán una amenaza.

—Me han dicho que allí las condiciones de vida son muy precarias —habló ahora uno de los invitados.

A Yami le extrañó que quitarle la palabra al *shōgun* quedara sin castigo, pero a este no pareció importarle, lo que interpretó como un inusual signo de debilidad. Ahora que se fijaba más en él, no parecía que sus manos, de dedos largos y delicados, fueran diestros y acostumbrados a esgrimir un arma, ni que su indumentaria, pareja a la de los nobles allí presentes, fuera ni mucho menos apropiada para un *samurái*. Sus hombros eran estrechos, demostrando la falta de vigor físico, y en su mirada no podía ver la ira del que está dispuesto a matar. ¿En verdad era ese el General en Jefe de todos los ejércitos de las Islas Sagradas?

—Poseemos una vida afortunada —se obligó a contestar—. La tierra es nuestra almohada y el cielo nuestro manto. No necesitamos más.

—Vaya —volvió Morikuni—, también sois un poeta. No será verdad eso de que coleccionáis cabezas.

Yami estaba asombrado. ¿Se estaban mofando de él? ¿Qué significaba aquello? Podía sentir las miradas de decenas de personas en su nuca, como si fuera una atracción o un bailarín de algún afeminado festival. ¿Acaso no sabía que para un *bushi* la mayor muestra de valentía se demostraba presentando la cabeza de un digno adversario?

—Me desconcertáis, mi señor. He venido para tratar con vos asuntos

delicados, que atañen a importantes cuestiones de vuestro gobierno. Asuntos que tal vez hubiera que tratar cuanto antes…

—Vaya, vaya —le interrumpió jovial Morikuni—, sois alguien con poca paciencia. Ni siquiera os habéis percatado de las hermosas flores del cerezo bajo las que nos encontramos. Estábamos dedicando unos poemas a tan bello acontecimiento. ¿Deseáis participar?

Yami se quedó estupefacto. No podía asimilar lo que estaba presenciando. Para todos en la frontera el *shōgun* era tomado como un brazo enérgico sujeto a la mente sobria y firme del mayor *bushi* del país. Entendían que, como en su tierra, su sitio había sido ganado a base de eliminar a otros candidatos y aplastar enemigos, pero en su lugar se encontraba con un pusilánime que le invitaba a hacer poemas sobre las flores de un árbol.

Intentó enmascarar lo que pensaba y unas palabras indecisas escaparon de sus labios.

—En realidad, mi señor, no me atrevería…

—No puedo aceptar un no. Seguro que cuando os llegue el tumo sabréis complacerme.

Y de inmediato improvisó unas letras.

Sentados bajo sus flores, el cerezo
nos acoge y nos recuerda su mensaje.

El mensaje no era otro que la llegada de la primavera, un momento de celebración y alegría. Otro de los nobles intervino de inmediato.

Mas sus flores se abren agradecidas por
la gracia de su tronco.

Morikuni inclinó su cabeza en señal de agradecimiento, pues él era el tronco que permitía a todos disfrutar de la belleza de esa mañana.

Las nubes amenazan en el cielo, pero aquí
abajo el cerezo florece imperturbable.

Replicó el siguiente, entre sonrisas y movimientos de cabeza agradecidos de los presentes. Daba a entender que junto a su anfitrión no tenían nada que temer. El único que no parecía disfrutar del encuentro era Yami, que apenas soportaba su cuerpo en aquel lugar, cada vez más incómodo. Después del siguiente noble, sería su tumo y no tenía la menor idea de qué decir.

La promesa inefable de sus flores ilumina

nuestros corazones después del frío invierno.

Todos estuvieron complacidos por la réplica y al poco miraron interrogantes a Yami. Este pareció abrir la boca, pero cortó su impulso que acabó en una expulsión de aire. Atrás, entre las damas de honor, le llegó una nueva risita ahogada.

Su semblante comenzaba a evidenciar su nerviosismo e indecisión cuando unas gotas comenzaron a caer tímidamente.

De inmediato, se produjo una conmoción en el entorno. Como si un tambor de guerra llamara a la batalla todas las personas a su alrededor se incorporaron y comenzaron a correr frenéticas de un lado a otro. Algunos gritos de espanto al descubrir las pequeñas gotas sobre sus inmaculados trajes y maquillajes acompañaron la huida lastimera de las damas de honor hacia las cercanas casas. Las muchachas paje dejaron de tocar sus flautas y escaparon de forma poco decorosa y algunos sirvientes asustados trajeron enormes sombrillas para colocarlas sobre los presentes, mientras todos los reunidos buscaban patéticamente un lugar hacia el que huir, incluido el propio Morikuni, que no dejaba de mirar su *kimono* horrorizado pese a no haber recibido ni una sola gota visible.

Tan solo Yami quedó donde estaba mientras todos los demás desaparecían como si fueran perseguidos por la muerte. Un niño paje sujetaba sobre él la sombrilla con el *mon* de la casa del huido *shōgun*.

Comenzó a llover más copiosamente y las flores del cerezo fueron cayendo por el peso de las gotas, cubriendo el suelo. El pequeño sirviente esperaba impaciente, pues pronto la sombrilla estaría tan mojada que no serviría de nada, pero Yami no se movía, con la mirada perdida.

—Señor…

Despertó de su ensimismamiento. Alguien se había acercado hasta él.

—¿Sí?

—Mi señor, el honorable Hōjō Sadaaki, desea entrevistarse con vos.

¿Hōjō Sadaaki? ¿De quién se trataba? Jamás había escuchado ese apellido, lo que no quería decir gran cosa, dada su ignorancia sobre los asuntos del gobierno. Pese a sentirse tentado a declinar la oferta, podía ser nefasto contrariar a algún señor importante, aunque empezaba a dudar de que allí pudieran existir hombres de valía.

—Está bien —contestó para alivio del muchacho, que ya comenzaba a sentir el agua bajar por el mango hasta su mano.

Siguieron al hombre que le había hablado, un sirviente que parecía tener cierto privilegio, pues tenía su propio portador de sombrilla, hasta una de las casitas que formaban parte del entramado de puentes y caminos elevados. Los postigos permanecían cerrados desde ese lado, algo que le llamó la atención. Acostumbrado a las celadas, se puso de inmediato en guardia. Cuando le

anunció el hombre desde el exterior del *fusuma* cerrado echó un vistazo a su alrededor estudiando una posible huida, pero no era capaz de acertar hacia dónde estaba la entrada a los jardines. No había ni rastro del *shōgun* y de la enorme comitiva que le acompañaba.

Cuando penetró en el interior se encontró en una estancia diáfana, sin ningún mueble y cubierto de esterillas *tatami* color trigo. A su lado dos sirvientes se inclinaron respetuosamente hasta tocar el suelo con sus cabezas, pero un *samurái* de unos cuarenta años le habló de forma brusca.

—Dadme vuestras armas.

Yami le miró a los ojos, calculando sus posibilidades y sopesando la acción a tomar cuando otra voz, al fondo de la estancia, interrumpió sus cavilaciones.

—Os ruego sepáis perdonar a mi escolta. El viejo Tetsuo me quiere demasiado.

Una única persona, sentada en *seiza*, le esperaba. Parecía tener unos sesenta años, con cejas perfiladas y bigote fino y alargado junto a una perilla de igual forma, al estilo de *Catay*. Su cabeza, de pelo aún negro y corto, estaba coronada por el inevitable bonete con una tira hacia delante erecta y la circular cayendo hacia atrás. Vestía un *kimono* muy ancho de largas mangas que ocultaban sus brazos cruzados sobre el pecho, salpicado de múltiples representaciones de lo que seguro era el *mon* familiar, dos triángulos oscuros de lados iguales en paralelo y un tercero apoyado sobre las dos puntas, formando entre los tres otro mayor. Por alguna razón, este dibujo no le era desconocido y trató en vano de encontrar en su memoria dónde lo había visto antes.

—No suelo alejarme de mis armas —contestó con los ojos aún atentos a Tetsuo.

—Ah, un *samurái*. De la frontera, ¿verdad?

—Así es.

—Quizá sepáis quién soy —su voz denotaba la entereza y seguridad del que está acostumbrado a mandar de manera autoritaria y de inmediato esta constatación le puso sobre aviso. Estaba claro que su calidad distaba enormemente de los pusilánimes que acaba de conocer.

Nuevamente desconocía el suelo que pisaba, lo que le incomodó enormemente, pero no tenía nada que perder tras la deplorable entrevista con Morikuni.

—Debéis perdonarme —le respondió—, pero toda mi vida la he pasado alejado de las grandes ciudades y los asuntos de Kamakura. Sin embargo, me someteré a vuestra exigencia.

—Os lo agradezco. De esta forma podremos hablar en privado, cara a cara.

Yami se deshizo de su *katana*, pero se cuidó de seguir con su *tanto* de hoja corta oculto en el muslo derecho, atada con dos tiras de tela al *obi*.

El otro *samurái* interrogó con la mirada a su señor por si había cambiado

de opinión, pero al no recibir respuesta acompañó a los dos sirvientes fuera de la casita. Estaban extrañamente solos. Ni siquiera a Yami se le escapaba que los grandes señores y nobles siempre estaban acompañados de innumerables sirvientes, damas de honor y escoltas y la situación era del todo inusual.

—Acercaos Hinoku Kahei Yami.

Yami se sentó sin pronunciar palabra. Desconocía cómo aquel hombre sabía cuál era su nombre y dónde encontrarle, pero todo seguía indicándole que debía conducirse con sumo tacto.

—Es del todo inusual encontrar a alguien que no conozca el apellido Hōjō, lo que lejos de incomodarme, solo me produce perplejidad. Como veis, mi edad me ha relegado a un segundo plano, pero en verdad aún conservo gran parte de mi influencia en el gobierno.

Se interrumpió para dar un sorbo a una taza de *cha* humeante. No había invitado a Yami, lo que dejaba claro que no le daría ninguna otra muestra de consideración y de que se encontraba frente a alguien encumbrado. Sin embargo, no se escondía tras una mampara o le hacía llegar su voz a través de un sirviente. Quería verle a solas, pero ¿hasta qué punto podría ayudarle?

—Quizá fuera muy atrevido por mi parte pedir que me hablarais de ello.

—¡Ja! En efecto lo es, pero estoy dispuesto a pasarlo por alto y gustosamente os ilustraré para sacaros de vuestra hilarante ignorancia.

Yami a duras penas soportó el insulto, recordando que era más que aconsejable soportar sus desaires. Se mofaba de él con naturalidad y despreocupación, pese a encontrarse a solas con un hombre joven y fuerte que fácilmente podría ahogarle con sus manos sin que nadie escuchara nada, por no hablar del arma oculta.

Bien, esperaría qué era lo que tenía que decirle y luego valoraría qué hacer. Al fin y al cabo, estaban solos y nadie podría juzgarle.

—El clan Hōjō es el más importante de todos los que han existido en la historia de nuestro sagrado país. Hōjō Tokimasa acudió a la cueva de un dragón sagrado hace doscientos años, en la isla de Enoshima, con el fin de pedir su favor. Allí oró y su corazón puro y férrea voluntad conmovieron al dragón, que le concedió tres de sus escamas, dando a nuestro clan el favor de los dioses. Este encuentro es inmortalizado en nuestro *mon* —afirmó mientras levantaba un hombro para llamar la atención sobre el sencillo dibujo—. Cada triángulo es una de aquellas escamas y su distribución no es aleatoria, pues gracias a ella resulta un cuarto invertido en el centro. Así están representados los cuatro espíritus del alma: el valor, la amistad, la sabiduría y el amor.

Yami supo entonces dónde había visto antes ese dibujo. En efecto, muchos de los *bushis* que se habían acercado a la frontera en busca de renombre o a probar su hombría combatiendo a los *emishi* habían mostrado ese dibujo en alguna parte de sus armaduras.

—Tokimasa —continuó Saadaki—, ya era en aquel entonces miembro de

la guardia palatina y acabó convirtiéndose en *shikken*, lugarteniente del *shōgun*, estableciendo el título como hereditario. Más tarde, cuando los bárbaros trataron de invadir nuestra nación, nuestra familia destacó por su valor y relevancia en la lucha, siendo el referente para toda la clase militar del país desde entonces. El propio *shōgun* ha delegado en nuestro apellido las riendas del país y es mi hijo, Hōjō Moritoki, quien ostenta en la actualidad la regencia. Desde hace más de cien años mi familia ha procurado desbaratar el poder de la caduca nobleza y es gracias a nuestro empeño que *bushis* como vos pueden mirar cara a cara a estos y aspiran a una nueva categoría de nobleza.

»Hemos redistribuido el poder de la tierra y su organización, elaborando un código feudal sobre su administración; reorganizado la vida civil, fiscal y administrativa del estado; desarrollado las artes, la literatura y asentando el budismo en nuestro país. Fuimos capaces de aunar a todos los clanes militares para rechazar las dos invasiones extranjeras. Los propios emperadores buscan nuestro apoyo y somos nosotros los que elegimos a los miembros de la corte imperial. Es pues con nosotros, y solo nosotros, con quien debes hablar sobre las cuestiones de gobierno.

Hizo una estudiada pausa y con gran parsimonia tomó un nuevo sorbo, observando con sus pequeños ojos la influencia de estas en Yami.

Sin lugar a dudas se encontraba desconcertado. Estaba claro que había sido demasiado atrevido al pensar que podría desenvolverse en solitario en la capital, ignoraba sus engranajes y la diplomacia le era del todo ajena. Su interlocutor también era consciente de ello con solo observar su rostro. «Tanto mejor» se dijo Sadaaiki, «antes acabará nuestra entrevista».

—Me han contado que representáis a un comerciante muy importante para el *bakufu* —continuó— y que es posible que deseéis negociar algún tipo de cambio en nuestras relaciones. Desde luego, el *shōgun* no puede ayudaros y vuestro desconocimiento sobre esta cuestión ha llamado poderosamente mi atención. No os habéis dirigido al funcionario destinado al efecto y en su lugar habéis pretendido acceder a alguien tan encumbrado. ¡Del todo inaudito! Vuestra categoría no debería permitíroslo y vuestra arrogancia solo es comparable con la ignorancia de tamaña osadía. Si no fuera porque Morikuni se aburre sobremanera no hubiera consentido jamás en recibiros. Solo deseaba exhibir un bárbaro de la frontera como diversión para sus invitados.

Ofreció un nuevo y tenso silencio mientras tomaba otro sorbo de su taza con la mirada fija en Yami. Sin lugar a dudas trataba de amedrentarle con sus afirmaciones. El asombro del joven se leía fácilmente en sus ojos. No podía creer que el General en Jefe de todos los ejércitos, el brazo ejecutor de los bárbaros y pacificador del país, no estuviera al mando del gobierno, que fuera tan solo un alfeñique afeminado y que fueran otros los que encubiertamente tomaran las decisiones. Y uno de ellos estaba ahora sentado frente a él, tratando de intimidarle antes de discutir cualquier asunto.

Pero solo le llevó unos momentos reponerse, entendiendo que se encontraba frente a la persona que andaba buscando.

El problema era saber hasta qué punto podía ser sincero con él. ¿Cómo conocer si estaría de su lado? Por otro lado, tratar de engañarle y ser descubierto sería fatal.

Respiró hondo y recordó que fuera lo que ocurriera sería beneficioso en cualquier caso. No hace mucho estaba tirado en el suelo, comiendo lo que robaba y luchando cada día por su vida en la frontera. Ahora se encontraba de tú a tú con el que parecía ser un alto cargo del gobierno del país. ¿Quién se lo hubiera dicho al principio de ese mismo año?

—Como bien decís —arrancó al fin—, mi ignorancia me ha tornado atrevido, pero debéis conocer que mi sitio ha sido la frontera desde niño, luchando para salvaguardar el país. Mi apellido no aparece en los poemas ni en las canciones, pero no dudéis de que sea honorable. Por otro lado, es cierto que no he hablado con el funcionario que mi tío, Higa Kazuo, me sugirió, pues en verdad, mi negociación es personal.

Esta vez fue él quien cayó y aguardó la influencia de sus palabras en su interlocutor. Este sonrió avieso.

—Vaya, parece que el *samurái* provincial alberga sentimientos poco nobles, pese a lo que digáis sobre vuestra vida de dedicación. Desde luego sois atrevido. Hablad y veamos hasta qué punto también sois elocuente.

Yami carraspeó incómodo y decidió arriesgarse aún más. El hecho de que estuvieran a solas, que alguien tan relevante quisiera hablar con él y que además pusiera especial énfasis en recalcar su poder parecía enmascarar cierta debilidad. En su mundo, si alguien en verdad era más fuerte simplemente aplastaba al otro, no perdía el tiempo anunciándolo.

—La familia Higa ha sido comerciante —comenzó—, pero su especial beneficio económico la ha hecho encumbrarse ignominiosamente. El orden de las cosas no debería permitirlo. Por debajo de los que, como vos, dirigís los destinos de nuestro país, deberían encontrarse los gobiernos provinciales, la corte imperial y los nobles, las órdenes religiosas, los agricultores y los artesanos. Los comerciantes pertenecen a la clase más baja, solo superiores a los *eta* y los proscritos, pero Kazuo amasa una fortuna que le hace pensar que está por encima de la casta militar y de la nobleza. Mantiene bajo su mando un pequeño ejército con la excusa de proteger sus caravanas y se ha vuelto peligroso. Sus propios hombres le odian, pues son auténticos *bushis* deseosos de que un *samurái* tome las riendas de la familia y dejar de servir a un comerciante. Por otro lado, eso sería posible si me concedierais la gracia de ocupar su lugar. Pertenezco a la familia y el traspaso se haría sin oposición.

—¡Ja! ¿Y qué obtendría nuestro gobierno a cambio? ¿Olvidáis que Kazuo respira gracias a nuestro beneplácito? Su contribución a las arcas del estado ha sido siempre muy provechosa. Él jamás ha dado muestra alguna de pretender

menoscabar nuestro mandato y por otro lado ¿quién tomaría las riendas de tan lucrativo comercio? ¿Vos, que aseguráis que hacerlo no es honorable?

—Quizá no sepáis que apoya a Iwakura. Incluso mandó a su hijo a luchar a su lado.

—¿Iwakura? ¿Olvidáis que es nuestro *jitō*?

Yami respiró profundamente. Lo que se disponía a decir era su único y precario argumento. Ni siquiera sabía si era cierto o si importaría al *bakufu* lo suficiente como para apoyarle.

—Pronto dejará de serlo. Por lo que sé ansia tomar el control de toda la provincia para sí mismo y dejar de apoyar a Kamakura mientras conquista los territorios limítrofes. Si a eso añadimos el apoyo económico de Kazuo, ¿qué ocurrirá en el futuro?

Para su sorpresa, ¡su arriesgada afirmación pareció surtir el efecto deseado. Sadaaki pareció perder su arrogancia y el ritmo de la conversación. Guardó silencio y pareció sopesar cuidadosamente su respuesta.

—¿Es eso cierto?

—Podéis creerme. Kazuo me ha mandado para ganar tiempo, solicitar un nuevo pacto para que penséis que nada cambiará en el futuro, pero creedme cuando os digo que de una forma u otra perderéis su apoyo económico y lo que es más grave, puede ser usado por Iwakura para independizarse y crear un territorio rebelde a Kamakura. Si me otorgáis el mando de su clan os juro luchar contra Iwakura llegado el caso.

—¿Y qué muestra de fidelidad pensabais mostramos?

—Puedo daros algo que haga que tengáis cierta ventaja sobre Kazuo.

—Seguid.

—Puedo traeros a la menor de sus hijas como rehén.

Sadaaki hizo una muestra de desdén antes de replicar.

—No es suficiente. ¿Pensáis que no puedo hacer lo mismo con su hija mayor? Reside en esta misma ciudad.

—Así es, ¿pero no obtendríais mayor ventaja si añadierais a su propia esposa?

Un nuevo silencio que Yami paladeó intensamente. Se sentía satisfecho. En verdad su suerte parecía estar cambiando.

—¿No es esto una muestra de confianza? —prosiguió—. Lo haría aún antes de obtener vuestro favor como gesto de buena voluntad.

—Veremos primero si sois hombre de palabra. Creo recordar que fuisteis vos mismo quien atravesó con una flecha el corazón de vuestro primo por encargo, cuando el propio Kazuo os había hecho cargo de su custodia. ¿Cómo se puede confiar en alguien así?

Yami palideció. No podía creer que alguien más supiera su secreto. En efecto, poco después de que Sato fuera nombrado *samurái*, un hombre extranjero le ofreció una suma considerable de oro por su muerte. Como al fin

y al cabo Kazuo había ordenado su vuelta y ya no obtendría más regalos por mantenerle aceptó. Había sido muy sencillo simular una emboscada y dispararle una flecha escondido entre los árboles. Ni siquiera sabía el nombre del hombre que le había pagado generosamente y jamás le había vuelto a ver. ¿Cómo era posible que lo supiera Sadaaki?

Parecía haber perdido toda su ventaja y se encontraba en un aprieto. Pero de pronto, como una revelación, apareció la solución a los dos interrogantes.

—Vos mismo encargasteis su muerte, ¿verdad?

Su interlocutor ofreció una tímida sonrisa como primera respuesta. Luego volvió a hablar.

—Veo que sois menos cándido de lo que aparentabais en un primer momento. En efecto Kazuo es una molestia y sí, aceptamos vuestro ofrecimiento. Pero cuidado, tenemos sobrados recursos para realizar nuestros planes. No sois tan necesario como creéis. Si intentáis hacer algo inesperado seréis aplastado.

—Como deseéis. ¿Puedo, pues, decirle a Kazuo que cuenta con un renovado compromiso con el gobierno?

—Decidle que le exigimos un pago doble del acostumbrado para el mes que viene como gesto de buena voluntad. No es ningún estúpido y espera algo parecido por la participación de su hijo a favor de Iwakura. En cuanto a tu tía y su hija… ¿Dónde se encuentran?

—¿No confiáis en mi palabra? Yo podría traerlas si me permitierais…

—Silencio. Deseáis contar con nuestro apoyo. Bien, ofreced algo a cambio. Empezad a ser útil. ¿Dónde están?

Yami se obligó a responder. Era una información que hubiera preferido guardarse para sí.

—En el monasterio *zen* del monte Timul.

—Bien. Eso es todo por hoy. A partir de ahora nos haréis llegar cualquier información relevante sobre Kazuo o Iwakura. Se avecinan cambios, cambios que pueden ser muy beneficiosos para aquel que se coloque en el lugar adecuado.

Sadaaki dio una palmada y los *shojis* dobles se corrieron para mostrarle la sabida. Esta vez a Yami no le costó inclinar su cabeza como muestra de respeto. Cuando salió al exterior y recuperó su *katana* estaba exultante y apenas podía calmar su desbocado corazón lo suficiente para alejarse con porte digno tras el criado que le conducía a la salida. Poco a poco su sueño de poder y riquezas empezaba a materializarse.

Monasterio del monte Timul, Mimasaka

La oscuridad de la noche sin Luna empezó a mostrar la larga concentración de nubes índigo entre las montañas. Al poco, el mismo cielo sobre ellas adquirió un tono azulado, dejando adivinar un Sol aún oculto entre los picos cubiertos de vegetación. El mundo renacía una vez más, despertando al mismo tiempo a las diez mil cosas que lo habitan.

Pero desde mi forzado encierro no podía ver a mi amado cielo, ni sentir la Vida abriéndose paso. Ningún sonido llegaba desde fuera y la falta de luz tampoco me ayudaba a saber en qué hora del día me encontraba.

En mi obligado silencio había tenido tiempo para recordar a mi familia y a mi campo de arroz, arrebatados cruelmente por aquellos samuráis que habían jurado una vez defender y servir a la virtud. También había repasado mi camino tras los pasos de Shiro, la enfermedad que casi me había llevado al otro lado y al extraño curandero que me había atendido.

Por extraño que pudiera parecerme, no lamentaba estar allí, no me arrepentía del atrevimiento que me había hecho merecedor del castigo, ni guardaba rencor alguno hacia Ryokan. Aún no había desarrollado esa enfermiza obsesión de los adultos por tratar que las cosas se amolden a sus deseos y aún mantenía la aceptación del iluminado, el mismo sentido de fluidez que nos acompaña al venir a este mundo y que perdemos en cuanto crecemos y caemos en el sentimiento de separación.

En cambio, sí me inquietaba no saber qué podía esperar a partir de ahora. ¿Me quedaría allí para siempre? ¿Serían capaces los monjes de mantenerme enclaustrado de por vida como ejemplo para los demás? ¿Tan grave era mi falta?

Entre esos oscuros pensamientos me encontraba cuando una voz infantil, que nunca había escuchado antes, surgió de pronto.

Cuando Shoko y yo dejamos atrás las puertas exteriores del monasterio tras los pasos de Shiro me embargó una gran alegría. Era la primera vez que abandonábamos la dura vida monástica desde nuestra llegada y estaba ávido de volver a contemplar la belleza del mundo exterior. Shoko por su parte me

guiñaba travieso un ojo mientras imitaba de forma burlona la suave carencia del monje, que durante tantas jornadas había seguido antes de mi llegada allí.

Regresaban ahora los recuerdos de mi vida anterior, cuando no llevaba el pelo rasurado ni vestía los tonos amarillentos de novicio. La exigente dedicación de mi nueva vocación me había abstraído de todo ello y ahora que abandonaba brevemente los gruesos muros que nos aislaban del resto de los mortales todo volvía desde lo más escondido de mi mente. Sin embargo, ya no sentía la acuciante necesidad de buscar a mi familia. No había vuelto a soñar con Madre y en cierta forma me encontraba en paz. Todo parecía haber sucedido en otra vida.

—Shoko, esa no es la conducta apropiada para un monje —le reprendió Shiro sin ni siquiera girarse—. Dirígete con la dignidad propia de tu condición.

Esta vez fui yo quien le miró y le sonreí burlón, a lo que me respondió sacándome la lengua con cara de pocos amigos.

A nuestras espaldas cargábamos cestas repletas de bellas tallas de *Amida* y elaborados rosarios para intercambiar por comida en el pueblo más cercano, a medio día de caminata. Muy cerca de él estaba el hogar de Shoko, pero en ningún momento había deseado volver a verles. Ahora era novicio, me decía, y toda su vida anterior había dejado de existir para él.

Durante los meses que habíamos pasado en el monasterio no habíamos estado mucho tiempo con Shiro, al fin y al cabo era uno más entre los muchos que se dedicaban a nuestra educación, y mucho menos había tenido la oportunidad de hablarle con la misma intimidad que en el camino. Ahora me surgían muchas preguntas que no me había atrevido a pronunciar y que esperaba encontrar la manera de formular en el trascurso del pequeño viaje. Al parecer, yo era el único que parecía albergar dudas sobre aquella doctrina y la forma en la que se nos decía que debíamos vivir. El resto de novicios se esforzaba ciegamente en hacer y pensar todo aquello que se esperaba de nosotros, aunque yo sintiera que no entendían realmente lo que hacían. Mi amigo Shoko por ejemplo esperaba a que estuviéramos solos para comportarse de la manera más irresponsable y alejada de los preceptos, aunque luego pareciera el más devoto de los dos.

El resto de novicios habían ingresado en la orden con nuestra edad o incluso más jóvenes y ahora que los años allí les había otorgado cierta seguridad se dedicaban a tratamos con suficiencia y aleccionamos a la menor ocasión, como si ya fueran monjes ordenados y maestros en el camino de la iluminación. Compartíamos con ellos las clases, las comidas y las meditaciones, pero en las horas diarias de trabajo nos dedicábamos a otras tareas, normalmente de menor esfuerzo físico, como barrer las dependencias de los monjes y reponer los incensarios, mientras el resto ayudaba en los huertos y plantaciones de la orden. Así que Shoko era mi único amigo allí.

Después del *zazen*, la meditación sentada, y el desayuno nos habíamos encontrado con la noticia de que hoy acompañaríamos a Shiro hasta el pueblo. No tendríamos que continuar con nuestros deberes y escaparíamos de la rutina en una excitante excursión. Siempre había pensado que jamás volvería a pisar el suelo del mundo exterior así que mi corazón latía desbocado con la novedosa situación.

Para mi sorpresa mientras caminábamos surgió unos pasos más adelante una figura en *seiza* con la frente pegada al suelo, a un lado del camino. Cuando estuvimos a su altura confirmé mis sospechas. Takeshi había recuperado su *batana*, su arco y sus antiguas ropas, aunque había prescindido del peinado propio de los *samuráis* y dejado crecer sus cabellos para recogerlos en una simple cinta a la coronilla. También había descuidado su rostro y mientras se postraba de rodillas e inclinaba su cabeza a nuestro paso una barba espesa tocaba el suelo. No pude evitar sentir una punzada de temor al pasar delante suya, aunque mi mente me recordara que no me haría daño. Las imágenes de la rápida forma con la que había acabado salvajemente con aquellos tres hombres aún permanecían claramente en mi recuerdo.

Miré varias veces hacia atrás cuando le rebasamos pero no se movió lo más mínimo mientras nos alejábamos, como si hubiera sido esculpido en la roca, hasta que le perdimos de vista y no pude seguir contemplándole.

—¿Has visto? —me preguntó Shoko—. Ese era tu amigo el cobarde.

—No es mi amigo y tampoco es un cobarde.

—¿No? ¿Entonces por qué se escondía de aquella forma cuando llegaron los *samuráis* de tu prometida?

—No se escondía, estaba preparado para atacar, seguro. Y te he dicho mil veces que Minako no es mi prometida.

—¿No? ¿Entonces por qué se te cae la baba cuando la sabes cerca?

—Eso no es verdad.

—¡Ja! Se te ponen los mofletes rojos. A mí me da miedo que se calienten tanto que se derritan como la cera de las velas. Yame imagino tu cara sin mofletes. Seguro que entonces eres más feo aún y no puedes casarte con Minako.

—Déjame en paz. No te soporto.

—Bueno, aún te quedarían los labios para mandarle besitos. Mua, mua.

—¡Que me dejes!

En esas intervino Shiro.

—Habéis olvidado que ahora sois embajadores de nuestra orden. Cada palabra y cada gesto pueden ser vistos por cualquiera y si no son los adecuados la vergüenza se extendería a todos vuestros hermanos. Dejad de discutir y concentraos en el lugar donde ponéis vuestros pies.

—Perdónanos, maestro —contestamos al unísono, aunque mi voz no sonó muy convincente, pues Shoko me dio un codazo mientras hablaba.

Fuimos bajando la montaña en silencio por la misma vertiente que tomara aquel día para encontrar el monasterio siguiendo a la mariposa y pronto aparecimos en el camino. Sentí una mezcla de fuertes sentimientos, emocionado por sentir de nuevo la arena fina bajo mis pies, la promesa de una nueva aldea tras un recodo, el encuentro temido y a la vez esperado con algún nuevo habitante del mundo. Me reencontraba con aquella serpiente que no parecía tener fin, la misma que me había alejado de la seguridad perdida de mi casa para arrastrarme sin retomo a aquella vorágine de vidas y experiencias que me habían transformado irremediablemente.

Pronto nos fuimos cruzando con aquellas gentes dedicadas en silencio a sus tareas diarias, que inclinaban la cabeza en señal de respeto cuando nos veían o incluso se postraban a nuestro paso. Para Shoko era una situación novedosa y disfrutaba orgullosamente de su respetada condición pero yo me hubiera sentido mucho más cómodo si nadie hubiera reparado de nuestro paso.

—¿Siempre es así? —me preguntó.

—No lo sé. Mientras anduve con el maestro sí, pero él mismo me dijo que hay lugares en los que creen en otras religiones.

—Aquí siempre hemos creído en Buda y en los monjes. Eso debe suceder muy lejos, en las tierras del norte donde viven los bárbaros.

Continuamos la jornada mientras el Sol se alzaba poderoso en el cielo, calentando con sus rayos la tierra y haciendo que la humedad fuera insoportable.

Afortunadamente Shiro respetó los horarios de nuestra vida monástica, por lo que a *La Hora de la Serpiente* paramos para hacer *zazen* a la sombra de un enorme pino. Cuando acabamos me encontré con el ánimo suficiente para formular mis preguntas.

—¿Por qué es tan importante el modo de sentamos, maestro? Por mi parte me resulta muy incómodo mantener las piernas así dobladas y es difícil meditar.

—La posición de tu cuerpo es tan importante como la de tu mente o tu corazón. No debes caer en el error de pensar que tu cuerpo es una cosa y tu Ser Interno otra. Esa dualidad es el origen de que la mayoría de las personas estén incompletas. Si pretendes hacer *zazen* tanto tu cuerpo como tu Yo Interno deben mantener la posición correcta. No existe lo uno sin lo otro.

—Pero el dolor de mis piernas no permite que mi mente esté calmada.

—Da gracias por ello en lugar de oponerte. Los monjes viejos, que no tienen ese problema, deben luchar para no quedarse dormidos. Trabaja con ese dolor y busca en él tu inspiración.

Agradecí sus consejos con una postración, pero no le concedí demasiada tregua.

—Hay otra cosa que no entiendo, maestro.

—Dime que te preocupa.

—¿Por qué hay que trabajar tanto? Eno me obliga a barrer el suelo de la explanada todos los días. No sirve para nada. Al otro día todo está otra vez lleno de hojas y tengo que empezar otra vez. ¿Para qué lo hago entonces?

—El trabajo diario ocupa la mente y acalla sus demandas. Además, enaltece el espíritu y fortalece la voluntad.

—Odio barrer. ¿Por qué tienen que caer las hojas? Si todo tendría que estar limpio, ¿por qué pasa?

—Haces la pregunta equivocada. Mejor plantéate qué ocurriría si no barrieras todos los días. El sentido de que caigan es el que tú las barras y que tú barras da sentido a que existan las hojas que caen. Eso es armonía, eso es equilibrio. Piensa en ello.

Suspiré molesto. Por mucho que tratara de enseñarme seguía odiando barrer. Por su parte, Shoko me miraba y sonreía burlón cuando Shiro no reparaba en él.

Cuando regresamos al camino volví a abordarle.

—Maestro…

—¿Sí?

—¿Por qué hay que estudiar tantas reglas, memorizar tantos cantos, aprender a leer para estudiar sin descanso, cuando siempre nos dicen que el Buda ya está en nosotros, que no tenemos que hacer nada para ser iluminados? No lo entiendo.

—Antes de andar hay que aprender a colocar los pies. Cuando sepas esto no necesitarás memorizar cómo mover las piernas, simplemente te llevarán al lugar que elijas. Hay que estudiar para luego olvidar.

También había algo que me mortificaba. Una y otra vez había tratado de desentrañar las palabras de Buda que me habían permitido ingresar al monasterio.

—¿Qué significa «la vida es sufrimiento»? No puedo creer que vivamos para soportar únicamente penalidades.

—Buda explicó «las cuatro verdades» nada más experimentar su despertar. La primera de ellas era, en efecto, «la vida es sufrimiento». No quiso decir que vivir es recibir un castigo y un dolor continuo, más bien daba a entender que la forma en la que la enfocamos es origen de sufrimiento continuo. Sufrimos al recibir todo aquello que no deseamos y cuando no tenemos aquello que anhelamos. Puesto que es del todo imposible librarse de lo primero y lograr lo segundo, la vida se convierte en sufrimiento. Curiosamente, cuando meditamos profundamente y afianzamos el axioma en nuestro interior despertamos a una nueva realidad de aceptación del infortunio.

Puesto que no es posible ser feliz aceptamos la infelicidad. En cuanto lo hacemos desaparece el anhelo por lo que no tenemos y el miedo a recibir lo que tememos, transmutándose el continuo estado de oposición a otro de

aceptación. Cuando se acepta se recibe y cuando se recibe surge un sentimiento rotundo de gratitud hacia la vida. Ese es el inicio hacia el *satori*.

—Pero es que…

—No —me cortó ante mi sorpresa—. No más preguntas.

Me quedé sin saber qué hacer, pues su tono había sido inusualmente violento.

—Piensas demasiado. ¿Por qué sale el Sol? ¿Por qué corre el agua? ¿Por qué vuelan los pájaros? ¿Crees que alguno de ellos se pregunta cómo hacerlo o el motivo de llevarlo a cabo? El *zen* es igual de natural. No hay preguntas que constriñan tu verdadero ser. No valores, no abraces una opinión, las cosas son como son. No pienses, siente.

Se adelantó unos pasos y de esa forma dio por concluida la conversación.

—Se te ha quedado cara de tonto.

—Déjame, Shoko.

—Si sigues molestando al maestro no serás nunca monje como yo. Tienes que perseverar más.

—Pero si tú lo único que haces es poner cara seria, quedarte dormido cuando nadie te mira en clase y repetir una y otra vez sin saber lo que dices.

—Eso no es verdad. Lo que pasa es que me tienes envidia por ser mejor monje que tú.

—Mentira.

—Verdad.

—Mentira mentirosa.

—¿Ah, sí?

—Pues sí.

—Entonces dime, ¿qué significa perseverar?

—Pues…

—¡No lo sabes!

—¿Acaso lo sabes tú?

—Que sí, es hacer el pino sin caerse.

—Te lo has inventado.

—Que no.

—Claro que sí. Nunca he visto a ningún monje hacer el pino.

—Pues yo sí.

—No me lo creo.

—El otro día estaba haciéndolo Ryokan en el patio.

—¿Seguro? —le pregunté incrédulo.

—Claro que sí. Cuando estaba en lo más alto se le bajó la ropa y se le vio la colita. La tenía muy pequeña, ¿sabes?

A ninguno de los dos nos gustaba el severo monje que nos pegaba con una vara de bambú en los hombros cuando meditábamos, supuestamente para liberamos de pensamientos y corregir nuestra postura, o que nos castigaba a la

menor oportunidad, así que no pudimos evitar reír con ganas.

—Y además estaba morada —siguió hablando entre risas.

—¡Silencio! ¿Qué os he dicho? —Nos reprendió de nuevo Shiro.

Inmediatamente nos pusimos serios, pero cada vez que nos volvíamos a mirar surgía en mi mente el recto monje haciendo cabriolas con su sexo pequeño y amoratado indecorosamente expuesto y estallaba en carcajadas infructuosamente contenidas por mis manos.

Pasamos el resto de la mañana caminando sin descanso y llegamos a las afueras del pueblo a la hora del almuerzo. Shiro nos ordenó preparamos convenientemente antes de que nuestros maleables y preciados espíritus se introdujeran en la marea de nocivas influencias que encontraríamos en el mercado.

Para ello entonamos el *sutra* de diez versos de Kannon.

¡Kannon!
¡Alabanza a Buda!
Todos somos uno con Buda,
todos despiertan a Buda.
Buda, Dharma, Sangha:
Libertad, alegría y pureza.
Por el día Kannon,
por la noche Kannon.
Este pensamiento viene de la mente de Buda.
Este pensamiento es uno con la mente de Buda.

—*Kannon*, invocamos con este canto a tu infinita compasión —continuó Shiro con las manos en posición piadosa frente al pecho—. Guíanos entre el ruido de las mentes dormidas y no dejes que contaminen nuestra pureza de espíritu.

Tras estas palabras meditamos durante un tiempo, hasta que Shoko habló.

—Maestro, ¿es cierto que *Kannon* tiene mil brazos y mil ojos?

—Con los ojos ve toda la miseria del mundo y el dolor de los humanos. Con sus innumerables brazos llega hasta todos ellos para sanarlos. No temas, no se trata de ningún monstruo. Fue un hombre, como tú y como yo, que siguió a Buda cuando este aún habitaba entre nosotros. Cuando alcanzó la iluminación, viendo a través de la naturaleza del sonido, se transformó en mujer, pues esa es la forma humana bajo la que se alberga mayor misericordia y amor. Y más tarde en lugar de partir de este mundo decidió quedarse para ayudar en el camino del resto de la Humanidad hacia el *satori*.

—Entonces, maestro —intervine—, ¿por qué no hay mujeres ordenadas?

—En eso te equivocas. Hay muchas monjas devotas en otros monasterios y de hecho en el nuestro contamos con Aiko.

—¿Ella también es monje? ¿Por qué no lleva entonces el pelo rasurado como nosotros? ¿Por qué no participa de los ritos y los trabajos en lugar de estar siempre encerrada?

—Para empezar se cortó el pelo hasta sus hombros. Eso representa un gran sacrificio para una mujer y atestigua su devoto compromiso. Y el hecho de que no se mezcle con el resto de la comunidad facilita la paz en ella. Además, sus votos la obligan a permanecer enclaustrada.

Estuve a punto de preguntar cómo era posible que las mujeres fueran un modelo de virtud y compasión y en la práctica las evitáramos, pero su mirada reprobadora me hizo recordar la conversación de primera hora. Era asombroso cómo había cambiado su actitud hacia mí, ahora que había ingresado en la orden, y no dejaba de lamentarlo.

—Está bien. Ya podemos continuar.

Seguimos su paso armonioso con las manos enlazadas con nuestro rosario en gesto piadoso. Sin embargo, en mi cabeza inclinada se movían curiosos los ojos de un lado a otro, registrando todo aquello que acontecía.

—¿Qué miras? —me preguntó Shoko.

—Nada.

—¿Cómo se puede mirar y no ver nada?

—Pues sin mirar.

—Pero si acabas de decir que estás mirando.

—Yo no lo he dicho, lo has dicho tú.

—Pues yo creo que estás siempre haciendo lo contrario de lo que te mandan.

—Eso no es verdad.

—Claro que sí. Me he fijado que cuando hacemos *zazen* no meditas. En su lugar miras para todas partes igual que ahora.

—Es que no puedo hacerlo.

—¿El qué?

—Meditar.

—¿Por qué?

—Pues porque me pasan cosas muy raras que me dan miedo. ¿Tú no ves cosas raras o sientes que vuelas lejos de allí?

—¿De qué hablas? Estás tururuta.

—Te digo que es verdad. Si hago caso a los maestros y dejo que mi mente no controle mi voluntad ocurren cosas muy raras, como si estuviera soñando, pero mucho más real.

—¿Qué cosas?

—A veces puedo escuchar lo que piensan los demás, otras veo una luz que rodea a cada uno. También una fuerza me arranca hacia arriba y me hace volar hasta muy lejos. ¿Sabes que he llegado hasta el mar? Nunca lo había visto, no podía creer que estábamos rodeados de agua por todas partes.

—Eso no es verdad. Si estuviéramos rodeados de agua las olas nos tragarían. Yo creo que te quedas dormido con los ojos abiertos.

—Pues aunque tú no te lo creas a mí me da mucho miedo y no quiero hacerlo.

Shoko guardó silencio unos instantes, en los que estuvo sopesando lo que le acababa de confesar.

—¿Y se lo has dicho a alguien?

—Sí. Es algo que tengo desde siempre. Un curandero me dijo que era un don y que él venía de un lugar donde había otra gente como yo. Él también lo tenía, pero estuve a su lado muy poco tiempo y no pude aprender. Algún día iré a verle de nuevo.

—¿Y en el monasterio?

—Solo a Shiro, pero me dijo que no era real, que cuando se libera la mente durante una sesión muy larga podemos sufrir alucinaciones que parecen verdaderas, hasta el punto de que incluso algún monje ha creído erróneamente haber llegado al *satori*. Me aconsejó que debería seguir con la práctica y no hacer caso.

—¿Y qué hiciste?

—Lo intenté, pero volvió a pasar una y otra vez. No sé qué hacer ni qué me pasa cuando me pongo a meditar.

—Pero si no es real, te lo dijo Shiro.

—Sí que lo es. He visto cosas que luego han pasado, como cuando se derrumbó parte de la pared de la terraza del campo de arroz. Y otro día aparecí en la cocina sin saber cómo había llegado hasta allí.

—¡De eso me acuerdo! Te castigaron por escaparte.

—Pero no moví ni un pie. Es la verdad.

—No sé. Para mí que estás tururuta. Mira, ya llegamos.

Entramos a la aldea en silencio y de pronto Shiro se acuclilló para recoger algo del suelo.

—¿Qué es eso, maestro? —preguntó Shoko.

—Una moneda de oro.

Nos quedamos sin habla, tanto por la fortuna de haberla encontrado como que fuese precisamente él, nuestro maestro *zen*, quien recogiera dinero. Para nosotros cualquier posesión terrenal podía ser motivo de desviación del verdadero camino hacia la «no dependencia», por lo que los monjes pasaban por la vida sin mayores tesoros que su escudilla, el rosario y la túnica.

Mi amigo me miraba contrariado y fruncía el ceño censor. Por mi parte ni siquiera en secreto me atrevía a criticar a Shiro.

Continuamos por la calle central del pueblo y al poco Shiro se paró junto a un vendedor de alubias que se había detenido para descansar. Tiraba de un carro repleto y le pidió un saco. Cuando le pagó con la moneda el comerciante no podía creer su buena suerte, pues estaba claro que le había pagado muy por

encima de su valor.

Después seguimos caminando tras Shiro, sin acabar de comprender lo que estaba ocurriendo.

—Maestro —le llamó Shoko sin poder contenerse—, ¿cómo es que cogió el dinero? En el monasterio nos enseñaron a no manchar nuestro espíritu de esa forma.

—No has aprendido nada —le censuró—. Lo que te enseñaron en el monasterio es a no aferrarte a las cosas. Yo cogí la moneda, pero me libré de ella. Tú, sin embargo, la sigues llevando encima.

Algo más allá le dio el saco a un hombre que pedía limosna, quien no paró de hacer reverencias entre gritos de alegría.

—Cuando vimos el objeto en el suelo era una moneda olvidada —retomó la conversación al tiempo que nos alejábamos—. Luego se convirtió en el trabajo de un mes para un comerciante y más tarde en la comida de dos meses para un vagabundo. Ya ves, no siempre la «no acción» es perniciosa.

Ninguno de los dos osó rebatirle.

Algo más adelante aparecimos en el pequeño mercado de la aldea. Detecté de inmediato un corrillo de gente a un extremo y el inconfundible sonido de un *samisén*. Reconocí la bella interpretación de Yushijin y una sincera y excitada alegría me iluminó.

Intenté parecer calmado mientras desplegábamos la manta en el suelo y colocábamos nuestras piezas para vender, pero mi atención no se apartaba de la procedencia de las notas. Qué difícil fue para mí no salir corriendo hacia allí para volver a sentir con mi poder la magia de aquella música.

Los aldeanos se apresuraban a adquirir nuestros budas y rosarios, alentados con la idea de que estuvieran bendecidos por*Amida* gracias a la mediación de los monjes. Para ellos eran objetos casi sagrados que les traería buena fortuna y la solución a sus problemas, así que no les suponía gran esfuerzo cambiarlos por frutas, verduras, semillas o carne. Muy pronto habríamos terminado y yo seguía sin saber cómo llegar hasta el trovador antes de marchamos.

En ese momento un trueno ensordecedor nos hizo a todos enmudecer y detuvo el tiempo congelado en un instante, pues no había brotado del cielo sino de la tierra. La gente dejó de hablar, los transeúntes detuvieron su paso petrificados y la música cesó.

En otras muchas ocasiones había vivido temblores y terremotos. Todos estábamos acostumbrados a que un par de veces al año los dioses nos recordaran que la tierra que pisábamos era suya, pero no pasaban de hacer caer algún árbol moribundo o derrumbar alguna choza destartalada. Los más fuertes producían la caída de rocas de las montañas o alteraban momentáneamente el curso de algún riachuelo. Sin embargo, el sonido que anunciaba a este había sido inusualmente poderoso y todo había vibrado con él, haciéndonos temer algo peor.

No tuvimos que esperar mucho. De repente el suelo se abrió delante de nosotros, engullendo a varias personas que no tuvieron ni tiempo de gritar. Siguió serpenteando con el sonido de una montaña al desmoronarse hacia unas chozas cercanas que se plegaron sobre sí mismas y fueron igualmente tragadas.

El pánico se apoderó de todos y empezaron a correr en todas direcciones. Shoko y yo miramos a Shiro, pero el monje siguió sentado junto a los dos rosarios que quedaban por vender. Pese a que en sus ojos vi sorpresa su voz nos llegó fuerte y calmada por encima del ensordecedor bullicio.

—¡No os mováis de donde estáis!

Nos miramos preguntándonos si eso era prudente mientras nuestras piernas pugnaban por correr alentadas por el pánico, pero Shiro insistía.

—¡Venid aquí y rezar!

A duras penas fuimos capaces de sentarnos a su lado y mantener las manos alzadas a la altura del pecho mientras a nuestro alrededor la gente chillaba y trataba de encontrar un lugar seguro presa del pánico. El suelo no dejaba de moverse y nos hacía bambolear de un lado a otro. Muchos eran incapaces de mantener el equilibrio y caían de bruces lastimándose, pero los menos afortunados caían por el imprevisible abismo que recorría la calle.

—¿Recuerdas aquel día en el que llovió? —gritó Shiro a mi oído—. Esto es igual. No hay lugar a donde ir. Por todas partes tiembla la tierra por igual.

Fui testigo entonces de cómo el suelo se rompía en el mismo lugar donde había estado momentos antes el corro alrededor de Yushijin y temí por él. Ahora que las palabras de Shiro me habían calmado lo suficiente para ver con claridad me di cuenta de que no sería capaz de llegar. Ni siquiera parecía posible lograr permanecer mucho más tiempo sentado sin caer hacia algún lado.

Y en ese momento, de la misma súbita forma en la que había surgido, el terremoto cesó. Yo me levanté como un rayo y corrí hacia donde creía que podría encontrarle.

—¿A dónde vas? ¡Vuelve aquí! —me gritó Shiro, pero no quise obedecerle.

Cuando llegué encontré su *samisén* tirado en el suelo, pero él no estaba.

—¿Alguien ha visto al trovador?

Pero malgastaba mi tiempo. Nadie parecía escucharme mientras deambulaban de un lado a otro como sonámbulos. Alguien gritó «¡fuego!» y las pocas personas que quedaban se marcharon para ayudar o huir.

—¡Vuelve aquí! —me gritaba Shiro desde más allá mientras recogía junto a Shoko nuestras cosas.

Entonces me atreví a asomarme a la profunda grieta y vi su baúl sobre una repisa de roca. Agarrado a unas raíces, Yushijin trataba de llegar hasta él alargando sus brazos desde más arriba. Bajo ellos se hundía la abertura estrechándose hasta perderse. No era una gran altura, pero sí suficiente para

lastimarse gravemente con los salientes de piedra. Sin embargo, no fue eso lo que me alarmó. Un miedo indefinido, una poderosa intuición de que algo grave iba a ocurrir, provocó mi desesperada llamada.

—¡Oye! ¡Sube rápido y deja el baúl! ¡No podrás cargarlo!

El trovador miró hacia arriba y me vio.

—Eres tú. Parece que al final salvaste la vida. Bien caro me salió conocerte. ¿Qué haces con la cabeza rapada? No me digas que ahora eres un iluminado.

—Escucha, sal de ahí. Hay peligro.

—No puedo. Tengo que recuperar algo —dijo mientras trataba de apoyar un pie en un saliente estirándose todo lo posible en posición inestable.

—El baúl es demasiado grande y pesado. Es imposible que puedas sacarlo.

—No hará falta. Es otra cosa.

Yo sabía que eran sus preciadas monedas lo que le obsesionaba hasta el punto de arriesgar su vida. No sabía qué podía hacer para convencerle y me desesperaba impotente.

Otro ruido tremendo sacudió el suelo y lo hizo temblar. Yushijin perdió pie y se sujetó únicamente por los brazos mientras que el baúl se arrastraba un poco más abajo, a punto de caer hacia el fondo.

—¡Corre! —le grité—. ¡Sal de ahí!

—Solo un momento.

La vibración no cesaba, echando tierra y piedras sobre la grieta pero seguía intentando bajar más. Mis ojos estaban hipnotizados y no era capaz de buscar mi propia seguridad alejándome de allí. Me repetía que debía hacer algo para que saliera, que el tiempo se agotaba, y el corazón me dio un vuelco cuando se dejó caer y aterrizó junto a su preciado baúl a punto de perder el equilibrio.

—Ya está —se alentó triunfal—. Solo una cosa más…

No le importó que fuera testigo de cómo abría el compartimiento secreto y sacaba la preciada caja plateada. En ese momento, con un quejido lastimero y profundo, las paredes empezaron a cerrarse.

—¡La grieta se cierra! ¡Tienes que salir!

No dijo nada, pero su mirada de espanto desfiguró su sonrisa. Agarró su preciada carga con una mano e intentó saltar para amarrarse a algún lugar que pudiera sostenerle. Pero con un solo brazo era casi imposible.

—¡Suelta la caja! —le grité intentando hacerme oír por encima del estruendo.

—No puedo… —me pareció que contestaba ocupado como estaba de no caer con el bamboleo.

Cada vez era todo más estrecho. Bajo él ya no había apenas distancia hasta la dura piedra y las paredes se habían estrechado tanto que ya casi se tocaban. Si no subía pronto quedaría atrapado irremediablemente.

Por fin consiguió apoyar una pierna a cada lado y con su brazo libre se las

arregló para ascender todo lo rápido que le permitía su desesperación. El baúl desapareció aplastado más abajo mientras la tierra se cerraba como una boca monstruosa ascendiendo hacia él.

Estiré un brazo para ayudarle cuando estuvo a mi alcance. Me molestó que desechara mi ayuda con un ademán, pues no me había dado cuenta de que con su peso me hubiera arrastrado con él.

—Ya estoy aquí —me dijo asomando su mano libre y la cabeza.

Apenas había el sitio suficiente para su cuerpo y deseé con todas mis fuerzas que tuviera tiempo de salir. Pero en ese momento cambió su rostro a una mueca contrariada.

—Mi caja. No puedo subirla, ha quedado encajada.

Volvió a meterse dentro y probó a tirar de ella con todas sus fuerzas. Ahora la grieta solo se adentraba la altura de dos hombres y podía apoyar ambos pies en el ascendente suelo.

—No sale, no sale —hablaba para sí ofuscado.

—¡Déjala! —le imploraba, pero él seguía allí dentro mientras todo se cerraba y deformaba la caja plateada.

Por fin se rompió y las monedas se precipitaron como una cascada por los profundos agujeros, perdiéndose para siempre en el fondo de la tierra.

—¡No! —aulló—. Mis monedas, mis preciosas monedas.

—¡Sal, sal!

Pero no me oía. Solo tenía ojos para los discos brillantes escurriéndose inalcanzables y no fue consciente de cómo la grieta se cerraba entorno a él atrapándolo bajo tierra. Las paredes continuaron cerrándose, aplastándole sin remisión.

Un silencio ensordecedor se instaló sobre el mundo y yo me quedé allí plantado, sentado sobre la grieta llorando. A mi lado su *samisén*, milagrosamente intacto, yacía sin vida ahora que los dedos expertos de Yushijin no lo acariciaban.

En los siguientes días toda la comunidad estuvo muy ocupada. Decenas de almas habían abandonado este mundo y los funerales y ritos oficiados por los monjes eran constantes. Para empezar velamos las primeras noches en las residencias de los familiares o junto a los restos de sus casas, derrumbadas o quemadas por el devastador fuego que se había producido después. Invocábamos el nombre de *Amida* una y otra vez para que les acompañara en el tránsito a la otra vida. También atendíamos las numerosas cremaciones y acompañábamos las urnas con las cenizas hasta colocarlas en los altares familiares en los hogares. Todo el mundo había perdido a un ser querido y las caras junto con las ropas de los que iban de un lado a otro con miradas bajas se habían teñido de gris oscuro.

Durante los siguientes cuarenta y nueve días a la muerte, el alma deambulaba en un estado de transición, esperando renacer según su *karma*, por lo que debíamos celebrar los ritos para guiar su alma siete veces cada siete días. Era habitual ofrecer ropas y otras pertenencias del difunto al templo, por lo que escondí el *samisén* de Yushijin entre las demás y recé secretamente por su espíritu en lugar del de aquellos que me mandaban los monjes. Al fin y al cabo éramos al menos tres en cada casa y él no tenía a nadie que implorara por el suyo. Ni siquiera se lo confesé a Shoko y me conduje con la mayor reserva. Planeaba encontrar la oportunidad de quemarlo y ofrecer las cenizas como ofrenda a la enorme imagen del Buda de nuestra comunidad.

Cuando regresamos con los presentes me las arreglé como pude para esconderlo en el mismo templo, ocultándolo en el primer lugar que encontré, tras la figura de *Kichijóten*, la diosa de la buena fortuna. El monasterio estaba dividido en varias construcciones repartidas por un vasto terreno, entre dormitorios, cocinas, lugares de trabajo, residencias, establos, despensas y algunos otros de los que desconocía su utilidad y aquel era el lugar donde creía que cabría menor probabilidad de ser encontrado, pues solo acudíamos a él para rezar, siempre en la penumbra de las velas y los incensarios.

Sin embargo, todos mis esfuerzos sirvieron de poco. En el periodo de descanso después de la cena Ryokan nos llamó a todos los novicios. Entre sus manos estaba el *samisén* del trovador y en su rostro una furia contenida.

—¿De dónde ha salido esto? Quiero que confiese el autor de esta falta.

Tras él se encontraban otros monjes, entre ellos Shiro y Tanzan.

—Yo lo traje —no tuve más remedio que confesar.

—No podía ser otro. ¿Cómo te has atrevido a traer esto? ¿Acaso no sabes que es un pecado robar y que mayor aún es el de tener posesiones terrenales?

—No lo he robado —protesté alzando la mirada hacia Shiro suplicando su apoyo—. Pertenecía a una de las personas que murieron en el terremoto. Solo quería ofrecérselo al Buda y rezar por su alma.

—¡Mientes! Lo guardabas para ti. Lo robaste de las manos de algún moribundo y ahora además te inventas eso para escudarte en una acción piadosa.

Se giró hacia Tanzan alzando el instrumento como si con su muestra todo quedara plenamente explicado.

—Debe ser castigado severamente, maestro.

—Pero he dicho la verdad… —protesté.

—¡Silencio! —aulló Ryokan—. No pretendas contradecir mi palabra.

Los ojos de Shiro me miraban pero al momento bajaron, indicándome que aceptara el castigo y que no me apoyaría.

—Exijo que sea incomunicado durante siete días para evitar que su pecado contamine este sagrado lugar y a los que lo habitamos. Durante ese tiempo que no ceje en pedir misericordia y que el gran Buda le purifique y le haga

volver a nosotros como el verdadero ser que era antes de nacer.

—Que así sea —sentenció Tanzan.

Fui llevado hasta una especie de choza en mitad de una suave colina, de pequeño tamaño y formada de toscos maderos, quizá utilizada en el pasado de despensa, pues no poseía tabiques ni puertas salvo la de la entrada. Tampoco había ninguna galería o postigo al exterior, por lo que la única luz era la filtrada por un pequeño tragaluz en mitad del techo.

—Reza por tu alma y pide misericordia a *Amida* —me lanzó Ryokan triunfal desde el quicio dispuesto a cerrar.

—Espera. ¿Qué harás con el instrumento?

—Es un objeto pernicioso del mundo del pecado. Será destruido y arrojado lejos de aquí —y dicho esto cerró la pesada puerta con estruendo, dejándome solo en la penumbra.

A la mañana siguiente Ryokan volvió a reunir a la comunidad. Rojo de ira pidió que mi cómplice saliera inmediatamente delante de todos a confesar la nueva tropelía. Al parecer, aprovechando el descanso nocturno del monje, alguien había vuelto a robar el *samisén* que apoyaba junto a su lecho. Estaba allí para que no causara más problemas hasta el momento de ser destruido, esa misma mañana. Sin embargo nadie se adelantó y todos guardaron silencio.

Tras lamentar la situación y asegurar que el ladrón sufriría la ira de todos los budas se disolvió la reunión. Shoko, por su parte, corrió hacia la imagen de Buda en el santuario y buscó entre las hornacinas con ofrendas hasta encontrar una cajita con cenizas recientes, que no había visto la noche anterior después del último rezo.

—Dijo la verdad. Ha hecho la ofrenda por el alma del dueño del *samisén*.

Después corrió afuera para acercarse a mi choza todo lo posible.

—¿Qué haces aquí? —le sorprendió Ryokan—. Nadie puede ver a tu amigo hasta que se purifique.

La puerta seguía atrancada y nada parecía haber cambiado.

—¿Está todavía dentro, maestro?

—Pues claro. Acaban de llevarle el desayuno. ¿A dónde podría haber ido? Regresa a tus tareas de inmediato.

Shoko obedeció sumiso inclinando su rostro mientras le daba la espalda para alejarse. Un poco más adelante empezó a sonreír.

—A tu lecho para robarte, colita morada —susurró satisfecho.

MANSIÓN KYODO, YAMASHIRO

El *tsuyu*, la estación de las lluvias, fue aquel año especialmente intenso. Fuertes tifones recorrieron las zonas costeras del sur y los pescadores tuvieron que amarrar sus barcas durante muchos días. En los templos *shinto* de las montañas multitud de peregrinos rezaron para que la estación fuera benigna mientras en los hogares se sucedían los momentos de descanso forzado ante la imposibilidad de trabajar en los campos. Los grandes terratenientes suspendieron sus incursiones guerreras, esperando otro momento digno para morir, bajo el Sol y no entre el lodo, por lo que las gentes pudieron disfrutar en paz de la celebración de «La Séptima Noche». En pueblos y aldeas se rogó para que en la séptima noche del quinto mes no lloviera y el tiempo fuera propicio para que Artair pudiera ir al encuentro de Vega en el cielo. Cientos de bambús enanos se decoraban con papelitos coloreados por las familias y se disfrutó con risas y canciones de la noche estrellada.

Cuando el *tsuyu* quedó atrás llegó el día de los muertos, en el sexto mes. La jornada fue especialmente dura para Tadakuni. No había acompañado a su padre en la ceremonia por su hermano, ni tampoco habían estado su madre y hermanas. Ahora que el joven contemplaba en silencio la próxima salida del Sol, se preguntaba si su obligación de estar lejos de casa en el día señalado habría molestado a Sato. Pese a todo lo pasado seguía queriéndole y respetando su memoria. Había cumplido fielmente con su cometido y lamentaba profundamente que el *karma* les hubiera mantenido alejados durante los últimos años de su vida.

Tuvo ahora la paz de espíritu suficiente para dedicarle una reverencia mirando al cielo desde la habitación de Akako. Era la tercera noche que pasaba en el dormitorio de la hija del señor de la casa, por lo que el amanecer anunciaba la consumación de su matrimonio. El rito exigía que pasaran juntos tres noches y que yacieran juntos, pero dada la juventud de su futura esposa, se había limitado a dormir junto a las celosías de su alcoba mientras que al otro lado el aya y la dama de honor la acompañaban durante toda la noche. A fin de emular la intimidad del contacto sexual y otorgarle el mismo valor, la joven se había mostrado brevemente a su escrutinio y Tadakuni había vislumbrado a

una niña aterrada y especialmente hermosa, de cara redonda y menuda, antes de que las damas de honor volvieran a correr los panales movibles entre ellos. En ese mismo instante se olvidó de las dudas y contrariedad por la decisión de Padre al enviarle allí. Tal muestra de recatada dulzura e inocencia le hizo desear aliviar su carga y, recordando lo que le gustaban a su pequeña hermana, encargó unos curiosos animales tallados en madera para hacérselos llegar en su nombre.

Hacía una semana que había llegado de su largo viaje con los presentes adecuados para su futura esposa, el *uchiki*, el vestido de inmaculado blanco y de gran holgura, y un juego de prendas femeninas.

Akako tenía ocho años de edad y una timidez acorde a su cuidada educación. No tenía nada que ver con Minako y su descarado comportamiento. Akako parecía más bien un bello y delicado pajarito cuidado bajo la atención de sus bellas damas. Tenía otras hermanas de mayor edad, pero todas ellas habían partido del hogar con otros maridos más encumbrados. Tal vez fuera esa la razón por la que habían consentido en que fuera Tadakuni quien la desposara, pues su rango no le permitiría alejarla de su casa. Era él el que se había incorporado a la familia Kyodo.

Durante las dos primeras noches había tenido que partir de su alcoba antes del alba, dejando atrás un poema. Las respuestas le habían llegado de mano de su dama de honor, quien ocupaba su lugar y hablaba como si de Akako se tratara. A Tadakuni le había parecido algo embarazoso hablar de amor con otra mujer ajena a la destinataria de sus mensajes, pero era la forma correcta de actuar. Hoy, al ser la última, podía demorarse algo más sin parecer desconsiderado.

En cuanto al señor de la casa, Kyodo Kisho era uno de los mejores clientes de su padre. Durante muchos años había confiado en Kazuo para adquirir todo tipo de artículos del otro lado del mar, desde parasoles a tazas de *cha*, pasando por telas e inciensos, murales y baúles o pinturas y representaciones de Buda en cuidadas tallas. En cierta ocasión llegó incluso a encargarle un carro profusamente decorado por magníficos artesanos extranjeros.

Algunas veces él mismo acudía en persona hasta Brillo del Cielo para ultimar alguna compra y se hospedaba como invitado de su padre para compartir un nuevo aroma de incienso o una extraña mezcla de infusión de hierbas desconocidas. Tadakuni le conocía de aquellas ocasiones, pero jamás se hubiera imaginado que la inusual deferencia del noble pudiera derivar hasta el extremo de concertar un matrimonio entre ambas familias.

Mientras aún sentía el frescor de la noche pasando a través de los postigos retirados recordó que había hecho una vez más lo que Kazuo le había ordenado, como un buen hijo. Todo había sido arreglado convenientemente. Akako pertenecía a una noble familia de larga tradición y, al contrario que anteriores ocasiones en las que su padre había dispuesto otros enlaces para él

mismo, no pasaban el menor apuro económico. Esto, lejos de representar un buen augurio, laceraba la conciencia del joven. Una familia de esa notable posición bien podía hacerse cargo de todas sus necesidades materiales, desvinculándole de su apellido y dejando libre el camino para que Yami ocupara su lugar.

Suspiró hondo y cogió el pincel para realizar el último poema. Su ánimo era aciago, pero debía esforzarse en ser digno de su apellido. Su carta, supuestamente íntima, sería leída por la dama de honor de su esposa, el aya y su cuñado.

La hoja nocturna
espera dichosa el rocío de madrugada.

La dejó cuidadosamente doblada a los pies de la entrada a la alcoba y salió al exterior. Quería hacer ver que pese a la diferencia de edad deseaba el enlace y estaba dispuesto a esperar a que la niña se convirtiera en mujer. Ni siquiera se planteó si las palabras brotaban de su corazón, solo se dedicaba a representar lo mejor posible el papel que le había tocado.

La creciente luz le indicó el camino hasta el ala occidental de la casa, donde se alojaba temporalmente. Ignoraba si a partir de esa noche lo haría junto al lecho de su esposa o si por el contrario aún tendría que esperar por deferencia a su inocencia. Eso era algo que decidiría el señor de la casa. Solo faltaba la respuesta a su carta para consumar el matrimonio. Por supuesto habría alguna ceremonia *shinto* para asegurar el futuro del enlace y otros rituales más íntimos para solicitar pronta descendencia masculina, pero ya estaba todo hecho.

Un sirviente le esperaba solícito a los pies de la galería, le acompañó hasta el interior y le trajo sopa de mijo caliente para desayunar. Cuando terminó se fue a dormir hasta media mañana, momento en el que se dirigió al campo de entrenamiento después de asearse convenientemente.

A su llegada a la villa se había sorprendido de encontrar *bushis* allí. Tadakuni había sido educado en la creencia de que solo los *samuráis* cultivaban al arte de la guerra pero allí, en el hogar de un noble, se encontraba una milicia que entrenaba todos los días con el arco y el *yari* y que protegía la hacienda con rigor y dedicación. En cierta forma se sentía más cómodo entre ellos que en su propia casa, pues nadie le miraba por encima del hombro por no pertenecer a la clase *samurái*. Puede que su nueva familia le considerara inferior por ser hijo de un comerciante pero en el campo era igual a todos los que entrenaban.

—Os deseo un buen día, mi señor —le recibió Taro al borde de la zona destinada al tiro con arco.

—Espero que lo disfrutes a mi lado, compañero —replicó Tadakuni.

—Oh, no merezco semejante trato. No soy más que vuestro humilde servidor, tal como me encomendó vuestro padre.

—Vamos, no seáis tan formal. Después de lo que pasó el día de mi duelo con Yami estaba claro que no podría confiar en nadie más.

—Y yo me encuentro dichoso de seguiros.

—Está bien. ¿Enseñamos a los *bushis* de la capital de qué estamos hechos en las provincias?

Taro levantó la mirada con cómica suficiencia mientras replicaba.

—No tienen verdadero espíritu. No tendremos que esforzarnos mucho.

Tadakuni dejó atrás los pesimistas pensamientos de los últimos días y se dedicó con alegría a ejercitarse al lado de su camarada.

No faltaron los retos amistosos para cruzar los *shinai*, pues nadie quería perderse la oportunidad de medirse con los nuevos *bushis* de estilo desconocido y, como ya esperaba Tadakuni, Taro causó sensación por su arrolladora energía y sus inesperados desplazamientos circulares. Varios contendientes perdieron el conocimiento antes de tener tiempo de lamentar haber subestimado su pequeño tamaño.

Cuando ya se había arremolinado una pequeña multitud a su alrededor, un enorme *bushi* salió a su encuentro. Al menos le sacaba dos palmos y su envergadura prácticamente doblaba la de Taro. Había tomado buena cuenta de la forma con la que este había doblegado a sus predecesores y estaba preparado, pero una vez más Taro sorprendió a todos. En lugar de alejarse de su alcance rodeándole y esperando el momento oportuno para que descuidara su guardia y contraatacar atacó directamente sin enmascarar su acción.

Parecía suicida tratar de romper la guardia de alguien tan superior físicamente, pero se abalanzó sobre él con una resolución sorprendente. El *bushi* paraba todas y cada una de las acometidas, pero se veía desbordado por la furiosa continuidad de golpes y era incapaz de hacer otra cosa que defenderse mientras retrocedía. Para un hombre que siempre se había apoyado en su físico para amedrentar y arrollar a los enemigos era del todo desconcertante verse desbordado de esa forma. Taro no parecía dar la menor muestra de agotamiento y el gigantón empezaba a desesperarse.

En un momento dado consiguió golpear con el codo el rostro de Taro, ya que no encontraba otra forma de conseguir un momento de respiro. Se escuchó claramente el sonido de la nariz al partirse y el rostro se hundió hacia atrás con la fuerza del impacto. Por un breve instante frenó la secuencia de denodados ataques y su contrincante tuvo tiempo al fin de preparar una estocada definitiva dirigida a su cráneo.

Todo parecía perdido pero en el instante en que comenzaba a bajar el *shinai* Taro lanzó un grito tremendo seguido de una nueva estocada ascendente al cuello. No había retrocedido en ningún momento y tambaleándose consiguió asentarse de nuevo justo en el momento de lograr su

objetivo. Seguidamente giró la cabeza lo suficiente para que en lugar de ser golpeado en ella su hombro recibiera el fuerte impacto del arma de su adversario.

Los presentes quedaron petrificados tanto por el increíble contraataque como por el impacto del terrible grito. En un combate real ambos estarían heridos de muerte, pero en esta ocasión fue el gigante quien cayó al suelo pesadamente sin sentido. Taro, nuevamente aferrado al suelo como una roca costera ante una ola embravecida, permaneció en pie estoicamente mientras la sangre manaba a borbotones de su nariz hasta su *kimono*.

Saludó con marcialidad al hombre en el suelo y se retiró para ser atendido ante la muda admiración de todos los presentes.

Por su parte, Tadakuni no hizo una demostración menos impresionante. Su arco lanzó diez flechas consecutivas al *o-mato*, la diana grande colocada a 30 arcos de distancia, alojando todas ellas en el centro sin aparente dificultad, para luego retirarse hasta los 50 arcos y hacer lo propio con otras diez.

Después de esto fue invitado a participar en una demostración de *marumono*. Para ello colocaron el objetivo atado en mitad de una cuerda suspendida entre dos árboles. Desde el suelo dos hombres se turnaban en tirar de cada extremo para lograr que realizara imprevisibles movimientos y girara sobre sí mismo. Sin embargo, Tadakuni no falló ni uno solo de sus cinco lanzamientos, clavando todas las flechas en el mismo lado. Otro arquero intentó emularle, pero solo consiguió que tres de sus flechas dieran en el blanco.

—Puede que seáis diestro en lanzamientos a blancos, pues no es necesario controlar la potencia, ¿pero sois igualmente hábil con tiros de mayor precisión?

Era el arquero humillado quien le retaba ahora.

Tadakuni no dijo nada. Consciente de que muchas miradas estaban puestas en él, sacó una flecha más de su carcaj abierto y la colocó en el arco. Acto seguido quedó inmóvil mirando al cielo. Muchos rostros buscaron también por encima de sus cabezas el motivo de su espera y el silencio que poco a poco se fue instalando en el campo de entrenamiento le hizo entender que ya nadie se ejercitaba esperando el desenlace.

En ese momento un águila pescadora comenzaba el descenso hacia el lago artificial de la finca, seguramente para atrapar un sabroso pez rojo. Tadakuni tensó su arco y siguió el recorrido del vuelo sinuoso, esperando el momento oportuno. Soltó la cuerda provocando un sonoro tañido, que guio la flecha hasta clavarse en el águila. Esta modificó su vuelo sorprendida, tratando de retomar las alturas. En cuanto sacudió sus alas la saeta se desprendió del cuerpo. Pero Tadakuni aún lanzó otra más, que también se mantuvo alojada entre su plumaje hasta desprenderse poco después por el frenético aleteo. Y aún tuvo tiempo de acertarle con una tercera que tampoco impidió que

continuara alejándose cuando ya se encontraba a una enorme distancia, ante el asombro de todos los reunidos.

Nadie más se atrevió a cuestionar su destreza y cuando se retiraba del campo descubrió que Kyodo había estado observándole bajo una sombrilla.

—Una demostración digna de un caballero —le habló cuando estuvo a su altura.

—Os agradezco el cumplido, pero supongo que hoy me ha acompañado la suerte.

—No seáis tan humilde. Os conozco desde niño y he visto vuestra destreza con el arco antes. Sois un *bushi* consumado y la pericia de vuestro arte es una bendición para mi casa.

Tadakuni inclinó su cabeza por toda respuesta. No hubiera sido adecuado recurrir de nuevo a la modestia, pues en exceso cambiaba a presunción.

Juntos comenzaron el retomo a la casa principal acompañados por los numerosos sirvientes del noble, que de excelente humor insistió en que el joven le acompañara hasta el nuevo pabellón que estaban construyendo en la parte sureste del palacio. Pese a que aún permanecían numerosos andamios y los artesanos y albañiles pululaban por todas partes ya se podía apreciar la belleza de la obra.

—¿Qué os parece?

—Es innegable que posee una gracia delicada. Me llama la atención la escasez de pilares.

—Ajá —asintió complacido—. He procurado innovar. Al otro lado del mar existen nuevas ideas que han captado poderosamente mi atención. ¿Conocéis la dinastía Sung?

—Lamento confesar que no.

—Es algo muy común. Todos aquí, en las tierras del interior, conocemos muy poco de esos reinos que están separados de nosotros por un ancho mar y no pasamos de llamarlos *Catay*, pero debéis saber que el espacio que se abre allí no conoce límites y que la cantidad de pueblos y culturas que habitan en ellas es infinita. Uno de esos reinos ha cristalizado las influencias más bellas del mundo conocido y ha innovado en las artes, ingeniería, matemáticas, guerra, religión, pensamiento y un largo listado. Allí gobiernan emperadores, como ocurre en nuestro amado país, y desde que los Sung dirigen sus vidas nuestras relaciones han sido muy provechosas. Es algo extraño que vuestro padre no os haya hablado de ello.

Tadakuni sintió el pulso acelerarse de forma inmediata pero se cuidó mucho de hacer notar la menor inflexión en su voz al responder.

—Los asuntos comerciales me han estado siempre vetados. Mi destino como *bushi* no podía ser enturbiado por estas cuestiones.

—Ah sí, Kazuo siempre quiso reservar a sus hijos otro destino desligado a su casta.

Tadakuni no replicó esta vez y continuó absorto en la contemplación de los trabajos de construcción.

—Como decía —continuó Kyodo—, nuestro pueblo se beneficia de las nuevas ideas venidas de este país. Este pabellón recoge algunas de las más novedosas. Para empezar los techos son algo más altos y adornados y el conjunto, en efecto, más estilizado, pero no os habéis fijado en las ventanas.

Kyodo esperó satisfecho a que sus palabras causaran el efecto deseado y su interlocutor cayera en la cuenta.

—Su forma…

—En efecto —admitió complacido—. Su parte superior es ojival. Y esperad a verlo terminado, pienso hacer lo mismo con las puertas. Os aseguro que el conjunto será hermoso.

El noble esperó unos instantes más deleitándose del renovado interés en los ojos de Tadakuni antes de invitarle a continuar hacia el jardín interior.

—Soy muy dichoso de que hayáis desposado a mi hija. Ha sido algo inesperado no encontraros junto a ella esta mañana, cuando toda la familia acudimos con pasteles de arroz a celebrar vuestro enlace —levantó una mano para evitar que Tadakuni pidiera disculpas—. No me malinterpretéis, vuestra nota y la delicadeza con la que habéis obsequiado a mi hija con ese gesto ha provocado ríos de lágrimas en mi esposa consorte y las tías de Akako. Por mi parte he podido disfrutar de varios pasteles más de los que esperaba aprovechando sus emotivos comportamientos y he podido constatar que la manera de conduciros dista mucho de la atribuida a vuestros toscos vecinos de las provincias, por muy *samuráis* o nobles que se consideren. Aun así os preguntaréis por lo extraño de mi decisión, acoger a un plebeyo hijo de un comerciante como yerno. Los comentarios censores entre la nobleza y el pueblo llano no se han hecho esperar y mis esposas están contrariadas, cuestionando lo inadecuado de mi comportamiento. Pero soplan aires de cambio, aires que pronto se convertirán en un terrible huracán que barrerá a todos aquellos que no hayan buscado refugio. Eso es lo que hago, Tadakuni, desplegar mis velas y esperar a que me impulsen hacia el lugar adecuado.

—Perdonar mi torpeza, pero ¿de qué cambios me habláis?

—El clan Hōjō ha gobernado los destinos de este país demasiado tiempo. El gobierno castrense ha protagonizado las mayores tropelías y un puñado de analfabetos con *katanas* dirigen los destinos de nuestra noble nación. Mis antepasados estuvieron siempre del lado del emperador, el legítimo gobernador de nuestros destinos, descendiente de la diosa del Sol, y fueron premiados por ello con su favor. Pero ahora la nobleza cortesana es despreciada e insultada por esta nueva clase, los *samuráis*. Hemos tratado de permanecer cerca del *bakufu*, ofreciendo nuestro consejo, pero desde el principio se nos ha ignorado y tratado de eliminar con cualquier excusa, mientras el emperador era alejado de la vida política de manera intolerable. No

sirve de nada tratar de razonar con ellos, ni las palabras de nuestros antepasados, ni la del mismísimo emperador encuentran un lugar en sus primitivas y retorcidas mentes. Solo saben luchar con sus *katanas* y sus arcos. Bien, ignoran que antes de que fueran sacados de sus míseras vidas de granjeros y recolectores de arroz ya estábamos nosotros cabalgando con nuestros arcos en defensa del país. En los tiempos antiguos la aristocracia y los grandes apellidos eran la salvaguarda de los buenos hombres, aunque no se pusieran el calificativo de *bushis* ni se vanagloriaran de ello. Los *samuráis* nos servían y en la batalla los oficiales eran miembros de la nobleza. Pero pronto todo eso cambió y los *samuráis* se convirtieron en señores con poder mientras nosotros perdíamos nuestra autoridad. Ha llegado la hora de restituir el orden y el buen juicio. Debemos derrocarlos.

Tadakuni no pudo evitar detenerse por un momento. ¿Atacar Kamakura? ¿Era eso posible?

—Sin embargo, debo confesar que el abismo existente entre los *samuráis* y nuestros *bushis* es insalvable. Para empezar su número es mayor, no solo por ellos mismos sino por la cantidad de campesinos y sirvientes que pueden mandar a la batalla. Y segundo, y más doloroso, sus técnicas de combate y el estudio del arte de la guerra han alcanzado cotas desconocidas, mientras que nuestra casta ha descuidado este aspecto que tradicionalmente éramos los únicos en ostentar. Nuestra dedicación ha cultivado las nobles artes del ser humano, perfeccionando nuestro humanitarismo pero desgraciadamente he aprendido que la razón no siempre prevalece y que en este país ahora impera la agresión por encima de la costumbre y la rectitud. Es el momento de emprender una acción violenta, no hay otra forma.

—¿Y cuál es mi papel en todo esto?

—Vos conocéis sus técnicas, su forma de pensar y de combatir. Os habéis adiestrado en sus propios *ryu*, estudiado sus mismas disciplinas y luchado a su lado. Y sin embargo no sois uno de ellos, no sois *samurái*. Nadie mejor que vos para guiarnos. Deseo que lo hagáis en mi nombre y del apellido Kyodo, que nuestro servicio militar sea restituido acudiendo a la batalla una vez más en defensa del emperador. Yo no soy un *bushi*.

—¿El emperador os ha llamado a la guerra?

—Así es. Me pide que acuda en apoyo de un terrateniente llamado Kusonoki Masashigue. Ahora que estáis aquí mi corazón se llena de esperanza. Debéis aceptar mi petición. La gloria nos espera.

—¿Un terrateniente provincial? ¿Es *samurái*?

—Sé lo que pensáis, pero escuchad, para empezar Kusonoki desciende de un noble apellido, vinculado a la nobleza y es leal a la causa del emperador. Y segundo no podemos soñar con vencer a Kamakura sin contar con algunos *samuráis*. No seríamos suficientes, es prioritario que todos aquellos que están descontentos con el *bakufu* se unan a nosotros. Y creedme cuando os digo que

cada día que pasa son más. Pronto todos los indecisos se pondrán de nuestro lado, solo debemos golpear con contundencia y hacer ver que es posible eliminar a los Hōjō.

Pero Tadakuni no era capaz de asimilar un vuelco tan dramático en su vida. ¿Ir a la guerra en nombre de otro apellido? ¿Abandonar a su familia? ¿Permitir que su odiado primo tomara el control sin oposición?

—Perdonadme pero pedís algo que se escapa a mi comprensión…

—No hay nada que entender. Ahora sois parte de mi familia, estáis casado con mi hija y sois el único varón de la familia en disposición de cumplir con la petición del emperador.

—Aun así debéis comprender, os lo ruego. Soy muy dichoso de estar aquí, de que alberguéis tantas esperanzas sobre mi humilde persona, de que seáis tan franco al hablarme de vuestros planes, pero siempre he pensado que sería el sucesor de mi padre en mi casa y ahora todo esto me produce gran desasosiego.

Kyodo cambió su semblante pero no dejó ver lo que pensaba realmente.

—Está bien. Os comprendo, solo han pasado unos días desde vuestra llegada pero debéis ser consciente de vuestra situación. No volveréis a vuestra casa. Kazuo lo ha decidido así y por eso hoy estáis aquí. Es beneficioso para todos que aceptéis vuestro *karma*. Os concedo siete días para que toméis vuestra decisión.

Tadakuni inclinó respetuosamente su cabeza mientras Kyodo se alejaba.

Como ya sospechaba Tadakuni siguió durmiendo alejado de su joven esposa. Todas las tardes la visitaba y ella tocaba el *so no koto* en su honor desde el otro lado de las persianas movibles. Sus movimientos eran inseguros y carentes de gracia natural, pues se limitaba a repetir lo que su maestro le enseñaba, pero no le faltaba pericia y el conjunto era armonioso. Tadakuni por su parte, le acompañaba con la flauta, realzando de forma agradable la interpretación de su esposa para deleite del aya y las damas de honor.

Por la mañana se ejercitaba en el campo de entrenamiento, sobre todo a lomos de Novo bajo la admirada mirada del resto de los *bushis* de la casa, que se dedicaban con mayor empeño al ejercicio ahora que sabían que pronto partirían para la guerra.

Taro por su parte se había recuperado de las heridas sufridas y tan solo su nueva nariz hundida y ensanchada recordaba el encuentro con el gigante, que desde entonces le mostraba una deferencia cercana a lo absurdo, lo que divertía secretamente a este.

—¿A qué esperáis para dar una respuesta al ofrecimiento de Kyodo? —le preguntó al final de la mañana—. ¿No teméis que vuestra indecisión pueda interpretarse como un insulto?

—¿Ya estáis otra vez con eso? Ya sé vuestra opinión al respecto. Solo estoy agotando el tiempo que me concedió.

—¿Para qué? Ambos sabemos cuál es la decisión adecuada.

—Tal vez Padre me mande llamar. O tal vez ocurra algo inesperado que cambie el rumbo de los acontecimientos.

—Eso no pasará, y vos lo sabéis. No aceptáis que vuestro padre os haya mandado aquí a sabiendas del papel que se os pediría desempeñar y que así lo pactó con vuestro suegro cuando formalizaron el acuerdo de matrimonio. Ruego que perdonéis mi franqueza pero no soporto veros viviendo atribulado.

Tadakuni giró su cabeza como un rayo para mirarle con intensidad, pero solo vio serenidad en los ojos de su compañero. Una furia nacida de lo más recóndito de su ser había aflorado por un instante y había estado a punto de cometer alguna locura, pero no era Taro el causante de ello. Respiró hondo y retiró la mirada antes de continuar.

—Sé que habláis con franqueza y que vuestro deseo no es otro que el de procurar mi bienestar, pero tienes que comprender mi inquietud. Desde que nací he sido educado para servir a mi casa y mi hermano murió buscando el mismo fin. He intentado ocupar el lugar del primogénito y honrar su memoria sirviendo fielmente a mi padre y haciendo lo que se esperaba de mí. Y ahora me encuentro alejado de mi casa y a punto de convertirme en un desconocido sirviendo en otra familia. ¿Y qué será de mi madre y mi hermana? ¿Quién las protegerá ahora? ¿Yami? Con semejante individuo mi familia está perdida. Siento que debería volver y tratar de hacer a mi padre entrar en razón. Quizá si me postrara ante él y suplicara clemencia por mis faltas pasadas me escucharía.

—Perdonadme compañero, pero os dejáis llevar por vuestros deseos y eso solo os provoca dolor. Aceptad lo que la vida dispone para vos y no luchéis contra ella inútilmente.

Sabía que Taro tenía razón pero algo en su interior le pedía que esperara un poco más, que no aceptara sumiso el nuevo rumbo de su vida.

Taro, al adivinar la quiebra en su voluntad, continuó hablando.

—No debería ser yo quien os lo recordara pero en vuestra casa habéis perdido el lugar. Yami es ahora el favorito de todos, *samuráis*, sirvientes y vuestro propio padre. Tampoco lograréis ser *samurái* ahora que no contáis con el apoyo de Kazuo y si lo fuerais algún día tened por seguro que Yami acabaría con vuestra vida. Aquí, sin embargo, tenéis una joven y bella esposa, pertenecéis a una familia noble muy cercana al emperador y todos os respetan por vuestros méritos aun sin conoceros. Se anuncia una guerra y esta vez estaréis en primera línea. Podréis labraros un nombre en el camino de la milicia y lograr que vuestra madre os nombre con orgullo. ¿Qué más podéis esperar?

—Es solo que no puedo creer que mi padre me haya dado de lado.

—¿No podéis o no queréis?

Tadakuni volvió a mirar al *bushi*, pero esta vez no había ira en sus ojos sino un resignado abatimiento. Por un instante recordó que no debería consentir que un servidor tan cercano le hablara de aquella forma, pero no tuvo fuerzas para tomarlo en serio. Aquella era la única persona de confianza que le quedaba.

—Taro, siempre tan directo y sin empaques… —sonrió mientras le reprendía.

—Ya me conocéis, solo digo lo que pienso.

Tadakuni no habló más. Continuó su camino sin mirar atrás, alejándose de su compañero. Este guardó silencio consciente de la terrible lucha interior que se libraba entre su mente y su corazón y le contempló en silencio mientras se perdía en el interior del pabellón.

—Que los budas y los dioses os ayuden a tomar la decisión.

Durante la celebración oficial del casamiento acudieron nobles representantes de las provincias vecinas y de la propia capital. El desfile de comensales parecía no tener fin y la fastuosidad de sus ropajes parecía buscar la perfección sin reparar en gasto. Para Tadakuni fue especialmente llamativo observar cómo Kyodo no escatimaba esfuerzos ni atenciones para todos los invitados en la misma proporción, incluyendo a los Hōjō, a pesar de haberle confesado su firme propósito de acabar con ellos. Al parecer era un clan muy extenso, fortalecido y ampliado por tantos años en el gobierno del país, y parecía inevitable no contar con su presencia en todo acto social.

Su joven esposa no apartó un bello abanico del rostro, protegida tras un muro infranqueable de tías y sirvientas. Tadakuni se vio complacido al percatarse de que uno de sus regalos, un pequeño caballo tallado en madera y pintado en negro, se situaba a los pies del cojín de Akako.

En cierto momento se acercó hasta ella y una de sus tías se ofreció gentilmente a trasladar las palabras entre los esposos.

—Me complace sobremanera vuestro agradecimiento para con mis pequeños presentes —comenzó Tadakuni.

—Sois muy gentil al colmarme con detalles inmerecidos —le llegó de respuesta.

El joven seguía dudando de que todo aquello tuviera algún sentido, pues imaginaba que las palabras corresponderían seguramente a cualquiera de la multitud de damas que la rodeaban, pero una vez más debía mantener el *tatemae*. En cualquier caso sentía simpatía por Akako y también esperaba que algo de su verdadero respeto friera percibido por la niña.

Intercambiaron algunas palabras formales más y luego su suegro reclamó su atención lejos de su lado. Al parecer su preocupación ahora consistía en

presentarle a todos los invitados de relevancia. Al principio Tadakuni se encontraba algo intimidado, pues jamás se había visto entre personas tan encumbradas, gobernadores, jefes de *doshin*, nobles, servidores y funcionarios de Kamakura, terratenientes y otros muchos. Kyodo le alababa de forma inmerecida, como si tratara de vender un caballo en una feria. Olvidaba su origen humilde cuando nombraba su formación en el *bushido* y las artes de la guerra y también que sus conocimientos académicos no se había fraguado en las escuelas de los monasterios o las reservadas en la capital para nobles, sino con profesores particulares pagados por un comerciante.

La jornada transcurrió acompañada de un tiempo excelente que les permitió ocupar uno de los bellos jardines y disfrutar de la celebración.

Tadakuni se dejó llevar por la marea de acontecimientos, aunque en el fondo de su mente la preocupación por su dilema permanecía latente. Al día siguiente acabaría el plazo para dar la respuesta.

No todos los asistentes a la celebración partieron al llegar la noche. Algunos nobles de provincias cercanas decidieron permanecer por más tiempo invitados por Kyodo, algo que Tadakuni no encontraba tan casual como pudiera parecer. En total eran ocho y a la mañana siguiente, lejos de la miradas ajenas y de las protocolarias exigencias de un acto social tan señalado, sus rostros no parecían en absoluto festivos. En lugar de dedicarse a pasar momentos ociosos deambulando por el jardín, probando inciensos o deleitándose con concursos de poesías, estuvieron reunidos con el dueño de la casa en la sala principal durante todo el día, aunque al llegar la noche parecían aliviados y deseosos de disfrutar de la vigésima noche del mes, momento en el que la Luna más tarde ascendía en el cielo.

Tadakuni fue invitado a la celebración y los diez disfrutaron de una cena en el pabellón del jardín, con el techo sustentado únicamente con delicados pilares tallados con bellas hojas, abierto a los suaves perfumes y la brisa de la noche. A excepción de Tadakuni, todos llevaban gorros de cortesanos con la cola enrollada por la parte de atrás y lucían colores de alto rango. Para amenizar la velada unos jovencísimos músicos interpretaban antiguas canciones desde un lejano y oculto lugar del palacio dejando que las notas llegaran suavemente flotando en el viento nocturno. Al terminar Kyodo quiso mostrar a la luz de los faroles rollos traídos de *Catay* con hermosos poemas y delicadas pinturas, que fueron el deleite de todos los presentes y encogieron el corazón de uno de ellos, que parecía haber bebido demasiado *sake* y que acabó dejando escapar un torrente de lágrimas. Más tarde cuatro de los invitados junto al propio Kyodo decidieron improvisar un concierto, para lo cual cada uno escogió aquel instrumento que más le convenía. El anfitrión eligió en primer lugar el *wagón*, por lo que dejó la *komabue*, el *kin*, la *yokobue* y el *biwa* a sus invitados.

Durante toda la velada Tadakuni había permanecido tenso y alejado de la

conversación. Era consciente de que el momento de dar una respuesta a su suegro era inminente y el propio hecho de que este no le hubiera preguntado todavía por tal extremo no hacía más que violentar su ánimo aún más. No había sido capaz de abrazar una de las dos opciones pese a meditar sobre ello concienzudamente. A cada momento de ese último día creía haberse decidido, pero al cabo de una hora algo hacía que se volviera a plantear la cuestión y que tomara la alternativa contraria.

Sin embargo, la interpretación de la que fue testigo le hizo olvidar sus problemas. Todos los músicos eran maestros consumados y la forma en que fusionaban sus talentos en aquella conmovedora escalada de notas ensanchaba el corazón. Los instrumentos eran propios de la nobleza más encumbrada, la más cercana al propio emperador, por lo que el joven *bushi* disfrutaba por primera vez de semejante espectáculo.

La vibración armónica parecía ondular atrapando la noche con sus notas claras y pronto se dejó arrastrar por aquel emotivo deleite.

Cuando por fin acabaron, la noche se había vuelto más fría y varios sirvientes les trajeron unos hermosos mantos y algunos braseros. Más tarde acudieron algunos danzarines bellamente ataviados e interpretaron su arte mientras los invitados permanecían en respetuosa inmovilidad. Después siguió corriendo el*sake* y las frutas, jugaron a componer versos *haiku* entre risas y burlas amistosas y caminaron por el bello jardín admirando su delicada composición.

No distaba mucho para el alba cuando regresaron al pabellón para componer poemas improvisados en una lengua desconocida para Tadakuni, para gran gozo del resto de presentes.

—Se trata del idioma de la corte Sung —le apuntó Kyodo—. ¿Recordáis que os hablé de ella hace siete días? Su lengua es la más hermosa para la poesía y la escritura. Todos en la antigua corte imperial la conocían, cuando el emperador era dueño de cada mota de polvo de esta tierra. Esta noche, nostálgicos, estos viejos nobles descendientes de aquellos tiempos de esplendor y belleza emulan a sus antepasados y sueñan con volver a ellos.

—El modo es hermoso en verdad y las rimas puedo apreciarlas aún con el abismo de la incomprensión.

—Ajá. ¿Y qué os pareció el pequeño concierto?

—Conmovedor. Jamás había presenciado nada igual.

—Os agradezco el cumplido, pero solo somos vulgares aprendices para los maestros de antaño. Cada día era una excusa para celebrar un acontecimiento de danza y música y creedme cuando os digo que jamás se vio nada igual. Cada instante era una irrepetible consumación al buen gusto. Hermosos danzarines, concursos interminables de poesía, demostraciones de artistas en la pintura, exhibiciones de tiro con arco, desfiles de carrozas, peregrinajes de color de la corte por todo el reino… El pueblo engordaba en una época de

inigualable bonanza y las guerras entre los señores feudales era algo desconocido. Y todo eso se perdió con la llegada de los *shōgunes*. Hoy aquí juramos no dejar de luchar hasta el regreso de aquellos años, de devolver el estado a su legítimo protector. Decidme, ¿qué habéis decidido?

Tadakuni miró a su suegro y entreabrió sus labios obligándose a dar la única respuesta adecuada, la única acorde a la franqueza y a la confianza de Kyodo, pero el aire de sus pulmones quedó atrapado en su interior sin que fuera capaz y Kyodo reparó al instante en sus trémulos ojos.

—Albergaba la esperanza de que aceptarais libremente mi ofrecimiento, que podría ahorraros el dolor de conocer la última noticia desde vuestra antigua casa. Creedme cuando os digo que os profeso verdadero respeto y que lamento vuestro sufrimiento como si fuera mío pero no me dejáis alternativa.

—¿Qué noticia es esa?

—Hace dos días llegó un correo. Yami es ahora *yoshi* de Kazuo.

Eso significaba que Yami era oficialmente el heredero jerárquico de la familia.

En ese instante se alzó la Luna en el punto más alto del cielo y el resto de los presentes ahogaron un grito de deleite ante la contemplación de su belleza. Sin embargo, los ojos de Tadakuni estaban ciegos y su corazón se había detenido.

Cuando recuperó su presencia de ánimo alzó también su mirada y descubrió el astro impregnado de un brillo trémulo entre nubes alargadas iluminadas por su aura. Por el este ya se aclaraba el cielo ante el próximo amanecer y el conjunto ofrecía un espectáculo digno de alabanza.

Kyodo le dejó apartándose respetuosamente y continuó con sus invitados componiendo poemas dedicados al irrepetible momento. Tadakuni recordó las palabras de Taro. ¿Debía aceptar su *karma*? ¿Debía olvidar para siempre su otra vida y comenzar de nuevo? Trató de estudiar la situación calmadamente sopesando sus opciones, pero al poco no vio más que una.

Cuando se levantó y se dirigió al grupo de nobles estudió sus propios movimientos para que mostraran una seguridad que no sentía. Cuando se aproximó lo suficiente realizó una profunda reverencia al dueño de la casa, arrodillándose frente a él. Al instante todo estuvo entendido.

—Amigos —habló Kyodo con emoción—, ya tenemos quien guiará a nuestros *bushis* hacia su glorioso destino junto al emperador. Kyodo Tadakuni restituirá el antiguo servicio miliciano de la nobleza y ayudará a devolver la luz a nuestra nación.

Todos los presentes estallaron en alabanzas y buenos augurios mientras bebían *sake* para celebrarlo. El joven, al que solo le llegaban los ecos del mundo, se comportó con propiedad y fue pródigo en agradecimientos y muestras de humildad, pero tras la máscara del decoro su espíritu no encontraba reposo.

RESIDENCIA DE KUSONOKI, KAWACHI

Cuando el príncipe Morinaga, el tercer hijo del emperador Go-Daigo, entró en la estancia Kusonoki practicó una profunda reverencia pegando su frente al suelo. No se movió mientras este pasaba por su lado y avanzaba hasta la tarima elevada reservada para él y tomaba acomodo. Morinaga, de veintisiete arios de edad, recogía su abundante melena en un elaborado y alto moño sobre la coronilla, que contribuía a darle mayor presencia. En su semblante destacaban también sus cejas espesas y exquisitamente perfiladas en sentido ascendente desde el entrecejo, así como sus mofletudos carrillos e incipiente papada. Su porte solemne y altivo le hacía desenvolverse por el palacio de Kusonoki como si en realidad estuviera supervisando una más de sus posesiones, en lugar de ser un invitado.

Varios sirvientes personales siguieron su estela y se situaron a ambos lados. También le acompañaban dos monjes con las cabezas cubiertas por unos paños doblados a modo de gorros y túnicas encamadas deslucidas bajo unas capas grises atadas a la cintura, pero estos se quedaron en pie junto a la entrada. Portaban dos largas *naginatas* de aspecto imponente.

—Es mi deseo mantener esta conversación en privado —anunció con voz severa.

Todos los *samuráis* y asistentes que le esperaban en la sala, pertenecientes al servicio de Kusonoki, abandonaron la habitación en silencio respetuoso, sin dejar de practicar reverencias mientras caminaban hacia atrás. También les acompañaron los dos monjes del príncipe. Cuando corrieron el *shoji* Morinaga se relajó y olvidó su forma arrogante para hablar en un tono mucho más informal.

—Incorporaos, venid junto a mí.

Kusonoki obedeció con movimientos extremadamente formales y medidos hasta sentarse frente a él.

—No tengo suficientes palabras para agradeceros vuestros esfuerzos. El emperador os profesa gran estima y agradece que sigáis fiel a vuestro compromiso. El mismo día en el que marchasteis Kasagi tras acudir a su llamada pidió que se rezara por vos en todos los santuarios *shinio*.

—Honráis mi casa con vuestra presencia y me abrumáis con estas inmerecidas deferencias. Os pido perdón por no poder recibiros como cabría esperar y os suplico que no lo toméis como un insulto. Hemos sido sorprendidos por vuestra repentina llegada.

Después del intercambio de otras palabras formales el príncipe se sirvió *sake* él mismo y luego llenó la taza del *samurái*, un nuevo gesto de cercanía y cordialidad. Después bebieron en silencio y esperaron a que el líquido se asentara en sus estómagos. Los sirvientes de Morinaga permanecían como estatuas con la mirada perdida al frente. Era como si estuvieran solos, ni siquiera el escriba que se encargaba de anotar todo lo que acontecía en la vida del príncipe para la biblioteca de la familia imperial parecía prestar atención y su pluma de ganso permanecía en su estuche lacado.

—¿De cuántos hombres disponéis aquí? —preguntó el príncipe acabados los preliminares.

—Unos doscientos leales.

Morinaga no pareció entusiasmarse por la noticia.

—Esperaba que a estas alturas hubierais formado un gran ejército.

—No es fácil elegir hombres para la guerra. La milicia requiere una habilidad concreta y muchos que simpatizan con nuestra causa, a pesar de ser diestros para otros menesteres o creerse buenos *bushis*, no son adecuados. No es inteligente emplear piezas rectas para construir ruedas sino para hacer los ejes. Un solo hombre que asume una responsabilidad que no le es propia puede arruinar todo un proyecto de mil diestros, creedme. Y tampoco sirven aquellos que no poseen un corazón sincero. Estos últimos pueden traicionarte cuando algo vaya mal o vean que pueden obtener mayores beneficios si eligen pasarse al otro bando. Es mejor cien hombres adecuados para la tarea y leales hasta la muerte que mil voluntarios sin valor. Toda la nobleza nos apoya, pero no son *bushis*. Solo cuentan con sus escoltas personales y la mayoría de los terratenientes provinciales prefieren ser cautos y esperar, aunque al menos muchos de ellos no tomarán partido por Kamakura y podremos movemos por sus provincias libremente. En cualquier caso podría reunir a otros doscientos aliados. ¿Qué se puede esperar por vuestra parte?

—Veinte *samuráis* me acompañan desde Kyoto. He tenido que partir apresuradamente, un ejército Hōjō se ha presentado de improviso y he podido escapar solo gracias a los dioses. Me encontraba en los jardines imperiales, disfrutando de la mañana en el Enriakuyi. Escapé con mi escolta personal y unos pocos sirvientes antes de ser atrapado. El emperador pudo igualmente eludir al enemigo buscando refugio en el templo de Kasagi. Hemos sido traicionados y según el emperador no puedo confiar en nadie más que en vos. De hecho creo que debemos atacar lo antes posible y recuperar el control de la capital, antes de que el *rokuhara* capture a mi padre. No fuimos capaces de prever un movimiento tan directo y temerario. ¡Atacar el palacio imperial!

¡Amenazar al mismísimo Hijo del Sol! Pero precisamente por la necesidad de enmascarar su movimiento no parece que hayan desplazado a muchos hombres desde Kamakura. Si solicitamos la ayuda de los monjes guerreros podríamos expulsarlos en pocos días.

Alrededor de Kyoto, diseminados por el monte Hiei, multitud de templos albergaban a los temibles monjes guerreros. Desde hacía siglos contaban con un ejército numeroso, famosos por el manejo de multitud de armas inventadas por ellos mismos, incluida la *naginata* que ahora apreciaban tanto los *samuráis*. Sin su favor era imposible mantener el gobierno de Kyoto y de la propia provincia. Ya en el pasado habían protagonizado revueltas y subvertido el orden a su conveniencia. El templo donde ahora se refugiaba el emperador era uno de los más poderosos.

—¿Puedo hablaros con franqueza, su alteza?

—No esperaba otra cosa. Ya sabéis que contáis con el favor de la casa imperial.

—Aún no estamos preparados y vuestro movimiento no habrá pasado inadvertido para el *rokuhara*. Saben que estáis aquí y el camino a Kyoto sería muy difícil con las fuerzas que contamos, además de precipitar los acontecimientos en un momento que no nos conviene. Necesitamos que la situación se prolongue lo más posible mientras continuamos buscando apoyos. Puede que ahora, viendo al emperador asediado, los terratenientes y nobles indecisos decidan tomar parte a nuestro favor.

El príncipe había cambiado su semblante, pero no dijo nada sobre las palabras recriminatorias de Kusonoki.

—Pero el emperador puede caer —protestó.

—No podemos ayudarle desde aquí. Aconsejaría a su majestad que permaneciera en el monte Hiei. El monasterio que ha elegido para retirarse es prácticamente inexpugnable. Podría permanecer allí durante años y el tiempo cuenta a nuestro favor.

—¿Dejar la sede imperial? Eso en verdad es lamentable. Ni siquiera ha podido convocar a sus ministros a tiempo. Se encuentra incomunicado e incapaz de tomar decisiones. Al menos podría solicitar al *rokuhara* permiso para reunirme con él y consultar su voluntad.

—No es prudente que ambos estéis en el mismo lugar. De un solo golpe de mano podríais ser capturados y la derrota sería total. Además, dividir la atención de Kamakura le hace doblar esfuerzos.

Kusonoki había sido muy condescendiente con sus palabras. Pese a ser hijo del emperador, Morinaga no tenía acceso al trono y los príncipes que ansiaba capturar el *bakufu* estaban refugiados en Kasagi.

—¿Qué hacer entonces?

—Esperar el momento oportuno. Lo que sube baja, lo caliente se enfría.

El príncipe arrugó la frente.

—¿No estamos intentando derrocar a los Hōjō? ¿Cómo lo haremos si no atacamos? Como decís su atención está dividida y sus ojos puestos aquí. Puede que si nos movemos con rapidez sorprendamos al *bakufu*.

—Olvidáis que el gobierno es militar. Siempre está preparado para lo peor. Si atacamos ahora no llegaremos ni siquiera a Kamakura y si lo hacemos tendremos que ponerle sitio. La ciudad entera está amurallada. Necesitaríamos a miles de guerreros para ello.

Morinaga cayó en la cuenta de lo impulsivo de sus deseos.

—Lo lamento. No soy un gran estratega.

—No es propio de un príncipe disculparse. No habéis errado, habéis actuado de la forma más conveniente para salvaguardar vuestra preciada vida viniendo hasta aquí. Soy yo quien debe pedir disculpas si mis palabras os han causado tal desasosiego.

Kusonoki volvió a tocar el suelo con la frente.

—Acepto vuestras disculpas. Y ahora, ¿qué haremos mientras el emperador se encuentra tan limitado?

—Nuestra principal ventaja era la sorpresa. La hemos perdido por esta traición. Algunos de los terratenientes o nobles indecisos que aceptaban de palabra apoyar la causa imperial esperan con interés lo que suceda a partir de ahora. Debemos doblegamos como la rama a favor del viento para no quebrar. Ciertamente sería una muerte honrosa correr ahora a enfrentamos a un ejército que seguramente nos supere diez a uno en campo abierto, pero esto sería desastroso para los deseos del emperador. ¿No pensáis así?

El príncipe guardó silencio y Kusonoki continuó imperturbable.

—Debemos ganar tiempo y hacer que el ejército Hōjō se aleje de la capital lo más posible. Esto les debilitará y los hará más vulnerables que si se encuentran en sus cuarteles.

—No os entiendo.

—Si creen en una victoria segura se precipitarán y querrán llegar cuanto antes aquí. Se pertrecharán para una marcha rápida y una batalla corta. Esto será lamentable, pues el moverse sin descanso hace que el ejército se agote inútilmente y pierda la perspectiva de su objetivo, debéis recordar que muchos habrán venido desde Sagami recorriendo una gran distancia. Cuando lleguen y se enfrenten a nosotros nos encargaremos de que la campaña sea lo más larga posible. Deberán reorganizarse para conseguir mantener un ejército numeroso lejos de casa. El ánimo de la tropa caerá y sus generales no sabrán cómo actuar. Cada día que pase será una victoria para nuestra causa y un duro golpe para la suya. El resto del país estará pendiente de todo esto y muchos de sus enemigos, aunque no apoyen al emperador, aprovecharán para levantarse y debilitar al *bakufu*. Ahora ellos son fuertes y nosotros débiles. Pero la ley del mundo es igual para todos. Cuando aparece el Yin solo puede producirse Yang, la vida es cambio y nuestra situación desesperada solo podrá cambiar a

favorable. Solo es cuestión de esperar.

—Pero ¿cómo conseguiréis alargar de tal forma la batalla?

—Iremos a Akasaka.

—¿Akasaka?

—He mandado fortificar esa cumbre y nos haremos fuertes en ella. Tendrán que ponemos sitio, se precipitarán y cometerán errores. Solo si actuamos de esta forma los Hōjō se verán obligados a alargar la campaña por largo tiempo. No os engañéis, la victoria no es posible ahora.

—Dais por supuesto muchas cosas, entre ellas que resistiremos un largo asedio y que esto provocará apuros para Kamakura. Pero si no fuera así perderíamos un tiempo y un esfuerzo preciosos mientras el emperador languidece en Kasagi rodeado de piedra.

—Así es.

—En ese caso, ¿cómo podéis estar tan seguro de hacer lo correcto?

—Para empezar ya os he dicho que no podremos reunir el apoyo de la mayoría de terratenientes descontentos con Kamakura hasta que no hagamos ver que el *bakufu* puede ser doblegado. Por otro lado en la milicia no puedes confiar en que el enemigo no ataque cuando eres vulnerable, este descuido te hace perecer sin remedio. Cuando te es imposible ser fuerte debes confiar en hacerte inatacable. Solo manteniéndonos fortificados lo lograremos. Después es necesario hacerse invencible para esperar que el enemigo se convierta en vencible y en esa fase es donde necesitaremos el apoyo de los futuros aliados.

Morinaga meditó sobre las palabras de Kusonoki. Era obvio que no era esa la forma en la que esperaba comenzar la campaña, pero con poco más de doscientos hombres no podían ni siquiera soñar con sobrevivir a un combate en campo abierto. Resignado habló una vez más.

—Mi padre y yo mismo estamos en vuestras manos, Kusonoki Hyoe Masashigue. No hagáis que los dioses se arrepientan de ello.

Por toda respuesta el *samurái* volvió a inclinar su cabeza.

Danjuro aleccionaba a sus *ashigaru* en uno de los extremos del campo de entrenamiento, separado de los *samuráis* convenientemente. Eran una treintena, los últimos en ser reclutados. El resto de ellos, dependientes de otros *samuráis*, no practicaban con la misma asiduidad y ocupaban la mayor parte de tiempo en atender las caballerizas, cocinar, arreglar o confeccionar armaduras, servir a los *samuráis*, montar tiendas y otras muchas tareas. Sin embargo, los integrados en el grupo de Danjuro entrenaban tanto como los propios *samuráis* y contaban para ello con un favor especial del propio Kusonoki.

Los otros *bushis* se mostraban sorprendidos, tanto por la dedicación que se estaba dando a su formación como por el hecho de que se ocupara de ello un

nuevo *samurái*, del que nadie sabía nada y que usaba unos métodos desconocidos. Más de uno se mostraba claramente indignado por esa manera de conducirse, dando a aquel puñado de campesinos tanta relevancia. Al fin y al cabo no eran verdaderos *bushis* y su principal cometido era atenderles y morir enfrentados a otros de su misma condición, sin honor ni relevancia. Solo el hecho de que el propio Kusonoki respaldara todo aquello hacía que los toleraran, tal era la magnitud de la lealtad que profesaban hacia su general.

El manejo del arco estaba vetado para los *ashigaru* y su principal arma siempre había sido el *yari* pero Danjuro estaba aplicando nuevos utensilios para su adiestramiento, algunos desconocidos para la mayoría de los *samuráis*. Hoy era el tumo para la cadena. Había mandado hacer en la herrería una veintena, de dos *shaku* de longitud, añadiendo dos pesos a ambos extremos. Varios maderos de gran anchura estaban clavados al suelo y los campesinos reclutados lanzaban desde corta distancia sus cadenas en un intento de abrazarlos con ellas. Llevaban así toda la mañana.

—Alto —les ordenó.

Jo repitió la orden para los más alejados y todos aprovecharon para tratar de contener el sudor de sus caras frotándose con los brazos desnudos. A esa hora se cubrían únicamente con taparrabos.

—Todos a formar.

Se colocaron en dos filas frente a él, más o menos homogéneas. Un poco más allá algunos *samuráis* curiosos miraban la extraña maniobra.

—¡Corred! —les ordenó—. ¡Mantened las líneas! Así, muy bien.

Les fue obligando a desplazarse de un lugar a otro según sus indicaciones y a detenerse súbitamente. Así continuaron hasta que estuvieron exhaustos, momento en el que Danjuro les concedió un descanso para beber.

—¿Para qué sirve correr de esta extraña forma? —preguntaba un hombre de baja estatura, de tez morena y una cara jovial que hacía imposible calcular su edad.

—Para vivir, maldito enano —le cortó Jo, que les había acompañado hasta el pozo. Sin embargo, lejos de la imponente presencia de Danjuro el ambiente era mucho más relajado y el otro le replicó.

—¿Para llegar a ser tan viejo y gruñón como tú? Pues a lo mejor me convenía más sentarme a descansar bajo la sombra de un hermoso arce mientras vosotros os vais de un lado a otro moviendo el aire para mí.

—¡Cállate ya, Nasen! Eres un patán.

—Bueno, a lo mejor puedes rodear mi boca con una cadena pero mi culo seguirá hablándote.

Esta vez hubo varias risas. Jo estaba rojo de ira.

—No eres más que un desagradecido y un estúpido. Mi señor os está enseñando a luchar mejor que lo que hubiera hecho cualquier otro. Ahora tendréis una posibilidad de volver a vuestras casas en lugar de morir ensartados

en el extremo de un *yari*.

Pero tal vez quieras aprender a recoger la mierda de los caballos, como hacen los otros *ashigaru*, seguro que eso te ayudaría mucho en la guerra.

Las risas cesaron al instante. La mayoría de ellos jamás habían asistido a una batalla y el miedo de morir era muy grande.

Atrás había quedado Danjuro, al que se había acercado un *samurái* con el que intercambió breves palabras. Cuando regresaron hasta él les hizo sentarse a su alrededor para hablarles.

—Escuchad, tenemos el honor de contar entre nosotros con la presencia del príncipe Morinaga. Muy pronto nos enfrentaremos al enemigo. Nuestro señor nos ordena preparamos para partir pasado mañana e iniciar la campaña. No hay tiempo que perder. ¡A los yará!

El resto de los *bushis* ya se retiraban para el almuerzo pero ellos continuaron corriendo en la formación que les había impuesto Danjuro, solo que esta vez cuando les ordenaba parar la primera columna apoyaba la base de sus lanzas en el suelo y la segunda línea las mantenía por encima de los primeros. Después arrojaron jabalinas por tandas a gruesas balas de paja.

Cuando ya estaban totalmente exhaustos les dejó marchar.

—¿Vamos a la guerra, mi señor? —le pregunto Jo cuando estuvieron a solas.

—De nuevo al combate, mi viejo escudero. Parece que la causa lo merece.

—¿Habláis de doblegar al ejército del *bakufu*? ¿Lo conseguiremos realmente?

—No es nuestra labor aventurar esa respuesta, solo la de servir a la causa de nuestro señor de la mejor manera, pero al menos esta vez no es por una traición o por ansiar más tierras sino por restituir al emperador en su trono. ¿No creéis que sea digno morir por ello?

Jo se encogió de hombros.

—Nunca vi ninguna diferencia entre una batalla justa y otra que no lo era.

—¡Ja! Puede que haya los mismos muertos, pero el corazón del que lanza su flecha sabiendo que su causa es loable y atiende al humanitarismo late con más fuerza.

Lentamente recogieron sus pertrechos y se alejaron del campo de entrenamiento.

—¿Preparo vuestra armadura?

—¿Por qué no? ¿Acaso consideráis que guiar un grupo de *ashigaru* no es digno?

—Seréis demasiado llamativo entre ellos, un poderoso reclamo para los arqueros, como un ganso negro entre la bandada.

—Dejemos que las flechas decidan.

Pero la mención de su armadura había despertado cierta pesadumbre en su ánimo. Dejado atrás en su viaje el baluarte de Iwakura, la creía perdida, junto a

las urnas en las que descansaban las cenizas de sus antepasados. Sin embargo, Kiku había dejado una nota escrita apresuradamente, justo antes de ser reclamada por Yamamoto a su servicio. En ella le indicaba dónde encontrar tan preciados legados familiares, la armadura en la Casa Verde dentro de la casita dedicada al *chanoyu*, y las urnas escondidas en el patio de la casa de Shinju. Todo lo había traído Tomayuki, junto a la noticia del cambio drástico en la vida de Kiku.

Al parecer la Casa Verde estaba ahora abandonada y sus muebles habían sido quemados, pero eso no le importaba demasiado, ya había renunciado a todo ello cuando lo dejó atrás. Sentía mucho más la suerte de Kiku. Cuanto lamentaba ahora no haber sido más enérgico. Si fuera su esposa no habría sido ingresada al servicio de Yamamoto. Se podía imaginar lo que estaría sufriendo sometida a la disciplina doméstica de un señor y lamentaba profundamente que él hubiera sido la causa de su infortunio. No podía liberarse del servicio con Kusonoki para tratar de verla y tampoco le podía hacer llegar alguna palabra de consuelo o agradecimiento.

Jo leyó fácilmente en su rostro todos aquellos pensamientos y no pudo evitar hablarle.

—Lamento que la dama Kiku no pueda recibir vuestro agradecimiento.

—Sí. Tengo un *giri* que me vincula con ella ahora y creedme si os digo que es tan fuerte como el que pudiera mantener con un gran señor. Cuánto desearía poder buscar una restitución inmediata.

—Lamentablemente Tomayuki nos dijo que ya no estaba en Hakodate sino en la casa de Yamamoto junto a Iwakura. Aunque estuvierais frente a sus tabiques no podríais hacer nada por cambiar la situación.

—En eso os equivocáis. Siempre hay algo que se puede hacer. Podría cambiar su *katana* por la libertad de Kiku. Eso restituiría su honor y si no lo creyera así podría retarle a otro duelo. Os aseguro que en esta ocasión uno de los dos no saldría indemne.

Jo conocía lo suficiente a Danjuro para saber que esas palabras en sus labios representaban una seria amenaza. Si sobrevivían una vez más no le cabía duda de que el asunto no quedaría sin zanjar.

Pero él mismo cargaba una seria cuestión que aliviar de su conciencia. Estaba decidido a no dejar pasar el día sin acabar de revelar su secreto.

—Mi señor… Debo confesaros algo. Cuando hablé con vos mientras esperábamos en la antesala del castillo de Iwakura no conté todo lo que debía. En realidad no pude hacerlo.

Ya habían llegado hasta la primera de las edificaciones que formaban el acuartelamiento de los *bushis* y Danjuro detuvo su paso poco antes de la entrada al primer pabellón.

—¿Aún os tortura algo del pasado? Ya os dije entonces y os digo ahora que nada de lo que haya ocurrido puede alterar el agradecimiento que os profeso

hoy. Hablad de una vez y liberad vuestro espíritu.

En ese momento Kusonoki apareció. Había estado inspeccionando a sus hombres y al ver a Danjuro no dudo en reclamar su atención.

—Danjuro, veo que proseguís con la instrucción.

—Así es, mi señor. Acabo de concluir por hoy.

Jo se había hecho a un lado bajando la mirada.

—Si me disculpáis aún debo dar una última instrucción a mi escudero.

—Por supuesto.

—Hablaremos esta noche después de la cena —le susurró al desalentado Jo.

—Sí, mi señor —le contestó mientras les dejaba solos.

Kusonoki también avanzó para reunirse con Danjuro dejando atrás a sus *samuráis* de escolta.

—Han llegado a mis oídos algunos rumores extraños. Me dicen que alentáis en exceso a vuestros *ashigaru*, que les aleccionáis durante horas y enseñáis a moverse como un solo hombre.

—Todo eso es cierto.

—¿Dónde aprendisteis semejante forma de combatir?

—De los bárbaros de Kublai Khan. Mis antepasados me trasmitieron todo lo que vieron en aquellos días mientras defendían la nación de su amenaza.

Kusonoki no pudo dejar de observarle con sorpresa.

—Es curiosa vuestra actitud y también osada. Hablar abiertamente de emular a los bárbaros que trataron de invadimos podría considerarse un acto de rebeldía. Y sin embargo no puedo faltar a mi promesa de apoyaros y ver si finalmente sois capaz de infundir verdadero valor en ese puñado de campesinos.

—No pretendo insultaros, mi señor, solo de hacer el mejor servicio posible. Lejos de las historias que cuentan sobre hordas desorganizadas, los bárbaros eran un ejército en muchos aspectos superiores a los de las Islas Sagradas. Mis antepasados dejaron por escrito sus maneras de combate y existen textos de *Catay* que aseguran que con sus técnicas llegaron a doblegar tantas naciones como estrellas hay en el firmamento. Aun así, si pensáis que es oportuno que lidere un grupo de *ashigaru* lo haré lo mejor que sepa.

—Digamos que en aquel entonces no existían los *samuráis*. Qué duda cabe que de aquel enfrentamiento surgieron nuevos *bushis*, más preparados y entregados y que si hoy volviera a producirse un enfrentamiento semejante la victoria se decantaría claramente a nuestro favor. Pese a ello vuestra piedad filial es digna de reconocimiento, pero me pregunto si lo es tanto enseñar a esos hombres como derribar y matar a un *samurái*.

—Siempre y cuando sea un enemigo no veo mal alguno.

Kusonoki volvió a mirarle seriamente, estudiando cómo interpretar sus últimas palabras.

—Cierto —concedió con una sonrisa—. Pero mis *samuráis* se inquietan. Me hablan de que explicáis dónde atacar una armadura, cómo derribar un jinete y cómo encadenar una *katana*. Esos conocimientos no son para granjeros y agricultores. Sentir que pueden acabar con la vida de un *bushi* podría hacerles perder el respeto debido.

—Un verdadero *bushi* debería preocuparse por mejorar su destreza, no en confiar en que la del enemigo sea inferior. En cualquier caso sería una gran locura pensar que un *samurái* puede ser derrotado por un *ashigaru*. El primero dedica su vida a la milicia y el segundo al campo y otros menesteres. La única forma es que su incompetencia le condene a ser vencido.

—Eso mismo pensaba yo, aunque la energía con la que vos trabajáis con ellos y la confianza que les transmitíais hace preguntarse si no inculcáis lo contrario.

—Ellos lucharán en una guerra, no en un duelo.

—¿Cuál es la diferencia para vos?

—Lo harán en grupo.

—También el enemigo.

—No de esta forma. Desde que un *bushi* comienza su formación le hacen estudiar los clásicos de la estrategia, traídos de *Catay*. Sin embargo no aprendemos de ellos. Para empezar allí el terreno es diferente. Cuentan que existen grandes llanuras sin vegetación ni mesetas, sin ríos ni piedras, donde se despliegan sus ejércitos, que se divisan desde grandes distancias. En nuestro país no existe ni un solo lugar de esas características. Y segundo, ellos combaten con la fuerza de sus hombres, de forma disciplinada y en grupo, mientras que aquí cada hombre busca su propia gloria personal y lo hace solo, menospreciando que otros le acompañen y deseando ser el primero en llegar al enemigo. Sería una locura que mis hombres lucharan así, morirían todos el primer día. Sin embargo, si lo hacen como los ejércitos del otro lado del mar tendrán alguna posibilidad de vencer. Ningún hombre, por diestro que sea, puede enfrentarse a varios hombres a la vez.

—Esa conducta no es honorable.

—Habéis olvidado que no son hombres de honor.

Kusonoki volvió a sonreír.

—Pero ¿por qué tanta insistencia en no separarse y permanecer siempre tan juntos en los desplazamientos?

—Si se mueven así no habrá un valiente que avance solo ni un cobarde que retroceda solo. Se sentirán arropados por sus compañeros y allí residirá su fuerza, ya que individualmente carecen de ella.

—Interesante argumento. Y otra duda. ¿Por qué les hacéis usar sus instrumentos de cultivo como armas? ¿También esperáis que puedan con ellas doblegar una flecha o una *katana*?

—No. Cuando se enfrenten a verdaderos *bushis* no les servirá. Entonces

utilizarán las armas convencionales, pero la diferencia puede surgir cuando se enfrenten a otros *ashigaru*. Esos son sus instrumentos diarios, como el arco para el *samurái*. Los manejan todo el día durante toda su vida, mientras que el *yari* se les entrega únicamente cuando son instruidos para una batalla, abandonándolo después. Confío en que serán más efectivos con los instrumentos que ya están familiarizados, solo les he mostrado otra forma de usarlos.

Kusonoki se mostró aún más interesado.

—¿Cómo es que conocéis tanto de la forma de vida de esa gente?

—Mi padre siempre me decía que un buen general debía conocer a sus hombres, a todos ellos. No pretendo ser un general, pero la vida en la milicia exige estar preparado para servir lo mejor posible a tu señor y prever cualquier posible tarea. Por eso estudié esto con detalle y la ocasión se ha presentado gracias a vuestra confianza. Los he visto en combate y sé que se puede hacer algo más con ellos.

—Me alegra observar vuestro entusiasmo. Otros en vuestro lugar no se lo tomarían de tan buen talante. Sé que no mentís para adularme cuando habláis y eso me reconforta. Aborrezco a aquellos que tratan de poner en nuestros oídos aquello que creen que nos gustará escuchar. No son de fiar, pues son volubles. Prefiero a aquellos que hacen lo que deben pero dicen lo que piensan.

—Me abrumáis con vuestra deferencia —contestó Danjuro inclinando la cabeza.

Kusonoki se acarició el mentón durante unos instantes antes de volver a hablar.

—Sois savia nueva. Ofrecéis otro punto de vista interesante y creedme cuando os digo que estoy deseando ver a vuestros campesinos ante el enemigo. Otros en mi lugar hubieran preferido no tener a alguien tan disonante a su lado. No conozco a ningún otro *samurái* tan desconcertante como vos, pero siento vuestra fuerza interna y creo en el *karma* que nos ha unido. No fue casualidad que estuviera junto a Iwakura justo en el momento que llegasteis a su castillo. Un día después o antes y estaríais muerto. Y ahora, después de un año, los acontecimientos se han precipitado súbitamente, obligándonos a actuar. Aún no conozco vuestro papel en la guerra que se avecina, ni en los acontecimientos que la rodearán, pero sí que este es vuestro lugar.

Ambos intercambiaron reverencias, la de Danjuro más pronunciada. Después Kusonoki le dio la espalda con brusquedad y se alejó con el porte de un gran señor.

Esa noche Danjuro no pudo hablar con Jo a solas. Una orden directa de Kusonoki le ordenaba partir de inmediato con sus *ashigaru* y adelantarse al resto del pequeño ejército con el fin asegurar el camino hasta Akasaka. A la mañana siguiente partieron el príncipe Morinaga, Kusonoki y el resto de los

leales al emperador.

AKASAKA, KAWACHI

Tres días después, cuando el Sol comenzaba a descender en busca del refugio en las montañas, un viejo caminaba apoyado en su alto bastón por una pequeña vereda cercana a un río, a media ladera del monte Akasaka, donde Kusonoki había construido el reducto defensivo donde se refugiaba junto al príncipe Morinaga. Kusonoki no contaba con un poderoso castillo de fuertes muros de roca y había buscado la protección natural que le ofrecía una pared casi vertical en la montaña y un riachuelo que bajaba fuerte y caudaloso la mitad del año para edificar con troncos y tierra un *yamasashiro*. El castillo era relativamente fácil de ampliar o desmantelar, rodeado de una empalizada de madera. Ahora que la guerra estaba próxima habían aumentado las patrullas y los puestos de vigías y tres pares de ojos contemplaban el paso errático del anciano encorvado.

—¿Creéis que lucharemos pronto en una batalla? —preguntaba uno de los tres *bushis* encargados de aquel perímetro de vigilancia.

—Seguro —fue la lacónica respuesta del más cercano. El tercero si situaba en lo alto de una pequeña elevación de terreno, junto a sus flechas de señales, pendiente en todo momento de enviar o recibir cualquier mensaje del resto de los puestos mediante estas.

—Ahí se acerca alguien. Estad alerta. —Volvió a hablar el primero.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo del viejo que se acerca?

—Debemos estar atentos Hurashima, ya oíste al oficial.

—Bueno, es justo que estemos preparados pero creo que exageras. Ningún grupo de hombres puede llegar hasta aquí sin que lo sepamos. La gente ama a nuestro señor. Por toda la provincia cientos de ojos vigilan los caminos y las posadas. Aquí estamos a salvo. ¿No será que tu mano no es firme? ¿En verdad crees que ese viejo puede damos una tunda?

—Yo no digo nada, solo hago mi guardia lo mejor posible. Hace un buen rato que nadie pasa por aquí y no hay otra cosa mejor que hacer que cumplir con nuestro deber. ¿No te parece? —replicó molesto.

—Todo el mundo se ha ido a su casa a cenar. Ese se habrá perdido.

La zona que controlaban estaba muy despejada y en efecto no se veía a

nadie más. Ninguna patrulla había alertado de nada anormal y todo parecía tranquilo. Sin embargo, para no parecer aún más estúpido, el *bushi* continuó comportándose con eficiencia aunque ya no creyera realmente en que estuviera ante una amenaza. Se dirigió al que estaba por encima de ellos junto a las flechas con tono serio.

—¿Qué ves, Dori?

—Un viejo encorvado —respondió el otro.

—¿Pedimos refuerzos? —soltó Hurashima con soma.

—Déjame en paz —replicó vehemente mientras se adelantaba unos pasos hacia el viejo, que ya estaba casi a su altura.

—¿Qué haces por aquí tan tarde, abuelo?

El hombre se apoyó con dificultad sobre el báculo para poder elevar su rostro hacia el *bushi*. Este vio la cara arrogada surcada además de yagas de aspecto repulsivo y no pudo evitar dar un paso atrás.

—¿Pero qué tienes? Vete de aquí, rápido.

—¿Qué pasa? —preguntó Dori desde su atalaya.

—El viejo está enfermo y emana un olor pestilente.

—Ja, ja. Ahí tienes a tu enemigo. Sería mejor que le registraras por si lleva algún arma —continuaba Hurashima cada vez más encantado con la situación.

El viejo intentó reemprender su marcha pero al hacerlo tropezó y se tambaleó en dirección al *bushi*, que fue incapaz de apartarse a tiempo y acabó sosteniéndole con ambos brazos. Justo cuando se disponía a empujarle con aprensión sintió una punzada en mitad del pecho. No fue capaz de respirar e, incomprensiblemente, sus piernas le abandonaron. Con ojos desenfocados contempló asombrado cómo en las manos del viejo aparecían de la nada dos *toniki*, las letales púas arrojadizas, que partían con una velocidad asombrosa hacia el cuello de Dori clavándose mortalmente con una precisión asombrosa. Lo último que pudo ver fueron los ojos de su asesino, ajenos al resto del elaborado disfraz, cargados de energía y juventud, y comprendió demasiado tarde que había sido engañado.

Todo había sucedido tan rápidamente que ninguno de ellos había tenido tiempo de emitir el menor ruido y Hurashima apenas podía creer que sus dos compañeros estuvieran muertos. Su risa había quedado ahogada por el estupor, pero el entrenamiento que había recibido le hizo reponerse de inmediato y desenvainar su *katana*.

El hombre disfrazado guardó el fino acero que había utilizado para atravesar el corazón de su amigo entre las ropas y comenzó a correr en su dirección a una velocidad asombrosa. En solo cuatro zancadas se le vino encima y Hurashima se preparó para asestarle un mandoble mortal, pero justo cuando descargó el golpe el asesino se arrojó al suelo y rodó haciéndose un ovillo, hasta impactar contra sus piernas y derribarle mientras le rebasaba. Hurashima se incorporó todo lo rápido que fue capaz, aún aturdido con la

inesperada maniobra, pero no fue suficiente. Para cuando giró para encararle ya había empuñado un *wakizashi*, el sable corto, con el que le cortó la cabeza de un solo movimiento.

El supuesto anciano miró alrededor un instante para asegurarse de que nadie más se encontraba cerca y subió por el pequeño montículo hasta llegar al encargado de las señales. Se aseguró de que Dori estaba muerto y miró alrededor desde la atalaya buscando la menor señal de peligro.

Al poco detuvo su inspección satisfecho, recogió uno de los *yaris* a su lado y después lo hizo pasar por entre las ropas del cadáver y su espalda, clavando al suelo la punta y sosteniéndole con la espalda recta. De esa forma cualquiera que mirara desde cierta distancia vería a Dori sentado y erguido. Ahora que la noche se cernía sobre ellos pronto sería necesario llegar hasta un paso de él para darse cuenta de que estaba muerto.

Cuando al poco tiempo llegó la hora convenida para emitir un mensaje desde el montículo, una flecha surcó el cielo emitiendo un pitido prolongado y agudo, comunicando al castillo y al resto de los puestos fijos que todo estaba en orden.

—Mi señor, han matado a los tres *bushis* de un puesto perimetral.

Kusonoki terminó de saborear el cuenco de *cha* caliente mientras calibraba las implicaciones de semejante revelación. Después habló con voz firme.

—Alerta a la guardia. Comunica a su alteza que no salga de sus aposentos y haz que veinte hombres rodeen sus postigos y otros diez más se abran en abanico en la antesala a su cámara. Manda que las patrullas a caballo regresen de inmediato y que los puestos exteriores al recinto amurallado hagan lo mismo. Dobla los hombres en las torres y en la empalizada.

—¿Y estos aposentos y el portón?

—No vienen por mí y no entrarán por la puerta. ¿Cuándo fue la última vez que supimos de esos hombres?

—Dieron la señal convenida a *La Hora del Perro*.

Kusonoki gruñó. Había pasado demasiado tiempo, pues era ya noche cerrada. Posiblemente era ya tarde para tomar medidas.

—¿No falta nadie más?

—No, mi señor. El resto de los puestos han sido relevados sin novedad. Nadie ha visto nada extraño.

—Organizad patrullas dentro del cuartel hasta el amanecer. Que registren todo y detengan a todo aquel que no conozcan. ¿Qué sabéis de su alteza?

—Han ido a avisar a su guardia.

Kusonoki se incorporó con agilidad y se encaminó hacia la salida de su cámara.

—Manda alguien a la montaña. Que hagan venir a Kwaian de inmediato.

El *bushi* juntó su frente al suelo al paso de su señor.

—Como deseéis.

Cuando el señor de Kawachi llegó al corredor exterior caminó con pasos rápidos hacia la residencia de Morinaga, seguido de su escolta. Al llegar los hombres del príncipe le recibieron con una inclinación de sus cabezas.

—Id a ver a su alteza, es urgente conocer su estado.

—Con el debido respeto —habló uno de ellos—, mi señor no permite que se altere su sueño.

—Nuestra seguridad ha sido burlada. Puede que varios asesinos hayan entrado para matarle. Como señor del *yamasashiro* soy responsable de su bienestar. ¡Haced lo que os digo!

Los *bushis* se miraron tratando de hallar una solución a su dilema. Por un lado desobedecerían a su señor, pero por el otro las formas con las que Kusonoki se había dirigido a ellos no dejaba lugar a dudas, no se detendría.

—Está bien. Esperad aquí —terció el que había hablado, desapareciendo después por el *shoji* a su espalda.

Al poco salió a recibirles un chambelán de aspecto distinguido.

—¿Cómo os atrevéis a pretender alterar el sueño del príncipe Morinaga? —dijo con cierto aire de suficiencia.

Pero Kusonoki se adelantó un paso.

—No es momento de ceremonias. La vida de su alteza está en peligro. Apartaos a un lado u os pasaré por encima.

El chambelán dio un respingo sobresaltado e intentó recuperar la compostura con la que se había presentado ante ellos.

—No podéis estar hablando en serio. ¿Cómo osáis siquiera…?

No pudo terminar la frase, pues Kusonoki siguió andando hacia él de forma enérgica. El hombre sintió la misma amenaza que si se tratara de un huracán abriéndose paso y retrocedió de forma poco decorosa hacia el interior de la cámara espantado.

—A mí la guardia —suplicó más que ordenó.

Los dos guardias de la entrada se apartaron y los otros cuatro *bushis* que encontraron al otro lado hicieron lo propio con solo someterse a una mirada de Kusonoki.

Cuando llegó hasta la antesala del dormitorio del príncipe no tuvo necesidad de continuar, Morinaga le esperaba cubierto con una suave bata mientras sus damas de honor trataban de arreglar su peinado lo más rápidamente posible.

—¿Qué ocurre? ¿A qué viene este escándalo?

—Mi señor, tenemos razones fundadas para pensar que varios asesinos hayan entrado esta noche ansiando daros muerte. Me reconforta veros sano y salvo.

El príncipe levantó una de sus manos y sus damas de honor dejaron su

tarea para retirarse entre reverencias. El chambelán continuaba a su lado, a una conveniente distancia de Kusonoki.

—¿Por qué pensáis que mi vida pueda estar en peligro?

—No se trata de un ataque o un sabotaje. Sin duda son pocos hombres y buscan la ocasión propicia para matar a alguien, de lo contrario sabríamos ya de ellos. Hace horas que burlaron nuestra defensa matando a tres hombres.

—¿Y pensáis que puedan estar aquí? —replicó mirando alrededor—. También podrían buscar vuestra muerte.

—Un general es fácil de reemplazar. Un príncipe no.

—¿Qué pensáis hacer?

—Lo primero reforzar vuestra seguridad. Luego buscar a los intrusos.

—Si no os importa preferiría que hieran mis propios hombres quienes velaran por mí esta noche.

Kusonoki le miró directamente a los ojos con gran intensidad y sus siguientes palabras brotaron con una tensa calma.

—¿Pensáis que no soy capaz de procuraros protección?

—No me malinterpretéis. No pretendía ofenderos. Ya sé que estoy en vuestra casa, pero pensaba que a estas alturas podríamos obviar los formalismos. Dejad al menos que seis de ellos permanezcan a la entrada de mi alcoba. Los dos monjes que he traído conmigo son grandes *bushis* y confío plenamente en ellos.

—Así se hará —concedió.

—¿Cuántos hombres creéis que son?

—No más de tres.

Morinaga hizo una mueca de moderada sorpresa.

—¿Y solo tres hombres han logrado organizar todo este alboroto? ¿Realmente era necesaria tanta preocupación por vuestra parte? Me abrumáis con vuestra atención.

—No son hombres corrientes. Estoy seguro de que se trata de *ninjas*.

El príncipe Morinaga guardó un súbito silencio y entornó ligeramente sus ojos, sopesando la nueva información.

—¿Quién podría atreverse?

—No existe honor para los Hōjō. Debemos andar con cuidado.

—Cuando me hablasteis de que conocían mi paradero no llegué a sospechar que estuvierais tan acertado. Apenas acabamos de llegar…

—Aún es pronto para aventurar respuestas. De momento es necesario protegeros. Ya hablaremos mañana, cuando las cabezas de los intrusos descansen colgadas de una torre.

—Por supuesto. Me retiro de inmediato.

Todos los presentes hicieron una profunda reverencia mientras se introducía en su dormitorio.

Al poco tiempo cientos de antorchas alumbraban cada rincón, los *bushis*

formaban en el único patio para que sus oficiales se aseguraran de que ningún otro había sido asesinado y decenas de patrullas recorrían una y otra vez el perímetro del pequeño enclave, vigilados desde las torres por arqueros con sus flechas preparadas en las cuerdas.

Kusonoki había ordenado que no se tocara nada ni se alterara la posición de la patrulla masacrada hasta la llegada de Kwaian y que se le permitiera moverse a su antojo entre ellos.

Kwaian había estudiado la escena con detenimiento, acariciándose el mentón de vez en cuando y mirando hacia los lados, como si buscara algún objeto perdido, ante la incertidumbre e incomprensión de los hombres que le habían conducido hasta allí. Luego volvía a centrarse en inspeccionar cada palmo de los cuerpos, tocándolos despreocupadamente con sus propias manos, sin importarle que pudiera contaminarse al contacto con la muerte, y deambulaba despacio pidiendo que alumbraran su camino con los faroles.

Todos se escandalizaban de su comportamiento y no comprendían que su señor tratara con tanta deferencia a aquel hombre desaliñado y orondo, que olía a plantas extrañas y andaba arrastrando una pierna. En cualquier otra circunstancia los dos *samuráis* que le acompañaban no le hubieran dejado ni acercarse a ellos y mucho menos hubieran atendido sus peticiones, pero Kwaian contaba con ese favor especial de Kusonoki. Nadie sabía a ciencia cierta cuál era su servicio, sin duda muy valioso, pero en cualquier caso apartaban la vista de su cara siempre que podían y rezaban para que terminara pronto de hacer lo que friera que les había conducido hasta allí y regresaran de inmediato al castillo para poder alejarse lo más posible de aquel hombre indeseable.

Cuando por fin lo hicieron Kwaian se dirigió directamente a la cámara de Kusonoki y nada más quedarse a solas con él experimentó una transformación tan profunda que ninguna de las personas que le habían visto a lo largo de esa noche le hubiera reconocido. Su desagradable cojera desapareció, su cuerpo se irguió y pareció aumentar su tamaño de manera milagrosa. El rostro también se liberó de la estudiada y permanente mueca que desfiguraba su verdadero semblante y Kwaian sacó de su boca dos bolas de piel que aumentaban el volumen de sus carrillos. Sus movimientos se volvieron gráciles y precisos y realizó la debida reverencia con un enérgico movimiento.

Kusonoki permanecía de pie con los brazos cruzados dentro de su *kimono*, de tal forma que permanecían ocultos, con una ligera arruga en su frente.

—Me alegra verte, Kwaian. Estoy ansioso por conocer tus impresiones acerca del extraño suceso que nos mantiene en vilo esta noche. No puedo ocultaros que estoy inquieto. No es de mi agrado que vengan a mi casa a burlarse de mi autoridad y que pongan en peligro a mi ilustre invitado.

Kwaian habló a su señor en voz baja, casi en un susurro.

—Mi señor, me honra poder serviros una vez más. He estudiado con detenimiento los signos y los vestigios, calibrado la intención y el trasfondo de lo acontecido y puedo aventurar algunas respuestas que calmen vuestra inquietud.

—No os demoréis. Hablad.

—Los cadáveres fueron movidos después de su muerte. Lo que allí he encontrado no es más que un escenario, pero cada uno de ellos trata de hablamos y revelamos la verdad. Solo hay que saber dónde mirar. El arquero encargado de las señales murió donde se encontraba pero los otros dos lo hicieron junto al camino y luego los colocaron cerca de sus puestos, para hacernos ver que fueron sorprendidos por un rápido ataque amparado en la noche.

Aunque a esas alturas Kusonoki ya estuviera acostumbrado a los ilimitados recursos de aquel hombre, se quedó momentáneamente perplejo por la exactitud de la información.

—¿Habéis visto huellas?

—No los arrastraron. Cargaron con ellos para no tener que molestarse luego en borrar las marcas. Pero estoy seguro de que ambos murieron allí. He visto signos de ello. Había alguna rama arrancada, el suelo removido, una gota de sangre…

—Entonces, ¿no murieron cuando el Sol se había ocultado?

—No. Seguro que había luz suficiente para ver llegar al enemigo, quizá al final de la tarde. Así este tuvo tiempo de preparar su estrategia después de darles muerte. Cuando los encontraran parecería que acababa de suceder, precipitando vuestra reacción.

—¿Cuántos eran? —preguntó en ese momento Kusonoki.

—Uno.

—¿Solo un hombre?

—No os fieis de las heridas que presentan los *bushis*. Ya os he dicho que los movieron para crear una ilusión. Esta no es otra que enmascarar la forma real en la que abrazaron el vacío. El más alto no murió por una estocada en el hombro, ni le cortaron un dedo antes. En realidad murió a corta distancia con un punzón muy fino que pudo atravesar su cota de malla hasta el corazón.

Kusonoki se mostró sorprendido.

—No he visto esa herida.

—La punzada fue muy rápida y precisa y fue convenientemente disimulada para hacemos creer que hubo un cruce de estocadas antes. En realidad fue sorprendido sin posibilidad de defensa.

—¿Un *ninja*?

—En efecto. Usó algún ardid para que se acercara hasta él confiado, corroborando mi teoría de que era de día. Fue el primero en morir. Luego

mató al arquero.

—¿Cómo estáis tan seguro?

—Porque es lo más lógico. Era el único que podía dar la alarma y no lo hizo.

—Y me diréis cómo murió…

—No le clavaron esas flechas que le atraviesa de lado a lado, ni le cortaron la cabeza después. Debieron usar algún arma arrojadiza de pequeño tamaño, que pudiera ocultarse entre las ropas.

—Y sin embargo no tiene más heridas.

—De seguro fueron en su cuello. Al cortarle la cabeza las borraron. Quien quiera que fuera no podía acercarse hasta ellos con un arco, hubieran sospechado. Nos quieren hacer creer que había dos arqueros y al menos otros dos *bushis*, uno por cada uno de los nuestros, pero sigo insistiendo en que se trata de un solo enemigo.

—¿Y el tercero?

—Murió en último lugar. Seguramente tuvo tiempo de empuñar su *katana*, pero no mucho más. Presenta varias heridas, pero ninguna sangró lo suficiente, lo que indica que las practicaron tras su muerte. No se batió durante largo rato, como parece a simple vista. El asesino era hábil, acabó con él de un solo movimiento.

Kusonoki guardó silencio unos momentos.

—¿Por qué un solo hombre?

—Porque se ha tomado muchas molestias en hacemos creer que eran muchos, así que es lógico pensar que la verdad es el opuesto. Y sin embargo hay algo extraño que no acabo de desentrañar.

—Explicaos.

—Un *ninja* hace su trabajo en sigilo. No necesitaba ni siquiera matarlos, podría haber intentado pasar aprovechando la noche. Sin embargo, ha elegido llamar la atención.

—Quizá no podía esperar, algo le hizo precipitarse.

Kwaian negó con la cabeza.

—Es premeditado. No busca acabar con la vida de su alteza, ni tampoco con la vuestra. Es ya *La Hora del Oso* y nada ha ocurrido. Es demasiado tiempo. Lo que quiera que haya venido a hacer está por llegar.

—¿Cómo? ¿Pensáis que está por ahí oculto esperando tranquilamente? Mis hombres han registrado todo palmo a palmo. ¿Y cuál puede ser el motivo de tan extraña estrategia?

—Olvidáis que un *ninja* es el maestro de la ocultación y el disfraz. Sé que está aquí y que ninguna patrulla lo encontrará. Necesitaba una consecuencia de su acción primera, algo de todo lo que ha provocado para llegar a su objetivo.

Kusonoki meditó un instante sus palabras antes de hablar.

—Hemos movilizado a nuestra milicia. Ha podido evaluar nuestra capacidad de organización, nuestra disciplina y número, nuestra velocidad y efectividad, pero eso no justifica el riesgo. Bien podría haber obtenido esa información más tarde. Solo tendría sentido si un ejército enemigo estuviera a nuestra puerta, ante una inminente batalla. Pero nadie se ha acercado a nuestra provincia. Sigo sin comprender. ¿Tal vez nos haya envenenado? Puede haber aprovechado toda nuestra movilización para infiltrarse en nuestros almacenes o llegar hasta las reservas de agua. No es la primera vez que diezman un ejército con semejante ardid.

—No lo creo. Sigo insistiendo en que la muerte de esos hombres era necesaria para su misión y ni llegar hasta el príncipe ni tratar de envenenar a vuestro ejército lo justifica. Es algo que se nos escapa.

—No encuentro explicación alguna, aunque reconozco que podáis estar en lo cierto. Nadie lo ha visto y tampoco parece haberse producido nada anormal.

Kwaian arrugó la nariz antes de proseguir.

—Posee la iniciativa y eso nos pone en clara desventaja. Es prioritario que seamos nosotros quienes hagamos el próximo movimiento.

No volvieron a hablar durante un largo rato. Kusonoki le dio la espalda y caminó lentamente por la estancia, aún con las manos ocultas en el interior de las mangas. Kwaian permanecía sentado en *seiza*, sin moverse lo más mínimo.

—Una cosa más —rompió el silencio Kusonoki.

—Mi señor…

—Creo que si no ha actuado aún es porque espera el siguiente paso lógico. Perdemos el tiempo y la energía inútilmente teniendo en vilo a los hombres. Adelantemos nuestra vuelta a la calma. Ordenaré que cese la búsqueda, que todos vuelvan a sus lechos. Si estáis en lo cierto solo así se mostrará. Os necesito para encontrar su rastro. Ordenaré que os acompañen mis mejores *samuráis*. Y por otro lado, ¿qué tenéis que contarme de Kyoto?

—El emperador está a salvo en Kasagi pero el *rokuhara* ha ocupado el palacio imperial y mantiene como rehenes a la mayoría de ministros, ya sea allí mismo o en sus residencias.

Todos los caminos están controlados y se habla de que aún llegan más. La nobleza no se ha atrevido a mover un dedo pero hay otras noticias más alentadoras.

—Hablad.

—Los nobles están reuniendo un pequeño ejército para dirigirse hasta aquí, ya que consideran que el emperador es inaccesible ahora y que por otro lado estará seguro con los monjes guerreros del monte Hiei. En estos momentos preparo un encuentro para ultimar los detalles.

Kusonoki no había cambiado su expresión ni un ápice mientras escuchaba los nuevos acontecimientos.

—Bien. Ahora dejemos de especular. Tenemos algo inmediato que

atender…

—Haré todo lo que esté en mi mano, mi señor —contestó mientras se levantaba dispuesto a marcharse.

—Y una cosa más.

—Mi señor…

—Todos los *ninjas* que forman tu familia siempre han trabajado bien para mí. Las labores de espionaje en las que os habéis especializado me han reportado importante información que ha servido para mantenerme con vida y servir mejor a mi emperador. Y sin embargo hoy he visto que en un momento dado puedo necesitar otros servicios. No sois expertos asesinos, ni tampoco *bushis* avezados como el que hoy nos amenaza. Me pregunto si no es el momento de que contempléis también alguna de estas facetas de vuestro oficio. Sé que cada uno de vuestros clanes está especializado en una sola función y que guarda celosamente los secretos de su oficio. No sé si os pido demasiado.

—Quizá sí sea posible.

Kusonoki se mostró sorprendido.

—¿Cómo es eso? No me habías comentado nada.

—Mi señor, es nuestro deber adelantamos a vuestras necesidades. Contamos con un *Sensei* altamente cualificado que comenzó hace unos años la instrucción de la mayoría de nosotros. También tenemos las esperanzas puestas en un niño, que aún es solo un aprendiz. Llegó a nuestra casa tras la aniquilación de su familia por otra rival. Ya contaba con cierta formación inicial similar al perfil que buscáis, así que decidimos continuar con la misma.

—No me aventuro ni siquiera a imaginar vuestros métodos, así que no cuestionaré vuestro proceder. Y por otro lado, ¿cuándo estará listo?

—Aún es joven, pero no esperaréis demasiado. Mientras tanto ya disponemos de varios hermanos diestros en el arte de la guerra.

—Está bien. Podéis retiraros.

Kwaian realizó una suave inclinación de cabeza y volvió a introducir las bolas en su boca. Cuando corrió el *shoji* antes de salir ya era de nuevo el orondo y desgarbado cojo.

Ajeno a lo que sucedía en la superficie, el asesino comenzó a mover sus manos entumecidas. Para cualquier otra persona no iniciada, permanecer durante casi toda la noche sumergido en las heladas aguas de montaña que rodeaban Akasaka habría causado su muerte por hipotermia. No era de extrañar por tanto que ninguna de las patrullas, que tan denodadamente le habían buscado, hubieran siquiera imaginado un escondite semejante. Aun en el caso hipotético de que alguien se hubiera asomado desde la orilla la oscuridad de las aguas le hubiera mantenido totalmente oculto.

Ahora que el aire de la piel hinchable que había utilizado para respirar comenzaba a agotarse tuvo la certeza de que las primeras luces del alba no estaban lejos. Había medido cuidadosamente el volumen del pellejo para que se agotara en ese momento. Para restablecer sus constantes vitales y el normal funcionamiento de sus órganos entrelazó sus dedos de manera elaborada y cuidadosa, formando un poderoso *mudra*, los símbolos posturales o de manos que dan acceso a la Energía Universal. Luego terminó de separar los últimos restos de resina de su rostro, que lo habían transformado en una máscara arrugada y de aspecto desagradable, y probó a mover sus piernas y brazos. Poco a poco la sangre que nuevamente bombeaba su corazón llegó hasta ellos y el dolor intenso que registró su cerebro atestiguó que todo estaba en orden. Sus pulmones también comenzaron a demandar mayor volumen de oxígeno del exterior y usó una caña de bambú, cuyo extremo asomaba por encima del nivel del agua, para llenar su abdomen de oxígeno. Luego abandonó las piedras que se había atado a la cintura y se dejó llevar por el impulso inicial de sus piernas hasta la superficie.

Cuando sus ojos volvieron a ver sintió un ligero picor y dificultad por fijar la mirada, pero aun así pudo percatarse de que no había nadie. Aguzó el oído y tampoco registró nada anormal. Al parecer habían abandonado la búsqueda por el exterior de la pequeña fortaleza.

Salió del agua y corrió en completo silencio hacia la empalizada que rodeaba el *yamasashiro*. Allá en lo alto las torres de los vigías mantenían los faroles aún encendidos, pero nadie dio la voz de alarma. Amparado en las sombras se deshizo de sus ropas empapadas y se quedó desnudo. Después se ajustó su cinturón interior con las diferentes armas que necesitaría y se colocó en manos y pies unos garfios alineados en tiras de cuero para escalar con sorprendente facilidad el terraplén de arena y luego seguir ascendiendo por los travesaños de madera. Bajó por el otro lado con la misma agilidad felina en completo silencio y se tumbó en el suelo en espera de percibir alguna señal.

Era la segunda vez que penetraba en el pequeño castillo esa noche. En la anterior había permanecido suspendido bajo una de las torres, interesado en contemplar el despliegue de la milicia una vez dada la alarma. Cuando todos formaron en el patio central para recibir instrucciones de los oficiales le fue muy fácil localizar a los tres *samuráis* encargados de mandar a los *ashigaru*. Solo uno de ellos contaba con un viejo sirviente como escudero. Memorizó mentalmente desde donde habían partido, estudiando el alargado barracón de madera dispuesto en paralelo a los otros dos, y abandonó su privilegiada posición antes de que deshicieran sus filas. Para cuando se abrieron las puertas para dejar a los primeros hombres registrar los alrededores del bastión ya estaba sumergido en el agua.

Ahora sería diferente. La última y más arriesgada parte de su misión comenzaba.

—No tenéis muy buen aspecto —observó Danjuro mientras Jo se inclinaba en una formal reverencia sobre el *tatami* de la pequeña sala donde Danjuro vivía ahora.

Durante los últimos días la actividad frenética del traslado les había tenido demasiado ocupados para poder terminar la conversación que iniciaran antes de partir de la residencia de Kusonoki. Ninguno de los dos había dormido tampoco esta noche, trabajando para atender la alarma. Ahora que su señor había ordenado que se eliminaran la mayor parte de las patrullas y el *yamasashiro* hubiera vuelto a la calma podían por fin hablar a solas.

—Debo confesaros el secreto, mi señor —fue la única respuesta del viejo.

El rostro del *samurái* se tomó severo por respeto al tono formal que demandaba Jo, aunque en el fondo dudaba de que la revelación que estaba a punto de escuchar fuera de la gravedad que este le confería.

La noche llegaba a su fin y el silencio previo al amanecer les arropaba. Los faroles habían sido apagados, los milicianos regresado a sus lechos, los caballos descansaban en sus establos. Nada más lejano de la actividad frenética que acababan de abandonar. Los *ashigaru* habían sido los últimos en retirarse, ocupados en vigilar los caminos próximos en busca de alguna fuerza hostil que finalmente no había sido divisada, pero allí hacía mucho que Kusonoki había ordenado el regreso a la normalidad, por lo que podían estar seguros de ser de los pocos que aún permanecían despiertos.

—Estoy dispuesto a escucharos. Hablad.

Jo miró a su señor con ojos trémulos por la emoción, respiró hondo y habló atropelladamente, repitiendo en voz alta lo que tantas veces había imaginado en su cerebro.

—Antes de que Umiko abandonara la Casa Verde fui llamado en mitad de la noche por su dama de honor. Al parecer la señora de la casa demandaba de mi humilde persona un servicio de delicada naturaleza.

Jo pareció dudar un instante y no fue capaz de mantener la mirada al frente. Su señor no dijo nada, plenamente consciente del esfuerzo que le suponía continuar.

—La misma Umiko-*sama* me pidió en persona que todo lo que sucediera a partir de ese momento permanecería oculto y que mis labios debían de quedar sellados hasta la muerte.

En ese momento realizó una nueva inclinación y continuó hablando con la frente pegada al suelo.

—Me hizo jurar que no os diría nada ni a vos ni a nadie. No pude negarme. Yo no sabía que… No podía…

—No es momento para lamentaciones —le cortó Danjuro con una severidad forzada. Sabía que era la única forma de obligarle a continuar.

Jo guardo silencio un instante y volvió a erguirse con algo más de dignidad, aunque continuó sin poder mirarle a la cara.

—Tuve que ayudar a hacer algo que en principio no comprendía.

—Continuad —le instó Danjuro, esta vez realmente interesado.

—Todas las damas estaban allí y me ordenaban ir de un lado para otro trayendo cosas o moviendo otras. Pensé que a mi señora le ocurría algo grave, pues el médico estaba allí y alrededor de su alcoba se arremolinaba todo su servicio. Yo no entendía nada hasta que escuché el llanto de un niño.

La revelación fue como un golpe en sus pulmones y Danjuro no fue capaz de continuar respirando.

—¿Cómo decís?

—Vuestra esposa estaba embarazada.

La mente de Danjuro comenzó a trabajar a una velocidad endiablada, como si se encontrara en medio de un campo de batalla y su vida dependiera de su capacidad de reacción. Calibraba posibilidades y recordaba todos los acontecimientos que rodearon los últimos días de Umiko a su lado. Poco a poco habían ido distanciándose de manera para él inexplicable y había pedido retirarse a su propia alcoba, aduciendo problemas de salud. Un médico la visitaba a menudo y declinaba verle argumentando una persistente debilidad. Apenas salía de sus aposentos y en aquellas fechas Danjuro tuvo que partir en demanda de su señor para pacificar las fronteras de la provincia, por lo que aún la vio menos.

No habría sido difícil ocultar su estado entre los anchos y floridos *kimonos*.

—Al amanecer me pidieron preparar el carro de la señora y los caballos para su escolta y partió con el niño antes de que vos regresarais de un servicio.

—¿Un varón? —susurró Danjuro casi inconscientemente.

—No pude verlo, pero era una criatura sana, pues se fue llorando de vuestra casa oculto entre las cortinas del carro.

—Pero no comprendo… ¿A dónde…? ¿Por qué? ¿Le esperaba su amante?

Jo no pudo evitar que las lágrimas volvieran a aflorar. Su señor pronunciaba por primera vez en voz alta los motivos que habían procurado la deshonra. Jamás le había escuchado plantear la posibilidad de que hubiera partido con otro hombre y escucharlo de sus labios le producía un dolor insoportable.

—Por favor —dijo mientras volvía su rostro al suelo—, os ofrezco mi vida. No merezco seguir pisando la misma tierra que vos. Os he deshonrado todos estos años con mi silencio.

Danjuro tardó unos instantes en reaccionar. Se había quedado conmocionado por la noticia y su mente continuaba sopesando posibilidades. Ahora que daba por hecho que la noticia era cierta los motivos por los que Umiko le había abandonado tomaban una nueva perspectiva. ¿Era el hijo de su amante y había partido para reunirse con él? ¿Qué otra explicación podía haber? Jamás había creído en ello pero ahora…

Trató de serenarse y cayó en la cuenta de que Jo continuaba temblando a

sus pies.

—Levantaos, Jo. Ahora no es momento de muertes. Dadme unos instantes para meditar sobre todo esto y luego hablamos de culpas y expiaciones.

—Perdonadme, mi señor —balbuceaba Jo mientras lloraba como un niño —. No merezco vivir.

Danjuro se acercó hasta él y le tomó por los hombros. Cuando el viejo le miró a los ojos no encontró el menor rastro de la ira que hubiera esperado.

—Viejo amigo. Ahora comprendo vuestra inquebrantable fidelidad. Nunca me abandonasteis pese a mi desgracia y soportasteis la vergüenza a mi lado. No, viejo escudero, ya habéis pagado con creces todas vuestras culpas. No quiero imaginar lo que ha supuesto para vos soportar todo este tiempo semejante secreto. Fue injusto haceros responsable de semejante carga. Al fin y al cabo los dos pagamos por todo lo que ocurrió aquella noche, salvo que vos pudisteis haberlo dejado atrás y decidisteis en cambio continuar a mi lado. No os martirices más e id a descansar. Dentro de poco os necesitaré para continuar con nuestro servicio.

Le ayudó a incorporarse antes de acompañarle hasta el *shoji*. Jo no podía articular palabra y la vergüenza y el agradecimiento le sacudían con la misma intensidad. Mientras se alejaba por el pasillo franqueado por el resto de las habitaciones de los *samuráis* no paró de inclinarse para expresar su gratitud.

Cuando Danjuro estuvo de nuevo a solas su corazón amenazaba con salir de su pecho. Como en sueños llegó hasta su lecho y se sentó sobre el futón en *seiza* tratando de serenarse inútilmente.

¿Y si no existiera el supuesto amante? Era algo que los rumores habían convertido en cierto, pero Danjuro no se imaginaba a Umiko con otro hombre. Sinceramente no la creía lo suficientemente interesada en ellos como para tomarse esa peligrosa libertad. En realidad la veía tristemente ajena al mundo que le rodeaba, proclive al abatimiento y la melancolía. Además, apenas salía sin su compañía y dudaba de que alguien se hubiera atrevido a saltar su tapia para aventurarse en la casa de tan afamado *samurái*.

En ese caso solo quedaba una opción, era su hijo.

Esa certeza le dejó aún más conmocionado. Ahora que había recuperado su equilibrio, y sorprendentemente había comenzado una nueva vida dejando atrás toda su vergüenza y desasosiego para entrar al servicio de un nuevo señor lejos de Bingo, su espíritu se veía amenazado por el pasado otra vez.

Sabía demasiado bien los peligros a los que podía llevar la mente y tuvo la suficiente entereza para detener el encadenamiento de pensamientos que le conducía irremediablemente hacia la incertidumbre y el caos.

Decidió meditar antes de retomar su vida, abandonarse a la pérdida de conciencia. Cerró los ojos, dejó caer sus manos sobre el regazo y se sostuvo suspendido sobre su columna vertebral. A cada inspiración le llegaba un

pensamiento sobre la reciente noticia con la amenaza de alterar aún más su ánimo y con cada expulsión de aire la dejaba partir eludiendo su atención en ella. Alguna regresaba una y otra vez, sobre todo la idea de que podía ser padre o la necesidad de tratar de imaginar cómo sería su hijo y dónde estaría ahora, pero seguía abandonándola al marchar el aire de sus pulmones.

Poco a poco la frecuencia fue disminuyendo y el quebranto a su equilibrio fue menos intenso, hasta que acabó en comunión con su Yo Interno. La habitación dejó de existir y olvidó el motivo de su preocupación.

Un *samurái* que acababa de ser relevado de su guardia nocturna caminaba por el patio cubierto por una gruesa capa de piel de oso. De su boca brotaban bocanadas humeantes y se maldecía una vez más por haber olvidado sus guantes antes de comenzar su servicio en una de las altas torres de vigía que rodeaban el cuartel.

—Buenos días —escuchó a su derecha.

Otro *bushi* con una larga *naginata* regresaba también de realizar la guardia.

—Buenos días —contestó el aludido—. Una noche extraña, ¿verdad?

—Desde luego. La muerte de esos compañeros ha sido de lo más inoportuna. Lamento profundamente que los culpables no hayan aparecido pese a todos nuestros esfuerzos.

—Tal vez huyeran al ver la imposibilidad de salvar la empalizada.

—Puede que fuera así —contestó el otro sin demasiada convicción.

Ya estaban cerca de su pabellón cuando al doblar una esquina se detuvieron sorprendidos. Pese al frío reinante un hombre desnudo se encontraba frente a ellos. Solo una tira negra de la que colgaban algunos objetos le cubría, pero lo más desconcertante fue que de la nada apareció en su mano un palo largo con un suave chasquido. Un destello en la punta reveló que se trataba de un *yari*, el palo largo acabado en punta de acero.

El primero de los hombres sintió la hoja atravesarle el cuello antes de poder reaccionar. Mientras comenzaba a desplomarse el otro *bushi* intentó atacar con su *naginata* en un rápido movimiento circular dirigido al hombro de su adversario. Sin embargo, cuando el arma estaba a punto de tomar contacto con la piel desnuda, el asesino se dobló sobre sí mismo para acompañar con su torso el descenso vertiginoso de la estocada mientras elevaba el brazo que sostenía el *yari* y lo introducía por la axila descubierta del *samurái* hasta su corazón. El *ninja* había retirado el arma de su interior antes de que se desplomara y con un movimiento de muñeca volvió a plegarlo para introducirlo en una funda de su cinturón. Después comenzó a desnudar rápidamente al primero de los hombres, de similar complexión a la suya. Había atacado su cuello con precisión evitando que las ropas se mancharan de sangre.

Kwaian percibió una ligera alteración procedente de uno de los extremos del recinto amurallado, tan liviana que no supo si interpretarla como un signo de alarma o una ilusión producto del deseo por encontrar al asesino. En cualquier caso no estaba dispuesto a arriesgarse, así que deshizo el intrincado *mudra* que formaba con sus manos para potenciar sus sentidos y abrió los ojos.

Se encontraba en el interior de una de las escasas salas del bastión, tenuemente iluminado por la única luz de un brasero colocado en una esquina. Fuera le esperaba un grupo de *samuráis* con la orden de acabar con el intruso, preparados para seguirle allá donde fuera.

Pese al tiempo que había transcurrido inmóvil en *seiza* no tuvo la menor dificultad en incorporarse con rapidez y llegar hasta los postigos que le separaban de la galería exterior. En cuanto corrió el *shoji* todos los hombres que allí esperaban se incorporaron como uno solo y empuñaron sus armas rompiendo el silencio.

Kenji, capitán de la guardia de la puerta, se acercó hasta él sin articular palabra. Kwaian, siempre refugiado tras su disfraz, trató de parecer confundido y adormilado. Le incomodaba sobremanera tener que tratar con aquellos hombres, pero les necesitaba.

Su clan se había dedicado desde tiempos inmemoriales al espionaje y su conocimiento del arte de la guerra no era su mejor cualidad. Pese a haber entrenado y mejorado su destreza en el combate cuerpo a cuerpo en los últimos años, enfrentarse en solitario a un *ninja* especializado en la rama del asesinato podía ser fatal.

Sospechaba que los sentimientos de los *samuráis* hacia él eran similares, pero sin su ayuda serían incapaces de localizar al intruso, así que unos y otros estaban condenados a soportarse.

Kwaian miró fijamente a los ojos del *samurái* y se preguntó de qué forma podía comunicarle lo que había intuido sin que pareciera extraño. Kusonoki le había asegurado que se trataba de hombres de confianza y que ninguno hablaría de lo que aconteciera aquella noche, pero no podía permitir de ninguna forma que los secretos de su clan quedaran al descubierto.

Pensó si sería aceptable asegurar que un mensajero le había comunicado que había sido visto alguien extraño dentro del recinto, pero al final lo desechó. Aquellos hombres eran fieles servidores de Kusonoki, capaces de dar la vida por su señor sin dudar un instante y al fin y al cabo nada de lo que dijera sería suficiente para enmascarar lo extraño de la situación.

—Deberíamos irnos —fue todo lo que finalmente comunicó.

—Sí —fue la cortante respuesta.

Kwaian bajó al patio por las anchas escaleras al final de la galería y se calzó sus *geta* situados junto a los siete pares de *tabis* de los *samuráis*.

Mientras caminaban tras él en perfecta formación, Kwaian aprovechó que les daba la espalda y sus manos permanecían ocultas para unirlas entrelazando

todos sus dedos. Unió las palmas para acabar acercándolas a su pecho, encomendándose a Yasha Myo O, uno de los cinco grandes reyes divinos de la luz, y recitó con voz imperceptible el secreto *mantra*, la frase que servía para liberar la mente y conectar con cierto aspecto de la conciencia iluminada, que completaba el *mudra* Yin.

Los antiguos usaban este *mantra* como importante ayuda para alcanzar el éxtasis místico, así como para escuchar la voz de los hermanos fallecidos en busca de guía, pero esta noche Kwaian necesitaba otro tipo de inspiración menos espiritual. Gracias a su uso esperaba recoger los sonidos del mundo que estaban vedados para un ser humano y con esa intención terminó su realización.

Poco a poco fue dejándose llevar por la intuición y siguió hacia uno de los barracones. Cuando se detuvo junto a la entrada los *samuráis* se desplegaron instintivamente tras él, agarrando la empuñadura de sus *batanas* dispuestos a desenvainar. Pero el tiempo se detuvo y su guía no siguió adelante.

Kenji se impacientaba, cansado de la larga noche, y hubiera deseado agarrar por los hombros a Kwaian y no dejar de zarandearlo hasta obligarle a dejar el lugar en el que parecía haberse clavado, pero sus órdenes habían sido muy claras. Debía acompañar a aquel hombre a cualquier lugar y respetar sus decisiones, por muy extrañas que parecieran, además de atrapar o matar al intruso. Echó una somera mirada a aquel orondo y desgarbado campesino y se obligó a ser paciente y concentrarse en la tarea encomendada. La fe y la inquebrantable fidelidad a Kusonoki iban más allá de sus prejuicios.

Kwaian por su parte percibía un rastro demasiado sutil, una presencia intermitente al límite de su sensibilidad, y esto le preocupaba sobremanera. Estaba ya seguro de que se trataba de un hombre que había tratado de borrar su rastro física y sensorialmente. Y esto último solo estaba alcance de un gran maestro.

De hecho jamás había visto nada igual. Todos los seres vivos existían en comunión con el resto del mundo y por el mero hecho de existir influían en él. No era posible evitar dejar un rastro, una continuidad de señales que podían ser percibidas, provocadas por la vibración de cada ser vivo. Solo era necesario captar la frecuencia de esa vibración particular de la persona a buscar y su rastro podía ser leído por un iniciado. Había oído hablar de que existían algunos clanes que trabajaban en un plano de conciencia superior, que les permitía moverse invisibles a los sentidos humanos y hablar con espíritus y fantasmas, pero no esperaba encontrar a uno de ellos esa noche.

¿A quién se enfrentaba? Vacilaba intentando adivinarlo, pero en cualquier caso estaba seguro de que allí dentro se encontraba la señal más clara. ¿Significaba eso que estaba allí en ese momento?

Recordó todo lo que sabía de estos clanes, lo que le habían contado sus maestros cuando era joven. Se suponía que confundían su rastro tratando de

reconstruir el estado original de la energía alterada al interactuar con su espíritu. Sin embargo, este trabajo también debería dejar una nueva alteración, quizá más sutil e inconexa pero igualmente perceptible. No era posible reconstruir un estado. De hecho nada ocurría dos veces por toda la eternidad. Ahora se daba cuenta de que eso era lo que le había llevado hasta allí. Era la incoherencia de lo que percibía.

—Allí dentro —señaló.

Dio un paso atrás y permitió que los *samuráis* se acercaran en completo silencio hasta los primeros escalones. Liberaron lentamente los filos de sus armas del interior de las vainas lacadas al *obi* y penetraron en el interior en perfecta coordinación sin ni siquiera dirigirse una mirada.

Kwaian permaneció solo en mitad del patio desierto, justo cuando el cielo comenzaba a clarear por el este. Dentro no se escuchaba el menor ruido y por un momento tuvo miedo de haber errado, pero de pronto Kenji apareció de nuevo haciéndole un ademán para que se reuniera con él.

—Quizá os convenga saber que dos hombres yacen muertos y escondidos dentro de un arcón —le comunicó cuando llegó a su altura—. Parecen encargados de los puestos de vigía. Mandaré comprobar de inmediato si falta alguno más en las torres y alertaré a nuestro señor.

—¿Y el intruso?

—No está aquí, pero pronto le descubriremos. He mandado llamar a los perros de caza.

Kwaian se guardó para sí su abatimiento. Estaba seguro de que ningún perro sería capaz de seguir su estela.

El *samurái* volvió a hablarle.

—Y una cosa más, viste las ropas de uno de ellos, lo hemos hallado desnudo.

Jo trataba de serenarse pero sus ojos continuaban derramando lágrimas de gratitud. No merecía el trato que le había dispensado su señor y no se imaginaba cómo podría compensar su gesto en esta vida.

Mientras caminaba por el interior del largo pasillo del barracón hacia la zona de los sirvientes se juraba una y otra vez que moriría honrando a Danjuro. No conocía otra forma de corresponderle y ardía en deseos de encontrar la manera de ayudar a que su señor recuperara algo de la paz y el renombre que había perdido.

Pero pronto tuvo que dejar sus tribulaciones y sobreponerse. Alguien se acercaba desde el extremo opuesto y sería del todo inapropiado que fuera testigo de su estado. Por su aspecto debía de tratarse de un *samurái* de regreso de su servicio de vigilancia, ya que se dirigía a la zona reservada para su casta que acababa de abandonar Jo y además conservaba su gorro con orejeras y una

abultada capa. El viejo se arrodilló y se hizo a un lado, preparado para realizar la oportuna reverencia cuando llegara a su altura. Afortunadamente no vería sus ojos enrojecidos y no soportaría la vergüenza de demostrar sus sentimientos en público.

Los pasos sobre las tablas se acercaban rápidamente, pero aun así Jo tuvo tiempo suficiente para serenarse y percatarse entonces de lo extraño del encuentro. Lo natural era que un *samurái* hubiera evitado pasar por las habitaciones destinadas al servicio y haber llegado hasta la zona del barracón a la que se dirigía por el exterior. Ahora que su atención se centraba plenamente en él notó que sus pasos no eran los de un soberbio *bushi*, firmes y sonoros, anunciando ostentosamente su cercanía, sino más bien todo lo contrario, ligeros y equilibrados como los de una dama.

Pese a arder en deseos de elevar su rostro no se atrevió a dirigirle la mirada. Tamaño atrevimiento podría interpretarse por un desaire que no quedaría sin castigo, así que se obligó a continuar inmóvil con la mirada al frente hasta que sintió su presencia muy cercana. En ese momento bajó su cabeza hasta apoyar la frente en el suelo de madera y esperó a que le rebasara.

Quizá acababa de dejar a algún criado allí, o se había acercado con algún encargo. En cualquier caso un *samurái* era libre de conducirse de la forma que creyera más oportuna. Al fin y al cabo él no era quien para emitir un juicio sobre alguien de una casta superior y se censuró por ello.

—¿Acaso no sois el escudero de Kato Danjuro? —le soltó directamente. Para su sorpresa se detuvo frente a él.

—Así es —le respondió sin mover su cabeza del suelo.

No conocía esa voz y su curiosidad hizo que los ojos miraron al frente disimuladamente. Lo que vio le confundió aún más. En sus botas de piel de oso había restos de sangre y arena.

Un *samurái* cuidaba su aspecto en todo momento y situación y era del todo inaceptable que su calzado mostrara tal muestra de descuido. Además, la sangre era reciente y recordó que aquella noche habían buscado sin éxito a unos asesinos. Todo esto provocó que olvidara el debido decoro y levantara la cabeza para buscar el rostro del desconocido. Pero no llegó a fijar su mirada en él. El reflejo en una hoja afilada captó toda su atención.

El desconocido quizá le subestimó, pues pocos hombres de su edad hubieran sido capaces de desplazarse tan aprisa usando sus rodillas, y erró en su ataque por escaso espacio, pese a contar con la sorpresa y una posición ventajosa, clavando su *wakizashi* en la madera donde un instante antes se apoyaba la frente de Jo.

El viejo escudero acabó de incorporarse mientras buscaba su *tanto* escondido entre los pliegues del *kimono* y atacó a una velocidad endiablada directamente al cuello de su oponente, la zona más expuesta. Era demasiado arriesgado tratar de atravesar la pesada capa y la posible armadura bajo ella.

Pero lejos de perder la serenidad, el desconocido se olvidó de su arma y encaró la acometida de Jo con las manos desnudas, colocándose de lado y flexionando ligeramente sus piernas. Cuando el brazo armado terminó de describir el semicírculo mortal que le conducía a la garganta no halló más que vacío. Su enemigo había adivinado la trayectoria girando su cabeza en el último instante y la falta del contacto esperado que parara su empuje hizo que perdiera levemente el equilibrio. El *ninja* lo aprovechó para desplazar una de sus piernas y rotar sobre sí mismo mientras abrazaba al viejo sirviente. De esta forma acompañó con su propia fuerza el empuje inicial de este, provocando su caída.

Había sido una maniobra tan inesperada que Jo apenas podía entender cómo había acabado en el suelo, pero no era momento de lamentaciones y se giró rápidamente dispuesto a incorporarse de nuevo. Si era lo suficientemente rápido, para cuando el desconocido recuperara su *wakizashi* ya estaría frente a él.

Pero el *ninja* no hizo nada por recuperar la hoja clavada en el suelo o evitar que se levantara. En su lugar le apuntaba con los dedos de la mano derecha extendidos, totalmente inmóvil.

«¿Piensa mandarme un conjuro?», se mofó Jo antes de abalanzarse sobre él dispuesto a matarle. No era supersticioso y si creía que así le asustaría se equivocaba.

Pero entonces se escuchó un extraño sonido, como un chasquido, y sintió una mordedura en la garganta. Después se convirtió en un terrible dolor que le hizo detenerse a mitad de la acometida. Parecía que se hubiera tragado una enorme piedra que presionaba sin piedad el interior de su cuello.

Intentó carraspear pero se detuvo al percatarse de que una gran cantidad de sangre brotaba precipitándose hacia su pecho. Sin soltar su *tanto* acercó la mano libre a la garganta para tratar de taponar la herida y fue entonces cuando notó una enorme púa que le atravesaba de lado a lado.

El *ninja* había liberado un muelle oculto dentro de su manga, lanzando el proyectil letal que le permitía ahora recuperar el *wakizashi* y prepararse para atacarle de nuevo.

Jo se sintió desfallecer y pidió perdón a su señor por última vez, en esta ocasión por abandonarle. Como ya se imaginaba no sirvió de nada que tratara de acuchillarle primero y lo último que sintió en esta vida fue cómo una fría hoja atravesaba su corazón.

Kwaian permanecía en mitad del patio con la mirada baja y brazos ocultos en el interior de su *kimono*, apartado de Kenji, y sus hombres mientras esperaban la llegada de los hombres encargados de los perros. Tal y como había ordenado Kusonoki, esta vez todo estaba siendo llevado con gran

discreción y no se había dado la voz de alarma. Sin embargo, Kwaian calibraba las implicaciones de continuar confiando en atrapar al intruso con ese método. Aquella misma noche se había sentido seguro de sí mismo, capaz y dispuesto a cumplir con su obligación, pero ahora le inquietaba la terrible perspectiva del fracaso, que en su gremio podía significar la muerte.

Era obvio que el *ninja* estaba muy próximo a cumplir su misión o de lo contrario no se hubiera arriesgado a acabar con la vida de dos hombres dentro del recinto amurallado. El tiempo se agotaba rápidamente. Puede que solo le quedara la opción de dar de nuevo la voz de alarma, aunque eso fuera reconocer su incompetencia. ¿Serviría así mejor a su señor? Desobedecería su orden y seguramente no le atraparían, con la incertidumbre de desconocer si regresaría en el futuro, pero al menos ganarían tiempo.

Los perros aparecieron con gran estruendo desde el otro extremo del patio. Eran media docena, entrenados para la caza del jabalí y del ciervo, pero el capitán de la puerta no había dudado de que encontrarían el rastro del asesino con la misma facilidad.

—¡Esperad! —les detuvo con un ademán Kwaian.

—¿Qué ocurre? —protestó Kenji sorprendido.

—Puede que aún pueda dar con él y los perros le alertarán. Que vuelvan de inmediato a sus perreras, antes de que eso ocurra.

—Un momento, dijisteis que no creíais poder encontrar su rastro de nuevo.

Kwaian había decidido arriesgarse y tratar de evitar su vergüenza.

—Eso fue porque no supe leer las señales. He sido un necio. No había podido localizarle en toda la noche porque le buscaba en el interior del recinto, pero en realidad esperaba fuera de estos muros. Esa es la explicación. Además, jamás le encontraremos si no es discretamente. En cuanto perciba algo anormal huirá para esperar mejor ocasión.

—No tenemos mucho tiempo.

—Lo sé.

Kenji dudó unos instantes, pero finalmente ordenó a regañadientes que los hombres volvieran a las perreras. La orden de Kusonoki seguía dando prioridad a Kwaian.

—¿Y ahora? —le interrogó severo.

—Dejadme a solas junto a los muertos.

Kwaian caminaba ya hacia los primeros peldaños del barracón sin esperar la respuesta del *samurái*. Ya no le importaba despertar las sospechas sobre su condición. Esperaba contar con al menos una última oportunidad y esta dependía enteramente de su diligencia. Ni siquiera estaba seguro de que lograra localizarle pero olvidó sus temores y entró en meditación en cuanto estuvo al otro lado del postigo. No necesitaba estar junto a los cadáveres de los dos hombres pero sí fuera de la vista de personas ajenas a su familia. Nadie

podía descubrir alguno de los métodos del clan sin perecer.

Buscó con los ojos de la intuición, abriendo su conciencia como ondas provocadas por una piedra al caer en mitad de un lago tranquilo, rastreando, intentando localizar alguna perturbación en alguna de las suaves líneas que se alejaban cada vez más. Necesitaba una incoherencia, una alteración, algo que no debiera de estar allí.

Kenji acababa de reunir a sus hombres cuando el postigo se abrió de nuevo.

—Por aquí, rápido.

—¿Hacia dónde?

—Muy cerca, en el interior de ese barracón.

Cruzaron a la carrera el patio hacia el lugar indicado, con las primeras luces del alba alejando las sombras, los *samuráis* con las manos en las empuñaduras de sus *katanas* y Kwaian concentrado en no perder el vago vestigio que había sentido.

Una vez en el interior atravesaron por entre las dependencias del servicio a la carrera, originando gran conmoción entre escuderos y sirvientes, hacinados en amplias salas que dejaban atrás rápidamente.

—Por aquí —les guiaba cada vez más seguro.

Los *bushis* le seguían en silencio, prestos para entablar combate arrollando a aquellos que acababan de abandonar sus lechos y se interponían en su camino, hasta que en mitad del largo pasillo que comunicaba con las dependencias de los *samuráis* de inferior rango Kwaian se detuvo como tocado por una mano invisible.

Al ver que no hablaba y que miraba de un lado a otro desorientado, el capitán de Kusonoki se acercó hasta él.

—¿Qué ocurre? ¿Es aquí dónde se esconde? Habla de una vez brujo.

Por un momento el *ninfa* le miró intensamente a los ojos y el *samurái* retrocedió su pierna izquierda para desenvainar más rápidamente en caso de necesidad. Desde fuera parecía que la confrontación era inevitable pero en el último momento Kwaian desistió. No era el momento de perder la serenidad. Ya habría oportunidad de responder al insulto.

—Aquí hay algo que ha alterado —dijo al fin.

—¿Qué queréis decir? Yo no veo nada extraño. ¿Está escondido quizá?

Kwaian no respondió en seguida. Siguió intentando interpretar los signos que le habían llevado hasta allí, pero por más que miraba a su alrededor tampoco encontraba nada fuera de lo normal. De hecho el largo pasillo estaba desnudo, sin muebles ni aperturas al exterior, solo paredes, suelo y techo. No cabría imaginar qué rastro podrían encontrar allí. ¿Tal vez algo que hubiera dejado perdido en el suelo? Buscó en vano mientras los hombres comenzaban a impacientarse.

—¿Nos has traído hasta aquí a la carrera para dejamos en mitad de un

pasillo desnudo? —elevaba cada vez más la voz Kenji—. ¿Qué sentido tiene todo esto? Usando los perros a esta hora ya le habríamos encontrado. Aquí no hay nada. ¿Acaso no os dais cuenta?

El *ninja* estaba también perdiendo la paciencia. Se cuestionaba si seguir soportando la insultante actitud de su acompañante era en verdad tan necesario, cuando una gota cayó en su nariz.

La mirada alarmada de Kenji le hizo comprender que algo no andaba bien y cuando miró el dedo con el que había tocado la superficie húmeda de su piel comprendió la reacción.

—¡Sangre!

Kwaian dio varios pasos atrás para permitir que los *samuráis* se posicionaran en completo silencio alrededor del ligero goteo. Lino de ellos elevó su *naginata* hasta apoyarla sobre la zona del techo de donde había caído la gota y presionó violentamente hacia arriba. La madera se quejó, pero no ocurrió nada más. Después fue ampliando la superficie a revisar, presionando siempre con fuerza, hasta que finalmente una sección del techo cedió. Había sido aserrada para practicar una apertura. Dado el color oscuro de la madera y la escasa luz había permanecido totalmente invisible a la vista. Todos desenvainaron al instante sus armas y esperaron las órdenes de su capitán.

—¡Mira qué hay allá arriba! —le comunicó al de la *naginata*.

Un segundo *samurái* colocó sus manos entrelazadas frente a él para permitirle apoyarse en ellas y saltar hasta el techo, donde quedó colgado de sus brazos suspendido en el aire. Después penetró por la apertura de un fuerte impulso.

Pasaron unos momentos de incertidumbre, hasta que volvió a aparecer desde la oscura boca.

—Aquí hay otro cadáver.

—¿Un *samurái*? —preguntó Kwaian.

—No. Es un viejo sirviente.

El *ninja* acercó sus oídos al *shoji* y esperó unos instantes con los ojos cerrados, volcando todos sus sentidos y percepciones en componer en su mente el escenario que encontraría al penetraren la estancia. No podía permanecer en el pasillo sin que alguien acabara viéndole y tampoco conocía el tiempo que pasaría antes de que descubrieran a sus víctimas, por lo que tendría que arriesgarse a entrar lo antes posible en lugar de aguardar un momento más propicio.

En cualquier caso podía considerarse afortunado. Encontrar a uno de sus objetivos de manera tan provechosa había sido un regalo, primero por el esfuerzo ahorrado y segundo porque su rastro le había llevado hasta el siguiente.

Al momento escuchó el ruido característico de unos palillos rozando un cuenco. Estaba desayunando confiadamente justo frente al *shoji*. Por lo tanto no podía confiar en abrir disimuladamente y aguardar en el interior. Las dos opciones posibles eran fingir que le traía un mensaje o atacar directamente. Ambas tenían sus ventajas e inconvenientes.

Si se presentaba ante él con cualquier excusa podía sospechar al no reconocerle. Todos en el castillo sabían que uno o varios intrusos habían tratado de atacarles y que no habían sido localizados. Sin lugar a dudas acabaría con él igualmente, pero podía tener tiempo de dar la alarma.

La segunda opción acortaría el tiempo de respuesta, pero tendría que improvisar sobre la marcha. No podía asegurar en qué situación le encontraría. Puede que hasta tuviera su armadura colocada, pero podía atenerse a algunas conclusiones de su exploración sensorial. La sala era pequeña y seguramente le alcanzaría en tres pasos, estaría libre de obstáculos hasta él, era improbable que tuviera otra arma a mano más que su *katana* y permanecería sentado en *seiza*.

Cuando se alejó medio paso ya había decidido qué hacer y desenvainó con extremada lentitud su *wakizashi*. Era el arma más apropiada para un lugar tan reducido.

Danjuro se había lavado y dedicado especial atención a rasurarse la mitad del cráneo. Tras deshacer su coleta la rehízo después de peinarla, anudándola desde el occipital hasta el parietal. Después se había vestido con parsimonia y lentitud, con la misma atención que hubiera otorgado a unas prendas de fino y quebradizo papel.

Ahora se sentaba frente a la entrada con la pared a su espalda, comiendo de una escudilla su frugal desayuno de arroz cocido. En lugar de colocarlo a la altura de su cara y arrastrarlo con los palillos hacia la boca, atrapaba grupos de granos con exquisita pericia. Frente a él no existía mueble alguno, ni siquiera la oportuna mesita baja, y en su *obi* se cruzaba Tani en su hermosa funda lacada.

El rostro permanecía inexpresivo, totalmente relajado, como si durmiera con los ojos abiertos. Atrás quedaba el momento en el que había perdido su compostura con la trascendente revelación de Jo, como si el encuentro se hubiera realizado en otra vida y recordara lo sucedido desde una enorme distancia.

Desde el duelo con Yamamoto había recuperado el camino. Su mente cada vez era más dócil y daba gracias por haber comprendido que nada de este mundo importaba lo suficiente. Despedirse de la vida apaciblemente para luego encontrarse con que le era devuelta le había transformado profundamente. Ese había sido el ideal del *samurái*, recogido en su código de honor, el *bushido*, vencer sin luchar. No cabía un objetivo más elevado y sentía

ser poseedor de un incalculable regalo, pues había llegado hasta ello sin pretenderlo. No era más que un hombre y como tal su ocupación no era otra que comer, dormir, evacuar y morir. Todo lo demás solo era una ilusión.

Por un momento sus viejos deseos de mantener el legado familiar con una descendencia de sangre le habían hecho olvidar esta importante lección. Se imaginó partiendo en busca de su hijo, encontrando por fin un motivo para vivir en dicho objetivo. Pero ahora entendía que no era más que humo, un juego de su mente caprichosa al que debía negar su atención. Ni siquiera sabía si estaría vivo, si era niño o niña, ni por dónde empezar a buscar.

Recordaba que este deseo había sido uno de los motivos de su desgracia y que no estaba dispuesto a volver a caer en ella. Solo existía el presente y en este debía servir a su señor. No había cabida para nada más. En cuanto viera a Jo le perdonaría de corazón y le haría ver que nada había cambiado con su secreto, que no existía falta alguna y que nada le apartaría de su deber.

Mientras comía también le llegó el recuerdo de Kiku. De alguna forma era su única concesión, la única brecha a la férrea voluntad de renuncia de los deseos humanos. No podía evitar preguntarse cómo estaría viviendo en la casa de Yamamoto, si pensaría también ella en su propio destino. Pero era muy improbable que pudiera volver a verla. Había sido rechazado y ahora ambos servían a señores que no mantenían relación alguna. No habría excusa para un fortuito encuentro y escribirla ahora, pese a su anuencia, parecía un juego infantil carente de sentido. El *karma* les había separado definitivamente, pero con un poso demasiado intenso para el breve espacio de tiempo en el que habían compartido el hilo de la vida.

Un grano de arroz cayó al suelo, escapando de la pinza practicada por los palillos, justo antes de llegar hasta su boca abierta. Por un momento se quedó inmóvil y luego dejó escapar una leve sonrisa. El recuerdo de Kiku le había apartado de su equilibrio, pero no se censuraba por ello. Apenas se avergonzaba de que pese a sus treinta y cuatro años hubiera vuelto a sentir la atracción por la belleza de una mujer, latir por algo diferente a la amenaza de una muerte frente a un enemigo o por el dolor de haber escapado de ella finalmente un día más.

Sin embargo, no podía continuar ensimismado entre pensamientos tan ociosos y se obligó a apartar el recuerdo de su rostro. Regresó paciente al exigente trabajo de comer de aquella forma, midiendo cada momento y contando cada grano, acallando su mente con la exigente atención, calmando su ánimo con el abandono, equilibrando su ser en la tarea.

Y fue justo entonces cuando sintió un vacío que acalló los sonidos que llegaban a sus oídos para ser reemplazados por una ondulación pulsante. Toda la habitación cobró un nuevo color más vivido y experimentó una perturbación. Sus pulmones dejaron de respirar, los palillos quedaron suspendidos a medio camino de la escudilla y los ojos de Danjuro se cerraron

levemente.

Tardó solo un instante en intuir que un peligro inminente se cernía sobre él.

—¡Alto! Deteneos de inmediato —atronó el pasillo la voz de Kenji.

Todos detuvieron su carrera en pos de Kwaian.

—¿A dónde nos conduces esta vez? Creedme si os digo que estoy harto de seguiros a ciegas toda la noche. Esta es una campaña miliciana. No es natural que un campesino guíe *samuráis* y menos que se comporte de forma tan desconsiderada. Exijo de inmediato que nos pongáis al corriente de lo que ocurre y de a dónde nos dirigimos.

Pese al brote de ira que surgió en Kwaian, trató de no demostrar la contrariedad y el enojo que sentía ante la inesperada reacción.

—Por favor, capitán, no tenemos tiempo que perder. El intruso podría escapar mientras hablamos. Estamos ya muy cerca y os recuerdo que nuestro señor ordenó que me prestarais la oportuna ayuda en este asunto.

—¿Cómo os atrevéis a hablarme en semejante tono? ¿Pensáis que podéis decirle a un *samurái* lo que debe hacer? Exijo una inmediata restitución.

Quizá había ido demasiado lejos, pero en la mente de Kwaian solo existía una perentoria urgencia por continuar antes de que el rastro se borrara. Ahora la señal era mucho más clara, lo que podría significar que el interés del asesino no estaba tanto en ocultar su paradero come en terminar su misión. El *ninja* estaba muy cerca y apenas podía creer que la estupidez de aquel orgulloso *bushi* estuviera poniendo en peligro su descubrimiento. Sin embargo, sabía que no ganaría nada a menos que cambiara su actitud. Un *samurái* preferiría morir antes que dejar sin restituir su frágil honor y no se retractaría. Por ese motivo se hincó de rodillas frente a él, acallando su propio orgullo con la promesa de hacer pagar algún día su desprecio.

—Ruego a este noble *samurái* que sepa pasar por alto mi censurable comportamiento. No tengo excusa, me he dejado llevar por la cobardía, que les es ajena a hombres como vos, y por mi boca han partido palabras inadecuadas.

—Basta ya de perder el tiempo. Nuestro señor te ordenó conducimos hasta el intruso y luego dejamos actuar. Bien, dinos dónde se encuentra de una vez.

—Solo sé que está dentro de este barracón, en la zona que tenemos delante. Si me permitierais acercarme más tal vez podría…

—Suficiente —cortó Kenji—. Quedaos aquí y dejar que tomemos la iniciativa por una vez. ¡Vamos! —se dirigió a sus hombres—. Continuemos y atrapemos a un hombre disfrazado de *samurái*. Fijaos en los rostros y detened a todo aquel que no conozcáis.

Se pusieron en marcha al unísono, confiados y alentados por las palabras

de su capitán, y cuando Kwaian se incorporaba ya habían retomado la carrera por el pasillo.

—Estúpidos —dijo en voz baja exasperado—, no sabéis con quién os enfrentáis.

Pese a su ira trató de serenarse lo suficiente como para ser capaz de retomar el rastro del asesino. Realizó unos pequeños movimientos con uno de sus dedos en el aire mientras cerraba los ojos, hasta que volvió a abrirlos al poco tiempo de forma súbita. Ya lo tenía de nuevo. Tomó aire y lo dejó escapar lentamente antes de seguir los pasos de los *samuráis* de Kenji.

El *ninja* percibió la inminente llegada de los *samuráis* con la misma claridad que si un trueno hubiera hecho temblar el suelo. Retiró su mano del *shoji* y volvió a guardar su afilada arma en el cinto. Sin alterarse lo más mínimo por encontrarse en mitad de un angosto pasillo por el que tendrían que pasar cerró los ojos. Se encomendó a la divinidad Komuku Tenno Jin mientras realizaba el *mudra* Retsu. Su mano izquierda se cerró dejando el dedo índice libre para ser abrazado por los dedos de la derecha salvo el pulgar, que quedó tocando la punta del dedo en el interior del puño cerrado. Pronunció en voz apenas perceptible las palabras secretas y esperó.

Cuando los hombres de Kenji irrumpieron junto a él ni siquiera le dedicaron una mirada. Pasaron a su lado como si se tratara de una parte más de lo que les rodeaba. Le vieron perfectamente, incluso alguno de ellos tuvo que cambiar su dirección para no impactar contra la figura inmóvil, y sin embargo algo en sus mentes les hizo obviarle, como si se hubiera tratado de una columna o una estatua decorativa.

Al instante estaba de nuevo a solas.

Se acercó al *shoji* y se preparó para matar una vez más, quizá la última ese día. Después tendría tiempo de sobra para buscar la *katana* de Yamamoto.

Kwaian se detuvo como alcanzado por una flecha. De pronto, la señal había desaparecido sin el menor rastro. Era como si hubiera alargado la mano para alcanzar un objeto y este se hubiera esfumado delante de sus ojos.

—¡Maldito capitán! —no pudo evitar exclamar—. Lo habéis alertado.

No sabía qué podría hacer a partir de ahora. No quedaba tiempo para pedir ayuda a Kusonoki, ni tampoco de hacer entrar en razón a aquellos *samuráis* engreídos. Estaba solo ante un enemigo formidable, el más temible al que hubiera podido imaginar. Puede que incluso le hubiera localizado y le esperara tras una esquina para acabar con su vida.

—Nada puedo hacer por evitar mi *karma*.

En silencio se despidió de esta vida por si el vacío le reclamaba en breve y

buscó entre sus ropas el *tanto* oculto para asegurarse de que siguiera a mano. Tal vez aún pudiera servir a su señor y no marcharse solo de este mundo.

Con rostro inexpresivo retomó su marcha, aún arropado en su papel de orondo sirviente, pese a no albergar ninguna esperanza de engañar al asesino.

Tan súbitamente como había aparecido, la inequívoca señal de peligro se había esfumado. Danjuro aún continuó inmóvil, atento a todo lo que le rodeaba, pero nada nuevo ocurría. La pequeña habitación volvía a albergar la perfecta quietud que había logrado con su meditación.

Al poco un grupo de hombres cruzó a la carrera por el pasillo. Por el ruido y la forma de moverse eran *samuráis* prestos a enfrentarse a un requerimiento urgente, pertrechados para el combate. Muy pronto se apagaron sus ecos y todo volvió a estar en silencio.

Algo ocurría, pero ya no era capaz de sentir nada inusual y continuó con su comida tranquilamente, descuidando sus recientes percepciones. En su mente se formó la figura de un gato lamiendo sus patas en su puesto de vigía mientras espera pacientemente la aparición del oportuno ratón, en silencio, despreocupado y relajado, pero precisamente por ello en máxima alerta.

El *ninja* preparó dos de los cinco *shaken* que portaba en el cinturón interno. El contacto con los discos metálicos estrellados que utilizaban como arma arrojadiza le produjo un deleite especial y los palpó suavemente antes de repartirlos entre sus manos. Luego corrió el *shoji* súbitamente, irrumpiendo en la habitación de Danjuro a velocidad sobrehumana. Vio fugazmente su figura sedente, sosteniendo entre ellos un bol con comida, y arrojó las estrellas letales hacia su pecho instintivamente. Estaba seguro de no fallar, pero en cualquier caso desenvainó su *wakizashi* en cuanto su mano derecha estuvo libre, con la intención de cortarle la cabeza antes de que el cuerpo tocara el suelo.

Danjuro contempló cómo el intruso entraba a la carrera y, pese a no albergar duda alguna de que pretendía acabar con su vida, no se movió inmediatamente. Hubiera sido inútil tratar de desenvainar e incorporarse a tiempo para defenderse y confió en su intuición. Su corazón ni siquiera elevó su ritmo, su mente no se ofuscó con pensamientos de peligro y se dejó llevar por su Yo Interno.

Cuando dos objetos recorrieron la distancia que los separaba hacia él simplemente giró su cintura y permitió que pasaran rozándole para clavarse con un sonido hueco en la pared de su espalda. No se había perdido un grano de arroz del contenido de su bol, ni había soltado los palillos. Tampoco trató

de abandonar su posición, claramente en desventaja, ni acercar la mano a Tani. Hubieran sido movimientos inútiles, pues su enemigo ya estaba sobre él.

El asesino trató de herirle con un *wakizashi* y se defendió con lo único que tenía a mano.

Arrojó el contenido del bol al rostro del *ninja* para obligarle a cerrar los ojos y con el mismo movimiento colocó la pieza de cerámica en mitad del recorrido descendente del acero a su garganta. En lugar de chocar con él, lo que hubiera provocado que se partiera y continuara el recorrido mortal, le acompañó el tiempo suficiente para fundirse con uno de sus cantos. Justo cuando llegaba a su cuello le hizo cambiar la trayectoria, elevándola por encima de su cabeza con un movimiento rapidísimo y preciso. Ya había comenzado a incorporarse al tiempo que se defendía y empujó a su enemigo con el hombro derecho desde abajo, haciéndole retroceder varios pasos totalmente desequilibrado.

Cuando estuvo en pie leyó la sorpresa en los ojos del *ninja* pero a este no le llevó más que un instante sobreponerse y elevar su brazo para lanzarle una púa oculta en su manga. Danjuro le miró directamente a los ojos sin moverse, plantado allí como una roca. No parecía pretender hacer nada más, como si hubiera dado por concluido el enfrentamiento, y la intensidad de su seguridad hizo dudar al asesino momentáneamente.

Entonces el *ninja* reparó en las manos del *samurái*. El bol continuaba en la izquierda, pero no había ni rastro de los palillos. Un dolor intenso le empezó a quemar desde el cuello hasta el interior de su pecho al tiempo que perdía su pericia súbitamente y la púa lanzada golpeaba la pared lejos de su enemigo. Atónito, retrocedió unos pasos mientras el sentido de la vista le abandonaba y abría la boca en una mueca forzada. Finalmente perdió todo control sobre su cuerpo y se desplomó.

Los dos palillos estaban atravesados en su cuello y él estaba muerto.

Glosario

Amaterasu: Una de las más veneradas diosas de la religión shinto. Representa al Sol y es dueña de los cielos. Según la leyenda, Izanagi y Izanami crearon Japón y de la unión de la pareja nacieron otros tres kamis: Amaterasu, Susanoo (dios de los océanos) y Tsukuyomi (diosa de la oscuridad y de la Luna). Tras una terrible disputa entre Amaterasu y Susanoo la primera se escondió en una cueva, privando al mundo de la luz. Un kami femenino llamado Ameno-Uzume se plantó a la entrada y empezó a danzar de manera picara y sensual, provocando la hilaridad del resto de los dioses. Amaterasu preguntó sobre el motivo de la algarabía y le dijeron que un kami había aparecido, aún más bella que ella. Cuando se asomó curiosa vio su propia imagen y se quedó perpleja. La habían engañado colocando un espejo. Aprovechando su distracción taparon la entrada con una enorme roca y la luz regresó al mundo.

Más tarde su nieto Ninigi fue enviado al mundo terrenal para gobernar Japón, siendo el primer emperador y descendiente de los dioses (linaje que aún se mantiene hoy en día, convirtiendo a la casa imperial japonesa en la monarquía hereditaria continuada más antigua del mundo). Amaterasu le entregó Las Reliquias Sagradas: El espejo utilizado para hacerla salir de la cueva, la espada usada por Susanoo para matar a una serpiente de ocho cabezas y una joya de forma ovalada. Estos elementos también serían conocidos como Los Tres Tesoros, insignias del poder imperial, transmitidos de generación en generación.

Amida: Uno de los nombres del iluminado, de Buda, que fue especialmente reverenciado en las sectas budistas japonesas y traducido como «cuerpo de la felicidad». A esta imagen se le atribuyen la gran compasión y en él está incluido todo lo creado, mantenido por esta compasión infinita.

Ashigaru: Campesinos con escasa preparación militar reclutados para la guerra. Literalmente «pies ligeros», pues jamás montaban a caballo. En la época del relato se había dejado de lado el reclutamiento masivo característico de periodos anteriores debido al auge de la milicia profesional, pero aún así seguían formando la mayor parte de los ejércitos. La agricultura era la base de

la economía, por lo que los señores de la guerra se veían obligados a dedicar más hombres a explotar sus tierras que a ejercer de guerreros avasallados.

Ayu: Pez de agua dulce similar a la trucha, que aún hoy es considerado un manjar exquisito.

Bakufu: Literalmente «Gobierno-tienda». Acepción por la que era conocido el máximo estamento de gobierno del periodo Kamakura, pues las reuniones se realizaban siempre bajo una carpa de campaña, igual a las utilizadas por los generales en el campo de batalla. De esta forma se pretendía destacar el carácter militar de la nueva política, desdeñando a la nobleza cortesana que hasta ese momento había ostentado el poder. El bakufu era presidido por el shōgun, acompañado por el shiken y sus generales y ministros. El emperador quedaba fuera del bakufu.

Bo: Bastón de 1,80 cm de longitud aproximadamente, de forma cónica y normalmente de bambú o roble. Se usaba para llevar baldas, pesos al hombro y como cayado o bastón. Sin embargo, ya en la India o China era habitual usarlo como arma, pues las clases humildes no contaban con mucho más para defenderse. La forma japonesa de utilización permitía la palanca y el aprovechamiento de la inercia del movimiento para multiplicar la potencia en el momento del impacto. Junto con el abanico de guerra y el jitte formaban el grupo de armas consideradas de segundo orden o secundarias.

Biwa: Instrumento musical de cuatro cuerdas de origen persa similar al laúd, cuyo brazo se dobla en la parte final entre 45° y 90°. En Japón fue introducido a partir del año 710 y su uso estaba limitado a las interpretaciones de la corte imperial. El repertorio clásico de aquellos días se mantiene inalterado en la actualidad y en la época del relato su uso denotaba exquisito buen gusto.

Bushi: Término genérico utilizado para designar al guerrero profesional. Dentro de esta denominación se englobaban desde los samuráis a los milicianos menos capacitados.

Bushido: Código de honor del guerrero. Fue seguido por los samuráis durante 800 años, basando en él su pensamiento, comportamiento y modo de vida. Se interpretaba como «los modos militares del caballero» y aunque nunca fue redactado por escrito se convirtió en el conjunto de normas obligadas para el guerrero honorable. El resto de los ciudadanos estaban exentos de cumplir sus exigentes directrices y se regían por la costumbre y las normas sociales.

En tiempos relativamente modernos se ha buscado una aproximación a su esencia, rescatando textos de antiguos samuráis o manifestaciones de grandes maestros de las artes marciales modernas para plasmarlo por escrito.

He aquí un ejemplo:

SAMURAI NO KOKORÔE
(Preceptos del samurái)

Conócete a ti mismo
Siempre cumple con los compromisos
Respeta a todos
Manten fuertes convicciones que no sean alteradas por las circunstancias
No hagas un enemigo de ti
Vive sin arrepentimientos
Asegúrate de dar una buena primera impresión
No te aferres al pasado
Nunca rompas una promesa
No dependas de los demás
No hables mal de otras personas
No le tengas miedo a nada
Respeta las opiniones de los demás
Ten compasión y entendimiento para todos
No seas impetuoso
Hasta las pequeñas cosas deben ser atendidas
Nunca te olvides de ser elogioso
Sé el primero en aprovechar la oportunidad
Haz un esfuerzo desesperado
Ten un plan para tu vida
Nunca pierdas el espíritu del principiante

Catay: Nombre con el que se conocía a la actual China, Asia Central y Oriente Próximo. En la época del relato se concretaba algo más a China y Corea. Debido a las continuas guerras y cambios de dinastías y fronteras era difícil diferenciar entre gobiernos y estados, de ahí la denominación genérica.

Cha: Nombre con el que se identificaba al té. Su cultivo, junto al de los gusanos de seda, era una fuente de ingresos muy importante en los pueblos de Japón y con el tiempo su consumo se convirtió en un acontecimiento social entre nobles y samuráis. Sin embargo, para los monjes era más bien una cuestión práctica, pues se consumía en grandes cantidades para soportar las largas vigilias meditativas.

Chakra: Palabra derivada del sánscrito, milenaria lengua de la India. Literalmente significa «rueda», atribuido al Sol o al dios hinduista Vishnu. Los primeros escritos sobre el estudio de los chakras datan del siglo VII a.C., que los sitúan en diferentes partes del cuerpo como mediadores entre el prana (o energía universal) y el ser individual. Los chakras reciben esa inmensa energía, la transforman para que el organismo pueda asimilarla, la almacenan o utilizan para los procesos vitales y la devuelven al Universo. Cuando su funcionamiento no es correcto provocan el bloqueo de ese paso natural, llevando al desequilibrio y finalmente a la enfermedad.

Existen siete chakras básicos, que se extienden desde la base de la columna

vertebral hasta la coronilla, y otros muchos secundarios. El prana circula a través de ellos gracias unos canales energéticos denominados nadis.

Chanoyu: Literalmente «agua caliente para el té», usado para definir a la conocida como «ceremonia del té». Nacida sobre el año 25 en China, se trasladó a Japón en el siglo VIII gracias a los intercambios comerciales desde la actual Okinawa. Se trataba de convertir un sencillo acto social en un ejercicio de meditación y refinamiento, imitando todos los pasos de la forma china. Se usaban los mismos utensilios de acero, pero con el tiempo se abandonó la costumbre, tanto en China como en Japón, y la ceremonia cayó en el olvido.

En la época del relato comenzó un tímido resurgimiento, esta vez adaptada al pensamiento y costumbres japonesas, solo practicada por la aristocracia más encumbrada, que culminaría en el siglo XV con la intervención del maestro Murata **Juko**. Un siglo más tarde trascendería esa minoría elitista, ya convertido en un auténtico ritual, extendiéndose por todo Japón. Incluso hoy en día se le dedica toda una vida a su estudio y aprendizaje.

Cho: Medida de distancia equivalente a unos 120 metros.

Chonmaje: Peinado tradicional con la coronilla afeitada y el resto recogido en una cola aceitada sobre el cráneo. Originalmente era usado por los guerreros para asegurar la correcta posición del casco en la batalla. Simbolizaba hombría y se realizaba por primera vez durante la ceremonia de paso a la edad adulta (aproximadamente a los 12 años de edad).

Daiku: Carpintero especializado en el diseño y construcción de casas. Tras recibir un encargo construía todas las piezas principales en su taller, auxiliado por aprendices o peones, y luego las trasladaba a la ubicación elegida. Los daiku no solían viajar, limitados por un férreo sistema gremial, por lo que trabajaban en la misma zona durante toda su vida. Esto provocaba diferenciaciones, a veces muy pronunciadas, en los estilos arquitectónicos de lugares geográficamente muy cercanos.

Dojo: Término destinado al lugar dedicado a la meditación de los monasterios zen. Más tarde fue tomado por los bushis para denominar al recinto donde se practicaba una disciplina marcial. El dojo era un lugar reverenciado y casi sagrado para la milicia.

Los maestros de artes marciales ejercían dentro de un clan guerrero o adiestraban a unos pocos y seleccionados discípulos durante muchos años en sus propios hogares. Para los primeros el dojo era un recinto exclusivo, normalmente un pabellón, mientras que para los segundos el lugar no recogía, en principio, ninguna característica especial.

Con los años se llegaron a crear escuelas abiertas para el adiestramiento de gran número de alumnos, pero perdieron ese carácter íntimo y cercano entre maestro y discípulo. Hoy en día aún se perpetúa la antigua forma en Okinawa. Allí existen dojos tradicionales y un Sensei imparte sus enseñanzas a un pequeño número de alumnos, sin ninguna remuneración, con un carácter de

acto social lúdico.

Doshin: Policía del Japón feudal. Desde que existe documentación histórica se reconoce la existencia de cuerpos policiales encargados de mantener la ley y el orden dentro de los territorios de cada clan. Sus atribuciones incluían el sometimiento de todo aquel que penetrara en los dominios o que perteneciera al mismo. No solo la gente común o los viajeros debían obedecer, también los guerreros del clan estaban sometidos a su autoridad, por lo que se podía considerar que ejercían de policías militares. Todos los pueblos, distritos y ciudades poseían un cuerpo de doshin, ya fuera bajo supervisión militar o formando agencias propias, aunque todas ellas debían su existencia al jefe del clan o provincia.

Ebi: Incienso formado por la mezcla de varias sustancias, en su mayoría maderas fragantes, muy utilizado en la era Heian por la alta nobleza.

Emaki: Sistema narrativo nacido en la era Heian en la que se combinaba texto e ilustraciones en largos rollos de pergamino. Para leerlos era necesario ir desenrollando con una mano y enrollando con la otra, como si de una cinta de vídeo se tratara. Eran verdaderas obras de arte, que se almacenaban cuidadosamente en bellas cajas lacadas con intrincados motivos.

Emishi: Término con connotaciones de «bárbaro» y que se aplicaba a un pueblo que vivía en el noroeste del Japón cuyos orígenes no están claros. Durante generaciones se entabló una dura lucha por conquistarlos, ya que se ansiaban sus tierras. El coraje y la inteligencia en el combate de estos primeros pobladores de Japón les permitieron resistir durante cientos de años, hasta ser finalmente doblegados alrededor del año 800. Curiosamente, pese al desprecio que se les profesaba, su novedosa utilización de arqueros a caballo contra la pesada infantería fue rápidamente imitada, desembocando en lo que sería el ideal samurái de arquero a caballo.

Eta: Casta más inferior de la sociedad, encargados de las tareas consideradas ruines o despreciables. Tenían prohibido dirigirse a otras personas o vivir en pueblos o ciudades, obligados por tanto a residir en guetos autosuficientes. Eran despreciados hasta el grado de considerarlos inferiores a los animales y se evitaba cualquier contacto, incluso visual, para evitar contaminarse.

Fusuma: Al igual que el Shoji, se trata de un rectángulo vertical que puede ser corrido sobre rieles, solo que, al contrario de este, es opaco y normalmente de madera. Se utilizaba para dividir espacios dentro de una casa, desplazando los tabiques fusuma y configurando así sus habitaciones, normalmente modificadas según la época del año. También formaban las puertas exteriores.

Gembuku: Ceremonia de paso a la edad adulta. Se producía entre los 11 y los 17 años (normalmente 12), únicamente para familias nobles o samuráis. Dentro de los clanes guerreros antes recibía otra preliminar a los 5 años, en la que se le entregaba su primera espada, de pequeño tamaño y con la

empuñadura y la vaina cubiertas de brocado. En su paso a la mayoría de edad era aceptado como hombre entre los hombres, sustituyendo su pequeña katana por otra verdadera. También se añadía una armadura y se cambiaba el peinado, que hasta ese momento solía ser unas trenzas gemelas, a la forma de los adultos.

Geta: Zuecos altos de madera. Constan de una tabla sobre la que se asienta el pie y otras dos horizontales bajo la suela que lo elevan por encima de los terrenos húmedos. El pie se sujeta con dos tiras, formando una especie de chancleta, a la que se supone imitación de este calzado original japonés.

Giri: Obligación de la que depende el honor, basada en la restitución de un favor personal o en cumplir con los deberes sociales de la familia.

Cuando se recibe un gesto o una deferencia es obligada la restitución, aunque implique un sacrificio mayor que el bien recibido. De lo contrario se incurre en una grave falta social.

De la misma forma el giri condiciona las relaciones entre padre-hijo, maestro-alumno u hombre-mujer. Son normas estrictas, ajenas a interpretaciones o alteraciones.

Haiku: Tipo de poesía basada en la búsqueda de la belleza dentro de la máxima sencillez. Consiste en la alternancia de tres versos carentes de rima, con el número de sílabas fijo para cada una de ellas, empezando por cinco y siguiendo con siete y de nuevo cinco. Era practicada por las castas más altas de la sociedad como un ejercicio de buen gusto y refinamiento. A menudo se realizaban encuentros o competiciones en los que se proponía un tema casual y los invitados alternaban haikus improvisados sobre él.

Hakama: Especie de pantalón ancho propio de la indumentaria samurái. Eran muy almidonados y de entrepierna baja, llegando hasta los tobillos con grandes aberturas a los lados. Se ataban a la cintura por dos juegos de cintas que nacían de la parte delantera y trasera. La parte superior a la espalda era rígida y se combinaban diferentes estampados y estilos. El hakama se usaba generalmente en ceremonias o por bushis de rango medio-alto, como un ayudante de mariscal.

Heian (Periodo): Abarca entre los años 794 y 1185 de la historia japonesa. Fue el de mayor esplendor imperial y especialmente significativo por el auge de la cultura y el arte, admirado por todas las generaciones posteriores. Anteriormente el emperador solo había ejercido una figura testimonial para los asuntos de estado y la nobleza cortesana dirigía realmente el país, pero fue aquí cuando se convirtió en el jefe del estado además de jefe religioso. En la era Heian se introdujo el budismo desde China, si bien estaba reservado casi en exclusiva para la nobleza. También se recibe la llegada de la secta zen derivada del budismo, que con el paso de los siglos acabaría por transformar todos los niveles de la sociedad japonesa.

Hinamatusri: Fiesta popular dedicada a las niñas, en la que se levantan

pequeños altares escalonados con exquisitas y detalladas figuras sobre una tela roja. Todos los tres de marzo desde el periodo Heian se representan en ellas a los miembros de la corte imperial, situando al emperador en el escalón superior y los restantes miembros de la corte en los inferiores según su rango. La creencia popular defendía que en estas figuras quedaban atrapados los malos espíritus que rondaban a las niñas de la casa.

Izanagi: Uno de los dioses responsables de la creación del mundo para la religión Shinto. Al principio de los tiempos la Tierra estaba sometida al caos y los dioses mayores decidieron enviar a Izanagi y a Izanami para ordenarla. Para ello se les entregó una inmensa lanza muy decorada.

Izanagi e Izanami se colocan sobre el puente que flota en el cielo, que une el mundo superior con el terrenal, y sumergen la lanza en el océano. Al sacarla las gotas que caen al agua se transforman en Las Islas Sagradas (Japón). Después decidieron bajar del cielo y residir en una de ellas, pero Izanami muere abrasada al traer al mundo al kami del fuego. Izanagi, desesperado, decide viajar al inframundo en su busca, pero no logra convencerla para que regrese. Cuando lo hace él descubre que está contaminado, por lo que debe purificarse con agua. De su ojo izquierdo surge entonces Amaterasu (la diosa del Sol), de su ojo derecho Tsujuyomi (el dios de la Luna) y de su nariz Susanoo (el dios de las tormentas y tempestades).

Jimbaori: Especie de chaleco hasta las rodillas abierto y sin mangas, usado por los bushis de alto rango sobre la armadura. Se pretendía ofrecer una imagen regia y era habitual a la hora de presentarse a la tropa, entrevistarse con un gran señor, al regresar triunfante de una batalla o para desfilar y asistir en actos protocolarios. Eran muy pocos los que lo llevaban durante un enfrentamiento.

Jingasa: Casco de acero, cobre o hierro de forma cónica o semiplano, usado por los bushis de menor rango o ashigaru.

Tenía un ala muy grande, que a veces de levantaba en la parte delantera para permitir mayor visibilidad. Se sujetaba firmemente a la barbilla con cordeles o tiras. Otro tipo, de madera o cuero, se adornaba y laqueaba con esmero para ser usado en desfiles y acontecimientos públicos.

Jitō: Se trataba de un representante del bakufu en las zonas agrarias alejadas. El poder cada vez mayor de los terratenientes locales suponía una continua amenaza para la estabilidad, por lo que el gobierno de Kamakura creó esta figura colocando a hombres de confianza en estos puestos. A cambio de su lealtad se les concedían poderes para administrar justicia y guardar para sí una cantidad de los impuestos recaudados. El cargo era hereditario y, pese a los esfuerzos de Kamakura, con el tiempo estos también fueron formando nuevas alianzas con los terratenientes locales independientes al shōgun, debilitando nuevamente el poder central.

Jitte: Especie de largo puñal ahorquillado y sin filo. Constaba de una barra

de hierro o acero que terminaba en un largo mango. Justo en el punto en que ambos elementos se encontraban aparecía un gancho hacia la punta, similar al guardamanos de los sables europeos, solo que justamente este elemento era lo que daba valor al arma, pues se usaba para neutralizar las estocadas del sable o katana. También se podía arrojar o utilizar para asestar temibles estocadas en ojos, cuello o vientre. Su uso estaba restringido a los oficiales de policía de la época feudal japonesa, lo que lo convertía también en su signo de distinción. En épocas posteriores el jitte tuvo otro gancho paralelo al primero, formando una U.

Kami: En la religión sintoísta abarca un concepto difuso entre espíritu y dios, un ente o manifestación de carácter superior y sagrado. Existen en número infinito, relacionados con animales, objetos, lugares, antepasados, fantasmas, fuerzas de la naturaleza o incluso personas ilustres o familiares tras su muerte. Su función es servir de sustento para la vida o ejercer de fuerza creativa. Cada kami tiene una serie de poderes determinados y son invisibles al ojo humano.

Se dividen en tres grandes grupos: objetos y criaturas de la naturaleza, guardianes de lugares o clanes familiares y fuerzas o entes creativos del Universo.

El principal objetivo de rezos y ofrendas de la religión shinto era lograr ganar el favor de los kamis o al menos mantener la armonía con ellos.

Kamikaze: Literalmente «viento de los dioses», término acuñado para bautizar al tifón que salvara a Japón del segundo intento de invasión mongola en 1281 tras la petición del emperador, mediante un ritual sintoísta, de la intervención divina. Durante la segunda guerra mundial se retomó para bautizar a los pilotos suicidas del Pacífico.

Kannon: Bodhisattva femenino de la bondad y la compasión, representada tradicionalmente vestida de blanco y con varias cabezas y brazos. El arco samurái se identificaba simbólicamente por su forma a la espalda de esta, por lo que era la patrona de los arqueros. También es protectora de los niños, del espíritu de los muertos y de las parturientas.

Kannon Bodhisattva:

¡Kanzeon [Bodhisattva]!
Alabanza al Buda
Con el Buda como causa,
Con el Buda como condición,
A través del Buda, el Dharma y la Sangha
Que alcance la eterna felicidad, sí, purificada de todas las corrupciones [Nirvana],
Por la mañana, recito «Kanzeon»,

Por la noche, recito «Kanzeon»,
Recitar y recitar surge de la mente despierta.
Recitar y recitar no es independiente de [despertar] la mente.

Karma: En la religión hinduista, jainista y budista sería similar al concepto occidental de destino, si bien aquí está principalmente condicionado por acciones u omisiones en vidas anteriores. Cada hecho de la vida tiene su consecuencia en las siguientes, una búsqueda del equilibrio o corrección que continuará hasta que se alcance la iluminación. Así se explica que la vida que toca experimentar es una oportunidad para sanar desarreglos que se pueden arrastrar desde incontables reencarnaciones. Al mismo tiempo se debe procurar buscar la virtud, pues al crear mal karma se condiciona la siguiente vida. En el momento que el karma está resuelto se renace en la Tierra Pura, el paraíso.

Katana: Nombre genérico dado en Japón a todas las espadas. Las más cortas tenían una hoja de entre 50 y 60 cm y las más largas llegaban al metro de longitud. Con el tiempo, dependiendo del tamaño, la espada japonesa recibió otros nombres más específicos, desde el wakizashi para el sable corto al daito para el de mayor tamaño. Así el término katana acabó identificando el sable largo y curvo de entre 60 y 70 cm de hoja. Con un único filo, su forma atendía a la necesidad del manejo sobre el caballo, que exigía movimientos y técnicas cortantes, evitando las punzantes que podían provocar la pérdida del sable en el interior de un enemigo dejado atrás.

Su diseño y su flexibilidad únicos permitían defender una estocada y contraatacar al mismo tiempo, prescindiendo del escudo. La concepción de la espada como elemento defensivo, con técnicas y formas específicas, fue un concepto revolucionario durante siglos, exclusivo del sistema japonés.

La katana se portaba dentro de su vaina, en un primer momento con el filo hacia arriba. Posteriormente se pasaría a hacerlo de forma contraria para cortar a un atacante al mismo tiempo que se desenvainaba.

En el siglo XVII, con el fin del largo periodo de guerras civiles, la katana cobró su verdadera identidad y se encumbró como el arma predilecta del samurái. Su confección técnica también supuso un hito atemporal, que la llevaría a considerarse la mejor arma blanca de la historia. Ninguna otra cultura ha colocado a la espada en unos niveles tan altos de relevancia, imbuida de tradición, superstición y honor.

Kenjutsu: Estudio de la esgrima. Si bien al comienzo de la historia del samurái el manejo del arco y del caballo era lo más importante, el kenjutsu fue adquiriendo cada vez mayor protagonismo, sobre todo a partir del siglo XVI. El arco y la lanza eran las primeras armas que se utilizaban en combate y hasta que no se encontraban a media distancia los contendientes no desenvainaban sus sables.

Todos los bushis, con independencia de su rango, eran adiestrados en el manejo de la katana bajo la tutela de celosos instructores, que daban al kenjutsu un carácter secreto. Sin embargo, eran muchos los que lograban ser admitidos en diferentes escuelas y al final las técnicas y formas básicas acababan siendo compartidas.

Kiai: Liberación del ki almacenado en el organismo a través de un grito. En las artes marciales japonesas era de vital importancia, tanto que se creó su propio sistema de estudio y práctica. Sin embargo, muy poco ha llegado hasta hoy en día de la forma en la que los bushis se adiestraban en él y los supuestos conocimientos que atesoraron parecen haberse perdido. Sí sabemos que través de la concentración y el control muscular del abdomen se concentraba el ki en el hara, situado entre el plexo solar y el hueso púbico, y desde allí se exteriorizaba y conducía a voluntad con la intención de paralizar o matar a un enemigo. También se usaba para salvar la vida de un aliado herido, sometiéndole a una especie de *shock* energético similar al trabajo de un desfibrilador.

Kichijôten: Diosa de la buena fortuna de origen hindú y patrona del budismo. Era una imagen habitual en los templos budistas japoneses y destacaba por sus formas voluptuosas. En ocasiones se realizaban rituales en honor a la diosa con el objetivo de purgar los pecados y los males del año y rezar por la prosperidad de la nación. También se solicitaba su intervención para lograr buenas cosechas.

Kimono: Prenda de vestir consistente en una única pieza abierta en la parte frontal y de mangas muy anchas. Cubría todo el cuerpo hasta los pies y se ceñía a la cintura con un obi. Se confeccionaba con todo tipo de telas y era habitual usar diferentes kimonos superpuestos. Había un kimono apropiado a la época del año, la situación, el nivel social del portador, el momento del día, etc.

Kin: Instrumento de cuerda de origen chino. A diferencia del koto japonés, con el que conserva numerosas semejanzas, se asentaba de forma vertical en el suelo apoyado en su base circular. Desde el siglo X era considerado un instrumento de mucho prestigio, utilizado como forma de entrenamiento para personas virtuosas y a veces con carácter ceremonial.

Koku: Medida de arroz suficiente para alimentar a una persona durante un año. Durante muchos siglos se tomó como unidad de medida y también sirvió para medir la riqueza de un señor.

Komabue: Flauta de origen coreano, también llamada flauta de Koma. Poseía seis orificios y era delgada y ligera.

Kyujutsu: Arte del tiro con arco. Hasta el siglo XV el arco era el arma más noble para el samurái. Sus orígenes se remontan a las primeras tribus del archipiélago y su necesidad de cazar. Aunque existieron ballestas a imitación de las chinas su presencia era meramente anecdótica. Había arcos dedicados al

deporte, la caza, la guerra, el entrenamiento, los rituales y otras muchas actividades, pero la fama del guerrero japonés se lo dio el llamado daikyu. Tanto es así que los chinos les llamaban «la gente del arco largo».

El daikyu, de entre 124 y 213 cm de longitud en los tiempos antiguos hasta los 274 de épocas posteriores, se usaba tanto a caballo como a pie. La enorme fuerza que se debía emplear para tensarlo era considerable y al liberarlo producía un tañido tan elevado que en ocasiones se utilizaba para hacer señales o en rituales religiosos.

Tres eran las virtudes más destacadas en un arquero: mayor campo de visión global y selectiva, aguda percepción sin distracción y potencia para tensar y controlar el tiro.

Los sistemas de entrenamiento incluían lanzamientos a pie y a caballo. La formas más valoradas eran las que protagonizaban los jinetes y entre ellas destacaban el yabusame (lanzamiento a galope sobre tres objetivos), el kasagake (en el que el jinete recorría una distancia fija a toda velocidad sin dejar de disparar a varios sombreros de bambú colocados al final del recorrido) y el inuomono (en el que se soltaban varios perros dentro de un recinto cerrado y el arquero debía matarlos, antes de la introducción del budismo, o alcanzarlos con flechas no letales).

La destreza que demostraron algunos arqueros japoneses se hizo legendaria y fue recogida en innumerables poemas y canciones épicas.

Mantra: De origen sánscrito, literalmente «liberar la mente». Consiste en una palabra, sonido o frase que se usa como herramienta para acallar el flujo constante de pensamientos que enturbian la mente y así poder llegar a la esencia iluminada inherente en cada individuo. Se repite de forma continuada hasta alcanzar una profunda enajenación del Yo consciente, provocando una liberación y paz interior. Existe un mantra específico para conducir al adepto a cada aspecto determinado de esa conciencia perfecta e iluminada.

Marumono: Diana usada en el adiestramiento del tiro con arco. Se trata de una tabla rellena de forma circular y cubierta con algún tipo de piel fuerte. Para dificultar la práctica solían colocarse en el extremo de palos móviles.

Miso: Pasta de soja sometida a la fermentación y a la que se le podía añadir algún cereal. Normalmente se presenta como una pasta, pero también se puede utilizar para elaborar una sopa. Aunque en la época del relato la ingerían las personas humildes, sobre todo para combatir el frío de las montañas, hoy en día sus valores nutritivos son muy apreciados y goza de gran popularidad.

Mochigi: Kimono de mujer de manga corta, de diseño y colores sobrios.

Mon: Emblema identificativo de una familia o clan. Cada clan podía tener una o más de estas insignias, heredadas de los fundadores o adoptadas como conmemoración de un acontecimiento relevante de la historia de la familia. Podía aparecer en cortinas, estandartes, ropas, cascos, etc.

Mudra: Originario de Asia Central e introducido en Japón de la mano del budismo tibetano, era el nombre japonés para el gesto corporal o manual de carácter energético al que se atribuía una serie de cualidades y beneficios. La firme creencia de que el discípulo aventajado podía entrar en comunión con su naturaleza divina y transmitir de esa forma una elevada energía espiritual a través de las manos fue un fuerte reclamo para las diversas escuelas tántricas y para los chamanes yamabushi. Todos ellos estudiaron un amplio abanico de utilidades prácticas para este poder, aunque originariamente el mudra fuera usado exclusivamente para alcanzar la unidad mística con la conciencia universal.

Las aplicaciones eran muy diversas, desde adquirir protección para los malos espíritus a curar una herida. Con el tiempo los mudras fueron adoptados por las sectas budistas, el shinto o las artes marciales japonesas. Para los ninjas su utilidad iba más allá de la meramente espiritual y practicaban asiduamente el sistema de mudras para beneficiarse de supuestos poderes especiales que les reportarían cualidades sobrehumanas.

Naginata: Literalmente «espada larga», era una lanza coronada por una hoja curva de un metro aproximadamente, similar a la de una katana. Hasta el siglo XI solo la usaban los monjes guerreros, pero fue adoptada por los bushis y muy apreciada por su corte y estocada. Su estudio y manejo derivó en variedad de escuelas especializadas, donde se logró un dominio letal.

Debido a su uso generalizado se tuvo que incorporar a la armadura japonesa unas protecciones en la parte baja del cuerpo y las piernas. También era conocida como «lanza de mujer» pues se esperaba que a los dieciocho años las hijas de los samuráis fueran diestras en su uso.

Ninja: Practicante del ninjutsu, «el arte del sigilo». Sus orígenes se sitúan entre el 500 y el 300 a.C. vinculados con fuentes chinas. Sus principales ocupaciones se enmarcaban en el espionaje, sabotaje, asesinato, destrucción de defensas enemigas, terrorismo y acciones relámpago en el campo de batalla.

Familias ninjas, fuertemente jerarquizadas y herméticas, ofrecían sus servicios al mejor postor. Realizaban para otros acciones ignominiosas o deshonrosas, de tal forma que el pagador mantenía su honor incólume.

La época del relato fue la de mayor esplendor, existiendo hasta 25 grandes centros de enseñanza, la mayoría ubicados en las provincias de Iga y Koga. Muchos fueron los intentos de eliminarlos, organizándose grandes ejércitos de aquellos señores feudales que ansiaban controlar el poder central, pero finalmente llegaron a enraizarse de tal forma en la sociedad japonesa que hasta los shōgunes los empleaban asiduamente para garantizar la estabilidad de sus mandatos, erradicando sublevaciones y espiando a los terratenientes o al propio emperador.

Nadie podía aventurarse a ingresar en una de estas familias, había que nacer en ellas, y transmitían los secretos propios de su oficio de padres a hijos.

Eran expertos en el conocimiento de química, la escalada, la ocultación o los explosivos y también era ingeniosos inventores de armas. Sus acciones llegaron a ser tan osadas e incomprensibles para la inmensa mayoría de la sociedad japonesa que se rodeó al ninja de un halo de misterio, atribuyéndole poderes sobrehumanos. Dentro de estas cualidades «únicas» se hablaba de la hipnosis, la ausencia de dolor, capacidad para controlar su cuerpo hasta el punto de mantenerse con vida en condiciones infrahumanas o poseer vastos conocimientos de anotomía.

Obi: Fajín formado por una o varias tiras de tela de más de tres metros anudadas elaboradamente alrededor del cuerpo. El color y la presentación estaban condicionados a la situación o rango del portador. La versión femenina era mucho más complicada que la del hombre y necesitaba inexcusablemente la asistencia de un ayudante, pues el complicado nudo se llevaba a la espalda y además se solían utilizar varios cinturones, superpuestos y ocultos por el último, para lograr mantener correctamente las diferentes capas de ropa.

O-mato: Diana usada para el adiestramiento del tiro con arco. Era el objetivo de mayor tamaño, de unos 157 cm de diámetro y que se colocaba a unos 70 metros de distancia del tirador. Como todas las dianas de entrenamiento podía ser fijo o móvil.

Ri: Medida de distancia equivalente a un kilómetro y medio.

Rokuhara: Era una especie de oficina gubernamental destacada en Kyoto y creada por el gobierno de Kamakura en 1221.

Su dirección era asumida por el Kitakata y Minamikata, siempre miembros de la familia Hōjō. Administraba las provincias del oeste del país, responsabilizándose de su seguridad y de aquellos asuntos judiciales que lo requirieran. Extraoficialmente lideraba una policía secreta encargada de vigilar al emperador y ocuparse de asuntos delicados de forma expeditiva.

Ronin: Literalmente «hombre ola», atribuido al samurái sin señor condenado a vagar sin rumbo. La falta grave a sus deberes o la caída de su señor le arrebataban su honor y era repudiado. Acababa a menudo convertido en bandido, pirata o asesino a sueldo, pero otras veces lograba prestar servicios como guardaespaldas, escoltar caravanas de mercaderes o en muy raras ocasiones entrar al servicio de un nuevo señor.

Ryu: Escuela de artes marciales del Japón feudal. Cada ryu era autorizado por un clan guerrero concreto, que lo utilizaba para adiestrar a sus guerreros. Existían seis tipos básicos:

1. La administrada por su fundador o por sucesores inmediatos bajo su supervisión.
2. La controlada por maestros o instructores que anteriormente habían estudiado en otros centros de instrucción.
3. De tipo hereditario, en la que los familiares continuaban con el

legado del maestro fundador.
4. Las que no se sucedían maestros de la misma familia o clan, claramente muy escasas.
5. La escuela pública, que contaba con autorización oficial y recibían ingresos por ello.
6. La privada, carente de autorización y normalmente prohibida.

De ente los ryus oficiales los más destacados eran los que se encontraban dentro de las instalaciones del clan militar dominante. Eran espacios exclusivos para el aprendizaje del amplio abanico de artes de combate, cada uno liderado por un maestro específico.

Sake: Bebida de alta graduación de alcohol extraída de la fermentación del arroz. Se puede presentar caliente o fría, pero es de la primera forma como la disfrutan los amantes de esta bebida.

Sama: Colocado después del nombre denota un respeto especial, normalmente dirigido a personas de alto rango o relevancia. Es similar al «don» de nuestra lengua pero expresa aún mayor deferencia.

Samisen: Instrumento musical de tres cuerdas del tamaño de una guitarra española con un cuello mucho más delgado. Su cuerpo rectangular se asemeja a un tambor, conocido por do. Se toca con una pequeña banda llamada bachi, que permite deslizar la mano por las cuerdas.

Samsara: Palabra de origen sánscrito y que hace ilusión al ciclo vital en el que el alma común se encuentra atrapada. El concepto de samsara es defendido sobre todo en el hinduismo y el budismo. El ciclo al que se refiere se compone de nacimiento-vida-muerte-reencamación.

El objetivo de la existencia es liberarse del samsara mediante el despertar o la iluminación, a fin de retomar a la esencia original de perfección. Para lograrlo antes hay que librarse del ego, que nos hace creer que solo somos el cuerpo perecedero que habitamos y que el Yo está definido por los pensamientos o emociones. El practicante tendrá que dedicarse a la acción altruista, abandonar la dualidad, no aferrarse a nada, no tratar de controlar y por último liberarse del karma.

Samurái: Máxima expresión del ideal del guerrero al servicio de los demás. Es un equivalente muy cercano al caballero andante de la Edad Media europea. Literalmente significa «el que sirve». En un principio, la adquisición de esta condición estaba sujeta a una demostración heroica en el camino de la milicia y se formó principalmente de entre antiguos campesinos guerreros. Fue más tarde, y sobre todo a partir del siglo XVII, cuando se convirtió en una casta cerrada, únicamente heredada de padres a hijos. Estos últimos tenían la obligación de corresponder al legado esforzándose al máximo en mantener el honor que recibían. Se acuñó por primera vez en la era Heian, pero no fue hasta la era Kamakura cuando cobró su verdadera relevancia, ingresando en la élite de la nobleza y ocupando los cargos de mayor responsabilidad de los

gobiernos castrenses posteriores hasta el siglo XIX. Aunque la mayoría eran hombres, debido a la influencia confucionista y budista de preponderancia masculina, existen múltiples casos en los que se educaba y preparaba igualmente a mujeres para desempeñar papeles como guerreros, que desarrollaban plenamente en ausencia o muerte de los representantes masculinos de su familia.

Satori: Término zen, literalmente «comprensión», aunque se le dé más el carácter de «súbito despertar». Es el objetivo último del adepto, donde alcanza la liberación de las ataduras terrenales y abraza su verdadero ser, trascendiendo lo humano. La principal diferencia con el nirvana hindú radica en que no necesita de un largo bagaje de reencarnaciones o un arduo trabajo interno durante toda la vida. Si se dan las circunstancias adecuadas, sobre todo la liberación del ego, el satori es posible en esta vida y puede sobrevenir en cualquier momento.

Sensei: Profesor o instructor, literalmente «nacido antes». Para ser sensei es ineludible tener mayor edad que el alumno, pues se da por sentado que no es posible alcanzar mayor conocimiento que una persona que ha vivido más.

Seiza: Posición arrodillada con los talones bajo el cuerpo. Era la forma habitual de sentarse, pero también una de las posiciones más comunes para la meditación zen. Con ella se consigue que la columna vertebral esté recta de forma natural y que el cuerpo se equilibre asentado firmemente en el suelo. Como requiere cierta atención para su mantenimiento también ayudaba a que los monjes no sucumbieran al sueño durante las largas meditaciones.

Seppuku: Suicidio ritual que busca la recuperación del honor perdido o redimir una falta. El samurái era incapaz de soportar la vergüenza de no haber cumplido con su obligación o de seguir viviendo si su señor moría. También realizaba seppuku como medida de protesta ante un hecho injusto, para intentar que su señor reconsiderara una decisión o por una situación o persona sobre la que no podía descargar su furia.

Para los samuráis la forma más común era rajarse el vientre, pues se suponía que allí residía el alma y se condensaba la energía vital. Comenzó usándose el wakizashi, pero con el tiempo se pasó al tanto o a una daga especial para el ritual. El corte debía cruzar el abdomen horizontalmente de izquierda a derecha y, si las fuerzas lo permitían, debía continuar verticalmente hacia la garganta. En ocasiones la muerte tardaba en llegar, especialmente si solo se practicaba el primer movimiento, y durante horas agonizaban con el paquete intestinal expuesto. Por dicho motivo el samurái era ayudado por un amigo o guerrero del mismo rango que estaba colocado a su espalda con la katana desenvainada, presto a cortarle la cabeza en cuanto terminara el procedimiento o fuera incapaz de soportar el dolor.

Este ritual también fue conocido por el nombre de harakiri, si bien era poco utilizado por considerarse un término vulgar.

Shaken: Disco estrellado con puntas de metal y de centro sólido, usado como arma arrojadiza. Los ninjas eran capaces de lanzarlos hacia un objetivo con un movimiento de muñeca en rápida y certera sucesión. Hoy en día se le confunde con el shuriken, aunque en realidad este era una aguja que se arrojaba en trayectoria lineal, técnica posteriormente imitada por los samuráis para aplicarlas a sus tantos.

Shaku: Literalmente «pie», utilizado como unidad de medida. Un shaku equivale aproximadamente a 30 cm.

Shikken: Lugarteniente del shōgun, título tomado por primera vez por Hōjō Tokimasa en 1203. Un año antes, Tokimasa quiso tomar el poder para su clan acusando a Minamoto Yoriie de conspiración antes de que este se afianzara como shōgun, cargo heredado tras la muerte de su padre Minamoto no Yoritomo. Pese a tratarse de su propio nieto, le arrestó en su domicilio y le asesinó un año después. El siguiente en la línea sucesoria era el segundo hijo de Yoritomo, Minamoto no Sanetomo, para el que planeó un nuevo asesinato.

La madre del nuevo shōgun, la viuda Hōjō Masako, se alió con su hermano Hōjō Yoshitoki para desbaratar sus planes, consiguiendo que abdicara y se recluyera en Izu. Masako tomó entonces las riendas del país, siendo conocida como «la monja shōgun» (se hizo monja al enviudar), pues desde el principio el shōgun se inclinaba más por la poesía que por el gobierno. Tokimasa intentó desesperadamente arrebatarle el poder en los años sucesivos sin lograr su objetivo.

La continua amenaza hizo que Sanetomo buscara desesperadamente apoyos en la corte imperial, llegando a ser ministro, pero el poder imperial no era suficiente para asegurarle impunidad y, presa del miedo ante un asesinato, cayó en el alcoholismo.

Pero el peligro vendría por otro lugar y en 1219, el shōgun fue asesinado por su primo, Minamoto Kugyo, que reclamaba una venganza personal, autoproclamándose shōgun. Sin embargo, la propia guardia de Sanetomo lo mató a su vez en ese mismo instante, dejando a los Minamoto sin descendencia que retomara el título.

El vacío del poder fue rápidamente ocupado nuevamente por Masako, que colocó a un miembro del clan Fujiwara (el otro apellido guerrero ilustre junto con el Minamoto), de tan solo un año, como nuevo shōgun, ejerciendo ella misma nuevamente como regente.

Desde entonces, el clan Hōjō heredaría el título shikken y regente tácito, controlando en todo momento el relevo en el título de shōgun, eligiendo y deponiéndolo según sus intereses.

Shinai: Katana ligera confeccionada por cuatro piezas de bambú y usada para la práctica del Kenjutsu, muy flexible y menos lesiva que el boken.

Shintoismo: Secta religiosa autóctona de Japón. Venera a los kamis y a los muertos, tratando de obtener su favor. No posee una deidad única ni

predominante, ni reglas establecidas para la oración, aunque sí cuenta con narraciones míticas que explican el origen del mundo y de la humanidad, así como numerosas celebraciones. A sus templos y festivales religiosos acuden millares de personas en fechas señaladas anualmente.

El objetivo del creyente es reconocer su propia naturaleza divina y armonizar su vida a la de los kamis que le rodean y a todo lo existente.

El máximo exponente y salvaguarda del shinto era el emperador, una especie de Papa cristiano.

Shōen: De los siglos VIII al XV fue el nombre con el que se denominaban a una especie de pequeños estados que proliferaban en Japón. El propietario era normalmente un terrateniente que contaba con un administrador y un patrón para explotar las tierras que lo formaban y adquirir de esta práctica el poder suficiente para ser independientes. Debido a su creciente relevancia debilitaban sobremanera el poder central, por lo que se creó la figura del jitō.

Shōgun: Abreviatura del término «sei i tai shōgun», literalmente «Gran General apaciguador de los bárbaros», que sería empleado para nombrar al general en jefe de todos los ejércitos del Japón feudal. El emperador nombraba un shōgun en momentos de crisis institucional, para luego deponer el estado marcial y retirar el título. Sin embargo, en 1192 Minamoto no Yoritomo aprovechó su victoria sobre el clan Taira en nombre del emperador para autoproclamarse shōgun, gracias a la debilidad imperial del momento, instaurando dicha figura de forma hereditaria por primera vez. Desde ese momento el shōgun dirigía funcionalmente el país aunque estuviera en teoría supeditado al emperador. Sus poderes eran una combinación de primer ministro y caudillo militar contemporáneo.

Shoji: Puerta corredera de papel, usada en el interior de las viviendas.

So no koto: Instrumento musical de cuerda a imitación de la cítara de origen chino, introducido en Japón en el siglo VIII. Su forma, una caja rectangular de unos dos metros de largo por 50 cm de ancho, era de ciprés japonés y contaba con dos aberturas actuando de resonancia. Se apoyaba sobre una mesa baja o el propio suelo y se tocaba con ambas manos, la derecha apoyada en una pieza de bambú que las hacía vibrar mientras la otra afinaba las notas. Posteriormente la forma de bambú se sustituyó por tres uñas de marfil (tsume) colocadas en los dedos pulgar, índice y corazón.

Solía poseer un total de trece cuerdas de seda, cuya afinación se conseguía mediante la colocación de unos puentes de marfil (kotoji) sobre la madera. Estos puentes se modificaban antes de tocar e incluso durante una obra para ajustar la escala.

Tradicionalmente era usado por mujeres y una versión de menor tamaño de seis cuerdas, el wagón, por los hombres.

Sugi: Cedro colosal japonés que puede superar los 46 metros de altura.

Sutra: Escrito en el que se transcriben discursos y enseñanzas de Buda o

de alguno de sus discípulos, ya que en vida no dejó nada por escrito. Cientos de años después de su muerte sus seguidores tomaron la iniciativa de dejar constancia de las enseñanzas búdicas. Cada sutra tenía su propio nombre identificativo y contenían poesías, parábolas y menciones históricas de su vida. Los practicantes deben recitar los sutras y meditar sobre las enseñanzas que contienen.

Tanto: Daga que acompañaba siempre a los guerreros en el campo de batalla, pues paradójicamente, solía resolver muchos de los combates cuerpo a cuerpo en detrimento del resto de armas. La armadura japonesa era tan efectiva que era difícil penetrarla con flechas yaris o katanas y solo el tanto podía aprovechar los pequeños espacios desprotegidos.

Taoísmo/tao: Corriente de pensamiento y modo de vida de origen chino basado en la concepción dualista de toda manifestación, representado con los complementarios yin-yang. El llamado Tao es el origen y sostén de todo lo que existe, un concepto que no puede ser comprendido por la mente ni explicado por la palabras, pero que es la esencia y unión de todas las cosas.

El taoísmo advierte sobre los peligros de la mente, que puede pasar de ser una herramienta a inducimos a tergiversar el mundo y a nosotros mismos, en especial por la obsesión de reducir las cosas a partes independientes (cuando todo forma parte de todo), creer que el Yo es una colección de recuerdos seleccionados o que lo que no puede ser explicado por la mente no es real. En su lugar aboga por ponemos a disposición de la espontaneidad original, la que asumíamos durante la niñez, y alcanzar el estado de «no-mente». De esa forma se dejaría de tratar de manipular o dominar mediante métodos y técnicas formales para fluir libremente.

El taoísmo es el claro antecesor del zen y elemento presente en toda la cultural oriental. Los textos más representativos del taoísmo son el Tao Te King y el I Ching, escritos hace tres mil años.

Tatami: Cubresuelo realizado con tejido de paja. Las planchas que lo formaban eran de medidas fijas (80 cm x 180 cm y 5 cm de grosor) y no podían ser cortadas, por lo que el diseño de las habitaciones tenía que coincidir con la distribución de las mismas. Para caminar sobre ellos era preceptivo descalzarse.

Tatemae: Se traduce como «máscara social» y rige las relaciones sociales con el fin de salvaguardar la armonía y evitar la confrontación. El tatemae esconde los pensamientos íntimos o sinceros, reservados únicamente para las personas más cercanas, y obliga a un sinnúmero de reglas de cortesía.

Toniki: Nombre genérico para la gran variedad de púas arrojadizas utilizadas principalmente por los ninjas. Estos las arrojaban mediante muelles ocultos o con las manos directamente a los puntos vitales de sus víctimas.

Torinoko: Papel delgado y delicado, algo opaco, que empezó a confeccionarse en el año 800. Este papel destaca por su excelente calidad y por

perpetuar sus propiedades durante cientos de años.

Hoy en día sigue confeccionándose en un proceso totalmente artesanal y posee entre sus cualidades la ausencia total de acidez.

Tsubame: Tipo de cometa tradicional en forma de golondrina. Las cometas llegaron desde China en el siglo VII y se usaron para celebraciones religiosas o para ahuyentar a los malos espíritus. De igual forma se exhibían durante festividades o para celebrar una buena cosecha o el nacimiento de un hijo.

Tsukesage: Tipo de kimono semiinformal de uso femenino que no lleva ningún blasón familiar.

Tsuyu: Estación de las lluvias. Se viene produciendo al comienzo de la primavera, de ahí que su nombre esté formado por la asociación de los ideogramas correspondientes a ciruelo y lluvia. Comienza por el sur de las islas a principios de mayo y finaliza en los últimos días de junio. Más al centro, en la zona alrededor de Tokyo, se inicia justo al terminar en el sur y se alarga hasta finales de julio.

Durante esta época se abandonaban las campañas militares, tanto por la dificultad de movimiento de los grandes ejércitos como por la preferencia de los samuráis por morir bajo un cielo soleado.

Wa: Se traduce por armonía y equilibrio, pero también tiene otra curiosa acepción. Wa también se traduce como «enano» y era el nombre que los imperios de Catay daban a Japón. Chinos, mongoles y coreanos consideraban a Japón un país de enanos y los despreciaban por ello.

Wagon: Instrumento musical japonés a imitación del koto de trece cuerdas, pero con solo seis y de menor tamaño. Ambos se tocaban colocando el instrumento sobre una base de forma horizontal y pulsando las cuerdas con tres uñas de bambú o marfil colocadas sobre los dedos pulgar, índice y medio de la mano derecha, mientras que la otra las recorría para afinar las notas.

Wakizashi: Espada corta de entre 40 y 50 cm, usada normalmente como auxiliar de la katana y en combates en espacios cerrados o a corta distancia. También tenía unos usos específicos, como cortar la cabeza del enemigo o realizar el suicidio ritual. Posterior a la época del relato fue signo de distinción de la clase samurái, pues por ley eran los únicos que podían llevarla en su obi junto a la katana.

Wako: Piratas japoneses que desde los comienzos de la historia del país ya asolaban las actuales Corea y China. Su nombre se lo dieron los chinos y se traducía como «hijos del Japón» o «bandidos del Japón». Fueron especialmente activos en los siglos XIV, XV y XVI y tan temerarios como para llegar incluso a Filipinas, Tailandia, Java o la India.

Inútiles fueron los esfuerzos de China y Japón, que durante siglos trataron de reprimirlos. Hubo que esperan al shōgunato Tokugawa en el siglo XVI para verlos prácticamente desaparecer. En el siglo XVII, cuando ya su antigua

hegemonía en el mar había desaparecido, atacaron buques ingleses en Singapur con despiadada y suicida resolución, sin temor a sus mosquetes y cañones, asombrando a estos por su osadía y valor.

Yamai: Planta de añil silvestre que se usaba para conseguir un tinte de color verde.

Yamasashiro: Castillo de montaña típico del periodo Kamakura. Durante esa época el uso de piedras para la construcción de defensas o castillos fue prácticamente nulo. Los fortines y muros de protección de los señoríos fortificados se hacían de madera. Los yamasashiro aprovechaban al máximo las defensas naturales de la montaña y solían incluir barreras de arena e incluso pequeños fosos.

Yari: Lanza japonesa, sobre la que los maestros armeros volcaban la misma dedicación que a la mítica katana. Contaban con vainas, tal y como exigían los protocolos samuráis, que protegían cuidadosamente las excelentes hojas que coronaban los hermosos y fuertes mangos, llamados nakae. Los nakae, de excelente madera, podían ser de cualquier longitud o peso y solían cubrirse con anillos de metal o láminas cuidadosamente decoradas. En cuanto a las magníficas hojas existían de tres tipos: las rectas de doble filo (más habituales), las curvas o las de formas muy elaboradas (puntas ahorquilladas, tridente, hojas laterales, con puntas hacia dentro, ganchudas, etc.).

Yokobue: Flauta travesera de bambú de origen chino, de uso común. Las flautas en general no eran usadas por mujeres y por ello eran heredadas de padres a hijos. Los hombres de toda condición y nivel social tocaban la flauta, tanto en acontecimientos religiosos o festivos como en actos sociales o para disfrute personal. Es muy común hallar referencias de bellas interpretaciones realizadas por personajes relevantes de la historia japonesa.

Yoshi: Hijo adoptado. Práctica común en el antiguo Japón para aquellas familias que no contaban con hijos varones naturales que pudieran heredar o cuando estos no eran adecuados a los ojos del patriarca del clan. También era común en los casos de maestros artesanos o guerreros que deseaban dejar su legado a alguien adecuado a su propia pericia y que continuara con la tradición del apellido. A todos los efectos disfrutaba de la misma consideración que un hijo natural.

Zazen: Concepto de difícil traducción semejante a «meditación sentado», utilizado por algunas de las variantes de la secta zen para meditar. Este método era bastante estricto respecto a la posición en la que se debía permanecer durante las interminables horas dedicadas a ella. La tradicional era «la posición del loto», en la que las piernas se cruzaban delante del cuerpo, el pie izquierdo sobre el muslo derecho y el pie derecho sobre el muslo izquierdo. De esta forma se formaba un trípode natural que asentaba al practicante al suelo, conservando la curvatura de la espalda de forma natural. La cabeza se mantenía en equilibrio, alineada con la espina dorsal, y los ojos entreabiertos.

La mano derecha estaba abierta con la palma hacia arriba y los dedos apuntando hacia la izquierda, mientras que los dedos de la otra apuntaban hacia la derecha reposando sobre ellos. Los dedos pulgares de ambas se tocaban ligeramente pero sin separación.

También se podía practicar zazen en la posición de seiza, aunque era menos habitual.

Zen: Secta budista de origen chino muy extendida en el Japón. La principal diferencia con el budismo tradicional es su aparente sencillez. Aboga por la meditación, pero al mismo tiempo le resta importancia; es peculiarmente directo, abandonando los largos caminos espirituales; el despertar es algo natural, que puede alcanzarse sin necesidad de pasar por muchas vidas de denodados esfuerzos; habla desde la sencillez, olvidando actos o palabras simbólicas; el despertar llega a través de los asuntos cotidianos y no está reservado al mundo seglar; la verdadera consciencia solo puede ser transmitida de maestro a discípulo, restando valor a los sutras y, por último, está muy influenciado por el taoísmo.

Dentro del zen existían dos interpretaciones para llegar a esa iluminación meditativa: en la primera se practicaba el zazen, meditación sentado sobre las rodillas (seiza) o en las diferentes versiones del loto, con las piernas adelantadas y cruzadas una sobre la otra; en la segunda se planteaba una pregunta de imposible solución a través de la lógica, el llamado koan, sobre la que había que buscar una respuesta intuitiva que conduciría al despertar.

Zori: Sandalias de suela gorda y plana, hechas de fibra de arroz o paja trenzada, a la que se sujetaba el pie con dos tiras que parten del centro de la suela. Allí es donde se ajustan el dedo gordo y el segundo, de la misma forma que en los geta.

Ya en el siglo X aparecían en pinturas japonesas, por lo que su uso entre los campesinos data de muy antiguo. Fue llevado a todos los estamentos sociales, adaptando su forma y particularidad a cada uno, desde el ejército a la nobleza. Masivamente usados durante toda la historia del Japón, en 1955 se llegaron a elaborar hasta 93 millones de pares.

SERGIO VEGA (Madrid, 1974) sintió una especial atracción hacia el Japón tradicional desde muy temprana edad, influenciado por su inicio en la práctica de las artes marciales japonesas. Ha publicado artículos en la revista Fiat Lux o 20 Minutos Digital, además de colaborar en blogs de cultura japonesa. Su primera novela, Las piedras de Chihaya, se dividió en tres volúmenes y fue publicada por la editorial Quaterni entre 2013 y 2014, convirtiéndose en el primer autor no japonés de la firma. En ella realizaba un sorprendente y profundo recorrido por el Japón del final de la era Kamakura (siglo XIV). El reconocimiento de los lectores propició que la obra fuera galardonada con tres premios Hislibris de novela histórica: mejor autor novel, mejor autor español y mejor novela. En el verano de 2016, *Las piedras de Chihaya* fue expuesta en el museo de la Universidad de Toyo, en Tokio, junto a grandes clásicos japoneses del género. En palabras del director de la exposición, el historiador y profesor Takuma Wada, la obra ha contribuido a la difusión de la novela histórica japonesa fuera de sus fronteras. Más tarde llegaría *Oni*, una novela corta publicada con Ronin Literario, donde un samurái quedaba atrapado por la nieve en una aislada aldea de montaña asediada por un ogro mitológico. En 2017 vendría *Teppodama*, a medio camino entre una novela policíaca y la de aventuras, donde una joven aprendiz de asesina trataba de escapar de las garras de la yakuza. Durante una visita a Kioto, Sergio Vega recaló en el cementerio del barrio de Chion In, donde surgió la inspiración para su próxima novela: *El fantasma de los Nanjō* (que será próximamente publicada por esta casa), ambientada a principios del periodo Edo (siglo XVII), tras la batalla más importante de la historia samurái: Sekigahara. La traición de un poderoso señor de la guerra provoca el exterminio de una familia guerrera, pero veinte años después el fantasma de los Nanjō regresará de entre los muertos para reclamar su venganza. Un veterano samurái rural será reclamado de nuevo al servicio de su señor para tratar de evitarlo. Espadas y superstición se mezclan en esta nueva historia publicada en 2019.